SECRETOS EN ROJO

UN MILITANTE ENTRE DOS SIGLOS



ALBERTO NADRA



· EDICIÓN 2024 ·

Lectulandia

Revelador, movilizador e imprescindible, «Secretos en rojo» encaja piezas de un rompecabezas que explica gran parte del derrumbe del Partido Comunista de la Argentina. Revisando apuntes, e interpelando a la memoria dormida en archivos y vivencias, Alberto Nadra desarrolla de manera clara y detallada verdades celosamente ocultadas sobre el partido político más enigmático de la izquierda argentina.Con un estilo testimonial, pero documentado, y una pluma sólida y atrapante, Nadra rescata del olvido o del secreto personajes y situaciones. Confirma el rumor de la existencia de una estructura político militar formada por el PC, que comandó la primera guerrilla argentina del siglo XX —en el entonces Territorio Nacional del Chaco— y fue responsable de algunas acciones de alto impacto público, atribuidas a otras organizaciones, o hasta ahora de autoría desconocida. También demuestra cómo el siempre citado «aparato financiero» de ese partido fue una creación de innobles mentores, con fines que pueden haber sido loables, pero que se ejecutaban con terribles metodologías; lesivas incluso para el propio PC y sus militantes. Nadra también revela, por primera vez, los aportes argentinos a una heroica red de información y solidaridad que salvó vidas y denunció atrocidades durante los años de plomo de la llamada Operación Cóndor —el plan de exterminio de las dictaduras sudamericanas— en América Latina. «Secretos en rojo» es, también, una acusación —con testimonios únicos y renovados, en ocasiones autobiográficos y, en general, desgarradoramente conmovedores— que desnudan el escandaloso fraude del llamado “viraje en unidad” del PC en 1986. Historias desconocidas o anécdotas inéditas sobre el Che en Cuba, África y Bolivia; la resistencia civil antidictatorial —e incluso su propio planteo para una Militancia del Siglo XXI— completan este libro imperdible, documentado e impactante, con un cierre que no deja de asombrar. Una caja de sorpresas, pero a la vez una obra con la inconfundible marca de un protagonista comprometido con la lucha de izquierda de los ’60 y ’70, que despierta un abanico de emociones que van desde el asombro hasta las lágrimas, mezcla de nostalgia y homenaje a esos años tan turbulentos como irrepetibles.

Alberto Emilio Nadra

Secretos en rojo

Un militante entre dos siglos

ePub r1.0
Titivillus 19-12-2024

Alberto Emilio Nadra, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cámbienme los dioses, los sueños, pero no el don de soñar.
Fernando Pessoa. Libro del desasosiego.

A Leonor, mi compañera de toda la vida.
A Yamilé y Giselle, mis hijas.
A ellas tres.
Porque juntas impidieron que perdiera ese don de soñar.

Prólogo

Tiene usted en sus manos un libro atípico.

No sólo porque contiene elementos de varios géneros literarios, dentro de la no ficción, sin terminar de enmarcarse definitivamente en ninguno. También, y sobre todo, por las características de su autor, y los valiosos elementos que ha elegido transmitirle a través de estas páginas.

Nadra, *Alberto* —debe aclararse a cuál nos referimos, pues «los Nadra» constituyen una misteriosa y contradictoria leyenda de la política argentina, en la que suelen entrelazarse, sin seguridad ni exactitud, diferentes nombres y anécdotas— es un veterano militante de izquierda. Pero uno con particularidades que vale la pena que usted conozca de antemano.

Sus orígenes podemos encontrarlos en la izquierda tradicional; particularmente en el PC. Cuando lo conocí, allá por la década de 1960, estaba hablando a un grupo de estudiantes, subido sobre una tarima improvisada ya no recuerdo con qué. Sí permanece en mi memoria que un compañero me comentó que era uno de los referentes más importantes de *la Fede* (como nos referíamos a la rama juvenil del PC) entre los estudiantes. Después del comentario lo miré de nuevo: no tenía más que quince o dieciséis años.

Desde entonces fui testigo, o acompañé a Alberto, mientras dedicó los mejores años de su vida a la lucha constante por ideales de justicia e igualdad que siempre fueron un resorte para su conducta: para afiliarse, para comprometerse cada vez más. Pero también para abandonar el ámbito del PC cuando descubrió que había dejado de ser el canal idóneo para concretar su utopía; la de muchos que, como él, tuvimos el privilegio y la desgracia de ser jóvenes en esos años.

Representó a más de un compañero cuando expreso que admiro en Alberto la entereza y el coraje que mostró al renunciar al Comité Central del PC todavía en tiempos de bonanza para ese partido. E incluso cuando esa renuncia significó perder el espacio en el que había construido durante años su forma de concretar las utopías que

compartía con tantos otros.

Hoy estamos ante la obra de ese militante, pero casi 23 años después. Mantiene tan firmes como hace cuarenta y cinco años, como hace treinta, como hace veinte, sus ideales y convicciones de izquierda. Pero hace tiempo ya que ha dejado de ser representativo de la izquierda tradicional a la que alguna vez perteneció, lo cual se manifiesta en su seria autocrítica; en el reconocimiento respetuoso y entusiasta a los logros de otras fuerzas políticas; en su apertura al diálogo con todos los que compartimos pensamientos afines aunque no en todo. Todo, con el objetivo más elevado de reconstruir la memoria colectiva.

¿Y qué nos ofrece, en las páginas que siguen, con este espíritu, Alberto Nadra? Por un lado, lo que indica el título: secretos. Verdades ocultas de un partido del que se comentó mucho desde su surgimiento, pero del que hoy casi no se habla. Todas las especulaciones en torno a esta fuerza política coinciden en reconocerle un importantísimo poder en el país durante las décadas de 1960 y 1970. Pero los orígenes revolucionarios de la organización del PC en el mundo hicieron que sus filiales en otros países conservaran ciertos rasgos de una estructura preparada para el callado sacrificio; donde además del conocido «directismo» primaba la lógica del secreto.

En este contexto, la obra de Alberto se presenta como una puerta a fragmentos de un pasado que pocos conocen; y, menos aún, están dispuestos a compartir.

Esos fragmentos nos transmiten en pinceladas algunos ángulos de «la cocina» de la lucha militante del PC de los años 70: desde la confirmación de los rumores sobre la existencia de una estructura político militar en el PC —que incluso tuvo participación en la primera guerrilla argentina posterior a la Independencia— hasta los pliegues del complejo entramado que llevó a la fragmentación del poderoso PC local, en un capítulo atrapante en el que se descubre que este «comienzo del fin» de la fuerza respondió casi enteramente a ambiciones y miserias de la dirigencia local, sin siquiera ser rozado por la inminente crisis de la Unión Soviética.

Alberto nos convida, además, con anécdotas inéditas sobre *el Che* —en Cuba, África y Bolivia— y sobre las redes de información y solidaridad internacionales que existieron entre las organizaciones

de izquierda durante las dictaduras latinoamericanas de aquellos años. Partes de la historia de aquellos que, pese a las pérdidas y la persecución se unieron para salvar vidas, y para develar atrocidades como la existencia de la *Operación Cóndor*.

La segunda parte del libro es un claro homenaje, un regalo, para todos los militantes: de ayer, de hoy, de siempre. Nuevamente a partir de la historia olvidada —o escasamente difundida— esta vez, Alberto nos introduce en una especie de álbum de fotos: momentos claves para la militancia juvenil reformadora y revolucionaria en los 70, de cualquier nacionalidad —las Juventudes Políticas durante Onganía, el movimiento para asegurar la visita a la Argentina de la Comisión Interamericana por los Derechos Humanos en 1979 y los lazos de solidaridad con Chile para combatir la dictadura pinochetista— desfilan ante nuestra mente en unos breves y conmovedores relatos.

Lo que nuestro autor comparte abiertamente, lo que insinúa y lo que —sin disimulos— elige seguir callando nos coloca ante una vida desgarrada —atravesada por el peligro y el dolor—, pero rodeada de un amor que rara vez se encuentra; de los suyos y de sus compañeros.

Secretos en Rojo no es sólo una herramienta para descubrir y aprender secretos de un pasado que siempre vuelve, porque nunca está demasiado lejos; para revisar preconceptos de la militancia en los 70 y principios de los 80. En sus páginas también tenemos retazos de una vida valiosa; de humanismo, entrega y compromiso inquebrantables. De esa extraña combinación de rasgos nobles que caracterizaron, caracterizan y distinguen a nuestro «Albertito».

Por él mismo. Pero también como representante de muchos de aquellos pertenecientes a una generación que —con la de Mayo, los caudillos y la lucha antifascista— está entre las más valiosas de nuestra historia.

Mario Lowry

Un amigo de aquellos años

Agradecimientos

Creo que ningún autor escribe libros completamente solo. Siempre hay personas, noticias, imágenes, sueños, acontecimientos y toda otra serie de eventos que nos permiten llegar al punto en el que hay un manuscrito (en estos tiempos, un documento de *Word*) con varias páginas que surgieron de nuestra pluma, nuestra birome, o la mecánica de los dedos contra las teclas.

Algunos de esos eventos son pasados, otros presentes, otros futuros. Sobre algunos no sabemos que también nos formaron como personas. Hay individuos que *ex profeso* quieren ayudarnos y lo hacen, quienes no quieren ayudarnos y lo hacen de todos modos… Existen elementos que claramente aparecen como ayudas y otros en los que reparamos luego de mucho tiempo.

Es por eso que la mayoría de los agradecimientos nunca están completos. Y pido disculpas por adelantado a todos aquellos que han contribuido con este libro y se le han escapado a mi memoria.

Pero quiero afirmar que nunca podría haber producido este libro sin ayuda.

En primer lugar, sin la ayuda de Leonor: mi compañera, «mi amor, mi cómplice y todo». Una mujer increíble que —aun con las crueles heridas de la tortura sobre su cuerpo y su mente— se mantuvo y se mantiene tan firme en los sueños y en las esperanzas, como cuando enfrentó la pesadilla.

A mi hija Yamilé: por su entrega para revisar y mejorar las páginas de este libro. Sin esa tarea, no tendrían ante sus ojos estas páginas tal cual las pueden leer ahora.

A Giselle: la menor, pero la más implacable crítica; con la ferocidad que, en ocasiones, da el amor por lo querido.

A Eduardo Duschatzky, porque siempre estuvo.

A Armando Sosto y Nora Conde, por aquellos momentos en los que no dudaron en arriesgar todo.

A Fernando Escobar Llanos —y al hombre que se oculta bajo ese seudónimo—. Porque confió en mí para hacer pública, por primera vez, su lucha junto al Che y su rol en esa lucha. Sin su historia

—como sin las de Oscar Antinori o Arnaldo Piñera, que ya no podrán compartirlas— la saga del *Comandante* quedaría para siempre parcial e incompleta.

Al artista y amigo Aníbal Cedrón, cuya obra «La pueblada», de *La memoria extraviada*, renace cuarenta años después, para ilustrar mis *Secretos en rojo*.

A mis hermanos, Fernando (*Nando*) y Rodolfo, por tantas cosas… Entre ellas, su consejo y colaboración. Y, sobre todo, por compartir ese increíble martes 28 de agosto de 2012 cuando, juntos, nos revelamos —por primera vez en nuestras vidas— aquellos secretos que habíamos guardado por años.

También agradezco a Rodolfo, en tanto integrante del grupo que conformamos junto a José *Pepe* Maldavsky, Luis *Lucho* Córdoba, Enrique Martini, Nicko Scwartz, Adolfo Coronato, Arturo Lozza y la dirección de Isidoro Gilbert: la barra de «Córdoba 652, 11 E». Para ellos, mis compañeros en la persecución del *Cóndor*, va también mi homenaje.

A mi sobrino Javier, quien me enseñó que la magia existe.

Él, Francisco Giardineri, Ricardo Ruiz, Jorge *Chacho* Elbaum, Norberto Colominas, Jorge Fainstein, Pablo Leoncini, Pascual Manganiello, Silvia Vicente y Lois Pérez Leira fueron quienes más me impulsaron a tomar «la decisión»; con la eterna sonrisa de Juan José Canals, *Manolo*, que ya se fue pero aún me ayuda.

A mi sobrina Valeria, por su paciencia para corregir errores y, también, ante la terquedad con que resistí algunas sugerencias.

A mi sobrino Santiago, quien supo captar una de mis esencias.

Y sobre todo —siempre y por siempre— a Fernando Nadra y Zulma Beltramone, a «los viejos», quienes nos dieron todo el amor necesario: para soñar, y para afrontar los despertares.

Para todos ellos, para mi generación, para las viejas camadas de luchadores que sembraron las esperanzas que nosotros retomamos —y que todavía esperan ser concretadas por los que vendrán—, va este libro.

Buenos Aires, marzo de 2015.

A modo de introducción

Es posible decir que esta obra no comenzó por el principio. O, en otras palabras, que no la concebí de la manera ordenada en la que hoy la presento. Primero, fueron sensaciones, sentimientos, recuerdos… Todos insistentes y desgarradores. Todos con la particularidad de vincularse con otros y comenzar un espiral que terminó por vencer mi reticencia a contar las historias que hoy publico con el título de *Secretos en Rojo*.

En uno de los capítulos que siguen describo ciertos hechos —y, en especial, el estado de ánimo— que me llevaron a «tomar la pluma». A revelar estos relatos secretos, u olvidados, de los vertiginosos 60 y 70, en los que se desarrolló una de las principales partes de mi vida. Esos años de represión, proscripciones y muertes. Pero también de solidaridad instantánea y honesta; de amistades sinceras y fieles; del amor vivido con la urgencia de la incertidumbre del futuro; de entrega completa y —en ocasiones— definitiva por ideales nobles.

En varias etapas de la vida, amigos, compañeros, e incluso la familia, me insistieron mucho para que escribiera. «Tendrías que escribir la historia de tu vida»; o «Estas cosas, que nos contás, no pueden quedar sin que nadie las sepa». O «si con todo esto hicieras un libro…». Estas y otras frases eran casi siempre la consecuencia directa de las anécdotas, de los relatos sobre luchas y epopeyas de las que fui testigo o protagonista, y que hoy comparto con ustedes.

Algunos pensaban en una historia fascinante. A otros les daba pena la posibilidad de esa historia, de esas historias perdidas. Unos pocos iban más allá: suponían —tal vez con razón— que era, que es, mi obligación compartir todo esto que tantos desconocen.

Creo que ninguno de ellos comprendía —quizás algunos aún no lo hagan— que un buen periodista, un hábil político, un potente orador —e incluso la mezcla de todos ellos— no necesariamente es un buen escritor de libros. El periodismo es un oficio. La vida política es una inevitabilidad ciudadana que se puede ejercer con mayor o menor consciencia; con mayor o menor capacidad. La

oratoria es un talento que se adquiere o se desarrolla. Pero la literatura es un arte. Un arte para la que hay que tener un talento y desarrollarlo. Hay historias cuya esencia no puede transmitirse sin dominar ese arte. Y los derroteros de mi vida me condujeron por caminos incompatibles con el logro de ese dominio…

Ésa fue una de las trabas para la realización de este libro contra la que tuve que batallar y conciliar un terreno intermedio. Una que varios no comprendieron en otros momentos.

Pero la mayor de esas trabas ha sido una que muy pocos llegan a imaginar. Se trata de las implicancias emocionales de haber sido protagonista o testigo del tipo de historias que aquí comparto.

Porque uno no sólo se queda con la inmensa gratificación de saber que luchó por lo que se creía; de saber que, inclusive, ha salvado la vida de otros, sus integridades, sus ideas.

Ser protagonista, o testigo, de algunos de los eventos de aquellos años supone también una herida terrible y profunda. Una que cuesta cauterizar en su momento y que los que la tenemos pasamos el resto de la vida tratando de no reabrir.

La sensación de responsabilidad —que yo mismo tuve— sobre compartir estas historias estuvo casi siempre acompañada del temor paralizante al desgarramiento de esa vieja herida. Hasta que otras circunstancias la reabrieron de todas formas…

Por las dos razones que expliqué —y porque «el derecho» de contar algunas de las confidencias que conozco no me pertenece— es que este libro no es una autobiografía. Tampoco un compendio de todas las historias «de aquellos años» que conozco.

Pero sí es una selección de ellas; todas inéditas e ignotas en todo o en parte. Una selección que surgió del dolor de una herida abierta. Pero una herida que llevo —como llevé siempre— con orgullo: por lo logrado y por lo intentado.

Orgullo propio y ajeno. Y en este sentido concibo *Secretos en Rojo* como un profundo homenaje: a todos los que nos fueron arrancados sin aviso y sin piedad por el enemigo; que sabíamos que combatíamos y seguiremos combatiendo.

Sus nombres, sus rostros —no en sus acciones heroicas, sino en las cotidianas: reírnos, enamorarnos, compartir esos irrepetibles cafés, charlar sobre todo, como si supiéramos— me siguen; están conmigo; me animan… Y en otras ocasiones me dejan girando en el

vacío. En la impotencia. En un odio que la política me enseñó que debe ser administrado.

Ellos son los destinatarios.

Para ellos, entonces, y por ellos, compartiré por primera vez una parte de mi vida, en otra —una nueva— forma de reivindicar los sueños, y no las pesadillas en las que algunos suelen convertirlos.

Un poema de mi amiga Silvia Loustau nos pregunta:

¿Qué pasa cuando un sueño muere?
¿Acaso alguien se lo ha preguntado?
¿Acaso el sueño muere porque se ha cumplido?
¿Acaso muere porque ha sido olvidado?
¿Acaso muere porque ha sido tan sólo eso, un sueño?
¿Y si es así…?
¿Ese sueño espera en la nada aguardando ser revivido?

Mi respuesta es: sí. Espera ser recordado y revivido.

Un vistazo...

O un índice ampliado.

Secretos en Rojo puede leerse de varias formas. Está dividido en cuatro partes que no son correlativas y entre las que el lector puede ir y volver según su gusto. No obstante, leerlos en el orden escogido permite una idea de completitud y de gradualidad sobre algunos de los hechos narrados que indefectiblemente se pierde si la lectura se aborda de modo diferente.

Cualquiera sea el caso, en esta sección comentaré brevemente los contenidos de cada parte del libro; una especie de brújula.

«Secretos de Dirigentes» es probablemente la sección más jugosa del libro y, a la vez, la que más dolió. Es también aquélla en la que hay más de Alberto. Alberto el político, el periodista y el orador. Pero también atisbos de Alberto el niño y el adolescente. De Alberto el esposo y padre. De Alberto el hijo.

Porque las revelaciones de esta sección provienen de los ámbitos en los que me crié, crecí, luché y trabajé: la Federación Juvenil Comunista (FJC) y el Partido Comunista (PC).

Casi todo el capítulo está escrito en primera persona, porque es de mi conciencia, de mi cuerpo y de mis vísceras de donde surge este relato de sueños, ilusiones, dolor y muerte.

El lector descubrirá una historia celosamente ocultada en «La otra *orga*: el desconocido aparato militar del PC». Quizá le cueste asimilar que un puñado de militantes y periodistas de Argentina, Chile, Uruguay o Paraguay fueron «Tras las garras del Cóndor».

Si acepta la invitación, podrá compartir mi profundo desgarramiento personal en «El largo adiós al PC»: el desconocido comienzo del fin de una organización que se creyó invencible, y el sacrificio de una familia, *los Nadra*, que puso todo para derrotar al viejo aparato burocrático y reaccionario, pero fue traicionada por quienes habían sellado con sus integrantes pactos de sangre; pactos de entrega personal; pactos de utopía. Esos individuos no sólo traicionaron sus compromisos, sino que se cobraron una víctima colectiva que supuso una herida profunda, y aún no reparada, en las

organizaciones argentinas de izquierda. Esa víctima colectiva fue el propio Partido Comunista, la propia *Fede*. Miles de militantes y cuadros que fueron sacrificados en aquellos días y los siguientes.

Sobre «Algo de lo mucho que no se sabe de *el Che*» no se necesitan muchos preámbulos. Sí la advertencia sobre confirmación de rumores, refutación de otros, y novedades que escuché de la boca de los propios protagonistas —quienes, en casos, aún sobreviven y están dispuestos a contarlas—.

«Aquéllos fueron los días» es mi sección de homenaje a la militancia de los 70. Con nostalgia y movido por la emoción —pero sin melodrama— resalto algunas anécdotas de aquellos años; de jóvenes de diferentes culturas e identidades políticas que soñamos enterrar la dependencia y abrir un futuro de liberación para nuestro pueblo.

«La militancia en el siglo XXI» aporta la visión entre dos siglos. Quien esté interesado podrá acceder a un relato sucinto, pero sincero de qué fue de Alberto después del Partido. De cómo luché otra vez. Ésta, para enfrentar la vida después de la vida; para crear un futuro para mí, mi compañera y mis hijas pequeñas sabiendo que el mundo en el que había soñado no llegaría; para encontrar qué hacer cuando toda mi existencia había sido un ser político activo y exitoso.

Pero la historia no es una sucesión de tristezas, porque, como enuncié, se trató de una lucha. Y una lucha en la que no gané, pero tampoco perdí. Si se continúa con el relato el lector podrá enterarse de los avatares de mi retorno a la política. Un retorno parcial, pero con el mismo compromiso de aquellos años. Con el mejor juicio, pero nunca cauteloso, de la madurez.

El capítulo también contiene el texto de una conferencia que pronuncié en 2009, sobre la particular situación económico-política de la Argentina y Latinoamérica en ese entonces y —para esta nueva edición— añadí ocho análisis más recientes, en los que reflexioné sobre la necesidad de que el movimiento nacional y popular actuara de manera organizada para prevenir, primero, y enfrentar, después, la restauración neoconservadora macrista y el giro ultraderechista de la gestión de Milei.

Finalmente, «El legado de este libro» brinda un inesperado y movilizador aporte de mi hermano Rodolfo. Su «devolución» sobre

el libro es mucho más que una suerte de epílogo: rescata y valora aspectos fundamentales de lo que he escrito, pero también aporta nuevos «secretos de dirigentes»: los suyos, que —como los de mi hermano mayor, *Nando*— nos los revelamos entre lágrimas en agosto de 2012, cuando nos juntamos porque quería contarles que había escrito un libro.

El libro —hoy reescrito, aumentado y adaptado— es una parte de *nuestra* historia y de *la* Historia, parcialmente desconocida por nuestras familias y, hasta hace poco, incluso por nosotros mismos.

1. Secretos de dirigentes

Avanti

Si te postran diez veces, te levantas
otras diez, otras cien, otras quinientas:
no han de ser tus caídas tan violentas
ni tampoco, por ley, han de ser tantas.
Con el hambre genial con que las plantas
asimilan el humus avarientas,
deglutiendo el rencor de las afrentas
se formaron los santos y las santas.
Obcecación asnal, para ser fuerte,
nada más necesita la criatura,
y en cualquier infeliz se me figura
que se mellan los garfios de la suerte…
¡Todos los incurables tienen cura
cinco segundos antes de su muerte!

¡Piú Avanti!

No te des por vencido, ni aun vencido,
no te sientas esclavo, ni aun esclavo;
trémulo de pavor, piénsate bravo,
y arremete feroz, ya mal herido.
Ten el tesón del clavo enmohecido
que ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo;
no la cobarde intrepidez del pavo
que amaina su plumaje al menor ruido.
Procede como Dios que nunca llora;
o como Lucifer, que nunca reza;
o como el robledal, cuya grandeza
necesita del agua y no la implora…
Que muerda y vocifere vengadora,
ya rodando en el polvo, tu cabeza!

Pedro Bonifacio Palacios (*Almafuerte*).

1.1 La otra orga: el desconocido aparato militar del PC

...

Vous, donnez l'ordre de du Parti Communiste l'insurrection
— dé orden de insurrección al Partido Comunista— afirma con gesto grave el Coronel Henri *Rol* Tanguy mientras toma él mismo las armas. La posición del dirigente comunista de la Resistencia Civil Francesa contra los nazis ha triunfado políticamente frente a la cautela de los gaullistas.

Afuera, en las calles, la situación se ha dado de hecho: el sector de la Resistencia leal al Partido ha arrastrado a los demás grupos internos en un combate cuerpo a cuerpo para evitar que se cumpliera la orden de Hitler de volar todo París, ya en esos momentos estratégicamente cargada de explosivos que la reducirían a cenizas.

Eran mis camaradas del «Partido de los fusilados[1]» los protagonistas de esa batalla clave para asegurar el objetivo de liberación de la «Ciudad Luz» y la capitulación nazi, después de que finalmente llegaran las tropas aliadas, en agosto de 1944.

Se trató de una batalla clave para asegurar el objetivo de la liberación, asegurando la llegada de las tropas aliadas.

Corría 1966. Quizás, 1967. En cualquier caso, esas inspiradoras imágenes de *¿Arde París*? —el filme de René Clement, con guión, nada menos, que de Francis Ford Coppola y Gore Vidal— desfilaban una y otra vez en mi mente inquieta de catorce años. Hombres, mujeres, incluso chicos como yo, combatiendo de civil con las armas en mano. La posición política afín al partido triunfando, al menos de momento, frente a los sectores más tradicionales.

¿Qué significaban esas palabras en francés que dijera el Coronel Tanguy en una orden tajante que destilaba una definición inminente? La dictadura de Onganía había censurado el subtitulado en castellano de ese diálogo en particular (además de proveer un subtitulado muy malo para el resto de la película, que dificultaba la comprensión de la trama). Por suerte me hice de una amiga que sabía francés y me ayudó a develar el misterio.

Cuando aún era un niño, tres años antes, los sentimientos superaban mi capacidad de comprensión, y me emocioné hasta las lágrimas con las escenas de *Morir en Madrid* —del francés Frédéric Rossif— y el impactante afiche con el que se la presentaba: el fondo con la célebre foto de Robert Capa en la que un miliciano republicano caía en combate.

Como en este caso, ¿*Arde París*? fue una de las películas más influyentes de mi vida. Varias veces volvería al cine a observar esas escenas, y disfrutar silenciosamente de «entender» en francés la frase que parecía decirlo todo.

• • •

Lo que no sabía entonces —y casi nadie sabe aún hoy— es que la experiencia de la República, derrocada por las tropas franquistas en la Guerra Civil Española y de la resistencia europea (partisanos, maquis, etc.) frente al fascismo italiano y el nazismo alemán marcaron ajustes trascendentales a la política militar del PC y la FJC (López Silveira, 1944).

Desde los años 20, el PC (y sus diferentes ramas) fue convirtiéndose secretamente en una de las Organizaciones Político Militares (OPM) más importantes de la Argentina y del continente.

De hecho, el PC como OPM protagonizó la primera guerrilla argentina del siglo XX. Un hecho objetivo, que —sin ánimo de polemizar, sino de instar a la investigación de los académicos— cambia la historia de las organizaciones armadas en la Argentina.

Alcance de la caracterización de OPM

El férreo, justificado, secreto de la cúpula del PC, con sus propios dirigentes y militantes, han permitido a los observadores externos oscilar entre parciales saberes de lo que se denominó «aparato» del PC, y el desconocimiento absoluto de que —como señalé— estábamos ante una Organización Político Militar (OPM).

La caracterización no invalida el debate acerca de si ese potencial podría haber jugado otro papel durante el auge del movimiento de masas entre los 60 y los 70.

Durante décadas el PC ocultó el tipo de organización partidaria que realmente era. Ese ocultamiento cubrió, en la medida de las posibilidades de la organización, antecedentes como el haber sostenido la dirigencia de un destacamento guerrillero en Chaco, los sabotajes a objetivos locales de la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial; o el hecho de que, en octubre de 1944 había intentado derrocar al gobierno de Farell con un movimiento cívico-militar (Mochkofsky, 2006) [2] .

¿Por qué el PC ocultó todas estas significativas realidades? ¿Por qué durante tanto tiempo? Es posible afirmar que el secreto era una necesidad de todos los partidos del mundo, ya que eran perseguidos y sus militantes encarcelados, torturados, asesinados. Cualquier filtración de información podía ser vital; literalmente una cuestión de vida o muerte.

Ese cuadro de forzado secreto y ocultamiento, aun ante las hirientes críticas de otros sectores de la izquierda, explica que historiadores serios como Gabriel Rot (2005) se pregunten cuál es la relación del PCA con la praxis guerrillera que pudiera justificar el entrenamiento militar de algunos de sus militantes.

En su caso, a partir del análisis de un hecho concreto: el desmantelamiento policial de un campamento que en febrero de 1964 la FJC había instalado a orillas del río San Antonio, entre Icho Cruz y Tala Huasi, en las cercanías de Carlos Paz, donde se secuestró escaso armamento y mucha literatura.

Autodefensa: de la C a la A

Sucede que, aunque quizá fue el único descubierto en la historia, el de Córdoba sólo constituyó uno de centenares y centenares de campamentos de entrenamiento del llamado Frente de Autodefensa, tanto del PC como de la FJC.

Un frente que tenía como propósito concreto entrenar a la mayor cantidad de militantes mediante conocimiento y experiencia en tareas defensivas mínimas y sencillas como los *grupos C*, en el escalón inferior del sistema. En el escalón inmediatamente superior se ubicaban los llamados *grupos B*, con un mayor adiestramiento. Finalmente, los *grupos A*, donde se profundizaba en el manejo de armas de distinto calibre, y en algunas nociones de combate urbano y en localidades.

Una simple charla con cualquier exmilitante podría ratificar que casi toda organización de base —obrera, barrial, de secundarios o universitarios, profesionales, artistas e intelectuales— pasó por alguno de esos grados de entrenamiento.

Si bien el Frente de Autodefensa no subestimaba la capacitación que estos niveles otorgaban para eventuales enfrentamientos de violencia armada de masas, su objetivo era otro, y esencial: emprender con cierto éxito las luchas por las reivindicaciones populares de los distintos sectores. La toma de una fábrica, de un colegio o de una facultad; el enfrenamiento con la Guardia de Infantería en los actos relámpagos o en las movilizaciones y protestas; debían saber protegerse, y para acompañar ese proceso estaba el Frente.

Por lo tanto, los militantes tenían que tener ideas de combate cuerpo a cuerpo, tácticas de rompimiento de la fila del ataque represivo, su aislamiento por individuos y neutralización; variados, y sucesivos puntos de concentración y desconcentración, para forzar la concurrencia y dispersarla con nuevos reagrupamientos, siempre buscando obligar a invertir el movimiento de las fuerzas represivas; multiplicando los golpes y disminuyendo heridos, detenidos y aun evitando muertes; manejo de palo largo (para neutralizar los de los grupos de choque de la Infantería), cubiertas, barricadas con vehículos inutilizados; eventual apoyo de fuego, etc.

La mayoría de las organizaciones armadas de los 60 y los 70

también aplicaron estos métodos, pero en el marco de sus acciones militares, no como un frente especifico.

Con estos antecedentes, sólo la masacre dictatorial, con su dirigida liquidación de la experiencia acumulada por el movimiento popular (sindicatos, centros de estudiantes, organizaciones barriales, donde los conocimientos se pasaban de generación en generación), así como la agonía de la izquierda orgánica, pueden ayudar a explicar cómo se produjo la matanza del 20 y 21 de diciembre de 2001.

Con simples tácticas de autodefensa nunca podría haberse golpeado y asesinado impunemente, como se hizo, ante la evidente incapacidad del pueblo espontáneamente reunido para ensayar defensas efectivas. Muchas cosas podrían haber pasado tres décadas antes, pero jamás esa indefensión.

Éste es el punto final de este aspecto de la política de formación militar del PC. Los grupos de autodefensa no pretendían, aunque en ocasiones debían hacerlo por la premura de los acontecimientos, actuar fuerza contra fuerza; sino transmitir conocimiento y experiencia para, junto a los obreros, estudiantes, vecinos y villeros, aprender a defenderse y de ser posible repeler la represión, ganando en acumulación de fuerzas y organización.

Con todo, en operaciones especiales, cuadros del frente militar dirigieron y actuaron con los más capacitados integrantes del de autodefensa. Sucedió, por ejemplo, con respecto a los camaradas asesinados. Fue política oficial del PC buscar justicia en todos los casos. Pero también, para aquéllos en que se la negaba, que ningún crimen quedara impune.

El sector de Inteligencia investigaba hasta tener certeza —no siempre se logró, es cierto— de la culpabilidad, y dada esa circunstancia se actuaba, siempre con la mayor reserva.

Jamás se reivindicó ninguna operación de este tipo, pero quienes debían recibir el mensaje, lo recibían. Supieron perfectamente que aunque el PC jamás tomaba la iniciativa de acciones de este tipo, como regla general no era gratuito el crimen de un comunista.

El trabajo en las FF. AA.

Rosendo Fraga —solícito asesor de los militares de 1976, que en los últimos años ha mutado en politólogo mediático— reveló que en la Década Infame el PC logró organizar *soviets* de soldados y suboficiales en el interior de las Fuerzas Armadas (Fraga, 1993).

El trabajo de captación en el seno de este organismo era un área especializada de la política militar del PC, pero independiente del Frente de Autodefensa, así como de la de formación de cuadros militares profesionales propios, que veremos más adelante.

Los teóricos del marxismo indicaron la necesidad de lograr que una parte del ejército apoyara los procesos revolucionarios, al menos en los países capitalistas desarrollados, o con un importante grado de desarrollo y centros de concentración obrera.

Era el caso de fuerzas armadas —no guardias nacionales ni mercenarios pagos— con origen nacional. En el nuestro, nacidas durante las propias guerras por la Independencia.

El *Águila de la Revolución*, como se conocía a la heterodoxa Rosa Luxemburgo[3], planteaba —para países con desarrollo similar al alemán— que no se hace la revolución sin el ejército ni contra el ejército, sino que es con el ejército como se conduce a las masas proletarias al asalto del poder.

Así, desde la fundación del PC se planificó y desarrolló sistemáticamente este trabajo hacia los militares de carrera y los soldados bajo el servicio militar obligatorio.

En sus inicios, cuando la mayoría tenía una composición claramente popular se llamaba mediante volantes, periódicos, carteles, a enfrentar la denominada *doble disciplina*: una para los jefes y otra para los proletarios, soldados y suboficiales.

Luego, se fue adaptando a los cambios en la composición y la hegemonía ideológica reaccionaria, por lo que se fueron tomando reclamos particulares de cada arma y cada región, o el posicionamiento frente a los grandes conflictos o sucesos nacionales. Surgieron materiales como *La fajina, A las rojas* y tantos otros.

Personalmente, gracias a una ubicación casualmente privilegiada, me tocó como soldado transmitir al Frente, con 24 horas de anticipación, los diagramas de los amplios y sucesivos operativos de rastrillaje en Capital y Gran Buenos Aires, realizados en los meses previos a las elecciones generales de marzo del 73,

cuando cumplía el servicio militar obligatorio en la Policía Militar, entonces en un predio en el cruce de Dorrego y Cerviño, durante la agonía del régimen de Lanusse.

Acciones similares costaron, en 1964, condenas de ocho años de prisión en Magdalena a los conscriptos comunistas Oscar Gómez, Fernando Cristófaro, Julio Lirola y Raúl Serebrinsky, quienes pasaron información vital desde la Central de Comunicaciones de la Secretaría de Guerra, que tuvieron impacto parlamentario y, al parecer, obligaron a postergar el golpe de Estado contra el presidente Arturo Humberto Illia. Después, en 1976, el secuestro y asesinato de los conscriptos comunistas Jaime Steimberg y Luis Daniel García en el Colegio Militar, por parte de Reynaldo Bignone.

Mi apellido motivó que los contactos con el Frente se acotaran al máximo, al igual que el alcance de mis movimientos.

Sin embargo, dicen, todo llega. Mi prontuario también.

El general Tomás Sánchez de Bustamante al frente del Primer Cuerpo de Ejército ordenó mi envío a un destino desconocido en el sur, decisión revertida al ser desplazado por el nuevo jefe del Cuerpo, Leandro Anaya, cuando yo ya estaba por ser trasladado en un vehículo militar, desarmado y con custodia.

Lo que siguió todavía es difícil de procesar. Asambleas con oficiales y suboficiales en los respectivos Casinos, discusiones sobre Perón, el comunismo, Cuba, el Che, el concepto de *patria*, los caudillos y patriotas de la Independencia, el ejército de San Martín y la Escuela de las Américas [4] .

Sin embargo, lenta y casi imperceptiblemente, algo cambiaba ante mi vista.

Inolvidable fue el diálogo con un sargento primero que, a la medianoche del 30 de abril de 1973, me decía «bien muerto está», por el Contralmirante Hermes Quijada, abatido por el

ERP-22

de Agosto, ya elegido Cámpora. Entonces, su pregunta era «¿Podremos salir nuevamente a la calle en uniforme, con la familia?».

Inolvidable, también, la orden, comunicada por el jefe de la Compañía, en plena formación, de prohibirme usar armas. Los interrogantes tomaron otro cariz: «¿Nadra, usted les entregaría el cuartel a los subversivos?», me preguntó (casi me acusó, a los

gritos) un fascista subteniente después de la toma del Comando de Sanidad por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), un verdadero punto de inflexión[5].

Mi respuesta fue la misma que había dado en reuniones con los oficiales y suboficiales: «Para nosotros, mi subteniente, los cuarteles, si llegara el momento, se toman desde adentro; con nuestra participación y el comando de todos aquellos de ustedes que apoyen y sean parte del pueblo».

Hubo también lugar para el humor o el absurdo, como le comentaba tiempo atrás a Hernán Invernizzi, entonces conscripto integrante del ERP y revistando en el Comando de Sanidad:

> Cuando te trajeron al calabozo de la Policía Militar yo estaba allí. Desarmado, por supuesto. Entre las consignas del imaginaria figuraba que «el soldado Nadra no puede acercarse a menos de 30 metros», lo que hubiera sido imposible, pues estaba a la izquierda de una calle, flanqueada por edificios a la derecha, y que terminaba en el portón de salida.

La respuesta de Invernizzi fue inmediata, vía *mail*:

> ¡No tenía ni la menor idea! Aquellos días estuvieron plagados de historias increíbles. Menos mal que no te trasladaron al sur… Abrazo, Hernán.

Más allá de estas anécdotas, pequeñas tal vez —pero parte de centenares aún desconocidas— lo cierto es que el trabajo partidario entre los soldados, cuadros de suboficiales y oficiales fue impactante, llegando a entregar el carné a Contralmirantes, Generales de División, Brigadieres, Comandantes de Gendarmería y Prefectos Generales, que en momentos críticos del país brindaron información esencial para la seguridad o la orientación política.

Como es lógico, y a correlación de fuerzas desfavorables, también sufrimos contrainteligencia y severos costos.

La formación de oficiales y suboficiales del pueblo

Así como Rosa Luxemburgo ayudaba a reflexionar sobre el papel del Ejército y las FF. AA. en un proceso revolucionario, alguien que marcó claramente la cuestión de la relación entre la formación y el

papel de los cuadros militares con el Partido fue Mao Tse Tung, muy citado y poco leído, por propios y extraños. En *Problemas de Guerra y Estrategia*, escrito durante 1939, al analizar la lucha guerrillera ante la invasión japonesa a China, expresó su clásica frase, que llegó a ser consigna en paredes y panfletos: «El poder nace de la boca del fusil». Sin embargo, leída en su totalidad (y en no hacerlo está el error) dice: «El poder político nace (o crece) de la boca del fusil, pero es el partido el que dirige el fusil, y jamás se permitirá que éste lo dirija» (Tse Tung, 1959: p. 32).

Son los textos de los fundadores del marxismo, como luego la influencia de su aplicación en la guerra republicana contra el golpismo franquista y la resistencia europea en la retaguardia de la ocupación nazi, los que —con la excepcional experiencia vietnamita— forjaron la política de formación militar de los suboficiales y oficiales comunistas argentinos, con la correspondiente fabricación propia de armamentos y elementos de combate.

No es ésta la ocasión para polemizar acerca del foquismo, rural o urbano, o el real desarrollo del factor subjetivo en etapas clave de la historia argentina, debate inconcluso sin duda. Sí, estamos convencidos, es el momento de esclarecer algunos aspectos fundamentales sobre la cuestión militar, jamás admitidos por el Partido Comunista. Revelaciones que ya no representan ningún peligro, pero sin las cuales es imposible encarar aquellas polémicas con seriedad, con una visión completa del deber o el haber de las posiciones y acciones adoptadas.

Los comunistas argentinos que en España integraron las Brigadas Internacionales, y los que fueron oficiales de alto rango en el Ejército Republicano, que no son los y las que habitualmente se citan en la iconografía partidaria, encarnaron una lección que no sería olvidada.

Un pueblo, en este caso el español, aun en armas y absolutamente convencido de la necesidad de enfrentar al enemigo hasta las últimas consecuencias, puede ser derrotado por un ejército profesional si no hay preparación y número suficiente de cuadros de suboficiales y oficiales que, en los momentos determinantes, sean capaces de adiestrar y dirigir las masas hacia la defensa de su libertad o la instalación de un poder revolucionario.

Gran lección y, tal vez, gran carga que no supimos llevar, absolutizando —que es distinto de sobreestimar y subestimar— ambos términos de la ecuación: poder del ejército profesional y nivel de capacitación de los cuadros y la población.

La formación de los cuadros militares estaba desligada del Frente de Autodefensa —en definitiva semipúblico—, aunque muchos de los aspirantes surgieron de éste último.

Para que la frase de Mao fuese coherente con los hechos (al margen que el PC no volvió a editarlo ni recomendarlo luego de la crisis chino-soviética, a finales de la década del 50), la carrera militar era como debía ser, político-militar.

¿Por qué? A nuestro juicio, era la formación político-ideológica, junto a la capacidad y valentía, la que determinaba el ingreso y los ascensos en la estructura, inseparablemente unidos y en ese orden. La inversión de los términos facilitaba notablemente el peligro de infiltración: el nivel de capacitación de los militares profesionales era indudable y sin duda superior al de un aspirante, mientras la valentía no es patrimonio de los revolucionarios.

En el marco de la militancia en las Juventudes Políticas Argentinas (JPA), muchas veces discutí el orden de los términos citados con los compañeros de la JP Regionales y Montoneros, no así en el caso del ERP, que tenía otro enfoque.

En ese debate había otro punto nodal, que ya hemos formulado en otros términos: el partido, incluidos sus cuadros militares, define la política; y nunca una estructura militar, en sí misma, debe hacerlo.

Por otra parte, aun considerando que una parte de las FF. AA. debía pasar «del lado de acá» el PC desarrolló una red de «fábricas» de armamentos, como en las que se producía la pistola ametralladora *Pampa* (eficaz aunque de sobrecalentamiento rápido), creativa réplica de la *PAM*[6] y, sobre todo, de la red de mantenimiento, que requería el importante arsenal nacional propio. Al mismo tiempo, realizó no pocas «incautaciones».

La formación de suboficiales y oficiales —que no quedaba limitada definitivamente en una u otra alternativa como en las carreras institucionales— partía de capacitación básica en el país, pero la formación definitiva era en el exterior. Sólo en esas condiciones de plena libertad y seguridad para el adiestramiento, la

disciplina, el uso de todos los recursos, teóricos y materiales, de cada etapa de la formación, podría desplegarse el talento de instructores e instruidos.

En algún momento los destinos fueron China, Yugoslavia o Cuba, pero avanzando el siglo XX, principalmente la Unión Soviética, Bulgaria, la República Democrática Alemana, entre otros.

Una diferencia trascendente entre el PC y las otras organizaciones político-militares existentes fue que los grados no se obtenían asaltando una armería, colocando un *caño* o arrebatando el arma a un policía callejero. Siempre, sin excepciones, los pasos de grado implicaban niveles educativos político-ideológicos. Se ganaban en combate. Y no pocos los obtuvieron.

Sin embargo, algunos se obtenían *posmorten*. Tal es el caso —uno de los pocos admitidos por la organización— de Marcelo Feito, recordado así en una publicación partidaria, bajo un poema de Juan B. Echegaray: «Marcelo Feito, brigadista del Partido Comunista Argentino llegado a El Salvador, Centroamérica, en enero de 1987, época seca, para integrarse a las FAL, Fuerzas Armadas de Liberación, brazo militar del Partido Comunista Salvadoreño en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Caído en combate en las montañas de Chalatenango con el grado y nombre de teniente Rodolfo, el 16 de setiembre del mismo año, ya en temporada de lluvias, al mediodía del aniversario de la Noche de los Lápices» (*Nuestra Propuesta*, septiembre de 2007).

En otros momentos, Corea, Vietnam, Angola, Nicaragua, o riesgosas misiones de solidaridad internacional, sobre todo con los países hermanos bajo dictaduras, fueron escenario para las pruebas de fuego que forjaron a los suboficiales y oficiales del PC.

Los hubo de inteligencia, infantería, ingenieros, médicos. La lista es tan larga que, por lo menos a los fallecidos, ha llegado la hora que el PC les haga justicia y cuente sus historias. Y la de la política militar de la organización, también.

Un intento, ya fuera de filas, lo realiza Gilbert (2009):

> Centenares de cuadros pasaron por los cursos de educación en los países del socialismo. En los años 20, el primer destinado a ello fue Salomón Elguer, quien estuvo tres años en Moscú en los Cursos Internacionales Leninistas del Instituto Marx y Engels. Fue comisario político del Servicio

> Médico del Ejército Republicano en España. En la FJC de entonces era el encargado de la propaganda antimilitarista, de la *agitprop* y, desde mediados de los cuarenta, uno de los responsables del Frente Militar del PC. Pedro Grela, quien fue secretario de Organización de la FJC de 1946 a 1949, salió del trabajo legal y con el tiempo, previo cursos en la URSS de los que egresó con grado y buenas calificaciones, dirigió lo más sofisticado del frente militar comunista. (Gilbert, 2009: p. 495).

La actual dirigencia del PC, salvo parcialmente —y me temo que con una dosis ineludible de oportunismo— no ha iniciado ese camino de reivindicación. Mucho menos el de explicar los imperdonables manejos que realizaron durante el «viraje revolucionario» de los 80.

No hablo sólo de algunas oscuras páginas que se ocultan tras las heroicas muertes en combate de muchos compañeros, sino la parte correspondiente —como la hubo en política, cuadros, organización, finanzas y demás frentes— de violación, o traición de acuerdos, que terminó destruyendo al Partido.

Ya en épocas del *viraje* —que analizaremos en «El Largo Adiós al PC»— adoptamos una decisión central en una situación política que distaba de ser estable para la democracia, con los fantasmas de la masacre dictatorial y con vistas a los años que vinieran, aunque fuera con una lectura equivocada de la realidad continental y, sobre todo, mundial.

Esquemáticamente consistió en crear una nueva red de armerías en diferentes puntos del país con habilitación de polvorines de depósitos de armas y municiones hacia donde poder recurrir desde las diferentes regiones en caso de necesidad. Para lograrlo, se buscaría una estructura base ya establecida en el mercado, la que se iría ampliando.

La asignación de cuadros para la primera etapa era reducida, sólo uno, de absoluta confianza y sin antecedentes para ser la cara legal de la firma, con algún conocimiento específico.

Planteada la iniciativa se decidió la vinculación de mi hermano *Nando*, con el apoyo del *Correntino*, responsable del frente militar. Los aspectos técnicos se resolvían con *el Correntino* y los económicos con Fava. Mientras que el primero no sabía con precisión de dónde venía el dinero, el segundo desconocía los alcances del dispositivo.

«Muy rápidamente se produce una importante novedad que aceleró todos los tiempos, ya que se consiguió incorporar una armería conocida, con todas las habilitaciones necesarias. Se resolvió comenzar de inmediato con esto y que luego se irían abriendo otros locales sobre la base de la planificación del Frente. Hasta el fin de la operación se habían creado sucursales en Capital y seis provincias. Me bajaron de un día para otro. Se paró todo, nunca se terminó la operación ni se despacharon las mercaderías que ya se habían importado y pagado al exterior», precisa *Nando*.

Los pasos para apartamos de cualquier espacio de poder se iban ejerciendo inexorablemente.

1.2 La primera guerrilla del siglo XX

El título es impactante. Pero es la sencilla verdad. Por primera vez enunciada con elementos contundentes que, aunque pueden —y deben— ampliarse y precisarse, implican una reescritura parcial de la historia de la resistencia armada con base popular en Argentina.

Sin dudas, se impone una mayor investigación por parte de las nuevas camadas de académicos, si es que se quiere aportar a la reconstrucción de una historia que incluya no sólo la versión de los vencidos, sino los hechos concretos que sucedieron y se ocultan.

Pese a su importancia, es imposible comprender esta revelación sin describir —además de las cuestiones propias del Partido— en forma casi maniquea el marco nacional e internacional en el que desarrollaron su actividad los comunistas que protagonizaron esa gesta.

Hacia la primera guerrilla

Poco más de diez años antes de los hechos, en 1928, el PC nacional ejecutaba al pie de la letra las posiciones del *VI Congreso de la Internacional Comunista*: un recrudecimiento de la lucha «clase contra clase» (proletariado/obreros vs. burguesía) que había extendido el enfrentamiento a los socialdemócratas[7]. Se los calificó de «socialfascistas» con la misma liviandad con la que —con estrechez de miras— se desarrolló una cerrada oposición al yrigoyenismo.

Un error similar se cometió cuando —ante la directiva de la Internacional en los años 40 y 50 de conformar amplios frentes populares para combatir al nazi-fascismo—, el PC se alió con los partidos burgueses tradicionales para enfrentar a la fórmula del Partido Laborista, encabezada por Juan Perón.

Sin perjuicio de la cerrazón antes mencionada, debe destacarse que el PC tenía buenas razones para criticar ciertos aspectos de la

política que, en varias oportunidades, permitió el yrigoyenismo.

Mientras que el clima posterior a la Primera Guerra Mundial conducía a una seria crisis económica a escala internacional, en la Argentina comenzaba a caer el modelo agroexportador instaurado por la liberal-conservadora *generación del 80*. Con el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores (principalmente: desocupación, merma de los salarios reales y cada vez peores condiciones laborales) se desató una ola de huelgas encabezadas por anarquistas, socialistas y comunistas.

Con el fantasma de la Revolución Rusa y el «peligro rojo», comenzaron a formarse, entre la burguesía, varios grupos fuertemente nacionalistas que pretendían cortar de raíz esa amenaza. Así surgió la *Liga Patriótica*, el primer grupo parapolicial. Con la participación y protección de la policía y sectores de las fuerzas armadas, salieron a «cazar» obreros, judíos y militantes de izquierda durante la llamada «Semana Trágica», entre el 7 y el 19 de enero de 1919. Las persecuciones y los centenares de asesinatos fueron desencadenadas por la toma de los Talleres Metalúrgicos de Vasena, en el barrio de San Cristóbal, en donde hoy se encuentra la Plaza Martín Fierro.

Aun a su pesar, la orden de intervención oficial de la policía y del Ejército fue dada por el propio Yrigoyen. También lo fue dos años más tarde, cuando —esta vez el Ejército— reprimió la protesta de los trabajadore agro-rurales en el sur del país, por mejores condiciones laborales y salariales. El episodio —conocido como «La Patagonia Rebelde»— fue organizado por dirigentes anarquistas, socialistas y los comunistas Antonio Soto y Albino Argüelles. Se convirtió en trágico con el fusilamiento de 1500 obreros y casi todos los dirigentes gremiales (López Leira, 2011).

Frente al golpe de José Félix Uriburu, que inaugura en 1930 la Década Infame, el PC llamó a la resistencia; posición que se mantuvo durante los fraudulentos gobiernos de Agustín Pedro Justo y el deteriorado —física y anímicamente— Roberto Ortiz, al parecer con una intención democratizadora que se enterró con su muerte: lo sucedió su vicepresidente, el abiertamente profascista Ramón Castillo.

En Buenos Aires, en septiembre de 1930, se creó la Confederación general del Trabajo (CGT). El 1º de Mayo de 1936

—con el papel protagónico del sindicato de la construcción— la Confederación realizó su primer paro activo. Se logró una concentración masiva en Plaza Once que fue brutalmente reprimida, pero en la que militantes armados del PC lograron repeler parcialmente el ataque con varias bajas en las fuerzas policiales.

El 4 de junio de 1943 llegaría el heterogéneo golpe del Grupo de Oficiales Unidos (GOU)[8], hecho que inmediatamente el PC caracterizó como «reaccionario, militar fascista» y llamó a resistir por todos los medios. Lo cierto es que, en tanto el régimen militar dirimía sus profundas diferencias internas, la represión contra el movimiento popular fue feroz, con miles de encarcelados y exiliados, e impactantes asesinatos de luchadores políticos y sociales.

Desde entonces, y hasta el vuelco histórico del 17 de octubre de 1945, y la democrática elección de Juan Domingo Perón en 1946, transcurrieron años tormentosos.

El dato completamente desconocido es que poco antes del inicio de la nueva década el PC impulsó y mantuvo activa varios años una guerrilla de la que fueron protagonistas el Comandante Leonor Quaretta, el periodista Salvador «Rómulo». Marini, Simón Duschatzky y Pedro Marino, entre otros. El lugar: Chaco, un territorio federal que recién sería provincia en 1951, durante la presidencia de Perón. El *por qué* y el *qué* de la guerrilla: factores geográficos y una represión salvaje por parte de los estancieros (principalmente algodoneros) y las grandes empresas (*Bunge & Born, Dreyfus* y *La Forestal*) que dominaban la zona, de cualquier acción reivindicativa por parte de otras clases o sectores sociales.

Chaco: un feudo de explotación, crimen y terror

Hasta su conversión en provincia, al menos, el territorio que hoy conocemos como Chaco era casi literalmente un feudo, en el que el poder de sus dueños barría brutalmente con toda iniciativa de progreso e incluso de libertad.

Tobas, matacos, mocovíes y vilelas fueron despojados de sus tierras y encerrados en reservas, obligados a trabajar como peones.

Durante las sesiones del Congreso en las que se discutieron los

episodios de la Patagonia Trágica:

> … el diputado radical y médico Pedro López Anaut —que había avalado un pedido de informes pero no la creación de una comisión investigadora porque prefería evitar «los detalles»— comentó que los movimientos en el Sur tenían cierta semejanza con los que él había conocido en el Norte. […] López Anaut había integrado una comisión legislativa que había viajado a Chaco, a Formosa y a Misiones, donde también hubo «levantamientos graves de obreros, asaltos a establecimientos, tiroteos, muertos y heridos, intervención de la policía y el ejército». La experiencia lo había conmocionado. […] Había tomado contacto con los obreros y observó el cuadro «horroroso» en el que vivían: con patrones «criminales». Y aunque no adhería a la Liga Patriótica —pero tampoco era crítico de ella—, el legislador había observado su intervención en esa región, cuando miles de obreros de las compañías *La Forestal* y *Las Palmas* se declararon en huelga en los años 1920 y 1921. (Larraquy, 2009: p. 163).

El 19 de julio de 1924 se produjo la primera y única huelga agraria aborigen que se conoce en el país. Como lo recuerda el historiador Mario Vidal (2006), centenares de hombres, mujeres y niños de las etnias toba y mocoví fueron masacrados por fuerzas policiales y estancieros. Los sucesos se conocen como la «Masacre de Napalpí», que hasta la fecha permanece disimulada e impune **[9]**.

A instancias de los señores del algodón, desde Quitilipi se organizó una patrulla policial reforzada con capataces de las plantaciones y armada de fusiles Máuser y Winchester. El ataque a Napalpí fue sorpresivo y en 45 minutos no quedó ningún toba o mocoví vivo. Los heridos, sin distinción de sexo o edad, fueron degollados. En total, 130 muertos. Al chamán Maidana le extirparon una oreja y los testículos, que fueron exhibidos en la Comisaría de Quitilipi. Ocurrió el 19 de julio de 1924, pero los asesinatos en los bosques cercanos y en las diversas regiones de «El Impenetrable» se extendieron por cuarenta días más.

La reducción había sido fundada en 1911 y ya entonces la bautizaron Napalpí, que en toba significa «lugar de los muertos». Hoy continúa existiendo, es un pueblo pequeño y pobre, pero al sitio exacto donde cayeron los indígenas de Maidana se lo denomina «Paraje de la Matanza».

Napalpí no fue una matanza aislada, sino una práctica recurrente del poder político y de los terratenientes —con la mano de obra policial o militar— para privar a los pobladores originarios

de su forma ancestral de vida e introducirlos por la fuerza al sistema de producción.

En su libro *La violencia como potencia económica: Chaco 1870 - 1940*, Nicolás Iñigo Carrera (1988) afirma:

> Los aborígenes de la zona chaqueña vivían sin la necesidad de pertenecer al mercado capitalista.
>
> La violencia ejercida hacia ellos, por la vía política con la represión y por la vía económica, tuvo como objetivo eliminar sus formas de producción y convertirlos en sujetos sometidos al mercado. […] Se comenzó a privar a los indígenas de sus condiciones materiales de existencia. Se inició así un proceso que los convertía en obreros obligados a vender su fuerza de trabajo para poder subsistir, premisa necesaria para la existencia de capital. Un modo de vivir había sido destruido.

La Forestal se apropió de incontables hectáreas y ocupó a miles de jornaleros, imponiendo un régimen feudal y de terror, mientras devastaba el tesoro milenario del quebracho.

Por otra parte, en la región central del Chaco, se impuso el cultivo algodonero, utilizando como fuerza de trabajo a inmigrantes italianos, polacos, rusos y de otras nacionalidades.

Mate cosido

En ese clima surgió la figura de Segundo David Peralta, de origen tucumano. Usó siete nombres falsos en su vida pero tenía un solo alias: *Mate Cosido* (Chumbita, 1991). El «bandido rural», en su origen obrero gráfico, joven e ilustrado, a quien los pobres del campo brindaban ayuda, celebraban sus hazañas y convirtieron en mito.

Un mito renacido artísticamente con *Bandidos Rurales*, de León Gieco, y académicamente por el historiador inglés Eric J. Hobsbawn, que lo analizó como uno —entre varios— de los casos de resistencias campesinas en el mundo; con testimonios de testigos de época, incluso policías, que no ocultaron su admiración por el personaje en *Social Bandits: Reply* y una posterior edición en castellano de la editorial Ariel: *Bandidos*. El hallazgo precursor de Hobsbawn fue mostrar la universalidad del mito de Robin Hood: el salteador rural empujado fuera de la ley por la injusticia y erigido

en héroe de los pobres se reproducía con asombrosa uniformidad en las culturas campesinas de cualquier época y latitud.

Acercados por amigos comunes de militancia anarquista y con el apoyo concreto del PC, *Mate Cosido* se unió a otra leyenda, el santafesino Juan Bautista Vairoletto —justamente conocido como «El Robin Hood de la pampa»—, para un ataque a *La Forestal* en 1937. No era la primera ni la última colaboración entre el Partido y los grupos que comandaban.

Pinceladas de la guerrilla

Finalmente los comunistas marcharon al monte ante la brutal represión en las ciudades, y por una línea insurreccional que se alentaba en aquella época, iniciando acciones contra los mismos blancos del legendario bandido: estancieros, las compañías extranjeras, golpes comando contra objetivos policiales que los perseguían infructuosamente. En varias oportunidades, *Mate Cosido* acercó armamento y víveres a los combatientes.

Las acciones se complicaron cuando, en base a un proyecto elaborado durante el gobierno de Justo, el 28 de julio de 1938 se crea la Gendarmería y en primer lugar la Inspección Norte en el Chaco, al mando del auxiliar Guillermo Solveyra Casares. Su objetivo principal, largamente reclamado por las compañías y los estancieros era matar a *Mate Cosido*, y aplastar lo que llamaban la «rebelión roja» en la zona.

El historiador Eduardo Atilio Barreto (2009), titular del Museo del Hombre Chaqueño, relata que entre 1939 y 1943

> asistimos a un proceso de acrecentamiento de poder represivo de los sectores gobernantes, quienes lanzaron una ofensiva para erradicar del Territorio a aquellos dirigentes que consideraban peligrosos para la seguridad. Esta política de persecución tuvo varios frentes, y podemos afirmar, luego de las consultas a las fuentes oficiales y periodísticas, que se trató de un plan coordinado y sistemático para «eliminar a los agitadores foráneos». También resulta clara la existencia de un punto de coincidencia entre las autoridades: terminar con todo lo que significara posibilidad de agrupar y movilizar a las fuerzas del trabajo.

Luego de extenderse sobre el brutal clima represivo apunta que:

> Ya en 1942, a partir de la detención en Villa Ángela, por parte de la Gendarmería Nacional, de un ciudadano de apellido Ardozzi, quien se encontraba organizando a obreros peones rurales, la Gendarmería denuncia la existencia de un Comité Territorial Comunista, con sede en Resistencia. Fue sindicado como Secretario General de este movimiento el ciudadano Laureano Chazarreta; encargado de prensa el obrero de la construcción Lorenzo Picasso; Tesorero, Amaro Reyna; delegado en Barranqueras, Alfredo Benítez; y Responsable de la Juventud, Amado Toledo. Otros detenidos en las primeras jornadas fueron Eliseo Vega, Atilio Romero, Cirilo Gutiérrez, Alberto Guerra y el ciudadano de apellido Zeida, detenido en el domicilio del Dr. Zeida. Según las autoridades se secuestró en el domicilio de los detenidos abundante material bibliográfico, que probaría la existencia de una acabada organización en el Chaco vinculada al Comité Ejecutivo central del Partido Comunista.
>
> Los documentos que figuran en los archivos judiciales hablarían de la existencia de cinco mil militantes, en distintas zonas, figurando en las listas varios dirigentes gremiales de la construcción, gráficos, empleados de comercio y uniones agrarias. (…) La sociedad de Empleados de Comercio denuncia la detención de su Secretario General, Simón Duschawsky (*sic*) y presenta un recurso de *Habeas Corpus*. (Barreto, 2009: p. 186-189).

La respuesta obrera no se hizo esperar. Entre otras medidas se formó un Comité Pro-Libertad de los obreros detenidos, integrado por varios gremios, entre ellos los nombrados anteriormente. Las mujeres de los detenidos realizaron campañas para recaudar fondos [10]. Treinta y dos detenidos fueron liberados el 17 de junio por «falta de mérito». Dos días después, quince dirigentes, quienes denunciaron haber sido torturados con picana eléctrica. Al día siguiente, fueron liberados veinticuatro militantes de distintas organizaciones sociales y políticas.

El asesinato de Leonor Quaretta

Los ataques a los objetivos empresariales y de los patrones algodoneros se prolongaron mucho después de este *climax* represivo, pero a comienzos de 1945 la Gendarmería cerca y detiene a los principales dirigentes, mientras el Comandante Leonor Quaretta, alcanza a cubrir su escape tiroteando a los gendarmes.

En esos días, el periódico *Nuestra Palabra*, órgano del CC del PC, da cuenta de las redadas de enero de 1945:

> Con verdadero horror la población de todo el continente se hizo eco de los desmanes cometidos en el Chaco por elementos de Gendarmería Nacional. La ola de terror desencadenada en el mes de enero de este año, se ensañó con los lotes 10, 11 y 12 de Villa Ángela. Fueron asaltadas la mayoría de las chacras; fueron torturados apaleados hombres, mujeres, niños y ancianos; fueron destruidas viviendas y maquinaria agrícola, con las seguridades de una impunidad hasta ahora no desmentida; intentaron violar menores, humillaron a las madres y maltrataron a las esposas de los colonos que detenían.

Dieron muerte a varios colonos en Villa Ángela. Entre ellos los ucranianos Pedro Zdeb, de 35 años, y Ramón Pas, de 31 años.

El periódico comunista *Nuestra Palabra* (marzo de 1945) describe así la muerte del Comandante Quaretta, ocurrida dos meses después:

> En circunstancia que Leonor Cuaretta [Quaretta] se hallaba durmiendo en la chacra del señor Pablich, lote 15 de La Tigra, Villa Berthet, Chaco, se presentó un piquete de gendarmes el 30 de marzo pasado. Cuaretta [Quaretta] huyó y los gendarmes hicieron fuego. Mortalmente herido, alcanzó a efectuar tres disparos de revólver desde el suelo. Los gendarmes mandaron a los hijos del colono Pablich que lo trajeran hasta el patio de la casa, donde fue tirado por su orden. Le negaron agua y el gendarme Albornoz le apuntó con una pistola para ultimarlo, cosa que fue impedida por el superior que mandaba el piquete. Una vez muerto Cuaretta [Quaretta], trasladaron su cadáver al puesto, en el carro de Pablich, cuyos dos hijos quedaron detenidos en la Gendarmería. Posteriormente, se presentó el gendarme Albornoz a Pablich, pidiéndole que no dijera que él había asesinado a Cuaretta [Quaretta]. «Él tiró primero —dijo— diga que murió en el tiroteo y que Cuaretta [Quaretta] tiró primero».

Recién en 1955, sobrevivientes de este proceso pudieron denunciar lo que había ocurrido:

> El cabo Ramos arriba citado que dependía del comandante Solveyra Casares, es autor, en el 1944, de torturas y asesinato de tres ciudadanos: Leonor Cuareta de Villa Berthet, y Pedro Sdev y Ramón Pastuzok, de Villa Ángela. A Pedro Sdev, se le arrancó la carne con tenazas desde el codo hasta la muñeca, para arrancarle confesiones; le cortaron las orejas, arrancándole las orejas, lo arrastraron de los órganos sexuales, lo descogotaron abandonándolo en un monte donde lo encontraron los

> vecinos ya descompuesto, por el revoloteo de los caranchos; a Ramón Pastuzok, después de atarlo le hicieron tomar por la fuerza una botella de caña y luego lo ataron a un quebracho donde lo fusilaron… (Kabat, 2016 [11]).

Perón y las paradojas

Casi dos años se mantuvo el destacamento guerrillero. Con la obsesión de *Mate Cosido* y los «rojos», Solveyra apeló al asesinato y la tortura más brutal —luego perfeccionaría en Buenos Aires la «picana portátil»— acercándose a sus objetivos mediante confesiones arrancadas a víctimas indefensas.

Mate Cosido desapareció luego de un último golpe en 1939. Vairoletto, que actuó en la zona apenas unos meses, y que había vuelto a Mendoza, fue acribillado allí en 1941. En el caso de *Mate Cosido*, la mayoría de los investigadores aseguran que jamás se lo volvió a ver, pero a todos sorprendió cuando se supo, apenas comenzado el siglo XXI, que Genoveva Romano, su legendaria compañera «Ramona», junto a su hijo, el periodista Mario Fernando Romano, estaban vivos, y residían en Presidencia Roque Sáenz Peña, Chaco, sin revelar su verdadera historia [12] .

Quizá por eso no habría que desechar los relatos según los cuales, años después de su «desaparición», *Mate Cosido* —o su lugarteniente, el vasco Eusebio Zamacola Abrisqueta— seguía a la distancia actos del PC, tal vez en un guiño cómplice y afectuoso a sus viejos conocidos.

Lo seguro es que, paradojas de la historia, fue Juan Domingo Perón el que impulsó el indulto a los guerrilleros comunistas en 1945, pero también el que mantuvo como funcionario a Guillermo Solveyra Casares.

Solveyra Casares integró la Sección Especial de Represión del Comunismo, continuación de la que había creado Agustín Justo en 1934, y funcionaba en la calle Urquiza 550, a metros de la avenida Belgrano, junto a la comisaría 8ª. A ella pertenecieron tenebrosos oficiales cuyos nombres serían sinónimo de las más terribles torturas y asesinatos: Cipriano Lombilla, José Faustino Amoresano, y los hermanos Juan Carlos Emilio y Luis Amadeo Cardoso.

Sin duda la experiencia del Chaco sirvió como antecedente para las acciones comando que los comunistas —en algunos casos en combinación con expertos soviéticos— llevaron a cabo contra objetivos nazis en Argentina durante la Segunda Guerra Mundial. Fueron unas 200 acciones de sabotaje a locales de reunión o radiocomunicación nazis, depósitos y, sobre todo, en el puerto, para destruir los embarques de salitre natural proveniente de Chile con destino a la Alemania de Hitler, del cual se extraía un insumo fundamental para la fabricación de explosivos: el nitrato de potasio[13].

¿No es hora de que el PC reconozca y honre a todos aquellos hombres y mujeres, quienes por ahora sólo forman parte de alguno de los «secretos de dirigentes»?

1.3 La voladura de los Minimax

En 1968 se creó la CGT de los Argentinos, aguerrida y claramente diferenciada de la CGT oficial (complaciente con la dictadura del general Juan Carlos Onganía) que encabezaba Augusto Timoteo Vandor. La nueva central fue dirigida por el gráfico Raimundo Ongaro, y nucleó a los dirigentes más combativos del sindicalismo, incluso no peronistas, como el clasista Agustín Tosco y varios dirigentes sindicales comunistas.

El 19 de septiembre, en el Hospital de Clínicas, muere John William Cooke, y ese mismo año es desbaratado el foco rural establecido en Taco Ralo por las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).

El año 1969 marcó el comienzo del fin de Onganía, con un reguero de luchas y asesinatos en movilizaciones, como los de los estudiantes Juan José Cabral (en Corrientes) y Adolfo Bello (en Rosario, donde también cae el obrero metalúrgico Norberto Blanco), que culminan el 29 de mayo con el «Cordobazo», hito histórico de las luchas populares argentinas.

El 29 de junio de 1969 llega a Buenos Aires Nelson Rockefeller, Gobernador de Nueva York, enviado de Richard Nixon. Un día después, un desconocido Ejército Nacional Revolucionario (ENR) acribilla al dirigente metalúrgico «participacionista» (colaborador con el régimen). Augusto Vandor, en lo que denomina «Operación Judas».

En repudio a la visita de Rockefeller se realizó una masiva movilización en el centro porteño y, un día antes de su llegada, 14 supermercados de la cadena Minimax (perteneciente a la familia del estadounidense) ardieron completamente, producto de una acción comando, sin dejar ninguna víctima.

El operativo estuvo al mando del *Correntino*, uno de los cuadros más relevantes del frente militar, miembro secreto del Comité Central del Partido Comunista.

Con los años, conocí personalmente al *Correntino* y a varios de los que formaron parte de la acción. Pero oficialmente se ocultó, y se oculta, la autoría; pese a que en algunos reducidos sectores de la

organización se la reivindicó con orgullo, incluso por cuadros que posteriormente optaron por la vía armada en otras formaciones.

Isidoro Gilbert, demuestra en forma contundente, con datos y testimonios lo señalado, pero sorprende con su explicación.

> ¿Por qué el PCA, severo opositor a incorporarse a la lucha armada, que ya tomaba cuerpo en la Argentina, se atrevió a protagonizar un hecho que entonces superaba las posibilidades logísticas de cualquier grupo guerrillero? La única respuesta está dada por la necesidad de responder a la ofensiva norteamericana contra la URSS en el plano internacional, después de los sucesos de la *Primavera de Praga*. (Gilbert, 2007: p. 334).

Triste sería si fuera así; tanto para tan poco y extraño a nuestra realidad. Lo que sí pude confirmar es que la mayoría de los integrantes del operativo, incluso las mujeres, recibieron adiestramiento en la Unión Soviética.

Pero lo más revelador es que los autores dominaban, y usaron, elementos sofisticados para esa época, lejanos al nivel de desarrollo de otras organizaciones, como explosivos plásticos maleables, que fueron incorporados en envases de dentífricos de marca, capaces de producir una detonación de alto poder calórico, e incendiar un edificio, sin dejar rastros, que es lo que ocurrió.

1.4 Tras las garras del Cóndor

> La corresponsalía de la agencia TASS[14] funcionaba en la calle Córdoba al 600, en un edificio construido en los finales de los años sesenta. Allí trabajaban, también, los corresponsales de las otras agencias de países del Este europeo, bajo la órbita soviética, y fue desde donde se recogió y se canalizó mucha información de la resistencia y el exilio chilenos, luego de la caída de Salvador Allende.
>
> Gilbert tenía muy buenos vínculos con periodistas prestigiosos de casi todos los medios argentinos y corresponsales extranjeros. Siempre ha sido un hombre bien informado de la situación política argentina. (Cardoso, Kirschbaum, Van Der Kooy; 2012: p. 351).

Valentín Mashkin (1985) fue el primer autor que sistematizó y reveló al mundo, con fundamentada información, la coordinadora criminal de las dictaduras del cono sur en los años 70, la llamada *Operación Cóndor*.

Este trabajo fue profundizado y completado por Stella Calloni (1999) en una investigación que incluye desde testimonios del *Nunca Más*, hasta las pruebas de los «archivos del terror[15]», en Paraguay, documentos oficiales descubiertos gracias a una temeraria investigación de Martín Almada[16].

Poco antes, en 1998, aparecieron pruebas contundentes de la complicidad de las dictaduras y el apoyo estadounidense, con la desclasificación parcial de documentos estadounidenses.

Pero hasta hoy nadie contó parte de la trama secreta de la primera investigación, la de Valentín Mashkin, que vamos a relatar.

Se trató de un meticuloso trabajo de los servicios de inteligencia de la entonces Unión Soviética, alimentados en gran parte por lo que se dio en llamar «Córdoba 652, 11 E», calle, número, piso y departamento en donde, desde los años 60, se coordinaron los esfuerzos de recopilación de las denuncias y la solidaridad con el cerco de dictaduras que se iba cerrando.

El equipo

¿Los nombres de aquella increíble epopeya? Isidoro Gilbert, responsable del PC local y corresponsal de la Agencia TASS, que fue la «cobertura» de esta estructura que agrupó a las corresponsalías de las agencias de noticias de los entonces «países socialistas», así como de matutinos de gran impacto europeo como *Neues Deustchland*

L'Unitá,

L'Humanité,

; Arturo Lozza; Rodolfo Nadra; Adolfo Coronato; y yo mismo, la «mascota» del equipo, hasta que me destinaron a *Prensa Latina*, luego del golpe de 1976, con lo que sumamos, de hecho, otra agencia y vía de transmisión al exterior.

Y, con nosotros, paraguayos, como el escritor y poeta Elvio Romero; chilenos, como José Maldavsky —notable documentalista—, Enrique Martini o Luis *Lucho* Córdoba; y el miembro del Comité Central de PC Uruguayo, Nicko Scwartz, años después embajador uruguayo en Vietnam.

Párrafo aparte merecen tres poetas —entre los mejores contemporáneos de Latinoamérica— que se jugaron en esos años: los argentinos Jorge Ricardo Aulicino y Daniel Freidemberg y el chileno Hernán Miranda Casanova, autor de *La Moneda y otros poemas*, que mereció el Premio Casa de las Américas en la ciudad de La Habana, Cuba, en 1976. Ellos y otros muchos que colaboraban en la periferia o en el interior de cada territorio, varios de los cuales perdieron su vida salvando la de otros o llevando la verdad al mundo [17] .

Recuerdo a Lozza, casi un gigante, desgarbado, mirándome a través de sus lentes como lupas. Mi primera «tarea» en 1970, con 18 años y título oficial de «cadete», fue preparar una de las infinitas rondas diarias de café para «los muchachos». Cuando saboreó lo que sería una adicción compartida por locales y visitantes, me vaticinó con su humor corrosivo: «Albertito, ahora sí, no tengo dudas; vas a ser un gran periodista».

Hoy, es él quien me recuerda que el período que siguió al golpe en Chile fue un tramo más en «el largo camino de Córdoba, pues allí

atravesamos no sólo la dictadura genocida sino además todas las anteriores. Los encuentros con muchos que hoy ya no están entre nosotros porque están desaparecidos. Recordemos las vigilias informativas del Cordobazo, del golpe y la caída de Onganía, nuestros despachos diciendo verdades que los medios dominantes no daban, los análisis que salían de Córdoba y que se publicaban en Europa [18] ».

Un rastro sangriento

Horroriza aun hoy —a más de cuarenta años de los hechos— repasar las acciones de la *Operación Cóndor*, dirigida por la CIA de George Bush (padre) y el secretario Henry Kissinger, con sicarios cubanos de la antigua OAS francesa o la Triple A nativa, todos a su servicio.

Chile, mediante el golpe organizado por Estados Unidos, se convierte en pieza clave y se une a los regímenes sangrientos de Paraguay, Brasil, Bolivia, Uruguay y —antes y después— a las distintas dictaduras argentinas.

Bajo su coordinación, las Fuerzas Armadas del Cono Sur concretaron el crimen del expresidente boliviano Juan José Torres el 2 de junio de 1976; los del exjefe del Ejército de Chile, General Carlos Prats, y su esposa, Sofía Cuthbert —antes, el 30 de octubre de 1974—; y el secuestro, tortura y muerte de los exlegisladores Zelmar Michellini y Héctor Gutiérrez Ruiz, el 21 de mayo de 1976. Todos cometidos en Buenos Aires, durante el gobierno de Isabel Perón primero y bajo la dictadura después.

También planificaron y concretaron —nada menos que en territorio de los Estados Unidos— el asesinato de Orlando Letelier, exministro y embajador de Allende, y su secretaria; con la activa participación del agente de la CIA Michael Townley, el 21 de septiembre de 1976; así como el brutal atentado al vuelo CU-455 de *Cubana de Aviación*, sobre la isla de Barbados, en el que perdieron la vida 73 personas el 6 de octubre de 1976.

También hubo intentos fallidos en 1975. Tal es el caso del vicepresidente chileno Bernardo Leighton en Italia, del socialista

Carlos Altamirano y del comunista Volodia Teitelbom. Asimismo, hay otras muertes sospechadas en la lista, aunque no probadas como asesinatos. Entre ellas se encuentran la del presidente de Ecuador, Jaime Rolós, y la del líder panameño Omar Torrijos, ambos considerados «peligrosos» por los Estados Unidos, y los dos víctimas de «accidentes» aéreos en 1981.

En octubre de 2011, abierto nuevamente en Argentina el rumbo para la Memoria, la Verdad y la Justicia, Sergio López Burgos —sobreviviente uruguayo de la *Operación Cóndor* y exdetenido de *Automotores Orletti*[19]— denunció penalmente ante la justicia argentina a un centenar de funcionarios civiles y militares de su país por su participación en la coordinación del plan de represión ilegal.

La denuncia comprende a exdictadores, diplomáticos y militares acusados de secuestros, torturas, asesinatos y desapariciones de 120 uruguayos que residían en el país y revela la participación esencial de la embajada oriental en Buenos Aires en la inteligencia sobre exiliados uruguayos en el país.

Sobre la denuncia de Burgos, en mayo de 2012, el fiscal federal Miguel Ángel Osorio registró 160 crímenes con la marca de *El Cóndor*. De los casos contemplados, dieciséis corresponden a ciudadanos argentinos; también hay un español, dos ítalo-uruguayos, una argentina-uruguaya y una hispano-uruguaya. Los restantes 139 son personas nacidas en Uruguay. El listado incluye 20 hechos ocurridos con anterioridad al golpe de estado de 1976.

Todos ellos forman parte de la legión de miles —miles— de hombres y mujeres secuestrados, cada uno de ellos con su nombre y apellido, su familia, su historia, a quienes en distintos territorios se torturó bárbaramente, y —«remitidos» a sus países de origen— finalmente fueron asesinados en su mayor parte.

El «rastro sangriento de *El Cóndor* » —al decir de Mashkin— es imposible seguirlo en unas líneas, pero puede insinuarse al citar que, en 1992, el juez paraguayo José Fernández y el abogado, pedagogo y víctima de Stroessner, Martín Almada, descubrieron los llamados «archivos del terror». De esta forma quedó probado, con documentación de sus autores, el plan sistemático de persecución y eliminación a los adversarios políticos —comunistas, socialistas e izquierdistas (con un sentido amplísimo del término)— con

independencia de las fronteras nacionales.

Hay dos maneras de percibir la magnitud del horror. Una, por las —literalmente— cuatro toneladas de fichas de detención, grabaciones y fotos de torturas, registro de apresamiento y traslado entre los países integrantes. Y otra, espeluznante, porque esas toneladas de documentación permiten probar al menos los casos de 50 000 personas asesinadas, 30 000 desaparecidos y 400 000 encarcelados.

Prensa Latina

Recuerdo vívidamente un caso concreto, en 1976, cuando yo era Jefe de Redacción de *Prensa Latina*. El 9 de agosto secuestraron en Buenos Aires a dos jóvenes diplomáticos cubanos, Crescencio Nicomedes Galañena Hernández y Jesús Cejas Arias —de quienes mucho más adelante supimos que murieron torturados en el CCD Automotores Orletti—.

> —¿Nadra? ¿Alberto? ¿Cómo anda *Pepe* (apodo de José Bodes Gomes, entonces corresponsal de la agencia de noticias cubana, donde yo trabajaba por la mañana, en el *Edificio Safico*, en la Avenida Corrientes 456)?

Me estremecí. No era la primera ni sería la última amenaza.

> —Aquí va un saludito de María Rosa. Seguí atacando al país, hijo de puta, que con cada nota que mandes le subimos unos voltios.

A continuación escuché los gritos desgarradores de una mujer. Informé, apabullado, en días que realizábamos resúmenes matutinos y nocturnos de miembros de «la organización subversiva declarada ilegal en primer lugar». (ERP) o de «la organización subversiva declarada ilegal en segundo lugar». (Montoneros) muertos en enfrentamientos, en casi todos los casos víctimas de la *ley de fuga*.

Horas después, *la Fede* me informa que el 3 de agosto de 1976, la camarada argentina María Rosa Cancere, quien —por referencia del Partido— realizaba trabajos como educadora en la representación diplomática, dejó su trabajo a las 16:00 como todos los días, para dirigirse a su casa y nunca llegó.

Las tareas sociales de la representación cubana incluían la operación y mantenimiento de un establecimiento educativo, la «Escuela José de San Martín», que funcionaba en la calle Arribeños, casi esquina con Teodoro García, en el barrio de Belgrano —a tres cuadras de las oficinas de la embajada, ubicada en Virrey del Pino 1810—. En esa estancia infantil trabajaba María Rosa. Varios niños, integrantes de la familia Santucho, además de los hijos de los empleados, recibían cuidados y educación en esa guardería. Seis días después del secuestro de María Rosa se produjo el de los diplomáticos cubanos. *El Cóndor* los arrastró con sus garras. (Olmedo, 2017).

Poco tiempo después, el 10 de noviembre de 1976, en Temperley, fue secuestrado el empleado de la Oficina Comercial de la Embajada de Cuba, el militante comunista y expresidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, Ramón Lucio *Moncho* Pérez. Ese mismo mes detuvieron a varios empleados de la Oficina Comercial de Cuba y secuestraron a Claudia Gorban, liberada luego de gestiones del embajador, Emilio Aragonés Navarro.

Hace un tiempo, leí en *Página* 12 una nota acerca del merecido homenaje que la Embajada rindió a sus dos antecesores asesinados en Buenos Aires. El 2 de agosto de 2012 la tapa del mismo matutino me golpeó con la foto de uno de ellos, Crescencio Nicomedes Galañena Hernández, cuyo cuerpo fue hallado por un grupo de niños en un barril relleno de cemento, y fue identificado por el Equipo Argentino de Antropología Forense. La nota es estremecedora.

Ginzberg (2012) da cuenta de cómo la Cancillería de la dictadura «informó», con la metodología habitual, que los diplomáticos habían «desertado para buscar la libertad». Se cita una investigación del periodista estadounidense John Dinges, según la cual el ya nombrado agente de la CIA, Michael Townley, y el cubano-estadounidense Guillermo Novo Sampoll habrían viajado a la Argentina para interrogar a Cejas Arias y a Galañena Hernández. «Ellos cooperaron en la tortura y el asesinato de los dos diplomáticos cubanos», declaró ante la jueza María Servini de Cubría el represor Manuel Contreras Sepúlveda, exjefe de la DINA, la policía secreta pinochetista.

En ninguna de las dos ocasiones leí referencia alguna a María Rosa[20]. Sólo sus gritos, nuevamente; siempre, hasta que me vaya.

Valentín Mashkin

Isidoro Gilbert fue el responsable de *Córdoba 652*. En ese carácter hay muchísimas historias, datos y directivas que jamás nos comentó, ni debía hacerlo. Nosotros siempre lo aceptamos, pues era el jefe. Lo curioso es que él no supo que algunos de nosotros también conocíamos otros datos, establecíamos otras relaciones y recibíamos otras directivas —que expresamente no contradecían las que él recibía, simplemente eran otras— pero que se cumplían en estricto secreto, en primer lugar para el propio Isidoro.

Gilbert (2009) lo relata así:

> La agencia TASS daba cobertura al funcionamiento de corresponsales de otras agencias o diarios comunistas. Todo el grupo integró ese equipo con contactos permanentes con el interior de Chile, etc. El PC de ese país envió periódicamente a periodistas para trabajar en el servicio, como José Maldawsky y Enrique Martini. Ese informativo fue la base del famoso programa que transmitió *Radio Moscú*: «Escucha Chile», y que mucho disgustó a la dictadura trasandina. El equipo envió informaciones de todo lo que ocurría en Argentina, pero la misma emisora actuó de manera diferente frente a la dictadura argentina, pese a los esfuerzos de los periodistas argentinos Arturo Lozza, Rodolfo Nadra y José Andrés López. Todo se inició con un telegrama que Mijaíl Artiuchenko, jefe para América latina de TASS envió horas después del golpe de Augusto Pinochet. «Necesitamos periódica cobertura de los acontecimientos en Chile», ordenó. Un día después del golpe me llamó desde Roma el redactor del diario *L' Unitá*, Guido Vicario. El autor era corresponsal ad honorem del matutino comunista. «Están reunidos los secretarios de los partidos comunistas de Italia, España y Francia y quieren saber qué pasa en Chile», le dijo. Le contó que tenía informes militares locales de radios del Ejército chileno dando cuenta de operaciones de fusilamiento contra opositores. Supo después que con esos y otros informes, se conoció el documento de solidaridad con Chile del «eurocomunismo».

Conocí a Valentín Mashkin a fines de los 70, en un encuentro

casual en *Radio Moscú*, hoy absurdamente rebautizada *La Voz de Rusia*.

Uno de mis hermanos —Rodolfo, que centralizaba la información que provenía del equipo y las transmisiones de la radio— le había comentado de mi participación en el rescate del último poema de Víctor Jara, el trovador comunista asesinado en el Estadio Nacional de Chile el 16 de septiembre de 1973, a los 40 años. También de la transmisión, en este caso ya desde *Prensa Latina* y de la ahora célebre *Carta Abierta a la Junta Militar* de Rodolfo Walsh, que recibimos el mismo marzo de su secuestro, en 1977.

Éste, creo, fue un dato central.

El intercambio de informaciones entre el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y el PC Cubano era tan fraternal, como mutuamente prudente, receloso tal vez.

Mashkin, siempre fue presentado como «periodista y escritor». Pero sus estratégicos contactos e información permiten arriesgar alguna hipótesis más. Estuvo siempre en lugares precisos en los momentos exactos. Fue el primer traductor y crítico de Ernest Hemingway, quién lo distinguió con su amistad. Viajó como corresponsal a La Habana cuando fue la primera exposición Soviética en Cuba, en los 60. El periodista, lo supe después, estaba particularmente interesado por el trabajo de *Córdoba 652*, que seguía hace años.

Un viernes de enero de 1979, congelado, caminé —casi corrí— con Rodolfo las seis cuadras que separaban en Moscú el departamento de mi hermano, ubicado en la torre de *Ploshiad Vostania*, de la agencia TASS, donde llegaban nuestros despachos de Buenos Aires.

Luego, el entonces deslumbrante —pero para mi incomprensible— subterráneo moscovita, nos llevó a *Radio Moscú*, donde vi la grabación de «La Semana Argentina», que se emitía los viernes. Allí nos presentaron a Mashkin.

Regordete, gruesos anteojos y barbita a lo Lenin, pareció particularmente interesado en el trabajo al interior de nuestros países. Centró sus preguntas en los métodos de acopio de la información y solicitaba determinadas precisiones, tanto de los despachos como de los materiales que —no lo mencionó, pero se

refirió a casos precisos que yo conocía— se enviaban por valija diplomática.

Ploshiad Vostania

Rodolfo y su familia vivían en *Ploshiad Vostania* (Casa 1, piso 11, cuartira 371). —Plaza de la Insurrección, en homenaje a la «Barricada Roja [21] » levantada en la Revolución de 1905—. No era un edificio más, ni cualquiera podía acceder a un departamento. Era una decisión política.

Las torres, símbolos de Moscú, popularmente conocidas como «Los siete caprichos de Stalin», son impactantes y exteriormente idénticas. De un estilo entre neogótico y barroco, con muchos pináculos y torreones y ventanas que parecen aspilleras de una fortaleza medieval, sobresaliendo sobre elevaciones en los distintos puntos cardinales de Moscú.

Con arquitectura similar a la de Nueva York de los años 50, entre los más conocidos están los que albergaban a la Cancillería, la Universidad Lomonósov o el Hotel Ucrania, donde paré en otro de mis viajes, ya en tiempos de Mijaíl Gorbachov, en lo que fue una de las últimas conferencias de la historia del PCUS.

En el ascensor, o en un pasillo, podían suceder sorpresas. Como saludar amablemente a un hombre de cuidado impermeable blanco, un vecino al que Rodolfo me presenta y responde en claro castellano, entre risas e invitaciones mutuas a tomar «unos tragos»: Harold Adrian Russell Philby, o *Kim* Philby, el alto jefe de la inteligencia británica (MI6), que en realidad fue parte del servicio secreto soviético. Philby se refugió en Moscú y se casó en segundas nupcias con Rufina Ivanova Pujova, veinte años menor que él y que lo acompañaría hasta su muerte en 1988, a la edad de 76 años.

En él, examigo de su juventud, se inspiró para varios de sus relatos Graham Greene. Es el caso de *El Tercer Hombre*, una sus obras de espionaje que fue llevada al cine, donde el novelista basó parcialmente en Philby el personaje de villano, interpretado por Orson Welles. También miembro del MI6, Greene reinició su amistad con Philby tras recibir, a finales de los setenta, una postal suya desde Moscú que tan sólo decía «A nuestro hombre en La

Habana».

En ese particular edificio, días después de nuestra visita a *Radio Moscú*, recibimos a Valerián Goncharov, encargado de Argentina por el CC del PCUS, por lo que con cierto esfuerzo me deshice de los abrazos y saltos de mis sobrinos —entonces, Santiago y Javier, pues la «moscovita» de la familia, Valeria, llegaría un 9 de julio de 1980—.

Goncharov nos explicó lo que —dijo— era el inicio de una investigación básica: una operación clandestina de asesinatos de figuras latinoamericanas, con orientación y financiamiento de la CIA, y plan de intercambio y exterminio sistemático de prisioneros entre las dictaduras del cono sur. Era *La Operación Cóndor*, aunque todavía no supiéramos su nombre.

Al responder varias preguntas que le realicé a partir de las inquietudes de Mashkin, nos señaló que estaba realizando un trabajo periodístico sobre la base que la URSS veía con enorme preocupación la creciente agresividad de Estados Unidos, en actividades encubiertas a las que calificó de «inédito terrorismo internacional».

Citó al luego director de la CIA, William Colby, y la implementación del *Plan Fénix* en Indonesia, que culminó con el derrocamiento de Achmed Sukarno, a mediados de los 60, con un millón de asesinados. Su continuidad en Vietnam, con los llamados «pelotones de exploración provincial» —bandas paramilitares estadounidenses y survietnamitas— que asesinaron 40 000 personas por fuera del enfrentamiento bélico.

Los hitos continuaron con el *Plan Fulbert*, para impedir la asunción de Salvador Allende, y luego su desestabilización hasta el sangriento golpe de septiembre de 1973. Subrayó las similitudes de las metodologías utilizadas, como las distintas variantes de «escuadrones de la muerte», y se detuvo particularmente en lo que consideraba una seria escalada internacional, con los crímenes del general Carlos Prats, el coronel Ramón Trabal, Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruiz, el general Juan José Torres, y —principalmente— Orlando Letelier.

De la charla, nos quedaron algunas ideas claras, de varios ejes no dichos. Las fuentes que estaba utilizando Mashkin eran, básicamente, tres: un «trabajo intenso» (sólo esas dos palabras) de

la Inteligencia soviética; los partidos comunistas y otras fuerzas del continente y Europa; y el flujo informativo desde Buenos Aires.

«Como ustedes saben —dijo, como al descuido— las primeras sospechas con fundamento que elaboramos le fueron comunicadas a *todos* los partidos de la región, en 1977», demoledora revelación siendo un hombre que solía poner cara de nada y mirar al vacío ante cualquier manifestación de insatisfacción con la línea política de nuestro partido. Lo cierto es que esa comunicación no se registró, ni antes ni después de esta entrevista, en la posición política del PC en la Argentina —a la que Goncharov, es necesario aclararlo, jamás realizó mención directa, como sí lo hizo sobre el resto de los países—. Estaba claro que toda la responsabilidad caía sobre nuestros dirigentes.

Dos hombres, un continente

Rodolfo —con características distintivas por su particular preparación—, como antes Lozza, como luego López y otros, mantenía los contactos con los partidos de Brasil, Bolivia, Chile, Paraguay, y Uruguay, con sus máximos líderes. Largas charlas con Luis Corvalán —Secretario del PC de Chile— y Antonio Maidana —Secretario del PC de Paraguay—, a quien despidió en el Aeropuerto de Sheremetyevo cuando, luego de 20 años preso, y apenas recuperada un poco su salud, regresó al continente decidido a entrar clandestinamente en Paraguay para dirigir la lucha, pero fue secuestrado en Buenos Aires, el 27 de agosto de 1980.

Para mí, particularmente, hay dos encuentros imborrables.

Uno, con uno de los dirigentes que más valoré de nuestro continente, Rodney Arismendi, Secretario del PC de Uruguay. Me lo presentó Ricardo Saxlund, orgullo charrúa —con sus once hijos— para quien todavía espero un homenaje en las calles de su querida Montevideo, el de su «paísito» por cuya libertad trabajó, vivió y murió en Moscú, desde donde durante la dictadura emitía « Quince minutos con Uruguay».

Arismendi me sorprendió, pero no gratamente, tal vez por una visión sesgada, o hipersensible, de mi parte; pero luego percibiría algo similar, ya en los años de democracia en Buenos Aires, donde

coordiné con él la redacción de un documento de los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe. Cuando nos encontramos por primera vez tenía público y descubrí que había más de un Arismendi. Ante sus compañeros, hubo un tibio reconocimiento a nuestro trabajo, y muchas indicaciones de lo que no se hacía y debía hacerse, mechadas con largas reflexiones que ratificaban su formidable formación y reflexión teórica.

Recuerdo la mirada incómoda de Ricardo, que lo admiraba profundamente, y una segunda reunión, esta vez solos los tres, donde quizás la falta de un auditorio abrió canal hacia un clima más fraternal, más cargado de humor y liviano de ironías.

El otro encuentro constituye la imagen de mayor calidez y afecto que atesoro, la de Luis *Lucho* Corvalán, entonces Secretario General del PC Chileno.

Me recibió en su más que sencillo departamento, alejado del centro de Moscú, desde donde dirigía el partido en el exterior, luego de su larga prisión en su país —deportado a la isla Dawson, al campo de concentración Ritoque y Tres Álamos, para finalmente ser «canjeado» por el «disidente» ruso Vladimir Bukovsky en septiembre de 1976—.

Sereno y contenedor, me preguntó con mucho cuidado acerca de la posición del Partido frente a la dictadura, nuestra visión de Chile, al que volvería en 1980 para dirigir su partido desde la clandestinidad, apenas unos meses después de nuestra entrevista.

Sin embargo, estoy convencido de que el centro de su preocupación era transmitir un emotivo y afectuoso mensaje a todos y cada uno de los miembros del equipo. Particularmente para los camaradas chilenos que trabajaban en *Córdoba 652*, o eran enlaces y eslabones en la cadena de la solidaridad que el brillante periodista y premiado escritor, José Miguel Varas, transmitía por *Radio Moscú* en «Escucha Chile», con la mítica Katya Olévskaya, la primera voz femenina de las emisiones en español.

El programa, que no pudo ignorar la prensa ni el régimen, fue una pesadilla de la dictadura chilena, luz de esperanza y transmisión de información para la lucha clandestina.

Arismendi, Corvalán, el brasileño Luis Carlos Prestes[22] (Secretario General del PC de Brasil) y el héroe paraguayo Antonio Maidana, quienes me honraron en esos años con su hospitalidad,

fueron y serán símbolos trascendentales de la resistencia a las dictaduras del continente. El abrazo de los que luchábamos por un mundo mejor, pero para enfrentar el peor de los imaginados.

Eran, aunque no lo supiéramos cabalmente, los años que fuimos tras las garras de *El Cóndor*.

1.5 [Anexo 1] Testimonios

Memoria y Resistencia

Por José Maldavsky [23]

Aunque les asombre, no tengo intención de relatarles en detalle mis recuerdos de la aventura de la calle *Córdoba 652,* en Buenos Aires, entre el año 1973 y el año 1975.

La pregunta que surge hoy de esta experiencia se vuelca en dos palabras: *memoria* y *resistencia.* ¿En qué medida *Córdoba 652* es una referencia?

Con el fin del enfrentamiento bipolar, algunos concluyeron en que era el «fin de la historia»: el mercado como única ley, olvidar la clave del éxito.

Pero la historia no es la simple expresión del derecho del más fuerte, aunque económicamente lo parezca o lo sea: los millones de víctimas de los totalitarismos testimonian que una violencia ejercida en nombre de ideas que destruyen a ciertos pueblos, no les impide optar luego por la democracia.

Después de los acontecimientos de *Córdoba 652,* los tiempos han cambiado. Pero el compromiso democrático ha adquirido el sentido de una lucha que traza, sin descanso, las vías de transmisión de la memoria histórica y la necesidad absoluta de resistir.

Casi cuarenta años más tarde, nuestros modestos despachos noticiosos revelan el lugar determinante de la historia de resistentes anónimos contra la dictadura en la vida política de las democracias.

Nuestro profesionalismo permite demostrar hoy que *memoria* y *resistencia* permanecen como un valor fundador de la legitimidad de optar por la democracia.

Hoy nuestros países se desarrollan, pero el riesgo del olvido de un pasado reciente nos invita a mirar hacia atrás. La memoria es un valor esencial de la vida social. Ella surge cuando las sociedades se enfrentan a la historia de su fundación y a la herencia recibida de los regímenes precedentes.

Tales enfrentamientos pueden redefinir la legitimidad de la elección de la democracia, pero también pueden terminar en la negación del pasado contribuyendo al cuestionamiento de los valores que la originan.

Bajo el pretexto que al suavizar el recuerdo de periodos oscuros, se lograría equilibrar la vida social. Y para ello, la clave es el olvido.

Pero cuando el tiempo pasa y el olvido parece haber hecho su camino, las conciencias se despiertan y se dan cuenta de que el olvido ha impreso en las memorias cicatrices tan profundas como las heridas arbitrarias.

Numerosas son las situaciones históricas que pueden demostrar que cuando la memoria se transforma en una lucha de antagonismos políticos, la arbitrariedad amenaza las vías de transmisión, permitiendo una radicalización de enfrentamientos sociales y políticos que favorecen el autoritarismo.

La historia reciente de nuestros países prueba que *memoria* y *resistencia* están en el centro de los valores que permiten construir la democracia. Confirma que la memoria es la esencia de una crítica a la altura del hombre, frente a aquellos que privilegian una visión dogmática de una historia en movimiento y regida por las reglas de la economía de mercado.

La historia fue escrita en *Córdoba 652*, paso por paso, en el anonimato. Ignorábamos si estábamos escribiendo las páginas de una historia triste para las nuevas generaciones: para que nunca más se repita, sigamos resistiendo.

Quisiera por último rendir homenaje, agradecer y manifestar mi reconocimiento a la solidaridad internacional de los integrantes de la calle *Córdoba 652*, sin la cual no estaría escribiendo en este momento.

No sólo me acogieron en su seno, con la generosidad que los caracteriza, sino además enarbolaron la bandera de la lucha de un pueblo martirizado por una dictadura como si fuera el suyo. Y eso no se olvida nunca.

Quizás por ello, considero a Isidoro como uno de mis maestros. A Arturo como el hospitalario que me abrió su hogar. A Adolfo como un infatigable sostén contra estados de ánimo negativos. A Rodolfo como el hombre del humor preciso para distender las noticias de horror. A Alberto, como el muchacho que llegaba del

servicio militar con frescura comunista sin cicatrices de la vida. Sin omitir a la piba y al pibe que se deshacían por facilitarnos el cotidiano.

Citar a Juana y a sus hijos, a Marta y a Norma, la mujer de Adolfo, es una evidencia. Su ternura fue para Marilú, mis hijos y para mí, un apoyo fundamental.

Buenos Aires-Moscú-Buenos Aires

Por Arturo Lozza [24]

Recuerdo que los primeros meses en *Córdoba 652* me fueron difíciles de afrontar.

Nunca antes había sido corresponsal. Y ubicarse junto a Isidoro Gilbert —exestudiante universitario de Farmacia convertido en gran analista de la realidad política y atrapado por los mil detalles de cada movida política que se esmeraba en colocarlos a todos en una misma frase periodística— me costó no pocos esfuerzos y litigios con mi propio pasado. Un pasado tormentoso e irregular que nos fue impuesto ya que las represiones determinaban que los militantes debíamos sortear persecuciones contra todo aquello que semejara a Partido Comunista.

Teníamos normas y prácticas para afrontar situaciones de persecución, pero muchos de nosotros carecíamos de capacidad para interpretar cada suceso que se desarrollaba vertiginosamente en esa Argentina de la década del 60. Tener que enfrentarme a las nuevas condiciones fue una gran escuela. Creo haber sido el primero de los corresponsales que se incorporó después de Isidoro. Luego llegarían otros, Rodolfo Nadra, Berta Faingold, Adolfo Coronato, Daniel Freidenberg…

Tuvimos amistades de periodistas muy destacados: Oscar Serrat, Rogelio García Lupo, Jorge Bemetti y muchos otros, algunos secuestrados por la dictadura después del 76.

Uno de los jóvenes más brillantes en aquellos años, y mucho más después, fue el entrañable José María Pasquini Durán, recientemente llegado creo de la provincia de Salta y con quien me tocó cubrir sucesos sindicales y los inolvidables momentos del

surgimiento de la CGT de los argentinos.

Yo había comenzado a tener los primeros contactos con el periodismo en plena juventud, a fines de los años 50, cuando entré a trabajar en el diario *La Hora*. Allí conocí a Isidoro Gilbert y a Juan Antonio Grosso (alias «Pedro»), un experto en el trabajo con la prensa clandestina. También a Rodolfo Ghioldi, a Ernesto Giudici, Héctor Agosti, y a otro gran periodista, Salvador «Rómulo». Marini, de quien aprendí las primeras mañas del periodismo y quien —siendo yo aún cadete de expedición— me mandó al sur bonaerense a hacer mi primer artículo (una huelga en el entonces puerto de Ingeniero White).

Con la clausura de ese órgano en épocas del presidente Arturo Frondizi, atravesé otras muchas clausuras de periódicos que editábamos en la clandestinidad: *Pueblo Unido, Soluciones* y otros cuyo nombre no recuerdo, todos de cortísima duración pues apenas asomaba llegaba la prohibición de Coordinación Federal (la policía política) y los apresamientos de aquéllos a los que encontraban en las imprentas.

Era una dura batalla por conquistar la legalidad, ellos insistían con la represión y nosotros volvíamos a publicar un nuevo periódico con otro nombre. Fueron mis primeras cárceles. Vendrían luego dos grandes experiencias, una fue *El Popular*, semanario que dirigió Ernesto Giudici, donde trabajamos junto a Marini como jefe de redacción, Andrés Rivera, Estela Canto, y Sergio Peralta, entre otros.

La otra maravillosa experiencia fue pertenecer al plantel de la revista *Che* junto a Pablo Giussani, *Chiquita* Constenla, Juan Carlos Portantiero, Isidoro Gilbert, Del Peral, Jacobo Yasky y otros. Todos esos medios fueron clausurados por la represión, pero en *Che* nos dimos el gran gusto de editar como suplemento el discurso completo de Ernesto *Che* Guevara en Punta del Este. Fue la primera edición en Argentina de un trabajo del Che. Tuvo un éxito impresionante, jamás había visto que con tanto entusiasmo se nos quitara de las manos en pocos días los miles de ejemplares impresos.

Fue a partir de esos momentos que «Pedro». Grosso me propuso ser corresponsal, es decir, abandonar esa trinchera de ocultamientos y acciones, para asomar como figura pública y «legal».

Así, pues, aterricé en *Córdoba 652* para ser corresponsal de la agencia checoslovaca CTK y del diario alemán *Neues Deutschland*. Isidoro lo era de TASS y poseía todos los contactos, de los cuales obtenía una excelente información. Le disgustaba compartirlos conmigo y me instigaba a que tuviera los propios contactos para enriquecer la información, los análisis y, por ende, el contenido de nuestros artículos. Repito, no me fue fácil, pero cuando tomé el gusto a la enfermedad, jamás pude abandonarla.

Creo, al cabo de los años, que *Córdoba 652* fue uno de los centros informativos más exitosos y más serios. Es más, nuestras crónicas tenían muchos más elementos de los que nos exigían desde Europa.

A partir de esos años 60 surqué acontecimientos múltiples junto a mis compañeros, cambios de gobiernos, golpes y contragolpes de Estado, dictaduras y gobiernos pseudodemocráticos que jamás pudieron sobreponerse al poder real de economías concentradas y de militares reaccionarios.

¿Los presidentes que pasaron en esos tiempos? Illia, Onganía, Levingston, Lanusse, Cámpora, Perón, Lastiri, Isabel… Habían estallado las grandes movilizaciones populares —el Rosariazo y Cordobazo, entre otras—, los movimientos guerrilleros, y pasamos los momentos más tenebrosos cuando asomaron los atentados y crímenes de la Triple A. Nuestra oficina era pública y sabíamos que en cualquier momento podrían atacarnos, cosa que no ocurrió, aunque mi padre [25] recibió por esos días amenazas de muerte.

La precipitación de sucesos nos impulsaba a escribir a toda hora, tuve escasos descansos ciertos, enviábamos mensajes por los antiguos instrumentos de comunicación, luego llegarían las máquinas telex…, en fin, una antigüedad técnica.

Y es en esos períodos que seguramente ya se iban perfeccionando los mecanismos de la *Operación Cóndor*. Llegaron la sucesión de golpes de Estado y empezaron los encuentros con figuras exiliadas. Nunca olvido a uno de los miembros de la dirección del Partido Comunista de Brasil. Le hice un reportaje, confiaba en poder ingresar algún día clandestinamente en su país. A las pocas semanas recibimos la información de que había sido secuestrado y asesinado por los militares brasileños apenas cruzó la frontera.

Por esos años trágicos nos entrevistamos en *Córdoba 652* con varios dirigentes latinoamericanos y periodistas en el exilio, como Nicko Scwartz de Uruguay, José *Pepe* Maldavsky (a quien durante meses alojé en mi casa junto a su esposa Marilú y su hijita) o Enrique Martini (lo había recomendado como corresponsal de CTK y fue un eslabón riquísimo en la tarea informativa desde dentro del Chile de Pinochet). Antes del golpe de Estado en Chile yo había viajado a ese país, donde entrevisté al presidente Salvador Allende, para luego viajar a Perú y Ecuador, donde organicé una red periodística de corresponsales.

Uno de los que asiduamente llegaban a *Córdoba 652* era Patricio Echegaray, por entonces Secretario General de la Juventud Comunista (*la Fede*). El objetivo de las visitas: intercambiar opiniones e informaciones sobre los acontecimientos políticos.

No recuerdo que se haya nombrado por su nombre la *Operación Cóndor*, pero teníamos la absoluta certeza de la existencia de un operativo de inteligencia combinado entre las distintas dictaduras y la CIA. Y más se reafirmó esta certeza cuando fue secuestrado Antonio Maidana, Secretario General del Partido Comunista de Paraguay, que había estado exiliado en Argentina y al cual varias veces entrevisté en *Córdoba 652*.

Creo que fue desde *Córdoba 652* que con mayor detalle y con más elementos comenzamos a denunciar hacia el exterior los planes de exterminio y cómo se iban precipitando los acontecimientos.

Hubo una foto histórica que por esos años recorrió el mundo: la de Allende, Neruda y Corvalán juntos. Fue otro de los aportes de *Córdoba 652*.

Mi mayor dificultad para el trabajo era mi visión desminuida. Una miopía congénita empezó a obligarme a utilizar la lupa para poder acceder a determinadas lecturas. Fue así que me invitaron a ejercer la corresponsalía de *Nuestra Palabra* —órgano del PC— en la Unión Soviética: allí, además de enviar mis artículos, podría iniciar un tratamiento para mejorar la visión.

Viajé con mi familia en diciembre de 1975, llegué a Moscú el 1º de enero de 1976. Me ubicaron en el departamento del edificio de *Ploshiad Vostania* y comencé la instalación de la corresponsalía. Recibía por teletipo el servicio informativo de TASS, pero lo más

valioso era la información que llegaba directamente de *Córdoba 652*.

Las percusiones permanentes de esas máquinas acompañaron nuestras vidas en casa, eran permanentes, agobiantes hasta convertirse en parte habitual de nuestro mundo.

Pude escribir para *Nuestra Palabra* muy poco. El 24 de marzo de 1976 llegó el golpe genocida y, para los argentinos y para este corresponsal anclado en Moscú, empezó otra historia, la de organizar la información de los horrores que nos llegaban de nuestro país y divulgarlos para impulsar la solidaridad.

En Moscú tuve contactos seguidos con *Lucho* Corvalán. Fui al aeropuerto cuando llegó desde Chile y escribí un artículo que se divulgó por distintos medios sobre su encuentro con Leonid Brezhnev. También nos veíamos con Rodney Arismendi, secretario del PC de Uruguay, con el incansable periodista uruguayo Ricardo Saxlund y José Miguel Varas —el chileno que desde *Radio Moscú* hacía la programación dirigida contra Pinochet—.

Me remito a aquellos años y la angustia se apodera de mí al recordar esos amargos momentos en que recibía de Buenos Aires las noticias sobre detenciones, desapariciones y crímenes contra tantos compañeros. Varios pudieron huir al exterior, otros cayeron. Y yo iba leyendo día a día ese listado terrible que *Córdoba 652* me hacía llegar.

Fue en esas circunstancias que me presenté a *Radio Moscú* a solicitar un espacio radial para impulsar la solidaridad hacia Argentina. Pedí un espacio diario, como tenían los chilenos y los uruguayos, pero sólo me dieron quince minutos por semana. Empecé a hacer radio. Agustín Forteza, un especializado en deportes que luego perdí de vista, me acompañaba en la tarea.

Enseguida tomé contacto con Alberto Kohen, miembro del Comité Central del PC que entonces era integrante de la *Revista Inter* nacional que se editaba en Praga, y con Fanny Edelman, por entonces presidenta de la organización mundial de mujeres con asiento en Berlín. A ellos les informaba sobre los acontecimientos en Argentina.

La *Operación Cóndor* estaba en su apogeo, los asesinatos de compañeros paraguayos, uruguayos, chilenos y brasileños se daba

en cualquiera de los países bajo dictadura. En esos momentos, Moscú fue un centro importantísimo de información y de solidaridad. Y en esta tarea, *Córdoba 652* fue fundamental.

Pude regresar a Buenos Aires en pleno festejo del campeonato mundial de fútbol en 1978. Nuevamente estuve en *Córdoba 652*. Rodolfo Nadra me suplantó en Moscú.

Pedí volver a la prensa clandestina, y me designaron para ocupar la jefatura de redacción con Eduardo Duschatzky en el periódico *Informe*. La *Operación Cóndor* seguía su curso y el 29 de noviembre de 1978 un *grupo de tareas* asaltó nuestras oficinas y asesinaron a Román Mentaberry, redactor y estudiante de pedagogía. Le habían atado las manos con alambres y lo ahorcaron, cuando había quedado solo en la redacción esperando a su novia.

Me detuvieron a mí al día siguiente, y otra vez fui apresado junto a Héctor Agosti y otros compañeros. Pero eso es otra historia. *Córdoba 652* siguió funcionando algunos años más, pero yo ya no estaba allí.

1.6 Hijos y entenados: apuntes sobre el exilio

...

Creo recordar nombre por nombre, historia por historia, a los pocos —muy pocos— miembros del PC, o la FJC, que partieron al exilio en toda su historia.

El partido desaconsejaba terminantemente hacerlo; incluso a los miles de presos a disposición del Poder Ejecutivo, quienes reiteradamente declinaron su derecho constitucional —conferido por el Art. 23— de optar por salir del país. Esta decisión les supuso sufrir largos períodos de cárcel. No obstante debe destacarse el convencimiento de la mayoría de los compañeros (incluido el mío) sobre lo correcto de la directiva partidaria; convencimiento fundado en la firme creencia de que las libertades eran una más de las conquistas que debían lograrse —y se lograrían en algún punto— a través del reclamo popular, nacido de una evolución en la conciencia política de la sociedad.

La postura no fue patrimonio de los comunistas. Los mismos fundamentos fueron expuestos por Agustín Tosco para negarse a participar de la fuga del penal de Trelew en 1972 —episodio que culminaría en la infame masacre del 22 de agosto—.

No obstante, hacia 1974 —cuando ocurrían asesinatos y voladuras de casas y lugares de trabajo por parte de la Triple A— y especialmente más adelante, durante la dictadura, con los secuestros y asesinatos masivos sin posibilidad de ensayar defensas efectivas, el concepto comenzó a revisarse para algunos casos. Claro que todo el proceso: desde que el concepto debía ser ajustado hasta la forma de organizar los exilios que luego se permitieron —pasando por los fundamentos que se esgrimieron en cada caso para las excepciones— constituyó otro de los «secretos de dirigentes».

Natalia Casola, Doctora en Historia, comenzó a develar este aspecto que, incluso para mí, había permanecido en las sombras.

Pese a mi tajante disidencia con alguna de sus conclusiones, la Dra. Casola, me autorizó a compartir algunos párrafos y testimonios reveladores de su investigación.

• • •

> El presente trabajo expone los principales resultados de una investigación centrada en el lugar del Partido Comunista en la trama del exilio argentino durante la última dictadura militar. Asumir este desafío supuso, desde el principio, trabajar con la transversalidad territorial y cabalgar la problemática atendiendo a las dimensiones propias de los estudios sobre organizaciones políticas. Preguntarnos por qué, cuándo, cómo se produjo el exilio de militantes, a qué sector de la organización afectó, si fue organizado de qué manera, qué objetivos políticos se trazó y con qué otros actores se entrelazó para materializar dicha política. También, si se pudo articular con la militancia en el país o si, en cambio, tendió a la autonomía; en ese caso, ¿hubo revisión política? Estas preguntas podrían ampliarse con otras ya que no agotan, en absoluto, las posibilidades.

A lo largo del trabajo se intenta responder a estos interrogantes con el propósito de develar la singularidad del PC en relación con otras experiencias políticas de la izquierda de nuestro país. De esta manera, el eje de nuestra investigación es menos la historia de los exiliados comunistas, que la intervención partidaria en la trama y en los tramos específicos del exilio argentino, lo que apunta a descubrir un desarrollo político en el plano internacional, que no siempre fue llevado adelante por los desterrados. El corazón de este trabajo apunta a demostrar que la actividad del PC fuera del país materializaba la línea de apoyo «táctico» al gobierno del Gral. J. R. Videla, una orientación que moldeó todas las prácticas militantes del comunismo en este período.

En el exterior, esta política fue puntillosamente desplegada y ejecutada por quienes salieron al exilio, pero también por los cuadros enviados al exterior especialmente para ello y que contaban con la ayuda del Movimiento Comunista Internacional. En estos casos los funcionarios del partido iban con instrucciones precisas y una agenda de reuniones ya planificada de antemano que, por lo general, incluía autoridades partidarias, sindicales y gubernamentales de diversos países. Hacia afuera del partido el eje de la política del comunismo consistía en instalar su visión de la

realidad en la opinión pública internacional. Hacia adentro, la dirección argumentaba que no existían razones para avalar la salida de los militantes porque el golpe militar no había infringido una derrota decisiva sobre los sectores democráticos. Aun más, sostenían que la retirada de la militancia hacia el exterior debilitaba las posibilidades para promover la redemocratización del país y abría las puertas a un eventual golpe de Estado por parte de los llamados «pinochetistas» que anidaban en la Junta Militar. Por ese motivo, la participación numérica del comunismo argentino en el exilio fue minoritaria y contrasta fuertemente con la experiencia que simultáneamente transitaban otros PC de la región[…].

La postura asumida por el PC derivaba de la experiencia histórica acumulada bajo diversas dictaduras militares, y por su pertenencia a un movimiento internacional que en diversas ocasiones había sido derrotado y debió partir al exilio. Por ejemplo, para José Schulman, militante de la regional Rosario, a pesar que desde fines de 1975 hasta su detención había sufrido varios atentados en su domicilio, irse del país:

> … sencillamente no era una opción. No la considerábamos como opción (…) Pero bueno, nosotros, debería decir para serte sincero, que nosotros, en aquellos años, nos guiábamos en las cuestiones que tenían que ver con la seguridad por lo que decidía nuestra organización, por lo tanto, no la discutíamos como opción, no estaba… sí éramos conscientes, está planteado en el libro **[26]**, éramos conscientes de que corríamos peligro, no es que no imaginábamos que había peligro pero sencillamente considerábamos la idea de estar acá sin mucho pensarlo **[27]**.

Por los mismos motivos, los militantes comunistas presos, generalmente, rechazaban la posibilidad de salir del país mediante el uso del derecho a la «opción». Las cárceles sólo eran abandonadas si conquistaban la libertad como resultado de la movilización.

Pero más allá de estas posiciones más estructurales, lo cierto es que la decisión de intervenir como partido en la arena internacional fue tomada sólo cuando las denuncias realizadas por el exilio argentino comenzaron a tomar cierta envergadura[…].

Efectivamente, a partir de marzo de 1977 el Comité Central decide enviar a Italia como representante del partido y de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH) a Enrique Gigena, un reconocido dirigente del gremio ferroviario de Rosario

cesanteado desde 1976. Durante todo ese año Gigena se preparó y familiarizó con el trabajo de sus compañeros en la LADH. En diciembre de 1977 partió a Italia con el propósito de organizar allí y en España un equipo de trabajo que respondiera a la línea partidaria. La elección de Gigena como cuadro principal del comunismo argentino en Europa estaba ligada a su pertenencia al Comité Central, rol que le permitía debatir en paridad con las direcciones de las organizaciones argentinas y con los partidos comunistas europeos.

El debate con el heterogéneo exilio argentino en Europa derivaba de las diferentes lecturas políticas sobre la situación del país.

Como hemos dicho, los comunistas evaluaban que la denuncia global a la dictadura fortalecía las ambiciones de la derecha y que el exilio en masa provocaba el debilitamiento de las energías internas en pos de los reclamos democráticos. De manera que, para el PC, el trabajo de la solidaridad externa, los pronunciamientos políticos, las visitas de delegaciones sindicales y los aportes económicos, tenían que servir para reforzar la militancia dentro del país. Sobre este punto, el comunismo no admitía la posibilidad de que los exiliados transformasen su residencia en el exterior en permanente, y mucho menos que el eje de su actividad fuese la construcción de organismos políticos en los países de acogida.

Gigena llegó a Italia a fines de 1977 y al poco tiempo se trasladó a Madrid. Molecularmente, comenzó a reagrupar a los militantes exiliados y a estructurar una corriente de solidaridad en varios países de Europa. Los pocos militantes que se encontraban en el exilio habían salido tempranamente entre 1975 y principios de 1976 y, en general, eran personalidades reconocidas del mundo de la cultura, intelectuales y profesionales con mucha exposición pública. Asimismo, entre fines de 1976 y 1978 salieron algunos militantes más, especialmente dirigentes del movimiento obrero que corrían serios peligros o ya habían sufrido secuestros o atentados. Aunque nunca fueron demasiados numerosos, la existencia de militantes comunistas en distintos países permitió que la posición del partido circulara por todo el continente e influyera en varias organizaciones políticas.

… Estamos hablando… primero dos, mi primer contacto fue *la*

> *Negra* Sara y Raúl, los dos artistas, uno había sido inclusive de la comisión directiva del gremio de actores, acá en Argentina, ésos fueron los primeros y comienzo con ellos a tender las redes, después se incorpora uno más y su señora, este compañero era economista, y otro y otro. Luego una cantidad de amigos del sector de artistas, Lautaro Murúa **[28]** , la hermana de Norma Aleandro **[29]** … y se fue armando un grupo. Y armamos un grupo bastante numeroso y activo dentro de Madrid. De Madrid me trasladé a Barcelona; tenía la vinculación con un par de amigos; trabajaban allá y con ellos organizamos un grupo en Barcelona. Ya había estado en Italia, había ubicado a uno que me ayudó, un argentino que vivía allá, y con él, nos vinculamos con un matrimonio y sus dos hijos en Florencia y armamos un grupo, un grupo también en Roma. Teníamos un compañero abogado en Francia, en París, un cordobés, David Naishtat (…) y con él organizamos un grupo en París y una relación con una compañera de la Liga por los Derechos del Hombre, francesa, que además era internacional y que además tenía estatus de organismo consultivo en Naciones Unidas. Por lo tanto con ellos, todos los años íbamos a Ginebra a plantear las cosas. Y teníamos muy buenas relaciones con Comisiones Obreras, Partido Comunista, con el Partido Socialista de España, con la UGT, la central de trabajadores socialistas y con el Unión de Centro Democrática, estaba Suárez en el gobierno, teníamos llegada con dirigentes de primer nivel (…) Después organizamos un grupo de apoyo en Bruselas y uno en Ámsterdan, muy poquito, pero con la ayuda del partido pudimos organizarlo; un grupo de trabajo en Inglaterra, cerca de Londres, y un grupo de trabajo bastante importante en Estocolmo que a su vez tenía relación con Noruega y con Finlandia. Nosotros hacíamos, Comisiones Obreras nos editaba el periódico y nos hacía más o menos 1200, 1400 ejemplares e iba a organizaciones de dieciséis países, y bueno, algunas con idioma inglés pero de alguna manera se enteraban **[30]** .

Como puede apreciarse, la presencia comunista logró una influencia territorial considerable y comenzó a cobrar una fisonomía definida. Según Graciela Rosemblum, actual Presidenta de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre:

> Nosotros recibimos en los primeros años un monto considerable de dinero de la solidaridad internacional… Parte de ese dinero lo consiguió Enrique, efectivamente, y llega a la Liga. Y con eso nosotros sostuvimos la Liga hasta los años 90. ¡Mirá que austeros que seremos! Toda la plata de la solidaridad internacional terminó

> acabándose en los 90. Nosotros hicimos solidaridad con los presos, mandábamos todos los meses plata a distintos presos de todo el país, hacíamos solidaridad con las familias, que a veces era un pasaje, a veces era la estadía, a veces era el alimento para llevarle al preso, lo que sea **[31]** .

[…] el PC de Francia (PCF) se alineó desde el inicio con las posiciones del PC argentino. Marina Franco (2006: p. 443), en su tesis sobre el exilio argentino en Francia, señala que en términos generales la actitud del comunismo francés fue de indiferencia hacia las actividades de los argentinos. Sin embargo, al parecer, el PCF no mantuvo la misma actitud con el PC. El comunismo argentino contaba con poquitos militantes en Francia pero todos recibieron la asistencia del PCF. Entre ellos, David Naishtat que desde su arribo a París se transformó en el referente del partido argentino. El abogado cordobés había sido fundador del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, tarea gracias a la cual había ganado prestigio. Naishtat se fue del país junto a su esposa tres días antes del golpe de Estado y se instalaron en París donde rápidamente consiguió trabajo gracias a las gestiones del PCF:

> En el PCF… lo ayudan muchísimo, le dan un puesto importante y muy bien remunerado en el Instituto Antirracista y de alguna manera lo designan como el representante del PC argentino en París **[32]** .

Ya instalado, Naishtat se transformó en el referente público del partido y cuando viajaban dirigentes o artistas comunistas eran recibidos por él. Pero además comenzó a reunirse con figuras de otras fuerzas políticas, entre ellas, el radical Hipólito Solari Yrigoyen:

> El exilio parisino reúne algo muy particular porque era algo… a ver, ahí no había peleas como sucedía en otros lugares. El primer tema es que en este núcleo la guerrilla no participa, tenía otro andarivel si querés, pero ahí no estaba. (…) Esto acá se arma con una *beatifull people* que dicen bueno, hagamos cosas… Esto era de los partidos legales entre comillas, donde el PC también era un partido legal **[33]** .

Es posible pensar que los comunistas exiliados en Francia hayan sido quienes mejor interpretaron y materializaron las expectativas que tenía la dirección del PC. Un grupo muy activo y al mismo tiempo sumamente moderado y comedido en sus intervenciones.

> … Y bueno, estaba José Eduardo Weisfred que es un científico que está casado con Sofito Nor que es la abogada de las monjas francesas, y organizan mi padre junto a Hipólito Solar Yrigoyen del radicalismo, organizan toda una resistencia en el exilio cuyos mayores éxitos fueron dos. Primero, el boicot al mundial y el segundo, un Coloquio

> por los derechos humanos que se hace en la Catedral de París de Notre Dame, donde va el rabino de París, el Arzobispo de París y viajan muchas fuerzas políticas. Viaja Nadra como representante del PC pero también Raúl Alfonsín, viaja Saadi y bueno todos los que se prestaban a ello. Porque, a ver, el PC francés tenía toda la infraestructura que no tenían los socialistas o sea que el que mueve todo eso es el aparato del PC francés y arman ese coloquio que fue realmente un llamado de atención muy importante **[34]** .

Resulta interesante que según su hija Silvia, David Naishtat habría estado entre los impulsores del boicot al mundial, campaña que se oponía de plano a la opinión oficial del PC. Sin embargo, es probable que, a poco andar, haya desistido de esta postura si se considera que ella también recuerda que, para la época del Mundial, su padre volvió al país por unos días en compañía de un periodista francés del periódico comunista *L'Humanité*. La visita del corresponsal se condecía con la política del PC que promovía la visita de los periodistas al país. Además, en ocasión del Mundial de Fútbol el PCF señaló, muy tempranamente, que boicotearlo era condenar a la Argentina al aislamiento y que, en cambio, «una solidaridad responsable» consistía en ir, ver y denunciar la situación política y social, según lo pedían las propias fuerzas políticas locales (Franco, 2006).

No obstante, que inicialmente Naishtat hubiese estado entre los promotores de la campaña de boicot da cuenta que instintivamente algunos exiliados tendían a razonar en términos de generar acciones contra toda la dictadura sin las distinciones que se hacían en la línea oficial. La propia decisión de marchar al exilio constituía una marca fuerte que se contradecía con el clima benévolo que relataba el PC argentino. En esas circunstancias, la apelación a la tradición antifascista, la unidad de fuerzas contra un enemigo totalitario, parece haber tendido un puente efectivo que permitía a los exiliados reinterpretar la política del partido e insertarse en el ámbito europeo. La clave del antifascismo también fue explotada por otras organizaciones de la izquierda argentina en la medida que conformaba un discurso convocante para la izquierda europea que les permitía poner blanco sobre negro una situación compleja políticamente como era la argentina.

De este modo, algunos partidos europeos como el español o el italiano, usaban la evocación de los años del antifascismo, para argumentar a favor de la unidad de todas las fuerzas contra las

dictaduras latinoamericanas, lo que incluía a la Argentina. De hecho, cuando los militantes del PC se montaban en el ideario antifascista encontraban buena recepción.

Gigena recuerda en términos de «muy efectiva» una actividad realizada junto a Montoneros para la televisión española en la que aparecían sobrevivientes montoneras de los campos de concentración. Ese tipo de acciones hubiesen sido impensables en Argentina. También José Schulman relata en su libro que con el aval de Gigena fue publicado un boletín —posteriormente censurado— cuya portada denunciaba «contra el fascismo». De manera que aunque los emisarios del PC se esforzaban para que la línea oficial fuera defendida por los militantes comunistas en el exilio, parece haber sido inevitable cierto grado de mutación en las definiciones. La mayoría había salido del país antes del golpe de Estado o en sus primeros tiempos luego de sufrir amenazas, allanamientos o atentados. De manera que las caracterizaciones oficiales no siempre eran asimiladas con facilidad. El propio Enrique Gigena desliza en la entrevista las dificultades que tuvo en el reclutamiento de los militantes en Europa, a quienes debía citar «más de una vez a tomar un café» para intentar «convencerlos» que lo que importaba era defender a los compañeros que habían quedado dentro del país y trabajar por la solidaridad desde donde estuviesen.

Por otro lado, en términos de las experiencias individuales no todos los militantes comunistas que salieron al exilio parecen haber seguido los mismos derroteros. Mientras David Naishtat, salió del país junto a su familia gracias a los pasaportes falsos que consiguió el partido, Jorge Alberto Canelles un dirigente de la construcción muy reconocido del PC de Córdoba al partir debió dejar a su familia en el país. Según Silvia Naishtat, el exilio constituyó una de las etapas más felices en la vida de su padre. Para Canelles, en cambio, se transformó en un periodo cargado de infelicidad:

> … pasamos a la total clandestinidad, ni salíamos, hasta que el PC resuelve que, como estaba prohibida la actividad, porque como partido no se podía actuar, después se resolvió que en setiembre que me fuera a Bulgaria, solo. Mi familia quedó acá con una situación muy difícil porque esa casa [la casa de resguardo] hubo que entregarla, hasta que un gran compañero (…) le dijo [a la mujer] «venite a mi casa, a un departamento de dos piezas». Pero llegó un

momento en el que el PC ni aparato le dio a mi compañera para cubrirla [35] .

Canelles proporciona la contracara de Naishtat y muestra la diversa suerte que corrieron los pocos militantes que el PC decidió sacar del país. Sin embargo, aun en estos casos la permanencia afuera del país no era indefinida:

En el 78, entro de nuevo a la Argentina y me quedo en Buenos Aires, porque así lo consideraron en la dirección del partido [36] .

Las diferencias entre el relato de Canelles y la experiencia de los militantes radicados en otros países de Europa saltan a la vista. Por ejemplo, en una nota sobre los exiliados argentinos frente a la apertura democrática realizada por el diario *La Vanguardia*, Andrés Cornely declara que no pensaba «en una vuelta inmediata» ya que sus hijos de 12 y 13 años «se sienten más catalanes en muchos aspectos [37] ». Aunque preguntado por la situación de Argentina responde siguiendo a pié juntillas la línea del PC, su margen de decisión respecto de dónde quería establecer residencia evidentemente era mayor que el que tenía Canelles quien no había decidido los términos de su partida y tampoco los de su retorno.

Los criterios por los cuales la dirección del partido habilitaba a una persona a exiliarse no parecen haber sido claros más allá de que era necesario demostrar que la vida verdaderamente corría peligro. Pero ante situaciones similares las resoluciones fueron diversas. El abogado cordobés Rubén Arroyo cuenta:

… *El Flaco* Canelles se va y en buena hora porque estaba supermarcado. Lo mismo Scrimini pero a Santiago del Estero porque nadie lo ayudó. Bueno, los hermanos Córdoba. No sólo Aníbal sino también su hermano que estaba en el aparato militar y se fue a Río Gallegos. Acá hubo muchos exiliados internos, pero se rajaban ellos. Nosotros lo avalábamos pero el partido oficialmente los llamaba traidores. Por ejemplo, otro caso concreto fue el del *Pibe Gallina* que tenía cuatro hijos, el mayor —todos comunistas, dirigentes comunistas de *la Fede*— estaba en arquitectura, Miguel. Lo expulsan de la facultad el 24 o 25 de marzo y a los otros dos van y los meten en cana, y el pibe logra salvar a uno, al más chico y el otro le queda enganchado por años. Y estando en Sierra Chica, a disposición del PEN, el pibe le pide la opción, se la negaron un par de veces hasta que la obtuvieron. Bueno en el partido oficialmente el pibe era un traidor, eso sí me consta. Porque el tipo que pedía salir del país era un traidor [38] .

De manera que mientras algunos eran ayudados a salir del país a otros se les negaba ese pedido, lo que ocasionaba colisiones que provocaban la deserción y el exilio por cuenta propia. También es significativo que esas «fugas» se consumaran con el beneplácito de los dirigentes locales en un gesto de desobediencia colectiva hacia la dirección nacional que no puede pasarse por alto. En efecto, el proceso político del comunismo cordobés muestra algunas características que no se repiten en el resto del país. En primer lugar la represión sobre el partido en Córdoba adquirió un nivel de intensidad que desafiaba abiertamente toda la armadura que sustentaba la política del partido. Los intentos por preservar a la militancia argumentando que el PC se encontraba legal, no surtía efecto alguno y ponía de manifiesto que los planes de L. B Menéndez tenían autonomía respecto de los lineamientos definidos a nivel nacional por la Junta Militar. Esta situación condujo a que la militancia cordobesa fuera la primera en cuestionar la línea oficial del partido. En ese cuadro, tomaron decisiones que se adaptaban a las condiciones locales. La colaboración con algunos militantes que se aventuraron al exilio interno formó parte de esa política local orientada a preservar al partido de una represión mayor. (Casola, 2014).

1.7 Sacrificio e infamia: el aparato financiero

...

Imposible olvidar a Emile Nadra, el hermano más querido de mi padre. *El Tío*, como le decíamos con mis hermanos. A su esposa Berta, a mis primos Horacio, Eugenio, Viviana y Rafael. El constante afecto del *Tío*, la imponente mansión que tenían en el cruce de las calles Washington y Sucre —barrio de Belgrano R— cuando vinieron a Buenos Aires desde su Tucumán natal.

Como mi abuelo, Nallib Nadra, de vez en cuando, *el Tío* nos deslizaba a mí y a mis hermanos —para mi vieja había un sobre celosamente ocultado a papá— unos billetes en el bolsillo, enorme tesoro que equivalía a varias asignaciones de la mensualidad que nuestros padres acordaban con nosotros periódicamente de acuerdo a las posibilidades.

Y, en mi caso, eso no era todo. Puesto que tenía la misma edad y una amistad profunda con mi primo Horacio, *el Tío* me llevaba de vacaciones con su familia a Miramar.

Eran tres meses de pieza propia, las cuatro comidas —y muchos bocaditos entre horas—, playa por la mañana, bicicletada al «Vivero» por las tardes con la obligada «guerra de piñas», donde yo ya soñaba que ensayaba tácticas de combate, como Vic Morrow (el sargento Chip Saunders, protagonista de la serie *Combate*).

Quizá lo más impactante para mi vida de cuidados excesivos y secretos bien guardados, fueron momentos, pantallazos, de una niñez como la de todos los demás: tener una «barra» de amigos soñada y prohibida; aventuras, travesuras, noche de cine, juegos de cartas.

En el resto del año, en numerosas ocasiones escapé a días y noches de angustia, de desesperación, refugiándome en el recuerdo de esa felicidad casi en estado puro de los dos o tres meses del verano.

Emile fue dirigente estudiantil, esencialmente antifascista,

presidente de la Federación Universitaria de Tucumán (FUT), pero jamás comunista. «Me gusta demasiado vivir bien para seguir el camino de Fernando», repetía con una sonrisa.

Pero lo amó profundamente. Y fue nuestro salvavidas, nuestra ventana a un mundo de fantasías irrealizables con «el nivel de vida y el ambiente» en el que transcurría nuestra infancia y adolescencia…

• • •

Entrega sin límites

«Nació rico para morir pobre», recordaba una de las hermanas de mi padre cuando lo despidió definitivamente el 22 de agosto de 1995. Las privaciones no eran nuevas en mi familia.

Mi viejo, nacido «en cuna de oro» pero revolucionario por decisión propia, entregó al Partido toda su fortuna. Propiedades, terrenos, su participación en un destacado estudio jurídico. Todos sus bienes personales los destinó sin vacilar a la revolución. ¿Qué sentido tenía atesorarlos para sí, cuando podrían contribuir a la lucha por una humanidad mejor y más rica que, sin dudas, triunfaría?

Fue una entrega imposible de concebir y hasta imaginar hoy, pero era también signo de una época en la que muchos de los mejores hombres y mujeres, gran parte de la intelectualidad progresista del mundo abrazaron sin reservas las ideas del socialismo y el comunismo en la época de la lucha contra el nazi fascismo.

En este espíritu los desinteresados aportes de decenas de hombres, valientes y comprometidos, confluyeron para conformar la estructura del imponente aparato financiero del PC. Entre ellos, Fernando Nadra y César Cedrón —padre de Aníbal, artista plástico; y tío del *Tata*—, quien descubrió en zonas patagónicas yacimientos de cal, diversas variedades de arcilla, alúmina, la base de lo que sería la Minera *Aluminé*.

Victorio Codovilla solía decir, al referirse a los afiliados del

partido que militaban en este complejo sector en una especie de ritual iniciático: «Si los fusilan por lo que hacen, aplaudiremos —desde lejos— frente al pelotón con lágrimas en los ojos. Pero sepan que a sus familias jamás les faltará el sustento y la cobertura sanitaria».

Con el querido César Cedrón nunca se cumplió la segunda parte del compromiso. Murió pobre, en un departamento de un ambiente. Enfermo, rodeado de su familia, pero abandonado por sus beneficiarios.

Mi padre, como dije, también abandonó su muy rentable profesión de abogado para dedicarse a ser un «revolucionario profesional» —es decir un funcionario *full time* del Partido. Su retribución por parte de la organización fue una exigua «ayuda» para alquilar un lugar más que modesto y una «asignación» que no alcanzaba el mínimo necesario para una familia con tres hijos. El dogma dictaba que la asignación de un funcionario del Partido debía ser «igual que la de un obrero calificado». En nuestro caso siempre fue menor…

Y, sin embargo, la convicción que dominó al viejo hasta casi el final de sus días era que «mis hijos vivirán como los hijos de cualquier revolucionario».

Así como renunció a su fortuna y a su trabajo, rechazó reiteradas ofertas de ayuda de sus hermanas, que siempre tuvieron una sólida posición económica. En más de una ocasión ofrecieron dinero, o mandarnos a los colegios de *elite* a los que concurrían sus hijos: «Tienen que vivir con el nivel de vida y el ambiente con los que viven sus padres y compañeros», respondía el viejo, inamovible.

Luego de los años de cárcel durante el gobierno de Arturo Frondizi, quebrantada su salud para siempre —algo que se encargó de disimular muy bien— aceptó muy parcialmente la ayuda del tío Emile, quien nos compró una casa para sacarnos de los asfixiantes ambientes en que nos visitaba (era y fue el único familiar o amigo que conoció nuestras muchas direcciones ilegales). También, junto con mi abuelo Nallib, le regaló a mi padre un automóvil para su traslado, ya que —como secuela de años de encierro en durísimas condiciones de detención en el sur del país— Fernando había desarrollado la Enfermedad de Meniere (cuyos síntomas principales son fuertes sensaciones de mareo, vértigo, náusea e insomnio).

El Tío también nos traía mensualmente lo que hoy sería una gigantesca compra de supermercado, que colmaba, en mucho, nuestras acotadas fantasías alimenticias infantiles.

Cuando lo encarcelaron, en 1961, le sacaron por primera vez otro automóvil familiar, pues «es para las necesidades del Partido; no personales». No lograron lo mismo con la casa, ya que *el Tío* le negó a mi propio padre los documentos de propiedad (a nombre de un testaferro, puesto que ni mi viejo ni mi vieja podían aparecer, prontuariados como estaban, como propietarios de un inmueble). De los víveres guardamos celoso silencio…

Pero ciego de fidelidad a la causa y con cierta ingenuidad alimentada por esa idea de «vivir como un obrero», el viejo no podía —o no quería— ver los movimientos miserables de la burocracia.

Un temprano e impune atropello cívico-militar de la sagrada «propiedad privada»

Mi padre murió torturado por la imagen de mi tío en la miseria, en la que vivió hasta su muerte, a los 98 años de edad. Un joven Emile lo había consultado sobre la propuesta que le realizara José Ber Gelbard [39] para comprar, juntos, los ingenios de los que era propietaria la tradicional familia Tornquist; ingenios que luego conformarían la Compañía Azucarera Tucumana (CAT). Asumiendo la integridad de quien era «un camarada» (aunque no lo conociera demasiado), el viejo le sugirió que aceptara.

Y *el Tío* —sin saberlo ni él ni mi padre— terminó «asociado» al llamado «Directorio», que manejaba las grandes y secretas finanzas del PC, bajo la dirección de Simón Duschatzky, Roberto Gold y Ernesto Paenza.

El grupo en el que participaba Gelbard, años antes ya había sido el beneficiario de los bienes de mi padre. Sin embargo, no vacilaron, mediante una estratagema leguleya, en separar a Emile Nadra de la dirección de la empresa a los tres meses del acuerdo. No pasó mucho tiempo para que lo convocaran nuevamente, pues la ineficiencia de los personeros de Gelbard y el PC había puesto el

exitoso emprendimiento en situación límite. Emile retomó la dirección pero a condición de manejar la mayoría absoluta del paquete accionario. Gelbard se retiró y cedió sus acciones a Emile.

Codovilla nunca ocultó su desprecio por aquellos testaferros burgueses que quedaban al frente de las empresas. El propio Codovilla las controló con mano de hierro y con ellas montó un verdadero imperio económico que financiaba las actividades del Partido, decisión estratégica, justa sin duda, pero que terminó patéticamente, con traiciones, deserciones y persecuciones.

Su sucesor Orestes Ghioldi, pero sobre todo sus continuadores, infectados por la cercanía de los bienes materiales de los que estaban rodeados y con escasa convicción revolucionaria, terminaron adulando y dejándose adular con migajas por algunos personajes que aportaban unos pesos «a la causa», transformándose en una seria influencia burguesa sobre los modos de vida y la forma de pensar de algunos de los dirigentes del Partido Comunista, como el propio Athos Fava, y origen no menor de algunas de sus desviaciones ideológicas. Una historia de sacrificio, pero también de sangre y barro, mucho e inmundo barro.

Paradójicamente o no, varios de esos testaferros sobrevivieron la caída del PC con las empresas a su nombre (o al de sus sucesores), que se ubicaron entre las más importantes de la Argentina **[40]**.

En 1966, la dictadura de Juan Carlos Onganía —a través de las órdenes del ministro del interior Francisco Imaz y los ministros de economía Jorge Salimei y Adalberto Krieger Vasena— asaltó la Compañía Azucarera Tucumana (CAT) que presidía Emile Nadra. Robaron todas sus propiedades y las de sus socios. En términos más precisos: les expropiaron cinco ingenios azucareros y otras propiedades sin indemnización previa ni posterior, y, al mismo tiempo, emprendieron violentas persecuciones que incluyeron ametrallamiento y terror en las casas familiares, ataques a la propiedad personal y la integridad física de Emile y su familia, así como encarcelamiento de él y otros de sus socios. La excusa: Emile «porque era comunista» —por sola portación de apellido—; y algunos miembros del directorio, por el hecho de ser judíos.

Aunque públicamente utilizaron la vieja —y todavía vigente— treta de la «ineficiencia», se trataba de cinco ingenios azucareros tucumanos. Dos de ellos, de la más alta competitividad a nivel

nacional, con un valor de centenares de millones de dólares actualizados. Su apropiación se convirtió en la primera violación abierta de la propiedad privada empresarial por un gobierno cívico-militar. Fue antecedente y ensayo de los masivos robos y «transferencias» realizadas durante el terrorismo de Estado; sobre todo, a partir de la última dictadura militar en 1976.

Las consecuencias sociales de aquellas medidas de la dictadura de Onganía incluyeron la eliminación de unos 10 000 pequeños productores cañeros y la reducción de 120 000 hectáreas de cultivos.

Los intereses económicos con los que había acordado la soldadesca eran los de la oligarquía azucarera de los grupos de Herminio Arrieta-Carlos Pedro Blaquier, dueños del Ingenio *Ledesma* de Jujuy; y la familia Patrón Costas, dueños del ingenio *San Martín de Tabacal*, en Salta. Con la destrucción de los ingenios tucumanos, la principal competencia para la producción del azúcar quedaba eliminada. Y en lugar de empresarios neutrales u opositores, la dictadura tenía empresarios que encarnaban su ideal de país.

Aún hoy, con décadas de gobiernos democráticos y dos sentencias a favor de la Corte Suprema de Justicia de la Nación (la primera, 23 años después de los hechos, en 1989; y luego otra ratificatoria del año 2006), ni Emile ni sus socios fueron resarcidos en modo alguno[41].

A casi 60 años de los hechos, e incumplidas las sentencias de la Corte, no hay memoria, ni verdad ni justicia. Ni siquiera indicios de querer concretarla.

A nivel país, la víctima principal de esta infamia fue la provincia de Tucumán: con la clausura definitiva de 11 de los 27 ingenios que operaban y mantenían activo el mercado de trabajo y consumo interno, se desató un auténtico cataclismo social y económico. Tucumán se sumergió en el marasmo más completo a medida que su producción se contraía en un 40% y la desocupación arrojaba a la migración interna a unos 200 000 trabajadores. Un golpe mortal. (Pucci, 1996).

En tiempos del *viraje*[42]: los «comunistas

expropiadores»

En equipo, Fernando padre, Rodolfo, Alberto y Fernando hijo (*Nando*), nos reuníamos semanalmente y seguíamos cumpliendo puntualmente nuestra parte en los acuerdos con el núcleo del *viraje*, representado en la coordinación práctica por Patricio Echegaray.

En el caso de *Nando* las dificultades tenían su particularidad: absolutamente aislado desde que en 1974 Orestes Ghioldi le ordenó su total abandono de la militancia pública, para encarar emprendimientos empresariales, soportando calladamente la mirada crítica de muchos de sus antiguos compañeros, quienes no entendían el inexplicable alejamiento de un carismático dirigente, expresidente del Centro de Estudiantes de Arquitectura y referente de *la Fede* universitaria.

La decisión de derrotar a la burocracia encumbrada en el PC implicó que *Nando* asumiera como responsabilidad procurar asegurar la generación de los fondos necesarios para cubrir el presupuesto anual para el funcionamiento del Partido, sin depender de ningún condicionamiento por parte del aparato financiero. Además, la «recuperación revolucionaria» de los bienes partidarios, entregados por el aparato a los testaferros, que bien pagaban con una vida privilegiada a unos pocos «dirigentes», a los que denuncié en el Comité Central en que se produjo mi ruptura definitiva con el Partido.

Dejemos que cuente *Nando*, protagonista al fin y al cabo:

> A partir de los acuerdos con Patricio Echegaray, Víctor Kot (compañero de viejas batallas en el área financiera de *la Fede*) me rescató del lugar al que me condenaron cuando pasé al Partido. El empeño que siempre puse en llegar hasta el hueso en la recuperación de los patrimonios del Partido, que habían caído en manos de sus administradores o comisarios políticos, me trajo siempre serios inconvenientes, y seguramente determinaron mi apresurado y castrador pase al Partido.

Recuerdo que en las primeras reuniones con los equipos que manejaban el tema se espantaron de mi espíritu inquisitivo y la falta de apego a las normas de misterio respetadas por todos, y amparadas en el silencio y la conspiración. No puedo olvidar a un destacadísimo dirigente cooperativista [43] que comentó

preocupado «¡Este muchacho es un potro en el huerto!». Obviamente el huerto venía a ser «la quintita» que cada uno de ellos estaba manteniendo a expensas del esfuerzo y las esperanzas de miles de afiliados.

Lo cierto es que si bien algunos bienes se pudieron rescatar, nunca se abrieron las puertas de los grupos empresariales que manejaron —y manejan— sus herederos, los miembros del famoso Directorio, Ernesto Paenza y Roberto Gold, cuyas empresas y subsidiarias representan hoy un verdadero emporio económico de importancia internacional.

> Puedo decir sí, que se recuperaron acciones de pequeñas empresas, muchas de ellas realmente engrandecidas por los hombres que las manejaron casi sin aportes del Partido y algunas propiedades de viejos militantes que nunca hubieran traicionado la confianza puesta en ellos. Pensando en lo que vino después, estoy seguro que no pasó lo mismo con los nuevos titulares y personeros.

Casi finalizando el año 1988, se abre la posibilidad de vender una de las fincas que había sido parte del aporte de Emile Nadra al grupo Azucarero y que por una cuestión de papeles derivados de que originalmente perteneciera a nuestro abuelo Nallib, se logró rescatar de la provocada quiebra de la CAT.

Conocedor como pocos de la industria azucarera, Emile Nadra consiguió un comprador, y antes de presentar la operación a los administradores y testaferros de la finca que respondían al Partido, mi hermano *Nando* solicitó la intervención personal de Patricio Echegaray a fin de que garantizara los dos tercios que le correspondían a mi tío.

La cifra en juego no era pequeña, 4.5 millones de dólares, por lo que Echegaray (informado de la cárcel y la miseria por la que había pasado Emile, sin ser afiliado al PC) se mostró muy interesado y finalmente lo visitó en su antigua casa de la calle Sucre, donde charlaron largamente. Botella de buen *whisky* que aportó Víctor Kot mediante, relata *Nando*:

> Por única vez vi lagrimear a Emile, y hasta yo mismo me creí el emocionado reconocimiento que hiciera Patricio a su lucha y a la valentía de soportar la cárcel y la miseria en soledad. Finalmente llegamos a un acuerdo, no lo que hubiera sido justo, pero un acuerdo. Nada se cumplió, sólo dejaron caer unas monedas que ni siquiera equivalían a una comisión

> de venta.
>
> Con el pretexto de las apremiantes necesidades de la organización, incluso mencionando arteramente la próxima aparición de Sur «el Diario del viraje», traicionaron su palabra con promesas para un incierto futuro y comenzaron a mostrar su rostro más siniestro.

Pero sólo era un paso más en lo que —como relataré más adelante— fue la traición a todas las lealtades, en éste y otros campos.

Ocultamiento intencional de fuentes alternativas de financiamiento

En la búsqueda de fuentes genuinas y no condicionadas de financiación para el viraje, *Nando* averiguó que existía un ofrecimiento de ayuda por parte del PC soviético, consistente en la donación de importantes volúmenes de papel de diario que el partido no estaba utilizando.

La increíble justificación para este verdadero atentado contra los intereses partidarios que dieron los supuestos «asesores» del aparato fue que sería imposible su ingreso al país y menos su distribución y venta, ya que existían infinidad de trabas administrativas, legales, financieras y hasta de riesgo político. ¡Era todo una vil mentira! Finalmente se logró establecer que el ofrecimiento era concreto y consistía en enviarnos partidas de 1500 toneladas de papel para diarios, conforme necesidades y posibilidades.

Para la época significaba la oportunidad concreta de disponer de un millón de dólares mensuales —si se organizaba correctamente una amplia estructura comercial de distribución con llegada a los diarios y revistas de todo el país— y subsidiariamente asegurarnos todo el papel necesario para abastecer las crecientes necesidades del aparato de propaganda del Partido.

Superando las advertencias, extorsiones e incluso amenazas de los «expertos» que traía Athos Fava, y respondían en última instancia a Oscar Carnota, se logró finalmente conformar la empresa, obtener todas las licencias y comenzar a traer el papel. A los pocos meses el proyecto ya estaba en marcha. *Nando* viajó a Moscú con una carta manuscrita de Fava para consolidar y ampliar

las entregas, lo que se logró totalmente.

A pesar del éxito obtenido y de la excelente cobertura que brindaba una efectiva penetración en el mercado del papel de diario ya que se vendía prácticamente en todo el interior y a algunos importantes diarios de la Capital Federal, los «asesores» se opusieron tenazmente a la creación de un equipo comercial y se paralizó el proyecto por «falta de fondos». Absurdo argumento pues los fondos requeridos sólo eran los mínimos necesarios para transferir administrativamente los pagos a los soviéticos, que obviamente eran reintegrados por otra vía.

Una falacia que nos duele sólo recordar y otra evidencia de los acuerdos que apresuradamente cerraban los supuestos «nuevos dirigentes» con el viejo aparato y una pista elocuente de que no estaban dispuestos a renunciar al condicionamiento que ejercían sobre algunos funcionarios, y en definitiva en la propia línea partidaria.

Boicot al desarrollo del primer gran centro gráfico independiente y encubierto

Una vez resuelta la provisión segura y permanente del estratégico papel de diario se retomaron conversaciones previas con el Partido Comunista Alemán (de la entonces República Democrática Alemana), que hacía tiempo habían ofrecido al Partido la donación de una máquina impresora de última generación, iniciativa que no se había concretado. Se encaró decididamente la organización de la base operativa industrial y comercial que permitiera materializar esta importante colaboración de los camaradas alemanes.

Fava contactó a *Nando* con un compañero que, según sus palabras, era un «viejo gavilán» de la industria gráfica, muy prestigioso en ese medio y con un gran conocimiento de lo específico. «De este hombre —dice en otro momento de su charla mi hermano mayor— guardo un entrañable afecto y gratos recuerdos del exitoso trabajo en común y, especialmente, de la astucia compartida con la que lográbamos superar las permanentes interferencias del comisario político que nos enviaron —cuyo nombre no quiero recordar— que era un completo desconocedor de

la actividad y de la vida».

Finalmente se logró adquirir —a un precio excepcional— una importante y completa Planta Industrial Gráfica Integrada y en marcha, y con una extensa historia en el mundo gráfico, que era un «nido» perfecto para la máquina alemana.

Vale la pena subrayar que desde el mismo momento en que el equipo se hizo cargo de la planta, estuvo en condiciones de cumplir plenamente el objetivo planteado, aun sin la incorporación de la máquina alemana.

«Aquí también se me alejó del proyecto y, a pesar de las increíbles posibilidades que se abrían se frustró la operación con los alemanes, al comienzo de los conflictos con los traidores», acota *Nando*.

Abortando iniciativas para conservar la hegemonía y el condicionamiento político

Como parte del complejo proyecto que piloteaba mi hermano mayor, se pensó en proponer a los soviéticos la canalización de una pequeña parte de sus importantes compras a la Argentina a través de empresas que respondieran al PC, pero dirigidas por profesionales del comercio exterior para lo que se contaba con algunos afiliados y amigos en los que se podía apoyar la iniciativa. Durante la década del 80 el promedio anual de compras rusas a la Argentina era de más de 2000 millones de dólares, cifra muy importante para la época.

Se conformó un equipo profesional bajo la responsabilidad del tesorero del Partido, *el Búlgaro* César Racheff, y se estableció una estrategia local a fin aprovechar las diferentes experiencias y empresas que efectivamente estaban operando con los soviéticos y se acordó un viaje a la URSS con los poderes y autoridad suficientes para tratar y convenir estos temas al más alto nivel. «En este asunto vale la pena destacar el importante papel jugado por *el Búlgaro*, a pesar de las limitaciones que debió enfrentar y las interferencias vergonzosas de Jacob Goransky, el hombre de confianza que

introdujo el aparato. Revelador personaje que, ante la implosión del viejo partido, se autodesignó heredero de los intereses del PC», rescata y marca límites *Nando*.

Con el antecedente de algunas malas experiencias que —hasta entonces desconocíamos— los soviéticos, sin rechazar la idea, plantearon que antes de dar nuevos pasos en ese sentido se debería organizar y presentar el grupo empresario que estaría al frente de la iniciativa. Abrieron la posibilidad de ampliar el aporte de papel que tratamos por separado y destacaron algunas empresas argentinas que estaban operando en el comercio argentino-ruso como un camino a seguir.

En las conversaciones con los soviéticos, supimos de experiencias similares que habían tenido un extraordinario resultado y continuidad en el tiempo, especialmente la de los camaradas del PC Francés.

La posibilidad entusiasmó y se logró conformar un equipo con cuadros de diferentes orígenes, pero con exitosas experiencias personales para realizar el diseño y seguimiento de la iniciativa y se designaron dos camaradas de probada idoneidad que provenían de *la Fede*, para conducir profesionalmente la experiencia.

Los vaivenes de la lucha por los cambios en la conducción del Partido y sobre todo el espurio acuerdo con el viejo aparato que se produce a partir del llamado «viraje en unidad», fue licuando las acciones. Se perdió la relación con los soviéticos y se terminó disolviendo el equipo, por lo cual cada uno volvió a su antigua actividad.

La crisis conmigo en el núcleo del *viraje*, y con mi padre en el Comité Central ya estaba desatada, y nos habían acorralado. Era necesario romper el último lazo de «poder» en manos de *Nando*.

1.8 El largo adiós al PC

24 de marzo de 2012

...

Por alguna razón fue este 24 de marzo. Fue en las semanas previas; en los días que inexorablemente transcurrían hacia ese momento; en las largas horas de insomnio mientras la fecha se acercaba.

Y después. El 25, el 26, el 27…

Por alguna razón, este 24 de marzo, la imagen de los caídos, los recuerdos de la lucha de aquellos años, de la incertidumbre, de las persecuciones, de los centenares de compañeros y amigos desaparecidos, descargaron un peso infinito sobre mi pecho.

¿No fue siempre así, durante estos años? Sí, pero no. Esta vez fue algo más fuerte; emocionalmente asfixiante; casi demoledor.

Y aun con todo este cúmulo de emociones, a raíz de tantos años de «entrenamiento» casi desde la infancia, las lágrimas que me hacían apretar los ojos con el gesto torcido no podían recordar la forma de brotar… Y no lo hicieron.

Por primera vez, desde mi renuncia en 1990, tuve la necesidad de ver la columna del Partido, el PC, *la Fede*.

Caminé con mi hija Giselle —una incansable «presente» en las marchas de este aniversario— hasta el final de las columnas sobre la Avenida 9 de Julio. Ya cerrando el acto en la Plaza, una escuálida hilera de pocos, muy pocos, avanzaba con las viejas y queridas banderas.

Entre ellos, la fresca figura de Camila Vallejo —la compañera de le la «J». (Juventudes Comunistas de Chile) que dirigió la revuelta estudiantil más importante del nuevo siglo— encabezaba, y casi finalizaba, una pequeña columna bajo esas mismas banderas que hasta fines de los 80 convocaban una multitud en cada una de

nuestras movilizaciones.

Saludé con la cabeza también a Echegaray. En definitiva, esa columna representaba, o abarcaba, a quienes fueron mis camaradas. Incluso a él…

Pero la imagen que se repetía en mi mente, como un filme continuado, durante toda la procesión, era otra: la de las viejas columnas y sus multitudes; la de quienes fueron mis amigos y verdaderos camaradas y seguirán siéndolo hasta el fin de mis días. La de aquéllos con quienes todavía puedo sentarme a tomar un café, a compartir, reflexionar y aun ilusionamos por y para el futuro.

Y la de aquellos otros, desaparecidos, torturados, asesinados. Aquellos otros que siempre permanecerán en el ojo de mi mente con esa juventud rebosante de energía, sin nunca haber conocido las desilusiones de la traición, el desencanto, ni el fracaso de una epopeya. Aquellos otros que siempre estarán en esas y otras imágenes: en las columnas que llenaban las calles, en los cafés que compartimos, en las acciones conjuntas, en los ecos de sus voces cuando me invaden recuerdos de esos momentos donde nada (nada) parecía imposible.

Al final, piadosamente, las lágrimas encontraron su cauce…

• • •

Entre 1983 y 1990 se jugaron las principales cartas de lo que se conoció como e *l viraje* del Partido Comunista de la Argentina. Aunque se trata de un proceso que poco, o nada, conocen aquellos que no militaban en el PC en esa época, se trató del intento más serio —aunque finalmente fatal— de redefinir la línea y la organización del Partido.

El plan para e *l viraje* se fundó en la idea de que el PC pudiera recolocarse en la política argentina en un lugar desde el cual, legítimamente, hiciera un aporte sustantivo a la construcción de una fuerza que unificara a la izquierda argentina.

Una fuerza que no renegara del histórico heroísmo de sus militantes, pero que, a la vez, se relanzara con una conciencia plena de sus muchos y graves errores para no volver a cometerlos.

Una fuerza que mantuviera su línea política revolucionaria: la vista puesta en un horizonte sin capitalismo, salvaje régimen de

intocada injusticia. Pero, al mismo tiempo, sabiendo que esa línea no podía impulsarse sin las modificaciones que nos permitieran tener una organización desburocratizada y con protagonismo de sus afiliados; no sólo en la ejecución de las directivas políticas, sino también en la elaboración teórica.

Un *viraje* como el que necesitábamos debía suponer otra modificación trascendental: la incorporación a la política partidaria de la tradición revolucionaria latinoamericana y argentina. Algo de lo que el Partido —siempre con la vista en la experiencia europea; en particular, soviética— siempre había carecido.

Pero los montes parieron un ratón. Los «brujos de la tribu» —los que pretendimos ser profesionales en el arte de curar aquellos males— no fuimos más que aprendices, a los que todo superó.

Veníamos con una importante carga de conciencia acerca de la cuestionada posición política del Partido frente a la dictadura, que no se condecía con su heroica práctica militante, aun en ese mismo período.

En una línea similar, también teníamos la sensación —visceral; no fundamentada políticamente— de que, en los 60 y los 70, todo el poderío técnico-militar del que disponía el Partido no había sido aprovechado suficientemente como soporte del movimiento de masas más importante y radicalizado en nuestra historia.

Así —sin claridad sobre los medios que teníamos que utilizar, y sin la suficiente solidez teórica para encabezar tamaña empresa— iniciamos el camino portando «la infección» que pretendíamos sanar.

En el sentido de su identidad militante, una parte de los *enfermos* murió en vida. Otra sobrevivió; pero inválida para siempre. También hubo quienes se transformaron en parte de lo que alguna vez pensaron combatir. Y un gran número buscó nuevos horizontes, pero en general llevando el mal original, que mutó al iniciar carreras políticas con pretensiones más terrenales y, seguramente, más redituables.

Hoy en día, «el brujo de la tribu» camina solitario entre las ruinas de lo que fue la fuerza más importante de la izquierda argentina [44] .

La infancia extraviada

• • •

De niño soñaba que había nacido «para ser bandera». Uno de esos mártires admirados que los camaradas llevaban consigo hasta la victoria; que se sacrificaban dando todo de sí por los ideales nobles y —en una especie de compensación— vivían eternamente en el corazón de las luchas populares.

Ni siquiera percibí que la infancia jamás llegó; al menos no como para los otros chicos.

Con mis hermanos aprendimos de muy niños a cruzar la calle, «pero en el sentido del tránsito», para que pareciera natural —un gesto de prudencia ante los automóviles— el giro de cabeza que en realidad nos permitía percibir si nos seguía la policía de civil.

No se jugaba con los chicos del barrio; la escuela siempre quedaba a casi una hora de camino; y los amigos que me hiciera nunca podían saber dónde vivía. A los efectos de las relaciones sociales, papá o mamá estaban muy enfermos para las visitas y no teníamos teléfono.

Desde los seis años, cuando apenas iniciaba la primaria, supe que existía la posibilidad de jamás volver a ver la casa en la que estaba viviendo —todas eran ocasionales— ni a los amigos que me hubiera hecho, e incluso asistir a alguna juntada que hubiéramos arreglado de antemano.

Sabía —lo supe casi desde que tengo memoria— que, de un día para otro, podía perder los pocos tesoros que guardaba: mis barquitos de juguete, algún autito, aquellas amadas revistas sobre *Vidas Ejemplares, Hora Cero*, las aventuras de los superhéroes, y mis irremplazables libros de Julio Verne, Alejandro Dumas y Emilio Salgari.

Sabía —lo supe casi desde que tengo memoria— que un día podría (tuve que, no pocas veces) ir desde el colegio a un lugar completamente nuevo y desconocido. Una nueva casa, una nueva escuela, a veces nuevos amigos.

Desde la niñez se me grabó para toda la vida la práctica del militante perseguido y de aquellos que lo acompañan en la lucha.

Aprendí a inventar excusas, a mentir apellidos, a saber que en el documento —o certificado escolar— podía figurar mi rostro junto a un nombre extraño, pero que debías hacerlo propio con la mejor fingida naturalidad.

En cada situación debía actuar correctamente; como nos habían enseñado. Cada palabra era clave; cada error podía ser fatal. Cada momento, una mezcla de corazón acelerado y estómago anudado. No podía equivocarme; lo sabía y lo sufría. La vida de toda la familia estaba en juego…

Lo sabía. Lo supe casi desde que tengo memoria. Y lo sufría cada día en silencio. Al fin y al cabo muchos otros militantes —quizás muchos otros chicos como yo— estaban en una situación similar o peor.

Lo sabía. Lo supe casi desde que tengo memoria. Mientras, vivía esa sucesión intercalada de tensión constante, el mundo de la literatura, aquel temor doloroso, el gran amor que teníamos como familia (mis padres, mis hermanos y yo), la doble identidad y los juegos infantiles. Mientras, vivía todo eso y más, con una naturalidad que hoy me resulta escalofriante.

• • •

La lucha contra la dictadura había sido cruenta. Como siempre, el heroísmo y la creatividad militante habían dicho «presente». Pero esta vez con las armas descargadas; sin una línea política efectiva y clara, aun para los que estaban en el partido y su juventud.

Porque es innegable que había diferencias entre las posibles cabezas de la Junta Militar que terminaría llevando a cabo las terribles matanzas que, ya antes del golpe, preveíamos inevitables si éste se producía. Diferencias en concepciones y planes para «lidiar» con nosotros y el resto de «la subversión» que suponían una diferencia en la virulencia de la persecución y en las muertes consideradas «necesarias». Una diferencia de 10 000 compañeros asesinados para un grupo; de 100 000 para el otro.

Era deber del Partido compartir e incluso definir acciones concretas, sobre todo teniendo en cuenta esa información de la que disponía. Pero tomar esa información táctica como la base de una línea política estratégica fue lisa y llanamente absurdo.

El mismo 24 de marzo —invitado a una reunión de la Comisión Política del Partido— Fernando Nadra, mi padre, rechazó por primera vez esa posición. Pero sus argumentos no fueron aceptados por la mayoría. Y la política del aparato del Partido —que pocos conocen y que nunca se admitió públicamente— estaba diseñada para evitar mostrar (especialmente hacia al exterior) cualquier fisura en las posiciones.

Parte de ese diseño eran las «pruebas de lealtad»: cualquier militante que manifestara disidencias con la posición mayoritaria debía probar su lealtad al Partido con una sanción que, sin embargo, raramente se declaraba como tal. Debía ser aceptada por el militante disidente como parte natural de su deber hacia el Partido.

Muchas veces le tocó sufrirlo a Rodolfo Ghioldi, uno de los fundadores del PC. También a su más reconocido intelectual: Héctor Agosti. Junto a mi padre, estos dos «próceres» del comunismo conformaron el trío de quienes se atrevieron a oponerse con vehemencia a posiciones mayoritarias que asumió, en diversos momentos, la Dirección.

A Ghioldi y Agosti los mandaron a callar.

Lamentablemente, en 1976, mi padre era la figura pública más reconocida del PC. El mejor orador y el dirigente más respetado por los partidos mayoritarios en el país. De modo que la sanción fue distinta, más cruel: tuvo que «dar la cara» públicamente. Nada menos que llevando la voz cantante de la opinión mayoritaria con todo entusiasmo.

Fue una de las tantas veces que el Partido castigó a mi padre.

La base estuvo siempre en la desconfianza prejuiciosa que el aparato de la Dirección tenía respecto a ese precoz intelectual que provenía de una familia acomodada.

Quizás también existió algo de envidia o resentimiento. Al fin y al cabo, la popularidad que alcanzó mi padre a través de sus discursos, sus libros y su conducta cotidiana desembocó en que la sociedad, los periodistas —y no pocos militantes— estuvieran convencidos de que era el Secretario o el Presidente del PC. La realidad, lo increíblemente cierto, es que hasta 1982 —poco antes de las elecciones que terminaron con el periodo dictatorial— Fernando Nadra no formó parte de la Comisión Política; menos aún,

del todopoderoso Secretariado.

Leonor [45]

...

Un solo tema me suscitaba dudas, me ponía meditabundo y, en ocasiones, nublaba ese cielo despejado, sin vestigio de vacilación, de mi convicción y temeridad militantes de la niñez y parte de la adolescencia. Aun a esas edades tan tempranas, de cuando en cuando, me preguntaba: ¿Cómo respondería a la tortura?

¿Sería como mis héroes, —aquellos de la literatura soviética, los luchadores por la República española, o las historias de la resistencia antifascista europea (los maquis, los partisanos), los barbudos cubanos— o arrastraría la vergüenza del quiebre?

Muchos años después, la vida me enseñó que la respuesta lejos está de surgir de una dicotomía tan sencilla.

Leonor era la hija mayor del *Flaco* Jorge Canelles, una de las leyendas del Cordobazo. El 9 de octubre de 1974 el Navarrazo que derrocara a Obregón Cano y Atilio López lanzó un operativo de fuerzas policiales junto al Comando Libertadores de América: el equivalente cordobés a la Alianza Anticomunista Argentina. Arrasaron los locales de Luz y Fuerza, del PST y, finalmente, del PC.

Leonor y *el Flaco* —junto a unos cincuenta camaradas— fueron detenidos en Obispo Trejo 364, sin haber opuesto resistencia: la orden en todo el país era sólo usar armas si el operativo era de parapoliciales de civil, pero nunca si estaba presente algún agente uniformado.

La movilización por la libertad de los compañeros fue inmediata e intensa. Dos días después, frente al D2 (Departamento de Informaciones de la Policía de la Provincia, ubicado en el edificio del Cabildo histórico), los militantes aún esperaban la salida de los Canelles, que seguían sin ser liberados.

Estuvieron entre los últimos en salir, y todos sabían que la hija de *el Flaco* había sido torturada al lado de *Tita* Clelia Hidalgo,

quien murió por el ensañamiento y el tardío intento de hospitalizarla. Todos sabían que esa chica flaquita, bonita, altiva pese a sus escasos 17 años había soportado los golpes, la picana, las vejaciones, los simulacros de fusilamiento. Todo, sin decir palabra.

Aun así todos sufrieron un fuerte impacto cuando Leonor salió a la calle. Con la frente alta, como siempre. Pero con la ropa rasgada y ensangrentada. Con los ojos vacíos y gélidos. Lejos de aquéllos, a los que *Jardín Florido*, aquel pintoresco personaje cordobés, le dedicara —casi niña— uno de sus célebres «piropos».

Doce años después, en 1986, Leonor —ya mi esposa y madre de mis hijas, Yamilé y Giselle— contaba, en una de esas raras ocasiones en las que hablaba de su pasado, anécdotas de Alberto Caffaratti, de Tomás Ditofino, de su amiga, «la». Marina Colman. Todos secuestrados y asesinados por la dictadura.

Escuché sobre cómo su casa familiar se derrumbó casi hasta el borde de la cama de su pieza por la explosión de una bomba. Sobre el vaquero Oxford, milagrosamente agujereado en la botamanga, en una de las oportunidades en las que la balearon desde un *Falcon*, en pleno centro de la Ciudad de Córdoba.

En alguna otra ocasión me regalaría pantallazos de los días que acompañaba a sus padres a la casa de Agustín Tosco. De las charlas con él y con su familia: Nelly, Héctor y Malvina —la hija del *Gringo*— cuyo cumpleaños festejaron juntas en el sur visitando a sus padres presos.

También me enteré de los meses de hambre y desesperación cuando e *l Flaco* se fugó porque lo buscaban para matarlo. Meses en los que Leonor fue el sostén, la fortaleza de su madre, Cristina; y de sus pequeñas hermanas, Betty y Silvia. El sostén económico y emocional; siempre mirando por sobre el hombro para proteger a las suyas; buscando un lugar donde dormir —aun durante unas escasas horas; un plato de comida, o un mate con papas fritas…

Leonor siempre fue «la fuerte», enfrentándose no pocas veces a puertas cerradas y a los rostros de pánico de compañeros de no tan lejanas veladas de anécdotas y risas.

Una tarde, charlando casualmente, salió aquel tema que me perseguía de niño. «No sirve pensar en eso. Nadie puede decir qué hará cuando lo torturen. Porque, sencillamente, nadie lo sabe». Ésa fue la respuesta natural, sin vacilaciones —y, como siempre,

práctica— de Leonor. Para ella «la cuestión» nunca llegó a existir. Por primera vez me había animado a preguntar: ¿cómo aguantaste la tortura?

> —No sé… Era como estar viviendo una película. Como si yo no estuviera ahí, sino otra persona; con otra gente… extraña… Me acuerdo las cosas como en cámara lenta. Sé que varias veces perdí el conocimiento y lo que viene antes de eso se ve en amarillo fuerte. No sentía dolor Creo que por momentos bronca, pero tampoco estoy segura…
> —Pero no dijiste nada —insistí, rozando con cuidado temas intocados.

La mirada de «mi negra» volvía a perderse; quizás un poco como ese día, tantos años atrás.

> —No. No dije nada —respondió con lentitud y una voz inexpresiva—. Pero no hubiera podido. Recién me salieron palabras de la boca horas después de que nos soltaran. Estaba llorando después de ver a mamá, después de los exámenes médicos. No sé… Mi papá me abrazó… Estábamos afuera…

Estaba afuera. Pero nunca volvió a ser verdaderamente libre…

• • •

En 1983 —después de que, desde el Partido apoyáramos la fórmula Italo Luder-Deolindo Bittel, derrotada por Raúl Alfonsín— la decepción y la frustración en la militancia fue enorme.

Por primera vez se dudó de que los militantes hubieran acatado la decisión de la Dirección —aunque estudios que analizaron la conducta electoral terminaron demostrando que, en la mayoría de los casos, sí se había actuado conforme esas indicaciones—.

Estallaban, sordamente, muchos debates y conflictos. Y uno de los disparadores fue ese posicionamiento electoral.

Queríamos ser el partido que representara a la clase obrera, habíamos trabajado muchos años junto a ciertos sectores del peronismo, pero aun así: ¿por qué no mantener una fórmula propia, si el PJ se había negado a cualquier acuerdo electoral y, sobre todo, apoyaba la autoamnistía dictada por los militares?

Otro disparador de debates conflictivos fue la categoría de *convergencia cívico-militar*, que se especificaba era con «militares patriotas». El término —acuñado en otro momento del país y del continente, con el objetivo de acumular todas las fuerzas posibles

para impedir el golpe de 1976— fue la base de la línea política que el Partido adoptó en los años de la última dictadura. Como mencioné antes, esta decisión de la dirigencia —aunque seguramente salvó muchas vidas— tuvo un alto costo político. Desde luego, en la sociedad politizada. Pero también entre la dirigencia disidente y el resto de los militantes del PC.

Por mi parte, tuve un fuerte encontronazo al respecto con quien entonces era mi amigo del alma, Patricio Echegaray, cuando en su discurso consagratorio en el Luna Park —durante el primer acto público partidario en septiembre de 1982— repitió la irritante consigna y, por primera vez, fue silbado.

El discurso lo había elaborado conmigo. Fui el que le dio su forma final, con frases trascendentes para ese período, como «Somos la generación del Cordobazo y las Malvinas». Antes —cuando dirigía el periódico de *la Fede, Aquí y Ahora*—, había promovido desde sus páginas el histórico *Nunca más*; mucho antes del Juicio a las Juntas.

Mientras trabajábamos el discurso en mi departamento de alquiler —entonces en la calle Rivadavia y Mario Bravo, casi pegado al Mariano Moreno, uno de mis antiguos colegios—, Echegaray se violentó conmigo porque, una y otra vez, me negué a teclear en la máquina la nefasta consigna: *convergencia cívico-militar*.

De hecho, el texto que llevó al acto no la contenía. La dijo, según me aseguró después de la rechifla, por imposición de Jorge Pereyra, Secretario de Organización del PC (en la práctica, el segundo del Secretario General).

Luego —pequeñas y modestas rebeldías que me permitía a mí mismo—, también la borré de la versión «completa» que publicó el quincenario de *la Fede*. En la misma oportunidad decidí —contra la tradición— que el intragable discurso del Secretario General del PC estuviera resumido en un recuadro. Me costó no pocas críticas, pero de personas importantes en el aparato del Partido: «¿Cómo le dedicás a Patricio más espacio que a Fava?», me preguntaban poco amablemente.

Fue en esta época, y con este tipo de situaciones (propias y ajenas), que empezaron los debates conflictivos, los disgustos y el recrudecimiento de aquellas «dudas» que muchos comunistas

veníamos teniendo. Esas que —a contramano de los deseos de todos nosotros— se convirtieron en certezas.

Fernando

• • •

Siempre que soñaba —aún adulto— en un ideal de mí mismo, pensaba en mi viejo. En ocasiones, en relación con esa figura inmensa en todo sentido: un héroe, pero cálido y humano. Un personaje que, sin embargo, siempre estaba presente en mi vida, la de mi vieja, la de mis hermanos. Cerca de cada uno de nuestros problemas.

Otras veces, el ideal se plasmaba en esa temeraria escalada de las paredes del consulado alemán en Córdoba, para colgarse del asta de la bandera nazi hasta romperla, para luego caer sobre la acera, con asta y bandera incluidas, en 1941. Y miles de universitarios destrozaron esa infame insignia; miles de universitarios que seguían —mezcla de admiración y casi incondicionalidad— a ese muchacho de larga cabellera rubia e incipientes bigotes.

La Alemania nazi presionó al gobierno de Ramón S. Castillo, de claras simpatías por el fascismo, para que detenga y procese a Nadra e intervenga la provincia (Kleiner, 1964: p. 30).

Ese muchacho que a los 13 años había dirigido la toma del Colegio Nacional de Tucumán; que a los 16 años era un escritor de prestigio, con su primer libro de poemas publicado y múltiples notas sobre historia y política en *La Gaceta* de Tucumán; que a los 26 años, en su rol de Presidente de la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) y Secretario de la Federación Universitaria Argentina (FUA), emitió el potente discurso de despedida de Deodoro Roca, su maestro y el redactor del célebre Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria de 1918 **[46]**.

Mi padre… ese hombre que debatió y, en casos, fue amigo de Lázaro Cárdenas, de Miguel Ángel Asturias, de Salvador Allende, de Ángela Davis, de David Alfaro Siqueiros, de Fidel Castro y hasta del Che; que salvó a Cooke de la cárcel en un insólito episodio en Cuba.

Ese hombre al que visité en todas las prisiones del país mientras su salud se deterioraba y un Presidente de la Nación —Arturo Frondizi— le decía a mi madre: «Zulma, tengo las manos atadas, es un preso de la CIA y EEUU. Lo acusan de ser el enviado del Che y Cuba para organizar la guerrilla en América latina». Muchos años después, para ser preciso en 2004, me enteré que ese mismo Presidente le envió un portafolio de dinero «para la familia», y el encumbrado dirigente desarrollista que lo visitó en el penal del sur me confesó: «Me lo tiró en la cara. Me dijo que le diga a don Arturo que ni un comunista ni su familia se venden a la traición, aun la de un examigo [47] ».

¿Podía imaginar que ese hombre sería humillado, falsamente acusado de «traidor» o reformista?

No. Claro que no. Pero la vida le enseña a uno que la realidad siempre se impone a los sueños. Más aún: en muchísimas ocasiones llega a superar las peores pesadillas…

• • •

Entre los 60 y los 70 —ante la significativa emigración de cuadros políticos del partido a otras organizaciones— la dirigencia agravó la cuestionable tendencia que el Partido había desarrollado décadas atrás de elegir militantes de origen obrero para formarlos como dirigentes. El objetivo era dar una imagen de inserción del PC en la clase obrera, que se había reducido al mínimo con el surgimiento del peronismo.

Sin embargo, los principales dirigentes obreros del PC solían tener un pensamiento «demasiado independiente» para el gusto de la dirigencia. O bien, eran correctos militantes, pero sin capacidad para ser cuadros políticos: carecían de poder de convocatoria y, por ejemplo, jamás habían dirigido una huelga.

En general, y pese a todo, se eligió a los segundos. Un empleado administrativo en una empresa del ramo, se convirtió —como Athos Fava— en «el obrero metalúrgico», secretario general del PC.

La estrategia de no permitir que alcanzaran mucho poder quienes mostraban disidencias se extendió también a los militantes «intelectuales», con lo que se desaprovechó una importante oportunidad de crecer en la producción teórica que habría podido

elaborar un marxismo con raíces nacionales y continentales, adaptado a la particular y cambiante realidad de la Argentina.

Salvo contadísimas excepciones, bien controladas, los luchadores obreros y los intelectuales más «revoltosos» quedaron relegados a tareas secundarias, técnicas o centros de estudios. Algunos tuvieron una producción valiosa, pero sin trascendencia alguna en la elaboración y ejecución de la línea del PC.

En la práctica, las decisiones del Partido las tomaron personas con una formación de izquierda con un sesgo marcadamente eurocentrista.

La base teórica para pensar la idealizada experiencia de la revolución soviética en clave nacional acabó por ser una amalgama de Marx y, sobre todo, Lenin con la teoría de la Ilustración Francesa, toques de Sarmiento y la concepción historiográfica liberal-conservadora de Mitre. La dirigencia del PC local no se planteó seriamente la necesidad de repensar la teoría marxista también en relación con las luchas y el pensamiento latinoamericano: los ideales de la Reforma Universitaria de 1918, con José Martí, José Carlos Mariátegui, Augusto César Sandino o Julio Antonio Mella.

Es paradójico que la base teórica de los «históricos» del Comité Central confluyera, en parte, con la de la burguesía «nacional». Y que, consecuentemente, estos dirigentes realizaran un análisis económico y cultural que desdibujaba el enfoque aplicado por Lenin en la Rusia revolucionaria, distinto del planteo de Trotstky la revolución socialista como un proceso ininterrumpido en dos etapas, con la permanente disputa de hegemonía por parte del proletariado. En cambio, se aceptó —y, en los hechos, se apoyó— un rol predominante de esa burguesía nacional, en un frente democrático.

Una estrategia que —a la luz de la situación política actual— puede no sonar absurda. Pero definitivamente, en aquellos años tumultuosos en los que se apostaba *por todo* —en los que, como mencioné a muchos, *todo* nos parecía posible— melló el carácter revolucionario y parte de la fuerza de convocatoria del PC.

No resulta extraño que, en los años 80 —con un momento histórico dramáticamente distinto y con el largamente asentado legado de la matriz ideológica de nuestros «Padres

Fundadores[48] »—, al intentar e *l viraje* hacia la concepción teórica y la militancia revolucionarias, «los nietos» estuviéramos destinados a un rotundo fracaso.

El Nano

• • •

Nando, *el Nano,* como lo llamaba en mi media lengua infantil. Fernando José Nadra es el mayor de nosotros. *Fernando,* para respetar los viejos rituales sirios de que el primogénito llevara el nombre del padre. Y *José,* nada menos que por Stalin. Y a mí se me representaba como el puente entre lo inalcanzable —mi viejo— y a lo que, por lo menos, aspiraba a llegar «cuando sea grande».

Como les sucede a muchos chicos, quería «ser grande» lo antes posible. A diferencia también de muchos chicos, mi primer acto de «grande» suponía afiliarme a la Juventud Comunista. A los 13 años —creo que hasta forzando la exigencia etaria del estatuto de *la Fede*—, «me hice grande». Atesoraba mi flamante carné, que resignificaba las novelas e historias llenas de heroísmo revolucionario que me alimentaban día a día.

Hacia 1965, cuando tropas estadounidenses invadieron Santo Domingo, *Nando* era un reconocido dirigente secundario, como luego lo sería en el Centro de Estudiantes de Arquitectura y la FUA, famoso por su oratoria y audacia. Pero también solía integrar los grupos de autodefensa de *la Fede*, que protegían las movilizaciones populares. El 12 de mayo —cuando las organizaciones estudiantiles y populares se movilizaron contra la presión estadounidense para que la Argentina reforzara las tropas en Santo Domingo— *Nando* estaba allí. Se produjeron varios enfrentamientos y se rumoreó que habían muerto varias personas. En las primeras horas de la madrugada del 13, en la casa familiar (entonces en Castelar, en el oeste bonaerense), todos estábamos despiertos y preocupados.

Casi a la mañana *Nando* finalmente llegó. Golpeado y con sangre de varias heridas; pero estaba en casa…

Escuché azorado. «Los fachos» habían atacado la concentración y Daniel Grimbank —un compañero de *la Fede*, estudiante de medicina, que formaba cordón con mi hermano en las escalinatas de la Plaza de los dos Congresos— había caído muerto en los brazos de *Nando*, víctima de un balazo. Hubo corridas, cadenazos, cachiporras, palos y piedras volando.

Se logró identificar al autor del disparo. Luego se supo que su apellido era Gatica. Junto a otros matones de la Guardia Restauradora Nacionalista del cura Julio Meinville, se había parapetado detrás de un grupo de la Policía Montada. Murió a consecuencia de los golpes que recibió en un enfrentamiento en las escaleras del subte «A», cerca de la Plaza.

Años después, durante el gobierno de Isabel, la derechista Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA) y el fascista Comando de Organización (CdeO) publicaban su foto en carteles de homenaje y prometiendo venganza con el famoso «Ni yanquis ni marxistas…».

La misma semana en la que mataron a Grimbank me expulsaron por primera vez del colegio. Estaba cursando primer año del secundario en Haedo y decidí escribir un artículo para el Periódico Mural Estudiantil. El tema: repudio absoluto a la invasión estadounidense a Santo Domingo.

También fue la primera vez que vislumbré el poder de la solidaridad de los compañeros y de las acciones masivas, aun en ámbitos relativamente pequeños: la protesta de los otros alumnos logró mi reincorporación.

• • •

Pero «los nietos» estábamos disconformes. Y estábamos decididos: teníamos voluntad, juventud, los ideales intactos y la convicción de que el Partido debía cambiar o todas sus falencias lo llevarían a la extinción, aun antes de imaginar la caída del llamado «Socialismo Real».

Por desdicha, también teníamos cierta omnipotencia de pensar que con eso, con nosotros y nuestras posiciones, bastaba para hacer que esa transformación fuera posible.

La decisión no surgió en todos de manera tan clara y organizada.

En un principio sí apareció la voluntad de varios dirigentes juveniles de democratizar y desburocratizar el PC, desplazando al reaccionario aparato de la burocracia. Algunos pensábamos en estas modificaciones como punto de partida para avanzar —con tiempo, y una base crecientemente sólida a partir de estos primeros cambios— en estrategias de izquierda a futuro: precisar cuál era la estructura económico-social de la Argentina; el nivel de desarrollo capitalista; el grado de maduración del *factor subjetivo* (en términos muy simples, el nivel de conciencia social acerca de la necesidad de una revolución) y, consecuentemente, los tiempos y el tipo de revolución que correspondía a este país.

A lo largo de muchas jornadas de mate o vino y charlas, un grupo muy reducido —Patricio Echegaray, Francisco *Cacho* Álvarez, Enrique Dratman y yo mismo— decidió que fuera Patricio el «referente símbolo» del *viraje*. La justificación estaba en el carisma —mezcla de talento natural y de su posición de Secretario de *la Fede*— que tenía. Al menos en ese entonces.

Desde esa posición, Echegaray empezó a incorporar lenta, pero decididamente —y con cada vez menos tolerancia a la crítica constructiva de los que formábamos el resto del grupo original—, a los secretarios de las distintas organizaciones regionales y cuadros estratégicos de *la Fede*.

A los que no acompañaban las propuestas o sugerencias, se los relegaba con la misma metodología con la que se ganaban posiciones en el PC: la «promoción» al Partido.

Pasar de *la Fede* al Partido se consideraba una distinción. Sin embargo, era un arma de doble filo que dependía mucho de a qué posición se «promovía» al compañero. Era, de veras, un ascenso en la profesión política pasar de ser dirigente de *la Fede* a miembro del Comité Central, o dirigente de una organización provincial del Partido (ya no de la rama juvenil). Sin embargo, relegar a un Secretario Regional de *la Fede* —que dirigía, desde esa posición a miles de jóvenes— a una tarea burocrática en una Comisión Nacional del Partido… Bueno, digamos que no era exactamente una promoción.

Lamentablemente, sin darnos cuenta estábamos tratando de concebir y rescatar valiosas categorías revolucionarias repitiendo el «modo estalinista» de lidiar con la oposición, que tanto criticábamos

al viejo aparato.

No sabría decir si mi promoción fue verdadera o no. En definitiva, me quedaba sin la representatividad y la fuerza para incidir políticamente, que me daba mi condición de Director de la revista entre la militancia, que afectuosamente me llamaba «El Dire».

En 1985 era, desde hacía algún tiempo, miembro del Comité Central de *la Fede*. Pasé a ser «la mano derecha» del Secretario General del PC, Athos Fava.

En ese momento consideré el cambio como un mal necesario, en función de lo que podía aportar al objetivo común de lograr la transformación del Partido. En la práctica, mi rol era el de ser «la inteligencia invisible»: el autor de todos los escritos de Fava.

Pero, desde un punto de vista estrictamente personal, sólo me sentía verdaderamente vivo en los auditorios; en el vértigo de la oratoria en los actos; en los «cierres» de la Revista. Disfrutaba el esfuerzo de ayudar a compañeros más jóvenes a descubrir que tenían talento para escribir; y a desarrollar ese talento. Me sentía feliz con el cariño que los compañeros, los desconocidos, «la gente», me dispensaban en cada lugar en el que me presentaba.

Mi vida era en la calle, en los bares, auditorios, casas de familia… Dirigiendo y acompañando. Sintiéndome protagonista de los cambios. Esa sensación, mezcla de adrenalina y euforia, tan parecida a la que tenía de adolescente o joven, cuando pintaba las paredes, organizaba una marcha estudiantil o enfrentaba cara a cara a los represores.

Nunca recuperé todo aquello.

Pero algunos documentos del Partido y especialmente los «escritos» de Fava empezaron a cambiar y a sorprender. Reaparecían palabras que habían caído en desuso; surgían nuevas categorías.

Aunque Fava era un orador sorprendentemente inepto, consignas como «FMI o Pueblo», «Moratoria ya», «Patria Grande Latinoamericana», «Frente de Liberación Nacional y Social» y «Lucha por el Poder» despertaban entusiasmo y expectativa entre muchos militantes, que las repetían luego en otros espacios.

Fernando Nadra —no hubiera sido posible sin él— tomó como tarea dar el debate ideológico con la vieja guardia y defender a

Patricio Echegaray, a quien el aparato quiso desplazar a toda costa. ¿El primer golpe contundente? Lo «promovieron»: desplazándolo de secretario de la poderosa FJC, motor inicial de los cambios, para nombrarlo como director de *Qué Pasa*, con sede en una casa alejada del Comité Central, en Río de Janeiro al 200, sin el peso que le daba dirigir a miles de jóvenes para disputar la batalla que estaba desplegada.

Mi hermano Rodolfo estaba conmigo en la elaboración de los documentos principales, que en definitiva marcaban la línea. En rigor, ya hacía tiempo que él colaboraba en los escritos de Fava y lo ayudaba a Patricio con las editoriales de *Qué Pasa*. Además *el Negro*, siempre huidizo y «francotirador», había sido el único contacto y fuente informativa que tenía con la «usina de ideas» de la dirección que comandaba Alberto Kohen. No me consta, pero hoy supongo que esa experiencia lo llevó a Echegaray a decidir mi pase al Partido y a colocarme *full time* junto a Fava, cuando él todavía era muy resistido en la mesa de las decisiones, como ya relaté.

Paralelamente, la tarea de *Nando* no fue fácil moviéndose en el inhóspito mundo financiero y de lo militar.

El 8 de octubre de 1984 marcó un hito. Con motivo del aniversario del asesinato del Che, el PC —que siempre había recelado de su figura— organizó un acto de homenaje en Rosario, en el que habló por el partido Rubens Iscaro. Se trató de una reivindicación justa, que se había hecho esperar durante varios años.

Sin embargo —a través de las pomposas y emotivas frases de Echegaray en su discurso ese día— el PC inició el engañoso camino de «ponerse la camiseta» del Che. De pregonar una esperanza ciega en la maduración del *factor subjetivo* forzada por una vanguardia dirigente, de defender aciertos y errores por igual. De convertirlo en un prócer sin fallas, y aun con atributos inventados.

En definitiva comenzó un camino sin retorno de hacer cargar al Partido, a destiempo, con la bandera de un pasado derrotado. Y, encima, pero realmente grave, omitiendo los aportes más valiosos del Che a la lucha revolucionaria en la actualidad: su moral implacable, su entrega y su enfrentamiento sin cuartel a las estructuras burocráticas; a lo que él llamaba «el comunismo meramente económico».

«Lo que nos preocupa, compañeros, es que ustedes no repitan en los 80, los mismos errores que nosotros cometimos en los 70», le dijo Amílcar Santucho a Fava una tarde, tiempo después de aquel acto. Amílcar era el hermano mayor de Roberto, e *l Roby*. Lo dijo en el marco de una reunión que manteníamos Athos Fava y yo con la dirección del PRT, en la que participaba también *el Negro* Carlos Ponce de León.

Los compañeros de otras organizaciones de izquierda siempre se habían referido al aparato del PC con una mezcla de admiración y presión crítica: miles de cuadros militares con una importante dotación de armamento que, sin embargo, no se volcaba a «la opción armada».

Estoy convencido de que ésa fue una decisión correcta. «Sin situación revolucionaria, sin factor subjetivo maduro, no hay revolución», como decían los oficiales de mayor rango del frente, cuando muchos de los que teníamos experiencia o grado militar, nos conteníamos con esfuerzo de volcarnos hacia esa opción en los 70.

Como mencioné antes, en los 80 muchos nos planteábamos con seriedad la crítica de una «insuficiente utilización» de nuestra estructura militar en las décadas anteriores.

En este marco, algunos cultores del *viraje* redescubrieron acríticamente la ya vieja idea del Che de que el *factor subjetivo* no sólo debe cultivarse, sino que puede ser impuesto por la decisión de los revolucionarios. Sin embargo, ¿qué mejor lección que la del gran Comandante, 20 años atrás, al dar su propia vida en La Higuera por seguir hasta el final esa teoría, para advertir que ése no era el camino? Este punto cardinal de la teoría revolucionaria no se resuelve sólo con valentía y voluntad.

La frase de Amílcar Santucho volvería muchas veces a reavivar uno de mis peores presentimientos sobre el rumbo que tomaría e *l viraje*.

Eduardo

• • •

El mes era agosto, el año 1971. Habían pasado casi seis años de la muerte del Che. Una noche, cuando salí de una clase de Introducción a la Historia que cursaba en la Calle Independencia, entre Urquiza y La Rioja —donde se encontraba entonces unificada la Facultad de Filosofía y Letras—, Eduardo me estaba esperando:

> —Alberto, tenemos que borrarnos —me anunció con tono apremiante, ni bien empezamos a caminar unos metros—. En unos días salimos para Bolivia, para enfrentar el golpe que se viene.

Eduardo Duschatzky era un amigo de la adolescencia. Lo conocí cuando cursaba segundo año del Secundario en el Mariano Moreno. Pese a que él iba a la mañana y yo a la tarde, los dos integrábamos el círculo de *la Fede* del colegio. Más tarde, también participamos juntos en campamentos de entrenamiento.

Mientras Eduardo pasaba de ser un compañero a convertirse en uno de mis amigos más queridos, impulsábamos juntos las primeras, un poco tímidas, huelgas estudiantiles contra los exámenes cuatrimestrales, que nos perjudicaban reduciendo las oportunidades de recuperatorios. En mayo de 1969 encabezamos el masivo repudio a los asesinatos de los estudiantes universitarios Juan José Cabral, en Corrientes, y Adolfo Bello, en Rosario. Se produjeron en el marco de las movilizaciones populares conocidas como «el Correntinazo» y «el Rosariazo», antecedentes inmediatos del Cordobazo.

Estábamos protagonizando las primeras protestas estudiantiles que renacieron después de un tiempo de absoluto «silencio» que impuso la dictadura de Onganía. A partir de ese momento, y hasta estos años que acabo de relatar, el movimiento estudiantil había quedado virtualmente paralizado. Hacia el año de las huelgas contra los cuatrimestrales, ya nos habían frustrado decenas de veces diferentes intentos por reconstruir los centros de estudiantes; en nuestro colegio y en otros.

Aún me conmueve la tímida sonrisa cómplice de otro amigo de entonces: Julio Frondizi, hijo del inolvidable Silvio —asesinado por La Triple A el 27 de septiembre de 1974—, cuando una marea de cintas negras en las sacos azules de los varones y en los guardapolvos blancos de las chicas invadió los colegios de la ciudad: «Bello, Cabral, los vamos a vengar». Estábamos pariendo los

70.

Pero volvamos a agosto de 1971, a Eduardo inquieto mientras conversábamos sobre uno de los temas que más nos preocupaba a los jóvenes militantes en esas vísperas: la situación política en Bolivia, que era explosiva.

El país hermano estaba aún bajo el mando del general Juan José Torres, quien encabezaba un proceso marcadamente nacionalista y antiimperialista. Paradójicamente, Torres había formado parte del reducido grupo de oficiales del Ejército Boliviano del que —se asegura, pero sus familiares lo niegan— surgió la decisión de asesinar al Che después de que éste hubiera sido detenido.

En 1971, Torres promovía importantes nacionalizaciones y la estatización de la banca. Expulsaba «misiones de paz» estadounidenses —habitual cobertura de agentes de la CIA— y aceptó cogobernar el país con la Asamblea Popular convocada por la Central Obrera Boliviana (COB). Con los mineros a la cabeza el cogobierno reivindicó un rumbo socialista para Bolivia.

Por supuesto, entre los poderosos profascistas del Ejército Boliviano se desató la furia. Con la permanente y punzante colaboración de los agentes de la CIA de Estados Unidos promovieron un golpe sangriento. En secreto, tanto el Partido como *la Fede*, habían decidido enfrentarlo militarmente, respondiendo al pedido de colaboración de los camaradas bolivianos.

El 20 de agosto, mi madre —con una dulzura que era tan infinita como su sufrimiento— me ayudaba a preparar la ropa que me habían indicado. Como siempre, sin preguntar adónde ni para qué. El resto de los elementos que necesitaría eran, al igual que el trayecto a recorrer, un completo misterio que recién comenzó a develarse el día siguiente.

Desde una cita en un lugar de Almagro, para indicarnos los pasos a seguir. Sólo Eduardo conocía a nuestro referente; y, ni él ni yo, teníamos idea de quiénes y cuándo partiríamos.

La cita se concretó a medias. En el simple y modesto hogar ubicado en la dirección a la que había sido convocado, sólo me esperaba Eduardo. Algo en mí se crispó cuando lo vi allá, fumándose un cigarrillo tras otro. Mientras la dueña de casa —una simpática compañera, de unos 70 años— se empeñaba en que probáramos su dulce de naranja, mi amigo me explicó lo que podía:

«*Negro*, lo lamento; se levantó todo. No sé nada más. Tenemos que seguir con la facultad, el estudio, la militancia, hasta nueva orden». Una opresión me cerró el pecho, pero esas decisiones no se cuestionaban.

«El 21 de agosto de 1971 se produjo el golpe de estado contra el gobierno popular del General Juan José Torres González y con ello se dio inicio a la más sangrienta dictadura en Bolivia, encabezada por Hugo Banzer…» [49] (Torres Obleas, J. J., 2010).

• • •

En 1984, los dirigentes del *viraje* logramos otro acontecimiento que nos pareció decisivo: conseguimos mezclar una vieja tradición internacionalista del Comunismo con elementos de la tradición latinoamericana. Con el aval del Partido y la venia del Frente Sandinista, *la Fede* y la Juventud Sandinista creamos, en julio de 1984, la *Brigada General San Martín*.

Nos inspiraron las «Brigadas Internacionalistas», que concurrieron a España en solidaridad con la República en el cruento enfrentamiento con el Franquismo y en La Resistencia europea al nazismo. Pero también, la solidaridad del Partido con la «Columna Prestes» —levantamiento principalmente de oficiales jóvenes de clase media— para subvertir el poderío conservador brasileño a mediados de los años 20. Y decidimos darle el nombre del Libertador.

El objetivo de la flamante Brigada era contribuir con la economía de la Revolución Sandinista mediante la cosecha de café. Se trataba de un recurso fundamental del país que, al igual que otros ámbitos del gobierno de izquierda, era constantemente jaqueado por los llamados «contras» (grupo de mercenarios financiados y armados por Estados Unidos).

El hecho impactó al gobierno de Alfonsín que resistió muchas presiones de la CIA y los servicios de inteligencia de países limítrofes para impedir su partida.

El 4 de enero de 1985, los 120 compañeros comunistas que formaban la Brigada General San Martín —a la que se terminó llamando coloquialmente «Brigada del Café»— partieron hacia Managua.Desde allí irían a Matagalpa y, después, a las montañas de

Jinotega.

Nadie fue escogido al azar, ni por azar, entre los incontables voluntarios. Para nosotros, allí estaban los futuros dirigentes de *la Fede*, quienes luego ocuparían puestos estratégicos también en el Partido, precedidos por el prestigio legendario de esa gesta (Mero, 1985; Cesaroni, 2019).

Las Tesis

• • •

La letra de Fernando Nadra, compartiendo una idea: «Voy a plantear la autocrítica por la dictadura». La letra de Patricio Echegaray con la respuesta: «No es el momento». En los dos casos la tinta es azul; ahora menos oscura que entonces, pero en el mismo papel, ya amarillento, que aún conservo.

Se trata de las notas entre mi padre y Patricio durante la primera discusión del Secretariado de la Comisión Política. Se estaban comenzando a definir las Tesis que se debatirían en el *XVI Congreso* del PC, previsto para noviembre de 1986.

Las tesis eran los ejes políticos fundamentales que la Dirección planteaba a los militantes, para que las debatieran. De esas discusiones surgirían los delegados con posiciones enriquecidas que —en teoría— se volverían a debatir seriamente en las distintas instancias orgánicas hasta llegar al Congreso.

Entre congreso y congreso se definía la línea política del Partido para los años venideros y se elegía un nuevo Comité Central que, a la vez, elegiría a la Comisión Política, dentro de la cual se designaba al Secretariado.

Si queríamos lograr e *l viraje*, éste era el momento de jugarse por él.

Patricio, por entonces todavía mi gran amigo, parecía pensar bastante distinto…

• • •

La posición de la autocrítica finalmente se planteó. Fernando Nadra, eterno y querido *kamikaze*, la empujó con su clásica audacia y hasta temeridad, que bien recuerdan los compañeros encargados —con tremenda dificultad— de «custodiarlo» en ocasiones especiales.

La decisión fue meditada y calculada, pues sabía que con su decisión estaba condenando su propio discurso. Del que «su». Partido lo había obligado a ser parte y la cara visible en los últimos años. Lo sabía, como sabía que el solo hecho de volver a chocar con la mayoría e imponerse le costaría mucho más que una «prueba de lealtad».

Pero lejos estaba de esperar que precisamente quienes habían impulsado e *l viraje* permitieran que la «autocrítica» pública sólo llegara hasta el punto de convertirlo en un chivo expiatorio, mientras los verdaderos responsables de la postura cuestionada quedaron al amparo de la ignorancia general.

Por supuesto, la resistencia al proyecto de Tesis fue feroz en el Secretariado. También en la Comisión Política. La oposición estuvo encabezada, primero, por Oscar Arévalo, con un cínico «Por lo que sé, al Partido y a *la Fede* no les interesa el pasado, sino el futuro». Rubens Iscaro, simplemente disconforme, atinó a aportar un lugar común, que terminó siendo premonitorio: «Así se empieza, pero no se sabe cómo se termina». Jorge Pereyra y Luis Heller también se opusieron, aunque en la medida de su limitada capacidad argumentativa. Echegaray, que sabía cuánto peligraba su puesto de Secretario de *la Fede*, y aún de dirigente del Partido, acompañaba prudentemente; sin demasiado énfasis.

Aunque lo hizo sin demasiada convicción, hay que reconocerle a Fava que terminó inclinando la balanza para nuestro lado. Veía muchos «peligros» en la posición que le planteábamos. Influyeron los diálogos con el brillante intelectual rosarino Alberto Kohen (miembro del Comité Central, con una posición afín a la del *viraje*) y la insistente presión diaria desde mi lugar de «mano derecha». Al fin y al cabo, redactor de sus informes y discursos.

Finalmente cedió y estábamos contentos. Aun pese al planteo escasamente político-ideológico, aunque de indudable eficacia práctica, que terminó de convencerlo: hay que tomar la iniciativa y encarar en forma «preventiva» la insatisfacción de los militantes que

viene creciendo desde la derrota de 1983; a riesgo de que estalle sin cauce.

Gonzalo

• • •

Corría agosto de 1985 cuando me encontré por última vez con Gonzalo. Le traía desde Mendoza noticias cruciales para la causa que nos unía. Después de la charla, mi camarada estaba desbordante; completamente convencido de que por fin sería parte de un hecho que cambiaría definitivamente el oscuro presente de Chile, su patria.

Se me cruzaron por la mente varios escenarios. Sin tener idea en cuál acción concreta se plasmarían mis esfuerzos por colaborar con los compañeros chilenos. Definitivamente nada de lo que imaginé después de charlar con Gonzalo se asemejaba, remotamente, con la realidad.

> El general Augusto Pinochet salió ayer ileso de un atentado, cometido contra la comitiva que acompañaba al presidente chileno a su regreso a Santiago desde su residencia de campo en la localidad de Cajón del Maipo, situada a unos 30 kilómetros al este de la capital. Según anunció la televisión estatal, hubo al menos dos muertos, y varios guardias resultaron heridos. El atentado se llevó a cabo a las 18:40. El atentado fue reivindicado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), según informó la televisión de la Universidad Católica. Pinochet no viajaba en su coche, sino en uno de la escolta cuando se produjo el ataque **[50]** .

Una imprevisible casualidad, y unos metros, habían frustrado el objetivo principal de la «Operación Siglo XX».

• • •

Cuando, finalmente, se dieron a conocer las Tesis Preparatorias del Congreso, una bomba pareció estallar en las discusiones de todos los militantes del PC; en todos los niveles y en todos los

rincones del país.

La Comisión Redactora —que también lo fue del informe al *XVI Congreso* del PC en los primeros días de noviembre de 1986— la encabezaron junto a mí, Alberto Kohen y Rodolfo Nadra, autor del muy buscado comentario semanal *Situaciones*, que se publicaba en el periódico del Comité Central.

En perfecta sintonía con lo que veníamos impulsando en «el núcleo» del *viraje* hubo por primera vez una referencia autocrítica a la postura ante la dictadura.

También intentamos introducir el enfoque del «sindicalismo de liberación», una propuesta para la que nos inspiraron las charlas con mi suegro, Jorge Canelles, dirigente obrero del Cordobazo.

El «sindicalismo de liberación» suponía un enfoque de trabajo con el movimiento obrero superador de la línea histórica del partido, quebrada entre el «gorilismo» encubierto y el apoyo vergonzante a ciertos sectores de la llamada «burocracia sindical».

Con el «sindicalismo de liberación» se proponía el acercamiento a un sector al que el PC en general no había tenido acceso, sobre la base de la práctica de aquellos que, en experiencias casi únicas, sí lo habían logrado. La clave era rescatar y aprender de la oposición combativa frente los jerarcas justicialistas; la histórica resistencia de peronistas y comunistas contra los «comandos» civiles de la denominada «Revolución Libertadora» en gremios como la UOCRA de Córdoba; la prédica de Tosco sobre el «sindicalismo combativo» y la CGT de los Argentinos; y las experiencias del Cordobazo y la CGT de Atilio López.

Esta propuesta fue rotundamente rechazada por la Comisión Política cuando aprobó las Tesis. Recién prosperó mucho más adelante, en el informe final del convulsionado *XVI Congreso*.

Rodolfo

• • •

«Viejo no va más. Es una gran mentira. Está todo podrido, y

tarde o temprano se nos va a caer encima».

Estábamos a fines de 1980 y Rodolfo había regresado con su familia después de casi tres años de trabajo en Moscú. Y, en esa ocasión de charla hogareña, retomó casi con furia los planteos —en realidad revelaciones— con los que, un año antes, había intentado impedir que mi padre escribiera una de sus «obras por encargo»: *El Nuevo Hombre Soviético*.

En una escena inédita para *Nando*, para mí, e incluso para mamá, el viejo se desbordó cuando Rodolfo extendió sus críticas a la dirección del PCA: «Si es así, tendremos que empezar de nuevo», exclamó vehemente y enojado. Después abandonó el *living*, tomó un libro de su escritorio y se encerró en su pieza. Los demás le recriminamos a Rodolfo su inflexible dureza. Percibíamos, mezcla de temor y profunda tristeza, que algo se había desgarrado en el alma de papá…

Finalmente fuimos en fila a buscarlo. Rodolfo, siempre orgulloso, en último lugar. Lo encontramos leyendo *El Manifiesto Comunista* a la luz del velador; quizás una suerte de exorcismo frente a los demonios, indescriptibles, que emergían.

Cuando era niño, Rodolfo —el «hermano del medio»— siempre fue, de mis dos hermanos mayores, aquél al que sentí más cerca. Pese a que me llevaba casi cinco años —y ese carácter reservado que tenía «de fábrica» hacía difícil «leerlo»—, podía mostrar conmigo actitudes de protección y hasta cierta complicidad, que me estaban estrictamente reservadas y que siempre voy a recordar con un profundo cariño y mucha ternura. El cada tanto separar algún ahorro y comprarme las figuritas que más quería (y generalmente no había plata para pagar) o llevarme a la cancha a ver a «Boquita», y compartir juntos cánticos e insultos en la popular, entre otras de esas demostraciones, suponían mucho para un chico solitario y encerrado en sí mismo como era yo en ese entonces.

Pero Rodolfo también tenía un lado impulsivo… ¿un tanto oscuro quizás?… que era tan repentino y me hería con la misma profundidad con la que me conmovían sus actos de ternura. En un momento, ante provocaciones menores —de al fin y al cabo un nene juguetón cuando entraba en confianza— podía invadirlo un ataque de furia; y me saltaba sobre la espalda con todo el peso del cuerpo, cuando yo ya había caído al piso.

Con el tiempo y el avance de la edad, terminaría superando en altura a mis dos hermanos. Y Rodolfo, en apariencia física —los dos altos, morochos, con rasgos similares y un bigote muy parecido— se convertiría en algo así como «mi gemelo»; desconcertando en más de una ocasión a muchos y a muchas…

Cuando ya estaba en *la Fede* todavía sabía poco de Rodolfo. Como de niño, hablaba poco y sólo cuando quería. Sin embargo, observación y comentarios alimentaban en mí la sospecha de que, si bien no participaba en la militancia pública, era uno de aquéllos calladamente expertos en sofisticados saberes que nunca se hacían públicos; pero eran fundamentales. Rodolfo es periodista. Y ésa fue siempre su realidad o su cobertura en los trabajos que le encargaba el Partido.

Semanas antes de la muerte de Perón, él fue uno de los últimos en entrevistarlo, como representante de la agencia soviética TASS. En ésos ya difíciles momentos de aguas dividas, Perón no vaciló en decirle: «si los soviéticos me hubieran ayudado, yo hubiera sido el primer Fidel Castro de América». Un Perón de manual.

Rodolfo fue uno de los primeros corresponsales de guerra que entró a Afganistán en la primera hora de la ocupación soviética en el año nuevo de 1979/80. Luego, durante sus años de trabajo periodístico en Moscú, coordinó las tareas de recepción y distribución de información para denunciar los crímenes de la dictadura argentina y la solidaridad con chilenos, uruguayos y paraguayos.

Antes del inicio de la democracia —cuando todavía jamás habíamos mencionado viraje alguno— Patricio Echegaray escuchaba atónito el relato despiadado de mi hermano sobre la «la vida real en la Unión Soviética», pidiéndole «más detalles» una y otra vez.

Con palabras tan feroces como aquellas de su relato de «la vida real en la Unión Soviética», denunció en el *Diario Sur* al mismo Echegaray, a Juan Carlos Junio y a Néstor Wasaff (delegados de Patricio) en junio de 1990. Se trató de la denuncia con la que acompañó su acto de renuncia a la Dirección Periodística del matutino.

«El aparato» —del que los denunciados habían decidido pasar a formar parte— había destrozado el sueño de un diario para e *l*

viraje.

Con la corriente del *viraje*, el Partido había logrado acercar al diario a muchos luchadores insobornables que, mayoritariamente, tenían otros orígenes ideológicos dentro de tendencias afines a las nuestras: Eduardo Luis Duhalde, Rodolfo Mattarollo, Jorge Luis Bernetti, María Seoane, Luis Salinas, Oscar Taffetani, Carlos Aznárez, Carlos Polimeni, los fotógrafos Marcelo Ranea y Roberto Pera (que desenmascararon las «salidas» de Massera y Rico de prisión), Ariel Scher, Ricardo Ragendorfer o un joven Daniel Tognetti, entre muchos y buenos. (Ulanovsky, 1997).

Frustrando esos objetivos de transformación profunda, los perdió a todos. Y también una oportunidad única de cambiar el curso de la historia de la política de izquierda en la Argentina.

• • •

Las Tesis fueron finalmente aprobadas y —al momento de debatirlas en el marco de todo el Partido con miras a la realización del Congreso— todos sentimos el impacto. Alegría y esperanza se mezclaban con miedo, desconfianza y, en muchos, abierta resistencia.

Los mediocres y acomodaticios comenzaron a recitar el nuevo credo de memoria. Lamentablemente, era imposible que entendieran: eran años de repetir mecánicamente cualquier conducta oficial.

A los efectos de la acción política me encontraba, me sentía atrapado detrás de un escritorio del que no podía salir: todavía creía, o quería creer, que el cambio era posible. Y, por lo tanto, era ahora más esencial que nunca garantizar que la nueva línea se abriera paso en los discursos e informes de Fava.

Sin embargo, cada día me angustiaba más profundamente con la impotencia ante lo que estaba sucediendo, en la práctica, en todos los niveles de la militancia: los predicadores de Echegaray llevaban a cabo uno de los peores aspectos de este período; otro intento de imponer el cambio revolucionario con los viejos métodos del aparato: frustraron un debate que podría haber sido profundo, enriquecedor e inédito en las fosilizadas estructuras transformándolo en la arena de una cacería de brujas absurda y

cruel.

Alineados tras cada frase de Patricio —varias de mi autoría; sal sobre la herida— los *jóvenes Turcos*[51] o los *gurkhas*[52], en la jerga interna, reprodujeron las mañas, la intolerancia y la crueldad de los «dinosaurios»: se estaba a favor o contra del *viraje*; se era reformista o revolucionario. Con la posibilidad de «caer en desgracia» pesando sobre cada compañero, el debate real estaba cada vez más ausente. No había lugar para exquisiteces políticas y, menos aún, ideológicas.

«Dinosaurios» y *ghurkas*. ¿En qué se había convertido nuestra joven vanguardia del *viraje*?

Teníamos dos partes que se diferenciaban en edad y en referentes, pero actuaban en espejo: desde caminos distintos, ambos nos llevaban a la destrucción.

Para «los viejos carcamanes», todos los que estábamos a favor del *viraje* éramos, sin excepción «liquidacionistas». La intolerancia del aparato ya la conocíamos. Pero me torturaba que, esta vez, sin embargo, parte del grupo al que yo todavía pertenecía les estaba dando un escenario que les permitía ser más convincentes.

Porque, del otro lado, «el sello de Reformista» caía sobre cualquiera que tuviera la más ligera disidencia con las consignas que los dirigentes del *viraje* habíamos ayudado a crear. En algunos casos la situación llegaba, para algunos de nosotros, al doloroso absurdo de que jóvenes con pocos meses de afiliación descalificaran y marginaran de esa forma a compañeros que habían entregado sus vidas al Partido. Desde héroes del combate y el sacrificio hasta héroes, también, de la militancia inclaudicable durante años; aun los más terroríficos.

El oportunismo y la canallada tampoco faltaron a la cita.

Me revolvía las tripas observar cómo algunos de los más ortodoxos «guardianes de la antigua fe» —ejecutores de una y mil injusticias— se travestían *impunemente* en «cruzados del viraje revolucionario». Un simple «cambio de careta» para seguir ejerciendo su viejo y conocido oficio de sacrificar, cual herejes, a quien les conviniera.

También me resultó desgarrador ver cómo, por ajustes de cuentas personales —en casos, ni siquiera políticos— el espacio del *viraje* se aprovechaba para expulsar o aislar a tantos compañeros

que habían sido críticos de posiciones del PC durante años; que habrían sido valiosos en un debate enriquecedor y constructivo para el cambio.

En definitiva, con viejos o nuevos ropajes, «el aparato» seguía protegiéndose a sí mismo.

Patricio

• • •

—Alberto, ¡volvieron los camaradas del primer contingente! —anunció Patricio exultante.

Estábamos tomando mate en su casa de Floresta cuando me anunció estas últimas nuevas sobre un grupo de compañeros que había concurrido a combatir en Centroamérica contra las persistentes zarpas de las dictaduras que aún se perpetuaban en algunos países.

—¿Los que estuvieron en el frente? —pregunté con interés.

—Si pero más que eso —rectificó con una amplia sonrisa mientras pensaba, quizás, que me revelaría «la mejor parte de la noticia».

—Ahora son expertos en interrogatorio «a cuchillo» —aclaró.

Ya habíamos tenido cortocircuitos. Al escucharlo hablar de ese modo me recorrió un violento escalofrío. ¿En qué se estaba transformando uno de mis mejores amigos en ese entonces?

Pensando a mayor escala, ¿en qué se estaba transformando uno de los principales líderes del Partido, con una popularidad creciente que, sin embargo, se extendía entre una de las peores partes de un PC que se estaba fragmentando?

Creo que, en ese mundo propio en el que parecía estar internándose cada vez más desde que se convirtiera en la cara visible del *viraje*, Echegaray pensó que aquellos cortocircuitos entre nosotros se recompondrían si me compartía una información reservada. Triste… Pensó, quizás, que mis enojos cada vez más frecuentes, mis recriminaciones y mi humor sombrío respondían a una cuestión de ego.

Lejos del resultado que él esperaba, estallé. La indignación era casi incontenible y, desconcertado, Patricio balbuceó algunas explicaciones para calmarme.

Pero no había vuelta atrás. Algo fundamental y muy profundo, se acababa de romper definitivamente en nuestra relación.

Gloria Espejo, su esposa y amiga entrañable, escuchó los gritos y quiso detenerme cuando bajaba rápidamente los escalones hacia la puerta de salida. Me ofreció quedarme un rato, charlar sobre Leonor y nuestras hijas; de Juan Bautista y Hernán, a quienes aún considero mis «sobrinos».

Gloria, querida amiga, ¿cómo podía intentar explicarte en ese momento?

• • •

Era claro: pese a todos los esfuerzos, las consignas que respaldaban I *l viraje* se habían desvirtuado. El proceso había perdido su cauce.

Pero el planteo del *viraje* se había colado en la estructura del Partido y en las Tesis del Congreso ya aprobadas por el Comité Central. No podía ser ignorado ni por sus más acérrimos opositores. Oscar Arévalo —un cuadro menor de los soviéticos antes que de su partido— optó por una oposición violentamente sincera. Y fue arrollado.

De modo que la estrategia del opositor al *viraje* tenía que ser una especie de *gatopardismo*. Cuando, por ejemplo, Pereyra —con el guiño de Fava— trataba de ganarse a los viejos cuadros desplazados o malheridos por los arrebatos de los *gurkhas*, para incidir en la pulseada, su discurso y su conducta combinaba los peores elementos de la «mística del *viraje*» (entre ellos, esa reivindicación acrítica de la figura del Che y las posturas más extremas de la izquierda revolucionaria, que estaban cada vez más lejos de su tiempo histórico) con las viejas fórmulas, métodos y alianzas.

No fue el único. Y el Partido lenta, pero inexorablemente, fue convirtiéndose en un engendro. Ya no era la fuerza tradicional que —pese a todos sus errores— tenía por delante unos pocos años de incidir en la realidad, y nos había mantenido aglutinados con las

diferencias punzantes, pero acalladas hasta ese momento. Pero estaba muy lejos de ser la nueva fuerza de izquierda transformada con la que habíamos soñado.

En lo personal, pese a que la situación a mi alrededor empeoraba cada día, conservaba esperanzas de que pudiera revertirse. Quería pensar que, de alguna forma, luchando como lo había hecho toda la vida —en el ámbito donde lo había hecho siempre; donde me había desarrollado como militante y como dirigente— podía torcer el curso que estaban tomando los acontecimientos.

Echegaray —consciente de que la atomización avanzaba y podía tornarse irreversible— optó por el peor de los caminos: pergeñó y nos vendió el llamado «Viraje en Unidad». Una especie de «parate» a las «purgas», que ya había acordado con Jorge Pereyra, en un viaje a la casa donde veraneaba en la playa. Parecía un criterio razonable en medio de tanta confusión y desacuerdos.

Tarde, recién mucho después recordé aquella escena de *El Padrino I*, cuando Don Corleone (Marlon Brando) le dice a su hijo Michael (Al Pacino), en esa excepcional escena en el jardín de la casa paterna, luego de asesinato de su hijo Santino, *Sonny* (James Caan), refiriéndose a los amigos más leales de la familia: «… el primero que en el entierro te ofrezca un trato con Barcini será quien te traicione…».

Molesto, pero aún confiado, el mismo día que Patricio nos transmitió «el acuerdo», le advertí —y a los otros compañeros que conformábamos una suerte de «Comisión Política paralela»— que ese trato sólo debía implicar cambios en la conducta, en los modos; nunca en las posiciones políticas.

No se podía acordar con quienes, lo sabíamos claramente, no querían saber nada del *viraje*. Hacerlo resultaría una trampa mortífera para los anhelos de cambio e, incluso, la supervivencia del propio partido.

Pero fue eso lo que sucedió: Echegaray, en efecto, acordó con lo peor del viejo aparato para garantizar su supervivencia y las posiciones de su grupo de incondicionales. Su prédica sobre e *l viraje* se convirtió en una mera apariencia exterior.

Su postura pasó a ser la del engendro en que se estaba convirtiendo el Partido: más Che, una publicidad oportunista y

equivocada de adiestramiento y misiones militares (cuestiones que siempre habíamos mantenido en secreto porque era lo más prudente), palabras rimbombantes y sin ninguna solidez, no ya teórica, sino simplemente política.

Un punto clave de esta nueva línea —mezcla de conservadurismo aparatista y una irracionalidad política que se ataba a las tendencias más fallidas de la izquierda revolucionaria— fueron sus encuentros bilaterales con Enrique Gorriarán Merlo en La Habana. No los consultó previamente con el Comité Central.

Cuando en una reunión del Comité Central empezamos a discutir nuestra posición ante el frustrado intento de copamiento a La Tablada por el Movimiento Todos por la Patria (MTP), le exigí explicaciones sobre esas recientes charlas en Cuba. Con soberbia creciente, ignoró la pregunta, y nunca dio una respuesta sobre los objetivos o el contenido de esos intercambios.

Lo cierto es que, a las pocas horas de finalizada la reunión, el diario *La República* de Montevideo, publicó un comunicado del MTP, en la que se acusaba a Patricio Echegaray de «traidor», aunque sin dar mayores explicaciones.

El fin del comienzo

• • •

> —Patricio, iniciaste un camino que está liquidando nuestros mejores sueños. Y ahora lo vas a sacralizar. Con eso no sólo vas a terminar de matarnos los sueños; vas a destruir al Partido. No te puedo permitir esto. Esta vez te voy a enfrentar en público.

El día, tormentoso, era tan malo como la conversación de aquel marzo de 1989. El *XVI Congreso* había llegado y concluido hacía tres años. La situación del PC, lejos de mejorar, empeoraba. Aunque en ese momento sólo unos pocos parecíamos darnos cuenta.

Había concurrido a una reunión con Patricio que Francisco *Cacho* Álvarez había organizado para que «limáramos las asperezas», en un lugar neutral: su propia oficina en la redacción

del semanario *Qué Pasa*. Pero Patricio lejos estaba del punto en que reflexionar autocríticamente todavía era una opción.

Mis palabras —si bien, no livianas— desataron un ataque de ira. Se me acercó con toda la intención de «agarrarme» a trompadas.

> —Mirá, pendejo —me increpó con *Cacho* sosteniéndolo para tratar de evitar la pelea, e invocando una autoridad que supuestamente se derivaba de ser cinco años mayor que yo—, no me podés decir eso —agregó levantando más la voz—. Fava y Pereyra tienen el poder —se refería al control sobre las finanzas y las armas—. Vos estás con bronca por tu viejo, pero ahora no lo podemos defender.

El «Viraje en Unidad», en efecto, necesitaba sacrificar a Fernando Nadra colocándolo en la mira pública como «EL» responsable de la posición del Partido ante la dictadura. Y eso fue sólo el comienzo. Al momento de esta discusión que tenía con Echegaray, mi padre ya tampoco pertenecía al Secretariado ni a la Comisión Política.

Era cierto que tenía bronca. Pero ése no había sido el motor de mi «amenaza política».

De todos modos, la frase me tomó por sorpresa. Había un pasado que unía a mi viejo con Patricio. Encontraba especialmente difícil de creer que incluso todo aquello ya no tuviera valor alguno para Echegaray.

> —¿Cómo que no podemos? —pregunté mientras trataba de ordenar mis pensamientos.

Silencio. Era cierto, entonces…

> —Él te salvó cuando te acorralaron y te querían expulsar —le recriminé con la vehemencia del enojo profundo—. Cuando todos los días llegaban al Secretariado grabaciones y fotos tuyas para justificar que te sancionen. Él fue el único que te defendió. Y encima también abrió paso a la línea del *viraje*. Fue mi viejo el único de los históricos que puso la cara con las primeras propuestas. Está bien que se haga cargo de lo que le corresponde. Pero contémosle a los compañeros la historia completa. Vos te comprometiste a que iba a ser así; y ahora te hacés el boludo y lo sacrificás para santificar tu alianza con los jefes del viejo aparato. Nos estás traicionando.

Esta vez la reacción de Patricio fue la de una mirada gélida.

—Está decidido Alberto —me informó sin un dejo de la calidez que nos había unido alguna vez; como si le hablara a un necio con una causa perdida—. Los muchachos están conmigo y no te van a acompañar. Te vas a quedar solo —agregó y remató su anuncio con una mirada de reojo a *Cacho*, quien bajó la suya—. Ya hablé con Jorge y avanzaremos sin vacilaciones: el 14 de marzo yo paso a ser Secretario General, Fava Presidente, y Pereyra sigue en el Secretariado. No nos vamos a jugar todo *el viraje* por un hombre.

Ya estaba. La información que hacía meses me había compartido Juan Carlos Scarpatti —ex Comandante Montonero, fundador del Movimiento 26 de Julio, secuestrado, baleado y fugado— y que me había impulsado a plantearle un enfrentamiento público quedaba confirmada.

—¿Qué hombre? —exclamé—. Mis diferencias políticas y éticas son mías. Lo eran desde que te escribía los discursos a vos. Así que no me corrás con ésa, porque no te hablo como hijo. Me duele lo de mi viejo como te tendría que doler a vos; pero, claro, al final lo usaste como a todo el mundo. Yo soy tan dirigente del *viraje* como vos. En realidad más, aunque se sepa poco porque decidimos que vos seas la cara visible. ¡Y esto que hacés, no lo hacés por *el viraje*! ¡Del *viraje* te olvidaste cuando traicionaste el juramento ético que hicimos y te aliaste con lo peor!

De nuevo casi lo tenía encima. Y lo cierto es que yo también tenía ganas de cruzarlo. No me enorgullece esa violencia, pero con 37 años, 24 de ellos de vivir para el Partido, estaba siendo testigo de deslealtad, de traición, del comienzo de la destrucción de mis sueños y construcciones de toda la vida. Era protagonista de una verdadera pesadilla.

Cacho, como otras varias veces nos separó. Pero yo seguía gritando:

—Se ve que siempre traicionaste a todo el mundo. Renunciaste al pacto de honor con *Nando* para recuperar los millones y millones de dólares que se robaron, y roban, los testaferros de empresas líderes que nombró Codovilla. Después, en el 85, aceptaste mandarlo «al muere» a Rubens (Iscaro) dejándolo que hable en Ferro, cuando me acusaste de alarmista porque te advertí que el discurso era tan malo que lo iban a enterrar; y encima lo mandaron a hablar igual, pese a que el tipo lo había enviado por escrito para que se lo corrigieran. ¡Son todas infamias! Sólo falta que salgas a decir que Fava, Pereyra y Heller fueron los artífices del viraje.

> —¡Pendejo de mierda! ¿Quién te creíste que sos? Te voy a cagar a trompadas —vociferaba—. Entendélo de una vez: Fava y Pereyra son los que tienen el poder; no vos, y menos tu viejo. Hicimos lo que teníamos que hacer, y si realmente son revolucionarios, ustedes se tienen que callar la boca.

No recuerdo cómo respondí a esa frase perversa, tremendamente cínica y hasta cruel, considerando a quién se la estaba dirigiendo. Pero algunos golpes se filtraron.

Para ser justo con *Cacho*, debo admitir que sufría lo suyo. No sólo habíamos atravesado juntos situaciones de vida y muerte. También habíamos compartido el protagonismo decisivo de todo el proceso.

Sabía el real papel que había jugado cada uno. Pero, también, y eso finalmente primó en su silencio, era consciente de que estaba presenciando una situación de la que también podría ser víctima.

Ni él, ni Enrique Dratman, ni Ernesto Salgado ni Eduardo Sigal estaban de acuerdo con los cambios. Pero todos guardaron silencio.

• • •

Mi pelea con Patricio fue prólogo de una suerte de «Inquisición» en contra de Fernando Nadra.

En una carta que dirigiera en secreto a Echegaray, apenas finalizado el *XVI Congreso* en 1986, Fernando había ofrecido renunciar «serena, privadamente, sin ruido» al Comité Central, para ser «un afiliado más». Tres años después, en los días previos al 14 de marzo —la fecha en que se «discutirían» los cambios de autoridades que Patricio me adelantó en aquella pelea— mi padre pidió una discusión abierta; una respuesta a ese tiempo ya insoportablemente largo de esperar pacientemente respuestas de la Comisión Política a sus cartas con sugerencias, advertencias o pedidos de explicaciones.

Fernando seguía creyendo en el Partido; en el invencible topo de la historia, que más allá de avances y retrocesos, nos llevaría a buen puerto; repararía los errores; sanaría las heridas.

¡Qué equivocado estaba!

El 14 de marzo de 1989 se cambió unilateralmente el temario del Comité Central para armar la farsa de «recibir» y «escuchar»,

finalmente, a Fernando. En realidad actuó como una especie de tribunal en el que —después de hacerlo hablar una vez más—, Fava, Pereyra y Echegaray, entre otros, lo acusaron de «personalista» y «fraccionista».

Con notable cinismo, negaron —y posteriormente ocultaron meticulosamente— el destrato al que lo habían sometido: la prohibición para escribir en la prensa o las revistas partidarias; de acudir a entrevistas periodísticas, gráficas, radiales o televisivas, como había hecho toda su vida, al menos en los períodos legales. Tampoco se difundieron sus notas sin respuesta al Secretariado o las, similarmente tratadas, cincuenta carillas de preocupaciones, reflexiones y propuestas que, en 1988, envió a los miembros de la Comisión Política.

Como para no dejarle ningún camino de salida —y para neutralizar la disconformidad que ya había despertado el rumor de los futuros cambios— los operadores del «Viraje en Unidad» se encargaron de que un conocido matutino porteño publicara, ese mismo día, que «el histórico dirigente Fernando Nadra quiere ser Presidente y se opondrá a la designación de Fava».

La mayoría de las 28 intervenciones de ese «linchamiento» político (reconstruidas con amarillentos y ajados apuntes de la época) evidencian haber sido preparadas meticulosamente de antemano.

Las frases cargadas de exagerada vehemencia acerca de lo «monolítica» que era la unidad del Partido; de lo «revolucionario» del camino emprendido; y del «gran papel» jugado por Echegaray, Fava y Pereyra aparecen como, sencillamente, patéticas.

Está entre lo trágico y lo cómico que quienes pronunciaron esas palabras fueron los mismos que, un año más tarde, integrarían diversas corrientes y fracciones que fueron perseguidas y sancionadas por «las nuevas autoridades» hasta el punto en que abandonaron el partido.

Ya en otra etapa, en 1994, la situación del PC llegó al punto de que un sector importante de quienes quedaron en el Comité Central consideraron seriamente la exigencia de Carlos *Chacho* Álvarez de disolver el propio Partido para transformarse en corriente interna del Frente Grande (FG).

El chantaje macartista de Álvarez —la disolución del PC y la

persistencia como «corriente» era requisito para seguir integrando el FG— estaba relacionada con su opinión absurda de que la militancia era un «concepto terminado» en la Argentina, y que la política se producía, en los 90, a través del contacto supuestamente directo entre la gente y los dirigentes, a través de los medios masivos de comunicación. Si bien el PC se negó a disolverse, las divagaciones del improvisado «visionario» arrastraron a una parte del Comité Central de la época; incluidos varios ex*ghurkas*.

El Partido, empobrecido en todos los sentidos, ofrecía cada vez menos. Echegaray estaba ciego. Siguió su camino entre las ruinas; cada vez más solo, repitiéndose sus propias verdades, como para no olvidarlas.

En declaraciones publicadas por Isidoro Gilbert reiteró con cultivada malicia la falsa versión de que «… quisieron usarnos para escalar (¿?) y dirimir cuestiones internas. Fue el caso de Fernando Nadra, de su fuerte contradicción con Agosti, con Fava» (Gilbert, 2009: p. 495).

Insólito *lapsus*. Agosti había enfermado mucho antes de que comenzara a hablarse del *viraje*. De hecho, falleció en 1984. Sobre él, Echegaray solía hablar con desprecio cada vez que tenía oportunidad: «fue apenas un socialdemócrata, un reformista», eran sus soberbias palabras.

La infamia en el Comité Central aquel 14 de marzo tuvo un final cantado: la separación de Fernando de ese cuerpo colegiado. El texto de la resolución indicaba que «se le asignará una nueva tarea».

Un año después de sancionarlo, el 14 de marzo del 90, aquellos «cruzados de la revolución» no le habían asignado ninguna. Esperó exactamente esos doce meses. Renunció el mismo día en que se cumplieron.

El alejamiento del Partido nunca fue —no podía serlo para semejante personaje— una renuncia a sus ideales ni a su vida política: redobló sus escritos, sus reuniones y sus discursos. Enfrentó un cáncer, tejió alianzas y trazó planes para el futuro.

Pero la herida era profunda e irreparable. Murió de tristeza, el 22 de agosto de 1995. Mi vieja lo siguió después, en una suerte de continuidad de esa fidelidad mutua que se profesaron toda la vida.

Por mi parte, opté por obedecer a un mandato de mi conciencia: no me iría del Partido hasta no estar convencido de que ese Comité

Central escuchara la verdad, y toda la verdad, sobre la historia y la muerte del *viraje*, de boca de uno de sus fundadores.

Pasé un año manifestándole al Comité Central crítica tras crítica ante los graves errores que se estaban cometiendo. Intentaba convencerme a mí mismo de que, de este modo, lograría que nadie «tuviera cara» para excusarse —como lo habían hecho en el pasado— con el argumento de que no sabían lo que pasaba; que se habían ocultado cosas; que no se había decidido teniendo en cuenta todo el cuadro general, todos los elementos.

Pero lo cierto es que el panorama era desolador. La formación teórica y práctica del nuevo Comité Central era, como mucho, rudimentaria. Y sus miembros carecían tanto de la capacidad como —sobre todo— de la voluntad de producir una relectura creativa, latinoamericana y nacional del marxismo.

Tampoco yo podría haberlo logrado solo. Pero al menos no estaba empeñado en hacer la vista gorda para conservar un retazo de poder que sabía que, en definitiva, terminaría por escurrirse como arena entre los dedos.

El comienzo del fin

• • •

Me dolió mucho aquel momento en el que *Cacho* bajó la mirada ante la afirmación / pregunta de Echegaray acerca de mi carencia de apoyos.

Pero para el propio *Cacho* fue fatal. A Echegaray no le bastaba con una aceptación silenciosa. Le impuso una «prueba de lealtad»; un «encargo» que luego lo torturaría por años.

A principios de abril —cuando se acercaba la nueva fecha para el recambio de autoridades en el Comité Central— recibí un llamado suyo. Me dijo que tenía que hablar conmigo.

Nos encontramos en un bar, en Acoyte y Avellaneda. Allí me advirtió que si enfrentaba al nombramiento de Fava como Presidente, y la ratificación de Pereyra, estaba «condenado».

—Alberto, vos sos uno de nosotros —me dijo, y creo recordar sus ojos húmedos.
—Si te oponés, te vamos a pegar a tu viejo y se terminó tu carrera política. Todo lo que valés, todo lo que hiciste, lo vas a tirar a la basura.

Fue la primera amenaza con peso político y otro producto de los, cada vez más frecuentes, desequilibrios de Echegaray.

—No, *Cachito* —respondí con forzada paciencia—. Apoyar la locura de ustedes sería tirar todo a la basura. Voy a actuar según lo que creo. Ustedes hagan lo que quieran. Vos, por ejemplo, pensás parecido a mí, pero no querés que te apliquen la misma medicina.

Calló. Meses después mi amigo se encontró él mismo ante esa encrucijada. Y esa vez se rebeló. Después de cruzadas amenazas y discusiones, renunció al Partido. Y a todo.

• • •

Para el 11 de abril —la nueva fecha en la que el Comité Central elegiría sus autoridades—, todas las intervenciones principales habían sido cuidadosamente diseñadas para transmitir una defensa acérrima de los candidatos y «pegarle a los Nadra».

La convocatoria oficial proponía un debate de «El sistema y método de dirección del Partido». Pero la realidad era otra, la que venían anunciando desde los diarios y hasta dirigentes comunistas de otros países, pasando por fuerzas políticas locales. Nadie se ofendió por ese «ninguneo».

Desde Alberto…

• • •

El antiguo y señorial edificio de la calle Entre Ríos 1033 no tenía secretos para mí.

De niño, en los cortos períodos de legalidad —mientras mi padre concurría a reuniones que se extendían desde la mañana hasta la noche— yo insistía en acompañarlo para explorar todos los

recovecos.

Descubría «secretos», tesoros para un nene chiquito: una puerta a ninguna parte, un rincón del subsuelo con cachivaches, la fortificada entrada a la terraza, el mecanismo de seguridad para abrir y cerrar las puertas del garage por el cual entraba y salía el Secretario General.

Con el tiempo, servía mate o café a los camaradas mientras discutían, henchido con el orgullo de que depositaran su confianza en mí; de estar siendo una parte —aunque fuera chiquita— del proceso que llevaría a la Revolución.

• • •

Pero ese 11 de abril, casi treinta años más tarde, las paredes del local me resultaban sorprendentemente extrañas; frías; ajenas. Como si ya no fueran mis amigas de la niñez; o con más precisión, como si alguien me las hubiera arrebatado para siempre.

Todavía me irrita recordar los melosos términos con que se justificó la designación de Echegaray como Secretario del Partido, el impresentable encumbramiento de Fava como Presidente —con intervenciones que enfatizaban su carácter representativo de la «continuidad de los viejos cuadros» y de las relaciones con el Movimiento Comunista Internacional. Y, claro, Pereyra se ganó algunos años más en el Secretariado.

Pedí la palabra casi inmediatamente, en una ilusa convicción de que la fuerza de algunos argumentos —y las revelaciones sobre la verdadera historia de los últimos años— incidieran en el debate.

Denuncié el oportunismo y hasta la falsedad de la propuesta: lo de Patricio no era más que la formalización de una situación que se había instalado de hecho mucho tiempo atrás; con Fava y Pereyra pasaba lo mismo, pero, encima, era injustificable: ninguno de los dos tenía verdadera voluntad de producir ningún cambio. A los tres les faltaba solidez teórica. En el caso de Fava era tan visible que daba vergüenza ajena.

También denuncié que se estaba repitiendo la vieja historia de «promover» gente para que no moleste. Una práctica que califiqué no sólo de moralmente reprochable, sino como medio de sembrar mentiras y confusiones entre los compañeros.

Como muestra de los cambios del *XVI Congreso*, le íbamos a decir a los camaradas que Luis Heller había abandonado su puesto de Responsable Sindical en el Secretariado por razones de salud, cuando todos sabíamos que la realidad era que ya nadie podía defender los extremos reaccionarios a los que llegaban sus posiciones en lo sindical. La verdad era que había trabado todo intento de avance. Pero, claro, eso no se decía. Como «premio» se lo enviaba a Cuba, y en calidad de «vocero del *viraje*».

Pregunté a la Comisión Política —pero mirando a mis compañeros de lo que había sido ese intento de transformación— si iban «a seguir ocultando la resistencia de Pereyra y Fava a cada paso que dimos». A las Brigadas a Nicaragua; a que rescatáramos una sola Virtud del Che; al planteo de unidad de la izquierda; y a la autocrítica sobre cualquier tema: desde la forma de encarar el trabajo sindical hasta el nefasto apoyo a Herminio Iglesias. En rigor: a todos los conceptos políticos básicos del *XVI Congreso*.

> —¿Te acordás Patricio —lo increpé mirándolo fijamente— cuando en la Comisión Política dijeron que podían acusarnos de guerrilleros?

Y, a continuación, enfrentando a «los nuevos» de la Comisión Política, mis viejos compañeros en el plan del *viraje*:

> —¿Camaradas, olvidan que se los advertí en las reuniones del *núcleo*, antes del Congreso, cuando Patricio nos planteó acordar con Pereyra el «Viraje en Unidad», en la vieja casona del *Qué Pasa*?

Esperando conmover las mentes detrás de esas miradas impávidas o esquivas, volví a plantear, pero esta vez en público, cuál era la verdadera situación del Partido; la necesidad de una verdadera transformación: hasta ese momento se venía tratando insuficientemente de mejorar la relación entre ideología y política; pero en ese momento había que encarar, aun con más seriedad, la cuestión de la relación entre metodología y política.

Ése era el debate verdadero, la discusión que teníamos que estar realizando. Porque había que definir una línea en relación a ese tema. La elección de la cúpula del Partido a través de la cual esa línea se ejecutara tenía, necesariamente, que ser un paso posterior; consecuencia de las intervenciones y conclusiones de ese debate pendiente.

Pero no sirvió de nada. Tuve que escuchar con dolor cómo

camaradas —que más tarde que temprano habían emprendido el rumbo de cambios iniciados con las Tesis— ahora ignoraban argumentos y hechos concretos; incluso algunos que hasta ese momento desconocían.

En su lugar afirmaban a los gritos que «sin Fava no es posible», o que «Patricio debe ser el jefe político de la izquierda; de hecho ya lo es»; que «el mensaje de este Comité Central no es sólo de cambio; es de continuidad; es de consolidación del *viraje*».

Mientras pensaba en preguntar *¿qué viraje vamos a consolidar cuando no lo empezamos nunca?*, alguien tiró un insólito «está bien que Pereyra maneje una policía interna».

La mayoría de quienes hablaron con semejante énfasis el 11 de abril de 1989, hace muchos años que abandonaron el PC. Al momento de la primera edición de este libro, en noviembre de 2012, creo que de la Comisión Política de ese entonces quedaban sólo dos. De los 100 miembros del Comité Central, no más de una decena.

Y es que los sepultureros no sabían que enterraban sus propios cuerpos y, con ellos, parte de su alma. Aunque, convencidos o no, gritaran «triunfo» o «revancha».

La advertencia que me transmitiera *Cacho* se concretó: la propuesta se aprobó sin abstenciones, con sólo dos votos en contra: Fernando Nadra (todavía sin sanción) y Alberto Nadra.

Faltaba el cierre. Las intervenciones, a tono con el nivel intelectual de ese Comité, fueron pobres. Y Patricio imaginaba, necesitaba, un final definitivo; ejemplificador.

> —Acepto la responsabilidad que me dan y la acepto con su carga individual y colectiva —declaró con su cada vez más frecuente tono de impostura teatral.

Luego, se dirigió directamente a mí, aunque sin nombrarme:

> —El enfoque planteado sobre la relación ideología/política y metodología/política es reduccionista y antidialéctico, al igual que la descalificación del «Viraje en Unidad» que acabamos de escuchar.

Otro de sus mandobles en mi contra, sería el futuro el que le demostraría que caería con todo su peso sobre él mismo:

> —Se habló de verdad. Si vamos a hablar de verdad, hay que hablar del rol de Jorge. Ya voy a hablar de lo malo de mí, pero lo bueno que tengo tiene

que ver con una política de cuadros, y en esa política de cuadros el rol principal lo jugó Jorge.

Siete años después, Jorge Pereyra abandonaría a Echegaray en el barco naufragado del PC, para buscar nuevos rumbos con la fundación del *PC Congreso Extraordinario* (1996).

—Fava y Jorge se autotransformaron —siguió hablando Echegaray en un discurso que desbordaba los límites del asombro—. En la historia se los recordará junto a Marcelo [Feito, héroe de *la Fede*, caído durante un combate en El Salvador], Steimberg y García [conscriptos comunistas mártires, secuestrados y asesinados por Reynaldo Bignone].

—El *viraje* en realidad tuvo tres vertientes, tres cabezas, Athos Fava, Jorge Pereyra y la camada joven que se simbolizó en mí. Estamos orgullosos de haber cuidado esta relación, que es una relación útil para la revolución. Y en esto voy a hablar claro: sin Athos Fava no se podía. Otro podría decir que sin mí tampoco. Yo repito: mejor con todos; pero sin Fava no. Ellos podrían haber fracturado el partido.

Bueno, a confesión de parte, relevo de pruebas: no había viraje; había «unidad» con Fava y Pereyra porque tenían «el poder».

Pero, como si ya no sobrara, había más: el flamante Secretario General del *viraje* del PC nos «ilustró», para su futura vergüenza:

—Yo me jacto —y de nuevo me miró con uno de sus gestos teatrales— de no haber hablado nunca de *aparatismo*, porque sería reconocer que no tenemos proyecto político. Es desconocer qué es *el viraje*.

Y remató con lo que había estado preparando desde el principio:

—Este dogmatismo nos lleva a abordar un fenómeno gigantesco como *el viraje* con las vivencias personales y esto conduce al personalismo. ¿Qué harían ustedes si yo les explicara aquí lo que hice por *el viraje*? No sé qué harían ustedes. Sé lo que yo creo que tendrían que hacer: sacarme a patadas.

Listo: todos los problemas político-ideológicos «resueltos». Y si alguno tenía dudas, existía la advertencia del flamante Secretario de que habría que «sacarlo a patadas».

Una vez santificado su trío —junto a Pereyra y Fava como los próceres del *viraje*— cualquiera que se atreviera a proclamar que era falso, de toda falsedad, se convertía inmediatamente en personalista.

Fernando Nadra, obvio, era personalista.

Ahora, Alberto también.

El pasado que renace: sancionado

• • •

Abril, mayo y agosto, fueron agobiantes.

Sin embargo, el apoyo de muchos militantes que se negaban a creer todas las falsas acusaciones en mi contra que —a diferencia de mi intervención en el debate— circulaban entre todos los militantes, evitó que «las nuevas autoridades» avanzaran un paso más.

Para eso esperaron hasta casi el final del invierno, cuando me excluyeron de la dirección del periódico del Partido, con argumentos oficiales y semioficiales de los que me enteré a través de varios medios de prensa comerciales, ya que nadie se acercó en persona a anunciarme la decisión.

Estaba sancionado.

¿Tendría que devolver las condecoraciones en el país y el extranjero? ¿Incluso la «Orden Jorge Calvo», máximo reconocimiento de la Federación Juvenil Comunista (FJC) al mérito ante la organización?

Respondí con una carta, que luego también envié a la prensa.

• • •

Carta a Patricio Echegaray

Buenos Aires, 29 de agosto de 1989.

Ante versiones aparecidas en diversos medios, según las cuales he sido sancionado con motivo de la polémica desatada en la dirección con Fernando Nadra, debo aclarar:

1.-Es inexacto que mis posiciones políticas sean un reflejo de las de mi padre, con quien mantengo coincidencias y discrepancias, como es lógico entre compañeros. Ambos somos miembros del Comité Central del PC por decisión de su *XVI Congreso*, en cuya preparación y la redacción de las tesis fundamentales tuve activa participación.

2.-Desmiento que mis disidencias con la cúpula partidaria tengan origen familiar o partan de la posición ante el gobierno de Menem, con el cual no tengo ninguna coincidencia.

Mis diferencias, muy por el contrario, comencé a manifestarlas hace más de tres años, y se fundan en el rechazo a una concepción autoritaria y elitista del Partido, de la elaboración de sus posiciones y de la toma de decisiones, de las cuales se margina al grueso de la dirección y a la militancia. Debemos «recibir» los informes y «enterarnos» de las decisiones.

Esta vieja concepción explica, también, cierto resurgir de la antigua soberbia y del hegemonismo en la acción política, y sus principales exponentes —aunque no exclusivos— en el pasado y en el presente son Athos Fava y Jorge Pereyra.

Por eso en una reunión del CC me opuse y voté en contra de su designación como Presidente, en el primer caso, y su ratificación como Secretario de Organización, en el segundo.

3.-El CC aprobó casi por unanimidad la propuesta y acaté la voluntad mayoritaria, sin por eso renunciar a mis opiniones. Mientras discutía estos temas con el Secretariado Nacional, este organismo decidió nombrar un nuevo Director del semanario del PC, *Qué Pasa*, sin consultarme y ni siquiera informarme previamente. Les toca a mis compañeros juzgar la justeza de la decisión y la metodología con que fue adoptada y aplicada.

4.-Seguiré defendiendo mis posiciones en el seno del CC, pues éste es el mandato del *XVI Congreso*, del cual todos tendremos que rendir cuentas ante el próximo Congreso partidario.

Te saluda

Alberto Nadra **[53]**

Aclaración para *Qué Pasa*

• • •

Por supuesto, era demasiado soberbio para enviarme una carta de respuesta. Unos días más tarde leí una nota en el periódico partidario, donde —sin mencionar carta alguna— me calumniaban con desparpajo. De modo que envié la siguiente aclaración, que tampoco fue publicada ni contestada.

• • •

Buenos Aires, 4 de septiembre de 1989.

Compañeros de *Qué Pasa*:

Lamento verme obligado a aclarar conceptos inexactos deslizados en el artículo «Cable de DYN. Opiniones de Alberto Nadra», tal vez por desconocimiento, o quizá por mal asesoramiento.

Me sorprende dolorosamente que se afirme —incluso se titule— que la Dirección Nacional se enteró de mis opiniones por la agencia DYN.

Ante todo por una razón formal: el primer lugar donde entregué mi carta —por convicción, y porque 25 años de militancia así lo aconsejan— fue en el local del Comité Central, Entre Ríos 1039, en forma personal, a primera hora de la mañana del día 29 de agosto, lo que es fácilmente comprobable.

Pero la sorpresa y la pena son mayores por una razón de fondo: mis discrepancias con el contenido del llamado «viraje en unidad» —que, a mi juicio, después del *XVI Congreso* se convirtió en una conciliación con lo peor de la vieja metodología aparatista, autoritaria y elitista para la elaboración de la línea y la toma de decisiones— son conocidas por la dirección desde hace tres (3) años.

Incluso los planteé extensamente en el Comité Central de abril pasado, para fundamentar mi voto contrario a la designación de Fava como presidente y a la ratificación de Pereyra como secretario

de Organización, lo que interpreté como la consolidación y legitimación formal de ese rumbo. Precisamente ellos, cuando decenas de cuadros y probados militantes son injustamente relegados.

Eso es lo que señalo en mi carta, que adjunto nuevamente y, espero, publiquen junto con ésta para que el partido no se quede con la versión de «los medios del sistema», que tanto les preocupa, pero es la que ustedes reflejaron en el último número de nuestro semanario.

El artículo, con un novedoso uso del poco aconsejable condicional —«tendría», «decía mantener», «incluiría»— admite y a la vez, contradictoriamente, pone en duda el conocimiento de la existencia de estas divergencias.

Tal vez se deba a un inexperto uso de este equívoco recurso idiomático, pero lo cierto es que se oculta a la militancia que el CC conocía estas opiniones, y el Secretariado Nacional con mucho más detalle, incluyendo en este último caso mi indignación por la forma en que se designó el nuevo director de *Qué Pasa*; algo que no puedo sino interpretar como una sanción encubierta por las opiniones críticas que siempre expuse franca y orgánicamente.

Quiero aclarar que no cuestiono la decisión del Secretariado Nacional de nombrar un nuevo director de *Qué Pasa*. Cuestiono, sí, que se haya efectuado la designación mientras debatía con ese mismo Secretariado mis opiniones. Sin consultarme y ni siquiera informarme con anterioridad a la reunión del CC, pese a que todavía era, les gustara o no, el director del periódico. Insisto que «les toca a mis compañeros juzgar la justeza de la decisión y la metodología con que fue adoptada y aplicada».

Es hora de hablar claro en el Partido, y no ocultar a la militancia nuestras opiniones, para que juzgue y saque sus propias conclusiones, sin que ello melle la disciplina ni el acatamiento de la decisión de la mayoría; eso se verifica en la práctica y no en el ocultamiento del debate. No pienso, en este caso —como pasó con la «convergencia cívico-militar» y tantos otros temas— callarme las disidencias y en el futuro tener que bajar la vista cuando la militancia pregunte: «¿Y por qué no hablaste antes?».

Me dirigí a mis camaradas con esta convicción, y como obligada respuesta a una generalizada y falsa «información» partidaria,

orgánica e inorgánica, según la cual «pidió licencia», esta «muy enfermo» o «desestabilizado por lo del padre», información que sugestivamente fue reproducida en versiones de distintos diarios y revistas «del sistema».

Terminemos con la muletilla condenatoria del llamado «daño al partido» y la «utilización por el enemigo» que repite la nota que publicaron. Ése fue uno de los principales argumentos con los que —especulando con el justificado espíritu de cuerpo ante tantos golpes y heridas provocados por la persecución— se ocultaron durante años los errores y las injusticias en el seno del PC. Es el mismo argumento con que se pretendió frenar la autocrítica del *XVI Congreso*.

«La verdad es una espada que cura las heridas que produce», decía Lenin. Y la verdad en manos de una militancia protagonista, gestora principal del *viraje*, será la única garantía de curar nuestras heridas, corregir nuestros errores y que no se defrauden los sueños de la «generación del *XVI Congreso*».

Esa generación de jóvenes y veteranos comunistas que soñamos con un partido fuerte, pero sobre la base de la más amplia participación, y con el objetivo de servir al frentismo, a la unidad de la izquierda y a la revolución.

Cordialmente

Alberto Nadra [54]

El Estallido

• • •

Apenas pasado un año de aquella votación casi unánime por «la unidad monolítica del *viraje*», el Partido comenzó a estallar en pedazos: Comité Central y Comisión Política incluidos. En vísperas del *XVII Congreso*, la Comisión estaba fraccionada en cuatro.

La crisis se profundizó. Diariamente la prensa dedicaba al PC más espacio que el de todo lo publicado en años anteriores.

• • •

A continuación, comparto con ustedes la nota que Ernesto Tenembaum escribió para *Página 12*, publicada el 27 de marzo de 1990:

> La disidencia del PC logró una «perestroika» limitada
> Tras un acalorado debate que duró tres días —y en el que no faltaron amagues de pugilato—, el Partido Comunista dio un paso importante hacia su democratización interna al decidir que todas las posiciones disidentes serán publicadas y difundidas por la prensa partidaria y luego discutidas por la Comisión Política que está preparando para fin de año el *XVII Congreso*. La apertura es inédita en la historia del PC argentino, pero tiene sus limitaciones porque en la única votación dividida que se realizó el fin de semana el oficialismo partidario —conducido por Patricio Echegaray y Jorge Pereyra— consolidó su control del aparato de la agrupación.

La reunión del centenar de dirigentes del Comité Central (CC) del PC comenzó con un serio cuestionamiento a la Comisión Política de la agrupación que durante meses había negado a dirigentes y militantes la existencia de un enfrentamiento interno y, al trascender a principios de mes distintos documentos críticos a la dirección, debió aceptar que no se puede tapar el sol con las manos. Por lo menos dos decenas de integrantes del CC —inclusive algunos oficialistas— rechazaron el proceder de la Comisión Política y por eso ayer el PC emitió un documento en el que hace pública esa crítica.

Aunque básicamente el CC quedó dividido en tres sectores, los mismos comunistas se resisten a considerarlos como líneas internas y prefieren llamarlos «corrientes de opinión». Además, hay muchos dirigentes como Alberto Nadra —el menor de los hijos del viejo Fernando Nadra— o el miembro de la Comisión Política Miguel Ballato que se diferenciaron explícitamente de cada una de las tres posiciones hegemónicas.

El oficialismo está representado por cuatro de los cinco integrantes del secretariado de la organización. Patricio Echegaray, Athos Fava, Jorge Pereyra y Rodolfo Casals coinciden en que el rol del Partido Comunista es fundamental en el futuro de la izquierda argentina y que por lo tanto hay que dedicarse a fortalecerlo.

Pereyra se opuso a la difusión de las líneas internas y sostuvo la necesidad de revitalizar el centralismo democrático con que el PC suele resolver sus conflictos internos expulsando a sus disidentes. Fava no habló en toda la reunión. Casals respaldó la posición de Pereyra. Y Echegaray hizo una apelación emocional referida a la necesidad de reencontrarse con lo que llamó «la identidad comunista», defendió la actual dirección y, sobre el final, aceptó la difusión de las posiciones disidentes. Es la banda elástica del sector duro del PC.

La oposición más frontal está encabezada por el exdirector del semanario comunista *Qué Pasa*, Francisco Álvarez, por el actual director del semanario comunista *Propuesta*, Jorge Prighoshin y por el subdirector de *Sur*, Enrique Dratman. Álvarez exigió que «la política aparatista debe terminar ya», le contestó a su examigo Echegaray que «la identidad del Partido Comunista no se resuelve con apelaciones sentimentales» y volvió a prometer «la formación de una fuerza en la que junto con otros revolucionarios —y en igualdad de condiciones— podamos superar nuestras limitaciones».

Cuando Prigoshin hablaba, el secretario de la Zona Oeste, Rubén Varone, lo acusó exaltado de haber intentando moverle el piso en su regional. Los asistentes alcanzaron a escuchar que Prigoshin pronunciaba la palabra «infame» y señalaba con el dedo a Varone.Lograron separarlos antes que se trenzaran.

La tercera línea plantea una oposición conciliadora y está comandada por el integrante del secretariado Ernesto Salgado y el excandidato a diputado Eduardo Sigal. Salgado hizo una larga exposición para sostener que «la formación de una nueva fuerza no puede decidirse por un grupo de dirigentes nuestros porque sería una aparateada más del Partido Comunista. Mientras no sea una necesidad generalizada hay que seguir trabajando por la unidad de la izquierda y de todos los que luchan contra el plan liberal de Menem». Sigal criticó a «quienes magnifican el rol del PC en el futuro de la izquierda» y respaldó la posición de Salgado.

La intervención de otros dirigentes como Alberto Nadra despertó la furia del oficialismo. El secretario general de Córdoba, Jorge Atienza, lo acusó de intentar «liquidar» el PC. Nadra le recordó que «desde que vos sos el secretario general, el Partido no existe más en Córdoba». Otra vez se mezclaron las voces y la mayoría separó a los

dos contendientes.

En el nivel de los cargos, la dirección del PC resolvió cambiar algo para que todo siga igual. Aceptó la crítica a la Comisión Política por haber disfrazado el disenso y propuso, para superar el efecto, la incorporación a ella de los secretarios generales de las principales regionales. La trampa radicaba en que la mayoría de ellos, como era de esperar, responde a la dirección. Son oficialistas las cabezas del regional de zona Oeste, Rubén Varone; de zona Norte, Víctor Kot; de General Sarmiento, Salvador Caputo; de Santa Fe, José Schulman y de Córdoba, Jorge Atienza. Los otros tres incorporados a la Comisión Política aún pertenecen a la zona de nadie. La moción del oficialismo triunfó por 55 votos contra 23 de los que la aceptaban pero excluyendo a los secretarios de Santa Fe y Córdoba, y 10 se oponían en su totalidad. Fue la primera votación sobre un tema significativo que resultó dividida en el Comité Central del PC desde 1986. Fue también una demostración que, a la hora de contar porotos, el oficialismo define, por ahora, la situación a su favor.

El fin

A continuación, transcribo los párrafos iniciales de la contratapa de *Ámbito Financiero* del 2 de octubre de 1990, firmada por Edgar Mainhard:

> «Botón», gritó Patricio Echegaray. Y, sin arremangarse los puños de su camisa, cargó sobre Alberto Nadra con los puños cerrados. Nadra acababa de acusar a la conducción del Partido Comunista Argentino del desvío desconocido de los recursos financieros del partido.

«Provocador», gritó Alberto Rodríguez y, junto a Domingo Di Nápoli (ambos colaboradores del «ideólogo» de la vieja guardia Jorge Pereyra), rodearon por la retaguardia al acusado.

«Hijo de puta como tu viejo», gritó otro. Pero en el tumulto —algunos compañeros de Nadra lo rodearon y querían sacarlo del recinto antes de la paliza— no se pudo precisar quién exhibía el manejo heterodoxo del lenguaje. Eran las dos de la madrugada del domingo…

Carta de renuncia al Comité Central y al PC

Buenos Aires, 8 octubre de 1990.

Compañeros:

Después de 26 años de militancia, presento mi renuncia indeclinable al Comité Central y al PC, convencido de que el deterioro político y la degradación moral de la cúpula partidaria, lo han llevado a la disgregación. La histérica negativa con que respondieron a mi reclamo de una reunión donde presentaran balance de su acción, junto a las amenazas e infamias con que me calificaron, hacen estéril todo nuevo esfuerzo personal para aportar a la recuperación del PC.

Hace casi dos años denuncié casi solitariamente el avance de «una concepción autoritaria y elitista del Partido, de la elaboración de su línea y de la toma de decisiones, el resurgir de la antigua soberbia y el hegemonismo en la acción política», opiniones que conocían con anterioridad Echegaray y algunos compañeros con los que impulsamos y dirigimos las labores del *XVI Congreso*.

Por plantear francamente mis opiniones ante ese CC fui, entonces, separado de la dirección del periódico *Qué Pasa*. Por denunciarlo, luego, públicamente, se me condenó con la vieja muletilla estalinista del «daño al partido» y la «utilización por el enemigo».

Es la misma que repiten ahora, y que siempre sirvió para ocultar tantos atropellos e injusticias en el PC, especulando con el espíritu de cuerpo creado por tantos años de persecución y represión.

Pese a los esfuerzos de muchos militantes y algunos dirigentes de ese CC, al surgimiento de posiciones abiertamente críticas y de propuestas renovadoras con motivo del futuro *XVII Congreso*, nada corrigió la cúpula. Todos han sido retoques cosméticos para proteger sus sillones.

Con protagonismo del viejo aparato, y con la marginación de la militancia, Echegaray, Pereyra y Fava han terminado de liquidar al PC. Lo han hundido en una crisis sin retorno. Ellos son los liquidacionistas actuales de una historia militante de entrega y heroísmo, más allá de las páginas oscuras de las dirigencias.

El fatídico «Viraje en Unidad» no ha sido otra cosa que una traición a lo mejor del pasado *XVI Congreso*: la sacralización de sus aspectos más infantiles e inmaduros; y la sumatoria de lo más inmoral de lo viejo y de lo nuevo.

Siguen marginando a la militancia y al propio CC de buena parte de las decisiones; como las financieras, de las que reclamé un balance que se negaron a realizar, y me respondieron con agresiones y amenazas de muerte propias de matones y *grupos de tareas*; inconcebibles en hombres que se dicen revolucionarios y humanistas.

Ocultan que, mientras un puñado especial de dirigentes goza de privilegios propios de la corrupción y producto del latrocinio, son muchos los que no tienen para publicar un volante, pasan hambre, o son dejados en la calle, sin trabajo, después de décadas de entrega sacrificada al Partido.

Para acallar todo esto sin ruborizarse me califican de «provocador», y hasta de «policía»; justamente los personajes que manejan los hilos del siniestro aparato de control interno. Son, nada menos, que los mismos protagonistas de los vínculos orgánicos con la dictadura, consolidados a la sombra del seguidismo político: conducta por cuyas causas y derivaciones aún no han rendido cuentas ni dado explicaciones. Se trata, sin duda, de una historia tan siniestra y «secreta» como la de las finanzas partidarias.

Tampoco puedo comulgar con el rumbo de una cúpula capaz de oscilar de un extremo al otro del espectro político, más allá de una fraseología hueca que encubre la incapacidad para comprender los profundos cambios en el mundo y en el país; con la orfandad de preparación teórica, la superficialidad del análisis y, en algún caso, los peligrosos signos del desequilibrio psíquico.

El hegemonismo y el aparatismo en las relaciones políticas, con su contracara de seguidismo; una concepción ombliguista del Partido; una nueva subordinación internacional que cambia una obsecuencia por otra, con la misma falta de independencia; se rematan ahora con una política sindical que margina y anatematiza a buena parte de la izquierda, incluido el peronismo combativo.

Éstos son temas para el debate, por cierto. Pero lo que es indiscutible son los graves hechos que he denunciado en estos dos años, en los que con esfuerzo y no poco desgarramiento personal

seguí participando en las reuniones del CC. Estaba convencido de que era un mandato de los compañeros que me eligieron, y que me obligaba a esclarecer muchos temas a los que tuve acceso por las particulares responsabilidades que me tocó desempeñar durante este proceso.

Ustedes mismos poco sabían sobre ello y tenían que dirigir y tomar decisiones sin los elementos necesarios, que se les ocultaban.

Ahora, ése ya no es el caso. Hoy nadie podrá aducir ignorancia para justificar sus errores, su cobardía o su complicidad.

En medio de las maniobras fraudulentas, la marginación y la descalificación a decenas de compañeros, no hay espacio para seguir adelante en un partido destrozado, con una crisis terminal. Los responsables de la destrucción, con nombre y apellido, tendrán que rendir cuentas ante el pueblo y la historia.

Queda a los compañeros que aún confían en dar batalla interna exigir que esta cúpula traidora y corrupta rinda esa cuenta. No comparto su optimismo, pero los respeto.

Asumo toda la responsabilidad que me cabe por lo bueno y por lo malo que hizo este Partido durante y después del *XVI Congreso*. Nada nuevo podrá construirse, y mucho menos, reconstruirse, sin una actitud ética que comience por asumir nuestras propias responsabilidades.

Estoy seguro de que con algunos de ustedes nos encontraremos en la construcción de una práctica política, teórica y organizativa, que aporte al renacer orgánico de las fuerzas populares en nuestra Patria.

Un renacer orgánico que supere el histórico sustitucionismo de la izquierda argentina, que siempre reemplazó al pueblo y a la propia militancia con su aparato y su proyecto; ambos autoproclamados de vanguardia. Una práctica política que, en definitiva, contribuya a la creación de una fuerza alternativa, democrática, nacional y popular.

Los saluda

Alberto Nadra [55]

Nota adjunta para la cúpula

Buenos Aires, 8 de octubre de 1990.

Patricio Echegaray
Jorge Pereyra
Athos Fava

Con la presente les adjunto mi Carta-Renuncia al Partido. Espero que la entreguen a sus destinatarios y la publiquen en *Propuesta*, aunque temo que el coraje político no les alcance, ya que tampoco permitieron la aparición de las cartas que envié el año pasado.

Trabajo no tengo, y sé que no me será fácil conseguirlo, porque el apellido y la trayectoria de este «botón» no es bien vista en los «medios del sistema», con los que según *Propuesta* acuerdo mis acciones.

Sin embargo —y sin un peso, con mi familia a cuestas—, puedo tener la dignidad de pedirles que la asignación que me corresponde del mes pasado, y que han tenido el buen gusto de echarme en cara, se la metan en la Caja.

Por mi parte, la dono a la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, al igual que las que me hubieran correspondido hasta el *XVII Congreso*. En esto, para reiterar palabras de vuestro semanario, sigo «la línea de provocación que inició su padre», cuando Uds. lo jubilaron de oficio.

Alberto Nadra **[56]**

Eduardo Serrano Nadra

• • •

Ese 24 de marzo de 2012, mientras me alejaba hacia Avenida de Mayo, aquella última carta volvía a mi memoria: ¿*En qué rincón oculto habrá quedado, si es que todavía existe una copia*?

Claro, pensé, pero ahora sin aquella furia; sólo me invadía la tristeza… *El coraje político no les dio*.

Y una pancarta entre miles captó mi mirada. Quizás una señal más para recordarme que está inconclusa la gran tarea que nos propusimos; que aún está pendiente la unidad de los luchadores.

Tenía ante mí un rostro entrañable e inconfundible: Eduardo Serrano Nadra.

Hacía apenas unas horas, le había dedicado esta carta-homenaje en mi blog.

• • •

Profesor, cuentista y poeta, de una familia de escritores y poetas. Hijo, sobrino, esposo y padre.

Perseguido en Tucumán y secuestrado en Capital Federal el 26 de octubre de 1976. Por luchar por el socialismo en nuestra Patria.

Apenas habían pasado unos meses desde que, juntos, realizamos el último intento de acercar las posiciones entre las organizaciones en las que militábamos. Pese a que nos habían precedido duras acusaciones entre el PC y el ERP que, en algunos casos, culminaron en amenazas, logramos abrir paso al encuentro entre Fernando Nadra y Mario Roberto Santucho.

Te abrazo, primo querido. Y, junto a vos, a Mercedes —una de las primeras Madres de pañuelo blanco— y a Manolo: tus padres; mis tíos.

Te abrazo, primo querido. Y, junto a vos, a tu entrañable compañera Cristina, a tu hija Carla.

Te abrazo, primo querido. Y junto a vos al *turco* Ismael (Salame), a Liliana (Malamud), a Teresa (Israel), a Luis (Steimberg), a Hernán (Nuguer), a Inés (Ollero), a Floreal, *el Negrito* (Avellaneda)… A todos mis amigos y compañeros que no están; a los que conocí y a los que no conocí.

Y, con ustedes, también abrazo a mis viejos y nuevos amigos.

A los que sobrevivieron manteniendo en alto sus ideales. Hasta hoy: cuando todavía cantamos, todavía luchamos y el 24 nos encontramos.

En La Plaza.

Ustedes y nosotros.

Siempre.

1.9 [Anexo 2] Viraje y crisis

A fines de 1988 dejó de publicarse cualquier nota con mi firma en la prensa o literatura partidaria.

Sin embargo, ya en 1990, el estallido público de todas las contradicciones alcanzó finalmente a la dirección del semanario *Propuesta*, con lo que publicó —con el título «Viraje y crisis»— la nota que reproduzco textualmente a continuación. Contiene elementos de fundamentación político-ideológicos imprescindibles para entender las causas del fracaso de los cambios que habíamos intentado un reducido grupo de compañeros que los iniciamos. Pero están escritos con la óptica del momento histórico, y la visión de lo que el Partido era y representaba en ese momento.

Para no abrumar a mis lectores, pero no dejar con ganas a aquellos que quieran profundizar sobre este momento y estos temas, la incluyo en este Anexo. Está fechada el 19 de abril de 1990.

> Contrariamente a lo expuesto anteriormente, en esta misma sección, la incapacidad para construir en el movimiento de masas, aportando a la creación de una fuerza popular alternativa, es causa y no efecto de la actual *crisis de conducción*, que lo es también de *línea política*.

Eso explica que las sesiones del Comité Central (CC) se deslizaran hacia una exposición de ponencias político ideológicas generales, las que aportaron al conocimiento —de una buena vez— de las diversas posiciones que en el debate toman los miembros de la Comisión Política (CP).

Por eso, también, se desestimó el enfoque original que partía de responsabilizar de la crisis al documento de Álvarez, Dratman y otros compañeros, exigiendo que se lo calificara como un error. Y es que no se puede *analizar el error desde el error*. Censurar una «desviación» metodológica desde una metodología perversa, autoritaria y elitista, que marginó a la militancia del debate. Es improcedente juzgar el documento desde ese ángulo, como lo sería hacerlo con otro presentado oficialmente como de la Comisión de Tesis, y que resultó no serlo.

Superada la tentación, tampoco cabe el tono de confianza vulnerada y «lealtad» herida de algunas intervenciones. Antes que ofenderse porque se hicieron menciones a un «doble mensaje» o a «decir una cosa y hacer otra», creo que a la CP y a los miembros del CC nos corresponde autocriticarnos. Lo dije hace un año y lo repito ahora: si esas caracterizaciones pueden discutirse en el plano de la política y de la construcción concreta, son irrebatibles en lo que hace a la metodología de dirección.

Hubo un *doble mensaje* cuando se habló machaconamente de «homogeneización y nueva moral» en la CP, mientras ésta era desgarrada por agudas contradicciones. *Se dijo una cosa y se hizo otra* cuando se prometió redefinir el tipo de partido con la «Transformación Leninista», mientras a tres años de aprobado nada se sabe del aporte, bueno o malo, de su debate y aplicación. ¿O acaso la discusión que pretendía iniciarse sobre el «Sistema de Dirección Partidaria» en abril de 1989, no se convirtió en un simple pretexto para fundamentar los cambios en el Secretariado? ¿Qué otra cosa significó cortar el debate en pleno CC y postergarlo indefinidamente, hasta que estalló, dramáticamente, ahora?

Reafirmando el carácter político de la crisis, quiero dar mi opinión sobre por qué estalló de esta manera, dificultando y deformando un debate lícito, donde nadie puede pretender verdades absolutas, y menos aún con el más que modesto bagaje teórico que nos caracteriza.

Así como el *XVI Congreso* puso en el tapete la relación entre *ideología* y *política*, mal encarada históricamente, también lo hizo con la existente entre *metodología* y *política*.

Con ambos términos mejor relacionados, en el primer caso, encaramos con aciertos y errores la acción política concreta. Estoy convencido que la resistencia a relacionar los términos en el segundo caso, metodología y política, fue decisiva para los cimbronazos posteriores y para la demora en corregirlos.

Hubo subestimación de los espacios democráticos y hubo hegemonismo.

También bandazos inversos hacia la acción superestructural y el seguidismo. Tendencias a hipotecar la construcción frentista y la conducción política del combate social por el oportunisino electoral. A mi juicio no se pueden escindir estos problemas del

incumplimiento del mandato del *XVI Congreso* de cambiar «toda la metodología de acción partidaria, todo el sistema de toma de decisiones».

El «Viraje en Unidad» pareció un camino necesario hacia el *XVI Congreso*, donde corríamos el riesgo que el PC se partiera mal, poniendo en el centro la anécdota, los resentimientos y no la política. Pero a la visión cortoplacista de «ordenar la casa ya», que tanto nos costó en apresuramientos y etiquetamientos estériles, le siguió una *visión estática, antidialéctica* del viraje en unidad.

No se lo encaró como una síntesis, que surge de la lucha, sino como sumatoria conciliadora entre lo viejo y lo nuevo. El oportunismo que habíamos rechazado en la línea política —adecuación a la relación de fuerzas, al mal menor; reivindicación del posibilismo y el pragmatismo— se aplicó hacia adentro del partido.

Este enfoque de «Viraje en Unidad» que se impuso luego del *XVI Congreso*, a mi entender tiene mucho que ver con las idas y vueltas, con la eficacia deteriorada. Y también tiene mucho que ver con el carácter que asume el estallido en una CP que se cocinó en su propia salsa, agudizando la crisis de confianza, de la misma manera que agravó el desconcierto acerca de hacia dónde vamos en política, hacia dónde en construcción frentista.

Así siguió primando el viejo enfoque y la práctica de una «inteligencia superior» en la elaboración de la línea y en la toma de decisiones, opuesta a la inteligencia colectiva, que era lo nuevo, lo que exigía el desarrollo del viraje. No se trata sólo de consultar para que se opine sobre una decisión o propuesta, se acepte o se rechace. Se trata que de ser protagonistas de las decisiones. Que las propuestas y la elaboración sean realmente producto de una auténtica creación colectiva, que exige la participación en la reflexión y gestación de la misma.

No fue ésa la experiencia del CC. Consciente o inconscientemente, se mantuvo la tesis elitista según la cual algunos concentran la información, en el grado inicial y aun profundo del debate, mientras la militancia y no pocos dirigentes son sólo convocados para dar su opinión sobre una «síntesis superadora», que conciben entre cuatro paredes. Como siempre, la militancia resulta objeto y no sujeto de la elaboración, simple «aplicador» de

lo aprobado, a la que se va condicionando para que reproduzca ese mismo mecanismo —la denominada «bajada de línea»— en el ámbito donde actúa.

¿Con qué derecho algunos manejan la información que otros no poseen?, y estamos hablando de elementos políticos y no de algún tema reservado. ¿Quién les da la autoridad para definir hasta dónde se puede y no se puede transmitir toda la verdad al CC y a la militancia?

Es muy difícil la batalla y necesitamos contar con la voluntad de todos los compañeros. No sólo con su adhesión, sino con su inteligencia y madurez crítica y eso es imposible sin el conjunto de la información. Todos deben «saber de qué se trata», porque en ello les va la vida, y muchas veces sin ninguna retórica. Ésa es la enseñanza de lo mejor del viraje, que fue obra de todos los que lo hicieron suyo, más temprano o más tarde, y no de uno o varios iluminados.

En el CC de abril de 1989 opiné que era poco serio definir cambios en la dirección sin contar con el conjunto de la información, en primer lugar la historia del viraje, retaceada y aun tergiversada en casos como la institucionalización de falsas «cabezas» del proceso. No se trataba de publicitar chismes ni de un ajuste personal de cuentas con Fava y Pereyra, como algunos dijeron y otros eligieron creer. Era el cuestionamiento de *una metodología que ahora cae sobre nosotros* con el surgimiento incontenible de otros temas que también fueron ocultados.

El reclamo de «mirar de frente los errores» y hablar con la verdad que institucionalizó el *XVI Congreso*, no tenía sólo un contenido *ético*. Es un instrumento de nuestra *práctica revolucionaria*. La credibilidad, la confianza, se nutren —o no— de la convicción de que hablamos con toda la verdad. El *predominio de la ficción sobre la realidad* se mantuvo, y aun se agudizó, en importantes niveles de dirección, con argumentos que fueron desde «lo posible» hasta la «autotransformación».

Lo viejo, en este caso, tiene que ver con enfoques *obreristas* y *aparatistas* que hicieron que algunos cargos decisivos se definieran más que por la capacidad o aptitud, por un dudoso origen de clase, o por haber cumplido puntillosamente con el escalafón. Este estilo también tuvo un alto costo que pagamos cotidianamente.

Formándonos y formando en la legitimación de que alguien ejerza responsabilidades que no le corresponden. Alimentamos ficciones que, a su vez, alimentaron el deterioro interno y la desconfianza. *Hicieron crisis un tipo de partido y aspectos decisivos de la línea política*.

La crisis actual exige encarar el debate en ambos aspectos, y a partir de que la dirección del PC, en primer lugar la CP, reconozca que no pudo, o no supo, encarar los cambios que aprobó el *XVI Congreso*.

El concepto estático del «Viraje en Unidad» fue parte principal de este déficit, negando en muchos casos lo que había que afirmar y afirmando lo que había que negar.

El atraso acumulado es muy grande, tanto que es difícil evaluar la magnitud de daño producido y si quedan aún posibilidades de recuperación.

La última resolución del CC, en su parte orgánica, no creo que aporte a la solución de la crisis de conducción. Creo, sin embargo, que abre caminos en su fundamentación, cuando se asume el compromiso —que deberá validarse en la práctica— de garantizar un debate abierto y democrático, así como el pleno protagonismo de la militancia. La perspectiva de *ir construyendo una nueva práctica política, teórica y organizativa*, que aporte a la búsqueda y encuentro con otros combatientes con los cuales forjar una organización de vanguardia, impulsar una fuerza popular alternativa.

2. Revelaciones: cara a cara con el Che

Breve meditación sobre un retrato de Che Guevara (Fragmento).

Una de las lecciones políticas más instructivas, en los tiempos de hoy, sería saber lo que piensan de sí mismos esos millares y millares de hombres y mujeres que, en todo el mundo, tuvieron algún día el retrato de Che Guevara a la cabecera de la cama, o en frente de la mesa de trabajo, o en la sala donde recibían a los amigos, y que ahora sonríen por haber creído, o fingido creer. Algunos dirían que la vida cambió, que Che Guevara, al perder su guerra, nos hizo perder la nuestra, y por tanto era inútil echarse a llorar, como un niño a quien se le ha derramado la leche. Otros confesarían que se dejaron envolver por una moda del tiempo, la misma que hizo crecer barbas y alargar las melenas, como si la revolución fiera una cuestión de peluqueros. Los más honestos reconocerían que el corazón les duele, que sienten en el movimiento perpetuo de un remordimiento, como si su verdadera vida hubiese suspendido el curso y ahora les preguntase, obsesivamente, a dónde piensan ir sin ideales ni esperanza, sin una idea de futuro que dé algún sentido al presente. Che Guevara, si tal se puede decir, ya existía antes de haber nacido; Che Guevara, si tal se puede afirmar continúa existiendo después de haber muerto. Porque Che Guevara es sólo el otro nombre de lo que hay de más justo y digno en el espíritu humano. Lo que tantas veces vive adormecido dentro de nosotros. Lo que debemos despertar para conocer y conocernos, para agregar el paso humilde de cada uno al camino de todos.

José Saramago
Rebelión. Managua, 11 de octubre de 2003.

2.1 Algo de lo mucho que no se sabe del Che

Hay muchos secretos no revelados sobre el Che. Su vida, su lucha y hasta su asesinato[57]; la de sus compañeros. Aún después de las toneladas de papel impreso en ensayos, investigaciones, testimonios, con mayor o menor calidad, de mayor o menor buena fe.

La vida me regaló la oportunidad de conocer y charlar largamente con siete argentinos que lo conocieron en distintas etapas. Con tres de ellos —Alberto Granado y Carlos *Calica* Ferrer, amigos de su infancia y juventud, y su ahijado, Alfredo Gabela— forjando una verdadera amistad. Sus historias son ampliamente conocidas por los libros que escribieron: *Con el Che por Sudamérica*, de Alberto Granado; y *De Ernesto al Che*, de Carlos *Calica* Ferrer.

El cuarto fue mi propio padre, Fernando Nadra, quien reflejó sus encuentros en *La Religión de los Ateos*, incluidos los posteriores años de cárcel, cuando la CIA y la embajada de EE. UU. lo calificaron de «enviado del Che para organizar la guerrilla en Latinoamérica[58]».

De los otros tres, poco o nada se sabe. Pero son trascendentales, pues jugaron papeles decisivos en Cuba, África y Bolivia. De ellos, de sus secretos que guardé celosamente largos años y finalmente fui liberado para contar, escribiré en las próximas páginas.

Fernando Escobar Llanos. Cuba, marzo de 1963

Fernando Escobar Llanos, el *Losojo*, en una charla a mediados de 1986, me adelantó que en los primeros años de la década del 60 ya habían entrenado en Cuba cuadros que luego integrarían distintas organizaciones armadas, principalmente peronistas, de la mano de John William Cooke, y su esposa Alicia Eguren.

El dato interesa, pues José Amorín se refiere en su libro

Montoneros, la buena historia a *Tato* Lafeur, de quien dice: «Había recibido instrucción en Cuba: pésima, pero instrucción al fin y al cabo».

Por el contrario, mi charla con Escobar Llanos prueba que la llamada Columna 50, integrada por miembros del PC y la FJC, que él dirigió, tuvo una instrucción rigurosa y durísima, plagada de sacrificios. «Éramos considerados los mejores. Yo reportaba directamente a Ernesto (Guevara) —responde para aclarar que entonces todavía no estaba Campo Cero [59]—. Estábamos en un monte, con una barraca, sin sanitarios, duchas ni nada. Cocinábamos con leña y el baño era el monte. Nos bañábamos cuando llovía o cuando cruzábamos algún río».

En todo caso, había un elemento que generaba debate: toda la instrucción estaba derivada a la guerrilla rural, lo cual el PC consideraba contradictorio con el desarrollo capitalista en Argentina, sus grandes concentraciones obreras en los centros industriales como Buenos Aires, Córdoba, o Rosario, con un campesinado arraigado a su tierra, sin grandes tradiciones de lucha, salvo los productores del Grito de Alcorta, en 1912.

En las charlas con el Che, estas contradicciones afloraban una y otra vez. Todavía Guevara no había publicado *Guerra de Guerrillas* ni se había concretado la *Tricontinental*, que fijó una estrategia que se podía sintetizar en crearle al imperialismo «dos, tres, muchos Vietnam» y un «segundo frente», que —también— aliviaría la presión *yanqui* sobre Cuba.

Isidoro Gilbert (2009, p. 503) asegura: «A mediados de los 80, cuando el PCA enderezó su política hacia lo que se conoció como *el viraje revolucionario*, Athos Fava le envió un mensaje para que regresara habida cuenta de su experiencia miliciana. No aceptó la invitación (Escobar Llanos)».

Había más de una razón para ello, pero el hombre no es de contar lo que sabe. Hay una promesa de por medio. De todas maneras, nuestra amistad permitió que algunos —sólo algunos— misterios se revelen más adelante, cuando relate la desconocida historia del *Losojo*.

Arnaldo Piñera. Cuba, julio de 1964

El 27 de julio de 1964, un día después del 110 Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, llegaban a La Habana dos miembros del Comité Central del PC, la delegación oficial que debía haber participado en la conmemoración, pero demoró con interminables desvíos en Montevideo, Santiago de Chile, Madrid, Montreal, y los aún más lentos y postergados trámites de visa (que se entregaban y llevaban por separado, para no sellar entrada y salida en los pasaportes) por parte de las embajadas de Cuba.

Uno de ellos era Ernesto Giudice, uno de los más relevantes intelectuales del PC, que renunciaría a éste en 1973. Y el otro era uno de nuestros «desconocidos»: Arnaldo *Pilo* Piñera, nacido en Buenos Aires —más concretamente en el barrio de San Telmo— en 1925. Varias veces preso y torturado en la Sección Especial de Represión del Comunismo, tuvo prolongado entrenamiento y su primer grado militar en China, a principios de los 50.

Pilo jugaría un papel relevante en varios sucesos continentales y durante la presencia del Che en Bolivia, ya que desde 1960 a 1976 fue Responsable de las Relaciones Internacionales del PC.

Si Piñera o Giudice sabían del entrenamiento de los hombres del PC y la FJC en Campo Cero, nunca lo admitieron. Pero es interesante develar el contenido de esa conversación, pues en reiteradas entrevistas con los distintos grupos y sus jefes, el Comandante Guevara había dejado clara su voluntad —respetuosa de las decisiones individuales, mas no demasiado de las partidarias— de captar la mayor cantidad de combatientes para su plan de foco continental en Sudamérica, aunque sin revelarlo.

Es probable, dado las tempranas posiciones favorables a la unidad de la izquierda revolucionaria y una mirada latinoamericanista de Giudice —que no se verificaron en su orientación de la política universitaria partidaria en los años 70— que el Che hubiera esperado más de la entrevista que se realizó tres días después de su llegada, en el Ministerio de Industrias.

Cuenta Piñeira —en memorias a las que accedí— que al entrar en el despacho, en el que permanecieron tres horas:

> Giudice habló sobre temas de carácter cultural y literario, muy interesantes por cierto, pero yo hice hincapié sobre el tema que era de

particular preocupación para nuestro partido y sobre el que había que bucear: entre otros, saber qué había detrás de la frustrada operación guerrillera del Comandante Segundo (Jorge Massetti, en Orán, Salta) y, sobre todo, que había por delante. Indudablemente era difícil frente a un hombre de la estatura, de la heroica figura de Guevara, entrar en el tema directamente.

La charla fue extensa: las fuerzas armadas argentinas, el campesinado, el peso de la clase obrera y sus lugares de concentración. El Che preguntaba y opinaba. En un momento, comentaron la primera alianza que ese año llevaba a Salvador Allende como candidato a la Presidencia, finalmente derrotado electoralmente. Fue categórico: «Los van a cagar a tiros. No les van a entregar el poder».

Realizó algunas puntualizaciones sobre la marcha de la economía cubana y —casi con desgano— de su tarea frente al Ministerio.De pronto los miró y anunció:

Yo aquí no me quedo, me aburren estas láminas —aludiendo a unos cuadros colgados en la pared con gráficos sinópticos sobre los logros industriales—. Yo soy un hombre de lucha, me voy a Vietnam, me voy al Congo o me voy al sur. ¿Qué opinan ustedes sobre eso?

En la mente de Piñera flotaba sólo una fecha y un lugar: pocos meses atrás, a fines de 1963, en un punto de la frontera de Bolivia con Argentina, donde se había establecido una suerte de retaguardia del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) de Massetti, encabezada por Mario Monje Molina, nada menos que el Secretario General del Partido Comunista Boliviano.

Pilo relató el momento de la siguiente manera: «Recuerdo como si fuera hoy que *el Negro* Monje estaba sentado en el suelo, sobre un enorme mapa que señalaba la zona topográfica de Salta, donde resaltaba la región de Orán, particularmente del Río de La Piedras». Señalando, antes de saludarme, me dijo «aquí están operando los tuyos», tras lo cual se entabló el siguiente diálogo:

—Que hacés, *Negro*… ¿cómo te va yendo? —le dije.
—Muy bien —me contestó muy desenvuelto, como era siempre.
—Estoy mirando donde están los tuyos, tus argentinos —y me señaló el mapa marcándome la zona.
—¿Y quiénes son esos míos, que no los conozco? —le pregunté.
—Andan por allí, están bien abastecidos y ya han comenzado a operar en

> la zona.
>
> —Pero decime, *Negro* —advertí yo—, ¿no te parece que te estás metiendo en un asunto escabroso por el que vos, sin consultar con un partido hermano como el nuestro metiste esa gente ahí, y ahora nos tirás el paquete para que lo resolvamos nosotros? *Negro*, esto es una deslealtad y hasta puede tomarse como una provocación política. Estás jugando con fuego y te vas a quemar.

El relato de Piñera confirma que el PC argentino —con mucho disgusto y en pleno gobierno del Presidente Arturo Illia— recién se enteró del ingreso de los guerrilleros tres meses después de ocurrido, y jamás fue informado oficialmente.

Es más, uno de los caídos en Oran fue Antonio Paul, un joven comunista argentino, obrero petrolero —quien Gilbert sostiene que era reciente miembro del Comité Central— de cuya muerte el Partido se enteró luego de que el grupo fuera desbaratado. Los doce detenidos fueron asistidos inmediatamente con los abogados de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, por gestión directa del PC.

Con esos pensamientos repiqueteando en la mente, la respuesta al Che fue tan de compromiso como su pregunta. El Comandante ya tenía claro que el PC argentino no cambiaría de posición. Piñera, y tal vez Giudice, podían presentir lo que se venía.

Victorio Codovilla, el patriarca del comunismo argentino, que estaba furioso, pues nada le habían consultado sobre la entrada de Jorge Massetti y sus hombres en Salta, también tendría su respuesta.

Oscar Antinori. Cuba, enero de 1965

> Sí, soy la hija de *Cacho*, como le decían en la familia y en el barrio de La Paternal y Villa Mitre. Aníbal, su nombre de militancia; Oscar, como lo inscribieron en el Registro Civil.

La orgullosa ratificación de Irene Antinori, su hija, encuadra la vida legendaria de «Aníbal» pese a que, seguramente, como yo mismo, desconoce la mayoría de sus hazañas.

Antinori salvó muchas vidas y me animo a decir que les hizo justicia a otras que la represión y el terrorismo segó.

Conté con su afecto, pero también con su disciplinada reserva, por lo que la parte de su vida que pude conocer fue estrictamente bajo indicaciones partidarias, cuando yo era miembro de la dirección del PC.

De aquellos encuentros sólo conservo pinceladas, de un cuadro que me supera. Recuerdo que por su sólida formación militar —particularmente en la rama de Inteligencia— tuvo a su cargo los contactos regulares entre el PC y el ERP.

El 23 de diciembre de 1975, la organización guerrillera se propuso obtener 20 toneladas de armamentos con el copamiento del Batallón de Arsenales «Domingo Viejobueno», próximo a la localidad bonaerense de Monte Chingolo.

El ataque se concretó pese a saberse que estaba entregado por un agente pago: Jesús Ramés Ranier, proveniente de las FAP-17 de Octubre y miembro del ERP desde fines de 1974, conocido como *el Oso*, quien fue identificado, juzgado y fusilado el 13 de enero de 1976.

En ese momento, pese al total desacuerdo partidario con la acción, Antinori tuvo la venia oficial para hacer llegar información sobre el estado de los prisioneros y los sobrevivientes hospitalizados —datos recogidos por la red informativa del PC, en este caso, por medio de soldados, médicos amigos o partidarios—.

«Aníbal» realizó la inteligencia y algunas acciones de alto riesgo en la investigación del Caso Inés Ollero.

Inés, estudiante de Biología y miembro de *la Fede*, a las 21:42 del 19 de julio de 1977, tomó el interno 13 de la línea 187. A las 22:10 el colectivo que avanzaba por Iberá fue interceptado por fuerzas militares al llegar a su parada en Avenida Constituyentes. Pero el colectivo no continuó con su ruta normal: los quince pasajeros y el conductor fueron trasladados a la seccional 49 de la Policía Federal, cerca de la Estación Coghlan, a mitad de camino de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), donde finalmente fue arrojada Inés.

Fue una extensa y compleja operación, en plena dictadura, que permitió llevar a juicio a los responsables en un expediente iniciado ante el juez de primera instancia, Raúl Zaffaroni, que actuó valientemente. También jugó fuerte una parte de la dirección de *la*

Fede, el abogado de Inés, Jaime Nuguer —hermano de Hernán, otro estudiante comunista desaparecido—; y todo el esfuerzo y el sacrificio de Cesar Ollero, su padre.

Antinori, también en plena dictadura, participó de la investigación (cuyas conclusiones desconozco) acerca de la detención de un grupo dirigente de las FAR en Córdoba —entre ellos el exafiliado comunista y dirigente de Montoneros Marcos Osatinsky— por la cual esa organización acusó de «delator» y fusiló a Fernando Haymal («Valdez»).

En marzo de 2012, como parte de la cadena de sucesos que me impulsaron a escribir este libro, uno de esos «milagros de *Facebook*» me permitió acceder a una fotografía absolutamente desconocida del Che, provista por Tariq Odeh —tal vez uno de los milicianos de la época— en la que se lo ve de pantalones cortos junto a Alberto Granado y Antinori, frente a un arco de fútbol en La Habana.

Pues bien, en 1965, Antinori fue el encargado de varios grupos con unos cincuenta de sus camaradas, cada uno que en Cuba se prepararon militarmente bajo la supervisión directa de Ernesto Guevara.

Un relato de Isidoro Gilbert (2007) permite ver las claras coincidencias entre los relatos de Antinori y los de Escobar Llanos, y confirmar que esos «lazos especiales» entre los dos partidos se comenzaron a anudar en 1961, luego de la reunión en Punta del Este.

«El Che —dice Antinori— regresa a Cuba con varios compañeros, entre ellos dos camaradas de la provincia de Buenos Aires… Uno era Mario Damián y el otro Juan Cabret, que era oficial carpintero, quienes terminaron su vida en la isla».

«Nuestra opción, obviamente, no era la cubana y debí discutirlo varias veces con Ernesto Guevara cuando éste visitaba el campamento», le contó Antinori al periodista Norberto Vilar, al que aclaró que «si bien ese disenso fue mantenido sólidamente, no le restaba un milímetro de respeto ante la enorme personalidad del Comandante».

Una de las diferencias más fuertes con el Che se debió a la desconfianza que tenía la dirección del PCA con los cubanos, sobre su estilo organizativo, y lo que consideraban una clara decisión de

«cortarse solos». Esa distancia, que no ocurría con los países de la Europa socialista, quedó demostrada cuando el contingente bajo responsabilidad de Antinori dejó preventivamente en Praga —donde estaba ese año Alcira de la Peña en la *Revista Internacional* [60]— todos los documentos personales y los pasaportes.

Néstor Kohan es un historiador marxista, hijo del muy querido oficial médico Abraham Isaías Kohan, casi hasta su muerte Jefe de Hematología del Hospital de Clínicas. En su libro *Ni calco ni copia.Ensayo sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, cuya edición cubana, con prólogo de Armando Hart Dávalos, ex Ministro de Educación, indica apoyo oficial a los hechos relatados, publica párrafos de una entrevista a Rodolfo Ruffolo, realizada el 4 de marzo de 1996.

El historiador, luego de caracterizar a su interlocutor como «un cuadro militar en aquel momento del PC» afirma que fue jefe de uno de los tres contingentes que en 1965 viajaron a Cuba, en total 180 hombres.

> En enero de 1965 —dice Ruffolo— estábamos en un campamento en Cuba y el Che vino a vernos a la hora de la comida. Era muy modesto, se sentaba en el piso. Él estaba muy interesado en la preparación de los argentinos, no sólo del Partido Comunista, y venía hasta dos veces por semana. Era un gran tirador (…). Yo era la dirección de mi contingente. Un día me separaron y me llevaron a una pieza. Yo no sabía para qué. Por la noche vino el Che, conversamos como un mes seguido. Él tenía mi *curriculum*, todas las actividades militantes sindicales y políticas que yo había hecho en la Argentina. Después de conversar, él se iba siempre antes del amanecer (…) Una vez nos dijo: «Tú sabes que yo tengo diferencias políticas con vuestro partido». Yo lo interrumpí y le dije: «Si me disculpas, las diferencias políticas habría que tratarlas de Comité Central a Comité Central, no con nosotros». Él era muy respetuoso, siempre. Me dijo: «Si tú no quieres, no lo discutimos». Y así seguimos.
>
> Otra vez yo le planteé que la hegemonía tenía que ser del proletariado, él analizó la composición de clase de cada uno de los miembros del Granma. (…) Cuando nos separamos me dijo: «Yo lamento que un día voy a recibir la noticia de que moriste en un calabozo en la tortura» (a mí ya me habían picaneado en la policía argentina) y entonces le respondí: «Mirá, a lo mejor triunfamos y termino como intendente en un pueblito perdido en la provincia de Buenos Aires». Ahí él me puso la mano en el hombro y me

> dijo: «Vuestro partido les enseñó a morir como héroes en la tortura, pero no les enseñaron a matar. Y un revolucionario también debe matar».

Seguramente debe haber sido una de las últimas apariciones del Che, ya que entre los últimos días de marzo de 1965 —cuando salió clandestinamente de Cuba— y mediados de 1967 —momento en el que fue detectado en Bolivia—, «el fantasma del Che paseó por el mundo entero».

Pero a los efectos de nuestro relato, puedo agregar con seguridad algo que Gilbert posiblemente no sabía y Kohan no reveló: que Rodolfo Ruffolo era, en realidad, Oscar «Aníbal». Antinori.

Arnaldo Piñera, Bolivia, 1967

De las charlas con Guevara, las recomendaciones de la Tricontinental, trabajos posteriores de compañeros de lucha, Piñera (1990) escribe en su inhallable libro *Utopía Inconclusa del Che Guevara*:

> El Che consideraba que una guerrilla nacional, como expresión de conducción revolucionaria, es decir un esfuerzo aislado de un grupo, en un país, para conseguir o impulsar un cambio tenía muy pocas posibilidades de éxito.

Para superar estas características negativas, resultaba imprescindible establecer una coordinación regional, por lo menos en los campos político y logístico, que permitiera la suma de esfuerzos para la consecución de determinados objetivos, sobre todo cuando se tratase de fuerzas fronterizas; y si bien el plan admitía que la parte militar podía quedar librada a iniciativa de comandantes locales, no por eso debía dejarse de lado la supervisión general.

> El Plan propuesto por el Che remarcaba la necesidad de establecer en el sur del continente y preferiblemente en un país desde el que se pueda tener acceso a varios otros, por tener fronteras comunes, una base internacional que sirviera como centro de entrenamiento continental e inclusive intercontinental, desde la cual, después de su instrucción, partirían las columnas revolucionarias, primero para obtener el control del

país base, e irrumpir luego a los países vecinos para reforzar los focos ya existentes o crearlos, allí donde fuesen necesarios (…) La región base constituiría un centro de formación multirregional o una escuela político-militar que cumpliera las funciones de centro de instrucción de los futuros mandos de la revolución continental, para luego convertirse, una vez entablada la lucha en los diferentes países, en un centro de coordinación político-militar central que serviría de base a un Estado Mayor Continental, permanente y común, para dirigir todos los ejércitos de Liberación Nacional que deberían encender el fuego revolucionario en América. (Piñera, 1990).

Piñera marca dos fallas fundamentales durante su implementación en Bolivia. Una, esencial, el lugar elegido. Según Simón Reyes, legendario dirigente minero comunista, el lugar para iniciar y mantener el movimiento guerrillero en Bolivia, en realidad fue sugerido por el PCB, a pedido de los cubanos, con el objetivo de «ayudar a pasar a la Argentina a un compañero de ese país que deseaba volver a su patria de origen», una especie de posta para él y ocho o diez hombres que lo cuidaran [61]. El sitio, para ese objetivo, fue cuidadosamente seleccionado por Jorge Kolle y Roberto Alvarado, un profesional profundamente conocedor del espacio geográfico de su país y de la zona de frontera con Argentina. Era una elección ideal para aquel cometido pero no para iniciar, y menos sostener, un combate irregular permanente.

La segunda falla que observa Piñera es que, pese a que la decisión de elegir Bolivia como base puede justificarse por la posición geopolítica del país (ubicación en el centro del continente, con fronteras con cinco países vecinos poco controladas por su amplitud) y porque estratégicamente parece responder al plan general esbozado por el Che, aparentemente no tomó en cuenta la situación interna boliviana, que se puede resumir, para mediados de 1966, en los aspectos que se mencionan a continuación:

El General René Barrientos acababa de ser elegido Presidente constitucional de la República, con una coalición de siglas que le garantizaba apoyo.

Desde 1962, Barrientos había realizado una intensa campaña política destinada a captar la simpatía y el apoyo del mayoritario sector campesino nacional que lo había convertido en figura política, y a la vez patriarcal, con fluido manejo del idioma quechua.

La posición de la población no era mala con respecto a las FF. AA. bolivianas, salvo los mineros por su tradición combativa y la salvajes represiones de 1965 y 1967 («Masacre de San Juan») en las minas Siglo XX y Catavi.

La mayoría de los soldados del ejército de Bolivia provenía de la clase campesina, que consideraba una verdadera obligación el servicio militar, en cuyos cuarteles hallaba condiciones más favorables que en sus lugares de origen.

Piñera es lapidario con Mario Monje, pero por razones muy distintas a las esgrimidas por los críticos anti PC, entre ellos Oscar *Motete* Zamora, exmaoísta que acusó a los comunistas de traición al Che y finalmente siguió un turbio y decadente recorrido político.

Pilo considera que Monje fue un traidor, pero primero a su Partido, pues —además de muchas acciones lesivas que relata— acordó y se adiestró en Cuba a espaldas de sus camaradas, al tiempo que suministró al Che información tergiversada sobre la situación en Bolivia, principalmente mediante el capitán cubano José María Martínez Tamayo («Ricardo»).

Con respecto a Monje y su conducta, es tajante el suegro del *Inti* Peredo, Jesús Lara, quien dice:

> En el Congreso Regional de Cochabamba, Monje anunció que se preparaba un acontecimiento muy importante para la vida del Partido en Bolivia. La causa singularmente trascendente hubo de sernos revelada recién y nada menos que por *Inti* Peredo en la segunda mitad de diciembre de 1966. Justamente en los días de la Tricontinental, Monje había contraído con Fidel el compromiso de iniciar a breve plazo la lucha armada en nuestro país.

En representación de nadie, salvo él mismo.

Monje, años atrás, había arrastrado a Martínez Tamayo —apoyo cubano de Massetti en Orán y luego caído en combate el 30 de julio, junto al río Rosita— a una insólita reunión secreta con el Presidente Víctor Paz Estenssoro, quien junto a su ministro Ciro San Román, garantizaron el pase a la Argentina de los hombres del «Comandante Segundo», a condición de que «no metan la guerrilla en Bolivia». Un encuentro que difícilmente haya pasado inadvertido a la CIA.

La traición históricamente definitiva de Monje se concreta cuando termina exigiéndole el mando de la guerrilla al Che, y luego

incita a la deserción —sin éxito— a los comunistas que había designado para combatir con Guevara. La discusión, figura concisa y contundente en el *Diario del Che en Bolivia*, pero es casi textual en *Mi campaña con el Che*, de *Inti* Peredo (1970).

Inti y *Coco* Peredo, *Ñato* Méndez, Jorge Vásquez Viana y Rodolfo Saldaña, entonces en combate, eran conocidos y aún entrañables amigos de *Pilo* Piñeira, durante casi una década de relaciones cultivadas en viajes a La Paz y recibimientos en Buenos Aires. De sus palabras surge, inocultable, el desprecio por «Estanislao», el fugaz nombre de guerra de Monje, quien también dejó caer toda la organización logística del PC en La Paz. Allí asesinaron a varios miembros de su Comité Central, quienes integraban la red urbana de la guerrilla, que en realidad nunca llegó a completar la fase organizativa.

No es menor su rechazo al ex Ministro de Interior de Barrientos, Antonio Arguedas, que llevó a Cuba las manos cortadas del Che (operativo en el que había participado el propio *Pilo*), o por Regis Debray —«el teórico cobarde y delator», lo denomina— que reveló a los militares bolivianos la presencia y ubicación de Guevara, rápidamente cercado.

Interesante una parte de la extensa reflexión de Fidel Castro al periodista italiano Giani Miná, 20 años después de los hechos, ajustando en mucho sus duras y condenatorias palabras introductorias a la primera edición del *Diario del Che en Bolivia*:

> «Monje tiene cierta responsabilidad, pero históricamente no sería justo hacer esa imputación al Partido Comunista.

Varios comunistas se unieron: los Peredo, muy buena gente, que estaban despuntando como excelentes cuadros, se unieron y apoyaron al Che y ayudaron muchísimo a Che, e importantes cuadros de la dirección del Partido, en discrepancia con Monje, quisieron ayudarlo. Así que si se va a imputar una responsabilidad habría que imputársela a Monje, pero tampoco se puede con justicia acusar al Partido Comunista o culpar al Partido Comunista del desarrollo de los acontecimientos». (Miná, 1987).

Tania y un «motivo supremo». Ñancahuazú,

agosto de 1967

La relación de hechos, citas y datos, incluso militares, que consigna Piñera (1997) en *Utopía Inconclusa del Che Guevara* es impactante. Tuve el privilegio de presentarlo en *Liberarte* el 28 de abril de 1998, junto a Rubén Dri, María Rosa Gallo y compañeros de la Embajada de Cuba en Buenos Aires.

Pilo era una caja de sorpresas, anécdotas que jamás contaba, y de alguna de las cuales me enteré después de su muerte, como que fue amigo juvenil y «contrincante», cruzando guantes, nada menos que de José María Gatica, *el Mono*.

La autoridad de sus palabras en relación a Bolivia está refrendada por el prólogo y el epílogo de Alberto Granado, entrañable amigo de *Pilo* y célebre compañero de aventuras del Che, fallecido en La Habana el 5 de marzo de 2011. Por eso me atrevo a una última revelación. Piñera dedica un capítulo a Haydée Tamara Bunke Bider, la argentina-alemana apodada *Tania,* que llegó a Bolivia en los primeros días de octubre de 1964, convertida en una etnóloga especializada en arqueología y antropología (Rojas y Rodríguez Calderón, 1993).

En la capital boliviana se vinculó con los pintores Juan Ortega Leyton y Moisés Chiare Barrientos —este último, pariente del Presidente—. Estableció excelentes contactos con intelectuales y artistas, y sobre todo con Gonzalo López Muñoz, jefe de la Dirección Nacional de Informaciones, amigo personal e íntimo colaborador de Barrientos, con el cual también entabló una estrecha relación.

Tania dedica dos años a fortalecer esta red de contactos y el 10 de julio de 1966 recibe un mensaje de La Habana, por el cual de inmediato prepara la llegada del Che, con quien se entrevista, y obtiene toda la logística para los combatientes.

Nadie se explica cómo ese trabajo paciente, múltiple y estratégicamente irremplazable termina en sucesivas violaciones de estrictas normas de seguridad que ella dominaba: concurre al campamento del Che, que estalla de furia ante el hecho consumado, mientras *Tania*, llamativamente sensible, llora largo tiempo. Finalmente, la brillante oficial cae combatiendo en la emboscada de Vado del Yeso, el 31 de agosto de 1967. Resulta difícil aceptar que

una mujer con tan alto grado de asimilación de su preparación (chequeo, contrachequeo, escritura invisible, métodos de obtención y análisis de la información, observación de cartografía, micropunto, recepción radiofónica, *karate*, cerrajería, enlace de comunicaciones, escondrijos y cifrado con intercalaciones, contrainteligencia y sus métodos de trabajo, medidas de seguridad, entre otras) pudiera cometer semejante desatino.

Piñera escribe que «sólo algunos sugirieron, después, que un “motivo supremo” había conducido a la bella *Tania* a Ñancahuazú, a ese callejón donde no encontraría salida, pero también hacia el Che». Alberto Granado, en el prólogo al libro de Piñera, también cita el «motivo supremo».

Pilo, tal vez en postrer homenaje a tantos seres queridos perdidos, me confió la verdad, en una tarde de café y ginebra, «para vos, y los compañeros, para cuando me vaya»: *Tania* no fue sola a Ñancahuazú, en su vientre llevaba otra vida, y al caer en combate, fueron dos las desgarradoras pérdidas para el Che.

2.2 La estrella viajera del Che

Buenos Aires, jueves 12 de abril de 2007

Para Alberto Nadra:

Estoy emocionado, en mi mano tengo depositada una pequeña, modesta y arruinada estrellita roja de metal.

No mide mucho, quizás apenas un centímetro. Pero no por ser diminuta deja de tener una historia interesante. En una ocasión, la bauticé: «la estrellita roja viajera».

Todo comenzó en Cuba un 9 de julio de 1963, más concretamente en el consultorio de un dentista en la llamada «Habana Vieja».

Me había citado el Comandante Ernesto *Che* Guevara para analizar —eso era lo que yo imaginaba— una charla suya que brindaría a un grupo de argentinos. La reunión se llevaría a cabo ese mismo día en el mítico campamento militar «Campo Cero».

El Comandante estaba informado por sus colaboradores, organizadores de la reunión, que antes que él disertara, yo me proponía hacer una introducción política acerca de los problemas latinoamericanos y las llamadas «vías de la revolución».

Eran las 10 horas y me encontraba esperando, sentado en el sillón del dentista, que en esos momentos se ocupaba de sus cosas. Sin querer ser un impertinente curioso, me llamó la atención, que frente a mí, en un estante y al alcance de la mano, ostentosamente, estuviera una pistola calibre 9 milímetros. Con los años, me enteré que el dentista era otro Comandante y miembro destacado del Movimiento 26 de julio. Seguía esperando. De pronto, golpearon la puerta y entró un cubano uniformado, miró bien para todos lados, le hizo una seña al dentista y se fueron juntos. No me alarmé para nada. Sabía que en esos momentos los dirigentes de la Revolución Cubana tomaban algunas precauciones.

A los pocos minutos, se abrió la puerta y entró el Comandante Guevara. Venía con cara de enojado y sacudiendo la boina. Nos saludamos con un fuerte apretón de manos. Ya nos conocíamos.

El Che blandió la gorra militar que tenía en sus manos y furioso

exclamó:

—¿A ti te parece, chico, que tenga tanta mala suerte? Se me cayó la boina y un «carro» le pasó por encima. Mira tú, en qué estado ha quedado la «boinitica».

—No se haga «mala sangre», Comandante, me imagino que tendrá otra de repuesto.

—Mira chico, por supuesto que tengo otra, pero a ésta la quería mucho, porque es una de las más feas que uso y estuvo en tantos lugares…

Ambos nos reímos, el Che hizo retirar a su escolta al pasillo y empezamos a conversar sobre la reunión de la noche. Por supuesto que no nos pusimos de acuerdo y por supuesto que el Che habló esa noche de lo que él quiso y no me dejó hablar.

Antes de irse, volvió a mirar la boina arruinada y la tiró en un canasto de basura.

Me pidió que demorase un rato antes de salir. Nadie debía saber que nos habíamos entrevistado y menos que no habíamos llegado a un acuerdo.

Cuando el Che salió, me acerqué al canasto de basura y tomé la boina, le arranque «la estrellita» y me la puse en el bolsillo de mi uniforme.

Al rato me vinieron a buscar y partí entre contento y malhumorado. En el camino, observé la «estrellita roja», estaba rayada y manchada de alquitrán. Cuando llegué a mi destino, busqué alcohol y la limpié. Las rayas siguieron en su lugar.

A los meses debí partir de Cuba. La orden que tenía era «que no debía llevar nada en mi equipaje que identificara el lugar adónde había estado, ni siquiera un alfiler…». Por supuesto, desobedecí la orden y me llevé la «estrellita roja del Che».

Me habían alertado, que, en celosas aduanas de determinados países «capitalistas», sería controlado mi equipaje y «sería revisado hasta las orejas».

Cuando salí de Cuba lo hice acompañado de un diplomático checoeslovaco, al cual, dado que nos conocíamos bien, le pedí que me hiciera el favor de llevar en su bolsillo un «pequeño paquetito». Al checo, como era diplomático, nadie lo podía revisar.

Así empezó a viajar la «estrellita roja». Viajamos en un vuelo de Iberia hasta España. Hicimos trasbordo en otro hacia la República Democrática de Alemania; de ahí a la ex Unión Soviética para llegar

finalmente a Checoslovaquia. Siempre fui sentado al lado del diplomático, por otras razones que no vienen al caso ahora explicar.

En Praga nos separamos y le pedí el «paquetito», hice con él una pequeña encomienda y la envié a una dirección de Francia, estaba enterado que allí me radicaría un tiempo.

Cuando arribé a París, en la casa que comencé a vivir, los caseros me dieron la encomienda que había enviado desde Praga.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera regresar a mi país. La «estrellita roja» seguía paseando —escondida entre mis cosas— por decenas de países que me tocaba visitar. Los más sagaces inspectores de aduanas nunca la descubrieron.

Al final pude regresar a la Argentina, en esos tiempos gobernaba el presidente Humberto Illia.

La «estrellita roja» entró muy orgullosa, guardada celosamente en uno de mis bolsillos. Nadie me revisó ni nadie me esperaba en el Aeroparque de la Ciudad. ¡Menos mal! Como tampoco nadie me revisó cuando tuve que volver a salir.

Años más tarde, una noche de confesiones, de melancolías y fracasos, en un país extraño y moreno, le conté esta historia al Che. El Comandante, que me respetaba y me quería, sólo atinó a decir:

> —Tú eres un «comemierda»… chico. Te tendría que hacer fusilar por desobedecer una orden revolucionaria.

Pero no me hizo fusilar, se rió con ganas al contarle todas las tretas que usé para que no descubrieran su insignia de comandante cubano.

Pasaron más de 43 años, de aquel momento en el consultorio del dentista, cuando el Che furioso, tiró su maltrecha boina al canasto.

Ahora que saco la «estrellita roja» del cajón de mis recuerdos y la tengo en la palma de mi mano, me emociono como un adolescente que tiene su primer cita de amor.

La miro y las reminiscencias se agolpan, se atropellan, pugnan por salir, las freno, me doy cuenta de que ya no soy un hombre duro, soy un hombre normal y sentimental.

Las heridas que en mi cuerpo y en mi alma alguna vez fueron rojas, ahora son apenas rosadas. Tengo ganas de llorar, por todas las cosas que me pasaron y por el recuerdo del Che Guevara.

No me arrepiento de haber recogido este símbolo de un canasto, máxime cuando ésta estuvo prendida en la boina de un revolucionario, que peleó y murió por querer un mundo mejor.

Hoy, uno de mis amigos, el querido Alberto Nadra, cumple años, nada mejor que regalarle la «estrellita roja del Che».

Seguramente la cuidará y la tendrá entre sus tesoros «partidarios» más queridos…

Creo que cuando se la regale, le diré:

¡Feliz Cumpleaños, Alberto!

… y no podré contarle nada porque la emoción y las lágrimas no me dejarán hacerlo… como ahora.

¡Creo que me estoy poniendo viejo!

Fernando Escobar Llanos (el *Lo soj o*) [62] .

2.3 «Losojo» del Che[63]

• • •

Mediana altura, poco más de 70 años (que en realidad son casi 80), el hombre sentado frente a mí me conoce hace muchos años.

Compacto, con una firmeza que no refleja la edad, estamos en la sala de mi casa y por primera vez relata extensamente una historia que conozco apenas. Lo hace con su lenguaje llano y sencillo, pero como si lo hiciera para muchos otros, más allá del departamento, del barrio, la ciudad.

Yo simplemente escucho, tomo nota, sin grabador. Como antes, como en los tiempos de esta misma historia.

Comienza su relato.

• • •

Me llamo Fernando Escobar Llanos.

En los 60 me decían « el *Los Ojos*»…

Mi historia es mía y de muchos otros. Pero debo advertirles que no podrán encontrarla completa.

La clandestinidad, la ilegalidad, los métodos de ocultamiento o falseo de datos para poder sobrevivir que adoptaron los Partidos Comunistas de América Latina en esos años y, como siempre, algunas verdades que aún no pueden ser reveladas, me obligan a ofrecerles un relato con lagunas…

Pero un relato que nunca se ha conocido hasta ahora…

El comienzo: agosto de 1961

Casi tres años después de que la Revolución Cubana ascendiera al poder en Cuba —el 1º de enero de 1959— Ernesto Guevara Lynch de la Serna, más conocido como «el Che Guevara», asistió a la Conferencia de Temas Económicos en Punta del Este, en su calidad de Ministro de Industrias de

Cuba.

Ese agosto de 1961, el Che vino de incógnito a Buenos Aires a visitar al Presidente Arturo Frondizi. Había pedido permiso para, después de la entrevista, pasar a visitar a una tía enferma en Beccar.

Pero el Che también aprovechó la ocasión para entrevistar a un muy reducido grupo de argentinos y conversar con ellos. Entre ellos estaba mi hermano mayor, a quién buscó especialmente por recomendación de exexiliados guatemaltecos en la Argentina, luego del derrocamiento de Jacobo Arbenz, el 18 de junio de 1954 [64] .

Mi hermano participó por recomendación de un dirigente nacional, miembro del Comité Central, el cofundador del PC Rodolfo Ghioldi, de lo cual no informó al PC bonaerense, del que era un importante responsable zonal. Por lo menos así me lo dejó entrever antes de fallecer en 1978.

No obstante, tan secreta era la reunión que se hizo por afuera del aparato de decisiones del propio PCA. El objetivo: reclutar a personas con características particulares para una misión muy especial.

Mi familia era pobre, pero digna. Mi hermano mayor, nacido en 1929, se había afiliado al PC a los 20 años. Era muy reservado —nunca contaba más que lo estrictamente necesario—, sumamente honesto y familiero.

Cuando el Che le propuso que se fuera a Cuba con él, mi hermano se negó, pues estaba casado y tenía hijos; no podía dejar a su familia.

Cuando el Comandante le dijo que buscara a alguien «de suma confianza» para ir en su reemplazo, entré en esta historia.

Tenía 26 años y había trabajado en el sector Prensa de *la Fede*. En 1961 había abandonado la juventud por estar en desacuerdo con algunos métodos de uno de sus comités provinciales en relación a las publicaciones. De modo que, cuando mi hermano me propuso ir a Cuba en su lugar, estaba trabajando en un comercio. En términos de mis ideales, estaba libre.

«Se va a quedar unos días en Montevideo, y te espera en el hotel donde está parando», me dijo mi hermano.

Acepté y se hicieron los arreglos para que viajara inmediatamente.

Después de llegar a Montevideo en un destartalado buque de

carga, conocí personalmente al Comandante. Había alquilado o mandado a alquilar una habitación en un hotel de la Avenida 18 de Julio —luego me comentó era el hotel de confianza en esa zona, ya que sus dueños eran simpatizantes de Fidel Castro—. El personal del hotel obviamente conocía al Comandante: no paraban de servirnos café a raudales.

Pasé alrededor de seis horas conversando con el Che. Y me preguntó de todo. Sobre mis ideas políticas, le dije que era anarquista y un poco comunista; y le conté prácticamente mi vida. Se interesó particularmente cuando mencioné que me atraía la vida militar, que me gustaban la historia y la geografía, que escribía novelas y poesías, y algunas notas para un diario argentino: >*El Mundo*. En ese momento, me preguntó especialmente si conocía a gente en Radio >*El Mundo* y le dije que a algunos los conocía de vista. Después, en 1963, ya estando en Cuba, me di cuenta por qué me había hecho esa pregunta[65].

Todavía en 1961 lo que ocupaba mi mente fue que el Che me decía que me necesitaba en Cuba, y me recomendaba ciertas medidas de seguridad y organización hasta ese momento:

> No hables con nadie salvo con tu hermano. Andá a la Argentina, como todavía estas limpito, sacá el pasaporte en forma urgente, andá a las Embajadas de Francia, España, México, Estados Unidos, Cuba, Checoeslovaquia, Unión Soviética, Canadá y a cuantas se te ocurran de América Latina. Siempre con la misma excusa, sos periodista y necesitás conocer el mundo. Creo que vas a estar un mes en Cuba o más. Hasta ahora te necesito como educador, andamos todavía con el Plan de Alfabetización y si se me ocurre otra idea te la digo en la isla.

Después de estas recomendaciones, me preguntó si sabía ingles o francés. Como no había aprendido este último idioma me aseguró que, cuando llegáramos a la Isla, me ponía un profesor para que me enseñara; él mismo ya estaba estudiando.

Luego, me dijo que iba a otra habitación a buscar a un miembro de su escolta. Volvió con un cubano grandote y me dijo:

> Este cubano te esperará en el aeropuerto de Cuba cuando nos avises el día que llegás. Supongo que será dentro de un mes. Él te llevará a mi casa. O a una casa. Cuando tengas todo listo acá, llamá a este numero telefónico —me entregó un papel con los números en su letra— y, en clave, decile cuándo llegás y la hora. Por ejemplo, si llegás el 20 de octubre a las 17 horas, sólo decís >*el campo está*

> *valuado en 102*
> *$710*
> , que al revés es el 201 017. Es sólo una precaución. Llamá desde un teléfono público e identificate como el dueño de una inmobiliaria cualquiera.

Todo entendido y sin más preámbulos, los tres nos despedimos con un abrazo.

Hice todos los deberes y en noviembre estaba en Cuba. Como estaba previsto, el cubano me pasó a buscar y —sin firmar papeles o pasar por aduana— subimos en un >*Jeep* en el que me llevó a una casa en la zona de El Vedado. Un caserón inmenso, quizás expropiado por los revolucionarios «barbaslargas».

Allí me fui a ver al Che, y conversamos tomando mate y fumando. Pasamos dos días en el lugar. El Comandante iba al Ministerio de Industria a la mañana y volvía al caserón a la noche.

Ya desde el vamos había una forma conspirativa en todo lo que sucedía. En medio de una de nuestras numerosas charlas, un poco intrigado, le pregunté cuándo iba a empezar yo a educar gente para la alfabetización.

Me miró un largo rato.

> Después de conocerte, tengo otros planes para vos. Espero que accedas a ayudarme…

Asentí sin dudar y él siguió hablando:

> Vas a ir con el capitán, que es el cubano que te esperó en el aeropuerto, y vas a recorrer una parte de Cuba, para que veas cómo es nuestra geografía. En un momento, el capitán te dejará en un pueblo cerca de La Habana, y tendrás que regresar solo a esta casa, sin preguntarle nada a nadie. Te dejaremos dinero y será de noche. Si te perdés preguntas adónde queda la Habana y me buscas en el ministerio de Industria. ¿Estás de acuerdo?

Por supuesto que lo estuve. Por el momento, ya sabía dónde estaba viviendo: todas las veces que había salido, naturalmente se me ocurrió ir armando un plano mental para poder regresar. Además, el nombre de la calle estaba en la puerta, y en el fondo había un improvisado polígono de tiro.

Si bien aún desconocía cuál era el propósito final del ejercicio, no me parecía difícil.

Salimos con el capitán. Primera mala medida de los cubanos como instructores: íbamos en un >*Jeep* descubierto. Tomamos la

carretera central y fuimos para el lado de Pinar del Río.

Mentalmente retuve la hora de salida, el primer cartel decía Marianao. Llegamos a las cercanías de un pueblo llamado Artemisa, nos internamos en una zona de montañas y desde allí —y antes de entrar en los altos cerros— pegamos la vuelta y fuimos en dirección contraria, o sea hacia Santiago de Cuba. Cuando pasó un determinado período me fijé en el reloj, miré para el costado izquierdo y se veían nítidamente los edificios altos de La Habana. Imposible perderse.

Seguimos una hora más de viaje, se hizo de noche y el capitán dio otras vueltas en un pueblo desconocido, me hizo bajar y me dejó solo.

El lugar como ciudad era bastante inhóspito, se veían unos bohíos y casas muy bajas, calculé que estaba a unas dos horas de La Habana. El lugar se llamaba Guanaba. Caminé hacia el sur y me encontré con un pantanal. Empecé a enojarme, me surgían imágenes mentales de yacarés y cocodrilos…

Volví sobre mis pasos; tomé una calle de >*macadán* [pavimento] y la seguí. Un avión pasó volando cerca. Seguí caminando a tientas pero siempre hacia el sur. Y no le erré, encontré la carretera central. Sabía que debía tomar el rumbo oeste y así, caminando, llegué a La Habana y al barrio El Vedado.

Volví molesto. Me irritaban las incertidumbres y hasta los miedos que me provocó la «prueba», que todavía juzgaba incomprensible.

No tuve miedo a perderme, sino a perder la vida allá en la montaña o ser devorado por los cocodrilos. Lo pensé muchas veces, y ya quería volver a mi país, a mi casa, a que nadie se mofara o me pusiera en difíciles condiciones con exámenes tontos.

Además, mi hermano me aseguró que iba como educador y ahora estaba metido en un confuso juego de pruebas conspirativas.

No me perdí en el campo, pero me costó encontrar la residencia pues no conocía las calles laterales, la noche estaba muy oscura y las residencias parecían todas iguales. Hasta que divisé el campo de tiro. Estaba en la parte trasera de la casa.

El primer bautismo

El Che y el capitán me estaban esperando, se rieron y me felicitaron. Tardé cuatro horas caminando en llegar. Reconocieron que sabían que llegaría pero suponían que esperaría la claridad del día.

El Che me miró serenamente y me habló:

> Bueno, *che*, sos callado, reservado, inteligente y tenés una mirada de distraído que engaña. Pero sos muy atento a todo. Te voy a encargar algunos trabajos especiales, comenzando en la Argentina. Allí será el teatro de acción por el momento y después avanzaremos. Pero primero hay que bautizarte y te enrolaremos en el ejército cubano, dado que ya veremos cómo y cuándo tendrás que volver. Pero busquemos un nombre, un seudónimo, ahora mismo. Lo estuve pensando y, en nombre de Camilo Cienfuegos, de Fidel Castro y del Che Guevara, yo te bautizo con el nombre de «Fernando Escobar Llanos».

El Che me demostró en esos días que me tenía respeto. No cariño, respeto. Y me escuchaba atentamente cuando le decía de qué forma se desarrollaba la política argentina en esos momentos y la historia del movimiento obrero.

Me mandó a la Argentina, pasando por Uruguay. Me dio un encargo verbal: debía llamar al misterioso teléfono de la clave que —después supe— pertenecía a su madre y le dijera que la esperaba ansiosamente.

Celia de La Serna Guevara Lynch me invitó a tomar el té en San Isidro. Allí la conocí, me confió que se iba a Cuba, que le indicara cómo llegar a Montevideo, porque así le había dicho su hijo Ernesto. Pasar «a la otra orilla» sin que nadie supiera cómo llegaba a Montevideo. Que confiaba en la ruta que yo le dijera y si la podía acompañar en el trayecto. Le contesté que yo sabía cómo llegar pero que necesitábamos un amigo con coche y que nos oficiara de chofer. Lo consiguió y fui marcando la ruta más apropiada. Guié un vehículo por ruta y llegamos a Montevideo pasando la frontera sin ningún tipo de control ni papeleo. La dejé en un hotel de la Avenida 18 de julio.

Con este primer viaje me fui convirtiendo en un experto en salir y entrar al país sin aduana, sin papeles y hasta sin documentos de identidad.

Comenzó la etapa de estudiar las mismas medidas en países limítrofes. El Che me giraba plata para los viajes de fin de semana. Estudié las entradas y salidas para Paraguay, Chile, Uruguay,

Bolivia y Brasil. Viajaba legalmente con mi pasaporte cuando era necesario y hacía notas periodísticas para el diario *El Mundo*.

Mi cabeza se llenó de mapas y planos, calles, avenidas, rutas, caminos de tierra, pueblos olvidados.

Siempre sólo en esos viajes de fin de semana. Nada de bebidas ni de mujeres, sólo cigarrillos y alguna copita de Fernet Branca.

No sabía para qué se usarían esas rutas, ni quiénes las usarían. No estaba en mis instrucciones.

Me compré una moto de marca, potente, y empecé a viajar con ella, entraba y salía de los pueblos y ciudades.

A través de Celia de la Serna me llegó la noticia de que debía ocuparme ahora de seguir estudiando francés.

El Partido Comunista

Empezó el año 1962.

Fue cuando me llamó mi hermano mayor y me dijo que vaya pensando en mi incorporación oficial a las filas del Partido Comunista Argentino.

Acá viene la parte más delicada de lo que cuento.

Acuñé una frase que por primera vez la usé con mi hermano: «¿tengo que dejar de hacer lo que estoy haciendo?». La respuesta fue concluyente: «de eso no se habla, ni conmigo ni con nadie. Seguí haciendo y trabajando en lo que te encargaron».

Y cumplí a rajatabla. Seguí haciendo lo que estaba haciendo para el Che.

A principios del año 1962, el Che me mandó a Europa y al África.

Pasé por El Cairo, Angola, el Congo, Tanzania. Fui a Praga, viví unas semanas en París practicando el idioma.

Siempre solo y viviendo austeramente. Sin mujeres ni amigos, sin comunicación alguna con ningún conocido fuera de mis tareas.

En uno de mis viajes a Francia, el Che me indicó que vaya a una dirección en Marsella y converse con una mujer que había sido condecorada por su labor en la Resistencia Francesa. El Che no la conocía, pero el contacto venía de los refugiados republicanos de la Guerra Civil en España, que ahora estaban en Cuba, y de una manera u otra estaban con la Revolución. Allá fui, me presenté

diciendo de parte de quién venía. Ella estaba al tanto.

Me quedé unos días en Marsella. Aproveché para estar en el puerto y conocer cómo salir de Francia cruzando el Mediterráneo para llegar a las costas del Norte de África. Ya dominaba en parte el francés y no me costaba, de paso, ir practicando posibles vías de entrada o de escape.

Nunca supe qué pasaba ni qué planes tenía el Che para el futuro, pero de tanto estar solo y meditar, sabía que era un hombre que no se quedaría quieto. No me equivoqué.

La militancia dentro del PC

A mediados de 1962, mi hermano mandó a un dirigente menor que se encargó de ubicarme dentro del partido. No lo nombro porque aún vive y no tiene importancia.

En la cocina de mi casa volví a usar la frase que me sacaría de varios apuros: «¿tengo que dejar de hacer lo que estoy haciendo?». Me preguntó qué estaba haciendo y le respondí con la verdad: «estoy haciendo trabajos de campo».

Por ese entonces todos sabían que muchos fines de semana me iba al pueblo de mis antepasados y como tenía dos caballos, «lo pasaba en el campo».

Este dirigente me contestó: «No hay problema, seguí haciendo lo que estás haciendo».

Nunca… hasta el día de hoy, se logró imaginar o logró saber qué tipo de «trabajo de campo» estaba haciendo.

Ni mi hermano ni el dirigente al que me recomendó me afiliaron al partido. Es decir, no me hicieron llenar y firmar formalmente la ficha de afiliación. Por lo tanto, nunca fui afiliado al Partido Comunista Argentino. Todos daban por hecho que era afiliado, y como nadie me preguntaba nada… así quedo la cosa.

Empecé a «militar» y cada tanto me veía con mi hermano mayor.

Milité los restantes meses de ese año.

Mi invitado juega con un papel doblado o enrollado, una y otra vez. Y retorna a su relato, en 1963.

Rumbo a Cuba

Un día, mi hermano me citó en una casa y me dijo que me tenía que ir a Cuba, como integrante de un contingente «especial».

Dejo de lado los detalles, pues ya es conocido que cincuenta comunistas fueron a Cuba a recibir instrucción militar, y que después la cifra se engrosó con otros contingentes.

Cuando arribamos al aeropuerto de Cuba nos estaban esperando los responsables del Comité Central del Partido Comunista Argentino ante el Gobierno de Fidel Castro: Gregorio Tavonaska y Víctor Zárate. También estaba en la estación aérea Alicia Eguren, esposa del >*Bebe* Cooke, preguntando por qué, o para qué, habían arribado tantos argentinos en menos de un mes. No hicimos aduana, nos metieron en un camión del ejército y nos llevaron justamente a la casa que yo requeteconocía en el barrio El Vedado.

Empezó la instrucción militar

Estuvimos unos días allí y nos visitó el Comandante Guevara y unos cuantos jefes guerrilleros que estuvieron con él en Sierra Maestra.

Uno a uno, los cincuenta le dimos la mano al famoso Che Guevara. Cuando me llegó el turno, nuestros rostros se mantuvieron inalterados. Lo único que hizo y que nadie notó, fue que me apretó dos veces la mano, como diciendo: *qué hacés, tanto tiempo*.

Nos dieron uniformes, nos enseñaron cuestiones de táctica, nos presentaron a los instructores y a los dos «comisarios políticos»; de vez en cuando venían antiguos coroneles y generales que habían participado en la Guerra Civil en España y nos daban aburridísimas charlas de «táctica y estrategia».

Después de unos días pasamos a un campo cerca de Guanabao.

Campo Cero

Las agencias *des* -informativas internacionales ahora dan a ese campo una importancia tremenda. Dicen que era el «campus de adiestramiento» de líderes terroristas y guerrilleros. Que por allí pasaron el Subcomandante

Marcos, *Tiro Fijo*, el *Chacal* Carlos, los Montoneros y miles de personas más.

En estos momentos hasta hay fotos aéreas sacadas con satélites espías. Pero en 1963 muy lejos estaba de todo esto.

Eran unos cientos de hectáreas con llanos y mucho follaje. Y nada más. La construcción era una cocina espaciosa, nada de baños, un tinglado con cincuenta hamacas y un pozo enorme que nunca supimos para qué servía, o sirvió.

Cerca de donde estábamos, algo así como mil metros, había otro campo similar donde otros hombres, de Honduras, recibían instrucción militar.

En algún momento vino la custodia (escolta personal) del Che a tomar lecciones con nosotros.

El régimen era muy estricto. Nos levantábamos temprano, gimnasia, defensa personal, desayuno y después a caminar y a la práctica de tiro al blanco. Almuerzo. Siesta liviana (siempre en hamacas). Y a caminar toda la tarde y parte de la noche.

Algunos días caminábamos hasta 50 kilómetros por día. Cruzábamos ríos, pantanos, arroyos, pequeñas estribaciones serranas y caminar… caminar.

Cada semana había un ejercicio de táctica y estrategia.

Se planteaba una situación de ataque guerrillero y aquel que teóricamente lo sabía resolver, se lo nombraba máximo jefe y podía formar el estado mayor con los hombres que creyera más hábiles.

Me cansé de ser segundo jefe y primer jefe. Y allá íbamos. Un grupo atacaba y el otro defendía. Todo en situación real, menos los balazos. Me hacían acordar a los juegos de vaqueros de mi niñez.

Los oficiales cubanos (instructores) venían siempre detrás de nosotros y cuando veían que el ejercicio decaía… ahí sí venían los balazos en serio. Al aire o contra los árboles, por encima de nuestras cabezas. Y gritando: «vamos, *che*, cabrones».

Nos bañábamos cuando llovía y las tormentas y semihuracanes que tuvimos que soportar eran serios y amenazadores.

Lo más aburrido era el almuerzo: pollo con arroz y bananos y —siempre— arroz y frijoles.

Mis conversaciones con el Che

Cuando estábamos en Campo Cero, el Che me mandaba a buscar a la noche, después de todas las actividades oficiales y un *Jeep* militar me llevaba a La Habana. Nos veíamos en el ministerio, en la residencia de El Vedado o en el consultorio de un dentista.

Nunca nadie del grupo me vio salir ni entrar. A veces me devolvían a Campo Cero a las cuatro de la mañana.

Por lo menos una vez cada quince días conversaba con el Che y planeábamos las tareas que tenía que hacer cuando terminara la instrucción.

En Campo Cero había dos «comisarios políticos» que habían estado en la Sierra Maestra con Fidel Castro. Ellos sabían que yo iba muchas noches a conversar con el Che y me cubrían si algún compañero preguntaba dónde estaba.

La síntesis de las conversaciones con el Che la voy a enumerar:

1. Alquilar o tener casas «refugios» en algunos países.
2. Horarios de todos los medios de transporte de algunos países en especial.
3. Que cuando el Che viaje a otro país, alguien lo esté esperando. ¿Quién es ese «alguien»?
4. Nombre de los dirigentes de izquierda confiables de los países a visitar; planear reuniones con esos dirigentes.
5. Nombre y datos del embajador cubano del país a visitar.
6. Planos de ciertos países. Mapas de algunas ciudades.
7. Cobertura de la Unesco.
8. Relación con la Orden de los Jesuitas.
9. Saber siempre qué es lo más difícil de las acciones.
10. Cómo entrar y salir de un lugar sin ser notado.
11. Cómo engañar a los servicios secretos.
12. Qué personalidad adoptar.
13. Pensar quién puede ser un delator.
14. Evaluar los alcances de la logística en general.
15. Qué medios de transporte son necesarios usar en cada caso.
16. ¿Quién gobierna el país a visitar?

Segundo bautismo: *Losojo* del Che

En una de esas noches, el Che mirando el techo y luego clavándome los ojos, lanzó una frase que aún resuena en mis oídos:

> Mirá, quiero que seas «el hombre invisible». Que nadie te conozca, que nadie sepa quién sos, que nadie te pueda mencionar, que «te diluyas» entre la gente y en los lugares que te pediré que vayas.
>
> Y aún en un futuro que no sabemos adónde nos conducirá, no aparecerás en ningún lado, porque nadie sabrá de tu existencia. No existirás. Es más, hay cosas, hechos revolucionarios que suceden en estos momentos y, por la discreción justamente revolucionaria, no te los cuento. Me sos muy necesario, tanto vos como otros, con otras tareas. Pero vos, Fernando, te convertiste desde hace unos meses atrás en «mis ojos». Por eso ahora te vuelvo a bautizar. Ahora sos «los ojos del Che». Ya habrás escuchado como hablan los guajiros cubanos, abrevian la frase, por lo tanto, te bautizo: el *Losojo*.

En el Congo

> Fernando pasa a recordar el Congo en 1965: era un revoltijo político, diversas fracciones armadas se disputaban el poder y los territorios.

Tanzania, cuya capital era en ese momento Dar Es Salaam, bullía con aspiraciones socialistas o semirevolucionarias.

Aires de independencia sacudían casi todo el territorio. Uno de los personajes que brillaba por su capacidad era el político Julius Kambarage Nyerere. En la parte insurreccional sobresalía el jefe Laurent-Désiré Kabila. Otros hombres también querían su tajada del poder político y militar.

Moisés Tchombe era la reacción, la llamada «derecha» del movimiento contra la independencia de Tanzania y del Congo. Gastón Soumialot, y otros acaparaban los hechos militares en las costas del gran Lago Tanganika.

El 20 de abril de 1965, sin mucha fortuna llega al Congo, luego de cruzar el Lago Tanganika desde Tanzania, el Comandante Guevara, *el Che*, en una odisea que se describe en el doloroso capítulo «El Congo. Crónica de un Fracaso» de *Pasajes de la Guerra Revolucionaria* (Sudamericana, 1999).

En esos meses, «Jack Dodelman» —nombre ficticio de un francés que según después supe era colaborador de la Unesco **[66]**— ayudaba al Presidente Nyerere desde su puesto en la diplomacia como también lo hacía ayudando a la incipiente revolución del Congo, cuya base político-militar se ubicaba concretamente en

Tanzania.

Con «Jack Dodelman», quien en realidad nunca supe cómo se llamaba, actuábamos como una suerte de «embajadores culturales», más concretamente ayudando a los planes de la Unesco, aunque nunca fui de la planta permanente de ese organismo.

Pese a que alguno pueda suponer que estuve mucho tiempo en el Congo por otras aventuras que después viví, mi trabajo para el Che fue de ayuda logística.

Este viaje lo conocía de memoria: Aerolíneas Argentinas, destino París; trasbordo en las aerolíneas de Egipto y, ya en El Cairo, trasbordo a un *Land Rover* para seguir la vieja ruta del Nilo hasta Ruanda, después Tanzania y finalmente el Lago Tanganika. Este *tour* carretero sólo lo hice una vez y cruzar el Sahara fue una tortura egipcia.

Por eso prefería la combinación aérea de El Cairo hasta los aeropuertos de Nairobi o Entebbe.

Todos trabajábamos bajo el paraguas protector de la Unesco, pero nadie especificaba a qué país representábamos o a favor de que país trabajábamos en el organismo mundial.

Los poblados o aglomerados tribales que conocí, que tuve que observar, mirar, escudriñar, caminar e interiorizarme por la vida de sus habitantes fueron: Barraca, Uvita, FICI, Lubonja, Lulimba, Kibamba, Kalimba, Bondo, Bucabu, Front de Force, Kalonda, Kibuye, Jungo, Kasima, y llegué hasta Kalemie (antes, «Albertville»).

Kalemie es un gran Puerto, cruzando el Gran Lago Tanganika diagonalmente se alza la ciudad de Kigoma en la actual República de Tanzania, que en idioma *swahili* se escribe *Jamhuri ya Muungand wa Tanzania*.

Estos poblados existen y quedan en un punto crucial entre las actuales localidades de Kalemie (Albertville), Kindú, Bukavú y Nyunsú (Kabalo), más al sur está el río Lukuga. Las actuales comunidades, años atrás, eran aldeas bantúes.

• • •

El *Losojo* calla de pronto. Sonríe y su risa es contagiosa, aún sabiendo que me está diciendo que no añadirá un punto más al

relato. Sé, aunque no asiente ni desmiente, que alguna logística también le encargó el Che a «sus ojos» en Bolivia. Pero de aquí no pasamos.

Apenas me indica «repasá lo que te dije de las conversaciones (instrucciones) mantenidas algunas noches cuando me escapaba de Campo Cero y fácilmente se identificarán las tareas, misiones y observaciones».

Me reitera que seguirá siendo «invisible», como le prometió al Che hace casi medio siglo, y que éste es el «segundo regalo» que me brinda. El primero —no necesita recordármelo— me lo entregó hace años, cuando cumplí mis 55: puso en mis manos una estrella roja del uniforme del Comandante.

El porqué pude conocer a este hombre increíble, lo sé. Lo que siempre me pregunto es qué cualidad, qué suerte, o qué casualidad llevó a que sellara con él la amistad que atesoro. Antes de irme, cuando volví —¿cuántas veces?— a preguntarle, pedirle, si finalmente escribiría la historia completa, simplemente sonrió. «Un adelanto, un borrador, para que te vayas entreteniendo», me dijo, y me entregó un paquete. Ya en soledad, lo abrí ansioso.

No era lo que esperaba, ni imaginaba: el manuscrito, anillado, con correcciones a mano, lleva un título imposible de desatender u olvidar —sobre todo si uno recuerda su mención de esas «otras aventuras que también viví»—: «Memorias de un Cazador de Hombres».

• • •

2.4 Cuando el *Losojo* fue «sidi[67]»

No fue la única «exclusiva» que me dejó. Al manuscrito de Fernando Escobar Llanos lo acompañaba la fotocopia de una carta, escrita en francés, por el hijo del jefe de una de las tribus bantúes de la zona que recorrió el Che.

Adjunta, la traducción, y la aclaración de que se trata de la «Carta de Mobute Seco Dahoney recordando al *Losojo*, parte de una misiva entregada a "Dodelman", que tardó muchos años en llegar a mis manos».

Éste es su texto.

> … Todos dicen que vino en 1965, pero para mí estuvo unos meses antes estudiando el terreno. Se quedó unos días y se fue muy rápido. Después, con los años, me enteré que era el internacionalmente conocido Comandante Ernesto *Che* Guevara. Yo tenía unos 15 años. Mi padre era el Gran Jefe de la aldea.

El Che Guevara empezó a atender como médico a los niños y después a las mujeres. Iba acompañado por otro doctor cubano, y por un militar de Laurent Desiré Kabila y un grupo de congoleños armados hasta los dientes.

> Recién después de las revisaciones médicas, mi padre lo condujo al Comandante Guevara hasta dónde estaba esperando el francés «Dodelman». Cuando vio al *sidi*, el Che lo abrazó y preguntó por el *Losojo*.

Yo escuchaba. Y nunca había escuchado ese nombre raro. «Dodelman» le contestó que el *Losojo* estaba adentro de una choza y enfermo. El Che se largó a reír y le dijo que lo levantaran, que quería saludarlo de parado. «Dodelman» también se rió y se metió en la choza. En un santiamén vi aparecer en la puerta de la choza al *Losojo*. Cuando vio al Che, largó una carcajada y se abrazaron como dos hermanos. No entendía cómo era que se conocían. Y años más tarde se lo pregunté a mi padre, quien se mostró cauteloso en sus respuestas. Pero me confirmó algo que ahora estoy dispuesto a recordar.

El otro *sidi* era el *Losojo*.

De algo estoy seguro, nadie conocía al Comandante Che Guevara y para nosotros era un hombre blanco que venía como médico a curar a los chicos y mujeres. Esa tarde, el Comandante Che Guevara, «Dodelman», mi padre y el ahora *Losojo*, se reunieron en una choza y nadie pudo entrar. Afuera quedó un hombre grandote armado y con las indicaciones de no dejar pasar a nadie.

Al militar de Kabila también lo hicieron quedar afuera. Este guardia, pese a ser negro, debía ser extranjero, porque no hablaba ni francés ni *swahili*. Estuvieron más de ocho horas sin salir. Esa noche se quedaron a dormir. Como no llovía tendieron unas hamacas de lonas entre los árboles y siguieron conversando. Esa noche mi padre hizo reforzar las guardias. Yo seguía espiando. Casi no comían nada. Tomaron café y bebían agua. Todos fumaban en pipa. A la noche los acompañamos hasta el primer desfiladero.

El *Losojo* estaba mejor de salud y quiso acompañar a la delegación. Todo el largo camino lo hicimos de noche. Mi padre encabezaba la comitiva. Los dos *sidi* y el ahora ya reconocido Che Guevara, hablaban en una lengua extraña con sonidos muy hermosos.

Después supe que era el idioma español. «Dodelman», siempre gracioso, también hablaba el español.

Me cautivaba el gesto y la actitud de los hombres del Che. Después supe que eran comandantes y oficiales cubanos. Se mostraban expectantes y alertas.

Mi padre los guiaba con cariño y seguridad.

Cuando llegamos al primer desfiladero, a la comitiva del Che se incorporaron unos veinte hombres más, que seguro tenían la orden de esperar en ese lugar. La despedida fue más formal. Eran muchos los hombres que miraban la escena de los saludos. Los *sidi* le dieron la mano a todos. Cuando llegaron frente al Che, se saludaron con una frase: «Hasta la victoria… siempre». Esta frase me fue traducida años después, recordando ese momento, por el *sidi* «Dodelman», que me la tradujo al francés. Hoy puedo recordar todas estas escenas, que se volvieron a repetir tres días después. Nuevamente el Comandante Che Guevara estuvo en la aldea y nuevamente volvieron a reunirse con «Dodelman».

El *Losojo* ya no estaba.

Le pregunté a mi padre por qué se había ido. Me miró muy seriamente

y me dijo: «hay cosas que no se preguntan».

3. Aquéllos fueron los días…
La militancia de los años 70

«Yo también nací en el 53
y jamás le tuve miedo a vivir.
Me subí de un salto en el primer tren
hay que ver en todo he sido aprendiz.

No me pesa lo vivido, me mata la estupidez
de empezar un nuevo siglo
distinto del que soñé.

Yo también nací en el 53.
Yo también crecí con el Yesterday.
Como tú, sintiendo la sangre arder
me abrasé sabiendo que iba a perder
siempre encuentras algún listo
que sabe lo que hay que hacer
que aprendió todo en los libros
que nunca salió sin red.

Qué te puedo decir que tú no hayas vivido,
qué te puedo contar que tú no hayas soñado.

Yo también nací en el 53.
Y soñé lo mismo que sueñas tú
como tú no quiero mirar atrás
sé muy bien que puedo volverme sal.

Siempre tuve más amigos
de los que pude contar
sé que hay varios malheridos
que esperan una señal…».

Analizar la militancia de nuestros días sin rescatar y recordar la del pasado es un error que solemos cometer cuando somos jóvenes.

Los relatos que voy a compartir con ustedes —de valiosas luchas y verdades de los años 70— cumplen un poco la función de contribuir a ese rescate. Pero no ha sido realizar esa tarea lo que me impulsó a escribir este libro. Casi todas las historias que aquí comparto versan sobre hechos que han sido totalmente ignorados por la historia oficial, e incluso por la que pretende reivindicar la época.

Curiosamente, o no, quienes escriben ésta —llamémosla— «historia de reivindicación» eluden, casi con precisión quirúrgica, fenómenos de enorme importancia que se produjeron en la tumultuosa década de 1970; sucesos, historias, que no se consignan ni analizan.

Uno de esos fenómenos fue la primera conquista de unir a las Juventudes Políticas Argentinas (JPA) y las acciones conjuntas que realizamos los compañeros de cada partido, durante la dictadura iniciada en 1966, luego frente a los primeros esbozos del terrorismo de Estado durante el tercer gobierno peronista, y finalmente su reconstrucción durante la dirección militar del terrorismo de Estado.

Pese a que fue triste y dolorosamente abandonada, la unión de las Juventudes Políticas Argentinas es un acontecimiento digno de análisis historiográfico o político en cualquier obra que trate aspectos de la militancia en aquellos años, en cualquier revisión de la historia de los partidos políticos: las juventudes de más de una decena de partidos políticos unidas, pese a las profundas diferencias que nos separaban a los compañeros de cada fuerza.

Desafiando las viejas estructuras partidarias, no dudamos en plantearnos —unidos, sin vacilaciones— que la opción era «Liberación o Dependencia», y con ella como bandera, encaramos múltiples acciones conjuntas.

Otro de esos fenómenos está constituido por las luchas populares en sí. Desde «el Onganiato» hasta Lanusse; desde Cámpora hasta la actual democracia, pasando por la brutal dictadura que asoló al país entre 1976 y 1983. No todos fueron hechos resonantes (como algunos de los protagonizados por las organizaciones armadas), sino centenares —me atrevo a hablar de miles— de pequeñas y grandes

luchas. En las fábricas, en los barrios, en los colegios y universidades. Ellas fueron ocultadas por los medios de la época, pero tampoco aparecen relatadas en los libros de historia o de investigación.

De alguna forma, en este espacio, son el hilo conductor con el que pueden recorrerse las páginas de «Aquéllos Fueron los Días», rescatando, al menos parcialmente, del olvido a tantos luchadores anónimos; muchos de los cuales pagaron con su vida una huelga, una toma de fábrica, una pintada, la impresión de un volante o el repartir una revista estudiantil…

De todas maneras, quienes estamos dispuestos a aportar aquí y ahora, en estas condiciones concretas del país y del mundo (aunque nuestro sueño no se agota en este capitalismo senil, sino que sigue apuntando a una sociedad sin explotadores ni explotados), seguiremos buscando —en la práctica, aún en el error— cuáles son los mejores caminos para «La Militancia en el Siglo XXI», un último capítulo, pero que escribimos día tras día.

3.1 Medios, poder y militancia

• 21 de marzo de 2009•

En estas cuatro décadas largas, muchos hechos sucedieron en nuestra patria —no pocos de ellos significativos— que no figuran en las páginas de los grandes medios, un tema que estalló con fuerza con la campaña que desataron, aún mantienen y mantendrán contra la *Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual*.

Tuve participación en algunos de esos sucesos, de los cuales estos medios masivos nunca publicaron —como no publican ahora— una línea, lo que es un ejemplo claro del limitado concepto que tienen de «libertad de prensa» y «de expresión», en su caso simplemente la «libertad de *empresa*», es decir de sus propios intereses y objetivos.

Una excepción a la conducta general que acabo de describir se produjo cuando renuncié al Comité Central del PC, en 1990. El entonces recientemente incorporado periodista de Clarín, Daniel Santoro —quien hoy pretende dictar cátedra de Ética Periodística— consignó la noticia [68], pero violando groseramente en su nota el *off the record*.

Cualquier periodista sabe lo que tantas veces le repetí a mis alumnos de la materia Ética y Periodismo en la Universidad de Palermo: es parte de la «ética», de la conducta moralmente correcta del periodista, preservar las preferencias del entrevistado o fuente en relación a lo que dice *en on* (sea información extra o sus datos personales, el periodista es libre de publicarlo) y lo que dice *en off* (cuando el entrevistado indica que cierta información, incluidos nombre y apellido se mantengan en secreto).

Se trata de un principio ético central, con justificaciones que van desde lo deontológico (teniendo en cuenta los intereses de quien de buena fe nos ha brindado información y nuestra promesa de no traicionarlo) hasta lo teleológico (teniendo en cuenta los intereses de la circulación de información entre, hacia y para los

periodistas).Ante mi renuncia al PC, todos los medios lo respetaron, en la cobertura de aquel suceso (desde *Página 12*[69] hasta, nada menos, que *Ámbito Financiero*[70] y *El Cronista Comercial*[71]). Todos los medios, excepto el de Santoro, a quien en esa época, de seguro, le preocupaba más ascender en el escalafón —lo que logró con creces— que torturarse acerca de los valores.

Pero continuemos con el relato.

Entre 1968 y 1969 fui dirigente del Centro de Estudiantes del Colegio Nacional Mariano Moreno. En ese carácter encabecé, junto a otros compañeros, una protesta con corte de calles y marchas (entre otras acciones) que duró una semana. Nos manifestábamos en contra de la implementación de un nuevo plan de estudios, claramente antipedagógico y restrictivo.

Se trató de la primera protesta estudiantil del nivel secundario que se produjo durante la dictadura a la que sus autores dieron el nombre de «Revolución Argentina». Los estudiantes que participamos fuimos sancionados con faltas y amonestaciones que nos pusieron al borde de quedar libres. Todos estos hechos y acontecimientos los denunciamos en la redacción de los medios masivos.

Ni una línea en los grandes medios del sistema.

En 1969, los dirigentes del Centro de Estudiantes organizamos una movilización de repudio a los asesinatos de los estudiantes Juan José Cabral, en el Correntinazo, y Adolfo Bello, en el primer Rosariazo. Logramos convencer a los estudiantes secundarios de colegios públicos (mayoría en esa época) —y se sumaron, por iniciativa propia, algunos privados— de la Capital de llevar, durante varios días, cintas negras en la solapas de los sacos de los varones y en los guardapolvos de las chicas; dentro y fuera de los colegios. También organizamos actos de protesta en las puertas de los colegios, antes de la entrada a clases. Se informó, se visitó las redacciones.

Ni una línea en los grandes medios del sistema.

Durante la misma dictadura, aunque ya desde el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la UBA (CEFyL) —donde cursaba Sociología—, participamos con otros dirigentes políticos y estudiantiles en un vasto movimiento nacional contra el examen de ingreso, con múltiples luchas que fueron reprimidas por las fuerzas

de seguridad en todo el país.

Durante una de aquellas acciones represivas fui secuestrado y golpeado salvajemente por una patota policial, hecho que denuncié personalmente en las sedes de los medios, con mi nombre y apellido (incluido el número y la exhibición del documento de identidad, como éstos exigían).

Ni una línea en los grandes medios del sistema.

En democracia, en los días de Isabel Perón, compañeros de la Federación Juvenil Comunista (FJC), entre los que me encontraba, realizamos infinidad de denuncias de secuestros de compañeros, luego asesinados por la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), que fueron ignoradas, facilitando el desenlace final.

Durante la última dictadura militar, como dirigente de la FJC me tocó participar en la reconstrucción de las Juventudes Políticas Argentinas (JPA) con otros jóvenes dirigentes peronistas, radicales, intransigentes, socialistas y democristianos. Protagonizamos valientes iniciativas en medio del terrorismo de Estado: reclamo de libertad de los presos y desaparecidos, y realizamos el Seminario Juvenil de la APDH, que instaló —nacional e internacionalmente— la consigna de «el delito de ser joven», pues jóvenes eran la inmensa mayoría de los secuestrados.

Las JPA apoyaron el trabajo «a tristeza», forma de lucha adoptada por los trabajadores en tanto la dictadura había prohibido las huelgas. Sin democracia, bajos sueldos y atropello a las conquistas laborales de décadas pasadas, se protestaba en el lugar de trabajo pero «con tristeza»; es decir, sin hacer casi nada.

Sólo para citar algunas de las acciones de las JPA durante este mismo período, vale la pena comentar que participamos activamente en las movilizaciones sindicales a San Cayetano por «Pan, Paz y Trabajo» —durante las cuales completábamos la consigna con «… ¡la Dictadura abajo!»—; encaramos acciones por la paz en el Beagle, para lo que conformamos una multisectorial; organizamos un movimiento de solidaridad con la lucha antisomocista en Nicaragua; repudiamos el intento de arancelamiento en la Universidad de Buenos Aires y el cierre de la de Luján; convocamos a la reorganización de los centros estudiantiles —secundarios y terciarios.

De la misma manera que los movimientos, marchas, protestas y

delitos contra militantes que he descrito en esta nota, desde las JPA adelantamos detalladamente a todos los medios cada una de nuestras iniciativas. Luego reforzamos la difusión mediante comunicados de prensa y visitas a los medios.

Ni una línea en los grandes medios del sistema.

En 1976, poco después del golpe de Estado, asumí como Jefe de Redacción de *Prensa Latina* en Buenos Aires, cargo que compartía con el periodista uruguayo Aram Aranhonian, acompañados por dos poetisas exquisitas, ambas de apenas más de 20 años, de gran talento y valentía: Leonor García Hernando, fallecida prematuramente, y Alicia Genovese. Fuimos la primera agencia de noticias que emitió la *Carta de Rodolfo Walsh a la Junta Militar*[72], contenida en el boletín del *ANCLA*. Como es sabido, el periodista militante había logrado enviarla antes de ser emboscado por un grupo de tareas.

Me consta que la misma denuncia también fue emitida, con diferencia de horas, por la *Associated Press (AP)*, la *Agence France Presse (AFP)*, la *Inter Press Service (IPS)* y la *Agenzia Nazionale Stampa Associata (ANSA)*, y que nuestros adalides de la libertad de prensa la conocían. Supieron de la carta, y si hubiera alguna duda recibieron los cables noticiosos que les enviaron estas agencias internacionales, a las que contrataban para su servicio diario.

Ni una línea en los grandes medios del sistema.

Casi dos años después, el 28 de noviembre de 1979, un joven periodista, Román Mentaberry, fue asesinado en la redacción clandestina del semanario *Informe* (del Partido Comunista). Román pertenecía a *la Fede*. Fue literalmente ahorcado con su propio cinturón y dejado en condiciones que no quiero recordar.

Luego de confirmar el crimen, coordinamos con Francisco *Cacho* Álvarez (revista *Imagen*) y Eduardo Duschatzky (semanario *Informe*) para impedir que cualquiera de los nuestros volviera a las redacciones, que, ya sabíamos, estaban bajo vigilancia policial.

Otro periodista, Arturo Marcos Lozza, tuvo que «dar la cara» para denunciar el crimen y rescatar el cuerpo de nuestro compañero, a raíz de lo cual fue encarcelado por mucho tiempo, y sufrió largos interrogatorios.

Román no era la primera víctima por la que salíamos a dar

pelea. Tampoco sería la última: sólo en el PC —sin contar a los compañeros que militaban en otros partidos u organizaciones, o individuos que no tenían militancia alguna—, hubo 1500 compañeros detenidos y 500 secuestrados. Más de 150 de ellos permanecen «desaparecidos».

Al igual que en los demás casos, en el de Román, hicimos la denuncia judicial, redactamos el comunicado de prensa, lo entregamos —con riesgo personal— en las redacciones.

Sin embargo, en este caso particular, estábamos ante el ataque a dos medios de prensa y el asesinato de un periodista en su lugar de trabajo. Pero ni la Asociación de Empresas Periodísticas de la Argentina (ADEPA), ni la —ahora tan sensible— Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) tuvieron la dignidad de pronunciarse. Tampoco lo hicieron con ninguno —salvo puntuales casos aislados— de los 132 periodistas secuestrados y asesinados durante la última dictadura militar.

Ni una línea en los grandes medios del sistema.

Parece que, entonces, no había «hostigamiento», ni «presiones», ni «peligro» para la libertad de prensa y expresión.

Con Alfonsín, Menem, De la Rúa, Duhalde, Kirchner y Cristina Fernández la historia es más conocida. No publican nada que afecte sus intereses. Sí —aunque sólo en la medida que «cumplan» con sus exigencias— a quienes, en cada coyuntura, han decidido apoyar para negociar mejor en su provecho.

Sólo para citar el más reciente, puedo relatar la grave denuncia que realicé contra Elisa Carrió —casualmente feroz cuestionadora del proyecto de la nueva ley en el ámbito de la comunicación audiovisual— en febrero pasado [2009], por su imperdonable declaración negando los crímenes de 35 años de dictadura de Stroessner en Paraguay.

Fue ignorada.

En marzo, la diputada Silvia Vázquez, del Partido de la Concertación, acompañada por sus colegas Agustín Rossi, Silvestre Begnis y Claudio Morgado entre otros, presentaron un proyecto de repudio parlamentario al «negacionismo» de los genocidios; desde el Holocausto al armenio, sin dejar de lado el de los pueblos originarios —y mencionando expresa y detalladamente el caso de Carrió— en presencia de familiares de las miles de víctimas del país

hermano. La conferencia de prensa se realizó en la Cámara de Diputados, al lado de su sala de prensa.

Ni una línea en los grandes medios del sistema.

Ahora tenemos un proyecto para reemplazar la Ley de Radiodifusión de la dictadura. Un texto que recoge las aspiraciones, o promesas incumplidas, de la mayoría de los partidos políticos argentinos —entre ellos el PJ y la UCR—, durante las campañas para las elecciones de 1983 [73] .

No es ni más ni menos que el reclamo de centenares de organizaciones, surgido de un debate que incluyó universidades, gremios, organizaciones no gubernamentales y de derechos humanos en éstos más de 25 años. Fue sintetizado en el documento que se conoce como «Los 21 Puntos», y que —aún durante este gobierno [74] — siguió siendo reclamado por la Coalición por una Radiodifusión Democrática.

Y eso no es todo.

Se informa que ese proyecto, con toda esa historia en sus artículos y disposiciones, no va directamente al Congreso, sino que vuelve previamente a la sociedad, para ser nuevamente debatido y enriquecido. Recién entonces llegará al Parlamento: con la mayor participación posible de los interesados y de toda la ciudadanía.

¿Qué metodología de elaboración y sanción de una ley es más democrática y abierta a la libertad de expresión que la propuesta de la que se ha hecho eco el actual gobierno?

Muchas críticas vacías, pero de esta historia, también: ni una línea en los grandes e intencionados medios del sistema.

Está claro que, ni al grupo de Magneto-Noble, ni al matutino fundado por Bartolomé Mitre —comandante del extermino de cinco sextas partes del total de nuestros hermanos paraguayos en la Guerra de la Triple Alianza (para nombrar los «buques insignia» de esta campaña)— les interesa la libertad de expresión, o la de prensa.Sólo la de *empresa*. Y, más concretamente, la de *sus* empresas.

La libertad de prensa y de expresión no les interesa ahora, como tampoco les interesó durante gobiernos dictatoriales, o democráticos previos. De hecho fueron, en muchas oportunidades, herramienta para el impulso y posterior «legitimación» de los golpes de Estado.

Ante este cuadro, ¿a qué se refieren con *libertad de prensa* y *libertad de expresión* el coro derechista que reclama por las «amenazas» contra ella? ¿A qué se refieren cuando la propia Elisa Carrió ha afirmado que «No tendremos problemas en defender a los grandes grupos económicos si es para defender la *libertad de prensa*»?

La frase suena tan absurda y contradictoria como si hubiera dicho «No tengo ningún problema en apoyar a la Junta de Comandantes si es para defender a la democracia del ataque subversivo».

Lo que sí se comprende con más claridad, a la luz de exclamaciones como ésta, son su defensa del criminal Stroessner, su paso como funcionaria judicial de la dictadura en el Chaco que sufrió la Masacre de Margarita Belén. En este período, Carrió no sólo ocupó un cargo en el Poder Judicial. También fue ascendida.

Quizás, por una vez, mi experiencia personal —que coincide, en esencia, con la de centenares de dirigentes y luchadores, cuyas acciones y opiniones no fueron del gusto o del interés de estos medios— aporte al necesario análisis académico una nueva visión de los hechos concretos que vivimos durante aquellos años.

3.2 A 30 años de la vista de la CIDH: Juventud y Dictadura

• 7 de septiembre de 2009•

En estos días se conmemoran 30 años de la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) a nuestro país. Pretendo hacer un homenaje a quienes actuaron heroicamente en aquellos tiempos en los que en el país reinaba el terror, compartiendo con ustedes historias ocultas y ocultadas, con buena o mala voluntad, que significan un aporte a la reconstrucción de la memoria colectiva.

«Visita»… Un sustantivo más que limitado para indicar todo lo que significó ese viaje de la CIDH a la Argentina, y lo que desató entre todos aquellos que habíamos luchado contra el terrorismo de Estado; que seguíamos luchando, que habíamos perdido a tantos seres queridos.

La fecha oficial con la que se conmemora la presencia de la Comisión en la Argentina es el 6 de septiembre. Sin embargo, esa presencia hubiera sido imposible sin una serie de preparaciones previas sobre las que poco, o nada, se conoce.

Desde mayo de 1979, los dirigentes y militantes de las Juventudes Políticas, junto con todas las organizaciones que también enfrentaban los crímenes de la dictadura, comenzamos a desplegar una serie de acciones continuas con el fin de enfrentar la presión de los militares para que la Comisión suspendiera su viaje a nuestro país.

En julio de ese año, llegó a Buenos Aires el Secretario de la CIDH, Eduardo Vargas Carreño, para ajustar la agenda de la visita del organismo. Las fuerzas que combatíamos al terrorismo de Estado ya habíamos recibido claros mensajes de amenaza para evitar cualquier colaboración con la comisión. Según el entonces Ministro del Interior Albano Harguindeguy, cualquier conducta en este sentido pondría fin al «diálogo» que él mismo venía

anunciando y que, en teoría, abarcaría desde la derecha hasta la izquierda, con límite extremo en el Partido Intransigente (PI).

Los medios gráficos de comunicación de la época transmitían, con obsecuencia, mensajes similares. Desde exabruptos con clara tendencia fascista de *La Nueva Provincia* o *Cabildo* hasta exhortaciones con el —advirtamos— ya viejo discurso del atentado a los intereses republicanos de *La Nación*. En plena dictadura el matutino publicaba que la visita —nada menos que de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos— obligaría a que «el arco de la política argentina se ponga en tensión» y la reacción ante ella mostraría el compromiso de cada uno «en relación a la lucha que las FF. AA. han librado contra la subversión», lo que constituiría un punto de «referencia insoslayable (…) con relación al desenvolvimiento ulterior del país [75] ».

También desde el Ministerio del Interior se lanzó una abierta ofensiva para intimidar y aislar a las organizaciones de derechos humanos, que tendría un fuerte efecto en las víctimas o los familiares de las víctimas de la dictadura que no estaban enmarcados en ningún tipo de agrupación. Varias organizaciones de derechos humanos fueron allanadas ilegalmente y se les secuestró material fundamental que empobreció o impidió varias denuncias.

Uno de los casos fue el de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH). Con el pretexto de una presunta «incitación al falso testimonio», el juez federal Martín Anzoátegui dispuso un operativo en el que se secuestró una lista de 3000 personas desaparecidas. El listado no se consignó en el acta de allanamiento.

Ante la forma en que venían desarrollándose los acontecimientos, varios dirigentes de las Juventudes Políticas organizamos, para el 13 de julio, una Multipartidaria Juvenil. Pese al clima de represión, persecución y amenazas, logramos convocar a más de 100 jóvenes dirigentes, políticos y sociales, en el Rincón Andaluz porteño, situado en Carlos Calvo 3745.

De la discusión de esa jornada surgieron iniciativas como las «comisiones de solidaridad»: centros estudiantiles, clubes de barrio y núcleos sindicales tenían la misión de reconocer, apadrinar, proteger y acompañar a los miles de familiares que decidieran ir a denunciar casos ante la CIDH. Sólo en Capital se formaron más de 80 de estas comisiones. Más de 100 en la provincia de Buenos Aires.

Este mecanismo de autoprotección entre compañeros permitió más fácilmente plantarle cara al terrorismo de Estado y dar a conocer muchos casos —esenciales para acciones posteriores de la propia Comisión, e incluso, más tarde, de la CONADEP— que, de otra manera, se hubieran perdido.

Ya con la Comisión en la Argentina, varios dirigentes realizamos el *II Seminario Juvenil de la Asamblea Permanente por los Derechos* Humanos (APDH), donde se dejó constancia de 5470 denuncias de secuestros (en su mayoría, de jóvenes y, entre ellos, trabajadores). Por primera vez levantamos la consigna de denuncia a la dictadura militar por instaurar «el delito de ser joven».

Con documentación sobre esos momentos perdida o destruida, me es imposible convocar a la memoria todos los nombres de quienes allí estuvimos. Sin embargo, algunos aparecen. Como integrante de la Comisión de Relaciones Políticas de la FJC compartí esos momentos junto a dirigentes juveniles de otras organizaciones, como Nilda Garré y Juan Pablo Unamuno (peronistas); Marcelo Stubrin y Federico Storani (radicales); Martín Andicoechea y Roberto Garín (intransigentes); Mario Mazzitelli y Eduardo Lázara (socialistas populares y unificados, respectivamente); Carlos Bermúdez (católico); Marcelo Marcó (FUA); Marcelo Arbit (FUBA); así como Patricio Echegaray, Francisco *Pancho* Delgado y Ángel Castañeda.

Nos une el haber compartido juntos objetivos en esos días vertiginosos, más allá de nuestras diferencias en ese entonces y de las que surgirían luego, a partir de los destinos políticos y comportamientos personales posteriores de muchos de ellos.

Las entrevistas con el presidente de la CIDH, Andrés Aguilar, y otras autoridades del organismo, en el edificio de Avenida de Mayo 760 (donde hoy funciona una dependencia de la Procuración General de la Nación y —paradojas de la historia— en uno de sus pisos, la Unidad Fiscal de Coordinación y Seguimiento de las Causas por Violaciones a los Derechos Humanos cometidas durante el terrorismo de Estado) tenían la presión emocional de la impactante imagen de cuadras —seis, ocho, a veces diez— de familiares para realizar sus denuncias, desafiando la presencia de los tenebrosos *Falcon*, y las fotografías diarias a los encolumnados que tomaban los *grupos de tareas* que los ocupaban.

En lo personal, me enorgullece haber colaborado en la investigación que desembocó en la primera denuncia de violación a los derechos humanos ante la Comisión: la del caso de Inés Ollero, joven militante de la FJC, secuestrada en 1977. El caso fue el puntapié inicial para las más de 5580 acusaciones presentadas.

Pese a las presiones, finalmente una gran parte de los partidos políticos democráticos pusieron su cuota —y su presencia física— para romper la maniobra de aislar a los organismos de derechos humanos, avalando las miles de denuncias realizadas por familiares en causas de violaciones a los derechos humanos. Esto permitió que, por primera vez, saliera a la luz el grado de generalización en el territorio y sistematicidad de los delitos del terrorismo de Estado en la Argentina.

Paradójicamente, también se reveló la extensión y el grado de organización que había alcanzado el movimiento de derechos humanos, y por el Estado de Derecho, en el país.

«La Comisión ha llegado a la conclusión de que, por acción u omisión de las autoridades públicas y sus agentes, en la Argentina se cometieron —durante el período 1975 a 1979— numerosas y graves violaciones de fundamentales derechos humanos reconocidos en la Declaración Americana de Derechos y Deberes del Hombre», señalaba el informe elaborado por el organismo.

En otra de sus conclusiones, la CIDH planteaba que «en particular, la Comisión considera que esas violaciones han afectado el derecho a la vida, a la libertad personal, a la seguridad e integridad personal, de justicia y proceso regular», y puntualizó acerca de las «violaciones a la libertad de opinión, a los derechos laborales y políticos». Videla lo rechazó y lo censuró, pero en 1980 fue publicado en el exterior[76].

Puntadas de un hilado de la memoria colectiva apenas iniciado. Memoria que es presente, cuando el envalentonamiento de los sectores retrógrados —enquistados en la Justicia— tiene su base en una ofensiva para frenar el proceso de juzgamiento de los crímenes de la dictadura cívico-militar.

Ahora no se limitan a trabar los juicios al terrorismo de Estado, sino que buscan consagrar jurídicamente la impunidad, impulsados por los grupos que promueven —y actúan— para que un «futuro Gobierno» haga realidad sus sueños.

3.3 Mineros: luchando por la vida; respirando la muerte

• 14 de octubre de 2010•

Pasados 30 minutos del jueves 14 de octubre de 2010, todos festejamos el rescate de los 33 mineros chilenos enterrados por la avaricia de un régimen que basa su riqueza en la explotación del hombre por el hombre.

Informan, pocos, que uno de los rescatados es albañil y fue a la mina por el doble de su salario, entonces de 200 dólares mensuales, al momento del «accidente» —de 400, poco menos que 1600 pesos argentinos—. Que uno de ellos tiene silicosis. O que el último en salir, por decisión propia y con su puño izquierdo en alto, es su líder indiscutido: *el Capitán* Luis Urzúa, hijo de un comunista asesinado por la dictadura de Pinochet, y cuyo padrastro socialista siguió la misma suerte.

Varios amigos, que recuerdan una lejana experiencia personal, me piden que denuncie cómo realmente viven, y mueren esos mártires anónimos. Y no puedo evitarlo: pienso en otro octubre, en 1982, en La Paz, Bolivia, donde fui invitado a la asunción presidencial en la frustrada esperanza que representó Hernán Siles Suazo.

Pocos días después pude convivir más de una semana con hombres y mujeres muy parecidos a esos trabajadores chilenos, en el campamento de la legendaria mina de Siglo XX.

Entonces, como ahora, 28 años después de aquel octubre de 1982, alegría y orgullo mezclado con rabia e impotencia, me dictaron el relato[77] cuyas páginas —ya amarillentas en mis manos— transcribo aquí para compartir con ustedes:

> Hay que conocer un campamento minero para descubrir cuánto pueden extremarse los sufrimientos del hombre.

La pobreza en las minas tiene su propio cortejo en medio de una naturaleza vestida de gris, envenenada por el mineral que

contamina el vientre de la montaña, barrida por un frío que a veces supera los 14 grados bajo cero.

Allí, a cuatro o cinco mil metros de altura, la riqueza del mineral se transforma en muerte y miseria; en ese frío, en el regazo de la montaña, donde ni la cizaña se atreve, trabajan los mineros.

Desde Oruro, no sin mucho de emoción llegamos a Siglo XX, el legendario escenario de mil y un combates mineros, el de las masacres que se remontan a principios de siglo y continúan como un hilo rojo en el 65, en el 67, en el 71.

Siglo XX, el sindicato, los mineros que —dinamita en mano— enfrentaron a ejércitos bien armados y desde el socavón de la mina amasaron la derrota de tantas dictaduras. Siglo XX se llamó una de las principales vetas explotadas por la Compañía Estañífera de Llallagua y luego por la Patiño, propiedad de Simón Patiño, quizá el más tenebroso de los «barones» del estaño.

El nombre lo han hecho suyo el campamento de viviendas que se formó alrededor de la mina, vecino a la población de Llallagua, y el sindicato de mineros fundado en 1941, en el que se agrupan 3000 de los trabajadores de la empresa Minera Catavi, hoy parte de la minería nacionalizada.

El campamento está alineado con la simetría de una prisión; allí viven hombres que muchas veces son bachilleres, en su mayoría mineros de segunda generación, hijos de los campesinos pauperizados que se volcaron a las minas en busca de trabajo.

Obreros con los cuales en el mismo socavón de la mina hablamos, de igual a igual, de lucha y de esperanza, de plusvalía y explotación, de liberación y socialismo. Obreros que difícilmente superan el promedio de vida de 40 años que alcanzan los mineros, quienes a los 31 ya son viejos.

Paramos en la casa de Emil Balcázar, *Ruli*, dirigente de la Juventud Comunista, de Siglo XX, apenas 32 años y veterano de la resistencia al golpe del General Luis García Meza, conocido en la historia como *el Narcodictador*, por los fuertes vínculos de su gobierno con el narcotráfico. Ex Secretario del Sindicato Mixto (obreros y empleados). Varias veces golpeado y torturado. Celosamente cuidado por sus compañeros y recientemente reincorporado a la mina, *Ruli* siempre tiene una sonrisa en el rostro cansado, animoso y combativo. De él, se cuenta en los socavones, el

general García Meza dijo que iba a «ajustar cuentas personalmente».

Su vivienda no difiere mucho de las demás. Dos minúsculos cuartos donde debe apiñarse con sus dos niñas —muchos mineros tienen cinco o más hijos—, su esposa y su cuñada. Las paredes están semidestruidas y si llueve el agua se filtra, provocadora. En uno de los cuartos, el calentador y el fuentón para lavarse. El agua hay que buscarla afuera, cuando hay… Los baños, compartidos y colectivos, están muchos metros fuera de la casa; la luz eléctrica tiene horario fijo: de 17 a 7 horas.

En estas condiciones viven y «descansan» los trabajadores para bajar al socavón, frío y humedecido por el goteo constante de un líquido amarillento y maloliente —«copajira», le llaman— que quema la ropa del minero y cala hasta los huesos. En esa oscuridad trabajan «las veinticuatro» en los tres turnos rotativos de ocho horas a los que ellos llaman «puntas»: la primera *punta* es de 6 a 14; la segunda, de 14 a 22; y la tercera, de 22 a 6.

• • •

¿Es justo vivir y trabajar así? ¿Te parece que se puede aguantar?

• • •

Estamos en las galerías más profundas y no hace falta preguntarles mucho para que el drama —y no es exagerar— se dibuje crudamente.

Ningún trabajador de «block» —el núcleo del sistema obsoleto que tiene Siglo XX y que ya no se aplica en casi ningún lugar del mundo— puede aguantar más de cinco años el infernal ritmo de un turno de ocho horas, en el que hay que colocar una carga de dinamita cada tres minutos.

Cinco años, también, es el tiempo que normalmente tarda en manifestarse en un grado peligroso el temido «mal de minas», la enfermedad profesional que mensualmente mata a tantos mineros en los hospitales.

Pero ¿qué es el *mal de minas*? «Las partículas de sílice —nos cuenta *Ruli*— están en al aire, van matando los pulmones, los van petrificando hasta que ya no pueden cumplir su función. Todos los

mineros tenemos esa enfermedad, combinada con la tuberculosis».

Es la silicosis.

Claro, son años de respirar en los túneles donde las partículas de sílice crean una saturación superior al 46%. Son años de mala alimentación, miseria, de poca y ninguna seguridad en el trabajo, de insuficientes y muchas veces inútiles equipos de prevención, como las mascarillas que nadie usa. Son muy jóvenes pero se los ve demacrados, con fatiga constante. El rostro se les va marcando con un tinte morado y es que el veneno ya está firmemente incrustado en los pulmones.

La mujer del minero sabe que cuando su compañero empieza a toser el fin está cerca, y la muerte es horrible: asfixia. Éste es el destino de la mayoría. Incluso de quienes después de muchos años de tremendo trabajo, buscan reintegrarse a la sociedad y no alcanzan a completar el trámite jubilatorio antes de caer fulminados.

«Y todo por 45 pesos diarios», nos dicen en la mina, donde se están realizando asambleas por sección para discutir el salario y el desabastecimiento de pan, carne y demás productos.

Para conseguir un poco de carne, pan, arroz y azúcar, muchas veces el marido y su esposa deben turnarse en las colas que arrancan desde la noche anterior frente a la pulpería. Estos productos, que ahora escasean y a veces no llegan a los trabajadores, son parte de una conquista arrancada por años de lucha y que no pudo ser barrida ni por las más brutales dictaduras: una parte del salario se paga en especies, a un precio congelado, y garantiza una porción del ingreso real.

Sin embargo, un minero tiene un jornal básico promedio de 40 o 45 pesos por jornada, cuando un tarro de leche cuesta 180; una arroba —aproximadamente 12 kilos— de papa, 750 pesos; y un matutino, 20 o 25. La dosis diaria de pastillas para la tuberculosis llega a 500 pesos.

Sólo el salario en especies garantiza la subsistencia de los mineros. Sus necesidades se calculan en 40 000 pesos mensuales, pero el ingreso apenas supera los 6500, incluyendo beneficios extras, premios y las boletas de las pulpería. Poco más de 30 dólares.

Éstas son las condiciones de vida de los trabajadores que a lo

largo de este siglo han producido miles de toneladas de estaño, incalculables riquezas que para ellos siempre fueron sinónimo de dolor, desesperación y muerte. En esas condiciones ha crecido una combativa tradición que arranca de los albores de la lucha proletaria en Bolivia.

No es casual. El reconocido papel de vanguardia de los trabajadores mineros de Siglo XX tiene una base objetiva. En total, la Catavi enrola a más de 5000 trabajadores, agrupados en dos sindicatos —Siglo XX y Catavi— por razones productivas. Representan la más importante concentración obrera del país en una sola empresa.

Son los principales productores de la exportación fundamental del país, el estaño; y finalmente, forman parte de un gran complejo industrial que los habitúa a la disciplina y la organización.

Aparte de los obreros *regulares*, muchas veces en condiciones aún más difíciles, está un conglomerado de casi 5000 trabajadores *subsidiarios*, agrupados en los sindicatos «20 de octubre» —de locatarios y veneristas— y Canaleta Lamas.

Los locatarios, surgidos principalmente de los desocupados y cesantes, no están sometidos a la disciplina de los regulares pero tampoco cuentan con muchas de sus conquistas sociales.

La empresa no invierte un solo centavo, compra el material y se libera de cualquier responsabilidad con quienes lo extraen. Trabajan en condiciones tremendas, con medios arcaicos y en mal estado —barreno, pala, picos manuales— y operan dentro de parajes abandonados, estrechos y semiderruidos donde la muerte ronda a cada instante.

Si es en el cerro, en lugares donde el derrumbe es común, llevando al fondo de las galerías toneladas de roca confundidas con sus víctimas.

Este sector súperexplotado de los trabajadores subsidiarios ha marchado siempre con los mineros regulares, los más conscientes y organizados, política y sindicalmente. Es característica —en efecto— la politización, vinculada a la acción de los principales partidos bolivianos, y particularmente la fuerza e influencia del Partido Comunista; su alto grado de sindicalización.

En el Sindicato, las elecciones se realizan anualmente por voto secreto: cuentan con el cuerpo de delegados, especie de parlamento

consultivo de representantes por sección, hasta la máxima instancia de discusión y consulta que es la asamblea general, siempre realizada en las puertas del sindicato, con una participación del 100% de los afiliados.

La heroica tradición de la resistencia minera, se prolongó en base a la unidad y la acción en lucha por el salario, contra la dictadura, en los años de García Meza, aportando a la huelga general que terminó con el fascismo narcotraficante.

Hoy, vigilantes, los mineros tienen «esperanza en que el nuevo gobierno va a tomar las medidas por las que venimos luchando, que emprenderá los cambios populares y antiimperialistas».

El que retoma la palabra es *Ruli*. Estamos en el «block», a 650 metros debajo de la cima de la montaña, alumbrados sólo por las lámparas de los cascos. De testigo está el «tío» de la mina, el presunto «custodio» de lo que pasa, inmensa figura tallada que se repite en las innumerables galerías.

«Está claro que así no podemos ni queremos seguir viviendo. A esto nos condenó el imperialismo, la burguesía y las clases dominantes, pero no va más. No hay soluciones *para todos*, como dicen algunos. Hay que aplicar el programa de la UDP (Unión Democrática y Popular). Las soluciones tienen que ser a favor de unos —los más, los que hemos sufrido siempre la explotación— y en desmedro de otros, los menos, las clases hasta ahora dominantes en Bolivia», dice *Ruli*, con cierto desafío en la voz.

Que así sea.

3.4 Brigada Santiago Pampillón: Una historia olvidada

• 3 de enero de 2011•

Entre enero y febrero de 2011, se cumplieron 40 años de la llegada de la Brigada Santiago Pampillón, enviada por la Federación Universitaria Argentina (FUA-La Plata) a Chile. Tenía como objetivo realizar trabajos voluntarios en solidaridad con el gobierno de Salvador Allende; en ese entonces cercado por Estados Unidos y la derecha nativa.

Estas líneas, de recuerdos fragmentados, y sin duda subjetivos, son el aporte a la convocatoria de un grupo de exbrigadistas —entre ellos Jorge Fainstein, Alberto Teszkiewicz y Alejandro Mentaberry— para unir en un todo único memorias que están geográfica y políticamente dispersas. Sin otro dueño que nuestros corazones, el destino de estos recuentos es el aporte a la reconstrucción de la historia del movimiento estudiantil y juvenil argentino.

Recuerdo vivamente aquellas febriles reuniones semiclandestinas, a fines de 1970, en las aulas de la sede Buenos Aires de la Universidad Tecnológica Nacional (UTN).

Enfrentábamos la dictadura de la autodenominada «Revolución Argentina» —entonces en la última etapa del interinato del general Roberto Levingston— y, en esas ocasiones, ajustábamos detalles para la partida del segundo contingente de la Brigada Santiago Pampillón, cuya misión principal fue la realización de trabajos voluntarios en apoyo a, y en solidaridad con, el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular (UP). Para realizar esta tarea, sus distintos destacamentos lograron enviar a Chile unos 800 estudiantes universitarios.

En esa época, me faltaba un largo camino que recorrer antes de ser considerado un dirigente de *la Fede*, como propios y extraños llamábamos a la Federación Juvenil Comunista (FJC).

Tenía apenas 18 años, pero experiencia en la reconstrucción del Cuerpo de Delegados y el Centro de Estudiantes del Colegio Nacional Mariano Moreno, encabezando movilizaciones de secundarios ante cambios en el sistema de exámenes y, luego, ante los asesinatos de Bello, Cabral y Pampillón.

En esos días terminaba mi «curso» de ingreso a Filosofía y Letras, entonces en un edificio único en la avenida Independencia, entre Urquiza y La Rioja, convertido durante ese año en uno de los bastiones de la lucha contra el restrictivo cupo de aspirantes impuesto por la dictadura.

Personalmente, consideraba que los mejores militantes y «cuadros» habían partido con el primer destacamento de la Brigada, de modo que, al ser designado Coordinador del segundo contingente, estaba convencido de que ese nombramiento respondía más a la escasez general que a valores propios. Pero eso no impidió que me sorprendiera y cargara sobre mis espaldas una fuerte responsabilidad.

1970: un año vertiginoso

Todos habíamos vivido intensamente un año cargado de acontecimientos, con un vértigo que a veces nos impedía procesar lo que íbamos protagonizando, y que fue una suerte de «estado colectivo» compartido, que continuó hasta el golpe de 1976.

En ese 1970 —mientras Estados Unidos no terminaba de asimilar los golpes que el pueblo vietnamita asestaba a sus tropas— en Latinoamérica, a las figuras nacionalistas de los generales Omar Torrijos (en Panamá) y Velasco Alvarado (Perú), se sumaron el general Juan José Torres (Bolivia) y luego Salvador Allende (Chile).

La Argentina estaba en ebullición. Sin dejar pasar un año del Cordobazo, se sucedieron el «Choconazo» y el «Tucumanazo», junto a otras luchas y puebladas, que jaquearon y voltearon a Onganía; se afirmaron con acciones de fuerte impacto diversas organizaciones armadas, entre ellas las FAL, FAP, FAR y Montoneros, y se constituyó el ERP.

En otro plano organizacional, se conformaron, por izquierda, el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA) y, por centroderecha,

la Hora del Pueblo, basada en un acuerdo Perón-Balbín al que se sumaron otros partidos no perseguidos por la llamada «ley de Represión al Comunismo» (Ley 17 401/1967).

En la Universidad, la diferencia entre la Hora del Pueblo y el ENA era subestimada, y tanto una como el otro, muy cuestionados por trotskistas y maoístas; pero también por los jóvenes peronistas, que veían en las «formaciones especiales» la real continuidad de la Resistencia y el anticipo de una vuelta de su líder para iniciar un proceso de liberación nacional y social.

Sin embargo, fue el propio Juan Perón, quien en *Actualización Doctrinaria para la toma del Poder* (reportaje filmado y grabado por Octavio Gettino, Gerardo Vallejo y Fernando Solanas en 1971) realizó su balance definitivo: el ENA era para luchar, la Hora del Pueblo para negociar, y las «formaciones especiales» para acorralar y atemorizar al enemigo. Pero en definitiva se trataba de variantes tácticas bajo su única conducción estratégica.

También, aunque pocos comprendiéramos la magnitud del retroceso, fue el año de la división de la FUA. *La Fede* forzó el quiebre, consagrando su dirección en la capital bonaerense (por eso se la denominaría FUA-La Plata) en la que era mayoría absoluta, con algunos aliados sin mayor inserción. Con el empuje de una importante seguidilla de triunfos en los centros de estudiantes en Capital —y no pocos de importancia en el interior— bajo la conducción del Movimiento de Orientación Reformista (MOR) y las listas que lo componían, los universitarios comunistas se recuperaron de la orfandad absoluta de puestos de dirección estudiantil en que los había dejado el masivo desprendimiento en 1967 de lo que sería el PCR/FAUDI, sucesivamente guevarista, maoísta, lopezreguista y ahora ruralista.

Sin embargo, en su contraparte, la llamada FUA-Córdoba, se nuclearon las principales agrupaciones: la Franja Morada (JR), el FAUDI (PCR), el MNR (PSP) y AUN (izquierda nacional), entre otras.

Al margen de ambas, se ubicaban las distintas corrientes del peronismo estudiantil, que se negaban a integrar una organización que llevara el nombre, a su juicio «gorila», de FUA.

Chile bajo fuego

Así llegamos a finales de ese año trascendente, donde pocas semanas después de la asunción de Salvador Allende, la situación en Chile mostraba signos preocupantes.

El entonces presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, asesorado por su secretario de Estado, Henry Kissinger, decidió evitar que el candidato de la UP ganara las elecciones. Una vez frustrada esta voluntad, se propuso impedir que Allende se convirtiera en el primer presidente marxista que en América Latina llegaba al poder por la vía electoral. Finalmente, fracasados todos estos intentos, la orden fue derrocarlo a sangre y fuego. (Moniz Bandeira, 2011).

La desestabilización criminal del imperio —denunciada entonces, pero recién comprobada a fines de los 90, por documentación oficial desclasificada del Departamento de Estado norteamericano— incluía acciones de todo tipo: desde el apoyo monetario al Partido Nacional, o el sector más derechista de la Democracia Cristiana (DC), hasta la actuación encubierta de agentes de la CIA en sabotajes y atentados, como el que costó la vida del Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas —General René Schneider—, el 25 de octubre de 1970, dos días antes de que el Congreso ratificara el triunfo de Allende.

La misma medida se tomaría después del golpe contra su sucesor —el General Carlos Prats, para entonces exiliado en Buenos Aires— a quien la DINA/CIA asesinó el 30 de septiembre de 1974, en el marco de la *Operación Cóndor*.

Junto a la despiadada confrontación con la derecha, era inocultable que se agudizaban los conflictos en el interior de la UP: entre el sector «duro», mayoritario en el Partido Socialista, y el enfoque de Salvador Allende, que encabezaba el sector minoritario de esa organización.

Los primeros exigían, intransigentemente, la unidad de los «partidos obreros», el afianzamiento de los vínculos con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR, que no integraba la UP), y rechazaban alianzas con sectores democristianos (es paradójico que, posteriormente, con el gradual retorno a la democracia, este sector «duro» ingresó sin mayores complejos ni

exigencias a la «Concertación»).

Los partidarios de Allende, el PC y otros sectores, estaban a favor de construir un socialismo en democracia, ampliando la base de alianzas de la UP, partiendo de acuerdos vinculados con el tipo y los tiempos de las medidas económico-sociales, las formas de acumulación política, o la posición ante las FF. AA. Este complejo entramado se sintetizaba, y forzosamente se esquematizaba, con las respectivas consignas de «avanzar para consolidar» o «consolidar para avanzar».

El acuerdo para formar la Brigada Pampillón

Fue en esos días en que las Juventudes Comunistas de Chile (JJ. CC.) —o *La J* — y *la Fede* acordaron el envío de brigadas de trabajo voluntario que, ante lo delicado del cuadro, debían ser lo más amplias posibles desde el punto de vista político, con el doble objetivo de maximizar la convocatoria en la Argentina y, a la vez, asegurar una mejor recepción y repercusión en Chile. En este estado de cosas es que nació la Brigada Santiago Pampillón.

El nombre era símbolo de la lucha antidictatorial en Argentina, y buscó ser un homenaje al estudiante y obrero metalúrgico asesinado por la policía en septiembre de 1966, durante la masiva marcha antidictatorial hacia una asamblea convocada por la Federación Universitaria de Córdoba (FUC), en Plaza Colón.

Luego del acuerdo entre *La J* y *la Fede*, la convocatoria para la formación de la Brigada partió de la FUA-La Plata, en acuerdo con la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), que trabajó durante enero y febrero de 1971. ¿El propósito? Expresar en concreto la solidaridad internacional con los hermanos chilenos, frente a la ofensiva estadounidense, y de la derecha del país. Rechazar cualquier aventura belicista de la dictadura que gobernaba la Argentina (con dominio sobre las amplias fronteras a lo largo de todo el país vecino); y ratificar la unidad del movimiento estudiantil latinoamericano.

Este llamado es el que tuvo pleno eco con la llegada de voluntarios de otros países del cono sur del continente, la mayoría

de las cuales se integraron a la actividad de «la Pampillón».

La convocatoria superó todas las expectativas, a tal punto que hubo que «elegir» —esto es, rechazar muchísimas— solicitudes, en primer lugar las de numerosos militantes y dirigentes intermedios de *la Fede*, pues acudieron estudiantes de todos los sectores, incluidos compañeros que ya eran o serían miembros de algunas organizaciones armadas, peronistas y marxistas.

Los contingentes

El primer contingente fue el más numeroso —unos 300 compañeros y compañeras— y logró un fuerte impacto a su llegada, en una experiencia de inmensa riqueza, de la que hoy quedan recuerdos profundos y anécdotas imborrables, aunque la historia escrita de aquellos años la ignora casi por completo.

Los compañeros construyeron salas de salud y plazas; refaccionaron escuelas, brindaron atención médica, censaron y realizaron encuestas a la población, e hicieron muchísimos otros aportes que todavía quedan por relatar, una asignatura pendiente en la reconstrucción de la memoria histórica para todos los que participamos.

Todo lo que los brigadistas aportaron —y todo lo que contarían a su regreso a las distintas provincias argentinas— era y es un tesoro para los pueblos de ambos países. A la vez, resultaba inaceptable para los *gorilas* —«momios» en Chile— de ambos lado de la cordillera, por su mensaje de colaboración y difusión de los logros y las luchas del pueblo chileno, así como de la solidaridad argentina.

La llegada y la salida de Chile estuvieron plagadas de obstáculos. Incluso muchos compañeros fueron demorados y aún detenidos en los pasos fronterizos, en puestos de Gendarmería, tapizados con aquel cartel de «Denúncielos» que tenía las fotos de tres de los montoneros que habían participado en el «operativo Aramburu».

El clima en nuestro país era de un fuerte anticomunismo, de agresividad e intimidación general.

La dirección (principalmente de *la Fede* y JJ. CC.) se emplazó

como base en una inmensa escuela que se transformó en dormitorio y zona de planificación permanente, desde donde partían los brigadistas, la mayor parte de los cuales aportó su trabajo en Santiago, y algunos en el interior.

En lo personal, el contingente que coordinaba se dividió en cinco grupos de trabajo, siempre por decisión consensuada con la UP. Integré el que estaba dirigido por *Lucho*, un socialista chileno más cercano al MIR que a su propio partido, con quien mantuve discusiones interminables —y las más de las veces, ríspidas—, en equilibrio casi perfecto entre lo trascendente y lo insignificante.

Cuando ya nos habíamos preparado para partir, *La J* tomó una decisión drástica: ningún extranjero viajaría a los destinos más sureños —donde, en un principio, se había previsto que fuéramos—, pues el MIR había iniciado una campaña unilateral de «toma de fundos» (tierras), que produjo una escalada de enfrentamientos armados.

Con el cambio de destinos, a nuestro grupo le tocó una zona de Gualleco, un pequeño pueblito en la Región de Maule. Me acompañaban chilenos de la UP (MAPU, Izquierda Cristiana, entre otros), dos bolivianos del Ejército de Liberación Nacional (ELN), dos socialistas argentinos y quien se convirtiera en una inolvidable amiga, *Mimí*, médica —luego «Mara», oficial montonera secuestrada en mayo de 1978—.

Formábamos un verdadero arcoiris de matices políticos e ideológicos, y conocí formidables seres humanos: chicas y chicos de diferentes procedencias geográficas, pero con una profunda convicción y la decisión de aportar al «camino chileno al socialismo».

La tarea no fue sencilla. Apenas llegados al pueblo nos encontramos, azorados, con gente encerrada en sus casas, con los animales de granja ocultos, pues el Partido Nacional —y la derecha de la DC— había sembrado el terror entre los pobladores, a los que convencieron de que veníamos a «socializar tierra y propiedades», incluidos los animales.

Lentamente —y, por cierto, luego de acordar con una centroizquierdista «puntera» de la DC—, hicimos base en una escuela en receso veraniego, con nuestras mochilas y bolsas de dormir. Desde allí, pudimos encarar nuestro trabajo, que consistía

fundamentalmente en el censo de alfabetización.

Pese a las rispideces iniciales, terminamos logrando un acto-presentación con los pobladores, y hasta un desafío futbolístico —anunciado pomposamente como «Chile vs. El Resto del Mundo»— donde nos dieron una paliza inapelable: 13 a 7.

Sobre el fin de las tareas, recuerdo que el socialista nos envió a varios argentinos a censar una localidad perdida en los cerros, situada a un día de viaje a caballo. La experiencia fue irrepetible: compartimos con los lugareños la «trilla a yegua suelta», con los métodos de fines del siglo XIX, y —pese a la desconfianza inicial— siguió el más increíble afecto de los productores y campesinos.

Pero el envío a esta localidad encubría, en realidad, otra intención, que se reveló cuando regresamos a la base: nos encontramos con *La J* a cargo del lugar y el resto del grupo ya en viaje de vuelta a Santiago, pues el socialista —junto con los del ELN y gente del MIR de la zona— había marchado a tomar fundos, armas en mano, en una maniobra alocada y tremendamente dañina para nuestro trabajo, y para la imagen del Gobierno Popular en general; una maniobra que destruyó los lazos de confianza que habíamos comenzado a construir con quienes nos habían recibido con tanto temor.

Por la vuelta

Apenas unas horas después del regreso —sin todavía poder enderezar completamente las piernas a consecuencia de las horas de cabalgata— emprendimos el viaje a Santiago.

Tanto la llegada como la salida de Chile estuvieron plagadas de obstáculos. Muchos compañeros fueron demorados y aún encarcelados en los pasos fronterizos, como —recuerdo, entre otros— los estudiantes Elbio Blanco (Derecho de la UBA) y Miguel Ángel *Coco* Miró (Arquitectura UNC), quien había sido condenado por los tribunales militares durante el Cordobazo. Ambos fueron procesados por la Ley 17 401, de Represión del Comunismo.

Finalmente, *la J* me indicó un intrincado itinerario de reingreso a la Argentina y posterior llegada a Buenos Aires.

En el largo camino de vuelta, lejos estaba de imaginar que los

entrañables pueblo y territorio chilenos —con los que me había encontrado por primera vez para la asunción de Salvador Allende, en noviembre de 1970— se enlazarían por siempre con mi propia historia. No sólo por la Brigada Santiago Pampillón, sino por haber formado parte, luego, del equipo de inteligencia e información Córdoba 652
11 E,
cuya cabeza visible en la dirección fue Isidoro Gilbert.

El equipo organizó, durante el largo cerco dictatorial —con gran riesgo, pero aún mayor imaginación— el armado y mantenimiento de las fuentes y la logística para la recepción —y posterior envío al exterior— de las principales denuncias de lo que sucedía en Chile (además de Uruguay, Paraguay y, en menor medida, Brasil), base de lo que luego permitió desentrañar el mapa e itinerario de la siniestra *Operación Cóndor*.

Pero ésa es otra historia…

3.5 «Mariposas Rojas, Mariposas Negras»: palabra, militancia y memoria

• 10 de mayo de 2011•

Sobre el final de la Feria del Libro 2011, Silvia Loustau me invitó a presentar su bello libro *Mariposas Rojas, Mariposas Negras. Memorias de una militante argentina en Chile, 1970/73* (Loustau, 2010). Les transcribo —palabras más, palabras menos— el texto desgrabado de mi intervención, aprovechando para agradecer a quien se atrevió a compartir conmigo el recuerdo de un pasado con tantas similitudes, como imperdonables incapacidades para unirnos en aquellos tiempos.

• • •

Qué difícil sintetizar tanto amor, tanta lucha, tanta militancia, tanta vida en un sustantivo y dos adjetivos. Cuánto talento para escribir, simplemente, *Mariposas Rojas, Mariposas Negras*.

Esto logra Silvia Loustau, quien se presenta a sí misma en la novela como «Mariana», o «Laura», su antiguo nombre de militante. Loustau, una poeta y escritora excepcional. Primer Premio de Poesía Ilustrada en La Plata con *Carta a Pablo Neruda* cuando tenía apenas 18 años. Primer Premio de Narrativa del Centro Editor de América Latina (CEDAL), con 19, ante la sorpresa de David Viñas, quien le confesó —azorado al ver a aquélla casi adolescente recibir el reconocimiento— que el jurado estaba seguro de que el autor de la obra compartía la generación de los evaluadores.

Las introducciones no terminan con ese *alter-ego*, sino que continúan con numerosos «poetas/compañeros»: María Mombrú, su madre poeta, como la describe; Carmen Soler, la misma Margarita Aguirre, entre otros que ustedes, lectores, tendrán el placer de ir descubriendo entre las páginas. Todos le transmitieron un mensaje que Silvia hizo carne: trabajar, trabajar y trabajar sobre las

palabras.

En el libro también aparece Silvia, la militante. Aquella niña que en las primeras páginas encontramos charlando con el abuelo, descubriendo otro sentido para una canción infantil *Aserrín, Aserrán…*; otro sentido que la marcaría para siempre, al igual que el mandato de aquel viejo anarquista. Así lo vemos en la promesa que le hizo varios años después, cuando dejó su casa natal: «seguiré escribiendo; seré una excelente estudiante; militaré para que la tortilla se vuelva». Poco después, con 18 años, viaja a «construir el socialismo» con Allende, convocada por la magia de Traful, el casi mítico gran vikingo inspirador, un cuadro del MIR. Aparece la Silvia que conmueve a toda la UNLP con su poema *A quien le importa*, seguramente escrito en su *Lettera* naranja, cuando la masacre de Trelew, el 22 de agosto de 1972. Y también la Silvia que llena los ojos de lágrimas a decanos, profesores y compañeros de estudio en la masiva asamblea universitaria en solidaridad con Chile, después del golpe del 11 de septiembre de 1973.

La vemos crecer como militante, no sólo a través de las sensaciones personales que nos transmite, sino también a través del relato de lo que se lee en los ojos de sus compañeros, de ambos lados de la cordillera.

Y es fundamental que comparta su relato de cómo éramos, cómo soñábamos, cómo vivíamos los militantes de aquella época; qué parecidos y qué diferentes aquí y allá. De un lado, con una tradición de «nombres de militancia», de diferencia entre «casas abiertas» u «operativas», de documentos falsos, de la vista entrenada para ubicar la falta de una mirilla, o prever una salida de emergencia. Y, del otro, todo entusiasmo militante. Sin inocencia; con preparación, pero con una tradición de años sin dictaduras ni precauciones para enfrentarlas.

Silvia también nos recuerda, sin pretensiones profesorales —simplemente como vivo testimonio— algunos de los debates acerca de sectarismo, voluntarismo, verticalismo, autoritarismo.

No se trataba de un mundo idílico; sí de un profundo amor por el pueblo en medio de búsqueda y confusión. Y una consigna que se repite en todo el libro: «Endurecernos, sin perder la ternura».

No todos lo lograron; ni siquiera todos lo buscaron. Pero cruzó a todas nuestras organizaciones. Aún en aquellos temas ríspidos,

Mariposas… muestra lo mejor de aquella tensión. Sin ocultar nada. Ni siquiera las pequeñas miserias, anticipando formas y métodos menos neutros; más dolorosos y dañinos.

Es fundamental que nos traiga nuevamente esa complejidad a nuestros días, que la muestre como testimonios de vida, pues no es tarea fácil explicarlo a quienes no lo vivieron: ese amor y esa furia; esa entrega y ese coraje.

¿Qué más decir del libro que presentamos hoy, con humildad, pese a que merecía una sala y estaría entre los de gran venta si contara con algún guiño, de esta industria brutalmente mercantilizada?

Uds. lo leerán. Deben leerlo. El *rojo* y el *negro* tienen muchos sentidos. La tierra arada, negra; el cielo, rojo. La movilización de febrero de 1972 de apoyo a Allende como un alborozo de agradecimiento; como mariposas rojas, mariposas negras. Rojo de antorchas, negro de la noche, en la movilización en solidaridad frente al golpe en Chile. Rojo y negro de las pintadas. Rojo el rostro de Neruda; negra su gorra.

La bandera del MIR. Siempre —igual que la estrella de las FAR[78]— en el corazón de Silvia. Y el beso de José, que se confunde con una de sus mariposas mientras duerme. Son más, muchos más, que ustedes irán descubriendo mientras lean. Los hay en alegrías y tristezas; en sueños y pesadillas. Todos refuerzan la imagen en nuestras retinas y en nuestros corazones.

Hay una frase esclarecedora del prologuista, Alfonso Freire, quien afirma con precisión «a la chilena», que se trata de «memorias noveladas» o una «novela memoriada»; de un relato envolvente y polifónico:

> Digo que esta memoria es polifónica porque rescata no sólo la vida de Silvia, a su abuelo conversando con ella en el patio de la casa, sino la vida de cada una de las personas que la van tocando en su recorrido, dándole nombre y carnadura a cada uno de los rostros que la acompañan desde su viaje de La Plata hasta el más mínimo compañero con el que se encuentra en su recorrido por la «experiencia chilena». Digo que es polifónica porque a cada hablante se le permite decir en su propia voz, Silvia rescata el nimio gesto que permite que la ternura sea revolucionaria.

Y un aspecto muy interesante es que no son Salvador Allende, ni

Carlos Altamirano, ni Miguel Henriquez, ni Luis Corvalán —íconos de la historia de aquellos días— los que hablan, los que obtienen «nombre y carnadura». Es el pueblo; el «héroe colectivo», al decir de Héctor Oestherheld.

De esta manera, con estas voces, con estas presencias que se van tornando entrañables, repasamos en el encuadre de una obra musical —Primer y Segundo Movimiento, Intemezzo y Tercer Movimiento— pinceladas de contexto en Argentina, antes de primer y segundo viaje de la autora a Chile: la dictadura de Lanusse; Trelew; los primeros pasos de las FAR y, luego, la unidad en Montoneros; el debate populismo-marxismo; Ezeiza; el camporismo; y el avance del lopezreguismo y las Tres A.

En Chile compartimos con Silvia, sin conocernos, la epopeya de los «trabajos voluntarios»; de las juventudes chilena, latinoamericana, de muchos países del mundo, construyendo o refaccionando escuelas y centros de salud, censando, enseñando, vacunando o brindando primeros auxilios —experiencia que junto a 800 universitarios argentinos me tocó vivir con la «Brigada Santiago Pampillón» de la FUA.

Con la guía de Silvia, recorremos Santiago, Pomaire, Rancagua y la mina El Teniente, Valparaíso («Una ciudad anfiteatro» o «colgada del cerro», describe, exquisita, Silvia), Copiapó, las poblaciones y callampas, las «villas» chilenas… Escuchamos a los mapuches en Temuco y vemos la campaña de alfabetización con momentos de inmensa ternura y revelaciones: un poema de Jaques Prevert, o *La Odisea* de Homero, provocando la imaginación. La pintura, el relato y referencia que la vida demuestra que «los niños dan respuestas de poetas». «La felicidad es la libertad», es la conclusión de una niña en la Callampa, luego de charlar y discutir sobre *El mal estudiante*, de Prevert.

Podemos decir, también, sobre la novela de Silvia, que es una gran historia de amor. Una historia que permite entender la manera en la que se podía amar en aquellos años: intensa y desesperadamente; «como si fuera el último día de nuestras vidas». La historia de Silvia y su *Flaco*, su «no casamiento» en Isla Negra —con Margarita Aguirre de testigo, junto a las campanas con que Neruda saludaba a los barcos al pasar. Magia y pesadilla: aquel amor que le arrancó la dictadura, dejando imborrables cicatrices en

el alma y en el cuerpo. Y es, también, otra gran historia de amor: la de tantos que están, y que ya no están, por nuestro pueblo y por todos los pueblos que luchan.

Pero *Mariposas…* es también un rescate de la memoria histórica.

En una reciente ponencia en México, en el 350 aniversario del último golpe de Estado en la Argentina, el politólogo e internacionalista argentino Norberto Emmerich nos dice que necesitamos la memoria histórica para responder las urgencias del presente. No porque estén todas las respuestas; pero en el pasado hay promesas incumplidas y, por lo tanto, el pasado nos habla de cosas que interesan al futuro.

El testigo, el militante, sabe lo que los demás olvidan; y habla porque el crimen, una vez cometido, sólo existe si se conserva en la memoria de los hombres. Alguien, recuerda Emmerich, dijo alguna vez que «nadie está muerto hasta que lo olvidan». Nuestros muertos, que sin duda murieron, de alguna forma no están muertos. No sólo porque recordamos, sino porque luchamos.

Luchamos como Silvia prometió a su abuelo. Porque Silvia «siguió escribiendo, fue una excelente estudiante, militó y milita para que la tortilla se vuelva». Cumplió con el abuelo, con Traful, con Ana, la boliviana; con Guadalupe; con los mellizos Ernesto y Lautaro; con Zeta, el chiquillo de la Callampa; con Michel, el francés; con Tomás, con Pedro, con *la Lumi*. También con Alejandro, hoy postrado, a quien sus viejos compañeros parecen haber olvidado. Y por supuesto con José, *el Flaco*.

Y ahora cumple con nosotros al echar a volar estas mariposas que nos acarician el alma.

3.6 La militancia juvenil: de Lanusse a Cámpora;
de Videla a Alfonsín

• 4 de abril de 2012•

Francisco Giardineri acaba de publicar, en el sitio web de *La Che*, una foto de la primera marcha del Movimiento de Juventudes Políticas (MoJuPo) en 1982, cuando agonizaba la dictadura, hecho del que pronto se cumplirán 30 años.

La imagen me sacude… Brotan incontrolables los recuerdos de tantos jóvenes que nos fueron arrancados antes de esa fecha. Nos los imaginamos, desde el cielo o parte del infinito, sonriéndonos o en gesto de repudio, según si nuestra vida se ha correspondido o no con el compromiso asumido en aquellos años.

Años de debates y acciones donde todo, todo, se entregaba sin aspirar más que a ganar un futuro mejor para la Patria y nuestro pueblo. Años turbulentos y heroicos.

La historia viene de antes de la foto que ilustra esa nota [79] —la del recién nacido MoJuPo— y la evoco desde el corazón; sin apuntes, ni consultas, ni siquiera *Google*, donde por otra parte nada aparece.

Comienza en la década del 70 —meses después de que Lanusse se pusiera al frente de la Junta— cuando las juventudes de los partidos políticos populares —principalmente JP, FJC y JR— participaron de la llamada Marcha contra el Hambre: una batalla campal en las calles de Buenos Aires, convocada por la Intersindical (con Agustín Tosco a la cabeza), para repudiar a la dictadura (Lapolla, 2004: p. 20).

Dos años después, las juventudes volvieron a confluir para liberar a los presos en Devoto, luego del triunfo de Cámpora, aquella madrugada del 26 de mayo de 1973.

Hasta aquel momento, la unidad —salvo en acciones casuales— de peronistas, radicales, comunistas, socialistas, intransigentes y

democristianos era un imposible. Para peor, vista con temor reaccionario, y mucho sectarismo, por la mayoría de las dirigencias partidarias.

Con la llegada de la luego llamada «primavera camporista» se produjo una explosión de masas a partir de las actividades de las JP Regionales. Junto, con *la Fede* y otras fuerzas, movilizaban entre 50 y 100 mil personas, sólo en Capital, duplicando la cifra con las marchas en las ciudades del interior, como por ejemplo, para el repudio al golpe de Estado contra Salvador Allende, o las modificaciones represivas al Código Penal durante el gobierno del propio Juan Perón.

Los carteles JP/FJC no son una casualidad, ni están armados a gusto del fotógrafo: expresan la voluntad de unidad acuñada en el trabajo de años —1971 a 1976—, cortada a sangre y fuego, primero por la Triple A y luego con el recrudecimiento del terrorismo de Estado con la última dictadura.

Pocas semanas después de concretado el golpe, un grupo de dirigentes de las juventudes de los principales partidos comenzamos una temeraria —dado el momento y las condiciones— escalada de reuniones clandestinas o semipúblicas en embajadas, clubes y hasta locales partidarios. Algunas con graves consecuencias.

Dijeron presente sectores de la diezmada JP, JR, FJC, socialistas («unificados» y «auténticos»), democristianos de izquierda y la firme presencia de la Juventud Intransigente, que convocó a muchos perseguidos y les dio cobijo político

Pese al duro clima represivo, se lograron plasmar pronunciamientos conjuntos: el repudio al plan económico de Martínez de Hoz; la adhesión a la Central Única de Trabajadores Argentinos (CUTA)[80]; por la libertad de los presos y el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos.

Esa coordinación de juventudes fue el núcleo dirigente, el impulso al renacer de los reclamos de los jóvenes productores (como se evidenció el *I, II* y *III Encuentro de la Juventud de la Federación Agraria* con centenares de delegados). De los obreros, protagonistas de los trabajos *a tristeza* en las automotrices o en el ferrocarril. De las revistas estudiantiles de los colegios secundarios de las que llegaron a distribuirse 4000 sólo en la Capital Federal, y de la que fue una de las más destacadas —y golpeadas—

Aristócratas del Saber, del Colegio Nacional Buenos Aires. De la reorganización de los centros estudiantiles, enfrentando a Moyano Llerena. De la resistencia al cierre de la Universidad de Luján; y de las actividades en los clubes de barrio.

En 1977 hubo un pronunciamiento contra la política económica que personificaba José Alfredo Martínez de Hoz, y en 1978 por la Paz con Chile. En 1979, se constituyó la Confluencia Multisectorial Juvenil por la Paz en el Beagle —con León Gieco cantando *Sólo le pido a Dios* en Vélez, en el acto de cierre— cuando las dictaduras nos pusieron al borde de la guerra[81].

Las juventudes también organizaron marchas conjuntas a la Iglesia de San Cayetano, con el movimiento obrero (la CUTA, los 25, la CGT de Ubaldini) por «Pan, Paz y Trabajo», enfrentando la represión militar en minibatallas por todo el barrio de Liniers.

O la conmovedora movilización ante la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), con miles de personas desafiando los *Falcon*, las fotos y las amenazas, en Avenida de Mayo al 760, donde funcionó la OEA. Familiares y amigos, formularon valientes denuncias, con el apoyo de centenares de comités partidarios y juveniles de recepción de denuncias y apoyo a los familiares. Las juventudes políticas tuvieron su propio encuentro, y entregaron una declaración conjunta y documentación de casos concretos.

Ya antes, en 1978, se había constituido el Seminario Juvenil de la ADPH, que acuñó la consigna-denuncia acerca de «el delito de ser joven», pues los estudios realizados en plena dictadura demostraron que más del 80% de los desaparecidos eran jóvenes; la mayoría trabajadores, seguidos por los estudiantes.

Una delegación de dirigentes juveniles acompañamos, asimismo, a las Madres en sus primeras movilizaciones, recibiendo los gases con los que inútilmente pretendieron ahogar a las mujeres del pañuelo blanco.

Sobre el fin del régimen, la movilización conjunta con la CGT a la Plaza el 30 de marzo de 1982.

Luego, ante el intento manipulador de la dictadura, se levantaron consignas, escritas en carteles de la época, como «Malvinas sí, dictadura no» o «Malvinas sí, democracia también».

Tampoco estos hechos fueron «espontáneos», sino organizados,

producto de la marcha acordada en decenas de comités conformados con reclamos y banderas propias en colegios, universidades y barrios, los mismos que concurrieron a repudiar a la cúpula militar cuando fuera derrotada.

Sólo este recorrido explica el renacer del MoJuPo en 1982.

Las JPA aportaron a la historia y experiencia del movimiento popular una enseñanza inédita, lamentablemente ignorada, en cuanto a la construcción de poder popular: acuerdo político programático y orgánico, plan de acción incluido, con posterior extensión territorial y sectorial en todo el país, vinculando en cada lugar lo específico con lo general.

La reaparición pública fue con algunos personajes que ahora pueden parecer sacados de otra historia —Patricia Bullrich, Jesús Rodríguez o José Antonio Díaz, para citar algunos de los más alejados— pero que eran los más jóvenes que surgían tras seis años de combate cotidiano.

Sobre la generación del 70 cayó la dictadura mientras enarbolábamos la consigna «Liberación o Dependencia». La generación de los 80 relanzó el MoJuPo con esa misma bandera.

¿Era la apropiada? Eran otros tiempos, y requieren otras reflexiones. Hoy, ahora, sólo quiero recordar y saludar el casi desconocido heroísmo de la militancia cotidiana que compartimos en esos años terribles, sublimes, inolvidables, magníficos y aterradores. Irrepetibles.

Salud, compañeros. A los que están y a los que ya no están.

A los que siguen adelante con las mismas convicciones, y aún a los que abandonaron la lucha, yo los recuerdo como eran. Como éramos.

Más viejos los sobrevivientes. No necesariamente más sabios, pero con las convicciones intactas.

3.7 Prensa Latina en los años del terror

• 6 de julio de 2021 • Para La Tecl@ Eñe•

Entre abril y junio de 1976, comencé a trabajar en la oficina 96 del 9º piso del edificio Sáfico, en Corrientes 456 del microcentro porteño, sede de la mítica agencia de noticias cubana *Prensa Latina*, fundada en La Habana luego de la Revolución, por Jorge Ricardo Masetti, Gabriel García Márquez, Rodolfo Walsh y Rogelio García Lupo.

En esos días, hace ya 45 años, se iniciaban, para mí, cinco años de trabajo político y periodístico entre la denuncia internacional del genocidio y el absurdo de transitar con mis colegas horas y días a plena vista de los asesinos, de sabernos amenazados y vigilados; soportar intentos de secuestro, contactar a otros periodistas y familiares de las víctimas para emitir las denuncias, todo entre la crónicas diarias y acreditaciones oficiales para eventos internacionales, de las Naciones Unidas al mismo Mundial de Fútbol de 1978.

En esos días, las inmensas y ruidosas máquinas por las que recibíamos los cables de Télam o de Noticias Argentinas (NA) sólo difundían la información oficial e ignoraban las acciones de la creciente resistencia civil, obrera y estudiantil, o el testimonio de las Madres y los organismos de Derechos Humanos.

En esos días, nos sumergíamos en el horror de elaborar panoramas matutinos y vespertinos con un «balance de muertes», que surgían de los comunicados oficiales acerca de supuestos «abatidos en enfrentamientos»; en rigor, una cruel suma de los miembros de las organizaciones político-militares que habían sido asesinados por los *grupos de tareas*. Y, aunque la Junta Militar había prohibido publicar los nombres de esas organizaciones y exigía que los periodistas nos refiriéramos a sus miembros con descripciones como «la banda de delincuentes subversivos declarada ilegal en primer lugar». (ERP) o «en segundo lugar». (Montoneros),

desde *Prensa Latina* nunca acatamos esa orden.

En esos días, también, trabajé para informar sobre la quiebra de la economía argentina y el endeudamiento externo, patas de un modelo de renta, rapiña y dependencia, impulsado por las mismas corporaciones que hoy siguen subsistiendo en sociedad con los medios como *Clarín* y *La Nación*.

Prelabaires

«Prelabaires», denominación de nuestra corresponsalía en la central de La Habana, había sido inaugurada después de que el gobierno de Héctor Cámpora reanudara las relaciones diplomáticas con Cuba. En esa primera etapa, la sede transmitía casi las 24 horas del día, con la ya obsoleta tecnología del télex, a la vez que recibía el flujo informativo internacional. Contaba con una docena de teletipistas rotativos —entre los que recuerdo al chileno Araya y el argentino Camaño— y plumas de la jerarquía de Silvia Rudni, Luis Mas o el uruguayo Carlos María Gutiérrez, otro de los fundadores de *Prensa Latina*, por entonces exiliado en Buenos Aires.

Sin embargo, después del terrorismo de Estado desatado por la Triple A durante el gobierno de María Estela Martínez y, especialmente, después del golpe cívico-militar de marzo de 1976, casi todo el plantel de la agencia abandonó el país y, cuando comencé a trabajar allí, la sede de Buenos Aires era apenas un esqueleto de aquella potente sede de tres años antes.

José Bodes Gómez, titular de la corresponsalía, contó con el firme apoyo del embajador Emilio Aragonés Navarro para resistir la intención de la dictadura de cerrar la agencia, de la que se mantuvo al frente hasta diciembre de 1977, cuando lo reemplazaron, primero Abel Sardiñas y, luego, Elmer Rodríguez.

Una de las decisiones de Bodes fue pedir al partido en que yo militaba, el PC, un refuerzo para la diezmada redacción, en la que apenas quedaban él mismo, el uruguayo Aram Aharonian —que sería uno de los fundadores de Telesur años después— y dos jóvenes que brillarían en la poesía local: Alicia Genovese y Leonor García Hernando.

En ese contexto, me recomendó Isidoro Gilbert, entonces

corresponsal de la agencia soviética TASS y coordinador de un equipo —al que pertenecí— que, desde la década de 1960, procesaba la información dirigida a las agencias y periódicos de los entonces países socialistas y denunciaba las atrocidades cometidas en el creciente y férreo núcleo de dictaduras del Cono Sur.

Sin embargo, el principal aliento para encarar el nuevo desafío surgió de fuera de la estructura partidaria, de uno de los «próceres» de la agencia y del periodismo argentino: *Pajarito* García Lupo, una suerte de enciclopedia andante, pero de una calidez siempre presente tras su mirada certera e implacable.

Bodes Gómez me recibió en la amplia pero semidesierta oficina, con la media sonrisa que siempre parecía estar dibujada en su rostro. Este hombre de una serenidad y una paciencia, al parecer, infinitas, sorteó un intento de secuestro, mudó su domicilio a la embajada y envió a su esposa e hijos a Cuba. En su acento caribeño jamás me llamó «Alberto», sino «Palberto».

Fácil de explicar, difícil de aplicar

Las primeras indicaciones laborales que recibí fueron un extenso catálogo de normas operativas y de redacción. Algunas de esas indicaciones eran conceptuales, como que «la rapidez necesaria en una agencia noticiosa, no podía restar calidad, y mucho menos intención, al despacho», y debía atraer a los editores de las diversas publicaciones. Otras eran técnico-operativas, por caso la oportunidad y el uso de recursos como las «Guías» el «Flash», «Urgente», «Ampliación», «Despachos noticiosos» y «Análisis panorámicos», entre otros.

En los despachos de noticias, las carillas no debían superar las 20 líneas y se insistía especialmente en que los encabezados, o *leads*, no tuvieran más de 4 líneas de texto — 35 palabras en total— sin comillas, sin potenciales y, mucho menos, con párrafos que comenzaran con una cifra o con el adverbio no.

En las notas, debía prestarse especial atención a que los encabezados en los que se respondieran las preguntas acerca de *qué, quién, cuándo, dónde, cómo* y *por qué*, las tres primeras obligatoriamente en el primer párrafo y las restantes en el segundo, mientras los sucesivos podían extenderse a cinco renglones de unas

50 palabras.

Se trataba de directrices sencillas de explicar y no tan fáciles de aplicar, pero que marcaron mi formación, a medida que iba internalizándolas como herramientas para describir e informar hechos dramáticos, mezclados con otros esperanzadores, tristezas y alegrías que —siempre, aún en medio de aquellas tinieblas— forman parte de la vida.

De todos ellos, apenas me propongo rescatar tres momentos clave: la difusión de la *Carta de Rodolfo Walsh a la Junta Militar*; el secuestro de más de 20 argentinos y cubanos vinculados a la representación diplomática y comercial de Cuba; y el mundial de fútbol de 1978.

La carta de Walsh

Al edificio Sáfico también se lo conocía como el «edificio de la prensa» porque concentraba una importante cantidad de periodistas de agencias y de periódicos extranjeros. Era una suerte de burbuja o refugio profesional que se desvanecía en cuanto se salía a la calle Corrientes.

En mi caso, el refugio contaba con el respaldo adicional de un grupo de colegas y amigos con quienes sosteníamos diariamente una cadena de intercambio de información, que también nos servía como «control telefónico» de que estábamos a salvo. La cadena la iniciábamos quienes concurríamos a nuestros lugares de trabajo por la mañana y la cerraban quienes trabajaban por las noches. Entre los que integraban ese grupo, recuerdo particularmente a Oscar Serrat, Alberto Rudni, Horacio Finoli, Adolfo Coronato, Rodolfo Nadra o, hasta su exilio, Gregorio Selser, Pablo Giussani y José María Pasquini Durán.

Esta simple cadena de información y control reveló inmediatamente el secuestro de Serrat, quien había sido trasladado a la ESMA en noviembre de 1977, y es posible que haya contribuido a salvar su vida. Era, sin duda, una suerte de apoyo para nosotros ante las amenazas diarias que recibíamos por difundir al exterior lo que acá se obviaba o se censuraba.

Desde el segundo semestre de 1976, a un numeroso grupo de colegas comenzaron a llegar los despachos de la Agencia de Noticias

Clandestina (ANCLA), dirigida por Rodolfo Walsh. Los despachos estaban escritos a máquina sobre papel biblia o *manifold* y se enviaban a la prensa en sobres que, sin embargo, muchas veces eran interceptados en la mesa de entrada de las redacciones.

Las denuncias contenidas en estos documentos no sólo eran contundentes, sino que, en ocasiones, también contribuían a salvar vidas de personas desaparecidas, cuando lográbamos difundir sus nombres y apellidos al exterior y salían en las noticias de la *BBC* o *Radio Moscú*.

Por un antiguo acuerdo que tenía con uno de los redactores de ANCLA, *el Negro* Eduardo Suárez (detenido-desaparecido en agosto de 1976), yo solía estar entre los primeros en recibir los despachos, en una dirección «buzón» que habíamos acordado para otros fines. De ese modo, pude difundir de inmediato un resumen de la *Carta de Walsh a la Junta Militar* a través de la agencia.

Pocos días después, Arturo Lozza, que conducía «La Hora Argentina» por *Radio Moscú*, leía ante el micrófono: «En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino de una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada» **[82]** .

Un agosto negro

Varios medios y autores, que guardaron silencio durante la dictadura, o fueron sus socios directos, insisten ahora con la mentira de que Cuba fue cómplice de la dictadura.

Lo cierto y comprobable —pero que esos medios y autores ocultan— es que, en agosto de 1976, la dictadura militar secuestró a 22 personas (5 cubanos y 17 argentinos y argentinas) que trabajaban en la embajada de Cuba o en su representación comercial. Los restos de tres de esas personas —Jesús Cejas Arias, Crescencio Galañena Hernández y María Rosa Clemente de Cancere— fueron hallados recién 36 años después en tanques rellenos de cemento.

Como explicaba en la sección anterior, como respuesta al papel clave de *Prelabaires* en el flujo informativo desde el sur de América

Latina hacia el mundo durante esos años de terror, todos los periodistas de la agencia recibíamos amenazas diarias. Interceptaban el hilo del teletipo desde un piso que manejaba la Marina en el Correo Central[83] y nos hacían llegar llamados escalofriantes, como el siguiente, que permanecerá en mi memoria para siempre:

> —¿Nadra? ¿Alberto? ¿Cómo anda *Pepe*? Aquí va un saludito de María Rosa. Seguí atacando al país, hijo de puta, que con cada nota que mandes le subimos unos voltios.

El llamado culminó con los gritos desgarradores de una mujer a la que estaban torturando.

Pepe era el apodo de Bodes, a quien seguían las 24 horas. María Rosa se apellidaba «Cancere». Era militante del PC y maestra en la guardería y escuela José de San Martín, que dependía de la embajada de Cuba. El 3 de agosto, María Rosa encabezó la lista de personas secuestradas y, como la mayoría de ellos, fue asesinada en Automotores Orletti, la «cueva» del *Plan Cóndor*, en el barrio porteño de Floresta.

A contramano del relato reaccionario (al que se suman varios de quienes se autodenominan «progresistas», pero eluden el carácter esencialmente anticomunista de la campaña por los Derechos Humanos que encabezó James Carter), la Junta Militar —al igual que el resto de la criminal alianza de dictaduras sudamericanas que gestó el *Plan Cóndor*, con el expreso apoyo de la CIA— no toleraba la solidaridad de Cuba con los perseguidos políticos, que incluía el asilo político y el traslado de familias enteras a la isla, después de un hospedaje de varios meses en la sede diplomática en la Argentina.

El mundial 1978

El jueves 1º de junio de 1978, a las tres de la tarde, mientras Alemania Federal y Polonia protagonizaban un deslucido empate sin goles en el primer partido del mundial de fútbol que se jugaba en la Argentina, el mundo pudo ver la transmisión en directo de la televisión holandesa, que dividía la pantalla entre la ceremonia inaugural en el estadio de River y la

resistencia de las Madres, que hacían su ronda por los desaparecidos en la Plaza de Mayo.

Días antes, una valiente legión de leyendas de *Prensa Latina* expertos en todos los eventos deportivos —desde los partidos de fútbol hasta los juegos olímpicos— aterrizó en Buenos Aires. Lo hizo en medio del terror y el nacionalismo exacerbado por la dictadura, pero también ante la invitación de Clemente —el inmortal pájaro sin alas que dibujaba Caloi— a «tirar papelitos» en cada cancha, a contramano de la desconfianza militar a los festejos dentro y fuera de los estadios.

Encabezaba esa legión Elmer Rodríguez, más adelante jefe de Deportes de la agencia y gestor de la primera visita de Maradona a Cuba, en julio de 1987. Entre otros, lo acompañaba Sergio Pineda, una extraña mezcla de chileno, cubano y mexicano, orgulloso portador de un enorme bigote y con un humor tan explosivo como su mal genio.

Aquí, en *Prelabaires*, los acompañamos el nuevo corresponsal Abel Sardiñas —con una enciclopédica ignorancia futbolística— el conocedor Aram Aharonian y yo, un entusiasta jugador *amateur* y apasionado del juego. Con estos compañeros aprendí los fundamentos de la crónica deportiva, aunque nunca los volví a utilizar.

En aquellos vertiginosos 25 días, no sólo cubrimos el mundial en todas sus subsedes —Buenos Aires, Córdoba, Rosario, Mendoza y Mar del Plata—, sino que en cada uno de esos lugares estuvimos contactándonos con las organizaciones de Derechos Humanos y los familiares de los detenidos y desaparecidos por razones políticas para recibir información sobre los crímenes del terrorismo de Estado y también sobre la oculta, pero creciente resistencia obrera, estudiantil y popular.

3.8 *Mimí*

• 30 de abril de 2020•

Peronista ella, comunista yo. Nos vimos por última vez a principios de 1974, en una marcha de las Juventudes Políticas contra aquellas reformas represivas al Código Penal.

Entonces, apenas cruzamos una mirada, un gesto de reconocimiento en medio de las corridas y los gases lacrimógenos descargados en la represión policial.

Hoy, una foto carnet, típica de los primeros DNI, publicada por el compañero Alejandro Ángel Salvagno Olmedo me devuelve, distorsionada, su imagen con la escueta información:

> María Ángela Elena Gassmann de Crea. 31 años. Secuestrada-desaparecida el 30 de mayo de 1978 conjuntamente con Marta Alicia Caneda en la localidad de Florida, zona norte del GBA. Integrante de la columna oeste de Montoneros en la provincia de Buenos Aires.

Una y otra vez busco relatos, fotos, cualquier testimonio que supere la frialdad de esos datos, algo que rescate algo de su vitalidad y compromiso. No los encuentro, aunque logro un inesperado encuentro virtual con su hermano Augusto, quien me revela su alias: «Mara». Jefa de Subunidad del Ejército Montonero, apresada violentamente en la casa de Marta Caneda, entonces compañera de Augusto, y me estremece al relatar que el secuestro incluyó a la hija de *Mimí*, de apenas cuatro años, que apareció a los dos meses en San Martín, y hoy es médica como lo fue su madre.

Luego, para él y para mí, apenas la abrumadora certeza de su asesinato en el Centro Clandestino de Detención que funcionó en la Unidad Penitenciaria N.º 9 de La Plata.

Se juntan piezas del tenebroso rompecabezas, pero me encuentro muy lejos de la imagen que guardo de ella en mi memoria, de aquellos años de amores y pasiones urgentes: una bella médica de 24 años, en un febrero de 1971 en el Chile de Salvador Allende.

En mi caso, apenas en primer año de Sociología, había partido

de Buenos Aires al frente del segundo contingente de la Brigada Santiago Pampillón, convocada por la Federación Universitaria Argentina (FUA) para realizar trabajos voluntarios, solidarios con el proceso iniciado en noviembre de 1970.

Cientos de jóvenes de todas las geografías del país conformábamos un inédito arcoíris de matices políticos e ideológicos: formidables seres humanos con claras convicciones y, en ese momento, la decisión de aportar al «camino chileno al socialismo».

Corría el mes de febrero, y apenas unas semanas antes, la llegada del primer contingente de la Brigada había logrado un fuerte impacto de ese lado de la cordillera, en una experiencia de inmensa riqueza, furiosamente atacada por la derecha entonces, pero todavía ignorada totalmente en la historia escrita de aquellos años.

Mimí — siempre para mí fue *Mimí*— no viajó con nosotros, sino que se incorporó al grupo de la mano de *Luba*, el inolvidable encargado de cuidar la seguridad de la Brigada por parte de los camaradas chilenos. Pasamos unos pocos días en Santiago y el contingente que yo coordinaba se repartió en cinco «minibrigadas» que partieron a distintos puntos del país hermano. Con *Mimí* y dos socialistas nos incorporamos a una a cargo de *Lucho*, con quien viajamos a Gualleco, un pequeño pueblito en la Región de Maule. Nos acompañaban jóvenes chilenos de varias de las fuerzas de la Unidad Popular y también dos bolivianos vinculados al Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Única mujer en este grupo, la voluntad de «la doctora» dejó en el camino a varios en los trabajos de alfabetización o construcción y salió (literalmente) mucho mejor parada que yo del viaje que juntos realizamos a una localidad campesina perdida en los cerros, situada a un día de viaje a caballo.

En medio de una «trilla a yegua suelta» nos esperaban la desconfianza de los pobladores, entre los cuales el Partido Nacional — y la derecha de la DC— había sembrado el terror. Pues, decían, veníamos a «socializar tierra y propiedades», incluidos (¡nada menos!) los animales.

Allí *Mimí* se arremangó para separar la paja del grano de cereal. Juntos, afrontamos un aluvión de todo tipo de guisos, carbonaras,

pantrucas y caldillos, con sopaipillas a modo de pan. Y en la fiesta de cierre, que también fue de despedida, fue ella la que salvó el honor argentino al animarse a la cueca, pañuelo en mano. Fue la gracia y la sonrisa de esa bonaerense de 9 de Julio la que despejó el camino, enterró sospechas, abrió oídos — y corazones— a nuestro trabajo.

Semanas después volvimos a Santiago, una corta visita a Valparaíso, esa multicolor «ciudad colgada de los cerros» y surcada por escaleras para, en mi caso, emprender el regreso a Buenos Aires.

El relato de la experiencia de quienes fuimos brigadistas hace casi 50 años, sigue siendo una asignatura pendiente en la reconstrucción de la memoria histórica de una generación y de la Patria Grande. Hoy, en estas líneas, es también la reivindicación de una vida. Pues por la vida luchó María Ángela Elena Gassman, *Mimí*, generoso legado para los pueblos de ambos países en la lucha por Memoria, Verdad y Justicia.

3.9 Corro 105: RODEADOS

• 30 de junio de 2022 • Para La Tecl@ Eñe•

¿Es posible que una investigación periodística logre abarcar la historia de una generación? Es posible. Y lo logra Ernesto Valverde — periodista, escritor y militante de los derechos humanos— en un impactante y polémico libro *Corro 105: Rodeados* (Valverde, 2022).

En sus páginas se reconstruye el ataque militar a la Secretaría Política Nacional de Montoneros el 29 de septiembre de 1976, en la calle Corro 105, de Villa Luro, donde resistieron hasta la muerte Alberto Molinas, Ismael Salame, Ignacio Beltrán, José Coronel y María Victoria *Vicky* Walsh.

Y lo logra porque su trabajo es marcadamente diferente a las investigaciones similares, pero confeccionadas por académicos. También es diferente de los textos con los que algunos exdirigentes pretenden justificarse y —especialmente— de los libros fruto de la visión tuerta de los periodistas de «pseudoinvestigación», que tienen tanta difusión en los grandes medios.

El libro de Valverde se aleja de la usual sucesión de nombres, hechos y definiciones políticas con algún contexto o anécdota de época, para presentarnos un texto en el que el relato periodístico se expresa a través de las historias de vida de los protagonistas de los hechos: qué ideas los llevaron por los caminos que eligieron, cómo razonaron las decisiones que tomaron, cuáles eran sus certezas e incertidumbres políticas y, también, quiénes eran como personas, como esposos, esposas, amantes, padres, madres, hijos.

Nos presenta testimonios y anécdotas que permiten reconstruir cinco vidas militantes. Amigos, familiares, compañeros de militancia y hasta vecinos nos pintan un retrato de estas cinco personas desde su niñez hasta el final de sus vidas. Un retrato de cómo crecieron y maduraron, del despertar de sus conciencias políticas, de cuáles eran sus sueños y esperanzas, aciertos y certezas, errores e incertidumbres en esos caminos de compromiso finalmente cercenados a balazos y bazucas lanzagranadas por parte

de 200 efectivos del Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea 101 (GADA101), con apoyo de un helicóptero, tres tanquetas de la Gendarmería y efectivos de la Policía Federal.

Comenzamos el libro y sentimos ternura al verlos crecer, conocer a sus familias, «entrar en sus casas», percibir el modo en que sus compromisos políticos crecieron a partir de la conciencia de vivir en un país y un mundo tan largamente injustos…

Luego, el relato sobre sus trayectorias políticas invita a una reflexión crítica de quienes fuimos sus compañeros y hasta sus amigos cercanos, pero desde diferentes espacios políticos y con disensos importantes con las decisiones de la organización a la que ellos pertenecían.

Sin embargo, quienes militamos en aquellos años no podemos dejar de empatizar con esa descripción de una juventud que también fue la nuestra, con una mezcla de idealismo, profundo compromiso político y, a la vez, dudas y errores que, en muchos casos, resultaron fatales.

Las páginas finales del libro se leen con el vértigo de una novela de ficción y finalmente nos sacuden con el horror de seguir paso a paso una matanza que conmovió a vecinos, comercios, escuelas y a todo un barrio al masacrar a cinco combatientes.

Sin dudas, la obra es oportuna, ya que diez de los militares que protagonizaron el ataque fueron detenidos por el juez Daniel Rafecas en diciembre de 2021 y se los procesó en marzo de este año [2022].

También se trata de un libro polémico. Pero, a la vez, consta que es fruto de varios años de investigación, que se reflejan en una rigurosa y documentada descripción de aquellos tiempos de lucha, de entrega y de esperanzas tronchadas por el horror.

Su lectura invita a una reflexión seria acerca de la militancia de los años 70, en una época distinta y hoy irrepetible, pero con lecciones que mantienen vigencia y es preciso rescatar y analizar como legado para las nuevas generaciones.

Desde lo personal, agradezco a Ernesto Valverde, como en su momento lo hice con Ricardo Baschetti, que haya rescatado, en sus páginas, mi amistad con *el Turco* Ismael Salame. Ambos autores describen esta amistad en el contexto del papel que jugó en esta historia la organización a la que yo pertenecía en esos tiempos de

firme rebeldía y claros principios, pero también tanto dolor.

El recuerdo que vuelca Valverde en *Rodeados* es más extenso y cita mis largas charlas con Salame, alguna vez en la Sociedad Sirio-Libanesa de su Tucumán natal y, otras tantas veces, en distintos bares porteños o locales partidarios. Me hicieron recordar esas charlas con el joven Ismael, campechano y afectivo a través de su humor ácido, que le brotaba naturalmente, y solía terminar en agudas chicanas que pegaban en puntos sensibles de la supuesta infalibilidad de mis juicios.

Pienso en mi amistad con Ismael como una medalla de honor que me dio la vida y supera mis expectativas el hecho de que la reconozcan y valoren varios compañeros peronistas, con quienes no siempre estuvimos, ni estamos, de acuerdo, tanto sobre el pasado como sobre el presente.

Recomiendo leer este libro de la primera a la última página para sacar provecho de su reconstrucción vivencial e histórica, así como de las lecciones que brinda y las reflexiones a las que invita.

Sin embargo, cargado de emoción, me tomo el egoísta atrevimiento de reproducir, como cierre en esta reseña, estos párrafos que me parecen una fiel reproducción de lo que vivimos en aquellas últimas horas quienes nos reunimos con Ismael en el encuentro citado — el PC lo hizo con otros militantes y dirigentes. Los que participamos de ese encuentro éramos miembro de *la Fede*, que por entonces contaba con la autonomía de decisión y la capacidad operativa que permitían ofrecer lo que ofrecíamos, en el marco de un largo y fraternal trabajo en común con las JP Regionales para crear y, más tarde, extender a nivel nacional las Juventudes Políticas Argentinas.

Irse del país (Valverde, 2022; p. 210 y 213)

> Al día siguiente, Ismael tenía una cita con integrantes del Partido Comunista. Inclusive le habían anticipado el tema de la conversación: sacarlo del país.

Salame llegó puntual a la cita. Un vehículo frenó a su lado y el conductor lo invitó a subir.

Durante 20 minutos estuvieron dando vueltas, verificando que

Salame no «trajera cola» (estar siendo seguido por las Fuerzas de Seguridad). Después de un largo rato y de pasar a un segundo auto, lo llevaron compartimentado hasta el lugar de la reunión.

> — Mirá *Turco*, esta casa es segura, y nosotros verificamos que no te seguían. Así que la jugada es tenerte guardado acá que es totalmente seguro. Mañana te sacamos para Cuba.
>
> — Están locos.
>
> — No, esto es muy en serio. Y vos sos un arbolito de Navidad caminando por la calle…

Luego de este inicio, dos compañeros más del Partido Comunista, ingresaron al cuarto con una pava y mate, que dejaron sobre la mesa para poder saludarse con Ismael.

Se conocían hace años y, ante la coyuntura actual, el PC estaba intentando sacar del país a algunos compañeros que, sin pertenecer a su organización, consideraban valiosos y, a su vez, que estaban sentenciados por la dictadura.

Ismael Salame era uno de ellos.

La reunión fue en una casa ubicada en la zona donde se tocan los límites de los barrios Almagro, Villa Crespo y Caballito, de la ciudad de Buenos Aires.

Luego de una charla sobre la situación política del país, y discutir sobre lo que opinaban, los integrantes del PC volvieron al ataque con que se quede allí y ellos lo sacarían del país.

> — Mirá paisano (dirigiéndose a Alberto Nadra, de origen sirio como él), yo voy a morir. Si yo me quedo, me van a matar los milicos. Si me voy, me van a matar mis compañeros. Prefiero que me maten los milicos.

3.10 El Canca, el amigo, el compañero

• 3 de mayo de 2019•

Tenía sólo 25 años cuando lo conocí. Yo, apenas cinco menos, que en aquellos años equivalían a un siglo.

No fue fácil en el arranque. Él era orgulloso dirigente de la JP. Yo, un no menos altivo militante de *la Fede*.

No teníamos dudas. No era tiempos de dudas, sino de liberación.

Junto a otros, con distintos orígenes, pero similares convicciones, compartimos la construcción de las Juventudes Políticas. Algunos arrugaron. Otros se quebraron. Muchos redoblaron la apuesta. Juan Carlos Dante Gullo fue uno de ellos. La dictadura secuestró y desapareció a su hermano y a su madre, Ángela, en los días en que reclamaba por la libertad del *Canca*, preso en Sierra Chica.

Era uno de nosotros. Yo sigo siendo uno de ellos, los que no dejan de combatir.

Chau amigo, compañero de lucha.

3.11 Román, siempre con nosotros

• 28 de noviembre de 2023 • Para *Orientación* •

Un 28 de noviembre de 1979, en plena dictadura, luego del cierre de una edición más de la prensa clandestina del Partido Comunista, una patota militar asesinó al periodista Román Mentaberry. Promoción 68 del Colegio Nacional Buenos Aires, buen jugador de ajedrez, amante del cine y del *rock* nacional, a semanas de ser padre y poco antes de recibirse como licenciado en Ciencias de la Educación.

Es bueno recordar en esta sociedad fragmentada, donde predomina el individualismo pasatista y el «sálvese quien pueda», que luego del golpe de Estado de 1976 el compromiso militante de Román lo llevó a renunciar a un cómodo y bien remunerado trabajo en el Banco Provincia, para dedicarse por completo al periodismo en la resistencia.

COGTAL: entre linotipias y rotativas

Unos años antes, en 1970, nos conocimos en los talleres de la cooperativa obrera gráfica COGTAL durante otra dictadura —la que inició en 1966 con Onganía y terminó con Lanusse—, cuando Román supervisaba la impresión de *El Vocero de la FUA*, el periódico de la Federación Universitaria Argentina (La Plata). COGTAL —lo recuerdo con un estremecimiento que entonces no nos permitíamos— también fue el taller donde, en esa misma tarea, aportó sus últimos esfuerzos para *Informe*, tozudo semanario del PC.

Allí y entonces, de su mano y por primera vez, conocí los rudimentos de la prensa gráfica en aquellos tiempos, todavía alejados de la fotocomposición o el *offset*, una época hoy casi incomprensible, cuando las nuevas tecnologías nos permiten convivir naturalmente con libros digitales, portales de diarios y

revistas con texto, imágenes y hasta videos de actualización permanente.

En aquellas redacciones se elaboraban los textos y se diagramaba a mano, página por página. De allí se llevaban a pulso a los talleres gráficos, donde los linotipistas, en aquellas gigantescas «máquinas de escribir», pegadas a una fundición, convertían las letras o símbolos en líneas completas (*a line of type*) de plomo con los caracteres, titulares y separadores, a la vez que cortaban sin misericordia cualquier letra o párrafo que excedía los estrictos límites.

A Román, además de la redacción, solía corresponderle corregir las «pruebas de galeras», una suerte de impresión de pares de páginas, producto de entintar sobre un pliego suelto las líneas de plomo ya ordenadas y fijadas dentro de los límites de un rectángulo metálico, sobre grandes mesas de trabajo, en los márgenes de las cuales realizábamos las indicaciones manuscritas.

Corregidas y aprobadas, el plomo contenido en el cajón se grababa en planchas que cubrían los cilindros de las rotativas para la impresión.

La noche del crimen

Un reducido número de dirigentes y escasos militantes, en ambos casos designados, asumíamos la tarea de permanecer varias horas al día en la sede del Comité Central de PC, en Entre Ríos 1039 —espiado las 24 horas por un equipo especial de los servicios de inteligencia—, un local donde se produjeron atentados con explosivos y detenciones, así como secuestros/desapariciones a unas pocas cuadras.

Aquel 28 de noviembre fue otra jornada de coordinación del impulso partidario a la reconstrucción de las organizaciones de masas del movimiento popular, la defensa de los presos y el rescate de los secuestrados, incluido el reclamo y solidaridad internacional, tareas encomendadas por el partido a Fernando Nadra y por *la Fede* a Patricio Echegaray.

Ya de noche, cuando estaba por abandonar el edificio por una de las salidas laterales, encontré a un camarada desencajado, intentando —con poco éxito— explicar a los guardianes del local la

razón de su presencia, ya que para el resto de los militantes estaba totalmente desaconsejado concurrir. Casualmente, pues lo conocía, intercedí para escuchar el dramático relato de su ingreso a la redacción de *Informe*, que funcionaba encubierta como la oficina de una empresa de fantasía, en Esmeralda al 700, pleno centro porteño. Román había sido desnudado, ahorcado y colgado en el baño, en un claro mensaje mafioso.

Jamás dudamos que su muerte tenía que ver con la información que regularmente publicaba acerca de la resistencia obrera, especialidad gremial que también ejercía en el quincenario de *la Fede, Imagen*, luego ilegalizado formalmente junto a *Informe*, como ya había sucedido con sucesivas publicaciones a las que vinieron a reemplazar.

Esta vez, la dictadura completó su trabajo con el crimen y la posterior voladura de las rotativas de COGTAL, una clara intimidación dirigida hacia todos los combativos trabajadores gráficos.

Román también fue parte de la cobertura con que los medios partidarios impulsaron la masiva movilización que, dos meses antes, rodeó a familiares y víctimas que concurrieron a realizar sus denuncias ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que visitó el país en septiembre de 1979.

El PC y *la Fede* jugaron un papel relevante, en todo el país, en la organización de aquellas jornadas históricas, por lo que tampoco se descartó una revancha ejecutada por las patotas militares.

Las documentadas denuncias partidarias fueron un sensible golpe para la dictadura, pues el posterior Informe de la CIDH demostró, por primera vez, lo que tanto se denunciaba en el exterior: Argentina vivía bajo el terrorismo de Estado, conclusión para la cual la Comisión se basó en el caso del secuestro y desaparición de la joven comunista Inés Ollero, desnudado por una valiente investigación realizada por su padre, César, junto a su abogado, Jaime Nuguer y al área de inteligencia del PC.

Las horas que siguieron

Durante la madrugada del 29 de noviembre confirmamos el crimen y,

junto a Eduardo Duschatzky (*Informe*) y Francisco *Cacho* Álvarez (*Imagen*), coordinamos diversas y complejas acciones para reinstalar las dos redacciones y cambiar los circuitos de impresión, con el objetivo inmediato de impedir que volviera a ellas ninguno de los nuestros.

Horas de vértigo, de reuniones con técnicos y abogados para que, finalmente, al día siguiente otro periodista de *Informe* —el ya fallecido Arturo Marcos Lozza— fue designado para «dar la cara», rescatar el cuerpo de nuestro compañero y denunciar el crimen. Lo acompañó el laboralista y teórico de filosofía marxista del derecho Abel García Barceló. Pero Arturo fue encarcelado por largo tiempo, durante el cual fue sometido a duros interrogatorios.

Obligados, tuvimos la difícil tarea de lidiar con las «preocupaciones» de una parte del aparato partidario, por el tono de la denuncia que redactamos para los semanarios del PC (Eduardo) y el quincenario de la FJC (yo mismo). «Preocupaciones» finalmente frenadas gracias al apoyo de mi padre en el primer caso, y de Patricio Echegaray en el segundo.

Pese a que nuestros camaradas recorrieron las redacciones de los medios comerciales, sólo dieron cuenta del asesinato la mítica voz de Ariel Delgado, desde *Radio Colonia* (Uruguay), un editorial del *Buenos Aires Herald* y algunas de las agencias de noticias internacionales.

Clarín, La Nación y toda la prensa canalla, expresamente informada, ignoró totalmente el hecho pese a tratarse del ataque a un medio de prensa y al asesinato de un periodista en su lugar de trabajo. Como tampoco dieron cuenta de casi ninguno de los 172 casos de colegas desaparecidos y asesinados por la dictadura militar.

Tampoco tuvieron un mínimo gesto la patronal Asociación de Empresas Periodísticas de la Argentina (ADEPA) ni la publicitada Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), tan angustiadas por la libertad de prensa en cualquier gestión gubernamental en que intente, siquiera, rozar los intereses del bloque dominante.

Ya en democracia, personalmente reclamé ante mi gremio —la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA)— por la ausencia de Román en los primeros listados de periodistas desaparecidos. Incomprensiblemente, no apareció en la primera (1986) ni en la segunda edición (1987) del libro de homenaje y

conmemoración *Con vida los queremos*, pese a que en el amplio colectivo de redacción participó su excamarada Alfredo Leuco, de frágil memoria y mucho apuro por alejarse de una historia pronta a ser traicionada.

Posteriormente, su nombre fue incorporado —finalmente— y su imagen enarbolada junto a la de tantos otros en las manifestaciones de los trabajadores de prensa en cada 24 de marzo. Hoy su «ficha» y otros testimonios constan en la página web y las acciones del Sindicato de Prensa de Buenos Aires (SiPreBA).

Los culpables, denunciados e impunes

Ante la Conadep, en marzo de 1984, un denunciante — Carlos Alberto Chiappe— relató el asesinato como «un hecho notorio que es la muerte de un periodista del periódico *Informaciones* (sic), órgano del PC, a raíz de una denuncia del gerente del frigorífico Caucán, coronel en actividad gerencial, y con la intervención de los tenientes Bertier y Cardozo».

Esta denuncia, registrada en el archivo 3007 de la Comisión, identificaba como coautor del asesinato al jefe del grupo de tareas del Regimiento 3 de La Tablada, teniente José Enrique Berthier, posteriormente también identificado como interrogador del centro clandestino de detención El Vesubio.

Berthier, luego capitán, fue condenado a la pena menor de 10 años de prisión por «ocultamiento» de una bebé nacida en cautiverio, María Eugenia Sampayo, que robó y entregó a Osvaldo Ríos y María Cristina Gómez Pinto, en la primera causa de una joven — en 1977, bebé nacida en cautiverio— que denunció y demandó a sus apropiadores.

El asesinato de Román sigue impune. Como siguen impunes casi 250 casos —salvo en los que «la otra justicia» buscó y halló otros caminos para llegar— de comunistas asesinados en dictaduras. Y aún en gobiernos triunfantes en elecciones, fraudulentas o no, a lo largo de la historia argentina.

En la última dictadura, la impactante cifra (en relación al número de sus afiliados) fue de 1500 presos y 500 secuestrados, 350 de los cuales arrancamos de los centros clandestinos, pero más de 150 fueron asesinados.

En un aviso conmemorativo, publicado por familiares y amigos en *Página 12* otro noviembre —creo de 2011—, por primera vez sumó su firma Julián, el hijo que Román no pudo conocer, quien hasta entonces ignoraba su origen, y gracias a su primo, Bruno Borisovsky, tuve la suerte de conocer, pues me buscó a partir de una nota de homenaje que publiqué en 2009.

No fue un momento cualquiera: años después de haber vivido las tremendas horas que siguieron a su asesinato, significó para mí el reencuentro de Julián con su historia, la de su padre, la de su lucha. Y también con su familia, pequeña epopeya en la que lo acompañé, como simple pero orgulloso «presentador», incluida el inolvidable recibimiento de los excamaradas de «El Colegio», sus amigos eternos.

Su nombre figura hoy junto al de numerosos exalumnos y docentes asesinados en aquellos años en un aula de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde se cursa la carrera de Ciencias de la Educación. También en la «Lágrima» de bronce y en las baldosas de la puerta del Nacional Buenos Aires.

Y en nuestra Memoria. En la de los que hoy, más que nunca, no olvidamos ni perdonamos. En la de todos los que no dejaremos de buscar Verdad para que finalmente haya Justicia, en TODO y para TODOS.

3.12 El mito de la plaza de Galtieri [84]

A 40 años del intento de recuperación de nuestro territorio usurpado, diversos académicos y políticos repiten esta muletilla de la «plaza de Galtieri», potenciados por los grandes medios de prensa, tan obsecuentes con la dictadura cívico-militar y hoy, portavoces de los intereses corporativos y motorizadores de la desestabilización institucional.

Esta idea de que hubo una «plaza de Galtieri» surgió a horas de la rendición de los mandos militares y es símbolo de una campaña de «desmalvinización» que viene acumulando efectividad y prolongando su vigencia desde el momento mismo en que la dictadura sometió a los combatientes a un humillante regreso.

La campaña consiste en maniobras políticas y discursivas que vacían la memoria colectiva del pueblo argentino de la lección anticolonial y antiimperialista de aquellos días y niegan, también, el balance de la lucha antidictatorial de nuestro pueblo. Sin embargo, excepto por algunos esfuerzos dentro del Frente para la Victoria y el Frente de todos, hay pocas voces que se levantan para denunciarla, incluso dentro del mismo movimiento nacional y popular.

En las siguientes líneas, expondré tres objetivos centrales de esta campaña de «desmalvinización» y comentaré brevemente cómo se vienen expresando en la realidad político-social de nuestro país.

1. Reducir las atrocidades de la dictadura a aquellos actos que llevaron a cabo los militares y grupos parapoliciales, y ocultar el modo en que estos actores estuvieron inspirados y sostenidos por las grandes corporaciones, varias con origen en Washington y las capitales europeas, cuyos intereses propiciaron y decidieron el resultado de la guerra de Malvinas. Se trata de las mismas corporaciones que se enriquecieron entonces y siguen enriqueciéndose en nuestros días.
2. Ocultar el modo en el que la OTAN aprovechó la guerra de Malvinas para fortalecer su posicionamiento militar en el Atlántico Sur, así como los intereses militares y económicos que llevaron a EE. UU. y, en

general, a los países de la OTAN, a apoyar a Gran Bretaña y decisivamente perjudicar a la Argentina en la guerra de Malvinas. Esta faceta de la campaña de «desmalvinización» refuerza el olvido de las lecciones anticolonial y antiimperialista que dejó Malvinas con un paradójico «endiosamiento» mediático de esas naciones e instituciones.
3. Reducir la masiva movilización popular por nuestra soberanía en Malvinas a una marcha de apoyo a la dictadura militar, o a Galtieri, y ocultar que también supuso la expresión de una decidida resistencia a la dictadura que se había ido acumulando en varios sectores del pueblo argentino desde 1976, producto de la cual en 1982 se acorraló a un régimen ya sumido en severas crisis internas.

Dictadura y democracia a través de la «desmalvinización»

Los juicios a los crímenes del terrorismo de Estado y la infatigable investigación de varios organismos de derechos humanos, así como de los familiares de los secuestrados y desaparecidos, profundizaron las denuncias de la mítica *Carta de un escritor a la Junta Militar*, que Rodolfo Walsh escribió horas antes de su asesinato. De este modo, contribuyeron a esclarecer la verdad histórica y las responsabilidades de los actores que protagonizaron tristemente la época de la dictadura.

Sin embargo, como mencioné anteriormente, parte de la campaña de «desmalvinización» de los últimos años tiene que ver con ocultar que el plan estatal de exterminio no fue exclusiva responsabilidad de los militares que dieron el golpe, sino también de varios actores civiles, como corporaciones nacionales e internacionales: Ledesma, Acíndar, Techint, Mercedes Benz, Ford, Celulosa, Bunge & Born, Soldati, Pérez Companc, Fortabat, entre otras.

Los gobiernos neoliberales en la recuperada democracia, todos los «grandes» medios periodísticos —con *Clarín* y *La Nación* a la

cabeza— y buena parte de la justicia silenciaron estas responsabilidades civiles, o porque fueron cómplices de ese accionar, o en algunos casos, incluso, protagonistas. Así, el neoliberalismo económico —impuesto en dictadura y renacido dos veces en democracia— y el desprecio y abandono de la causa nacional por la soberanía en las Islas unen al Domingo Cavallo estatizador de la deuda externa privada en dictadura con el Domingo Cavallo superministro de Menem y De la Rúa. Esos rasgos también lo unen con los funcionarios de la gestión de Juntos por el Cambio, impulsores de la derogación de conceptos como «independencia económica», «soberanía», «patria» o «integración latinoamericana».

Valen como ejemplo las «relaciones carnales» del canciller Guido Di Tella, que no se redujeron a las concesiones a los EE. UU., sino que se extendieron al Reino Unido, con una «política de seducción» de los > *kelpers* mediante ridículos envíos de «regalos» y, especialmente, a través del inédito y gratuito reconocimiento de los ocupantes como «tercer actor» en el conflicto. También se puede mencionar el modo en que la administración de Macri destruyó la economía y endeudó el país para favorecer la fuga de capitales de los mismos grupos económicos que se beneficiaron con el resultado de la dictadura y la guerra de Malvinas.

Este expresidente rechazó la recuperación de nuestra soberanía en Malvinas porque, en sus palabras, «generaría un fuerte *déficit*». En cambio, prefirió seguir beneficiando a los intereses económicos mencionados, a través de ruinosos memorandos de entendimiento y cooperación con Gran Bretaña, que le dieron vía libre a ese país para la explotación indiscriminada de nuestros recursos naturales.

Con una base ideológica similar, Patricia Bullrich propuso la entrega de las Islas Malvinas a cambio de un lote de vacunas de *Pfizer* durante la pandemia.

Esta alineación de los intereses económicos de Gran Bretaña, Estados Unidos y los países que se beneficiaron con la dictadura y la guerra de Malvinas con los de los grandes grupos económicos nacionales —que, además, tienen un importante poder político y mediático—, es una realidad que la campaña de «desmalvinización» pretende ocultar del debate público y político, y también del alcance de la justicia.

«Desmalvinización» o cómo ocultar la cara sangrienta del imperio

Durante febrero de 2022, el coro de los grandes medios de comunicación y la oposición política se mostró visiblemente indignado por las decisiones presidenciales de negociar la deuda que Cambiemos contrajo con el FMI y de visitar Rusia y China, en el marco de la grave tensión impulsada por la OTAN desde Ucrania.

Tanto los medios como la oposición distorsionan el enfoque multilateralista de la actual política exterior y acusan al gobierno de poner distancia con «nuestros amigos» y «aliados», Estados Unidos y la Unión Europea. Niegan la realidad de que el endeudamiento es un mecanismo de dominación y dependencia que las grandes potencias económicas históricamente han impuesto a los países menos poderosos.

Las críticas de los medios y la oposición también refuerzan el intento «desmalvinizador» de alinearnos incondicionalmente con los países de EE. UU. y la OTAN, que actuaron como enemigos durante la guerra de Malvinas, a través de su apoyo diplomático y de provisión de armamento e inteligencia a Gran Bretaña.

¿Qué clase de «amigo» propicia los sangrientos golpes de Estado que sufrió nuestro continente e invade 40 veces a los países latinoamericanos durante el siglo XX, como parte de centenares de destructivas intervenciones a diferentes naciones en el mundo?

¿Qué clase de «aliado» impone el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) —supuestamente para prevenir «agresiones extracontinentales» contra cualquier país del continente—, lo usa para encubrir su intervencionismo en los países latinoamericanos durante toda su historia, pero lo bloquea en 1982, ante el ataque inglés a la Argentina, que fue una verdadera «agresión extracontinental»?

En ese momento, el gobierno de los EE. UU. —que incluía al entonces senador y posteriormente presidente Joe Biden— simuló propiciar una mediación, para luego apoyar expresamente al Estado ocupante y suministrarle las coordenadas de las tropas argentinas, que fueron decisivas para que Gran Bretaña pudiera derribar nuestros aviones y tener la precisión necesaria para asesinar a los

tripulantes del crucero General Belgrano, que fue hundido fuera del área de conflicto, en una burla a las gestiones de paz de los entonces secretario general de la ONU y presidente de Perú.

Para combatir en Malvinas, el Reino Unido desplegó el mayor operativo desde la Segunda Guerra Mundial, lo que mostró que su objetivo final en esta batalla iba mucho más allá de proteger a uno de sus más pequeños y alejados enclaves coloniales. En realidad, se proponía avanzar en su vieja aspiración, compartida con sus aliados de la OTAN, de lograr una posición militar estratégica en el Atlántico Sur [85] .

Confirma esta afirmación el hecho de que, apenas concluyó la guerra, Gran Bretaña instaló una gigantesca base aeronaval, de comunicaciones y espionaje electrónico, que hace ejercicios militares con regularidad y cada año incrementa su poder con armas de largo alcance, en evidente violación de diversas resoluciones de la ONU, en particular aquella que determina el estatus del Atlántico Sur como Zona de Paz y Cooperación.

La presencia de esta base militar en Malvinas también supone una amenaza y un peligro cierto para los pueblos de todo el continente, en especial ante las amenazas de intervención militar estadounidense en países latinoamericanos. Esta base, a menos de 400 kilómetros de nuestro territorio, bien puede llegar a ser un soporte para la expansión de la OTAN sobre Ucrania, y su participación en futuros conflictos, con la consecuente cercanía a Latinoamérica de los alcances de una eventual confrontación bélica.

A la luz de estas reflexiones, resultan indignantes comentarios como los de Joaquín Morales Solá para *La Nación*, en el sentido de que «el presidente decidió ofender» a «nuestro principal benefactor», o que se «abandonó la tradición nacional de estar cerca de Europa y los Estados Unidos [86] », enfoque que también levantan otros periodistas de los medios hegemónicos.

Si Malvinas dejó algo claro —y por eso hay tanto empeño en ridiculizar y borrar sus enseñanzas— es que los países de la OTAN eran nuestros enemigos, los mismos que mataron a nuestros compatriotas y los mismos que «educaron» a nuestras fuerzas armadas en la Doctrina de la Seguridad Nacional, tan útil para la represión interna como inútil para la defensa nacional. Eran las órdenes de Estados Unidos las que cumplía la dictadura al enviar

«especialistas» argentinos a Centroamérica para instruir a los militares y paramilitares locales en tortura y «lucha antisubversiva».

Durante la guerra de Malvinas también se ratificó que, al igual que actualmente, nuestros amigos estaban entre los pueblos latinoamericanos, la despreciada «Patria Grande», que no vaciló en brindar solidaridad activa, inclusive con voluntarios para el combate, y entre las 120 naciones del Movimiento de Países No Alineados.

«Desmalvinización» como ocultamiento de la lucha popular durante la dictadura

La Plaza de Mayo no fue del dictador Galtieri y buena parte de los allí presentes no estábamos enceguecidos. Este mito, que repiten varios académicos, políticos y periodistas, omite el importante hecho de que la movilización por la soberanía de Malvinas permitió expresar, en las plazas de todo el país, la conciencia y organización antidictatoriales que un sector significativo de los ciudadanos argentinos había acumulado desde el momento mismo del golpe.

Esta historia oculta de la resistencia civil —que perversamente reducen a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, que son su heroico e inmortalizado símbolo— tuvo como puntales al movimiento obrero y a las juventudes políticas, que convergieron en la Multipartidaria hacia el final de la dictadura, después de vencer la resistencia del radicalismo balbinista, reacio a cualquier acción conjunta por las libertades y la democratización del país.

Horas después del golpe, los sobrevivientes de las Juventudes Políticas comenzaron a coordinar acciones a fin de recuperar a todos los sectores del movimiento juvenil: sindical, barrial, estudiantil, artístico o de pequeños y medianos productores. De este modo, por ejemplo, se reorganizaron los centros de los colegios secundarios, en los que circulaban decenas de revistas clandestinas. Por su parte, el movimiento estudiantil universitario resistió múltiples intentos de arancelar la educación y, en 1980, logró sumar 20 000 firmas en contra de una de estas iniciativas, aun en medio de la persecución.

Asimismo, en un contexto socio-político en el que las huelgas y

manifestaciones obreras estaban prohibidas, y eran pasibles de sanción, la militancia protagonizó el trabajo *a tristeza* —tristeza por la represión, las prohibiciones y la explotación—, que fue un primer cimbronazo al régimen. Peronistas y comunistas que dirigieron las primeras experiencias de esta iniciativa en las automotrices, y también trabajadores ferroviarios e integrantes del sindicato Luz y Fuerza, todavía están desaparecidos. Estas acciones de resistencia se profundizaron con la constitución de la «Comisión de los 25» —luego la CUTA— y, en 1980, comenzaron las primeras huelgas generales y las movilizaciones a la Iglesia de San Cayetano, en Liniers, en las que un abanico multisectorial enfrentó a la represión con la consigna de «Paz, pan, trabajo», que culminaba con un contundente «la dictadura abajo».

Por otro lado, entre 1978 y 1980, el centro de los encuentros de la juventud de la Federación Agraria fueron diversas discusiones e iniciativas para rechazar las medidas económicas del ministro Martínez de Hoz, que liquidaban a los pequeños y medianos productores.

En esos mismos años, se realizaron sucesivos seminarios juveniles de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, en los que se dio a conocer una amplia lista de desaparecidos y se hizo bandera la denuncia de «el delito de ser joven». A la vez, en 1978, más de 80 organizaciones juveniles —políticas, sindicales, estudiantiles y artísticas— se movilizaron para pronunciarse contra los intentos guerreristas de las dictaduras de Chile y Argentina por el Canal de Beagle. En 1981 se extendieron por todo el país nuevas expresiones de resistencia como Teatro Abierto, Danza Abierta, Música Siempre, Libro Abierto y tantas más.

Como parte de estas y otras expresiones de lucha y protesta, muy brevemente resumidas en estas líneas, se formaron centenares de comités locales que, en 1979, marcharon —en cuadras y cuadras de hombres, mujeres y jóvenes— a denunciar los crímenes de la dictadura ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, rodeados por los tenebrosos *Falcon* verdes, pero también con un sistema de vigilancia y «controles» de cada comisión para garantizar la mayor seguridad posible.

Con estos antecedentes, la convocatoria antidictatorial de la CGT de Brasil, el 30 de marzo de 1982 fue masiva e hirió de muerte al

régimen con una batalla campal en los alrededores de la Plaza de Mayo y en otras ciudades del país, dos días antes del manotazo desesperado en Malvinas.

Finalmente, el 10 de abril de 1982, fue esta acumulación de resistencia popular la que inspiró a una parte importante de quienes nos movilizamos a la Plaza de Mayo para reclamar por la soberanía en nuestros términos. De este modo, nuestra movilización fue una expresión más de nuestro repudio sostenido a los crímenes de la dictadura y un nuevo pedido por la democracia.

La mala memoria, ayudada y potenciada por la permanente campaña «desmalvinizadora» puede confundir el balance, pero basta con buscar en los archivos de la época las fotos de la movilización para notar numerosos carteles, firmados por la Juventud Peronista, la Federación Juvenil Comunista o por ambas organizaciones, bajo consignas como «Con las Malvinas recuperar la democracia también» o el estremecedor «Las Malvinas son argentinas; los desaparecidos, también», que «patentaron» las Madres en su plaza.

Nosotros, y no aquellos que aplaudían crédulamente al dictador —que, sin duda, también los hubo— fuimos quienes volvimos a enfrentar la represión en las calles para pedirle cuentas al régimen militar a horas de la rendición en Puerto Argentino, e impulsamos una última ola de resistencia que no se detuvo hasta el final de la dictadura.

4. La militancia en el siglo XXI

En muchos aspectos hoy estamos más cerca de las cuestiones del siglo XIX que de la historia revolucionaria del XX. Una amplia variedad de fenómenos del siglo XIX está volviendo a aparecer: vastas zonas de pobreza, desigualdades crecientes, una política disuelta en el «servicio de la riqueza», el nihilismo de partes considerables de la juventud, el servilismo de buena parte de la intelligentsia; el experimentalismo, asediado y circunscrito, de unos cuantos grupos que tratan de expresar la hipótesis comunista… Por tales motivos no cabe duda de que, como en el siglo XIX, lo que hoy está en juego no es la victoria de la hipótesis, sino las condiciones de su existencia. Ésa es nuestra tarea durante el interludio reaccionario que hoy impera: la renovación, mediante la combinación entre procesos de pensamiento —siempre de carácter global o universal— y experiencia política, siempre local y singular, pero transmisible, de la existencia de la hipótesis comunista, en nuestra conciencia y sobre el terreno.

Alan Badiou
La Hipótesis Comunista

4.1 Los años lentos

La carta en la que renuncio al PC, el 8 de octubre de 1990, terminaba con una frase cargada de esperanza en el futuro. Esperanza de que los de entonces y «La militancia en el siglo XXI», encontráramos, finalmente, el camino para construir una nueva organización que impulsara, con renovadas fuerzas, ideas y acciones concretas para lograr un mundo mejor.

Lo cierto es que el mundo, este mundo, se me vino encima.

Primero cayó sobre mí el resto del peso, que ya venía soportando, de saber que el Partido al que había dedicado toda mi vida hasta ese momento, había dejado de ser el canal para cambiar el sistema político económico hacia una sociedad más justa, humana y fraternal.

Ya no era, ni iba a ser, parte de aquello en lo que el Partido se convertiría. Lo cual fue afortunado y moralmente correcto. Pero no por eso dejó de herirme en lo más profundo y de manera definitiva.

Asimismo —mientras trataba de sobrevivir y llevar adelante una familia en una existencia posterior a la militancia política como profesión— las experiencias de la vida cotidiana me confirmaron la cruel lección de que los antecedentes de una militancia política comunista —y sindical en el gremio de prensa— cierran las puertas para el trabajo profesional. De una manera que podría parecer desprovista de todo sentido —el comunismo en la Argentina está en el exacto momento marcado por Badiou— esta realidad permanece en la actualidad.

Luego, cayó el llamado «socialismo real». Implosionó, corrompido y vaciado de casi todos sus principios originales. Tal vez un detalle que indica que lo inspiraban ideales nobles —a diferencia de otros «imperios»— es que se desagarró en luchas internas; pero sin disparar un solo tiro. Esto es, hacia el exterior; en los términos de que se puso fin a una guerra que por algo recibió el adjetivo de «fría». Pero yo sí recibí un disparo; directo al corazón. Como sé que también lo recibieron generaciones de hombres y mujeres que entregaron sus bienes, su libertad y, en no pocos casos,

su vida, por el triunfo del socialismo.

Es difícil transmitir la soledad y el desamparo que pulsean existencialmente con los fantasmas de la persecución y la sensación de fracaso. Al principio no había esperanza que sirviera para impulsarme políticamente: el sueño de la revolución estaba hecho añicos. Con el Muro, simbólicamente, cayó el determinismo positivista. Al mismo tiempo, los vaivenes de la política nacional me hacían convencer por momentos de que ya no había oportunidad siquiera de progreso. Al contrario de los vertiginosos 70, los años se hicieron casi insoportablemente lentos.

Aun hoy, después de una escalada parcial desde ese pozo, el futuro soñado —antes seguro y luminoso— ahora no sólo es incierto. También está abierto a todas las posibilidades, que incluyen la concreción de nuestras peores pesadillas.

El rechazo a las propuestas para volver a «dirigir»

Entre 1990 y 1994, fueron muchos los llamados de compañeros de otras organizaciones políticas —y, luego, de los distintos desprendimientos del PC— para que compartiera, o encabezara, la dirección de fuerzas en formación, en un momento de diáspora de la izquierda, marxista y peronista.

La mayoría de los que me convocaban, y siguieron ese camino, tuvieron, años más tarde, una destacada carrera como legisladores y funcionarios públicos. Hoy parecen más que conformes con su destino político y económico, funcionales a los distintos proyectos de construcción, en el campo popular, a los que se fueron adaptando.

Yo me enfrentaba a la imperiosa necesidad de mantener a mi familia. Durante mis tiempos de desocupación y trabajos precarios fue mi compañera, Leonor, la que cargó sola con ese peso: la casa, nuestras hijas en jardín y preescolar.

Por otro lado, soportaba una abrumadora carga de conciencia.

Tal vez pequé de ingenuo, o de un purismo maniqueo. Lo cierto es que sentía profunda, visceralmente, que después de haber sido una de las mentes detrás del fracasado *viraje* que precipitó el fin del

PC; después de sentir que les había fallado a tantos que habían creído en mis consignas; no podía volver a «pararme en un banquito», a levantar el dedo e indicar sin vergüenza «el —nuevo y mejor— camino para los luchadores».

Otros en similar situación no tuvieron tantos pruritos. Pero cada uno es dueño de sus decisiones y de su conciencia. En la mía, esa posibilidad no cabía.

Con Almafuerte no alcanza…

Bastaron unos pocos meses de alejarme del PC y comenzar a buscar trabajo para entender que en la profesión de periodista ya no había lugar para mí.

Pese a que estábamos en democracia, era un sujeto inmediatamente relacionado con el pensamiento y la militancia «zurdas»; les resultaba demasiado «bolche» a los medios tradicionales. Por el otro costado, un apellido con connotaciones ineludibles era demasiado para el pusilánime gusto del progresismo nativo.

En momentos de desánimo o adversidad, mi padre solía recitar, y recitarnos poemas de Almafuerte que todavía acuden a mi memoria. Lo hacían con mucha frecuencia en aquellos años de principios de los años 90; en especial, *Avanti*… Aunque es cierto que «por ley» no fueron tantas, las caídas fueron muchas, fuertes, y costaba estar a la altura de la arenga de la poesía.

A principios de 1991, el Jefe de Redacción del más tradicional medio de prensa argentino —a quien conocía hace muchos años— respondió con franqueza ante mi demanda de trabajo:

> Nadra, ¿Qué hacemos cuando organice una protesta sindical? Hay una larga fila de buenos periodistas que nunca me pondrán en ese aprieto. Mejor sigamos así: somos amigos, y nos tomamos un café de tanto en tanto para cambiar figuritas.

No fue lo peor, ni lo más doloroso. Al fin y al cabo era difícil esperar algo distinto de una persona a quien —si bien con profesionalismo, y civilizadamente— mis publicaciones y discursos habían enfrentado toda la vida.

En la búsqueda —por momentos, desesperada y desesperante—

quien fuera uno de mis «pupilos» cuando me desempeñaba como director de la revista de *la Fede* me recibió, en su cargo de Jefe de Sección de un matutino «progre» con consternación:

> —Alberto, vos sabes lo que significas para mí. ¿Cómo te voy a dar un trabajo como cronista?
>
> —Cronista es una bendición. Estoy timbrando puertas, como los vendedores de biblias *yanquis*, pero con la *Enciclopedia Británica*, o libros de *Time-Life* por una comisión que no llega a 200 o 300 pesos por mes, si es que vendo algo. Prefiero ganar lo mismo sin tanta humillación, y haciendo lo que sé… —le respondí.

La respuesta me dejó pasmado; mezcla de sorpresa, decepción y bronca:

> —No, *Negro*, no me podés hacer esto. Es una situación terrible.

Me levanté y me fui. No había nada más que decir. ¿Resulta que tanto me admiraba que prefería dejarme en la calle que darme un trabajo de lo que yo sabía hacer? Claramente a su incomodidad se le sumaba algo de miedo, y él sabrá a qué. Hoy es una «pluma» reconocida, y muy bien paga, en una sintonía contraria a todo lo que siempre pensó.

Volver a empezar

Mientras las finanzas lo acompañaron, mi hermano mayor, *Nando*, colaboró económicamente conmigo y mis padres. Si bien era lo que dictaban nuestros códigos de solidaridad familiar, las vicisitudes de la vida y las personas han tornado esa ayuda en una deuda que creo que nunca podré saldar.

Entre tanto, seguía peleando por ganar algo de dinero, cambiando de rubro una y otra vez, pero siempre con la misma tarea: venta a comisión, sin ingreso fijo. De día, de noche, pensaba: puedo dar una conferencia sobre impuestos «progresivos o regresivos» y no sé usar una calculadora para ofrecer rápidamente un descuento o una oportunidad para cerrar una venta; mucho menos añadir el IVA a un comerciante. Y ni hablar de discriminar entre «inscripto» o «no inscripto».

Me puse a estudiar lo «imposible» para el militante o dirigente

que era no tanto tiempo atrás: comercialización, *marketing*, administración de empresas, los métodos de «calidad total».

En medio de la búsqueda, y pese al desánimo, fue surgiendo otra manera de ver la realidad.

Los estudios sobre Organización de Empresas, me permitieron armar el boceto de una idea absolutamente desconocida en aquel año 1991: la Comunicación Institucional. El concepto era innovador; surgía de mis años de experiencia política y mi incipiente conocimiento sobre el mundo de los negocios.

Comencé a proponerlo en las entrevistas de trabajo: sostenía que la empresa (cualquiera fuera) debía tener una línea estratégica de mensaje, con ajustes tácticos, y coherencia con lo que se comunicaba hacia el exterior y hacia el interior. Para eso era necesario modificar el concepto ya conocido de los *House Organ*[87], que en ese momento no dejaban de ser conjuntos de informaciones dispersas.

Mi idea era que en todos ellos debían transmitirse de manera clara y uniforme a todo el personal cuál era la situación de la empresa, sus planes estratégicos y ante la coyuntura, así como lo que se necesitaba más de cada área. Este enfoque de publicación, como se ha probado con el tiempo, alinea al personal con los objetivos estratégicos, afianza el espíritu de cuerpo, homogeneiza los conceptos que se transmiten hacia y por los empleados. Se disminuye enormemente el impacto de la llamada «comunicación informal» o «de pasillo», que suele ser fatal para una organización.

La idea de Comunicación Institucional también pretendía alentar la creatividad individual y colectiva de los trabajadores; mucho más eficaz para lograr procesos de mejora continua que las recetas de supuestos especialistas. Esto se lograba desde un principio con la comunicación de los objetivos (que proveía las bases para crear) y, luego, mediante sistemas de incentivos: compartiendo el resultado de las innovaciones vía premios, bonos, aumentos.

Se trató de un concepto útil y que se utiliza actualmente en gran medida, aunque los sistemas de incentivos siguen siendo difíciles de asimilar por las empresas nacionales, que —a diferencia de capitalistas más «inteligentes» como los japoneses y, luego, los estadounidenses— los consideran «socializantes» más que productivos.

Mirándolo desde ahora, veo que estaba adaptando a mis necesidades del momento la vieja consigna de Vladimir Lenin para justificar la importancia decisiva de la prensa comunista, con la que me había formado y conducido luego en mis años de periodismo en la izquierda: que la comunicación que incluye a la prensa, es «orientador[a], propagandizador[a], y un[a] organizador[a] colectiv[a]».

Nobleza obliga: debo decir que, en principio, nadie entendía nada. Querían un encargado de prensa, que hiciera alguna gacetilla o diera la cara, y nada más.

A mediados de 1991, tras un largo y exigente proceso de selección, una Consultora de primer nivel me ubicó entre los tres finalistas que presentaría a las autoridades de una empresa líder para que eligieran un nuevo Gerente de Comunicación. El sueldo suponía un dineral para mi situación de entonces, e incluso de ahora.

La «empresa líder» era nada menos que Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). En esa época, antes de su privatización, aún presidida por José Estenssoro. Se hizo evidente que mi planteo ante sus representantes sorprendió muy positivamente.

Sin embargo, no fui el elegido. Las señales que me habían dado los entrevistadores de la empresa fueron muy positivas, pero los fantasmas volvieron a corporizarse. Un gerente que había formado parte del equipo entrevistador pareció «apiadarse» de mi desconcierto.

> —Yo fui *monto* y te conozco bien —me dijo en un aparte—. Eras el primer candidato, de los tres, porque tu propuesta es realmente espectacular… pero *el bolita* (Estenssoro) dijo no. «Es peligroso», comentó, y cerró la conversación.

Mate cocido, fideos y sopa

Cada entrevista era un desgarro; una nueva frustración. En casa se desayunaba mate cocido, se almorzaba fideos y se cenaba sopa. La paciencia, la comprensión de mis hijas tan pequeñas, alentadas por Leonor, me enorgullecía. Pero me sentía morir lentamente.

Dejé de buscar alternativas al trabajo de vendedor…

Sorpresivamente, se presentó la oportunidad de ser promotor directo a joyerías de lujo para una empresa que, entonces, representaba y comercializaba relojes de alta gama: *Piaget, Roy,Tag Hauer,Omega,Breitling,Movado*
Baume & Mercier,Le
.

La experiencia me mostró nuevamente que una organización política y una comercial no tienen tantas diferencias; excepto, claro está, el «pequeño» detalle de su objetivo.

La capacidad adquirida en años de organización —definir tácticas y estrategias para fijar objetivos, balancear, corregir o ajustar el rumbo— no difieren casi en nada. Mucho menos el «manejo de personal» y la capacidad de liderazgo. Sí cambia «la jerga», pero eso se estudia y se aprende. Casi con 43 años me nombraron Jefe de Ventas. Un evento tan lejano de mis sueños que sólo lo sentí como un logro porque supuso que la familia comiera diariamente y bien.

El retorno al periodismo

Un poco después, un viejo amigo que había sido mi preceptor en el colegio Mariano Moreno —y que, pese a haber sido peronista ortodoxo de nacimiento, siempre me había tenido un aprecio particular y apañado mis luchas (y mis faltas) estudiantiles— me convocó para realizar la producción periodística de un programa, «Política en Acción», que lanzaría por la serial *P &E* de *Cablevisión*, a mediadosde 1994. Era la reconciliación con mi profesión y, en cierto modo, con la política.

Estábamos en pleno menemismo. Juan Carlos Ricardini —mi antiguo preceptor— era ahora el creador y financista de la iniciativa. Se desempeñaba también como abogado penalista y docente en la Universidad de La Plata. El proyecto del programa vinculaba la necesidad personal de *lobby* con su convicción de que el pasado, el presente y el futuro habían estado e iban a estar protagonizados siempre por los dos partidos mayoritarios, con un necesario «toque progre».

La fórmula final fue el monstruo de Frankenstein: Sylvina Walger (inclasificable personaje, a quien aconsejaba personal y

pacientemente antes de cada salida al aire) como conductora; y los entonces diputados del PJ y la UCR, Jorge Argüello (posteriormente embajador en Portugal y en Estados Unidos) y Juan Pablo Baylac (Secretario de Medios durante la Presidencia de Fernando De la Rúa). La producción periodística: a mi cargo.

La situación se hizo insostenible por razones obvias, que por lo general son las más difíciles de explicar.

Walger pegó el portazo. Con los dos columnistas aún estables, heredó la conducción de «Política en Acción». Nilly Povedano y, luego, Alejandra Rey (entonces en *Página 12* y luego periodista de *La Nación*). En tanto, mi amigo Ricardini, seguro de mi aporte en la producción —pero aterrorizado por mi apellido— me ocultó en los camarines durante dos años.

No sé si Juan Carlos venció el miedo, o primó el hecho que comenzaron a escasear los fondos, al menos para el proyecto de programa, que no se autofinanciaba. Pese a una modesta asignación —lejos de los siderales sueldos que cobraban las primeras «estrellas» de la transmsión— se me fue abriendo el camino: comencé con una columna internacional (no vaya ser que dijera algo inconveniente…) y luego pasé a compartir la conducción con Rey.

Finalmente, durante cinco años —entre 1997 y 2001— me hice cargo de la producción y conducción del programa. Ubiqué como columnista económico a Héctor Valle: una blasfemia para el homogéneo plantel neoliberal que mantenía en la época el canal de Eduardo Eurnekián, por el que se transmitía el programa.

Íbamos en vivo desde la desaparecida productora *Enfoques*, en Perón (ex Cangallo) y Bulnes, en un horario entonces de «destierro» —las 23:00—, que luego se transformó en parte de la franja más «caliente» de la pantalla.

La hora de «Política en Acción» era la «mosca blanca» del canal, con mis editoriales, entrevistados e invitados, todos alejados de las figuritas repetidas que paseaban de un programa a otro de la televisión[88]. Se ubicaba, de manera desconcertante —al menos para el telespectador— entre un viejo «dinosaurio» del periodismo (Carlos Varela, a las 22:00) y un joven ejemplar de la prédica ultrarreaccionaria que daba sus primeros pasos en ese camino (Eduardo Feinmann, con «Sensación Térmica», a las 24:00). No faltaron los cruces.

Fueron años de abierto debate político —periodístico y no partidista— con el neoconservadurismo menemista que remataba y devastaba el país, lo que le otorgó cierta trascendencia y repercusión al programa; sobre todo en los sectores intelectuales y artísticos marginados; las ONGs vinculadas a la masacre social que se ejecutaba; y la resistencia sindical: la CTA y el MTA.

A la par, mis charlas con Héctor Valle, en ocasiones con Mercedes Marcó del Pont, transcurrían en un idioma desconocido, u olvidado, para la mayoría de los oyentes: defensor del papel del Estado y fuerte crítico de la convertibilidad y del endeudamiento externo; promotor del aumento de salario como motor del mercado interno; de las exportaciones, siempre que incluyeran el valor agregado del trabajo; de la reforma tributaria; y muchos de los planteos que más adelante compondrían el *Plan Fénix* [89].

No era la mejor manera de conseguir auspiciantes en ese momento: no menemistas, claro está. Pero tampoco opositores que apostaban a un relevo: no les resultó simpática mi clara advertencia de que la Alianza se desviaba, aún antes de su triunfo, del camino que llevaba a construir una alternativa programáticamente superadora, frentista, democrática y participativa, con todo lo popular que venía resistiendo al menemismo.

Sin embargo, sí era y es la única forma, mi condición inclaudicable para hacer un programa de televisión, o emprender cualquier otro proyecto: no traicionar aquello en lo que creo.

En 30 de septiembre de 1998, en la apertura del programa, con la histórica Carpa Blanca instalada frente al Congreso, y Alberto Fujimori disolviendo el Congreso en Perú, advertí que:

> Ante la crisis internacional y la grave situación social los actores plantean respuestas estratégicas. Todos, menos la principal oposición.
>
> El Gobierno, profundiza la ortodoxia del modelo con Menem preparando las valijas para viajar a Estados Unidos a entrevistarse con Bill Clinton y el FMI. Duhalde, dibujando una curiosa ruptura con continuidad, a la que promete que en el futuro le agregará la olvidada bandera de la justicia social peronista. La Alianza, en tanto, fija su mirada en el ombligo internista, lastimándose con las candidaturas.

Por otra parte, proseguía:

> Algunos amigos del Frente Grande me critican haberles cuestionado su absolutización del tema corrupción, y llaman al canal [ilustré el comentario con la lectura de algunos mensajes] para decirnos que, por ser

> estructural, la lucha contra la corrupción es una cuestión de principios. Es cierto. Y también lo es que combatir la corrupción es parte de construir una Argentina más justa. Pero está lejos, muy lejos, de ser la base de su logro, la principal «cuestión de principios **[90]** ».

Plantear, como buena parte de la UCR —menos Alfonsín, hay que rescatarlo, quien combatió abiertamente el neoconservadurismo de Menem y el hegemónico sector continuista de la propia Alianza—, que la corrupción era «el» problema, en lugar del modelo rentístico y de rapiña que hegemonizaba la política argentina desde 1975, era cambiar de collar para vendernos el mismo perro: nos conduciría, como nos condujo, al desastre; al menos para el pueblo trabajador y la clase media.

Pero esa posición fue la que hegemonizó el proceso cuando el ultraconservador De la Rúa fue elegido como candidato a Presidente el 29 de noviembre de 1998, y «la gran esperanza progresista», Carlos *Chacho* Álvarez, combinaba su macartismo con la tesis de que la militancia «dejó de existir en la Argentina», relegando y frustrando la vocación de cambio de una generación entera de cuadros técnicos con vasta experiencia militante: un acervo de personalidades y potencialidades irrepetible en un futuro inmediato.

¿Y en qué depositaba aquel «teórico del nuevo progresismo» las esperanzas? ¿Cómo pretendía vincular a la dirigencia de un proceso de cambios con «la gente» cuando pregonaba que estaba «superado» lo de decirle «pueblo» al pueblo, y «peronismo» al peronismo (al que él mismo había pertenecido)? Nada menos que a través de «los medios masivos de comunicación. La comunicación ahora es directa entre los dirigentes y *la gente* mediante los medios», repetía Álvarez.

Borracho de figuración por el abierto empujón mediático que recibió su figura —también la de Graciela Fernández Meijide— cuando el *establishment* consideró agotada la experiencia Menem, el *Chacho* adecuó el gatopardismo y confió en que los grandes medios concentrados llevarían su mensaje por siempre; así, desinteresadamente, y a lo largo y ancho del país. Un visionario.

El 2 de diciembre de 1998, en mi apertura de «Política en Acción», señalaba la creciente «moderación» del sector:

> Desde la constitución de la Alianza se esperaba —incluso el ala más a la izquierda de los radicales lo esperaba, y necesitaba— que las posiciones más decididas de cambio provinieran del Frepaso; del Frente Grande, más precisamente. Sin embargo, desde aquel lejano día en que se planteo un

«Bloque de poder alternativo», parece que hubo una competencia para ver quién aparecía como más seguro para el poder más previsible, más moderado. Hay un evidente alejamiento de la dirigencia de la Alianza en relación con los conflictos sociales y sus organizaciones [91] .

La vuelta a la política

El periodismo, era inevitable, me permitió reencontrarme con mis viejos amigos de las Juventudes Políticas. Para entonces, sobre el final del menemismo, la mayoría eran funcionarios, gobernadores y legisladores. También me encontré con algunos de mis antiguos camaradas cumpliendo distintas funciones.

Podría decirse que ambas vocaciones volvieron a mezclarse.

Aunque lo cierto es que la inclinación a producir cambios desde lo periodístico animó a resurgir a mi más profundo llamado interior: construir fuerza política, generar poder para incidir sobre los acontecimientos.

Al tiempo que golpeaba al menemismo en cada programa, advertía los riesgos de que se frustrara una alternativa que era necesaria, pero a la que la Alianza representaba cada vez menos. Ante la perspectiva de esa frustración, que sería, eventualmente, de todo el país, con muchos de los viejos amigos jugamos una carta tal vez quijotesca, pero de la que me enorgullezco en el plano político: el *Foro de Confluencia*.

El Foro tuvo su plenario constitutivo el 25 de abril de 1998, en la Casa de Nazareth, ubicada en Carlos Calvo 3121, dependiente de la mítica Iglesia de la Santa Cruz [92] . Con el querido padre Bernardo entre los «observadores», se propuso generar un ámbito de debate y propuesta, convocando a ciudadanos de distintos sectores, con diferentes miradas y prácticas, para hacer lo que no hacía la dirigencia de la coalición: demostrar que era posible esa confluencia y que urgía «precisar de inmediato un plan de acción de la Alianza para dar respuesta a los problemas económicos y sociales más acuciantes, que no pueden aguardar hasta las elecciones nacionales».

Los que se sintieron convocados no fueron pocos, ni pasaban desapercibidos [93] . Sobre todo porque demostraban algo que la

Alianza se autoatribuía desde el nombre, pero no concretaba nunca: la posibilidad de que representantes de varias fuerzas y orígenes políticos trabajaran para un plan común de país.

Si se repasa la composición de sus convocantes, luego ampliada, se demuestra que sí era posible «… un espacio de coincidencia, de característica transversal y horizontal dentro de la Alianza, distinto pero no contradictorio al ámbito de actuación política de sus diversos integrantes, que permita consensuar demandas y aportes políticos para el futuro del país», claramente definido por una «transformación frente al neoconservadurismo instalado». «Estamos convocando a un espacio de coincidencias básicas —mejor educación, salud pública, seguridad, justicia y trabajo para todos— sobre la base de una más justa distribución de la riqueza, en el marco de un economía progresista», puntualizó su primer documento.

Conservo, en mi archivo personal, un «Pirulo» de Crónica, que tomaba nota de aquel primer plenario del Foro, con una aguda interpretación:

> Los popes de la Alianza no saben si alegrarse o preocuparse con la formación de un «Foro de Confluencia en la Alianza», que se constituyó en la primera fuerza «transversal y horizontal» de fuerte tono crítico en el seno de la coalición opositora. Que radicales, frepasistas e independientes —algunos de notable actuación en el pasado reciente— hayan producido frases como «no somos imprudentes pero queremos cambios y no estaremos junto a quienes quieren acercarse para frenarlos, impedirlos o adulterarlos»; o «sería fatal que algunos insistieran con la subestimación del protagonismo de la militancia y de la propia ciudadanía», provocaron más de un respingo. Mucho más cuando —delante de una mesa redonda con Marta Maffei, Alicia Castro y otros— agregaron que «entendemos el triunfo electoral y la futura gobernabilidad como el compromiso firme de los candidatos con un programa consensuado de transformación» y «a la vez un compromiso consciente de la ciudadanía y sus organizaciones sociales de apoyar ese rumbo». Operadores abstenerse **[94]** …

Claro que el Foro era un motivo de preocupación (encarada con una ignorancia olímpica) para la Alianza. Y, después de eso, realmente se advirtió que la coalición que había llevado al gobierno a De La Rúa no tenía nada de plural, ni convicción alguna de encarar cambios de fondo. Las trágicas jornadas de del 19 y 20 de diciembre eran uno de los posibles —bastante previsibles, de

hecho— finales del camino elegido. Y los 39 muertos por la policía —entre ellos, nueve menores—, una lápida que esa dirigencia no levantará jamás; incluidos aquellos de sus miembros que en ese momento no se opusieron y, más tarde, «se subieron al tren» del campo «nacional y popular».

Con los sobrevivientes del *Foro de Confluencia*, y nuevos compañeros que fuimos identificándonos en los objetivos, constituimos en esos días Unión para la Integración, el Trabajo y la Esperanza (UNITE), con la que nos propusimos —infructuosamente — lograr reconocimiento electoral para algo que logramos a medias: bregar por «la reconstrucción del movimiento nacional y popular», y ser base de apoyo político del *Plan Fénix*, «como instrumento de elaboración avanzada de una alternativa popular, viable y concreta para rescatar la Argentina».

Entre 2002 y 2005 lanzamos la revista electrónica *UNITE*: una forma de comunicar, enriquecer y hacer prosperar los objetivos de la organización, con una fuerte carga en el análisis político y teórico para superar la debacle de los 90. En 2003, junto a Enrique Aschieri y Didier Rodríguez —codirectores— recibimos el Premio Héctor Oesterheld, nada menos que de las manos de Elsa Sánchez: la esposa del genial guionista asesinado, y madre de sus cuatro hijas desaparecidas.

Al inicio de la publicación de *UNITE* hubo una discrepancia esencial con otros sectores en relación con el «Que se vayan todos». No sólo debatimos con los delirantes que suponían que estábamos ante una «situación revolucionaria», sino también con los compañeros que consideraron la consigna como un hito de la conciencia popular. Un hito de lucha sí; pero no de la conciencia colectiva.

En marzo de 2002 escribí en la revista:

> ¿Queremos realmente *que se vayan todos*? O dicho con mayor precisión ¿es eso, o sólo eso, lo que necesitamos? No podemos ignorar la profunda bronca, indignación —y no poca impotencia— que brota de la consigna en el caso de muchos de los que la levantan honestamente. Tampoco, que se trata de una peligrosa simplificación, de la que no son ajenos ni los responsables de la catástrofe, ni algunos medios periodísticos a los que, no nos distraigamos, bien les sirve.
>
> […] Quienes hacemos quincenalmente *UNITE* somos

políticamente plurales. Ni apolíticos ni independientes, y mucho menos neutrales. En realidad —como alguna vez recitara el poeta— tomamos partido; partido hasta mancharnos.

Partido por *que se vayan*, pero que se vayan los que vaciaron el país. Los que privatizaron la esperanza. Los que liquidaron la industria, la producción, el empleo, el salario, el mercado interno, la salud y la educación pública.

Y ésos no renuevan mandatos. No lo hacen los grupos concentrados de poder económico y financiero, que sí apoyan con todos sus medios a quienes una y otra vez se presentan como única alternativa ante la crisis que ellos mismos produjeron.

Además, nadie se va: se lo echa. Por los caminos que la democracia autoriza, pero cuando se tiene la convicción, la relación de fuerzas y el poder suficiente para hacerlo. Los gritos —por más fuertes que suenen— no son más que eso: gritos. Jamás otra realidad. Menos si a la actual aportaron, con su acción o su omisión, gran número de argentinos, incluidos no pocos de los que hoy les piden en comodato las ollas a sus empleadas.

Tiempos kirchneristas [95]

Casi un año después, en un caluroso febrero, la dirección de *UNITE* se entrevistó con el candidato presidencial Néstor Kirchner.

Télam lo consignó de la siguiente manera:

> «La reunión con el gobernador y candidato presidencial del PJ fue positiva, y personalmente rescato su convocatoria a la formación de un frente nacional y popular, con participación de fuerzas y personalidades no peronistas, para lograr un modelo de producción y trabajo contrario al neoliberal que nos llevó a esta situación», declaró el histórico dirigente de izquierda Alberto Nadra, luego de una entrevista con Néstor Kirchner. Nadra, cofundador de las Juventudes Políticas Argentinas (JPA) en los 70 y actualmente dirigente del partido UNITE (Unión Nacional para la Integración, el Trabajo y la Educación), participó de la entrevista con otros referentes de la organización como el economista Héctor Valle (uno de los creadores del *Plan Fénix*), Antonio Cartañá (ex Defensor del Pueblo porteño), Benito de Miguel (exdirigente nacional y bonaerense del desarrollismo), Martín Andicoechea (extitular de la Juventud

Intransigente), el socialcristiano Osvaldo Oriolo (exdirector de Cáritas), y el dirigente peronista Didier Rodríguez (fundador del gremio no docente universitario), además de referentes de organizaciones productivas, del campo y la industria.

«Si este compromiso se lleva a los hechos, estamos ante una ineludible oportunidad para quienes buscamos una alternativa distinta en el país», añadió Nadra, quien reveló que plantearon la preocupación por el condicionamiento recesivo y agobiante del acuerdo finalmente firmado con el FMI.

> «La opción es vagar entre el principismo testimonial y la observación críticamente académica de los hechos, o embarrarse en la construcción de un espacio que conjugue la voluntad de tantos malheridos por las sucesivas derrotas y frustraciones del campo popular, y de mi generación en particular, para incidir en los acontecimientos y crecer en el proceso», afirmó Nadra. Y agregó: «Nuestra propuesta económica y social es el plan Fénix y, en lo político, contribuir a la construcción de una confluencia de fuerzas nacionales y populares que pueda impulsarlo y aplicarlo en bien del Pueblo y la Patria» **[96]** .

Mucha agua corrió bajo el puente desde entonces. Sin duda el proceso que inició Kirchner en el 2003 avanzó con decisión en la promesa de «lograr un modelo de producción y trabajo contrario al neoliberal que nos llevó a esta situación», pero no lo logró en el segundo compromiso: «su convocatoria a la formación de un frente nacional y popular, con participación de fuerzas y personalidades no peronistas».

No es un tema menor, y así se lo planteé en una larga charla posterior, ya en la Casa Rosada, al entonces presidente:

> Ahora, el *establishment* se cree con derecho a discriminar sin vergüenza entre autoritarios y demócratas, para formar un «Partido de la República», lo que en política suele simplificarse como «una nueva Unión Democrática». Tenés algunos (malos) defensores que también creen que polarizar la contradicción es conveniente para afirmar el rumbo emprendido. Pero esa posición es funcional a la anterior. La izquierda de la que provengo históricamente ya cayó en esa trampa, y no cejaré en el empeño para impedir que muchos compañeros —que han probado largamente su pertenencia al campo popular— vuelvan a quedar atrapados, y del peor lado, en falsas antinomias.

Sus comentarios sobre la compleja relación con los «Barones del Conurbano» y su precisa caracterización de las dificultades para

construir la «transversalidad», las limitaciones propias y ajenas, fueron esclarecedoras, aunque el encuentro no estuvo exento de matices, incluso de claras diferencias, pero no seré yo quien ponga en boca de Kirchner las palabras que él dijo. Sí, con autoridad, puedo revelar, lo que yo consideré importante decirle en aquel momento.

> En 1946 —insistí— nos dividieron mal y no quiero que vuelvan a lograrlo. Preocupados por las libertades democráticas, y por la acción de sectores autoritarios que rodeaban a Perón, buena parte de la izquierda y de lo que hoy se conoce como *progresismo* perdió de vista que el centro de su llamado estaba en las banderas de justicia social, soberanía política e independencia económica. Y con esa posición no se abrió paso a la Democracia y a la República. Se ejerció una oposición sistemática que permitió que hegemonizaran el proceso los sectores más retrógrados, que terminaron masacrando al pueblo en el bombardeo a Plaza de Mayo y el golpe militar. No querían libertad —como no la quieren ahora sus sucesores— sino enfrentar el proceso de transformación y dignidad popular que se iniciaba. Y es nuestro deber contribuir a que esa historia no se repita.

Kirchner me miraba entre sorprendido y, creo, satisfecho. Pero sentí, íntimamente, que descreía del camino o la posibilidad de concretarlo, al menos con la correlación de fuerzas que él evaluaba. Como siempre, yo redoblaba la apuesta, con un tema poco confortable:

> Pero tampoco aceptaremos ingenuamente que, agitando las banderas del pueblo peronista, vuelvan a vestirse con los ropajes del movimiento nacional los que entonces, y ahora, en realidad querían lo mismo que los liberales y los conservadores. No queremos de nuevo sus grupos de choque. Ni a la Alianza Libertadora Nacionalista de Juan Queraltó y Guillermo Patricio Kelly, en aquellos tiempos; ni la Triple A de José López Rega y Jorge Osinde en los 70; como no queremos a los que manejan sus territorios como feudos donde vale todo, desde los desarmaderos hasta el paco asesino. Ésos no querían ni quieren Justicia Social ni una mejor Argentina.
>
> Por mi parte —le dije, mientras él me animaba con el puño apretado y en movimiento— te garantizo que no voy a cometer los mismos errores, pero debemos trabajar para impedir que muchos compañeros, con sobradas muestras de pertenecer al campo nacional y popular, queden nuevamente del lado de la antipatria. Tenemos que lograr que la contradicción se manifieste a partir del debate de ideas y proyectos de

país.

Ya con Cristina Fernández en el poder y la feroz ofensiva durante el debate de las retenciones, se verificó que la carencia de una política de diálogo y alianzas en distintos niveles y con distintos objetivos favoreció a lo peor.

Al decir de Gramsci, lograron *la hegemonía en el campo ideológico*; es decir, una clase o fracción de clase convenció a otras clases o fracciones de clase de que sus intereses particulares eran los intereses generales. En otras palabras, de que la voracidad de las patronales rurales eran los intereses de «los» argentinos; o que repudiar «al kirchnerismo» significaba la defensa de la República, del diálogo y el consenso.

Si bien es cierto que el gobierno acumuló enemigos por sus aciertos, también lo es que perdió aliados y ganó adversarios por sus errores. Los errores pueden ser corregidos; los aciertos deben ser profundizados, y en ambos casos se requiere hacerlo con urgencia.

Si invertimos analíticamente un aspecto crucial del camino recorrido —la voluntad de la construcción de la fuerza política y social que sustente los logros obtenidos— aparecen claramente los retrocesos puntuales en la concreción de ese objetivo.

El justo llamado a la *transversalidad*, en el sentido de convocar a una construcción plural que superara el clásico bipartidismo; desde el peronismo, convocar e incorporar a distintas corrientes del movimiento popular en un solo haz —tanto en sus expresiones partidarias como sociales— logró despertar un grado importante de entusiasmo.

Entusiasmo que provino tanto de los jóvenes que se sumaron a la lucha social y política en estos últimos años, como a una quizá irrepetible cantera de cuadros formados en las difíciles décadas de los 60 y 70, con una extensa experiencia de militancia y organización; además portadores, en significativo porcentaje, de una sólida formación profesional, irreemplazables para encarar la tarea de la gestión pública, con eficiencia pero sin enfoques tecnocráticos, con clara proyección transformadora a favor de los intereses populares.

Pero el planteo se enterró antes de nacer.

El pasaje a la *Concertación Plural* se desvirtuó para reducir su sentido inicial a un desordenado intento de apostar utilitariamente

a la suma electoral de un sector de la otra pata del viejo bipartidismo, sin echar —pero también sin proteger— a los que en aras de los «objetivos estratégicos» asumieron como propio ese nuevo enfoque, como me ocurrió particularmente con la organización que presido, Izquierda Democrática, la que ahora participa en el movimiento *LA CHE*.

La *Concertación Plural* no fue superadora para la construcción del frente nacional; subestimó y dejó librados a su suerte a los mejores sectores que decidieron sumarse a la convocatoria, y asestó —creo involuntariamente— un golpe al proceso de construcción iniciado.

Al mismo tiempo, cobraron mayor protagonismo personajes de segunda o tercera línea que acabaron por tomar decisiones de primera magnitud: digitando a quién se atendía y a quién no, qué propuestas eran dignas de ser escuchadas por la conducción del proceso, a quién se le ponía o se le quitaba la silla.

Y empezó, tímidamente, la sangría de fuerzas que acompañaron el proceso. Sangría por derecha, como es muy cómodo señalar ahora para liberarse de responsabilidades, pero también por izquierda: de quienes reclamaban la participación y el protagonismo prometido, incidir en las decisiones que se asumieran, defender y profundizar lo conquistado y enfrentar la furiosa contraofensiva del privilegio.

La composición social y política de la *Concertación Plural*, y la metodología de construcción que predominó, no podía resistir semejante realineamiento de fuerzas en la lucha por la distribución del ingreso, en la cual no pocos estaban del otro lado de la trinchera, y estalló en mil pedazos —con varios justicialistas incluidos— mucho antes del voto «no positivo» de Cobos.

Desde entonces, se profundizó el alejamiento de la convocatoria original, y se avanzó en lo que se simplificó con la denominación de la *Pejotización*.

Néstor Kirchner se puso al frente del PJ —objetivamente trató infructuosamente de manejar el PJ bonaerense— y el resto de la construcción política que se jugó por la *transversalidad*, o la *concertación*, quedó abandonada a su suerte, sin los mínimos contactos políticos y organizativos, salvo la «atención» dispensada a cuentagotas para algunos que construyeron buena parte de su

inserción social al calor del apoyo concreto con que se los privilegió desde 2003.

Se produjo un retroceso liso y llano. La sangría de organizaciones y militantes esta vez fue escalonada, pero seria y —al margen de no compartir muchos enfoques de los que se alejaron (centralmente la siempre frustrada ilusión de construir alternativas al margen, o aún en contra, del peronismo)— no se puede decir que lo hicieron por «derecha».

La valoración de los avances del gobierno estuvo claro —al menos en aquel momento— en la mayoría de los que desertaron hacia otros espacios, pero cuestionaron metodologías de construcción y conducción que no se correspondían con la magnitud de la tarea para la que se nos convocó. Ellos reclamaron por temas —recursos naturales, transporte, Ley de Entidades Financieras o Reforma Tributaria, para citar algunos— sobre los que es difícil no coincidir.

Ahora, algunos de aquéllos se oponen al rumbo tajantemente, ignoran sus logros y lo denostan con críticas destructivas, que plantean un «desde cero» al que ni siquiera explican cómo llegar.

Otros sectores optan por el apoyo. Pero no por un sostén efectivo, sino una adulación superficial a la figura de Cristina, pero sin pensar si en cada una de sus acciones llega a ratificar el curso del modelo proclamado, y sin jamás aclarar si —y *qué*— están dispuestos a poner de su parte para que esos objetivos se concreten. Este seguimiento «incondicional» suele estar acompañado por una postura de abierta intolerancia a cualquier postura, aun de claro apoyo, que tenga un matiz.

En una sociedad que pretende ser abierta y democrática, entiendo que el mejor camino es una valoración concienzuda, analítica y constructivamente crítica de este modelo. Y lo dice alguien que no cree en el «capitalismo serio» que reivindica la [ex]presidenta, pues pretende, en cambio, otro tipo de sociedad, sin explotadores ni explotados, lo que no me impide defender lo conquistado y trabajar para profundizarlo.

Necesitamos tener los pies muy firmes sobre esta realidad. Pero, al mismo tiempo, personalmente nunca dejaré de señalar que el sueño de tantos de nuestros compañeros caídos sigue apuntando más allá; cerca del horizonte. Hacia una sociedad donde el hombre

no nazca para ser esclavo de otros hombres; una sociedad que supere este capitalismo que desde hace mucho más de 200 años no ha resuelto uno sólo de los problemas de la humanidad.

A nivel mundial y nacional, la producción social de la riqueza y su apropiación privada por un puñado de dueños del poder han generado la sociedad más injusta que ha conocido el hombre. La que más riquezas produce y la que más injustamente las distribuye, con dos tercios de la humanidad en la miseria en pleno siglo XXI.

Es el sistema, no un país o un hombre o mujer determinado, el que no vacila en invadir países y exterminar pueblos para apropiarse de sus riquezas, como estamos viendo en estas horas en toda su crueldad e hipocresía.

Nuestro sueño puede finalmente adoptar el nombre que sea, y es necio desconocer que estamos lejos de su concreción, que tal vez no la vivamos; pero no es una sociedad capitalista.

Aún con la mirada siempre puesta en ese futuro, acompañaré sin vacilación cada paso del gobierno que se proponga afianzar los logros obtenidos, sacarse el lastre de encima y profundizar el camino.

Se impone volver a plantear lo que alguna vez charlé con Néstor Kirchner: conformar una fuerza política social de apoyo, que necesariamente debería exceder el peronismo e incorporar respetuosamente a otras culturas —entre ellas la izquierda de la que yo me siento parte— que históricamente conformaron el movimiento nacional y popular en Argentina. La mayoría de las veces, trágicamente divididas, y siempre pagando con su libertad y su sangre la voluntad de cambio por el bienestar de nuestro pueblo.

Y semejante empresa no se logra con el fanatismo y la cerrazón; con el mirar para otro lado cuando fuerzas distintas se ofrecen a sumar manos para el cambio. Todo lo contrario, con esa actitud se logra un alejamiento del pueblo.

No estamos en una sociedad autoritaria y verticalista; estamos en una democracia al estilo «occidental», donde todos los esfuerzos para sumar deben tenerse en cuenta para ampliar la base de apoyo popular. El fanatismo falso que rodeaba a Néstor también es característico de no pocos de los que hoy [2012] apoyan a Cristina, y con ese «apoyo» la alejan de la sociedad. Generan la falsa idea de que, para apoyar este proceso, hay que ser peronista, o más

precisamente «cristinista».

A todos los compañeros de todas las fuerzas que creen en este modelo, les pregunto: ¿cómo creen ustedes que se defiende a Cristina? ¿Agitando su retrato? ¿Subrayando sus virtudes con frases a las que no acompaña la acción concreta?

Pues es una forma, pero la entiendo al menos insuficiente y, de hecho, nociva para la propia Cristina y el proyecto que impulsa.

Es necesario ser consecuente en la vida, no en las palabras.

Concretar en los hechos, en cada lugar, los reiterados llamamientos de Cristina Kirchner a todos los sectores que quieran empujar este modelo, «sin preguntarles partido ni ideología», o sólo preguntar si están de acuerdo con la Asignación Universal por Hijo, con la Verdad, la Memoria y la Justicia; con la pluralidad de voces que impulsa la Ley de Medios; con privilegiar el mercado interno y el consumo de los argentinos como motor del desarrollo; con romper los vínculos de la dependencia con los organismos internacionales; con reivindicar el papel regulador —y protector de los más humildes— del Estado.

Ahora bien, hay objetivos a los que no puede llegar sola, y lo ha dicho más de una vez. Quizá ni siquiera llevar la iniciativa. Es la presidenta de todos los argentinos; debe respetar —o sufrir— determinadas relaciones de fuerza.

La dirigencia y la militancia están y estamos para ocupar protagónicamente esos espacios: para ayudar a que se planteen y resuelvan con urgencia los temas más candentes y pendientes.

Para que los Blaquier no sigan eludiendo la responsabilidad en el terrorismo de Estado, la masacre de sus propios trabajadores de *Ledesma*. Para que Hugo Luis Biolcati —presidente de la Sociedad Rural Argentina (SRA) durante el enfrentamiento con el gobierno de CFK por las retenciones móviles al agro— no quiera negociar a costa de los pequeños productores y los obreros rurales. Para que los grandes pulpos de la economía no se enriquezcan, aún más, manejando la cadena de formación de precios, mientras se oponen a cualquier control popular de ellos —y encima consideren «exorbitantes» los aumentos salariales que sólo compensan tardíamente la pérdida de poder de compra del salario.

Creo, con toda franqueza que se equivocan quienes creen que defender un proyecto es callar que las fabulosas rentas financiera,

pesquera, petrolera y minera —con una rapiña descomunal sobre nuestras riquezas y envenenando a nuestros compatriotas— están intactas, o apenas rozadas; que se trata de recursos que necesitamos vitalmente para desarrollar el país, y para pulverizar la pobreza, para más salud, más educación y más vivienda para los argentinos.

Ni yo, ni muchos hombres y mujeres que nos hemos jugado el todo por el todo, y estamos dispuestos a profundizar este camino, lo haremos silenciando la corrupción y la complicidad en el delito de la droga, la prostitución o el juego, de tantos supuestos «peronistas» —como de tantos otros que no lo son— del conurbano y del país.

No necesitamos esperar que Cristina eche a Gustavo Béliz, Alfonso Prat Gay, Martín Redrado, Martín Losteau o Alberto Fernández para cuestionarlos. Me provoca vergüenza ajena quien pretenda explicarme qué hacía el ahora oficialista Gerardo Martínez en el Batallón 601 de Inteligencia durante la dictadura.

El camino de los que apoyan ciegamente, sin crítica y sin consciencia, es un camino equivocado, que aleja a la sociedad y a toda otra fuerza que puede brindar apoyo, entusiasmo y nuevos espacios para un proyecto nacional, popular y democrático.

4.2 Argentina y Latinoamérica en la encrucijada

• • •

No se trata de una arenga. Son algunas de las muchas reflexiones que un militante —pues eso sigo siendo— acumula día a día, cuando ve los logros y avances, pero también el poder del *establishment* y la pobreza de millones de argentinos.

A veces, también, uno intenta pensar, nuevamente, un poco más allá del día a día. Ubicar nuestro país y este continente que viene elevando su dignidad en el marco de poder real que domina el mundo, este capitalismo senil, pero capaz del mayor de los daños.

Los días, los meses, los años, no cuentan en esta búsqueda.

Nada ha cambiado, en este sentido, desde que «soñaba con ser bandera» o cuando dirigía a miles de personas, con una certeza absoluta que la realidad enterró, pero resignificó en el sentido más puro de los ideales que la conformaron.

Por eso, aunque ha pasado el tiempo, guardo con emoción otro reencuentro con la política, en este caso con luchadores de otros países del continente; emotivo, movilizador, que me retrotrajo a otros encuentros en París, Roma, Moscú, Praga, La Paz o Argel.

Entre los días 27 y 28 de abril de 2009, en el marco de las actividades previstas por el Foro de Sao Paulo, se desarrolló en Buenos Aires el Encuentro de Partidos Populares y Movimientos Sociales, convocados para debatir el tema «Crisis Internacional y alternativas Populares». Participaron decenas de organizaciones de Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Ecuador, Nicaragua, Paraguay, Perú, Venezuela, Uruguay y Argentina. Hubo intervenciones centrales con debates en varios paneles.

Hubo un real intento teórico por comprender y explicar el carácter de la crisis —que todavía se prolonga— y los mejores caminos para el bienestar de nuestros pueblos en este marco. Pero también hubo fraternidad, encuentros, intercambios como —al

menos yo— hacía mucho tiempo no compartía. Por eso, en este libro en el que va buena parte de mi vida y mis esperanzas, quiero compartir algunas reflexiones que considero válidas en su mayor parte, transcribiendo textualmente la desgrabación de mi intervención el 27 de abril, en la apertura del plenario.

• • •

Es una alegría poder encontrarnos nuevamente, cambiar ideas, animamos a diseñar políticas comunes entre los partidos políticos populares del continente, pues estoy convencido que en los nefastos años de dominio ideológico del neoliberalismo estuvimos lejos, más allá de aportes dispersos, de ponernos a la altura del aporte teórico, de la búsqueda de consensos y acciones coordinadas, que los tiempos exigían.

Más allá del nivel de acuerdo que alcancemos, es francamente alentador estar con los compañeros de los países hermanos que nos acompañan, y por supuesto los de la propia Argentina, con quienes encaramos un camino que no es lineal, pero que recorremos con la convicción de que debemos fortalecer el campo nacional y popular, y en concreto empujar los ejes del rumbo emprendido en la Argentina a partir de 2003.

130 años igual

Para entrar en el tema del Encuentro, quiero compartir con Uds. la lectura de unas pocas líneas:

> No cabe duda de que las mil libras esterlinas que uno deposita hoy en A pueden reinvertirse mañana y constituir un depósito B. Al día siguiente, remitidas por B, pueden formar un depósito C… y así hasta el infinito. Y las mismas mil libras esterlinas en dinero pueden multiplicarse de tal manera, por medio de una sucesión de transferencias, en una suma de depósitos absolutamente infinita. Es posible, entonces, que las nueve décimas partes de todos los depósitos del Reino Unido no tengan otra existencia aparte de su registro en la contabilidad de los banqueros, respectivamente responsables por ello.

Más allá de las cifras que descubren en parte el paso del tiempo, pocos podrían imaginar que esta definición es parte de los apuntes

con los que luego Federico Éngels dio forma definitiva al Capítulo XXV del tercer tomo de *El Capital*, de Carlos Marx, publicado después de su muerte en 1883. Bajo el título de *Capital Ficticio*, ya marcaba la tendencia, que ha sido permanente en el desarrollo del capitalismo, del uso y el abuso del capital especulativo.

Ya lo han dicho los compañeros de Venezuela y Cuba: para plantearnos alternativas a la crisis actual, primero debemos definir de qué crisis estábamos hablando, y es nuestra opinión que no es solamente financiera o bancaria, ni siquiera sólo económica, como se pretendió simplificar en la reciente reunión del G-20 [abril de 2009], sino energética, alimentaria y ambiental, dado el rumbo depredador del sistema.

Como lo desarrolló ampliamente el representante del Partido Intransigente (PI), la crisis tampoco es simplemente cíclica, de las que habitualmente desarrolla el capitalismo. Aquí se ha coincidido en que estamos ante una crisis general del sistema capitalista a nivel planetario, la que, a nuestro juicio, pone en riesgo la propia sustentabilidad de la humanidad.

Personalmente quiero profundizar en esta definición porque entiendo que cuando caracterizamos una crisis como *sistémica* es necesario precisar que se manifiesta brutalmente lo que habitualmente permanece oculto en las relaciones de producción capitalistas: esto es que la producción de los bienes y de la riqueza de la humanidad es siempre *social* y su apropiación es siempre *privada*.

Ésta es la contradicción fundamental del capitalismo, que se asienta en la propiedad privada de los medios de producción y que, con el desarrollo de las sucesivas crisis y los acomodamientos, fue dando como resultado un retroceso cada vez mayor del sector productivo y el avance del componente financiero y, dentro de este último —en esta etapa— del capital especulativo. No es una casualidad que la crisis haya estallado en los Estados Unidos y en el sector especulativo (las hipotecas subprime).

Hace 30 años que viven a costa del ahorro y el crédito externo.

Primero al violar de hecho los acuerdos de *Bretton Woods* que impusieron el dólar como moneda única internacional, sobre la base

de su convertibilidad con el oro, y —cuando el engaño de la emisión sin contrapartida metálica se hizo insostenible— Nixon decidió unilateralmente el fin de la convertibilidad, con lo que mantuvo la maquinita de fabricar billetes y letras con las que EE. UU. ha financiado sus déficits a costa de la humanidad, es decir a su complejo militar industrial y las guerras de rapiña y agresión que lo mantienen fuerte y poderoso, pero que provocan el 80% del déficit público.

Bienes reales y ficticios

Posiblemente Marx no hubiera imaginado en su tiempo los extremos especulativos a los que hemos llegado ahora. Esta relación entre *bienes reales* (fábricas, casas, campos) y *bienes simbólicos* o *ficticios* (dinero, letras, hipotecas), que no debería sobrepasar la relación de 3 ó 4 por 1, y que al momento de la crisis había llegado a 20 por 1. Es decir que por cada dólar respaldado por bienes reales que circulaba, la timba internacional, *on line* las 24 horas, hacía circular 19 sin ningún respaldo. Dicho gráficamente, la relación entre una pelota de básquet y una de golf.

Como más de una vez ha señalado la Presidenta [Cristina Fernández de Kirchner] refiriéndose al modelo de los años 90, creían que el dinero produce dinero. Pero no. Lo que produce son ganancias extraordinarias y salvajes para el sector financiero especulativo que está hegemonizando el capitalismo en estos momentos, al tiempo que descarga la desocupación, la precarización del trabajo y en definitiva el hambre sobre millones de hombres y mujeres en el mundo.

En última instancia, algo que los economistas neoclásicos omiten, y aún algunos «progres» que solemos leer también eluden: la política es economía concentrada y en el centro de todos los problemas está el problema del poder.

Por eso Estados Unidos impuso sus condiciones, cedió o las multiplicó según la relación de fuerzas. Nosotros no podemos pensar más que en estos términos, en términos de poder, porque es la única manera de construir una perspectiva nacional y popular transformadora, a nivel nacional y continental.

Lo riesgos del keynesianismo

Esta disputa no va a ser fácil ni corta. Tengamos en cuenta que, cuando se produce la crisis de 1873 (colapso de la Bolsa de Viena, precedida por una burbuja especulativa de tierras en París luego de las exigencias alemanas a Francia después de su derrota en la guerra franco-prusiana, y otra especulación de tierras en EE. UU. después de la Guerra Civil, con eje en la traza del ferrocarril) se tardó veintitrés años en salir, casi hasta el final del siglo XIX.

De la crisis de 1929 —que para nosotros es muy ilustrativa porque es de la que más se habla— se tardó diecisiete años en salir.

Debo plantear también una polémica que es importante: no es cierto que se superó con la receta keynesiana. Obviamente que las medidas keynesianas fueron imprescindibles y un instrumento importante para desarrollar el proceso económico, dentro de un modelo productivista que no prevalece en el actual capitalismo, mediante la intervención del Estado y la obra pública. Pero me parece necesario detenernos en una repetida tergiversación: la salida jamás se hubiera logrado sin la Segunda Guerra Mundial. De hecho, fue la Segunda Guerra y la posterior reconstrucción de Europa y Japón (vía *Plan Marshall*) lo que permitió poner en marcha el aparato productivo estadounidense.

Es decir que el enfoque que afirma que con el keynesianismo (o con el neokeynesianismo) vuelven el equilibrio capitalista y la justicia es, como mínimo, riesgoso. Lo que no implica desconocer que existen recetas mucho más agresivas y destructivas que impulsa el *establishment*. Una es la que están aplicando los señores del poder económico mundial, socorriendo a los que generaron la crisis: ayuda a bancos y a financieras; los villanos que dirigieron la catástrofe, a los que finalmente premian con millones de dólares. En cambio, ¿por qué no estatizar, y a la vez dinamizar la producción, para que por lo menos hagamos menos pesada la carga sobre los sectores populares, y pasada la crisis, revalorizadas las acciones que hoy se compran a un valor depreciado, recuperar algo de lo robado?

Destrucción sí, creativa no

También escuchamos o leemos en nuestros esclarecedores medios de prensa —o grupos de comunicación concentrados— que ésta es una crisis más, que se resuelve con la vieja máxima de Joseph Schumpeter, aquel economista austriaco que (miren si será cruel el término y el proceso que describe) acuñó la definición de *destrucción creativa*, necesaria cuando se acumula demasiado valor simbólico.

En ella, el mercado premia a los mejores, castiga a los ineficientes que no han sabido ponerse a la altura de las circunstancias de la revolución científico-tecnológica y pone las cosas en su lugar «quemando» esos valores ficticios. Pues bien, lo primero es falso. El mercado no premia a los eficientes: premia solamente a los poderosos. Éste es un concepto central para el análisis político y las alternativas que nosotros podemos plantear en América Latina.

Perdonen si, enfrentando estas dos brutales propuestas del capital, insisto con una nueva crítica al keynesianismo, pero sucede que entusiasma a muchos amigos en el continente, los que desgraciadamente pierden de vista dos fenómenos novedosos pero decisivos.

El primero parte de la creencia de que estos cambios de matriz permiten resolver algunas de las crisis del capitalismo. Durante la revolución industrial se reemplazó a la mano del trabajador por la máquina; hoy la revolución científico-tecnológica no sólo produce el reemplazo de la mano sino también del cerebro humano mediante la informática. Es decir que la capacidad de generar puestos de trabajo industrial incorporándolos a la producción en un esquema de apropiación privada de las ganancias se ha frenado, la producción social es cada vez menor, generando menos plusvalía. Si toda crisis es, en principio, una crisis de superproducción, da lo mismo que el detonante sea industrial o financiero.

La crisis de superproducción también podría llamarse *crisis de subconsumo*, porque se produce cuando la oferta supera a la demanda, o enunciado con precisión, cuando los potenciales demandantes no tienen el dinero suficiente para comprar lo que necesitan.

Dicho sea de paso, el problema del subconsumo podría resolverse en buena medida si los dineros de los *rescates* se distribuyeran entre la población mundial, para que pudiera gastarlo

a voluntad. Pero el capitalismo prefiere mantener el subconsumo mediante bajos salarios y financiar la reconversión del aparato productivo. La paradoja creciente es que los bajos salarios permiten extraer poco «jugo» del trabajo, es decir que cada vez hacen falta más dólares para crear un empleo del que se pueda extraer plusvalía, lo que golpea particularmente a las Pymes, agudizando la concentración.

Como fuere, la tendencia del capitalismo al desempleo y a la precarización tiene que estar en el centro de nuestras preocupaciones.

El modelo fordista-taylorista que impulsaba la industrialización no es la tendencia actual que podemos esperar para el desarrollo y para las supuestas correcciones que produzca el capitalismo en el mundo, ya que el *capitalismo industrial* ha perdido el comando, que ahora está en manos del *capitalismo financiero*. Por eso es tan peligrosa, al margen de buenas o malas voluntades, la seducción del canto de sirena del keynesianismo en este aspecto.

El segundo fenómeno que se requiere —como ya le exigió a los Estados Unidos durante el *New Deal*— es un déficit fiscal muy importante durante varios años. Y lo grave, lo impracticable, es que EE. UU. se permita un déficit fiscal mayor durante ese tiempo, por la sencilla razón de que el que ya tiene es gigantesco, 80% del cual, como dijimos, es generado por el complejo militar-industrial.

Por eso, en la Cumbre de las Américas (que no será tal hasta que Cuba ocupe su lugar) de Trinidad y Tobago, Obama muestra un rostro cordial y hasta humilde, que seduce a varios amigos. Personalmente, lo veo sin ningún apuro en retirarse de Afganistán o de Irak[97].

Y francamente veo improbable que, si realmente lo deseara, pueda resistir semejante presión, por lo que parece más probable que vaya cediendo, para finalmente entonar, con distintos acordes, la misma melodía que Bush.

El aparato militar-industrial es el corazón del poder estadounidense, principal sospechoso del asesinato de John Kennedy, quien pretendía evitar la guerra de Vietnam, ese formidable negocio.

Poder oligopólico o nacionalización democrática

Desde que se nos murió el viejo «topo de la historia», el futuro está abierto para todas las posibilidades, incluso las peores. Lo que se viene es una fuerte presión para aumentar la desocupación, precarizar el empleo, reducir los salarios reales, y ni que hablar del futuro combate, que en otras partes del mundo ya se está dando, por los recursos naturales.

Para nosotros, la verdadera alternativa pasa por el derrocamiento del poder exclusivo de los oligopolios, el cual es inconcebible sin, finalmente, su progresiva nacionalización democrática.

No estamos hablando del fin del capitalismo, más allá de nuestros deseos. Creemos en cambio que son posibles nuevas configuraciones de las relaciones de fuerzas sociales que obliguen al capital a ajustarse a las reivindicaciones de las clases populares y los pueblos.

El compañero uruguayo señalaba, con razón, que Immanuel Wallerstein estimó que el estallido de esta burbuja y esta crisis llevaría todavía un tiempo, pero también lo es que Samir Amin la predijo para el cortísimo plazo. Es justamente Amin quien reafirma que en los países del Sur, la estrategia de los oligopolios mundiales lleva consigo volcar el peso de la crisis sobre los pueblos: desvalorizar sus reservas de cambio, bajar los precios de las materias primas exportadas y encarecer los precios de los productos importados. Y esto impondrá a los gobiernos que plantean rumbos nacionales y populares definirse (lo que no implica caer en la vieja trampa exportar-importar tal o cual «modelo»), pues creemos que, en nuestra región, o se profundizan los procesos o se corre el riesgo cierto del estancamiento, y aún del retroceso, bajo la brutal presión de la derecha.

Al mismo tiempo la crisis ofrece la ocasión del renacimiento de un desarrollo nacional, popular y democrático autocentrado, que someta las relaciones con el Norte a sus exigencias, esto es, la desconexión, siempre en las condiciones concretas y las relaciones de fuerza propias de nuestros países, pero conscientes de que es prioritario construir la fuerza política y social que necesitamos para enfrentar semejante desafío.

No sólo «es la economía, estúpido»

No dudo que parte de esa construcción implica profundizar en temas que no voy a desarrollar ahora, como: oponer a la globalización la regionalización e integración —desarrollar el Alba, el Mercosur (al que debe integrarse Venezuela [98]), el Unasur (incluida la elaboración de una concepción propia de la defensa continental y mecanismos como la desdolarización del comercio exterior)—; la absoluta prioridad del mercado interno sobre el externo, siempre con sesgo de incorporación de valor agregado a las materias primas; una dirigencia *condicionante* —consciente de su papel transformador de nuestros países y del continente— frente a una dirigencia *condicionada* por las nuevas oligarquías, al estilo la patronal rural argentina, los separatistas bolivianos o los golpistas venezolanos, además de los mascarones de proa del imperio como la colombiana; y el fortalecimiento del papel del Estado, tema que será tratado en un panel especial de este Encuentro.

En este cuadro —con la hegemonía cultural de las clases dominantes, las cuñas que la dictadura y el neoliberalismo dejaron en la conciencia popular—, es central seguir planteando la batalla ideológica. En mi caso, al menos, también la necesidad de una sociedad de nuevo tipo. Una sociedad post capitalista, que todavía creemos que será una sociedad socialista, convencidos de que el socialismo jamás ha sido aplicado en este planeta, al menos si lo entendemos no solamente como la propiedad estatal de los medios de producción sino como la propiedad social de los mismos, con participación popular, democracia plena y autogestión.

4.3 ¿Qué está en juego con el «aporte extraordinario» a las grandes fortunas?

• 25 de noviembre de 2020 • Para Rebelión•

La pulseada para imponer un «aporte solidario y extraordinario» a las grandes fortunas personales está lejos de cerrarse ya que el privilegio rechaza siquiera un roce a sus intereses y pretende cerrar el camino a cualquier intento de reforma fiscal progresiva e integral.

En estos días quedó nuevamente en evidencia la mezquindad del *establishment* local, virtudes y vacilaciones de un gobierno heterogéneo y las limitaciones que enfrenta el propio movimiento nacional y popular.

El Estado busca obtener a futuro unos 300 000 millones de pesos, modesto ingreso que lejos está de compensar los fuertes gastos que ya realizó en medio de una abrupta caída de sus recursos por la atroz pandemia, la que agravó la destrucción económica que dejaron cuatro años de neoliberalismo macrista.

A la inversión en asistencia social o la destinada a recuperar y adecuar el demolido sistema de salud, se sumaron 490 000 millones de pesos que completaron parte del salario de los trabajadores de unas 200 mil empresas mediante los ATP (Asistencia de Emergencia para el Trabajo y la Producción), y cubrir necesidades de los más postergados con el IFE (Ingreso Familiar de Emergencia).

Cuando la mentira es la verdad

La avaricia del bloque dominante es alabada sin originalidad ni vergüenza por el coro de sus voceros mediáticos, adulación de la que en Diputados se hizo cargo el bloque de Juntos por el Cambio con inusuales dosis de falsedad e hipocresía.

Allí repitieron textualmente falacias aportadas por las entidades que agrupan a las grandes corporaciones, según las cuales nos

esperan múltiples desgracias si 10 mil de los 45 millones de argentinos resignan una modesta cuota de sus riquezas.

Nada tendrá que aportar el 99,88% de los argentinos, pero la exigencia al restante 0,02% provoca la indignación de la oposición política y mediática, sensibilidad ausente ante el drama de 21 millones de compatriotas sumergidos en la pobreza.

Argumentan que la contribución implica «doble imposición» pese a que no se trata de un nuevo impuesto, y amenazan con frenarla por ser «confiscatoria», aunque apenas pagarán entre el 2% y el 3,5% del patrimonio declarado por ellos mismos.

¿Confiscatorio que lo paguen por única los diez residentes que en el país tienen fortunas que van de los 920 a los 5400 millones de dólares? Confiscatorio es que a los trabajadores se les retenga el 21% de todos sus consumos, nada menos que 10 500 pesos mensuales, en el caso de que su salario llegue a 50 000 pesos.

Absurdo es que para llegar a los meritocráticos 5400 millones de dólares que acumula la familia Bulgheroni, debería poder ahorrar el total de su salario, sin gastar un peso, durante 12 000 siglos. Sí, doce mil siglos. ¿Hay algo más injusto e irracional?

Jamás podrían probar en tribunales la confiscación y doble imposición que prohíbe nuestra Constitución Nacional, mucho menos que le produzca el «daño irreparable» que exige el Derecho. En cambio, es cierto y comprobable el desconocimiento por décadas de los derechos consagrados en su artículo 14 bis, ese que nunca citan y que dispone la participación de los trabajadores en la ganancia de las empresas.

Al borde del delito, amenazan con una «rebelión fiscal» y se escandalizan ante la «discriminación» a los capitales en el exterior. Silencian que ésos son activos financieros, mayoritariamente constituidos por ilegal plata negra que en su momento fugaron, y que sólo tendrán una alícuota superior si rechazan repatriar un 30% de lo que tienen en el extranjero. Afirman que se trata de un «castigo a la producción y al empleo», que se obligará a «vender maquinarias y desprenderse de inmuebles» o incluso que se «fundirá a las Pymes», pero fue su gobierno el que ya fundió a 25 000 de ellas, castigó tanto a la producción como al empleo y obligó a rematar inmuebles.

Mienten a sabiendas. Este gravamen no se aplica a ninguna

empresa ya que está destinado a los magnates y no a sus compañías. Y se calculará sobre el patrimonio neto, que resulta de descontar cualquier deuda, dentro del cual los inmuebles se consideran a su valuación fiscal, es decir aproximadamente el 10% de su valor real en el mercado.

Ocultan que sólo el 5% del patrimonio de esta *elite* corresponde a inversiones en las empresas, como lo ponen en evidencia sus propias declaraciones juradas. La mayor parte del 95% restante está dolarizado y nada tiene que ver con la producción: está invertido en bonos, sobre todo del tesoro estadounidense, acciones en compañías extranjeras que trabajan en el exterior, o depositado en cuentas *off shore*.

Vaticinan que se «ahuyentará las inversiones», cuando fue durante su gobierno que las extranjeras retrocedieron a niveles del año 2000. Pese a la baja de impuestos al patrimonio, la apertura a las importaciones, la desregulación del mercado de capitales y el endeudamiento externo, hubo *sequía* en lugar de *lluvia* de capitales, que se fugaron masivamente.

Aducen que «no se aplican en ninguna parte del mundo» y que «son parte de un pasado superado», cuando este tipo de medidas están hoy en pleno debate internacional, particularmente en los países más desarrollados; que las promueven estudiosos, grandes empresarios y organismos multilaterales, incluido el propio FMI, a cuya derecha se sitúan cómodamente.

Es sabido, pero silenciado, que Europa grava las rentas individuales con tasas de entre el 40 y el 55%, muy por encima de las argentinas y que los tributos extraordinarios se impusieron más de una vez en su historia. También que se proponen en Brasil o Chile, mientras Joe Biden planteó que EE. UU eleve al 39,6% la alícuota anual en concepto de ingresos personales.

La encrucijada del gobierno

La miseria en Argentina no surge de la pobreza de millones, sino que es consecuencia de un modelo de renta y rapiña que, a costa del sufrimiento de muchos, permite la obscena riqueza de unos pocos.

El actual rechazo del *establishment* excede la propuesta en

análisis para convertirse en una muestra de hasta donde están dispuestos a llegar si se concreta la promesa de una reforma tributaria, que recaude donde corresponde lo que hay que recaudar, y de forma regular y permanente.

El fin de la decadencia tiene como uno de sus prerrequisitos terminar con el regresivo sistema tributario actual que lejos de diferenciar las distintas capacidades económicas (y por lo tanto contributivas de individuos y empresas) esquilma a los que menos tienen: el 30,5% del total de los ingresos del fisco proviene del IVA, un impuesto al consumo, mientras menos del 1% proviene del único impuesto nacional que existe sobre el patrimonio, Bienes Personales.

Es alentador que el gobierno avance con este proyecto en medio de la crisis y los estragos de la pandemia. Y que lo haga luego del violento desalojo de las familias que reclamaban una tierra para vivir en Guernica. Algunos interpretaron ese día como un punto de inflexión en la confianza de parte de su propia militancia, preocupada ante el retroceso en la expropiación a los estafadores de *Vicentin*, el incremento de apenas 7% a trabajadores estatales que vienen de perder un 37,2% con el macrismo o una fórmula de movilidad jubilatoria que se aplicará sin actualizar la mínima por encima de la línea de pobreza y la posibilidad de acceder a una canasta básica de subsistencia.

El maltratado concepto de *solidaridad* que se aplica indistintamente a un mínimo aporte de los multimillonarios como a recortar beneficios de los que están un poco menos mal, para compensar a los que están peor, expresa algo más grave: incomprensión de quién y cómo se debe pagar el costo de la crisis; o lo que es peor, la fortaleza del pensamiento liberal en el propio gobierno. Es el caso de una inaceptable definición del ministro de Trabajo, según el cual «*sueldo digno* es el que estemos en condiciones de pagar y sostener», dejando de lado la discusión acerca de dónde provienen los recursos para conjugar ambos verbos. Claudio Moroni elude encarar el tema desde cualquier concepto de justicia social, incluido el que sostuvo la decisión de Juan Perón de instituir el «salario mínimo, vital y móvil», pero también exhibe deprecio por el papel del salario como dinamizador del mercado interno, único motor virtuoso de la recuperación

económica.

Sin despejar sombras, con el «aporte solidario» se retoma una dinámica y una agenda que incluye las iniciativas parlamentarias para impedir el deterioro ambiental y la especulación con la quema de campos, la prohibición de endeudar al país para financiar gastos corrientes, o de legalización de la interrupción voluntaria del embarazo.

Ante esta compleja encrucijada, y en medio de una pulseada que lejos está de definirse, todavía cabe preguntar: ¿se cree, o se confía, en que la actual relación de fuerzas se puede mejorar limitándose a búsqueda de acuerdos superestructurales o de mayorías en las cámaras legislativas?

La desfavorable relación de fuerzas que pese al triunfo electoral se mantiene a favor del bloque dominante, sólo puede modificarse con protagonismo y organización del pueblo en defensa de sus derechos y la demanda un modelo de país realmente inclusivo.

4.4 Aborto e Iglesia: una doctrina contradictoria y cambiante

• 29 de diciembre de 2020 • Para Rebelión•

Hoy, 29 de diciembre, el Senado tiene la responsabilidad de aprobar la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo, ya con media sanción en Diputados, y comenzar a solucionar el grave problema de salud pública que supone la criminalización y el encarcelamiento de quienes abortan.

La aprobación de la ley también contribuiría a garantizar la gratuidad de los procedimientos de interrupción del embarazo y, de ese modo, una mayor seguridad para las miles que hoy mueren o sufren severos daños en los procedimientos clandestinos.

El proyecto de ley ha dado lugar a un debate que está presente en numerosas instancias (pública, privada, parlamentaria) y desde diferentes enfoques, que en algunos casos reflejan posiciones claramente medievales, incluidas las de algunos miembros de la cúpula eclesiástica.

En este sentido, se destaca el pensamiento del arzobispo «emérito» de La Plata, Héctor Aguer, al condenar tanto la Educación Sexual Integral (ESI) como la «cultura *fornicaria*» que impera en nuestra sociedad, rigor que no ejerció ni ejerce sobre los casos de los sacerdotes que abusan de niños.

Lo extremo de la posición de Aguer queda resaltado con los datos de la Segunda Encuesta Nacional de Creencias y Actitudes Religiosas de la Argentina, del Conicet, de acuerdo con la cual la mayoría de quienes se consideran católicos está de acuerdo con la interrupción del embarazo en algunas circunstancias (57,7%) o en todas (23,3%).

Aguer se arroga la suma del saber filosófico en una violenta crítica al presidente Alberto Fernández por su referencia a los cambios que, a lo largo del tiempo, tuvo la Iglesia en relación al aborto (*El Día de La Plata*, 21/12/2020). Le molesta que —afirma— Fernández muestre «su hilacha *neoperonoide*», pero él

apenas nos ofrece la fe y el dogma de la escolástica medioeval.

Entre la Biblia y la Ciencia

Pese a que monseñor lo niega —como niega «el *mito* de los 30.0000 desaparecidos» por la dictadura genocida— las posiciones de la Iglesia distan mucho de ser pacíficas y, de hecho, las actuales difieren en mucho de las que existían en los inicios de la cristiandad.

En el caso del aborto, las posturas han involucionado. En otras cuestiones, hubo una adaptación a los tiempos y al avance de la ciencia. Si mencionamos la creación de la tierra en siete días, su ubicación como centro del universo, a Eva y la manzana, a Noé y el Arca, o la inexistencia del alma en los esclavos o los pueblos originarios, nos encontramos ante temas en los que la Iglesia lentamente viró de la tortura y la hoguera para los herejes a dejar de requerir la Inquisición y explicar que, en realidad, la Biblia describe con «poéticas metáforas» lo mismo que la ciencia aborda con otros términos.

Tampoco es pacífica la dimensión política del cristianismo, que nace como religión de los oprimidos, de los esclavos y los libertos de Roma; pasa a ser fundamento teológico del esclavismo, el feudalismo y el capitalismo; y más tarde encara valientes —pero todavía limitados— intentos de regreso a sus orígenes, de la mano de la Opción Preferencial por los Pobres, las Comunidades de Base o los sacerdotes que impulsaron la Teología de la Liberación.

La tradición eclesiástica, así como las Escrituras, es reinterpretada por cada generación para imponer sus propias opiniones morales, pero también para defender sus intereses políticos y económicos, como la prohibición del sacerdocio a las mujeres —hijas de María («Madre de Dios y de la Iglesia»)—, aunque en sus comienzos las tuvo como las primeras en ejercerlo. O el celibato, un mandato que jamás ejerció San Pedro —felizmente casado— y que poco tiene que ver con la pureza y la consagración exclusiva al Reino de los Cielos.

El celibato recién se instauró en el siglo XI, pero no para favorecer una dedicación plena a «las cosas del Señor», sino para evitar el riesgo de fragmentación permanente que sufrían los

incipientes estados nacionales de Europa en primer lugar; y garantizar la permanencia de las propiedades en manos de la Iglesia, que ya no debía disputarlas con las viudas o los hijos de los sacerdotes, en segundo lugar.

San Agustín y el alma del embrión

Aguer clama por ejemplos y citas que avalen la afirmación de Fernández, quien sostuvo que, para Aristóteles y Aquino, el feto sólo se convertía en persona con la animación, ya avanzada la gestación. «No cita ningún texto en apoyo de su tesis» desafía, para preguntarse con irónica soberbia: «¿Qué texto habrá consultado?».

Para ayudarlo a disipar su interrogante, y de paso responder a su temeraria afirmación de que «La enseñanza de la Iglesia ha sido invariable desde el siglo I», comenzamos por recordar que las menciones al tema en el Antiguo y el Nuevo Testamento distan de ser claras.

Luego, precisamente durante el aludido primer siglo de la cristiandad, la Iglesia Católica comenzó a discutir acerca de si el feto tenía alma desde el momento de la concepción o llegaba a convertirse en un ser humano en el transcurso de su desarrollo. En este debate, no dudó en condenar el aborto, pero no por considerarlo un homicidio, sino porque solía usarse para ocultar «pecados sexuales», como el adulterio y la fornicación.

Ya en el siglo III, hace más de 1700 años, el Concilio de Elvira sancionaba al aborto si era realizado con motivo de un adulterio, pero dejaba sin castigo al aborto realizado dentro del matrimonio. Claro, la herencia estaba garantizada, mientras el goce y el placer del hombre no merecían condena alguna.

Por esos mismos años, San Agustín (354-430 de nuestra era), el máximo pensador del primer milenio del cristianismo, consideraba que el embrión no tenía alma hasta el día 45 después de la concepción. Por eso, distinguía entre el aborto realizado sobre un feto animado (que equiparaba al homicidio) y el aborto practicado sobre un «informe» sin alma humana, al que también repudiaba, pero consideraba merecedor de una pena

menor.

En palabras del propio San Agustín:

> La pregunta sobre el alma no se decide apresuradamente con juicios no discutidos ni opiniones temerarias; según la ley, el acto del aborto no se considera homicidio porque aún no se puede decir que haya un alma viva en un cuerpo que carece de sensación ya que todavía no se ha formado la carne y no está dotada de sentidos.

Tomás de Aquino y el Juicio Final

Casi un milenio más tarde, Santo Tomás De Aquino
(1225-1274),
otro de los teólogos más importantes del cristianismo —y a quien, Aguer nos informa, «estudio desde mi adolescencia»—, consideraba el aborto como un pecado, pero contra el matrimonio.

A la vez, en *Suma teológica*, era enfático sobre la cuestión de que «el alma no es infundida antes de la formación del cuerpo». Para él, el alma humana llegaba junto con la forma humana, por lo que un embrión no tenía alma hasta después de varias semanas de embarazo, cuando el feto comenzaba a adquirir la forma humana, y se percibía su movimiento.

Para esclarecer a los nuevos cruzados por el alma de los embriones, cabe rescatar un comentario de Umberto Eco (*El comienzo de la vida*, para *La Nación*, 30/03/2005), acerca de que Tomás de Aquino ofrecía una visión muy biológica de la formación del feto, según la cual Dios introducía el alma al cuerpo gradualmente. Así, el feto primero adquiría el alma vegetativa y, a continuación, el alma sensitiva. Sólo entonces, en un cuerpo ya formado, se creaba el alma racional (*Suma teológica*, I, 90). El embrión sólo tenía alma sensitiva (*Suma teológica*, I, 72, 3 y I, 118, 2).

En la *Suma contra los gentiles* (II, 89). Aquino describe a la generación como un proceso gradual, «a causa de las formas intermedias de las que el feto está dotado desde el principio hasta su forma final». Por eso, en el Suplemento a la *Suma teológica* (80, 4), se lee esta afirmación que hoy suena revolucionaria, a juicio del filósofo y semiólogo italiano:

> Tras el Juicio Universal, cuando los cuerpos de los muertos resuciten para que nuestra carne participe de la gloria celestial (momento en que ya, también según San Agustín, volverán a vivir en la plenitud de una belleza y una integridad adulta no sólo los que nacieron muertos sino también, en forma humanamente perfecta, los engendros de la naturaleza, los mutilados, los concebidos sin brazos o sin ojos), pues bien, en esa «resurrección de la carne» no participarán los embriones, al no habérseles infundido todavía el alma racional y, por lo tanto, no ser «seres humanos».

La posición actual de la Iglesia en torno al aborto comenzó a surgir en 1588, cuando el 228º Papa, *Sixto V*, preocupado por la prostitución en Roma, consideró que, si se aplicaban penas severas y rígidas para el aborto disminuiría la incidencia de este pecado sexual y publicó la bula *Effraenatum*, según la cual el aborto y la anticoncepción eran homicidios en cualquier período del embarazo —independientemente de la animación— y, por lo tanto, también eran tanto pecados mortales como crímenes civiles.

Como en general no se lograron los objetivos esperados, a fines del siglo XVII, el Pontífice *Gregorio XIV* adoptó nuevamente el criterio de la animación y el alma. Sin embargo, en 1869, el Papa *Pío IX*, volvió a suprimir la distinción entre el aborto en la primera fase del desarrollo del embrión y el realizado después y promulgó la excomunión automática para toda mujer que abortara voluntariamente, que es el criterio que se extiende hasta nuestros días.

La moral es histórico-concreta y las políticas públicas no se definen desde la metafísica

La arrogancia de Aguer llega al punto de pretender conocer cuál sería hoy la posición de Aquino: con los conocimientos científicos actuales, dice con seguridad, «Tomás hubiera renunciado a la teoría de una animación retardada».

Lo cierto es que Aquino sí sostenía la teoría de la animación retardada y nunca renunció a ella, pero, aparentemente, para el arzobispo, la filosofía es sierva de la teología. Y la salud pública, de la metafísica.

Aguer considera que el origen de la moral se sitúa fuera de la

historia, que deriva de Dios y es inmutable, lo cual es absolutamente respetable como creencia, pero también refutable. Si consideramos que los principios y las normas morales surgen de una potencia suprahumana, los estamos situando por fuera del hombre real, que es un ser histórico. De esta manera, es fácil caer en el contrabando ideológico que disfraza de verdades morales universales lo que son intereses particulares de clase.

La moral es un aspecto de la realidad humana y, como tal, un fenómeno histórico que muta con el paso del tiempo. Por lo tanto, no es lógico concebir a la ética, en tanto ciencia de la moral, como algo dado de una vez y para siempre.

El filósofo estadounidense James Rachels, autor de *Introducción a la filosofía moral*, expresa un argumento similar en los siguientes términos:

> Lo correcto y lo incorrecto no deben definirse en términos de la voluntad de Dios; la moral es cuestión de razón y de conciencia, no de fe religiosa y, en todo caso, las consideraciones religiosas no dan soluciones definitivas a los problemas morales específicos que confrontamos.

La pretensión de Aguer de imponer su noción de moral como un sistema normativo único, válido para todos los tiempos y todos los hombres, ni siquiera pudo concretarla la Iglesia a través de su historia, y en la actualidad es especialmente grave pretender que las políticas públicas impongan dogmas religiosos.

El ala más reaccionaria de la Iglesia, a la que pertenece Aguer, ha buscado imponer estas consideraciones frente a la sanción de leyes como las de divorcio y matrimonio igualitario y ahora también en relación con el aborto legal, seguro y gratuito, incluso pese a que estas leyes reconocen derechos, pero no obligan a adoptar conductas concretas (ni a divorciarse, ni a casarse con alguien del mismo sexo ni a abortar). En este sentido, para evitar que el Senado transforme en ley el texto aprobado por Diputados, estos sectores despliegan un virulento *lobby* que incluye visitas a los despachos de los senadores que tienen que votar, mientras grupos ultraconservadores difunden sus números de teléfonos y promueven cadenas de Twitter para intimidar a sus familias.

No se defiende la vida meramente proclamando esta defensa mientras, a la vez, se afectan el presupuesto y la calidad de la salud pública e hipócritamente se avalan la muerte y las lesiones

permanentes producidas por los abortos clandestinos.

4.5 Relaciones de fuerza, protagonismo y poder popular

• 9 de diciembre de 2020 • Para Rebelión•

Este viernes, a raíz de la emergencia sanitaria y económica agravada por la pandemia, el Congreso convirtió en ley un modesto gravamen que se aplicará por única vez a 12 000 multimillonarios en dólares, en un país de 45 millones de habitantes, de los cuales casi la mitad son pobres.

Como anticipamos, junto al desenmascaramiento de las hipócritas mentiras del *establishment* hay que advertir que la aprobación legislativa no impedirá los intentos de frenarlo, que los multiplicará mediante sus empleados políticos y mediáticos, mientras alistan un ejército de tributaristas y abogados para enterrarlo con la ayuda de una justicia adicta.

Entonces, cabe preguntarse si el gobierno cree que, con la búsqueda de acuerdos superestructurales, en las cámaras legislativas o con las corporaciones, alcanza para imponer este tipo de decisiones, mejorar la actual relación de fuerzas y asegurar un rumbo de recuperación y transformación.

El interrogante se extiende al conjunto del movimiento nacional y popular, donde conviven expectativas y posturas diferenciadas:

1. Quienes creen que el triunfo electoral de diciembre de 2019 emparejó la ventaja del bloque dominante, pero ante las abrumadoras dificultades heredadas y presentes es desaconsejable y hasta peligroso intentar revertirla. No hay que reclamar, menos cuestionar, y esperar pasivamente la sabia decisión de quienes comandan el barco, o —tal vez— confiar en que mágicamente predominen los que consideran «buenos», mejores, o menos malos.
2. Quienes entendemos que la ventaja del poder real se mantiene e incluso se afirma y envalentona ante cada retroceso o vacilación que entienden logran con su presión a un gobierno insuficientemente rodeado del reclamo y la movilización popular.

Con el *sujeto pueblo* ausente de las ecuaciones oficiales, todo indica que es el primer sector el que va imponiendo su peligrosa cautela, incluso cuando avanzan decisiones valiosas, pero cuya suerte hipotecan a la mayor o menor capacidad de sus operadores políticos, al «toma y daca» en un juego de intereses ocultos.

¿Hay otro camino para impulsar un programa de medidas favorables a las grandes mayorías?

En el caso del gravamen a las grandes fortunas, como en tantos otros temas pendientes y acuciantes, proponemos iniciar un ejercicio colectivo de reflexión abierto y que entendemos necesario.

El debate, las negociaciones y la participación para enfrentar la furiosa reacción del privilegio, ¿podría —y debería— ser encarado de otra manera antes, ahora y en el futuro?

Hablamos de impulsar con la fuerza organizada del pueblo otros proyectos positivos como el que penaliza la quema de campos o las restricciones al endeudamiento externo, ferozmente resistidos con gran prensa y difusión de falseadas y mentiras. Es una metodología de demolición, probada y que usarán ante cualquier intento de una recomposición masiva de salarios, de reforma financiera o tributaria progresiva, sin los cuales no hay financiamiento para la recuperación ni dinamización del mercado interno para desarrollar el país.

Hablamos también de confrontar con la poderosa maquinaria corporativa agroindustrial y financiera, mediática y judicial, que impuso su poder para torcer el brazo al gobierno en la estratégica expropiación a los estafadores de *Vicentin*, la indignante permanencia de presos políticos, o al reducir el dramático tema de la tierra y la vivienda a un violento desalojo en Guernica.

El gobierno limita su apuesta a los acuerdos superestructurales, a la ilusoria buena voluntad de banqueros, «unicornios», grandes exportadores e industriales, cancha en la que siempre juega de visitante, con las reglas del local y sin pueblo en las tribunas. No cuenta ni parece interesarle la presencia de las organizaciones populares para inclinar la balanza, al menos equilibrando fuerzas para, si de acordar se tratara, hacerlo en mejores condiciones para

la inmensa mayoría de los argentinos, con la mira en un país inclusivo, productivo y en desarrollo.

Se repite con razón, pero con escaso o nulo eco entre importantes figuras del actual elenco gobernante [99], que las crisis deben pagarlas quienes las provocaron y se beneficiaron con ellas. Los hay que consideran natural y «sustentable» que el pueblo vuelva a cargar con lo principal del sacrificio, para no irritar a los dueños de poder.

Por ahora prevalecen los que apuestan a la comprensión y buena voluntad de adversarios y enemigos, los que consideran desaconsejable inquietarlos con un programa estratégico, y aún menos con la convocatoria al protagonismo y organización del pueblo en defensa de sus derechos y la demanda un modelo de país realmente inclusivo.

Hablamos, finalmente, de una práctica política movilizadora y organizativa, una práctica que se aleje del castrador papel de espectadores pasivos al que nos reducen adversarios y no pocos compañeros de ruta en una más que heterogénea alianza electoral.

El protagonismo popular no es una consigna decorativa y vacía

Cuando decimos *protagonismo* y *núcleos de poder popular* no enarbolamos consignas vacías de mandato práctico. Tampoco expresan un voluntarismo descolgado del nivel de conciencia y las dramáticas necesidades de nuestro pueblo.

Partimos de este presente, tal cual es, pero con un norte de construcción superadora de los obstáculos que nos limitan. Desde la unidad y diversidad del frente, pero con una firme disputa ideológica y política. Coordinando acciones sin el sectarismo de creernos depositarios de recetas infalibles, pero sin renunciar a dar batalla para imponer las ideas que consideramos más justas.

En temas como el gravamen a las grandes fortunas es necesario transitar una práctica política distinta, heredera de las mejores tradiciones de los años 60 y 70, aprendiendo de sus errores, pero lejos de las caricaturas de quienes pretenden demonizarlas para borrar de la memoria histórica ricas experiencias organizativas, con

capacidad de movilizar a cientos de miles. Es claro que no es tarea fácil, y lo evidencian las carencias manifestadas entre el anuncio y sanción del «aporte solidario»: una abrumadora hegemonía pública de las minorías que lo atacaron y una casi nula participación consciente y organizada de las estructuras políticas y sociales que serían sus beneficiarias.

En este y otros temas vitales que enfrentamos y enfrentaremos, ¿cómo sería esa otra práctica?, ¿de qué manera facilitaría su tratamiento, aprobación e implementación? ¿Es posible promover núcleos que ensayen caminos de construcción de poder político alternativo al *establishment*? ¿Es viable desde ahí reducir los márgenes para la vacilación y los retrocesos, haciendo pesar sus reclamos y convicciones en la disputa de cada uno de las medidas que favorezcan, o afecten, los intereses populares?

¿Cómo se impulsa el protagonismo y se construyen núcleos de poder popular?

Un paso ineludible es convocar a todas las organizaciones que integran y apoyan al Frente de Todos a institucionalizarlo, a debatir un programa a corto, mediano y largo plazo, a constituir miles de comités básicos a lo largo y ancho del país, tejer una red que los arraigue en los territorios y barriadas, lugares de estudio, trabajo y creación cultural, desde donde se organice y movilice sumando los objetivos propios de cada lugar.

En ese programa como orientación estratégica, en ése comando político para dirigir la acción y en esos comités concebidos como núcleos de poder popular en todo el territorio y todos los sectores, está la base para la participación consciente y el protagonismo. *Protagonismo* y *núcleos de poder popular* no son formulaciones temerarias, mucho menos abstractas.

Es un necesario camino de construcción colectiva para cambiar el rumbo y avanzar hacia una Patria para todos.

¿Podemos pensar este enfoque en concreto, por ejemplo, en relación al caso en particular del «aporte solidario»? Sí, como podríamos hacerlo con cada tema en disputa, con cada punto de un programa de recuperación y transformación.

Desde abril, cuando se planteó por primera vez la posibilidad de

gravar al menos 12 mil supermillonarios locales, se inició una larga negociación superestructural: sectorial, parlamentaria e incluso al interior de la misma coalición de gobierno, donde también hubo quienes la frenaron e incluso resistieron.

No se trata de subestimar negociaciones necesarias, pero subrayamos aquello que no estuvo presente, ni siquiera insinuado: la necesidad de que nuestras propuestas se hagan carne en cada sector potencialmente beneficiado; de transformarlas en reclamo consciente que permita movilizar y organizar; tanto por este objetivo concreto como por el programa del FdT, cuya ausencia como rumbo estratégico es casi imperdonable.

En la práctica, si un 20% de lo recaudado con el gravamen a las megafortunas se destinará a la compra o elaboración de equipo, insumos y vacunas para el sistema sanitario. Las fuerzas políticas del frente deben coordinar su acción unificadora y organizativa entre médicos, enfermeras, personal administrativo, entre trabajadores y empresarios del sector, y dentro de cada entidad que los agrupa.

A la vez, el frentismo debe convocar, organizar y movilizar a trabajadores y empresarios de las Pymes, donde se invertirá el 20% destinado a «sostener el empleo y las remuneraciones», y hacer lo propio entre los actores de los ámbitos de exploración y desarrollo de la producción de gas natural, a donde se destinará otro 25%.

El mismo enfoque militante vale para la comunidad educativa, a cuyas becas Progresar irá un 20% de los fondos, o entre las organizaciones territoriales y vecinales de barrios populares, donde el 15% restante servirá para emplear y mejorar la vida de sus habitantes.

Todos deben aportar su movilización, tanto para enfrentar la resistencia como para aprobar las partidas y luego garantizar que lleguen a cada lugar en tiempo y forma.

Muy distinto hubiera sido el clima y desarrollo de las sesiones en Diputados y Senadores, distinto el impacto de la campaña de terror desatada para proteger la miserable actitud de un puñado de habitantes ante la crisis más dramática de nuestra historia, si las escasas movilizaciones que las rodearon hubieran sido masivas, y resultado de la acumulación de protagonismo popular organizado.

Y aún mayor sería la capacidad de concretar cada iniciativa si

ese protagonismo fuese producto de la participación de las fuerzas que integran el FdT, de la acción de miles de comités básicos a lo largo y ancho del país, en cada lugar y ámbito de trabajo, estudio o creación.

Estaríamos, finalmente, haciendo valer la construcción de núcleos de poder popular para cambiar favorablemente la relación de fuerzas en nuestra patria. Un rumbo que despierta la ira de quienes verían peligrar sus privilegios, pero también de muchos de sus empleados en la oposición, y algunos que en el propio FdT recelan menos de ellos, de su capacidad de daño, que de la potencia transformadora de un pueblo protagonista.

4.6 Barajar… ¿y dar de nuevo?

• 20 de septiembre de 2021 • Para La Tecl@ Eñe•

La previsible derrota en las PASO del Frente de Todos (FdT) puso en evidencia su incapacidad para percibir la magnitud de la desesperación de amplios sectores de la población por la falta de trabajo y la miseria, herencia del macrismo incrementada por la pandemia, pero ajena a las prioridades de una gestión económica que privilegió el ajuste fiscal y los condicionamientos del FMI.

A posteriori, el claro mensaje de millones de votantes del FdT que no acompañaron a su espacio tampoco fue escuchado, al menos no tanto como se lo suele hacer con las diatribas de opositores y medios hegemónicos.

Pese a prometer hacerse eco y enmendar errores el mismo domingo de las primarias, el presidente Alberto Fernández se mostró a las pocas horas junto a sonrientes ministros que consideran «positiva» la marcha de la economía y elaboraron un presupuesto que vuelve a eludir la magnitud del drama de millones de argentinos, símbolo de lo cual es la pretensión de fuertes aumentos tarifarios.

La respuesta de Cristina Kirchner fue contundente y por escrito: ubicó como causas de la derrota al ajuste fiscal, el incremento de los precios y el deterioro de salarios y jubilaciones, así como las insuficientes medidas para revertirlas, pese a sus reiteradas advertencias públicas y privadas.

Sorprende, en el texto, que un hombre explícitamente propuesto para corregir esas causas, y finalmente designado, sea el gobernador tucumano y ahora jefe de Gabinete, Jorge Manzur, cuyas ideas no parecen muy alejadas de lo que se cuestiona, aunque sí de las de la vicepresidenta.

Mucho se ha escrito y hablado acerca de esta tumultuosa semana de septiembre, en la que se temió una ruptura suicida y culminó con cambios en el gabinete, con la incorporación de muy experimentados dirigentes, conocidos por imprimir dinamismo a sus

gestiones ministeriales, pero cuyas funciones están lejos de incidir sobre el rumbo económico.

Aunque el problema son las políticas y no lo nombres, ese elenco sigue intacto, al igual que la cartera de Trabajo, tan sensible a los reclamos patronales como desatenta a la angustia de los asalariados.

El bloque dominante, sus voceros políticos y mediáticos, vuelven a hostigar al presidente, y a la vez que le advierten sobre el peligro de una «radicalización» del rumbo que impulsan «los K», le exigen que «vuelva a la moderación» que aducen fue la clave del triunfo electoral de 2019, mientras —contra toda evidencia— su abandono la causa de la derrota.

En realidad, la moderación, el «no enojar a nadie», ha sido el signo de estos meses y una concesión al *establishment*, pese al enorme esfuerzo estatal para enfrentar la crisis sanitaria y apuntalar el desfalleciente aparato productivo, el trabajo y el empleo.

Incluso cabe señalar graves retrocesos como permitir la impunidad de los despidos que el mismo presidente calificó de «infames»; retroceder ante la presión ruralista en defensa de los estafadores de *Vicentin* y renunciar a manejar una empresa testigo de un sector clave del contrabando, la fuga de divisas y la formación de precios; considerar que el salario mínimo, vital y móvil es apenas «el que se pueda pagar» o, el más doloroso, la represión a centenares de familias que, desesperadas, intentaron tener tierra y techo en Guernica.

Ninguno/a propone cambios de la mano del pueblo

Entre los torrentes de tinta y las horas de comentarios radiales y televisivos, ninguna de las tres patas autoproclamadas del FdT —entre una veintena de organizaciones que lo integra o apoyan— se pronunció acerca de una hoja de ruta concreta para enderezar el rumbo económico, pero de la mano de retomar la iniciativa política con la participación popular.

La dirección de hecho del FdT debe precisar si «escuchar al pueblo» es encarar parches sobre la dramática situación de pobreza y desempleo, o comenzar a resolverla mediante una fuerte

redistribución de la enorme riqueza que producimos entre todos, buscando los recursos entre los muy pocos que se apropian de ella, quienes se enriquecieron antes, durante y después del festín neoliberal macrista, incluida la pandemia.

Necesitamos que a quienes se presenta como tibios, o a los que se considera enérgicos y radicalizados, nos digan si comparten —y están dispuestos a llevarla adelante— la idea de que un rumbo de estas características requiere mucho más que palabras, sean amables y moderadas o altisonantes y disruptivas.

Ni tibios ni radicalizados verbales pueden recuperar para las grandes mayorías parte de la enorme tajada que se lleva el bloque dominante si no se entiende, y si se entiende se concreta, que una democracia plena, con justicia social, implica inevitables conflictos.

La política es en parte búsqueda de consensos, pero también asumir el conflicto para defender o conquistar derechos, para torcer a favor de las grandes mayorías la fuerte disputa entre intereses contrapuestos.

Para hacerlo con mayores posibilidades de éxito, en lugar de apostar nuestra suerte sólo al diálogo y las negociaciones con las corporaciones, en los recintos legislativos y los alcahuetes pasillos de los despachos, a la necesaria gestión institucional hay que sumar la convocatoria al protagonismo y la organización popular.

¿Hay voluntad de escuchar? Una hoja de ruta para el debate

Me abstengo de repetir el desarrollo del marco conceptual en que baso mi análisis, pues ya lo he desarrollado en ocasiones menos difíciles, pero me permito enunciar dos aspectos claves en el momento que atravesamos:

- Un frente es político, programático y orgánico o no juega papel alguno en la disputa cotidiana y se reduce a su rol electoral, y aun en ese caso con una mínima expresión de su potencial capacidad de incidir sobre la realidad.
- La correlación de fuerzas no es un concepto estático. Y si es desfavorable, como lo es hoy para el campo

> popular, se trata de acumular la propia para desbalancearla a su favor. La historia argentina demuestra que es suicida desconocerla, pero fatal adaptarse pasivamente a ella. Se termina retrocediendo y derrotado.

Hoy, no se trata de abandonar ni disminuir debates acerca de los fundamentos de la derrota electoral del FdT, pero si realmente ha surgido una voluntad de escuchar, que insisto hasta ahora no se produjo, caben estos cinco ejes para una hoja de ruta, en forma de esbozo y sin desarrollo, que sólo aspiro a sumar a la de tantos compañeros silenciados.

1. Poner en marcha un plan de emergencia, que «ponga plata en los bolsillos», controle precios, aumente salarios y jubilaciones, cree puestos de trabajo. No por cálculo electoral, sino porque la situación de millones de argentinos es desesperante.
2. Convocar urgentemente a la institucionalización del FdT, con la participación —que incluye opinión y capacidad de aportar a las decisiones— de todas las organizaciones políticas y sociales que lo apoyan, que exceden en mucho las «mesas tripartitas» de decisión, que en forma conjunta han llegado al nocivo extremo de impedir la libre expresión de las diferencias en las internas abiertas.
3. Reproducir inmediatamente este mecanismo en cada provincia, ciudad y progresivamente extender el frente político a los lugares de vivienda, de trabajo y estudio, a cada sector social: sindical, estudiantil, vecinalista, artístico, cultural, profesional y científico.
4. Consensuar un programa de corto, mediano y largo alcance —reforma tributaria, financiera, renta de los recursos naturales, control del comercio exterior, deuda externa, etc. — que sea la bandera bajo la cual se organice, se reclame, se exija o se defiendan derechos y conquistas.
5. Cada uno de los miles de núcleos del frente debe constituirse convocando sin exclusión a todas las fuerzas existentes en los lugares, para en conjunto discutir cada punto programático y «traducirlo» a la realidad

concreta, mostrar como una propuesta beneficia al territorio o al sector en que se actúa. A partir de allí, y con esa herramienta, extender la organización popular consciente y su capacidad de movilización permanente.

Aunque tardía, es hora de una convocatoria al protagonismo popular

Salvo las medidas de emergencia, ninguno de estos puntos fue siquiera tenido en cuenta en la conformación o durante la gestión del Frente para la Victoria, que nunca se institucionalizó.

Jamás se convocó a la defensa organizada de las conquistas de «la década ganada», menos aún a su necesaria profundización ante la brutal resistencia del privilegio y el desfavorable cuadro externo. Tampoco se insinuó luego de producida la derrota y la restauración conservadora en 2015, ni con las alianzas electorales posteriores, como Unidad Ciudadana o el triunfante y heterogéneo Frente de Todos.

No basta con palabras o gestos grandilocuentes, si es que los hay. No alcanza, aunque es necesario, con enumerar las lacras de neoliberalismo, sean las de la dictadura, las del menemismo o las del macrismo.

Lejos estoy de proponer recetas y aún más de considerarlas únicas o definitivas, pero estoy convencido que es desde enfoques como éste se contribuye a promover la participación ciudadana y construir poder popular para contraponer al bloque dominante, confrontar con él y blindar con mística y calor ciudadano un programa de cambios profundos.

Otro sería el nivel de conciencia y la contundencia en su aprobación y aplicación si el aporte a las grandes fortunas hubiera trascendido la negociación con los bloques de senadores y diputados opositores, con el sector concentrado de las empresas y las finanzas o el debate mediático.

Otro sería el balance si en lugar de limitarse a describir montos de dinero y porcentajes para cada destino de las partidas, a una abstracta descripción de características en lugar de beneficios concretos, la militancia con la clara orientación de la dirigencia

hubiera traducido la iniciativa a las vivencias de cada sector o lugar: cómo y cuánto beneficiaria a los trabajadores del gas; cómo y cuánto a los estudiantes a los que se destinan las becas Progresar; a dónde y a cuántos en los barrios populares donde se encaran obras; en qué insumos sanitarios, materiales y humanos, de tal y cual hospital, etc.

Es apenas un ejemplo, pero así se crea conciencia y crece también la organización de todo el pueblo.

Así, también, debería encararse la defensa de cada derecho que buscan cercenar. Si promueven con descaro la flexibilización laboral y los despidos sin indemnización, no alcanza con denunciarlo en un acto o una entrevista televisiva: en cada fabrica o empresa — no en cada discurso— hay que explicar en qué consiste este plan, como perjudicará en concreto a cada trabajador, y plantear la organización para impedirlo.

Puede especularse con provecho alrededor del voto castigo o bronca, del ausentismo o la presunta derechización; puede optarse por cambiar ministros, mejores o peores y brindar parches. Pero lo concreto es que enfrentamos un enemigo despiadado, que no tiene límites y cuenta con todo el poder real, económico, cultural, judicial y hasta represivo.

¿No es hora de que, junto a la defensa de la unidad «en la diversidad» y la institucionalidad, los militantes y organizaciones populares que coincidimos en diagnósticos y respuestas similares juntemos fuerza, experiencia e inteligencia, impulsemos estas y otras ideas dentro del heterogéneo FdT?

¿No es hora de disputar también allí hegemonía, para aportar con eficacia un cambio de la relación de fuerzas en el país?

No están sólo en juego las legislativas de noviembre, ni siquiera las trascendentes generales de 2023, sino el destino de la patria, que — siempre ha sido y será así— es el de nuestro propio cuero y el de nuestros hermanos.

4.7 El presidente y sus extremos

• 24 de diciembre de 2021 • Para La Tecl@ Eñe•

Nos extremamos y perdimos el voto de centro que nos apoyó en 2019.

Alberto Fernández, según *Perfil* (19/12/2021).

Entiendo necesario advertir la gravedad de la situación que atravesamos. O para atenuar angustias y reclamos ante un forzado dramatismo, digamos que es un momento bisagra.

Las últimas horas requieren prestar especial atención tanto al proceso obstruccionista y cuasigolpista de la oposición política, mediática y judicial, como a la capacidad y tipo de respuesta del gobierno del Frente de Todos (FdT).

Esta oposición, en perfecta sintonía, elevó a límites peligrosos una ofensiva que inició desde el mismo 10 de diciembre de 2019, pero que elevó a niveles peligrosísimos de la mano de la derrota histórica del peronismo y sus aliados en las elecciones de medio término y las propias vacilaciones del gobierno.

Han llegado al borde de la traición a la Patria al voltear en el Congreso el Presupuesto 2022, boicotear de la mano de un diputado de Juntos por el Cambio la posición argentina ante el FMI en Washington (al igual que hizo el Domingo Cavallo para voltear al presidente Alfonsín) y encima reclamar la aceptación sin resistencia de todos los condicionamientos que exige.

La ofensiva desestabilizadora y el «mensaje» de las urnas

Los grandes medios fogonean esta línea de acción, a la vez que anticipan y ensalzan la postura claramente desestabilizadora de sectores clave de la justicia, que han optado por enfrentar sin disimulo al gobierno.

En pocos días, la Corte Suprema sumó a sus dislates la supuesta

inconstitucionalidad de la ley de Consejo de la Magistratura; los tribunales de Comodoro Py avanzan en la impunidad de Macri en el escandaloso caso del espionaje ilegal, probado con pruebas contundentes por el juez Auge de Lomas de Zamora; no menos grave, otra Cámara revoca un fallo de primera instancia y frena la declaración de servicio público esencial a los servicios de tecnología de la información y las comunicaciones: en concreto sacraliza la concentración del sector, atenta contra el derecho a informarse y comunicarse y da vía libre para que las corporaciones esquilmen impunemente el bolsillo de los argentinos.

El presidente reitera que escucha al pueblo y no vacilará en defender los intereses de los más humildes, pero este domingo declara a *Perfil* que la derrota en las parlamentarias se debe a que asumió posiciones extremas y perdió al electorado de centro. Si no es otra frase poco feliz, ¿se puede estar más desubicado frente al mensaje de las urnas?

El problema no es lo mucho que se avanzó, sino lo insuficiente y vacilante de cada paso.

Precisamente esas vacilaciones, esos retrocesos, esa falta de medidas «extremas» (¿?), que inquietan al presidente, pero son propia de los países capitalistas desarrollados en los que nos reitera que cree, motivan una grave situación política e institucional:

1. Alberto Fernández —ni que hablar de la vicepresidenta — es combatido con odio por la derecha, que no tienen temores personales, sino que teme la potencialidad de un frente que llegó con la promesa de mejorar el país y su gente, de plantarse frente al privilegio;
2. Alberto Fernández es ninguneado y despreciado por los medios que sirven al sistema, que no sólo lo critican, sino lo ridiculizan para completar el desgaste que impulsa el *establishment*.
3. Y lo más grave: esas contradicciones, las vacilaciones y retrocesos también han minado la confianza en su necesario liderazgo entre un importante sector de los militantes y simpatizantes del FdT. Lo admite el presidente, en ese mismo reportaje, donde habla de «desconfianza» y de «extremos» en el FdT.

¿Dónde y cómo se conjuga el verbo «extremar»?

En definitiva, el grupo de tareas desestabilizador del privilegio mantiene su fuerza política y electoral y se envalentona mientras que se debilita el FdT, justamente por no ir a fondo en hacer pagar la crisis a quienes la generaron y se beneficiaron con ella.

El cierto que el gobierno hizo esfuerzos por atenuar la pobreza y la miseria que dejó Macri y la que sembró la pandemia, que estimula diariamente la revitalización la economía, aunque la mayor tajada de la recuperación sigue yendo a parar a las manos de «tres o cuatro vivos».

Pero ¿dónde se conjuga en los hechos el verbo *extremar* del que habla el presidente?

¿Se inició la investigación de la ilegitimidad de la deuda externa y se suspendieron los pagos a poco de asumir, en el momento de mayor apoyo popular y fuerza política? ¿Se acudió simultáneamente a las cortes internacionales para exigir una definición sobre su legalidad, ya que violó la legislación argentina y los propios estatutos del FMI? No.

¿Se avanzó en la prometida Reforma de la Justicia, en cambiar esta Corte de Suprema Injusticia, que hoy —además— es un claro ariete opositor al gobierno? No.

¿Se avanzó en una reforma tributaria que simplifique y elimine el laberinto de impuestos que castiga injustamente a los más débiles (trabajadores o pymes) y —sobre todo— que haga que paguen los que más tienen, y en casi todos los casos lo tienen a costa del Estado, es decir de todos los argentinos? No.

¿Se avanzó en una reforma financiera, que termine con la «legislación» que impuso la dictadura y permanece casi intacta durante toda la democracia para blindar y garantizar superganancias a los bancos, como en el 2001 y ahora también? No.

Todas estas decisiones, que si se formulan en general pueden sonar abstractas, impactan directamente en el bolsillo de los argentinos y la viabilidad de un desarrollo inclusivo y soberano del país.

Pero hay otras, de visualización más directa.

¿Qué se hizo ante los despidos de Paolo Rocca y el grupo *Techint*, luego que el presidente los calificara de infames? Nada.

¿Qué pasó con la decisión del Ejecutivo de expropiar *Vicentin*, estafadora de miles de productores y del *Banco Nación*, es decir de cada uno de los argentinos? Se retrocedió y se perdió una oportunidad histórica de castigar un delito y a la vez contar con una empresa testigo para el control del precio del complejo agroexportador, de sus maniobras de contrabando y evasión.

¿Cuál fue la solución para las familias desesperadas por techo y vivienda en Guernica? Las topadoras y la represión del ministro Berni, ejecutando mansamente las órdenes de una justicia clasista, antipopular.

Correlación de fuerzas: suicida ignorarla, fatal adaptarse

Pues bien, algunos insistirán en que no se pudo (en varios de los casos citados siquiera se intentó), que «la relación de fuerzas no da». La historia contemporánea de nuestro país, y también la del continente, demuestra que es suicida ignorarla, pero fatal adaptarse a ella.

El primer paso para cambiar la ecuación es hacer consciente, partícipe y protagonista al pueblo de los desafíos, peligros, posibilidades de cada momento: explicar, convocar y sobre todo organizar.

En alguno de todos estos puntos neurálgicos para definir el futuro (justicia, impuestos, bancos, legislación laboral, *Vicentin*, el FMI o ahora el Presupuesto), ¿dónde está el gobierno explicando, por todos los medios, en cadena nacional si fuera necesario, los peligros que afrontamos, los beneficios de encararlos?

En estos días, y sólo a modo de un ejemplo, en lugar de marcar los «extremos» en el FdT el presidente y su gabinete tendría que explicar provincia por provincia, ciudadano por ciudadano, sector por sector, cómo lo perjudicará territorial y personalmente que Juntos por el Cambio y la corte opositora hayan dejado a la Argentina sin Presupuesto. Al parecer se siguen privilegiando las necesarias, pero insuficientes, charlas o debates, amables o exaltados, en los pasillos y despachos del Congreso, de la Casa de Gobierno o Tribunales, en las que suele predominar una irritante sensibilidad ante la presión del poder real.

Hay un pecado capital. Se habla del pueblo, de más y mejor peronismo, del compromiso con los humildes, pero se los nombra o incluso se los convoca en general, tal vez porque se teme gobernar realmente con ellos.

No bastan las convocatorias generales de la dirigencia, por más justas que sean: «hay que empoderarse», «hay que defender cada derecho». No, no alcanza. Hay que explicar —y organizar— cómo se construye ese «empoderamiento», cómo lucha cada uno y colectivamente por sus derechos, cómo se encara en concreto la resistencia a la ofensiva del privilegio.

¿Se hizo algo en este sentido? ¿Se dio algún paso para recuperar el histórico y efectivo concepto de militancia como «correa de transmisión» entre una dirección estratégica y el pueblo? No, salvo alguna movilización que nos llena muchas veces el alma, pero que en sí misma es sólo una demostración de fuerza, pero no de organización capaz de incidir en la realidad, lo que la limita y reduce su valioso significado.

En dos años no se institucionalizó el FdT, con participación, voz, voto de todos sus integrantes y seguidores.

No se acordó un programa común.

No se construyó frentismo en cada provincia y pueblo.

No se lo reprodujo en las casas de estudios, colegios, universidades, lugares de trabajo y vivienda para que acompañen con sus propias reivindicaciones ese programa acordado en común.

Ni siquiera se permitió la expresión de las evidentes diferencias en una interna abierta donde, ganara quien ganara, hubieran quedado un poco más claras las posiciones y propuestas de los distintos sectores de la heterogénea composición del FdT.

Protagonismo Popular es construcción de poder organizado para cambiar la relación de fuerzas, fijar y mantener un rumbo nacional y popular.

Es la tarea pendiente. Y —lo dije y lo repito— no de ahora. Está en la base de la derrota de 2015 y la restauración conservadora, que ahora vuelve a sobrevolar como un fantasma que debemos desterrar.

4.8 Entrevista | Alberto Nadra: Qué fue, qué no es y qué debería ser la militancia en nuestros tiempos[100]

• 5 de julio de 2022•

> Alberto Nadra es un militante político de raza. Marxista desde la cuna gracias a su padre, Fernando Nadra —uno de los dirigentes más sobresalientes en la historia del Partido Comunista Argentino— vivió toda su juventud bajo dictaduras militares y democracias tuteladas. Hasta sus 24 años, la clandestinidad era la única forma de vida conocida: cambios de identidad, de locación, dificultades para establecer lazos afectivos, incomunicación. Sacrificios necesarios para una causa política de liberación.

A sus 13 años se desempeñó formalmente en su primera actividad militante como delegado estudiantil de un colegio de Haedo, del que fue expulsado dada la publicación de un comunicado por el centro de estudiantes en contra de la invasión norteamericana a República Dominicana. Sus compañeros lograron devolverlo al establecimiento.

Desde aquel episodio su vida fue una constante acción de lucha. Entre sus hitos como actor de la causa de los pueblos se encuentra el rescate y difusión del último poema de Víctor Jara antes de su asesinato; la conformación de una red clandestina de contrainteligencia que revelaba frente a los ojos del mundo las atrocidades del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional —tal cual lo documenta en su primer trabajo editorial: *Secretos en Rojo. Un militante entre dos siglos* (2012)—. Con el advenimiento de la democracia en la década de 1980, continuó colaborando con la dirección del Partido Comunista Argentino hasta su ida del mismo a mediados de 1990, debido a diferencias insalvables con la conducción.

Durante los años del neoliberalismo menemista, ya fuera del partido, se vio envuelto en penurias económicas que lo obligaron a reconvertirse laboralmente: fue vendedor ambulante, ingresó a la

actividad privada, entre los que se destaca el rol de productor y conductor de un programa televisivo «Política en acción» de la señal P&E, un oasis de reflexión política clara y fructífera durante la era de la *pizza* y el champán.

En este 2022 Nadra publicó su tercer libro, *Banderas en mi corazón*, por la editorial Leviatán, basado en dos extensas entrevistas realizadas por la Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

La actual política palaciega, el estado de la militancia, la importancia de retomar la experiencia de las Juventudes Políticas Argentinas, la impotencia del gobierno del Frente de Todos y la famosa correlación de fuerzas, junto a lo oculto y a las mentiras sobre la historia del Partido Comunista Argentino, son algunos de los tópicos que abordamos con el político, docente y periodista que gentilmente nos invitó a su casa para esta entrevista.

—¿Qué fue lo que animó la producción de este nuevo libro?

—Es un caso extraño. Mis otros libros tienen un motivo de reconstruir parte de la historia militante y revelar algunos de los elementos secretos de la historia del Partido Comunista Argentino (PCA) que no se conocieron y que todavía, en general, se conocen muy poco porque la academia no los trata, los periodistas de investigación tampoco y el PCA como está prácticamente diluido no tiene la potencia para desarrollarlo.

Dentro de eso quise rescatar lo heroico y valeroso de esa historia, sin dejar de expresar mi opinión sobre ello y su crisis [la del partido]: eso fue *Secretos en Rojo*.

Las entrevistas de la Biblioteca Nacional son muy valiosas. En mi caso las preguntas fueron con mucho respeto pero punzantes, impiadosas. Al ser oral y a quemarropa, y sin estar prefijado ni siquiera el temario, salió muy espontáneo sin que yo me midiera demasiado. Uno siempre siente la responsabilidad de que lo que va a decir tiene un significado, va a ser interpretado, pero me solté mucho y dije las cosas como nunca las había dicho, ni siquiera como en Secretos. Consideré que eran buenas entrevistas pero no las volví a ver.

Aun así tuvieron su impacto y me llegó la propuesta de una amiga muy querida que conduce un programa en Radio *Caput*. Me dijo «¿Por qué no lo publicás?». Tuve mis reservas, pero ella insistió en que había cosas importantes ahí, que para mucha gente lo era

por todos esos años vividos. Me dijo: «Yo las desgrabo y después me decís». Las desgrabó y mientras tanto hablé con mi asesora política principal —mi compañera, Leonor— que me protege y por eso es muy dura conmigo: «no te metas más con eso, dejá de hablar de eso», me dice, pero al final me dijo «No. Esto tiene que salir» y fue definitiva su palabra.

Luego me puse a corregir cuestiones estilísticas que se encuentran en la oralidad: la gestualidad, el humor, las inflexiones, y algunas fechas que me equivoqué porque eran temas que no tocaba desde hacía más de cincuenta años. Consulté a la Biblioteca Nacional y me dieron su autorización.

Pablo Leoncini hizo un prólogo muy interesante sobre esta maniobra mundial de tratar de ocultar al comunismo como parte de la memoria de la lucha de los pueblos, como pensamiento y praxis organizativa. En Europa, por ejemplo, —que fue liberada por el Ejército Rojo— hacen una encuesta y el 75% de la gente piensa que la Unión Soviética peleó junto a Hitler. Te das cuenta el grado de manipulación, que no es un problema sólo de los comunistas como nunca lo fue. Siempre la persecución contra los comunistas fue el caballito de batalla para ir contra todo el movimiento nacional y popular.

Toda esta memoria de grandes luchas e ideales del siglo XX intenta ser barrida para que el neoliberalismo y las posiciones más extremas de sometimiento y desigualdad, en el que el mundo está metido, se estabilicen sin mayores tropiezos.

Si bien el comunismo está muy diluido hoy en el mundo, el peligro de una experiencia de ideales, de formas de organización que renazca es lo que les preocupa. Lo hicieron las dictaduras y esto es como una reformulación.

Le pedí a [Felipe]. Pigna que me hiciera algún comentario sobre el libro y terminó haciendo la contratapa. Es terriblemente elogioso, pero no es de elogio fácil y gratuito así que lo valoré mucho, realmente. Ésa es la gestación, el desarrollo y la aparición del libro.

Salí de la editorial Corregidor, que todavía es de gran penetración en distribución y publicidad, por que no le daban los números y yo no puedo pagarme mi propia edición como hacen otros autores, con mucho respeto. Leviatán, en cambio, tiene ochenta años de existencia, es una editorial clásica pero su quehacer

es más familiar y artesanal por lo que su capacidad de distribución y publicidad es muy pequeña. De todas maneras nunca me propuse hacer un *best-seller*, pero está teniendo impacto. Sobre todo en las personas que vivieron esos años, y en bastante gente joven que puede ver una lectura distinta sobre la historia argentina del siglo XX y principios del siglo XXI.

Banderas en mi corazón no es meramente un libro de reflexión u opinión sobre los hechos históricos sino que hay una línea que lo atraviesa y lleva a las conclusiones finales que son la reivindicación del papel de la militancia, qué fue y qué no es y qué debería ser la militancia en nuestros tiempos y cómo esa militancia es fundamental para que haya un protagonismo popular que compense esta famosa relación de fuerzas que siempre es desfavorable al campo popular.

Me parece que es lo que mantiene esa vigencia histórica y que está dicho en el libro. Es útil para empezar a discutir cómo se cambian las cosas en serio, porque sino estamos siempre discutiendo en que los otros son muy fuertes, muy poderosos, que hasta acá podemos llegar… ¿Y los objetivos?

—Superó tus expectativas…

—Superó todas las expectativas. Estoy muy conforme con haber tomado la decisión. Mi amiga, que me insistía, quería —si yo no me convencía con la edición de un libro— hasta hacer un folletito y repartirlo como difusión, pero al final la cosa tomó formalidad de libro.

—Según dijiste, *Secretos en Rojo* significó un desgarramiento personal. ¿Qué impacto personal tiene ahora Banderas en mi corazón?

—Cuando terminé el recorrido de presentación de *Secretos en Rojo* por distintas partes del país, sufrí un infarto. El desgarramiento fue terrible. Es mi historia, la de mi padre, de mis hermanos, de mi mujer que está postrada por la tortura. Banderas en mi corazón no fue un desgarramiento, pero como el reportaje salió tan fluidamente pude escupir muchas cosas pero bien. Ya está superada esa otra etapa, de hecho eso quedó más acotado en este nuevo libro, y levanta mucho más la necesidad de aportar ideas para la creación de una fuerza popular que realmente tenga capacidad de cambio en Argentina. Los que venimos de la generación de

los sesenta y los setenta que hicimos esa experiencia y la desarrollamos tenemos la obligación de volcarla. Y no son disquisiciones teóricas en el aire: es una teoría de la práctica militante pero que tiene expresiones concretas como fue, por ejemplo, un caso trascendental absolutamente ocultado que es la construcción de las Juventudes Políticas.

—Fuiste uno de los fundadores de la organización Juventudes Políticas Argentinas (JPA), integrada por distintas fuerzas. ¿En qué se caracterizó esa mancomunión de militancia política?

—Las Juventudes Políticas Argentinas es la experiencia de unidad militante más importante que se ha visto en la historia argentina. Te voy a explicar por qué: los primeros atisbos de juntar juventudes políticas que en ese momento esencialmente era La Federación Juvenil Comunista, la Juventud Peronista (JP), y la Juventud Radical Coordinadora Nacional (que también estaba por la liberación nacional y social, aunque te parezca mentira) en ese trípode más otros como la Democracia Cristiana en algunas de sus expresiones, la Juventud Intransigente, la Juventud Desarrollista, y otras que eran las primeras organizaciones al final de la dictadura de Lanusse en 1972, que estaban formadas o se estaban formando, organizamos una gran movilización junto con organizaciones gremiales; la llamamos «La marcha del hambre», pero también se la conoce como «El SanTelmazo». En ese caldo de cultivo que venía del Cordobazo empezaron los primeros acercamientos de juventudes que no sólo no se hablaban, sino que a veces confrontaban y mal. Hablo de cachiporra, de arma de puño. No era joda, era la historia de los grandes partidos argentinos y sus contradicciones, y las juventudes expresaban eso hasta que empieza a darse una práctica en la lucha antidictatorial contra el triunvirato Onganía-Levingston-Lanusse, que empieza a acercar posiciones de manera despareja. En mi caso, en la Facultad de Filosofía y Letras nos peleábamos con la JP pero en los barrios estaban actuando de manera conjunta, incluso sin una dirección clara.

Cuando se generó ese proceso que termina en la victoria de Cámpora-Solano Lima fuimos todos separados porque la derecha peronista no deja que el PCA integre el FREJULI. La Junta Coordinadora con posiciones mucho más avanzadas que las de Balbín —que hasta recibían formación marxista junto a nosotros, mirá lo que te digo— fueron por la fórmula Balbín-Gamond. Nosotros conformamos la Alianza Popular Revolucionaria con [Oscar]. Alende, donde estaba el Partido Intransigente, el PCA, el sector más de izquierda de la Democracia Cristiana. Sin embargo, cuando va a asumir Cámpora se juntan las juventudes políticas en el

Hotel Savoy y sacan un documento firmado por dieciocho juventudes titulado «25 de Mayo. Por la Liberación contra la dependencia». Ahí empieza un proceso inédito, no exento de dificultades y discusiones, pero estábamos todos juntos en un programa de objetivos nacionales que la juventud planteaba a la Argentina y a sus propios partidos políticos, de cambios hacia la liberación nacional del país.

Con ese programa se decide conformar las Juventudes Políticas, de comando unificado. Se las institucionaliza con una dirección integrada por todas las fuerzas, y desde el nivel de dirección se convoca y se aplica la construcción y reproducción de las direcciones y el programa con las especificidades de cada lugar. En todas las provincias, en todos los pueblos, en la universidad, en el movimiento sindical, en el movimiento vecinal.

Dentro de un enfoque global se actuó aplicando los elementos, las reivindicaciones, las postulaciones de cada uno de los lugares y los sectores. También hubo juventudes políticas entre los artistas y la cultura.

En función de un programa, una dirección institucionalizada, extensión territorial y sectorial, se definieron planes de acción. Allí entonces empezamos a actuar mancomunadamente. Organizamos manifestaciones de resistencia. Por ejemplo una movilización contra el golpe a Allende, otra contra las modificaciones del Código Penal que mandó Perón, incluso con la JP que estaba tomando mayor distancia [de Perón]. Quiero decir, es una experiencia de unidad para la acción política que no hubo antes ni después.

> **—En algo que hacés mucho hincapié es en la omisión de la resistencia obrera, sindical y juvenil que se hace en las lecturas de la última dictadura cívico-militar. ¿Qué nos podés contar sobre eso? Casi que ni se habla.**
>
> —Hubo toda una resistencia, empezando con la del movimiento obrero. En abril de 1976 ya había trabajo *a tristeza* en *General Motors*, en Ferroviarios, en Luz y Fuerza. Hay compañeros de *la Fede* y peronistas, desaparecidos en esas luchas.

No habían pasado dos semanas de la dictadura que ya nos habíamos reunido entre las juventudes. Poco a poco fuimos tratando de buscar a los peronistas, ayudarlos a que participen y hasta darles algún marco de seguridad como en el caso de Nilda

Garré o Juan Pablo Unamuno, pero fue gracias a ese acuerdo político de las JPA que nos definimos. Ese acuerdo por arriba nos permitió extender y darle cierta legitimidad a las acciones en las distintas provincias en todos estos ámbitos; se reconstruye la FUA (Federación Universitaria Argentina), se juntan veinte mil firmas contra el arancelamiento universitario, se realizan encuentros de la juventud de la Federación Agraria contra el plan Martínez de Hoz. Todo en plena dictadura.

El peronismo institucional estaba destruido, pero había una reticencia del radicalismo sobre todo de Balbín. Ya ni te digo de resistencia, pero sí de reclamo firme. Nosotros nos hemos entrevistado con las juventudes políticas varias veces con Balbín y todas las veces se negó a mover un dedo por los reclamos. En una de las entrevistas antes de la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) nos dijo «¿Para qué vamos a hablar por desaparecidos si están todos muertos?».

Cuando finalmente armaron la multipartidaria —que pedimos desde el primer día—, en la decadencia de la dictadura, excluyeron al PCA haciéndolo participar solamente en las comisiones técnicas.

Cuando ocurrió la visita de la CIDH fue tremendo por la presión de la dictadura contra los partidos políticos. Nos decían que iba a haber salida electoral con tiempo y paciencia, pero si no hablábamos con la CIDH.

La pelea que hubo que dar para llevar a algunos dirigentes políticos… A Balbín ya no lo ibas a convencer, a Alfonsín lo convencimos. Aunque parezca mentira Bittel y Herminio Iglesias fueron.

Organizadamente fuimos desde los barrios a presentar las denuncias. En este barrio, por ejemplo, Caballito, tenemos tantos desaparecidos. Armábamos cada grupo de diez personas, uno o dos estábamos para las denuncias, otro para asegurarnos que volvieran porque estaban los *Falcon*, estaban sacándonos fotos.

A todo lo que hicimos luego con la marcha a San Cayetano por «Pan, Paz y Trabajo» le sumábamos «la dictadura abajo», y se transformaba en un acto religioso político. Gran papel de Ubaldini, de la CUTA, pero eliminar todas las juventudes políticas estuvieron ahí. Y cuando vino Malvinas también, con consignas como «Malvinas sí, democracia también».

Te diría que el 95% de los desaparecidos fueron aquellos que participaban o habían participado en esa lucha. Porque ése era el objetivo de la dictadura. La dictadura no vino a disolver las organizaciones armadas que ya estaban desmanteladas, vino a cortar la experiencia de lucha en el movimiento popular argentino, y lo logró en varias modalidades, una de ellas la desaparición física. Cuando vino la democracia no lo tenías a Tosco, a Salamanca, a los compañeros de Osvaldo Lovey en las Ligas Agrarias, es decir que ya en democracia, no tuvieron oportunidad de transmitir toda esa experiencia. No estaban los portadores, las ideas planteadas.

En un libro que sacó *La Tecla Eñe*, hay una nota que escribí sobre el mito de la Plaza de Galtieri. En ese texto yo cuento todo lo que nos esconden sobre la resistencia civil que hubo. Desde el discurso hegemónico se dice que aparentemente la dictadura fue perpetrada por un grupo de señores malos que vinieron a torturar y matar, después se fue incorporando que hubo un interés económico. Pero desde el otro lado también se da una idea de que lo único que hubo en frente eran las organizaciones armadas —que por otra parte ya casi ni existían al inicio de la dictadura— y las Madres [de Plaza de Mayo] solitas que se largaron, que sin duda son el símbolo de resistencia pero que no son toda la resistencia. ¿Dónde se reunían las Madres? En la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, porque estaban todas dispersas.

Lo de las escuelas secundarias también fue impresionante, con centenares de revistas. La más conocida fue «Aristócratas del Saber» del Nacional Buenos Aires, que les costó secuestrados y muertos.

[Desde las JPA]. Nos pronunciamos a favor de Nicaragua contra el somozismo, por la paz en el Beagle, y comenzó a lograrse la reconstrucción del movimiento estudiantil, del movimiento de los productores agrarios.

Llegamos a realizar un Encuentro por la Paz en el Beagle con ochenta organizaciones juveniles, sindicales, artísticas, que terminó con un cierre en el estadio de Vélez y León Gieco estrenando por primera vez «Sólo le pido a Dios». Te estoy hablando de 1978.

La Asamblea Permanente por los Derechos Humanos que se crea antes del golpe (porque el terrorismo de Estado arrancó antes de 1976), arma el Seminario Juvenil donde viene Alfonsín, De Nevares, Nadra. Fueron seminarios de investigación y denuncia,

donde figuró el concepto de delito por ser joven. Ahí registramos más de ocho mil jóvenes desaparecidos, el 80% de esos desaparecidos eran trabajadores y casi el 50% obreros industriales. No eran en su mayoría miembros de organizaciones armadas, sino dirigentes sociales, obreros, sindicales, barriales, deportivos. Todo este movimiento fue impulsado desde el mismo momento del golpe. Esto no quiere decir que no hubo una base de consenso social muy fuerte al golpe, obtenida en gran medida por los años turbulentos previos, aparte de su poder y el de las corporaciones que son quienes las impulsaron: la Sociedad Rural Argentina, el Consejo Empresario Argentino, que son los mismos hijos de puta que siguen ahora opinando sobre el futuro del país.

Todo esto que te digo no está en los libros de investigación que supuestamente reconstruyeron esos años.

—Hablabas de una maniobra mundial de borramiento de las luchas históricas populares del mundo, como gran apuntado el comunismo. Una de esas expresiones en nuestro país es esta oleada de los autodenominados «libertarios».

—Sin ninguna duda. Te usurparon el título de «libertad»; te están usurpando el título de «revolución». Borraron las verdaderas revoluciones, ni la francesa, porque éstos son antirevolución francesa. Están con el enfoque anglosajón, Popper, la escuela austríaca. La «Libertad, Igualdad y Fraternidad» no se la bancan. Libertad solita pero como a ellos se les antoja. Y encima en su discurso tiran por la borda doscientos años de lucha obrera y popular en medio del capitalismo. En su discurso se contiene la flexibilización laboral, la liquidación de la indemnización, del sector social de la economía, de la salud y educación públicas, la economía, la vivienda. Vos fijate el nivel del brutal atraso. Estamos en el 1800. Los planteos no son del siglo XX, son del comienzo del siglo XIX.

Forma parte de la exterminación de todas esas banderas bastardeándolas. Dicen que son anarquistas…

—Sí, anarcocapitalistas.

¿Te das cuenta? Los anarquistas de las protestas, los que pelearon en la Guerra Civil Española, Severino Di Giovanni, los anarquistas de la Patagonia Rebelde… ¿Escuchar a estos tipos llamándose anarquistas?

—Otra de las figuras que aparece en este discurso es la del «zurdo», término que nos remonta a la última dictadura cívico-militar.

—Por supuesto. Pero no es un fenómeno nacional. La consigna

«Comunismo o libertad» la levantó Vox en España, la están levantando los fascistas en Alemania, en Italia. Esta internacional de neoliberalismo facho en la que están Vargas Llosa, Uribe, Aznar… todos delincuentes, algunos de ellos asesinos. Es un discurso universalmente acordonado y promovido, pero no para liquidar al comunismo porque no es un peligro. No sé si renacerá con otro nombre, aunque creo que sí será necesario el advenimiento de una sociedad post-capitalista porque ésta es terriblemente injusta, no tiene solución y en doscientos años no pudo darle solución a ninguno de los problemas de la humanidad. Todo lo contrario, los ha agravado mucho.

Pese a la mentira de Milei de que con el capitalismo estamos mejor que en siglos previos, no estamos mejor. Hay recursos que permiten que algunos estén mejor, pero si vos comparás la distancia que hay entre un rico y un pobre de la Edad Media, y la que hay entre un rico y un pobre de hoy es abismalmente mayor. Porque los ricos también se cagaban de frío en los castillos, se morían de enfermedades que no tenían solución.

Hoy los ricos tienen solución a casi todos sus problemas y los pobres no tienen solución casi a ninguno.

Con ese discurso buscan liquidar cualquier posibilidad de tocar los intereses de los grandes grupos dominantes del mundo, y ni siquiera con medidas reformistas o progresistas que en otra época hubieran sido vistas de centro-derecha. Le hicieron un quilombo a [Felipe]. Solá por haber planteado una Junta Nacional de Granos, antes de que asumiera el Frente de Todos. Que al igual que la Junta Nacional de Carne ¿quién la puso? ¿Los comunistas? ¿Perón? ¡Lo pusieron los conservadores! Hablan de la reforma agraria que no es la de los años setenta, es la reforma agraria de Grabois que es una reivindicación de la burguesía posterior a la Revolución Francesa. Vos fijate el nivel de locura.

—Se ha corrido mucho el arco.

—Claro, pero no es solamente para que los de ultraderecha parezcan de derecha y los de derecha de centro. Es un corrimiento del debate sobre el presente y el futuro de la sociedad. No se limita a una maniobra político electoral. Es una maniobra estructural para mantener y ampliar los privilegios y mantener a los sumergidos en su situación cada vez mayor. Es un grave error analizarlo en términos electorales. Ellos no van a tener problema, que si lo electoral no sale van a hacer golpes judiciales como hicieron en Ecuador, en Honduras, en Brasil con Dilma.

Y ése es otro tema, en la medida en que vos les cedés y retrocedés, vas perdiendo apoyo popular, te vas debilitando y al final te rajan. No le pasó eso a Evo, pero mirá cómo terminaron. A él lo tuvieron que sacar con violencia, a los demás aparentemente legalmente, pero la base es que vos cediste y no organizaste. Cuando Lula estuvo en la cárcel, ¿cuánta gente estuvo en la calle?

—Tu labor periodística como corresponsal de *Prensa Latina* , en particular durante esos años de dictadura, fueron una demostración cabal de compromiso político como profesional. ¿Cuáles son tus referentes en el periodismo?

—Tengo un gran respeto por los profesionales del periodismo que lo ejercieron con rigor, con tremendo apego a la verdad, sin por ello conceder en sus posiciones políticas pero siendo periodistas en un sentido auténtico. Para hacer periodismo militante, hay que ser militante. Periodismo militante hice cuando fui director del periódico de *la Fede* o del periódico del partido. Eso es periodismo militante. El otro tiene que ser periodismo honesto, veraz, a tiempo, hablando del derecho a la comunicación en términos generales.

Si bien respeto a los periodistas militantes, porque lo he sido y sigo siéndolo a pesar de no pertenecer a un partido, tengo muchos referentes que por ahí no son los clásicos como Walsh, Masetti, Mariano Moreno por los que tengo un gran respeto. Pero también siento un gran respeto por Gregorio Selser, Rogelio «Pajarito». García Lupo, Pablo Giussani, Oscar Serrat, Luis *Tino* Sicilia, el socialista Víctor García Costa, Isidoro Gilbert, que fue jefe mío. Es gente con la que yo me formé.

—¿Cómo fue ejercer la profesión en esas condiciones?

—En *Prensa Latina*, a pesar de ser una agencia de noticias políticamente definida, exigía mucho rigor en la veracidad, confiabilidad de la fuente, incluso desde lo técnico. Cuatro líneas en el encabezado, no más de treinta y cinco palabras. Y no había *tutía*. Cuando llegó la carta de Walsh **[101]**, me las tuve que arreglar para publicarla porque era tan pesado el tema. Tenías que cumplir con las preguntas básicas *¿Qué?, ¿Quién/es?, ¿Dónde?, ¿Cuándo?* y *¿Por qué*? Las tres fundamentales en el primer párrafo y las otras en el segundo. En el primer

y segundo párrafo está la noticia. Fue muy riguroso.

En otros lugares te dan la posibilidad de arrancar con un giro, empezar con una anécdota, citar alguna frase. La agencia de noticias es intencionadamente la crudeza de la información que debe ser objetiva. Jamás en un cable de *Prensa Latina* iba a poner «el presidente Jorge Rafael Videla», sino que ponía «el miembro de la Junta Militar». Jamás puse que habían sido abatidos «subversivos», sino «integrantes de organizaciones armadas». En la prensa argentina estaba prohibido decir «Montoneros» o «ERP», tenías que decir «organización declarada subversiva en primer lugar» —o sea el ERP—, después «organización subversiva declarada ilegal en segundo lugar» es decir, Montoneros. Después nosotros no lo cumplíamos porque teníamos la ventaja de pertenecer a una agencia nacional que transmitía hacia el exterior. Aunque todo eso pasaba por el primer piso del entonces Correo Central.

En esa época se trabajaba con teletipos. Con el punto a punto, La Habana y Buenos Aires, con el telex que eran unas cintitas. Vos escribías el artículo y después salía en una gran máquina que a su vez transmitía. En medio de ese punto había otro de intersección a cargo de la Armada en el Correo, que a punto registraba todo lo que se estaba mandado. Ahí me amenazaron a mí, secuestraron a Serrat, a Finoli y a Busquet que en ese momento trabajaban en France-Presse. Fue Busquet quien escribió el primer libro sobre las Madres de Plaza de Mayo, poniendo en evidencia el mote «Las locas de la Plaza de Mayo»; como les decían.

Vivíamos amenazados. Me llamaban por teléfono, me hacían escuchar los gritos de los camaradas míos secuestrados en la embajada de Cuba. «Acá está María Rosa (Cancere), cada notita que mandás le subimos unos voltios», o cosas que me llevaron a cambiar mi vida personal, de no salir con nadie más de dos o tres días. Me llamaban y me decían «¿qué tal con la rubia anoche?». Ese tipo de cosas demoledoras porque vos sabías que a esa persona la podían matar, secuestrar. Uno estaba jugado.

Enrique Raab estuvo charlando conmigo el día que lo secuestraron. Estábamos en *Prensa Latina* porque él hacía colaboraciones. Bajé con él y lo acompañé hasta Reconquista charlando porque se iba a los cines de Lavalle a ver una película,

era cinéfilo y un gran crítico literario y cultural. Se lo chuparon a la salida. Así eran las cosas todos los días. Al mismo tiempo estaba en las juventudes políticas, era muy loco todo.

—¿Eran verdaderamente conscientes?

—Éramos totalmente conscientes y absolutamente inconscientes. Lo vivíamos con una naturalidad tal que ahora te asusta pensarlo. Vos partías de la base que sabías que ese día te podían matar, que al otro día también. Salías, hacías tus cosas, te contaban que habían matado a éste, al otro. Tuve que sacar a un camarada mío asesinado en la redacción de uno de los periódicos del PC, atado con su cinturón, desnudo, con la cabeza en el inodoro. Y vos seguías al otro día como si no hubiera pasado nada… mentira, con todo el dolor pero seguías. Como si te insensibilizaras, no a la emoción, pero sí al peligro. Como si significara menos de lo que significaba, pero vos seguías adelante y seguías y seguías…

Hay tipos que ni existían, que estaban escondidos debajo de la cama o en el exterior, y te vienen a juzgar ahora sobre qué hiciste, qué dijiste, y que cuántas palabras pusiste. Cuando nosotros estábamos todo el día peleando, sacando gente, como de las organizaciones armadas, con las que nunca estuvimos de acuerdo e igual los ayudamos. Pero tenés a los que te dicen que «ustedes fueron cómplices porque hay una declaración que dice que el General Videla…»[102]. Sí, una declaración de mierda. Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que hacíamos todos los días? Ninguno de los compañeros míos fue secuestrado por estar escondido. Los secuestraron peleando, armando el movimiento estudiantil, el movimiento obrero, o sacando el periódico. Cinco periódicos nos prohibieron. Y eso que eran ilegales, pero igual los prohibían porque sabían que difundíamos mucho.

—Hablando de la coyuntura actual del país, ¿cómo ves al Frente de Todos en estos dos años y medio de gestión?

—Si el Frente de Todos se hubiera constituido con un programa en primer lugar, una dirección institucionalizada, a partir de esa dirección su extensión en todo el país, incluyendo las reivindicaciones particulares y a partir de esa concepción vos hubieras hecho terciar el poder del protagonismo del pueblo… Nada de eso se hizo. Es más, te voy a decir que en los mejores años del Frente Para la Victoria —la llamada «Década ganada»—, tampoco se hizo.

¿Desde dónde reclamás? Suponete, lo que planteamos es una reforma tributaria progresiva. A partir de ahí empezamos a apretar. El impuesto a la renta inesperada es parte [del programa], entonces vas a los lugares… Viene el aporte de las grandes fortunas y decimos esto es parte del programa, no alcanza para lo que queremos pero es parte. *La Nación, Clarín, TN* dicen lo que quieren…Flaco, vos tenés tu organización. El 20% de ese aporte va a los barrios populares. Señores, acá vienen tantos pesos que los vamos a usar para construir esto con nuestros empleados que son de las mismas poblaciones.

Tenemos que pelear para que esto salga porque esto no sólo es el gran programa, nuestros grandes ideales, no. Son nuestros problemas de todos los días. Tenemos que pelear por esto de forma organizada. Y no sólo va si llegás al Congreso con una presión organizada, sino ahora estaríamos controlando —porque no se está cumpliendo— cuánto de ese 20% llegó a los barrios populares. Y te digo barrios populares, como también lo destinado a la salud, al gasoducto [gasoducto Néstor Kirchner]… Y todo eso se discute únicamente en los pasillos de la Casa Rosada, en el costadito del Congreso, en la sede de la UIA o de la AEA. ¿Y la gente? Por eso la experiencia de las Juventudes Políticas muestra un camino que todavía tiene absoluta vigencia, si es que queremos cambiar. Por supuesto si vos querés ver cuánto sacás, si te acomodás, eso ya es otra historia. Si querés cambiar tenés que enfrentarte al poder real. Pero no sólo a través de la movilización popular, debe ser una movilización consciente.

—Hablás de una capilaridad…

—Una capilaridad consciente. Es extenderlo pero con claridad de objetivos, de metodología y construcción política.

—Hay una debilidad del gobierno, autopercibida o no, desde el inicio. ¿La primera expresión de ello fue el caso Vicentín?

—Vicentín fue el punto de quiebre. Si todo eso lo ves a trasluz, te vas a encontrar con esto que venimos hablando. Si Vicentín era parte de un programa que incluía de máxima —no para mañana ni pasado— un control estatal del comercio exterior donde los derechos de exportación, que por algo son derechos de exportación y no «retenciones», los cobra el

> Estado en vez de dejar que los exportadores se lo saquen a los productores y encima los productores en vez de putear a los exportadores que le sacan los derechos de exportación, putean al gobierno y resisten la medida que a ellos no los tendría que perjudicar porque los tendrían que pagar los exportadores, por eso no se llama retención. «Retención» es la manera de engañarnos. Entonces si *Vicentin* era parte de eso, vos hubieras tenido otro apoyo de los sectores medianos y pequeños productores agropecuarios.

¿Pero por qué no sucede? Yo tengo una opinión muy fuerte. Yo apoyé el Frente Para la Victoria, en general apoyo al Frente de Todos, pero apoyo porque es lo posible y lo que hoy tenemos. Si por mí fuera plantearía el socialismo. No existe el capitalismo bueno, el capitalismo civilizado. Por supuesto que hay [capitalismo] más salvaje y menos salvaje. Sí, eso es cierto, pero la esencia del capitalismo es que la producción es social y la apropiación es privada, es decir de unos pocos y de cada vez menos pocos y de más socialmente producida. Nunca va a haber la justicia social que proclama el peronismo, si el problema de fondo —que es esa explotación— no se resuelve. Ésa es mi posición. Eso no es lo que el pueblo argentino piensa, quiere, ni se plantea en este momento. Pero sí el pueblo argentino estaría en condiciones de afrontar un programa de cambios dentro del capitalismo pero de avances importantes. Como todo de esto que venimos hablando: una reforma tributaria donde quienes la tengan que poner la pongan siempre y no de manera excepcional, el control del comercio exterior, la derogación de la ley de entidades financieras de la dictadura que permitió los saqueos en el 2001, etc.

Pero esta clase política cree en el capitalismo y sobre todo no cree, no entiende o tiene miedo, —a cada uno que le quepa el sayo que le corresponda— al protagonismo popular. Tiene miedo de la gente en la calle. Tiene miedo a tener que dar explicaciones cara a cara. No por la televisión, sino cuando vas a los barrios, a las unidades básicas.

El protagonismo popular es la base de conformación de lo que para el marxismo es la construcción del poder popular. Así sean micro poderes populares. En la medida en que vayas construyendo ese poder popular, generás un contrapoder al poder dominante. Si vos no lo generás y todo se reduce a este enfoque de negociación superestructural que tienen nuestros dirigentes políticos, sin hablar

de casta y toda esta pelotudez que se dice ahora, las cuestiones se arreglan entre nosotros: nos juntamos en el Congreso, en la Casa Rosada, o en la CGT misma. ¿Y la gente?

Ellos tienen todo el poder, los medios, la justicia… Vos vas a jugar de visitante a la cancha de tu oponente y sin tribuna visitante. Así siempre vas a tener correlación de fuerzas desfavorables, ni siquiera vas a dar las peleas.

4.9 Derrota y futuro: algunas reflexiones para reconstruir el movimiento popular

• 26 de noviembre de 2023 • Para La Tecl@ Eñe•

El resultado de las elecciones del 19 de noviembre supuso una derrota para el peronismo de centroderecha, pero, lamentablemente, también para todo el pueblo argentino, incluso para la parte del que votó a La Libertad Avanza (LLA) a modo de castigo de la partidocracia liberal o de apuesta a superar la agobiante inflación y sus dramáticas condiciones de vida.

Sin embargo, las lecciones de la historia de nuestro país indican que, lejos de concretar esas expectativas, el programa de ajuste y represión con el que Milei amenazó explícitamente durante su campaña, y que ratificó como presidente electo, no tendrá más efecto que profundizar la miseria, la decadencia y la percepción de inestabilidad y precariedad económica, laboral e institucional de los argentinos. A la vez, su abrazo de la violencia, como discurso y como herramienta de gobierno, presagia medidas y acciones que pondrán en jaque los lazos que nos unen como sociedad.

Desde sus declaraciones y actos de campaña, Milei y su entorno apuntaron expresamente a identificar a un enemigo al que prometieron destruir. Sin embargo, la víctima de esa destrucción no será «la casta política» —que, de existir, paradójicamente incluiría a figuras claves de la casta, que se anuncia para ocupar cargos de gobierno—, sino la Patria. La política de esta fuerza tendrá como objetivo y víctima a la mayoría de las mujeres y los hombres argentinos; a los niños, los jóvenes y los jubilados; a los castigados trabajadores informales y formales y a los productores nacionales. Lejos de traer paz y reconstrucción, la bronca de los argentinos —erróneamente orientada en sus votos del domingo— mutará en pesadilla y quizás se convierta en furia.

En las primeras jornadas posteriores a la elección, analistas apresurados — y, también, intencionados— afirman que nos encontramos ante un «terreno desconocido» o «inexplorado». En las

secciones siguientes, primero, explicaré por qué estas afirmaciones son falsas y buscan disfrazar de novedad, sentido común, natural devenir lógico o una suerte de solución mágica a medidas antiguas comprobadamente nocivas para los sectores mayoritarios de cualquier sociedad, incluso la argentina. A continuación, reflexionaré sobre algunas claves para entender lo previsible de la derrota del populismo peronista de las últimas décadas y, en particular, de la coalición centrista cuya fórmula obtuvo menos votos el domingo pasado. En las secciones posteriores, también reflexionaré sobre la crisis de las posiciones de la izquierda y de sus estrategias de política y militancia. Finalmente, brindaré algunas sugerencias que — desde mi experiencia como militante y dirigente político— considero que podrían contribuir a la reconstrucción del movimiento popular, sobre la base de su reconexión con el pueblo y el desarrollo de la conciencia social y política en los diferentes niveles sociales.

El país de la opulencia jamás existió

Para entender por qué, consideremos la voluntad, que ha expresado Milei, de retrotraer las condiciones económicas de la Argentina a las del siglo XIX, cuando, afirma, el país fue «el más rico del mundo» y «la primera potencia». Sin embargo, en el siglo XIX, la Argentina estaba lejos de ser la potencia próspera que ensalza Milei. Su modesta economía agroexportadora no lograba ser independiente de los vaivenes climáticos y de las economías europeas. A la vez, a diferencia de lo que sucedía con esas economías, que eran verdaderamente ricas en el siglo XIX, su alto PBI per cápita escondía una profunda desigualdad social, sostenida por gobiernos autoritarios que mantenían la apariencia republicana mediante elecciones caracterizadas por la violencia y el fraude.

En este sentido, un trabajo de investigación del historiador Ezequiel Adamovsky (2012) sostiene que «hacia mediados del siglo XIX los más ricos en la región pampeana gozaban de ingresos hasta 68 veces más altos que los de los más pobres. Para 1910, esta brecha se había ampliado fabulosamente hasta alcanzar un diferencial de 933».

Ese diferencial, que ahora Milei quiere reproducir en favor de los grupos económicos que sostienen su gobierno, se basó en el

saqueo de las riquezas naturales, el sangriento robo de los territorios de los pueblos originarios y la superexplotación de la mano de obra nativa e inmigrante, en una Argentina en la que el desarrollo económico se limitaba a Buenos Aires, en desmedro del resto del país.

Con el correr de los años, la violencia institucional orientada a mantener ese status quo — de riqueza de unos pocos basada en la explotación desigual de la mayoría de los argentinos— fue cobrándose miles de personas injustamente apresadas, asesinadas y desaparecidas. Cabe recordar las masacres de los indígenas, como la de Napalpí; el aplastamiento de las huelgas obreras, como la de Vasena en la «Semana Trágica» o la de la «Patagonia rebelde»; el bombardeo a la Plaza de Mayo; la represión de las huelgas y protestas sociales a través del Plan Conintes y el plan de exterminio que la última dictadura militar utilizó para aplastar a la creciente y radicalizada movilización popular de las décadas del 60 y el 70.

La Argentina nunca fue un país de opulencia y, de hecho, las políticas económicas que se adoptaron durante los años que ensalza Milei fueron el puntapié inicial de la decadencia en la que todavía se encuentra nuestra economía.

Este fenómeno se profundizó con decisiones posteriores, pero, sobre todo, se agravó durante los cuatro ciclos de políticas neoliberales que se aplicaron en los últimos 50 años; esto es, el de la dictadura cívico-militar de 1976/83 y, en democracia, durante las gestiones de Menem, De la Rúa y Macri.

De modo que, reitero, no hay nada «inexplorado» o «desconocido» en las propuestas que hacen Milei y su entorno. En todo caso, lo desconocido es el desenlace. Lo desconocido es cuál será el destino de la Argentina gobernada por una fuerza política que amalgama todo lo antipopular, todo lo violento, todo lo doloroso de la historia argentina; a saber, la economía neoliberal y el conservadurismo moral del núcleo «político» de la LLA, unidos al fascismo dictatorial del partido militar al que pretende resucitar.

Una derrota previsible

Para entender por qué era previsible la derrota del domingo, no tiene

demasiado sentido detenerse en las inexistentes virtudes de la campaña de Milei y, menos aún, en la «culpa» de sus votantes. Más bien conviene dirigir la atención a los motivos por los que el movimiento popular fracasó, pese a la emocionante entrega de la militancia de varios de sus sectores.

Uno de esos motivos fue el contexto de la tutela del FMI, el 140% de inflación anual, casi la mitad de la población bajo la línea de pobreza, en la informalidad y precariedad laboral, y con una indigencia que no para de crecer.

Estas condiciones, que sin duda exacerbaron el descontento y la desesperación ante la falta de oportunidades, fueron herencia de la gestión neoliberal de Macri y se acentuaron con la pandemia y una sequía histórica, en un país en el que, aún hoy, la agroexportación es esencial.

No obstante, el modo en el que ese contexto pudo alimentar el hartazgo, y hasta la violencia, de amplios sectores de la población es tributario del vacilante gobierno encabezado por Alberto Fernández; por ese elenco de funcionarios acorralados por su estéril reformismo, incapaz de enfrentar el boicot y la desestabilización del privilegio para avanzar en cambios de fondo. Aun los sectores más avanzados de ese elenco se rehusaron a marchar hacia una sociedad postcapitalista. La propia vicepresidenta reiteró, en más de una oportunidad, que «el capitalismo [ha demostrado ser] el sistema más eficiente y eficaz para la producción de bienes y servicios que necesita la humanidad». De este modo, el gobierno del Frente de Todos sembró las semillas de un fracaso que queda en línea con el destino histórico de los populismos tímidos en nuestro país y en Latinoamérica.

Es hora de matizar el entusiasmo por «la razón populista» de Laclau con una dosis mayor de espíritu crítico. En sus versiones contemporáneas, el resurgimiento de «el pueblo» como sujeto de transformación político-social despertó la esperanza y dio lugar a gobiernos que mejoraron las condiciones sociales, pero que, al mismo tiempo, no quisieron o no lograron concretar cambios estructurales necesarios para lograr una transformación socio-política.

Los gobiernos populistas de las últimas décadas han cedido frente a la desestabilización y el boicot con los que reacciona el poder económico cuando se rozan sus intereses. El conjunto de

«medidas-parche» que resulta de estas concesiones no termina de traer los cambios que el pueblo reclama y, en cambio, se convierten en la semilla de la derrota de los propios gobiernos que las adoptan, a través del desprestigio y el debilitamiento.

Al no concretar las medidas necesarias para que «la crisis la paguen los que la generaron y lucraron con ella», la vacilación de los últimos gobiernos populistas facilitó el ascenso al poder de una fuerza que encarna lo peor de nuestro pasado e inicia el cuarto ciclo neoliberal en cinco décadas.

Ese plan económico es la versión original de aquel que hoy pretenden aplicar Milei y su equipo, con medidas que harán que seamos la mayoría de los ciudadanos los que terminamos pagando la herencia macrista. No será «la casta» y, definitivamente, tampoco quienes generaron la crisis y lucraron con ella. Lejos de saldar la deuda que asumió el macrismo, Milei va a agravarla, al tiempo que les otorga oportunidades, ventajas y beneficios a los sectores más privilegiados, que son los que sostienen su gobierno.

El presidente electo y su entorno utilizan la innegable realidad de la corrupción impune y la ineficiencia de sectores del Estado para poder definir a las inversiones estatales — inversiones que están concebidas como herramientas para fortalecer a toda la nación argentina— con el término «gasto». Ayudado por la innegable connotación negativa del concepto, agita el odio de la sociedad hacia la misma idea de Estado, en lugar de promover la responsabilidad y la rendición de cuentas en esas estructuras, que son claves, no sólo para un gobierno republicano, sino para el propio crecimiento económico que tanto afirma buscar.

El desprecio, desarme y vaciamiento del Estado también encubre el objetivo de desarticular cualquier plan de desarrollo y fortalecimiento del capital humano, de los propios mecanismos de promoción democrática y freno al autoritarismo. También, el objetivo último de rematar del patrimonio y los recursos de riqueza y soberanía nacionales, el despojo de los trabajadores, de los pequeños y medianos productores nacionales y el empobrecimiento del campo y las ciudades. Las superganancias del bloque dominante no provendrán del ínfimo costo de «la política» — apenas, un 0,75% del PBI— , como agita el presidente electo, sino la entrega de los bienes y las oportunidades de todos los argentinos.

La izquierda en el movimiento popular

¿Tiene razón, Álvaro García Linera, cuando afirma que nos encontramos ante una larga etapa de victorias y derrotas sucesivas, pero de corta duración? No lo sabemos.

Pero cabe preguntarse, también, si la dirigencia del movimiento nacional insistirá en transitar entre la obsecuencia y los superficiales pases de factura por la derrota, como en su momento rechazó toda advertencia calificándola de «fuego amigo» que «le hace el juego a la derecha»— o si, en cambio, modificará la conducta que nos ha traído hasta este punto.

En otras palabras, los actuales liderazgos, o los que están surgiendo, ¿actuarán como si las batallas se ganaran — o se perdieran— sólo en los pasillos del Congreso y en las oficinas de los operadores de la partidocracia liberal? ¿Seguirán apostando, infructuosamente, a lograr resultados sin ganar la calle, sin acercarse al pueblo, sin hacer que los argentinos sean protagonistas de las transformaciones que necesitan?

Como alguien, lúcidamente, apuntó en estos días, para enfrentar este tiempo, será necesario componer nuevas canciones y no aferrarse a la reivindicación de viejos éxitos. La base teórica de la izquierda, con la que me alineo, va más allá y sostiene es preciso cambiar de género musical; de sistema, para ser más claro. La justicia social y la real igualdad de oportunidades sólo llegan con el fin de la explotación de unos hombres por otros hombres y, para acercarnos a ese fin, es preciso encauzar el hartazgo popular hacia un horizonte postcapitalista.

Sin embargo, no se llega a este destino sin un proceso de concientización y conciencia social, de apropiación, por parte del pueblo, de estos objetivos que la lógica superestructural del capitalismo distorsiona para que los perciban como ajenos a ellos y a cualquier apuesta exitosa al futuro. Infelizmente, en este contexto, la persistente orfandad de teoría y práctica revolucionarias ajustadas a los tiempos que corren ha dejado a la izquierda aferrada a consignas que han quedado desactualizadas y fuera de contacto con la realidad social. Sus dirigentes oscilan, impotentes, entre la depresión y la socialdemocracia tibia, entre la autoflagelación y un anhelo de radicalización que ha devenido abstracto.

De este modo, la dirigencia trotskista local hoy convoca a la calle en defensa de los derechos cercenados o por cercenarse, pero, en su mayoría, descuidó a esos derechos con una neutralidad suicida frente al avance del neofascismo; una neutralidad de la que, significativamente, no se hizo eco una gran parte de sus seguidores. Desde hace años que no puede salir de la agitación parlamentaria de sus propuestas reivindicativas, pero sin traducción de las «grandes ideas» a medidas concretas y, sobre todo, sin concepción y actuación organizada de masas. Tal vez persiste, entre sus dirigentes, la antigua y estrecha mira de un crecimiento partidario que, finalmente, le permita incidir en la realidad.

Una nueva estrategia global

La nueva estrategia que han diseñado las derechas del mundo para acceder al poder ha combinado un discurso de rechazo a «la política» con el uso de herramientas partidocráticas para la construcción de alianzas y de recursos políticos para el gobierno. Pese a lo contradictorio de la combinación, la estrategia de las derechas ha sido efectiva para que las mayorías de varios países — al que se sumó recientemente la Argentina— las hayan legitimado mediante los votos.

En esa efectividad tiene un rol importante el oportunismo de los grupos de poder de derecha para estimular y aprovechar la desinformación y falta de educación política y económica de sociedades que están fragmentadas. Las sociedades están crecientemente integradas por individuos desencantados con las clásicas estructuras de socialización y compromiso — especialmente, movimientos y partidos políticos— y, por lo tanto, alejados de ellas y aislados en sí mismos o sus grupos de pertenencia, concretos o virtuales. Los movimientos de derecha aprovechan esta falta de cohesión social y, en ocasiones, también la ignorancia de su público, para lograr un mayor control y manipulación de sus opiniones y decisiones.

En el contexto local, los partidarios de LLA promueven la violencia y el terror en diferentes ámbitos discursivos, que incluyen las redes sociales. Se convoca a «cazar zurdos», «peronchos» y a «los K», al tiempo que el expresidente Macri no se ruboriza al utilizar el

calificativo deshumanizante de «orcos» para cualquier argentino que se oponga a las futuras políticas de gobierno y reclame por sus derechos. A renglón seguido, apoya y reivindica la promoción de la violencia con la advertencia — hacia los opositores/«orcos»— de «pensarlo bien», pues «los jóvenes» que votaron a Milei «no les van a permitir» ningún reclamo. Los medios para frustrar los reclamos se dejan en un suspenso que se traduce en una amenaza velada.

Ante estas circunstancias, es necesario que el movimiento popular no caiga en provocaciones, pero, al mismo tiempo, sí esté preparado para impedir que lastimen impunemente a sus militantes. En este sentido, sería suicida volver a subestimar — como sucedió en los 70— el poder represivo estatal de la ultraderecha en el poder, que ya anunció, por boca de Milei, que reprimirá «toda resistencia» a sus planes.

Sin embargo, es imperativo que el movimiento popular diseñe una estrategia propia, también global, para resistir el avance de las derechas y, finalmente, lograr imponerse en las urnas. La táctica clave de esta estrategia es la construcción de un gran frente democrático antifascista, integrado por los distintos componentes del movimiento nacional.

La izquierda debe integrar este movimiento, y hacerlo sin perder su identidad o su objetivo último de un gobierno socialista, pero con la disposición y la flexibilidad necesarias para consensuar, con otras fuerzas, planes y acciones concretas que le permitan acercarse a ese objetivo.

Antiguas y nuevas respuestas: el necesario abrazo entre generaciones militantes

Aunque no soy un teórico ni un experto en la práctica política, mi experiencia me conduce a afirmar que hay mucho del pasado militante de mi generación que mantiene vigencia y que podría interactuar con los aportes de las nuevas en un proceso de negación y recreación que desemboque en una nueva síntesis, más efectiva y adaptada a la coyuntura que enfrentamos. En este sentido, desde hace algunas décadas, — pero, especialmente, a partir de 2003 y, casi desesperadamente, frente al silencio de la dirigencia de entre 2015 y 2019— vengo sosteniendo que:

- Es preciso que el campo popular argentino se una en un frente político programático y orgánico. Descoordinadas y aisladas, sus fuerzas no serán capaces de incidir en las disputas cotidianas de la sociedad, y deberán conformarse con la efectividad limitada de la acción en las coyunturas electorales. En la medida en que la intervención en la cotidianeidad es el medio por el que el político puede acercarse al pueblo, y transmitirle sus propuestas de reforma y gobierno, conformarse con la efectividad electoral supone conformarse con una mínima expresión de la potencial capacidad del movimiento de incidir sobre la realidad.
- La correlación de fuerzas no es un concepto estático y la historia argentina tiene numerosos ejemplos que muestran que es suicida desconocer esa correlación, pero adaptarse pasivamente a ella resulta fatal. Por ese motivo, cuando la correlación es desfavorable, como sucede hoy, para el campo popular, es preciso acumular la propia fuerza para desbalancearla a nuestro favor.
- Un verdadero frente popular debe apartarse del ejemplo fallido del Frente de Todos (FdT) y sus antecesores e institucionalizar la participación de todas las organizaciones políticas y sociales a través de la apertura y el mantenimiento de espacios concretos en los que sus opiniones y propuestas puedan ser oídas y tenidas en cuenta en la toma de decisiones.
- También será clave que la institucionalización nacional de la participación de todas las organizaciones políticas y sociales pueda reproducirse en cada provincia, pueblo y ciudad. Con algo de tiempo, y acumulación de fuerza, el mecanismo también debería extenderse a los lugares de vivienda, de trabajo, de estudio o de acción de cada sector social, sindical, estudiantil, vecinalista, artístico, cultural, profesional y científico.
- El amplio frente popular, con participación institucionalizada de todas sus fuerzas políticas y sociales deberá trabajar en conjunto para consensuar un programa de corto, mediano y largo plazo que sea la bandera bajo la cual se organicen, se reclamen, se exijan o se defiendan derechos y conquistas.

En este sentido, sería esencial que los representantes del frente tuvieran presencia en cada uno de los espacios mencionados y, en ellos, convocaran, sin exclusión, a todos los grupos de interesados y fuerzas vecinales, sociales o políticas que existan, a fin de discutir, en conjunto, cada punto de ese programa programático que se ha consensuado. Una parte clave de esa discusión, sin duda, será su

«traducción», su «bajada» a la realidad concreta de los espacios donde se discute; mostrar el modo en el que cada propuesta beneficia al territorio, al sector o al vecino involucrado en la discusión. Sólo a través de estas herramientas será posible concientizar social y políticamente a los ciudadanos, brindarles herramientas para la organización como pueblo e inspirarlos para que se movilicen de manera constante y permanente para luchar por sus derechos y defender sus conquistas.

En consonancia con el espíritu de estas reflexiones, las pongo a disposición de los camaradas y compañeros como un aporte a la discusión y la construcción de una nueva estrategia del movimiento popular. Lo hago con la esperanza de que, en una conversación dialéctica con las ideas de todos ustedes, podamos encontrar mecanismos útiles para interpretar y encarar una realidad diferente a la de nuestra práctica juvenil, con inéditos y masivos fenómenos tecnológicos, culturales y comunicacionales, a los que se necesita dar respuestas originales, pero sin descuidar las enseñanzas que nos transmiten la experiencia y la memoria social.

Es hora de abrazar a un fuerte relevo generacional, a nuevas épicas y nuevos liderazgos. Es hora de abrazarlos y acompañarlos por nuevos caminos que, espero, puedan guiarnos a concretar, juntos, lo que no pudimos «los setentistas», ahogados en sangre y dolor.

El peligro es grande. Por eso, también es grande el desafío.

4.10 Un destello en la oscuridad

• 2 de enero de 2024 • Para Rebelión•

Sombras y alguna luz frente al oscuro panorama que, en Argentina, ofrecen los primeros días del año.

La actual ofensiva contra derechos y conquistas logradas, con enormes sacrificios a lo largo de décadas de luchas populares, no es un capricho ideológico o una desviación psíquica de Javier Milei.

Al tiempo que él y sus funcionarios vociferan a coro que «No hay plata», el gobierno «planifica la miseria» mediante la expropiación del patrimonio económico, productivo y cultural de los argentinos, al tiempo que saquea el salario y las jubilaciones en beneficio de las ya millonarias superganancias de las corporaciones nativas y extranjeras.

Aún antes de asumir, el 10 de diciembre, se apresuró a dar vía libre a las grandes empresas, con lo cual el costo de vida se disparó a un 30% en el último mes del año y en estos días facilitó la suba de los boletos en colectivos y los de subtes y trenes, mientras para marzo se espera un incremento de las tarifas de luz y gas, que recortarán el presupuesto familiar en unos 50 000 pesos, un tercio del actual salario mínimo, que hace tiempo ya no es ni «vital» ni «móvil».

La fuerte caída del consumo se acentuará pues el gobierno también decidió suspender créditos blandos que la administración saliente aprobó para jubilados y pensionados, así como liberar para la exportación siete «cortes populares» de carne, con lo que se reducirá la oferta en el mercado interno y escalará su ya casi prohibitivo precio.

Por lo pronto, el gobernador de la provincia de Buenos Aires dio una señal clara que despeja un camino para el enfrentamiento al regresivo paquete de medidas impulsado por el Ejecutivo: sin fotos ni comunicados oficiales, el peronista Axel Kicillof impulsa una Multisectorial bonaerense para unificar la acción de los sectores afectados.

Este destello, para iluminar el presente debe transformarse en un acuerdo político y social a nivel nacional, extenderse a cada provincia, ciudad y barrio, a cada espacio productivo, industrial o agrario, a los ámbitos gremial, estudiantil y cultural.

A los espontáneos «caceroleos» en las calles y avenidas de todo el país, a las primeras marchas de los estatales despedidos y a la promesa de la centrales obreras de un paro general para el 24 de enero, la hora exige un claro plan de acción, acordado con la participación activa de todos los sectores perjudicados y los conscientes de este imperativo, basado en la resistencia conjunta al atropello a los derechos de todos y cada uno.

Si cada una, y todas, las reivindicaciones se proyectan a la confrontación política con el modelo gubernamental que las frena o arrasa, podremos superar el actual cuadro de incertidumbre y angustia, impulsar un fuerte protagonismo popular que responda organizadamente a la restauración neoliberal.

5. El legado de este libro

Cuando era niño

Cuando yo era niño,
las nubes,
cubrían mi cielo,
velaban mis sueños.

Recuerdo esos años
con prisas rapaces
que hurtaban
mis juegos
con llamas voraces.

Perdí mi inocencia
sin caer en cuenta
que acaso ella nunca
me fue permitida.

Había fantasmas
y monstruos sin rostro
que hacían estragos
en la porcelana
de mi piel lozana.

No eran pesadillas,
que también las tuve,
no diferenciaba
el día y la noche.

Fueron las cuchillas
de las sinrazones
que en mi amanecer
no dieron respiro
a ese niño absorto
que aprendió a mentir.

Muy temprano supe

de miedos de adultos,
de luchas salvajes,
de justos e injustos.

Mi alma de purrete

conoció las dudas
que en los hombres grandes
se instalan,
a veces,
en la edad madura.

Sé que en ese mundo

modelé la altura
de éste mi presente
y de aquél futuro.

Hoy miro hacia atrás

con sereno espanto
y guardo una lágrima,
también clandestina,
que llora escondida
mi niñez perdida.

Rodolfo

28/4/95

5.1 Doy fe

No. No es Alberto que cita mi poema para homenajearme. Soy Rodolfo, que invado atropelladamente el final de sus conmovedores relatos y reflexiones, para sobrevolarlos. Voy montado, como un jinete que conoce de memoria el camino, pero ignora qué y quiénes le saldrán al paso en esta saga de *Secretos en Rojo*. Levanto la vista, abro bien los ojos contra el viento y oteo el horizonte con una mirada diversa a la del prologuista que lo admira, se solidariza y nos anticipa el contenido.

Sé que no llegaré al lugar soñado, a esa tierra que me develе todas las causas y todos los efectos. Porque acaso este libro y sus desordenadas revelaciones, como lo es la vida misma, sean la meta posible, la mínima reivindicación de aconteceres nunca dichos, pero seguramente necesarios para las nuevas generaciones, sobre todo nuestros hijos y nietos que preguntan.

Yo no leo ni cuento. Insisto: sobrevuelo. Recuerdo, lloro, me enorgullezco y me invaden, a veces la ternura, casi siempre el dolor —que se supera— o la frustración —que se presenta irreversible— al menos a tiempo con mi tiempo, el de mis hermanos y el de tantos compañeros y camaradas que creyeron tocar el cielo con las manos y apenas llegaron a acariciar las llamas del infierno de la hipocresía, el verso inacabable de la revolución sin revolucionarios, de los falsos profetas de la ideología leída en solapas —y aplicada en los cafés— y el heroísmo matón de sus delirios de grandeza.

Los viejos ya se fueron. Hablo de nuestra madre, tan inmensa y humilde mujer que siempre superó, para cobijarlo, el contorno de la sombra de nuestro padre. Me refiero a él, un luchador íntegro, padre ejemplar y revolucionario cabal e infinito. Ellos dieron todo y no se llevaron nada, más que el cariño de muchos y el legado que pretende rescatar este libro. El escarnio, la crueldad de sus «excamaradas» llegó hasta intentar negar sus memorias, borrarlas de la conciencia colectiva y del reconocimiento de la historia, por medio de las peores prácticas con las que ignoran los ignorantes.

Por eso, gracias Alberto por haberte animado a partirte el tórax y dejar que te estalle el corazón y acaricie los nuestros, gota a gota.

Pero, sobre todo, por develar de una vez tantas verdades de a puño, sobradamente documentadas, todas, por montañas de archivos que aguardan a buen resguardo el profesionalismo de los historiadores que no tardarán en escudriñarlas.

Sabemos que improbablemente duelan o remuerdan en las conciencias de los traidores, pero sí servirán para darle otra oportunidad a la esperanza y un nuevo espacio a la utopía de esta nueva Argentina, turbulenta pero prometedora, que se abre paso en los últimos años.

Este libro viene a ser, entonces, al decir de Andrés Rivera en *La Revolución es un sueño eterno*, la historia de una carencia, no la carencia de una historia. Porque la historia está ahí, sólo hay que descubrirla, despojarla de su pátina engañosa.

Nada de lo que mi hermano cuenta en este libro conserva para mí una pizca de ajenidad. Todo es carne de mi carne y sangre de mi sangre: los viejos, las luchas; tantos amigos y conocidos «asesinados», no por el enemigo (a lo que estábamos acostumbrados), sino por el olvido o el maltrato de sus propios «camaradas».

Lo mío, me apresuro a anticipar, será sólo recordar y precisar algo más. O, si cabe, poner algún detalle en contexto si es que logro soportar el peso de lo que sé, y sobre todo de lo que acabo de enterarme. También de lo que lo que yo, a mi vez, pretendo revelar para dar coherencia, verismo y justicia al relato.

Es inevitable —les cuento a los lectores más jóvenes— que la sangre siga brotando de tantas heridas comunes que convierten en más rojos aún los secretos de Alberto. Son algunas pocas de las tantas que no cicatrizan en su corazón y aún laten y aturden el mío. No me refiero, claro, a las apasionantes páginas sobre el Che y otros temas históricos inéditos que exceden el relato sobre ciertos personajes de cabotaje que, alguna vez, debían ser desenmascarados.

Son marcas a fuego que quedaron en nuestras vidas entregadas desde la infancia perdida, y de allí el poema del encabezado, a un partido con historia y militantes heroicos (en épocas de aciertos y de errores, claro) que terminó implosionando por la abyección mesiánica de una mixtura de adultos obcecados e imberbes inmorales y engreídos. Todo lo contrario de lo que habíamos

aprendido y de la moral en que nos educaron nuestros padres. Nunca supimos luchar hacia atrás o hacia los costados. Tarde comprendimos que el enemigo es el enemigo, salvaje y con rostro. Ellos allá y nosotros acá. Sólo los amigos, los compañeros, traicionan.

Comenzó a suceder hace casi 30 años[103], cuando una verdadera hojarasca, tan húmeda como reseca, de personajes advenedizos con fines de trascendencia personal a cualquier costo, y sin principios, aunque los conocían y siguen recitándolos a la perfección, arrasó con tanta entrega y tantos sueños comunes de generaciones y generaciones de luchadores, comenzando por los más molestos: los verdaderos revolucionarios.

Sin embargo, no pudieron malograr el compromiso de miles de excomunistas (y muchos actuales comunistas que siguen creyendo que su lugar está en el PCA) que seguimos empeñados en contribuir a construir una sociedad cada vez más justa e igualitaria, con una patria libre y liberada, cada uno desde sus posibilidades y el lugar (físico, mental y espiritual) en que lo dejó el macabro *tsunami* que comenzó con el nonato *XVI Congreso*.

Con la incapacidad teórica como atributo común y el doble discurso como atajo para esconder la absoluta falta de inserción popular, la dirección del PCA se encargó desde entonces de jibarizar al que había sido un sólido referente de la izquierda en la Argentina. Lo convirtieron en un modesto club cultural de la burguesía «progre», una suerte de sociedad de fomento y cooperativa de crédito para causas loables que aligeren la falsa conciencia.

Hoy, aquel partido al que mi padre ofreció su vida y su fortuna (incluida en ella su familia, en definitiva lo más valioso para él), sobrevive como fuerza testimonial, casi como una ONG con alguna pompa y ningún destino.

Con el peso muerto de una siempre verbalizada vocación de poder, sin incidencia alguna en la clase obrera, en cuyo seno las comisiones internas y cuerpos de delegados de izquierda (fundamentalmente trotskistas) sí comienzan a poner en jaque a la burocracia; y con algunas posiciones «políticamente correctas» —o aciertos formales como el respaldo a la gestión kirchnerista— que le permiten representación parlamentaria (vergonzante, claro), el PCA

ha logrado que «la voz del proletariado» se exprese, claramente y sin mediaciones, por parte de un par de banqueros lúcidos, que acaso se esfuercen sin éxito en vivir como piensan.

Triste final: pasar del acero al vapor. *Blooper* curioso, sin precedentes, que tiene una explicación, para nada expiatoria.

La historia del movimiento revolucionario mundial es rica en casos, no sólo de intelectuales, sino de hombres de fortuna que se transformaron en líderes de las transformaciones y representaron a los frentes populares o a la clase obrera en puestos de dirección, legislativos o ejecutivos. Lo curioso es lo inverso. Es decir que sencillos, y hasta oscuros afiliados, con notoria holgazanería militante, o generadores de más problemas que soluciones, sean asignados (por el Partido y no por sus méritos) a lugares gerenciales de las distintas variantes de un siniestro aparato financiero, (que aportó más ideología envenenada que dinero al PCA), y tras largos años de escalar, de enriquecerse y llevar una vida más que acomodada, retornen, reciclados y vergonzantes, a ser los voceros públicos, casi únicos y enmascarados, del «partido de los trabajadores».

Patético y, sobre todo, con destino de cola. Ni siquiera de furgón de cola. Un verdadero *Parto de los Montes*, un placebo. Un subproducto más del «revolucionario viraje en unidad».

De todo esto, de sus raíces, entresijos y fundamentos, nos habla Alberto en su libro. Son jirones que van surgiendo así, desordenadamente, como salen los recuerdos y como fue la naturaleza misma de las cosas. No es todo pero es bastante. Sé lo que le costó sacar esta punta del *iceberg* que «los Nadra», como sugiere el prologuista, llevamos como incógnita mochila. Yo abandoné cinco veces la lectura hasta que pude completar el texto, entre estallidos de ira y momentos de asfixiante opresión o de devastadora melancolía.

Por eso opté por no dejarlo solo en este desgarramiento y, si me da el cuero, intentaré apoyar sintéticamente sus recuerdos, simultáneos o paralelos. Como un ejercicio de justicia, para que quede registrado. Para que, en definitiva, las lágrimas clandestinas que aquellos niños (Fernando, Rodolfo y Alberto) solían esconder, broten ahora como un manantial liberador de fantasmas. Como denuncia clara y precisa. Como señal de que nunca perdonaremos a

la generación de burócratas de los expaíses socialistas, corruptos, dictadores y a veces represores criminales; y tampoco a estos aprendices de brujos que nos traicionaron, mintieron, usaron y engañaron, instalando una suerte de neoestalinismo *ligth*, tan nefasto como el primigenio.

Y que se entienda en toda su dimensión. El libro de Alberto que acaban de leer no es sólo una asignatura pendiente personal (que además lo es, por supuesto) sino una obligación, una deuda y una necesidad colectiva que, enhorabuena, asumió con coraje y amargura. Un homenaje, también, a tantos compañeros que fueron parte de la diáspora y hoy militan, con mayor o menor entusiasmo, en diferentes partidos, organizaciones y corrientes del campo nacional y popular.

5.2 Córdoba 652 11°E

La memoria no alcanza para captar tantos momentos de adrenalina pura. En ese departamento a unos pasos de Florida y la legendaria Galería del Este pasé gran parte de mi juventud y el principio de mi adultez. Concretamente, desde junio de 1966, con 17 años, hasta 1988, recién cumplidos los 40 (con un hiato de 3 años en Moscú), cuando comencé a participar de la creación del diario *Sur*, que lanzamos en abril del año siguiente.

Fue, ciertamente, como bien lo desarrolla Alberto, el principal bastión de la lucha, no sólo mediática, contra la *Operación Cóndor*. Nuestras denuncias, y sus «rebotes» en la prensa mundial, salvaron muchas vidas y obligaron a abortar no pocas operaciones. También, como cuenta Pepe Maldavsky, no teníamos plena conciencia, pero sí convicción, de los alcances de lo que hacíamos. Pero la memoria y resistencia de la que él habla, creo, merece rescatarse del olvido.

Es lo que hace Alberto, por primera vez —y de ahí su acierto—, aunque fuimos muchos los protagonistas de aquella epopeya, de la que me tocó participar —desde Buenos Aires y también desde Moscú—, denunciando, no sin dificultades, los crímenes de las dictaduras latinoamericanas.

Una de mis tareas —no la única en el extranjero— era la redacción y locución, junto a mi esposa Marta, de «La Semana Argentina», por la entonces *Radio Moscú*. Recuerdo las rabietas, en cada emisión, con los responsables y jefes encargados de visar el producto.

Con el tiempo, ya experto en la estúpida mecánica de la censura burocrática, aprendí una triquiñuela que me sirvió luego para escribir discursos para dirigentes del PC y —más tarde y hasta hoy— para toda clase de personajes en mi tarea de consultor en imagen y comunicación, con la que me gano la vida: sobreactuar siempre una buena cantidad de frases, o términos inaceptables, para engordar (tachadura mediante) la imaginación autoral del ocasional cliente; o, como era el caso que nos ocupa, para generar la ficción del «deber cumplido» en los burócratas censores de la *Radio Moscú*.

No obstante ello, existen anécdotas memorables. Mi responsable directo, al que ya le tenía la cabeza quemada de tanto pelearle frase por frase, era Boris Besvadorov, un pobre hombre, bastante vago y pusilánime, que se espantaba ante mis desplantes. A veces cedía y otras acudía a su superior: Leonardo Kósichev.

Este último sí era un burócrata con mayúsculas. También buen escritor e inteligente, comisario político de corazón y a la carta, o sea, de cualquier política. Tanto que hoy sigue teniendo vara alta y es estrella de «La voz de Rusia», en cuya página en Internet no existen ni vestigios de *Radio Moscú*, ni de su historia ni de su existencia. Pareciera que la ciudad del Kremlin y la Catedral de San Basilio nunca estuvieron en la URSS ni fueron jamás corazón y sinónimo de la Unión Soviética.

El caso, para no abundar, es que por esos días estaba en la capital soviética el entonces secretario general del PCA, Gerónimo Arnedo Álvarez, de quien conservo el mejor de los recuerdos. Tanto él, como Rodolfo Ghioldi y mi padre, eran gente de principios, que se resistían a la ficción de no llamarle «dictadura» al régimen militar. Pero el verdadero jefe del partido, luego de la muerte de Victorio Codovilla, era Orestes Ghioldi, de hecho y con la anuencia de los soviéticos.

El incordio se desató a partir de un artículo de Arnedo en el *Pravda*[104] (que en rigor escribí yo por su encargo), donde no logré que pasara el término *dictadura* pero sí la cifra de 30 mil desaparecidos.

Kósichev, un pelafustán que se negaba a que yo diera los datos del comercio de granos de la Argentina con la URSS, que se publicaban en la prensa de Buenos Aires, porque supuestamente era información «estratégica», ese día, con gesto tan adusto como displicente, pontificó: «esto no va, puede traernos problemas con el gobierno argentino». Mi contestación, que recuerdo con exactitud, es irreproducible. Tanto que se puso colorado de ira y me amenazó con levantar el programa; al punto que le arrebaté las páginas, se las tiré a la cara y le dije: «Hacé lo que quieras, yo no le saco una coma, después andá a explicarle vos al PCUS por qué le censuraste un artículo a Arnedo Álvarez, que publicó *Pravda*. Sos un *juligán* (bandido) cobardón. ¿Y vos te decís comunista? En mi país hay un genocidio, matan gente todos los días y vos estás siendo cómplice».

Tomé la delantera, algo no tan difícil en un país con un pueblo laborioso, valiente y emprendedor, pero aletargado ya por una burocracia que tenía como lema: «no dejes para mañana lo que puedas hacer pasado mañana». Llamé primero a Arnedo Álvarez y —con su venia— después, al Comité Central. Le anticipé a Valerían Goncharov que contaba con su respaldo, que no retrocedería y denunciaría a Kósichev. Conclusión: con varias horas de atraso, casi cerca de su emisión, grabé el programa tal cual lo había escrito.

Esa vez, el autor de otra frase célebre («sin dudas, esto al cesto»)para el periodismo de avanzada, había fracasado.

Hubo, claro, repercusiones de todo tipo. El equipo chileno, con José Miguel Varas a la cabeza, saltaba de alegría. Lo mismo que Ricardo Saxlund, que hacía un programa sobre Uruguay. Es que para ellos (entrañables amigos ya fallecidos) no había problemas con estos burócratas alcahuetes, ya que la URSS no tenía relaciones con el Chile de Pinochet y Uruguay no les movía el amperímetro. Pero sufrían por lo que a mí me pasaba y que también había padecido Arturo Lozza.

También, aunque mucho tiempo después, supe que había habido cierta conmoción en el Partido en Argentina a la que pronto le pusieron sordina. El programa se escuchaba mucho porque era la única forma de informarse verazmente sobre lo que pasaba en el país, aunque hubiera que cuidarse en decir, por ejemplo, que tales y cuales personas fueron «muertas por una patrulla militar». Porque si ponías «asesinadas» te lo tachaban. Fue una verdadera escuela en la que aprendí a sugerir todo diciendo poco y nada.

En 1980, poco después de la muerte de Gerónimo Arnedo Álvarez (12 de junio), arribó a Moscú Orestes Ghioldi. Al tiempo, supe que fue a buscar el apoyo de los soviéticos para el reemplazo del secretario general y otros cambios en la dirección. Surgió de su propia boca. Íbamos hacia el sanatorio del Comité Central del PCUS donde se encontraba internado Rodolfo Ghioldi, espacio que yo ya conocía palmo a palmo por las largas y apasionantes charlas de política y de la vida legendaria de cada uno, que protagonicé tanto con Rodolfo (por el que llevo mi nombre) como con el brasileño Luis Carlos Prestes o el paraguayo Antonio Maidana, quienes me concedieron el honor incomparable de distinguirme con sus amistades. Todos me visitaron, o solían hacerlo regularmente, en mi

casa de *Ploshiad Vostania*. Lo mismo, pero no ya en un ámbito hospitalario, sucedió con el chileno Luis Corvalán.

> —Es que nosotros ya no aspiramos, hay que darle paso a los más jóvenes —me explicó innecesariamente Orestes, volviéndose hacia mí, que estaba sentado detrás de él en la *chaika negra* [105].

Después descubrí que el «nosotros» incluía a mi padre, Fernando Nadra, quien (confieso que para mi absoluta sorpresa) era número puesto (por su liderazgo, inserción social, capacidad teórica y organizativa y sus numerosos libros traducidos al ruso) para muchos funcionarios de la Sección Latinoamericana del PCUS, entre ellos Valerían Goncharov, que viajaba en ese momento a mi lado, y el mismo Vladimir Kudashkin, su superior e inmediatamente por debajo del poderoso Boris Ponomariov.

Hacia él, Valerían, iban dirigidas las argumentaciones políticas y personales que Orestes Ghioldi desgranaba en ese largo viaje al sanatorio en las afueras de Moscú, acerca de los cambios que sobrevendrían (que ya había consensuado más arriba en el PCUS), lo que después repetiría, a puertas cerradas, en la habitación de su resignado hermano mayor, Rodolfo.

Por entonces, mi candidez y disciplina partidaria no me permitían siquiera pensar en «internas» o manejos turbios, aprietes o manipulaciones. Lo cierto es que tiempo atrás me había tocado, en soledad, sentado él en una especie de luminoso *living* con vista al parque que tenía el sanatorio para las visitas, darle a Rodolfo la noticia del fallecimiento de Arnedo Álvarez, al día siguiente de ocurrido. Nunca olvidaré el virtual estallido de desesperación que lo conmovió. Echó a llorar como un niño asustado, parecía querer arrancarse sus escasos cabellos blancos, mientras sus lágrimas envolvían su rostro enrojecido.

Temí que le diera un ataque. A su corazón me refiero, porque lo que observaba, estupefacto, ya lo era.

> —¡No puede ser, no puede ser! ¡Es una desgracia irreparable! ¿Qué va a ser ahora del Partido? Esto es grave. No, no, no. ¡Decime que no es cierto!

Yo le tocaba el hombro con palmaditas respetuosas y me rechazó cuando intenté algo así como un abrazo, siendo que teníamos una relación más que afectuosa, enriquecida más de una vez en *Ploshiad Vostania* con un infaltable vasito de vodka por medio y

los mordaces comentarios picantes hacia los burócratas soviéticos que desgranaba su compañera, la legendaria fundadora de *la Fede*, Carmen Alfaya, quien murió abandonada «por la dirección» allá por 2005 o 2006 cuando había superado largamente los 100 años. Estaba realmente alterado y apenas se calmó un poco me pidió que me prepare para un dictado. En alguna caja debe estar el texto, cuya copia conservo, y que le entregué a Goncharov para que lo hiciera llegar por la vía correspondiente a la Argentina.

Avezado conocedor de los manejos de la dirección, y seguramente sospechando lo que se sobrevendría, daba allí su opinión: básicamente que el secretario general debía ser Pedro Tadioli, por ser el secretario de la provincia de Buenos Aires, por su tamaño y significación económica y social. Como al pasar, acaso leyendo la mente de sus camaradas, aconsejaba que Athos Fava y Jorge Pereyra se quedaran donde estaban, argumentando la necesidad de avanzar más en materia de Organización (de la que el primero era secretario) y en cuanto a fortalecer a la Juventud Comunista, que dirigía el segundo.

Más allá de la justeza o no de las opiniones de Rodolfo Ghioldi, en cuanto a Pedro Tadioli, con el tiempo, como quien descubre un acertijo, comprendí perfectamente la relación entre su impactante ataque de nervios en el sanatorio, el texto que me dictó inmediatamente, las distintas visiones que había en el PCUS acerca de la sucesión de Arnedo, y el pronto arribo de Orestes, para santificar su decisión y convencer a su hermano para que aceptara pacíficamente lo ya decidido por «el partido».

Las garras del Cóndor

Pero ya me fui por las ramas, interesantes e inéditas, pero ramas al fin, respecto de la experiencia de «Córdoba 652 11-E» y *las garras del Cóndor* que mi hermano me pidió. Releyendo lo escrito por él y los aportes de Arturo y Pepe, creo que no es necesario mucho más, y coincido con este último en evitar en lo posible lo autorreferencial cuando lo realizado es más grande que uno mismo.

No obstante, casi como una acuarela personal, reproduzco a continuación el *mail* que le envié a Alberto a raíz de un pedido para

que le tecleara unas líneas urgentes sobre mi visión de aquella experiencia, en septiembre de 2011, acaso cuando él ya barruntaba el nacimiento de este libro:

> Mirá, a la oficina de Córdoba llegaba y salía información de y hacia todos lados. Yo, durante la dictadura de Onganía, solía encontrarme en un bar de Córdoba y Riobamba con el entonces jovencito Roberto *Tito* Cossa, que me daba materiales que él escribía para los cubanos. También venía siempre a la oficina a darnos información de los paraguayos el grandísimo y humilde poeta Elvio Romero. Todos amigos. Claro, no te olvides que yo le llevaba, semana a semana, muchas veces acompañado de mi entonces novia Marta, a la casa de Raúl González Tuñón (en Amenábar y las vías del Mitre, la misma cuadra del mítico «Loro Calabrés» que llevó a las tablas Pepe Soriano) los resúmenes de revistas que hacíamos para el PCA y que tipeaba su esposa para luego mimeografiarlos por cientos para información de los cuadros. De allí nació una relación con Raúl que, curiosamente, me llevó a prácticamente cerrarle los ojos en su lecho de muerte, en agosto de 1974, en un hospital suburbano, donde lo visitábamos asiduamente con Jorge Ricardo Aulicino (discípulo) y Alberto Catena, cuando los tres trabajábamos en el diario *La Calle*.

También desde Córdoba escribíamos sobre Brasil, pero básicamente leyendo los diarios (también los de Paraguay y Chile) que yo mismo solía ir a buscar en un kiosco en la esquina del edificio República (Maipú y Corrientes). También dejábamos los cables en *Transradio* (Corrientes y San Martín) donde laburaba el luego exitoso compositor y cantante popular, León Gieco, como teletipista.

Por mucho tiempo, desde el 66 al 70, más o menos, como todo era semiilegal, yo laburaba y manejaba el archivo desde un departamentito de planta baja (decorado como piringundín, papel rojo, cortinas doradas, y unos leones de mármol que me abrumaban diariamente) que alquilábamos en Viamonte, entre Reconquista y 25 de mayo. Todavía está el edificio, con un árbol enorme adelante. Ahí trabajaba SOLO, por mi seguridad y la del viejo, ya que vivíamos en la ilegalidad. Absolutamente solo, con los papeles y cucarachas gigantes, como si fueran rosarinas. A veces pasaba Arturo a buscar material.

Transcurrimos en alerta y vigilia todos los golpes, fragotes y chirinadas habidas y por haber en esos años. También me tocó cubrir el regreso de Perón y la masacre de Ezeiza, así como

seguíamos puntualmente la situación cambiante en la Bolivia de esos años. Pero después del golpe en Chile hubo una transformación muy grande. Al día siguiente o al otro (12 o 13 de septiembre de 1973) cayó Pepe Maldavsky (hoy documentalista de gran prestigio en Francia), que venía de París y no pudo entrar a Chile, donde quedó su familia. La primera semana durmió en mi departamento de la calle Billinghurst al 2200, casi esquina Cabrera. También allí comía todas las noches Enrique Martini y pasaron también otros compañeros chilenos: Lucho Córdoba (después se fue a Checoslovaquia, igual que Enrique M.) y (no me acuerdo el nombre) *el tarta* Miranda, un poeta chileno de la reputísima madre, premio de Casa de las Américas mientras trabajaba con nosotros.

No sé si fue un mes o dos después del golpe en Chile. No pasó por Córdoba 652 porque estaba muy en la clandestinidad. No recuerdo si lo trajo Pepe o Enrique a mi casa. Allí Juan («Juancito»), que no sé si era su verdadero nombre, un hombre rubio, delgado y fortachón de mediana estatura, me confesó al final de la segunda botella: «se suicidó po huevón, ¿que esperábais, que lo cacharan los milicos con vida?». Me contó por entonces la escena que no hace mucho reconstruyeron (exhumación de cadáver incluida) sobre el final de Salvador Allende. Era el jefe de su guardia personal, el GAP, Grupo Amigos del Presidente. No lo vi más ni supe una palabra de él. Pero recuerdo hasta hoy cómo me golpeó la confesión, siendo que nosotros manejábamos otra versión, supuestamente más heroica y acusatoria de los pinochetistas. Estoy hablando de setiembre-octubre de 1973.

En fin, se armó allí una cofradía muy grande y la mayoría de los chilenos trabajaban con nosotros y traían información a las oficinas de la calle Córdoba 652 11-E. De allí salía material para todo el mundo y, principalmente, para *Radio Moscú,* en el programa diario «Escucha Chile» que dirigía y conducía José Miguel Varas (hoy Premio Nacional de Literatura de Chile y uno de sus más grandes escritores), quien después se transformaría también en un entrañable amigo mío durante mis años en Moscú (1978-79-80), y puntual visitante de mi casa cuando bajaba a Buenos Aires con su compañera, Iris Largo.

La información para Uruguay (todo a través de los canales oficiales y clandestinos) iba para el programa semanal que dirigía y

protagonizaba en *Radio Moscú* el gran uruguayo Ricardo Saxlund (ya fallecido), también amigo entrañable.

Precisamente, de Córdoba 652 salió el primer corresponsal argentino en Moscú, Arturo Lozza, el segundo de la oficina detrás de Isidoro Gilbert, por edad y trayectoria. Él creó el programa semanal de denuncia de los crímenes de la dictadura, «La semana argentina» (de 15 minutos con no menos de 20 noticias todos los viernes), y que luego seguí yo y, cuando viajaba, lo hacía mi esposa, Marta.

Fueron años duros, apasionantes y maravillosos. Recuerdo que por mucho tiempo trabajaron con nosotros en la calle Córdoba periodistas de la talla de Jorge Aulicino (editor de la revista Ñ de *Clarín*), otro poeta importante, como el querido Daniel Freidemberg o su entonces cuñado, Luis Gruss. También Carlitos Agosti, hermano de Héctor, y Adolfo Coronatto, hasta su jubilación periodista destacado de *Clarín*, a quien yo había conocido en una escuela de periodismo en 1968 (a la que también concurría mi esposa Marta) y lo llevé a Córdoba 652, desde donde se transformó en una importante pluma, participó también de *La Calle*, y salió para *El Cronista* a finales de los 70.

Recuerdo que llegué a entrevistarme con Isidoro por primera vez pocas semanas antes del golpe de Onganía de junio de 1966. Tenía 17 años y comencé sirviendo café, haciendo cadetería y al poco tiempo armé el archivo bajo el sistema decimal, que me enseñó otro amigo entrañable y gran periodista, Norberto Vilar. Lo hacía en el ya citado departamento de la calle Viamonte. Vos conocés bien lo que fueron esos años, porque también colaboraste con nosotros antes de entrar a *Prensa Latina*, donde yo también recuerdo haber hecho suplencias. Se trabajaba sin horario, éramos militantes e Isidoro, padre de la criatura, le agregaba una cuota de profesionalismo periodístico estresante y casi siempre exagerado (para la competencia que no teníamos), pero que nos forjó a todos (por lo menos a mí) en una escuela de responsabilidad y entrega casi salvaje a lo que hacíamos.

Hay miles de anécdotas que llenarían un libro. Recuerdo con especial cariño las visitas (escribía para *El Nacional*, de Caracas, creo, y otros diarios) de *Pajarito* (Rogelio). García Lapo,

cofundador de *Prensa Latina* en Cuba y enorme, pero enorme, periodista. También a Oscar Serrat, toda una vida en AP, hombre de lúcida y fina inteligencia del que también aprendí mucho. Todos están vivos y los homenajeo cada día, cada hora, en mis recuerdos, aun aquéllos —como Isidoro— con los que tuve encontronazos (cuando me fui de *Sur* enfrentado con la dirección del PCA y él se quedó).

Nadie escribió nunca sobre esta experiencia. Pero ella está ahí, presente, en la memoria de quienes fuimos (somos) parte de ella. Luchamos, peleamos a veces enfrentando los riesgos con valentía, otras directamente ignorándolos. Estaban ahí las Tres A, los servicios de aquí y de los otros países vecinos, después la dictadura genocida. Y seguimos adelante, soñando mejores horizontes y sacudiendo pesadillas.

Sí, yo estuve allí. Y me formé como periodista.

Hasta aquí el *mail*. Días después falleció José Miguel Varas, un hombre inmenso y uno de los tantos que se animó a ir «tras las garras del Cóndor», como dice Alberto.

5.3 Mis «sofisticados saberes»

Con generosidad fraternal, Alberto me sugiere como portador de ciertos atributos especiales, lo que es relativamente cierto. Pero también me sospecha parte de la poderosa estructura político-militar que supo pacientemente forjar el PCA, la que, como bien dice, sufrió los avatares de la disputa ideológica y un importante drenaje hacia organizaciones guerrilleras en distintos momentos y, finalmente, padeció el bartoleo incapaz del mesianismo psicopático de los Echegaray y Cía.

Hoy, francamente, no sé si queda algo de esa fabulosa estructura de la que, y por estas líneas se entera por primera vez mi familia, mis amigos y todos quienes me conocen, sí formé parte. Como uno más, desde mi más tierna edad. Mis padres murieron sin saberlo, porque ésas eran las reglas del juego. Mis hermanos, mi esposa y mis hijos, a los que pido disculpas por mis ausencias, también lo ignoraban y se enteran con esta lectura.

No soy, ni fui ningún *Rambo* o fantasía por el estilo, aunque, lejos de las revelaciones que estoy haciendo, cuando apenas rondaba los 17 años apilé a pifiazos y patadas a una banda de barras brava de River, enceguecido porque habían golpeado, precisamente, a mi entonces «hermanito». Alberto, quién después de un clásico portaba un gorro de Boca en la cola donde esperábamos el colectivo 55 en Barrancas de Belgrano. La leyenda no se hizo esperar porque, ocasionalmente, un primo nuestro, «millonario» y por entonces poco afecto a la participación, observó estupefacto toda la escena de un enjuto y desconocido Rodolfo que no tenía ni un rasguño y al que seguían insultando con amenazas a futuro, ya detrás de la barrera del ferrocarril y a prudente y oportuna distancia, una veintena de muchachotes.

Nadie espere tampoco de mí audaces revelaciones, porque lo principal morirá conmigo, como lo hará con los miles de oficiales (nunca soldados) de estado mayor y de las distintas armas y disciplinas de aire, mar y tierra, con los que contaba el Partido Comunista en los 70.

Ese aparato militar, en condiciones de dar batalla ejército contra

ejército, no se sumó a las aventuras guerrilleras, por las razones ideológicas y políticas correctas, objetivas y subjetivas, que claramente desarrolló Alberto, en el capítulo correspondiente, en los comienzos de este libro. Es decir, porque no hubo jamás en la Argentina una situación revolucionaria que lo ameritara.

Nunca existió (y menos aún durante y después del golpe genocida) un ejército nacional dividido que esos oficiales pudieran comandar, aunque sea en parte. Tampoco se daban, ni de lejos, las condiciones subjetivas de apoyo popular necesario, no ya para triunfar, sino para librar siquiera una insurrección o guerra civil con alguna viabilidad. Ellas sólo existieron en la imaginación de los dirigentes de las precarias organizaciones armadas de entonces, muchos de los cuales aún siguen pontificando sobre los errores y haciendo un verdadero culto de lo que no fue.

Siempre pensé que para cada cosa hay un tiempo, una forma y una medida y este libro acaso haya precipitado ese momento que, francamente, nunca pensé y menos deseé que llegara. No sólo por haber sido aludido y la necesidad de hacerme cargo. También en honor y para hacer un poco de justicia con esos miles de desconocidos que se sacrificaron, y muchos dieron su vida, para terminar formando parte de ese gran fracaso y traición política que denuncian los textos y recuerdos de Alberto.

Yo tuve la suerte de tener una *vida-doble*, o sea con un *plus* compatible entre lo público y lo secreto. Pero otros, sospecho que la inmensa mayoría, corrieron la suerte de una *doble-vida* que, al implosionar la principal se llevó consigo a la otra y les robó la identidad y el horizonte. Para ellos mi homenaje y mi recuerdo, aunque obviamente llegué a conocer a muy pocos. Trabajábamos, en la mayoría de los casos, en compartimientos estancos y sobre todo en el entrenamiento internacional en el área que me tocó.

Mi derrotero es curioso y disparatado, parte por casualidad y otro tanto por impulso de las fantasías heroicas que florecían de pequeños en nuestro particular mundo clandestino, como tan bien lo recuerda Alberto. Fue así que, carente de los amigos de la pelota en la vereda, huérfano de la barra de la esquina (aunque apuré algunos intentos que no vienen al caso), allá por mis 14 años adopté el barrio, lejano y sin peligros, de un amigo de la secundaria (que aún lo es en el tope de mi pequeña lista) al que afilié a la Juventud

Comunista: el hoy excelente y famoso actor Raúl Rizzo, que vivía en una calle de tierra, en Liniers, cerca del Hospital Santojanni, y paraba en el «Grill» de Patrón y Tellier, bastión de personajes insólitos, laburantes, malandras, atorrantes, comunistas y poetas.

No tuve niñez, pero ésa fue mi temprana juventud, corta, intensa y mágica, de 2 ó 3 años, en la que fui inmensamente feliz y sobre todo, querido, a veces admirado tan sólo por ser «el hijo de Nadra». Todavía recuerdo y los añoro a Rosita y Don Tuto, los padres de Raúl, que me cobijaron como a un hijo y a su ya fallecido hermano Luisito, exquisito guitarrista que luego echó fama en París. También a la barra de Marianito, *el negro* Lanza, *el loco* Tedy y tantos otros que llenaron mis horas y me dieron la calle y el estaño del que carecía. Poco, pero imborrable.

Allí también conocí a *Coco*, secretario de *la Fede* del barrio, un muchacho de militancia lunes a lunes, muy preparado y amante de los «fierros» que me enseñó los pininos y con quien participé de las primeras acciones y campamentos. Años después, me enteré por los diarios que estaba preso como jefe de una banda de asaltantes «de caño». Parece que desde siempre había sido ladrón el hombre, y de día militaba.

Pero por entonces yo ya había zarpado. Por vericuetos incomprensibles del destino estaba ya bajo la jefatura de quien fue mi amigo y entrañable maestro, Oscar *Cacho* Antinori, con quién solíamos vernos en un bar de la calle Álvarez Jonte, en La Paternal. Después, cuando ya trabajaba en «Córdoba 652» venía a visitar a Isidoro (la primera vez fingió no conocerme) y me hacía una seña para que nos viéramos en lugares preestablecidos. Tuve otros maestros, pero aún viven y sus nombres son innecesarios.

En rigor, mi preparación, a la que alude Alberto, fue muy accidentada. En los primeros tiempos por ser menor de edad, lo que dificultó mi salida del país, y luego porque tan pronto comenzaron las clases, teóricas y en el terreno del combate (en mi primer viaje de dos meses a Europa en 1976), salieron a la luz inesperadas rémoras de mi niñez: pese a que tengo una memoria de elefante y un gran poder de observación (todavía hoy mi mujer se sorprende porque soy capaz de cantarle los números sumados de las patentes de los autos que nos pasan o están estacionados), padezco de una desorientación feroz y, salvo con gran esfuerzo, no puedo recordar

dirección alguna ni volver solo a un lugar donde ya fui.

Claramente, lo supe después, fue el producto personal (no parece haber sucedido lo mismo con mis hermanos) del «entrenamiento» de la ilegalidad y del terror que me embargaba ante la posibilidad de poner en peligro la vida de mi padre o el descubrimiento de algunas de las casas o quintas donde se realizaban las reuniones, y a veces me llevaban. Nunca, hasta hoy, pude superarlo y está claro que es un trauma inhabilitante para dirigir cualquier operación militar. A Alberto lo obsesionaba la posibilidad de hablar durante la tortura. Yo, inconscientemente, me programé para eliminar esa posibilidad.

Es así que mi «otra vida» da un giro definitivo a partir de 1976 y, en consonancia con mi profesión de periodista, que nunca abandoné y con la que me gané siempre la vida, sin abandonar la estructura ni el escalafón, me especialicé en Inteligencia y en todas sus técnicas, llegando a sobresalir en el análisis de campo y la evaluación retrospectiva y prospectiva, algo que muchos colegas periodistas suelen atribuir sólo a mi gran experiencia (que la tengo) y a cierta intuición.

Sé, me consta, porque conozco más gente y más países que los que revelan mis pasaportes, que figuro en algunos catálogos particulares y que distintos servicios de inteligencia extranjeros intentaron captarme. Sin éxito, obviamente. Isidoro Gilbert y Rogelio García Lupo fueron testigos de un episodio en la confitería Richmond de la calle Florida (que ya no existe), en julio de 1985, donde me entrevisté con un norteamericano que quería contactar con la embajada soviética para contarle el destino de dos artistas del Circo de Moscú que habían desertado en Buenos Aires. Le hice el contacto con la embajada, bajo la promesa, mía al funcionario ruso, de que no contaría nada al PCA. Obviamente, fue lo primero que hice. Directamente a Fava, con quien colaboraba en sus escritos y veía con regularidad, y curiosamente nunca supe más del asunto.

Para Isidoro fue un episodio inexplicable más, pero yo confirmé, con *Cacho* Antinori, que no fue así. Lo que nunca supimos es quién portaba el anzuelo: la CIA o la KGB.

Mucho antes, cuando iba viajando a Moscú con la familia (Santiago y Javier, de 5 y 3 años, ya que Valeria nació allí, en el 80) en marzo de 1978, en el camino hacia Roma, alguien entró al

hotelucho en el que nos alojábamos en Florencia y extrajo del doble fondo de una de las valijas (cerrada con candado) uno de los dos documentos con membrete del PCA que yo llevaba. Era el que decía que tenía la representación del Comité Central del Partido Comunista para los temas y asuntos que yo mismo invocara.

No conozco que mi antecesor Arturo, ni mis sucesores, hubieran llevado un papel semejante, además firmado por Gerónimo Arnedo Álvarez, secretario general, e, inopinadamente, por Arnaldo Piñera (*Pilo*), alguien a quien conocía mucho pero no veía hace tiempo y que había sido reemplazado al frente de las Relaciones Internacionales del partido por Héctor Santarén, cofirmante, sí, del segundo documento, con mi designación como corresponsal en Moscú. Este último no fue tocado, como tampoco ninguna cosa de valor y algo de dinero que estaba a la vista en la valija.

Marta se preocupó como yo de la enigmática desaparición y sus circunstancias. Pero nunca imaginó que fue la causa del casi inimaginable nerviosismo y sobresalto que me acompañó cruzando gran parte de Italia y hasta llegar a Moscú. A mi regreso a Buenos Aires, tres años después, *Cacho* Antinori ensayó una posible explicación que me cerró más que la que me habían dado los soviéticos de mi palo, pero lo cierto es que jamás supe qué mensaje o significado encerraba esa desaparición.

Allí, en la URSS, durante unas maniobras, conocí a mis jefes argentinos. Míos, de Antinori, de *Pilo* y cualquier otro que hubiera, de los que sólo tenían conocimiento Arnedo y Orestes. Ignoro si la lucha aviesa por el poder que se desató tras la muerte del primero, y después de la del segundo, a pocos días de la ocupación de Malvinas en 1982 (lo recuerdo porque yo estaba en la pieza del Sanatorio Otamendi cuidándolo cuando él falleció), permitió un traspaso adecuado de una estructura tan compartimentada.

Ni hablar de la etapa mesiánica de Echegaray que se disfrazaba con borceguíes y chaquetas tipo militar y sólo hablaba de la selva nicaragüense o salvadoreña y de otros lugares que yo y tantos otros conocíamos mejor que él, cual *cowboy* de revista mexicana. No creo que un aparato tan serio le haya sido confiado o, de ser así, seguramente ya no existe.

Éstos son algunos títulos que me relevan de mayores detalles. Sí, quisiera dejar en claro que esta estructura militar no tenía vaso

comunicante alguno con lo que era autodefensa o la acción de inteligencia hacia los servicios o las Fuerzas Armadas.

Como hecho anecdótico, mis viejos contactos me confirmaron que en las amenazas de muerte que sufrimos con mi familia en junio de 1988 durante la etapa alfonsinista, y el 2 de noviembre de 1989 cuando realizaron un «allanamiento negro» de mi casa dejando señales intimidantes, ya durante la gestión de Carlos Menem y siendo yo secretario general de redacción de *Sur*, estuvieron complicados los tenebrosos lazos, e infiltraciones, que el aparato de inteligencia del PCA mantenía, sobre todo, con la Policía Federal.

No pocos «plumas» (como se dice en la jerga a los de Inteligencia, para diferenciarlos de los federales «azules») llegaron a altos puestos en la Dirección del PCA, en todas las épocas.

Es más, días después del subrepticio asalto a mi casa en noviembre de 1989, un amigo personal vio en el despacho del entonces jefe de la SIDE, Juan Bautista *Tata* Jofre, la desgrabación completa de una conversación telefónica mía con Alberto sobre el tema. No sé si la leyó completa o apenas la espió, pero lo cierto es que me transcribió el contenido y palabras exactas de ese diálogo. Para *el Tata*, según me dijo, habían sido los «federicos» (por la Federal), pero él insistía, sin darme más detalles (que yo tampoco pedí porque así son las reglas del juego), que «es interno, fue la misma gente del PC».

Sea como fuere, los dos hechos, en democracia, coincidieron con el comienzo, la etapa más crítica y el desenlace de la crisis de mi padre y Alberto con el PCA, y el hostigamiento que sufría *Nando* en lo suyo y yo en el *Diario Sur*, lo que me llevó a renunciar pocos meses después.

En el primero de los episodios, en junio de 1988, apenas me había recuperado de un terrible *surmenaje* que me mandó al hospital y a dormir en abril una semana sin ningún inductor, cuando ya estaba clara para mí la terrible y tenebrosa traición de Echegaray al Partido y, particularmente, a mi familia, a mi padre y a mis hermanos, aunque, como el lector, recién me entero de sus detalles, como ellos de los míos.

Por mi parte, luego de la dudosa experiencia de 1986 en la Richmond, que ya relaté, fui perdiendo imperceptiblemente

contacto con mis contactos, valga la redundancia, temeroso de tropezar nuevamente con lo que siempre había temido: ser confundido, y mucho menos serlo, con un agente de la KGB.

Curiosamente, o no, jamás me había sucedido nada parecido en Moscú, siendo que, como a ningún otro argentino, me habían permitido conocer algunos de los enviados del frente militar que estudiaban en internados allí, tener como mejor amigo a un coronel del Ejército en actividad (que había sido en su juventud, en Cuba, traductor de Raúl Castro), o conocer y hasta intimar con el legendario espía soviético que llegó a dirigir la contrainteligencia británica y hablaba perfecto castellano, ya que había pasado por España con disfraz profranquista y como corresponsal de *The Times*, entre 1937 y 1939.

Mis escapadas para largas charlas en su apartamento, donde aprendí a tomar vodka como en ninguna otra parte, me resultaron tan gratas e imborrables como subrepticias, ya que él, Kim Philby en persona, como salido de una novela con anteojos de armazón particularmente grueso y pelo cano y tupido, había solicitado permiso para verse con un extranjero, yo, luego de tropezarnos, como vecinos del mismo edificio, comprando *calbazá* [106] en el Gastronom [107] de la planta baja, frente a la *Ploshiad Vostania*.

Como se ve, mi carrera de oficial de inteligencia es la historia de un primer fracaso como combatiente, y la desocupación posterior *in eternum* como analista experto. Me quedé sin jefes y sin destino. Pero lo poco o mucho que aprendí siempre estuvo al servicio de mi Patria y de la lucha de mi pueblo y de los pueblos hermanos de América latina. Y eso me enorgullece, porque no fue fácil llegar a buen puerto en aguas tan procelosas.

También conocí en esas correrías a gente maravillosa como la que ya nombré y como, entre otros, al «Comandante Simón», el paisano de origen palestino, Schafik Handal, gran maestro y jefe militar del PC Salvadoreño y del Frente Farabundo Martí de Liberación (FMLN) con el que debatí amablemente (como si nos conociéramos desde hace mucho, ante la mirada absorta de Marta) en diciembre de 1979, cuando estaba de paso por Moscú rumbo a la reunión de organizaciones guerrilleras salvadoreñas convocadas por Fidel Castro en La Habana.

De allí surgió la Coordinadora Revolucionaria Político Militar

(CR-PM)
que libraría la guerra civil contra la derechista ARENA entre 1980 y 1992, en El Salvador. Casi 10 años después, cuando ya estaba planificada y en ejecución la «decadencia» de «los Nadra», cayó en El Salvador, en las montañas de Chalatelango, el joven brigadista argentino Marcelo Feito. Promediaba 1987 y, aunque seguían vampirizándome intelectualmente, yo ya estaba fuera de juego y aislado, no sólo de mi futuro sino también de mi pasado.

Eso no impidió que el nombre de guerra de Feito, «Teniente Rodolfo», me atravesara como un gélido e inmisericorde rayo, como una ilusión fusilada con su nombre, con mi nombre. Como tantos nombres de lo que nunca fue y, sin embargo, sucedió.

Eso, claro, no es todo. Pero es suficiente.

5.4 Primavera en otoño

Escribí y escribo estas líneas, ya lo dije pero insisto, abrumado por el peso de los *Recuerdos en Rojo* de Alberto. Sus relatos retornan como arietes y golpean mi memoria. Lo hago en la noche del 22 de agosto de 2012, a 17 años del fallecimiento de nuestro padre. Tengo ante mis ojos un cuadernillo suyo, de tapas azules y hojas amarillentas, con un listado de 50 temas y reflexiones sobre la vida, la familia, la militancia, la moral, la cultura, los amigos y tantos otros. Era, intuyo, el esquema para lo que seguramente sería un libro que titularía «Primavera en otoño».

Curiosamente, lo descubrí hace no más de una semana atrás, escondido entre dos libros que heredé de su biblioteca. La moral, espíritu militante y fe en el porvenir que resumen esas páginas, escritas cuando el cáncer (al que le declaró «la guerra», según nos notificó solemnemente en un bar de Campichuelo y Ángel Gallardo) ya lo devoraba; dibujadas con exultante optimismo en la sofocante soledad y aislamiento que le impusieron injustamente sus camaradas; así como las frases cortas, casi titulares o enumeraciones, contundentes, precisas, lacerantes y premonitorias que les dedica, me terminan de convencer de que acabo de participar, aunque sea mínimamente y sobre el final, de un acto de justicia. De la reivindicación tácita de la vida y obra (aunque no esté detallada en este libro) de un hombre cabal, de un revolucionario ejemplar, de un político de raza, de una buena persona en definitiva, frente a la saga contradictoria de una generación o degeneración de advenedizos, canallas y farsantes que lo traicionaron y defraudaron.

Son los mismos que ya hace años tomaron por asalto, para reducirlo a su mínima expresión, la dirección del otrora influyente Partido Comunista de la Argentina. Pero siento ahora que el viejo los derrotó, más allá de la muerte, aun al costo no querido de irse de este mundo sin plasmar sus sueños y convicciones. Alcanzó, y eso me consuela, a enfrentarlos con la pluma y la palabra.

Ahí están sus libros, sobre todo *La Religión de los Ateos. Reflexiones sobre el estalinismo en el Partido Comunista de la*

Argentina (Nadra, 1989) y su folleto «Porqué renuncié al Partido Comunista», como testimonio irrefutable y permanente, de denuncia contra los que jamás supieron, ni sabrán, escribir una línea con ideas propias (y ni siquiera con ajenas).

Agrego mi pena, mi lástima más sincera y mi obligatoria náusea sartreana hacia quienes, posteriormente, tanto escribieron sobre esos temas, desde la supuesta objetividad académica, pero sin romper viejos cordones umbilicales que los seguirán condenando hasta el fin de sus días, y no tuvieron la altura moral de citar ni un solo párrafo de algunos capítulos memorables, sobre todo sobre los desaguisados de la internacional comunista o sobre la posición de los comunistas en los primeros gobiernos de Juan Perón. Para los alumnos de la Universidad Torcuato Di Tella, a la que la familia donó su biblioteca personal son, sin embargo, material de consulta provechosa e ineludible (no lo dice mi percepción sino las estadísticas).

Tampoco parece tener valor alguno para los corifeos de la historia oficial, la desgarradora y profunda autocrítica personal que realizó Fernando Nadra, respecto de su posición (aunque haya sido una decisión que lo trascendió, como explicó Alberto) equivocada frente a la dictadura militar, gesto que no tuvo precedentes ni imitadores en la escena política nacional, mucho menos entre las estrellas del «Viraje en Unidad», los que, por el contrario, diluyeron sus responsabilidades en formulaciones colectivas, tan genéricas como tardías y hasta equidistantes, con esa ajenidad insoportable de los conversos.

Se trata de hechos, y omisiones, contundentes, que hablan por sí mismas y sólo responderán al pronto o lejano juicio de la historia y las futuras generaciones protagónicas. Seguramente no modificarán el pasado pero tal vez contribuyan a mejorar el presente.

Estos *Recuerdos en Rojo*, importan también como una reivindicación de los miles de simpatizantes y afiliados que no se arrepienten de haber integrado las filas de aquel PC de enorme capacidad de movilización y lucha, así como tantos y destacados hombres y mujeres del mundo de la cultura que se sentían orgullosos de pertenecer a él, aún en las más difíciles condiciones políticas.

Tal vez para ellos, para muchos de ellos, estas líneas redoblen la

pasión maltrecha y alimenten, también, lamentablemente, la angustia de comprobar que más que víctimas de un debate y una puja ideológica, fueron el material de descarte de puras canalladas con muy poco, o nada, de política.

Entiendo que esta versión inédita de acontecimientos que fueron deliberadamente ocultados o deformados, y que por primera vez salen a la luz, es también una contribución ejemplarizadora de Alberto para el debate sobre la militancia y las conductas y compromisos que conlleva. Militancia a la que por suerte, tras décadas de genocidio y oscurantismo, se van incorporando nuevas generaciones de jóvenes y adultos «recuperados». No dejemos caer la esperanza, impulsemos la iniciativa, la participación y la discusión política, separando la paja del trigo.

Los grandes proyectos como el que hoy estamos recién intentando alumbrar y desarrollar (es mi humilde opinión, esperanzada pero atenta) en la Argentina desde 2003, no se defienden con consignas o el gerenciamiento de la política que inventaron los Grosso y los Storani. Tampoco con la mera construcción mediática con la que quiso reemplazarla el *Chacho* Álvarez, sino con millones de hombres y mujeres participando, organizados y movilizados, defendiendo en las calles y en sus lugares de trabajo cada una de las conquistas; y yendo luego, paso a paso, por la siguiente.

Estoy convencido de que éste debe ser el legado de este texto, más allá de cada detalle de los *Secretos en Rojo*. Es, como dice el subtitular, la invalorable experiencia de *un militante entre dos siglos*.

Vaya entonces mi homenaje y contribución con estos versos que, también como los del encabezado, escribí en un momento de gran angustia y desazón, pero sin abandonar nunca la fe en el futuro, en nuestro futuro y el de nuestros hijos y nietos.

Militancia

Es un viento de estrellas
apagadas.
De horizontes quebrados
que no fueron.

Es el grito, y el susurro
y el silencio,
de millones hoy vacíos
en sus sueños.

Son las voces sagradas
de los muertos.
Tantos mártires, tanta lucha
sepultada sin remedio.

Son mis años juveniles
son las calles,
muchedumbres embriagadas
de utopías traicionadas.

Es la escoria, el enemigo
que hoy festeja,
la ironía de un destino
sin banderas.

Yo creía en aquel árbol
y en sus frutos.
No advertía sus raíces
putrefactas.

Son millones que reclaman,
en sus tumbas, sin un nombre,
y hoy oteo el porvenir
con otros ojos.

Son tenazas con la savia
de sus vidas
que me imploran porvenires
sin engaños.

Mi memoria ya extraviada
se lamenta en su impotencia
y remuerde mi conciencia
tanta verba convencida.

Es un cielo tormentoso
que descarga sobre mi alma
una lluvia, roja sangre,
que me anima a la esperanza.

Siempre es bella la utopía
y es posible,
si los hombres no aniquilan
con sus medios esos fines.

Me dirán: tú te has quebrado,
pero eso no me angustia.
Yo no añoro el vano vuelo
del anclaje en el pasado.

Jamás, nunca, yo he abjurado
de tan nobles ideales:
libertad, palabra inmensa, la justicia,
y el amor entre los hombres.

En honor a nuestros muertos
busco ahora otra aurora
que reviva tantas flores,
en sus lápidas marchitas.

La verdad es un sendero
con espinas y dolores.

Los atajos son abismos,
frustración y sinsabores.

Puede ser que este fracaso
ilumine otro futuro,
que el pasado con sus lacras
ponga lumbre en el camino.

Rodolfo

19/4/95

Pienso que en las últimas cuatro líneas subyace la opinión básica, que comparto, y que desgrana Alberto en este libro. Los versos fueron escritos a poco menos de 30 días de la reelección de Carlos Menem y a cuatro meses de la muerte de nuestro padre, con todo lo que ello significa, en tiempos políticos y personales.

Ha pasado mucho tiempo, y no en vano. El suficiente para que Alberto se anime a este puntapié inicial. En otro país, que ha cambiado. En una Argentina en la que, no sin dificultades, contradicciones y también traiciones, hemos recuperado la política y consignas que creíamos sepultadas, como las de Memoria y Justicia, soberanía nacional y justicia social.

Está claro qué es lo que apoyamos y cómo proponemos hacerlo. También por qué y por quiénes apostamos y contra qué y quienes seguiremos dando la batalla fundamental.

Pero la verdad, nuestra verdad sobre un proceso que nos llevó la vida y sigue afectando la de miles y miles de compañeros, nunca sobra. Por el contrario: educa, esclarece, reivindica y evita cometer los mismos errores «no forzados», en el campo propio. Aquellos que tanto festeja el enemigo, e incluso alienta. A no dudarlo.

Por eso, las páginas de Alberto dejan oír un grito irrefutable y acusatorio; un llamado a las nuevas generaciones de militantes a no cometer viejos errores ni caer en el letargo abortivo de la amañada historia oficial del PCA. Es una denuncia, con testimonios únicos, renovados, que ahora sí cierran, y que desnudan el escandaloso fraude del llamado «viraje en unidad».

Finalmente, desde el punto de vista editorial, estos testimonios confirman que «los Nadra» vuelven a la palestra con todo lo que tienen: su verdad, sus testimonios y archivos generosos, sin intención alguna de tomar prisioneros, siempre en ese contexto y muy lejos de la canalla matona que pretendió defenestrarlos del pasado y de aquel presente. Pero que no podrá hacerlo del actual.

Al que le quepa el sayo que se lo ponga, parece decir Alberto en los entresijos de cada frase, de cada capítulo imperdible, y al que no, que incline la cabeza. Y habrá que tomar nota.

[Anexo 3]

Militantes y dirigentes comunistas asesinados entre 1918 y 2024

216 víctimas, 29 de ellas mujeres.

Algo menos de 70 casos con sentencia condenatoria.

Esta lista, incompleta y con breves referencias a las víctimas, fue editada por el autor de este libro y es parte de un trabajo de mayor alcance de la Comisión de Derechos Humanos del PC.

La Comisión aclara que está en permanente corrección y actualización y ruega que se le informe acerca de errores y/o ausencias. Contacto: jose.schulman@gmail.com.

En esta reproducción no se incluyen los detalles de la acción jurídica partidaria que llevó a juicio todos los casos y, en algunos de ellos, obtuvo condenas o prosigue con las causas.

Desde la fundación del partido hasta 1925

Seis víctimas desde 1918 hasta el 17 de octubre de 1945; veinticuatro entre 1945 y 1955 y otros cuatro en los 60. Ninguna mujer. En total, 36 víctimas fatales. La aplastante mayoría de los crímenes siguen impunes.

- Hay que destacar que se encuentra abierta la investigación acerca de las víctimas comunistas durante las luchas obreras y populares desarrolladas en 1919 en la **Semana Trágica** (700 muertos); entre 1920 y 1922 en la **Patagonia Rebelde** (entre 300 y 1500 fusilados); en los 100 días de **huelga de los obreros de la Construcción** en la década del 30; y los caídos en la **conmemoración de los 1º de Mayo** hasta los primeros tres años de la década del 40.
- **Albino Arguelles**. Nacido en 1896, carrero de profesión, participó en los sucesos de la Semana Trágica y fue dirigente de la Sociedad Obrera de San Julián, provincia de Santa Cruz.

  Fue, junto al *Gallego* Soto —también comunista—, uno de los principales dirigentes de la huelga de los trabajadores rurales conocida como «la Patagonia Rebelde». Fue fusilado en 1921 por el Capitán Anaya.
- **Enrique Germán Müller**. Dirigente de la Federación Juvenil Comunista, Secretario del Secretariado Sudamericano de la ICJ. Asesinado el 26 de diciembre de 1925 en medio de una discusión congresal.

Periodo entre 1925 y 1955

- **Quaretta, Leonor**. Agricultor del Chaco. Dirigió la primera guerrilla de autodefensa en nuestro territorio y una de las primeras de Latinoamérica. Asesinado a los 34 años en marzo del 1945 en la localidad de La Tigra, Chaco.
- **Pastozuk, Ramón**. Asesinado en Villa Ángela, Chaco, en marzo de 1945.

- **Zdeb, José**. Líder del movimiento agrario. Asesinado en Villa Ángela, Chaco, en marzo de 1945. Murió en la mesa de torturas junto a Ramón Pastozuk.
- **Aguirre, Carlos Antonio**. Obrero tucumano. Asesinado en medio de la gran huelga de los ingenios de 1949.
- **Miguel Hamui**. Militante de *la Fede*, colaborador de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. Asesinado en 1949.
- **Jorge Calvo**. Fue uno de los principales dirigentes de la historia de *la Fede*. Era Secretario del PC de la provincia de Buenos Aires cuando fue asesinado por bandas armadas en el local partidario de la localidad bonaerense de Quilmes el 4 de agosto de 1950 en medio de la pelea por impedir el envío de tropas argentinas a Corea.
- **Ángel Pedro Zelli**. Obrero textil. Asesinado por bandas armadas en el local partidario de la localidad bonaerense de Quilmes el 4 de agosto de 1950 junto a Jorge Calvo.
- **Juan Ingalinella(Inga)**. Secretario de propaganda del Partido Comunista de la provincia de Santa Fe; médico pediatra; exdirigente de la FJC. Secuestrado por la Sección Orden Social de la Policía de Rosario el 17 de julio de 1955 cuando preparaba volantes contra el bombardeo en Plaza de Mayo y llamando a enfrentar el golpe. Continúa desaparecido. Fue uno de los primeros casos en que la movilización popular logró el Juicio y Castigo a los asesinos de un militante popular.

En el periodo que va del 6 de junio de 1943 al 16 de septiembre de 1955 el Partido Comunista sufrió el asesinato de otros veintitrés compañeros de los que aquí presentamos, de los cuales no hemos podido aún precisar fecha y lugar de su deceso, y cuyos nombres son:

- **Juan Carlos Albarricín**
- **A. Yugman**
- **Santiago Lorenzo Redondo**
- **Humberto Solaro**
- **Ramón Bravo**
- **Ricardo Salas**

- **Mauricio Gleizer**
- **Alfredo García**
- **Ramón Fernández**
- **Lucindo Dopazo**
- **Ramón Soler**
- **Delfino Ares**
- **Antonio Reche**
- **Aurelio Gutiérrez**
- **Juan Carlos Ghia**
- **Francisco Blanco**. Asesinado en el local Parque Patricios de la ciudad de Buenos Aires.
- **Enrique Blainstein**. Alumno de Leónidas Barletta en el Teatro del Pueblo. Muerto al recibir disparos provenientes de la Secretaría de Prensa de la Nación.
- **Alberto Beltrán**
- **Eduardo Crocco**. Asesinado durante los festejos de la derrota del Eje el 15 de agosto de 1945.
- **Benito Curri**. Asesinado durante los festejos de la derrota del Eje el 15 de agosto de 1945 junto a Eduardo Crocco.
- **Enrique Tchira**. Asesinado por la Alianza Nacionalista Libertadora el 25 de mayo de 1947, mientras *piqueteaba* (voceaba el diario partidario).
- **Rubén Natalevich**. Asesinado en un acto en Plaza Congreso en 1946. Su multitudinario entierro fue perseguido y atacado violentamente por la policía.

Periodo entre 1955 y 1970

- **Raúl Alterman**. Asesinado el 29 de febrero de 1964, por el grupo Tacuara en la puerta de su departamento. Tres días después, un «tacuara» es detenido y revela la organización del crimen. Los autores reciben penas de cuatro a siete años de

prisión. El promotor del asesinato permanece prófugo.

- **Guillermo J. Kehoe**. Abogado defensor de los DDHH, fue uno de los que encabezó la lucha por el esclarecimiento del caso Ingalinella. Luego del apresamiento de los culpables, sufrió un ataque en la escalera de acceso a los Tribunales de Rosario, falleciendo el 6 de mayo de 1964 a causa de las heridas de bala sufridas.
- **Daniel Grimbak**. Asesinado el 12 de mayo de 1965 en el transcurso del acto en repudio al envío de tropas argentinas en apoyo a la invasión *yankee* a Santo Domingo.
- **Néstor Méndez**. Dirigente sindical, miembro de la Comisión Gremial de las Cooperativas de Crédito de la zona oeste, es baleado en una manifestación de la CGT el 21 de octubre y fallece el 6 de noviembre de 1965.

Periodo previo al golpe del 76

23 varones; 3 mujeres. De ellos, 6 tenían cargo de presidente de Centro de Estudiantes o Federación (Sur). Universitaria. Seis sentencias.

- **Néstor Martins**. Abogado comunista, laboralista y de presos políticos. Socio en el estudio jurídico de Atilio Librandi, 33 años. Secuestrado el 16 de diciembre de 1971. Continúa desaparecido.
- **Nildo Conrado Centeno**. 37 años, responsable del PC en la Coordinadora Intervillas de la Capital Federal. Secuestrado junto a Néstor Martins el 16 de diciembre de 1971. Continúa desaparecido.
- **Teodoro Konoba Krul**. Militante barrial de *la Fede* y estudiante de la facultad de Arquitectura de la UBA. A sus 22 años, cumpliendo tareas de solidaridad en el Chile de la Unidad Popular. Fue secuestrado a pocas horas del golpe de Pinochet, durante la resistencia ofrecida en la fábrica Indumet. Junto a Miguel Ángel Lacorte. Militante del PRT/ERP, los trasladaron a «El Estadio», en Santiago, donde fueron torturados y finalmente asesinados el 14 de septiembre de 1973.

- **Julio Fumarola**. Trabajaba en la revista *7 Días*. Asesinado por la Triple A el 6 de febrero de 1974, a los 33 años.
- **Rubén Poggioni**. Trabajador industrial. Militante de *la Fede* de la zona Norte de la provincia de Buenos Aires. Asesinado por la Triple A en Boulogne el 2 de junio de 1974.
- **Tita Clelia Hidalgo**. Responsable sindical barrial y miembro de la comisión sindical de la provincia de Córdoba. Torturada en el allanamiento policial producido al local partidario del 9 de octubre de 1974. Falleció a los 31 años de edad por las hemorragias internas que le produjo el ataque sexual efectuado como modo de tortura.
- **David H. Cilleruelo(Watu)**. Militante de *la Fede*, estudiante de ingeniería industrial y Secretario General de la Federación Universitaria de Bahía Blanca. Asesinado por patotas de la Triple A al servicio del entonces rector interventor Remus Tetu en la localidad de Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires el 3 abril de 1975.
- **Ismael Norberto Lomez Alejandro**. Militante de la zona Norte de la provincia de Buenos Aires, secuestrado y asesinado por un comando de la Triple A cuyos integrantes se identificaron como policías en la localidad de San Fernando, provincia de Buenos Aires el 14 de abril de 1975.
- **Andrés De la Peña**. Militante comunista de Córdoba. Asesinado por la Triple A el 19 de abril de 1975.
- **Manuel Modesto Aravena Delgado**. Integrante del movimiento vecinal villero, trabajaba como administrador de la comisión vecinal en la villa Mariano Pujadas de la localidad bonaerense de El Palomar. Secuestrado por un comando de la Triple A cuyos miembros se identificaron como policías en la madrugada del 20 de abril de 1975. Tenía 32 años de edad. Su cuerpo sin vida fue hallado al día siguiente.
- **Alberto Pojomovsky**, representante de la Fede en el Encuentro Nacional de los Argentinos y la Coordinadora de Juventudes Políticas Argentinas en Bahía Blanca. Asesinado por la Triple A el 17 de mayo de 1975 en la puerta del local comercial donde trabajaba en el centro de la ciudad.
- **Juan Ramón Zaragoza Cecchini** (**Chilo**). Militante de

la Fede alumno regular de 5º año de la Carrera de Bioquímica, presidente del Centro de Estudiantes de su facultad en la Universidad de La Plata. Secuestrado y asesinado por un comando de la Triple A el 8 de junio de 1975. Su cuerpo fue posteriormente hallado en la localidad bonaerense de Berisso.

- **Carlos Alberto Banylis**. Militante de la zona Oeste de la provincia de Buenos Aires, delegado del gremio del transporte de pasajeros e integrante de la Coordinadora 5 de Abril. Asesinado por un comando de la Triple A en su domicilio de la localidad de Ituzaingó, provincia de Buenos Aires el 10 de junio de 1975.
- **Salomón Rosario Attara**, trabajador del gremio transporte público de pasajeros, integrante de la Coordinadora «5 de abril». Asesinado por la Triple A en la localidad de Lanús, provincia de Buenos Aires, el 8 de agosto de 1975.
- **José Fiorenza**. Militante del Partido Comunista asesinado por la Triple A en la localidad de Tigre, provincia de Buenos Aires el 10 de junio de 1975.
- **Graciela Carmen Panne**. Militante de *la Fede* y estudiante de la carrera de Ingeniería Química en la Universidad Tecnológica Nacional de Avellaneda. Secuestrada y asesinada a los 23 años de edad por un comando de la Triple A en la localidad de Avellaneda, provincia de Buenos Aires el 3 de octubre de 1975. Al momento de su secuestro y asesinato, estaba embarazada de tres meses.
- **Gilberto Cower**. Trabajador mecánico automotriz en la zona Norte de la provincia de Buenos Aires. Secuestrado y asesinado por un comando de la Triple A en octubre de 1975.
- **Juan Carlos Bustamante**. Presidente del Centro de Estudiantes de la Universidad Tecnológica Nacional de Tucumán provincia de Tucumán. Fue secuestrado de su domicilio en la localidad de San Miguel de Tucumán el 2 de diciembre de 1975. Continúa desaparecido.
- **José Blas Vega**. Secretario del Centro de Estudiantes y presidente de la Federación Universitaria provincial en la Universidad Tecnológica Nacional de Tucumán. Secuestrado el día 2 de diciembre de 1975 de su domicilio, en la localidad de Yerba Buena, por un comando integrado por diez hombres

armados. Continúa desaparecido.

- **Diego Zoilo Fernández Martínez**. Delegado de la Unión Ferroviaria de los talleres de la localidad de Tafí Viejo, provincia de Tucumán. Secuestrado en un operativo policial y asesinado a los 37 años de edad el 10 de diciembre de 1975.
- **Juan Alberto Caffaratti**. Miembro de la Dirección Nacional del Partido Comunista, trabajador de la Empresa provincial de Energía de Córdoba, (EPEC) y dirigente del Sindicato de Luz y Fuerza. Fue secuestrado el 12 de febrero de 1976 en la ciudad de Córdoba y fusilado.
- **Roberto Alejandro Wilson**. Militante de la Comisión Gremial Interna del Frigorífico San Telmo en la Localidad de Mar del Plata, provincia de Buenos Aires Secuestrado el 14 de febrero de 1976. Continúa desaparecido.
- **Susana Bermejillo**, presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo Secuestrada y asesinada a los 25 años de edad en la ciudad de Mendoza, provincia de Mendoza el día 22 de marzo de 1976.
- **Mario Aníbal Castro Carrasco**. Militante de la zona Norte, provincia de Buenos Aires. Secuestrado y asesinado el 22 de marzo de 1976.
- **Salvador Berón**. Militante del Partido Comunista en la provincia de Córdoba. Asesinado el 23 de marzo de 1976.

Desde el 24 de marzo de 1976 hasta 1982

Desde el 24 de marzo de 1976 hasta 1982 sufrimos 143 desapariciones forzadas o asesinatos, de los cuales 24 eran mujeres. De 84 de ellos no tenemos registro judicial, de sesenta y uno tenemos certeza de sentencia.

- **Rene Russo**. Empleado municipal de Oran. Secuestrado el 24 de marzo de 1976. Hoy, la sala del Consejo Deliberante lleva su nombre. Continúa desaparecido.
- **Jacobo Lerner**. Obrero industrial y empleado en la tienda «La Super» en la ciudad de Cosquín. Militaba en el sindicato de oficios varios de esa ciudad, su última actividad política fue

organizar y fundar el COMACHI, Comité de Solidaridad con Chile, después del golpe de Estado de Pinochet. Fue secuestrado la madrugada del 3 de abril de 1976 de su casa, en presencia de su esposa. Permaneció cautivo en el Centro Clandestino de Detención Tortura y Exterminio «La Perla». Continúa desaparecido.

- **Santiago Ryan**. Delegado del Sindicato Gráfico y miembro de la Comisión Gremial Interna de Editorial Atlántida. Secuestrado de su domicilio particular en la localidad de Temperley, provincia de Buenos Aires el 7 de abril de 1976. Continúa desaparecido.
- **Amalia N. Insaurralde**. Militante del PC en la provincia de Córdoba. Asesinada por la dictadura el 9 de abril de 1976.
- **Floreal Edgardo Avellaneda(Negrito)**. Secuestrado el 15 de abril de 1976 a los 14 años de edad de su domicilio familiar en la localidad bonaerense de Munro. Fue asesinado por empalamiento. Su cadáver apareció en la ensenada de Montevideo el 12 de mayo de 1976, identificado y posteriormente robado por la dictadura militar uruguaya.
- **Miguel Ángel Russeaux**. Trabajador metalúrgico, delegado de *Gillette*. Fue secuestrado en abril de 1976. Continúa desaparecido.
- **Luis Roberto Pender**. Trabajador de la industria automotriz, delegado gremial de la empresa *Peugeot*. Secuestrado en San Francisco Solano, provincia de Buenos Aires el 10 de mayo de 1976. Continúa desaparecido.
- **Walter Zaporta**. Secuestrado en la localidad de La Matanza, en la provincia de Buenos Aires, en mayo de 1976. Continúa desaparecido.
- **Hernán Vives**. Obrero del gremio de Luz y Fuerza en la ciudad de Córdoba. Secuestrado en mayo de 1976. Continúa desaparecido.
- **Rodolfo César Gordillo**. Militante de *la Fede*, estudiante de la Universidad Nacional Tecnológica de Córdoba, fue secuestrado a los 23 años de edad de su domicilio particular en el barrio los Paraísos de la capital provincial el 4 de junio de 1976. Continúa desaparecido.

- **Gabriel Braustein**. Militante de la ciudad de Río Cuarto, provincia de Córdoba. Fue secuestrado a los 54 años de edad el 10 de junio de 1976. Continúa desaparecido.
- **Víctor Vázquez**. Militante del Partido Comunista, trabajador de los ferrocarriles y dirigente de la Unión Ferroviaria. Fue dirigente del Centro de Estudios Sindicales y sociales. Secuestrado a los 61 años de edad en la localidad bonaerense de Villa Ballester el 10 de junio de 1976. Continúa desaparecido.
- **Raúl Horacio Trigo**. Militante de *la Fede*, estudiaba el 5º año de Arquitectura en la Universidad Nacional de Córdoba. Fue secuestrado a los 28 años de edad el 13 de junio de 1976. Continúa desaparecido.
- **Segundo Auder**. Secuestrado en la provincia de Santiago del Estero el 14 de junio de 1976. Continúa desaparecido.
- **María Cristina Cournou**. Secuestrada en la provincia de Buenos Aires el 21 de junio de 1976. Continúa desaparecida.
- **Raúl Luis Calderón**. Trabajador de la construcción en la zona Norte de la provincia de Buenos Aires. Fue secuestrado el 3 de julio de 1976. Continúa desaparecido.
- **María Rosa Clemente de Cancere**. Trabajaba en la Embajada de Cuba en Buenos Aires. Fue secuestrada a los 31 años de edad el 3 de agosto de 1976. Su cuerpo fue hallado en 2013.
- **Luis Pablo Steimberg**. Estudiante del segundo año de la carrera de Abogacía en la UBA, soldado conscripto destinado a la Primera Compañía del Comando del Colegio Militar de la Nación. Fue secuestrado a los 22 años de edad en la localidad bonaerense de Morón el 10 de agosto de 1976. Continúa desaparecido.
- **Luis Daniel García(Huevo)**. Soldado conscripto destinado a la Primera Compañía del Comando del Colegio Militar de la Nación. Fue secuestrado a los 23 años de edad en la Capital Federal el 12 de agosto de 1976. Continúa desaparecido.
- **Jorge Néstor Moral**. Obrero del Astillero Naval Río Santiago, secuestrado a los 37 años de edad del domicilio de su

madre en la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires el 18 de agosto de 1976. Continúa desaparecido.

- **Ángel Enrique Arrieta**. Trabajador ferroviario y militante comunista. El 20 de agosto de 1976 fue secuestrado de su domicilio, en la ciudad de Bahía Blanca, Buenos Aires, siendo ejecutado en la vía pública y encontrado su cuerpo el 25 de agosto en el Barrio Saladero. Tenía 37 años.
- **Néstor Gilberto Lellin**. Militante de *la Fede*, obrero de la empresa *Fiat* en la planta de Ferreira, Córdoba. Integrante del cuerpo de delegados de la empresa. Fue secuestrado de su lugar de trabajo el 6 de septiembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Marcelo Abregú**. Obrero de la empresa Fiat en la planta de Ferreira, Córdoba. Integrante del cuerpo de delegados de la empresa. Fue secuestrado de su lugar de trabajo el 6 de septiembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **José Francisco Flores**. Militante de *la Fede* y estudiante de Arquitectura (UBA), secuestrado en o camino a la facultad el 9 de septiembre 1976. Un año después también, el 7 de septiembre, sería atrapado su hermano, Antonio José Flores. Militante de Montoneros, Columna Norte. Los dos siguen desaparecidos.
- **David Zarco Pérez**. Militante de *la Fede*, estudiante de cuarto año de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo en la Universidad Nacional de Córdoba. Fue secuestrado a los 22 años de edad de su domicilio el 17 de septiembre de 1976.
- **Eber Pablo Antonio Grilli**. Militante de la Federación Juvenil Comunista en la provincia de Córdoba, asesinado por la dictadura militar el 20 de septiembre de 1976.
- **Rubén Goldman**. Militante de la Federación Juvenil Comunista. Trabajaba en el taller textil de sus padres. Fue secuestrado, a los 24 años, de su domicilio en el barrio San Martín de la ciudad de Córdoba, el 20 de septiembre 1976. Continúa desaparecido.
- **Carlos Zenón**. Militante del Partido Comunista en Corrientes. Asesinado por la dictadura militar el 19 de septiembre de 1976.
- **Alba Luz Cosentino**. Militante del Partido Comunista,

miembro del Comité provincial y del Comité Central del PC, fue miembro del Comité de Auspicio del Año Internacional de la Mujer en la Argentina. Fue secuestrada a los 37 años de edad de su domicilio en la ciudad de San Miguel de Tucumán el 21 de septiembre de 1976. Continúa desaparecida.

- **Juan Carlos Pellita**. Militante del Partido Comunista, obrero de la empresa *Lucini S. A*. y Secretario del PC de Pergamino, provincia de Buenos Aires. Secuestrado a los 28 años de edad de su domicilio el 21 de septiembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Enrique Guillén**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba y miembro del Comité provincial de la FJC. Fue secuestrado junto a su esposa del domicilio familiar en Villa Belgrano, ciudad de Córdoba el 21 de septiembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Mónica A. Protti de Guillén**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante del quinto año de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Cördoba. Fue secuestrada junto a su esposo del domicilio familiar en Villa Belgrano, ciudad de Córdoba el 21 de septiembre de 1976. Continúa desaparecida.
- **David Colman**. Militante del Partido Comunista, miembro de la dirección provincial del PC en Córdoba. Fue secuestrado junto a su esposa y su hija de su domicilio en la capital provincial el 21 de septiembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Eva Wainstein de Colman**. Militante del Partido Comunista en la ciudad de Córdoba. Fue secuestrado junto a su esposo y su hija de su domicilio en la capital provincial el 21 de septiembre de 1976. Continúa desaparecida.
- **Marina Colman**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de la Universidad Tecnológica Nacional de Córdoba. Fue secuestrada a los 18 años de edad junto a sus padres de su domicilio en la capital provincial el 21 de septiembre de 1976. Continúa desaparecida.
- **Hugo Alberto Kogan**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, trabajaba como viajante de comercio. Fue secuestrado a los 21 años de edad el 22 de septiembre de 1976.

Continúa desaparecido.

- **Jorge Daniel Collado**. Secuestrado en la provincia de Mendoza el 23 de septiembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Humberto Cordero**. Militante del PC, obrero de la construcción. Fue secuestrado a los 39 años de edad de su domicilio del barrio Güemes de la ciudad de Córdoba el 24 de septiembre de 1976. Permaneció cautivo en el Centro Clandestino de Detención Tortura y Exterminio «La Perla». Continúa desaparecido.
- **Ana Teresa Diego**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de 3er año de Astronomía de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA, dirigente del Centro de Estudiantes de esa carrera. Secuestrada al salir de la facultad el 30 de septiembre de 1976. Continúa desaparecida. En 2011, el Comité de la Unión Astronómica Internacional bautizó al asteroide 11 441 —que se encuentra entre Marte y Júpiter— con el nombre «Anadiego».
- **Reina Leguizamón de Nicelsky**. Militante del Partido Comunista en la provincia de Buenos Aires. Asesinada por la dictadura militar en septiembre de 1976.
- **Ángel Adolfo Medina**. Militante del Partido Comunista, miembro del Comité provincial y Secretario del Comité local de la ciudad de Monteros, provincia de Tucumán. Era empleado bancario. Fue secuestrado a los 30 años de edad de su domicilio particular el 27 de septiembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Elías Juan Toconás**. 26 años, puestero en Tumbaya, Jujuy. Secuestrado el 30 de septiembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Américo Macrobio Vilca**. 18 años. Militante del PC en Tumbaya. Secuestrado el 5 de octubre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Héctor Nicolás Brizuela**. Militante del Partido Comunista de la provincia de Mendoza, empleado de la Bodega Giol. Asesinado por la dictadura militar el 18 de octubre de 1976.
- **Antonio García**. Militante del Partido Comunista en la provincia de Mendoza, empleado de la Bodega Giol. Asesinado

por la dictadura militar el 18 de octubre de 1976.

- **Paulino Prudencio Galeán**. Militante del Partido Comunista en San Salvador de Jujuy, maestro mayor de obra y empleado de la Dirección de Arquitectura de la provincia de Jujuy. Secuestrado a los 30 años de edad el 19 de octubre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Cresente Galeán**. Militante del Partido Comunista en la localidad de Tumbaya, provincia de Jujuy. Fue secuestrado el 19 de octubre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Manuel Ismael Vivas**. Militante del Partido Comunista en la ciudad de Jujuy, electricista. Fue secuestrado el 20 de octubre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Rosalino Ríos**. Secuestrado en Jujuy el 20 de octubre de 1976. Tumbaya, 20 años. Continúa desaparecido.
- **Rosa Santos Mamani**. Albañil nacido en Tumbaya, provincia de Jujuy. Militante del PC, 25 años. Secuestrado el 23 de octubre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Baldomero Juan Valera**. Militante del Partido Comunista en la zona Sur de la provincia de Buenos Aires. Abogado, integró el cuerpo jurídico de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, fue apoderado del PC de la provincia de Buenos Aires. Desarrolló una importante carrera como escritor. Fue secuestrado al salir de su estudio jurídico en la localidad bonaerense de Avellaneda el 3 de noviembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Elbio Ángel Bel**. Militante del Partido Comunista en la localidad de Trelew, provincia de Chubut. Maestro, fue apoderado del PC local y militante de la LADH y el Comachi (Comité de Apoyo a Chile). Fue secuestrado a los 38 años de edad y junto a su hijo de ocho meses —luego restituido a su madre— de su negocio personal en la ciudad de Trelew el 5 de noviembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Ramón Lucio Pérez(Moncho)**. Militante de la Federación Juvenil Comunista. Obrero y estudiante, fue delegado gremial en el sindicato de la alimentación. En la carrera de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora fue dirigente de la Federación Estudiantil. Trabajaba en la Oficina comercial de la Embajada de Cuba en

Buenos Aires. Fue secuestrado de su domicilio particular de la localidad bonaerense de Temperley el 9 de noviembre de 1976. Continúa desaparecido.

- **Damián Alfredo Soto**. Militante comunista y reportero gráfico, 24 años, secuestrado en el domicilio de su novia, Cangallo 1671, Capital Federal, por una patota de la ESMA, el 13 de noviembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Rubén Alonso Esteban**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, empleado del Sindicato de Músicos. Fue secuestrado a los 18 años de edad de su domicilio en la Capital Federal el 23 de noviembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Carlos Eulogio Villada**. Militante del Partido Comunista de Jujuy, técnico en minería y empleado en la Dirección de Vivienda de la provincia. Delegado gremial de la Asociación de Empleados públicos provinciales. Fue secuestrado a los 46 años de edad el 23 de noviembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Héctor Alberto Pérez**. Militante del Partido Comunista, obrero de la empresa SAIAR. Fue secuestrado de su domicilio particular el 29 de noviembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Juan Díaz**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, trabajador gastronómico de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Fue secuestrado de su lugar de trabajo el 29 de noviembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Vicente Cosentini**. Militante del Partido Comunista. Contador Público Nacional, Secretario del Comité provincial y miembro del Comité Central del PC. Secuestrado en la ciudad de San Salvador de Jujuy el 15 de diciembre de 1976. Continúa desaparecido.
- **Armando Jorge Ferraro**. Militante del Partido Comunista. Fue secuestrado de su domicilio particular de la Capital Federal junto a su madre y sus tres hermanos —que posteriormente fueron puestos en libertad—, el 3 de enero de 1977. Continúa desaparecido.
- **Carlos Alberto Ramírez**. Militante del Partido Comunista trabajaba en un negocio de artículos fotográficos en la localidad bonaerense de Berazategui. Fue secuestrado del domicilio de unos amigos el 18 de enero de 1977. Continúa desaparecido.

- **Jorge Lucio Rébori**. Militante del Partido Comunista, abogado y Profesor de la materia Filosofía del Derecho en la Facultad de Derecho y Cs. Sociales de la UBA. Fue secuestrado junto a su esposa Sara C. Machado al salir de su estudio jurídico sito en el barrio de Congreso de la Capital Federal el 1 de febrero de 1977. Continúa desaparecido.
- **Antonio Alberto Garbarino**. Militante de la Federación Juvenil Comunista estudiante de la carrera de Física Nuclear en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA, trabajador del movimiento cooperativo en la cooperativa «El Hogar Obrero» fue secuestrado el 19 de febrero de 1977. Continúa desaparecido.
- **Domingo Sánchez**. Delegado del gremio de la Construcción, secuestrado el 20 de febrero de 1977, en San Fernando, provincia de Buenos Aires. Continúa desaparecido.
- **Ana María Aguirre**. Militante de la Federación Juvenil Comunista prestaba servicios laborales en la cooperativa MIPO de Avellaneda. Fue secuestrada a los 26 años de edad de su domicilio particular en la localidad de Lanús, provincia de Buenos Aires el 23 de febrero de 1977. Continúa desaparecida.
- **Teresa Alicia Israel**. Militante del Partido Comunista, abogada, responsable del área juvenil de la Comisión Jurídica de la LADH. Había sido militante en el Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho de la UBA. Fue secuestrada del domicilio familiar del barrio porteño de Villa Crespo el 8 de marzo de 1977. Continúa desaparecida.
- **Víctor Nicolás Minsburg**. Militante de la Federación Juvenil Comunista. Era músico y estudiante de física. Fue secuestrado a los 23 años de edad el 21 de marzo de 1977. Continúa desaparecido.
- **Fabio Bernardo Goldring**. Militante del Partido Comunista en la zona Oeste de la provincia de Buenos Aires, director del conjunto teatral de la Cooperativa Morón. Fue secuestrado a los 36 años de edad junto a su esposa del domicilio de ambos en la localidad bonaerense de Castelar el 22 de marzo de 1977. Continúa desaparecido.
- **Alicia Elena Palanco de Goldring**. Militante del Partido Comunista de la zona Oeste de la provincia de Buenos

Aires, formaba parte del conjunto teatral de la Cooperativa Morón. Secuestrada a los 27 años de edad, junto con su esposo de su domicilio particular en la localidad bonaerense de Castelar el 22 de marzo de 1977. Continúa desaparecida.

- **Mabel Carranza**. Militante de la juventud comunista, poeta y estudiante de Psicología. Fue secuestrada a sus 21 años en la localidad de José León Suárez, provincia de Buenos Aires, el 30 de marzo de 1977. Continúa desaparecida.
- **Oscar Pérez**. Secuestrado en la provincia de Buenos Aires el 10 de abril de 1977. Continúa desaparecido.
- **Rubén Darío Rodríguez**. Obrero de los frigoríficos, secuestrado en Mar del Plata el 11 de abril de 1977. Continúa desaparecido.
- **Juan Hidalgo**. Empleado de *Ford*, secuestrado a los 27 años en Munro, provincia de Buenos Aires, el 12 de abril de 1977. Continúa desaparecido.
- **Roberto Coelho**. Militante del Partido Comunista, dirigente gremial en la zona Norte de la provincia de Buenos Aires. Fue secuestrado el 16 de abril de 1977. Continúa desaparecido.
- **Carlos Esteban Alaye**. 21 años, delegado gremial metalúrgico y estudiante de Psicología en la UNLP. El 5 de mayo de 1977, mientras transitaba en bicicleta por Ensenada fue herido en la espalda por un disparo, secuestrado y trasladado al CCD «La Cacha». Continúa desaparecido.
- **Sergio Andrés Clar**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, empleado de la Agencia Marítima Delfino. Desarrollaba tareas solidarias con los exilados de la experiencia de la Unidad Popular chilena tras el golpe de Pinochet en 1973. Fue secuestrado, junto con su padre, de su domicilio particular a los 23 años de edad en la Capital Federal el 17 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.
- **Mario César Clar**. Militante del Partido Comunista, asesor de empresas, desarrollaba tareas solidarias con los exilados de la experiencia de la Unidad Popular chilena tras el golpe de Pinochet en 1973. Secuestrado el 17 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.
- **Majer Leder**. Militante del Partido Comunista, comerciante.

Desarrollaba tareas solidarias con los exilados de la experiencia de la Unidad Popular chilena tras el golpe de Pinochet en 1973. Fue secuestrado a los 70 años de edad de su domicilio en la calle Pueyrredón de la Capital Federal el 17 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.

- **Mauricio Leder**. Militante del Partido Comunista, comerciante. Desarrollaba tareas solidarias con los exilados de la experiencia de la Unidad Popular chilena tras el golpe de Pinochet en 1973. Secuestrado de su domicilio particular de la calle Boulogne Sur Mer de la Capital Federal el 17 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.
- **María Isabel Navarrete**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante universitaria de la carrera de Medicina en la Universidad Nacional de La Plata. Secuestrada al salir de la facultad el 17 de mayo de 1977. Continúa desaparecida.
- **Oscar Lautaro Hueravilo**. Militante del Partido Comunista, empleado de la Bodega Peñaflor. Secuestrado a los 23 años de edad de su domicilio particular en la calle Fitz Roy de la Capital Federal el 19 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.
- **Mirta Mónica Alonso de Hueravilo**. Militante del Partido Comunista, secuestrada en el sexto mes de embarazo en la Capital Federal el 19 de mayo de 1977. Dio a luz a su hijo Emiliano Lautaro Hueravilo en la ESMA. Continúa desaparecida. Emiliano fue recuperado.
- **Carmen Candelaria Román**. Militante del PC. Secuestrada a los 36 años de edad cuando salía de la sede del Comité Capital del PC el 20 de mayo de 1977. Continúa desaparecida.
- **Juan Cesáreo Arano Basterra(César)**. Militante del Partido Comunista. Secuestrado a los 49 años de edad cuando salía de la sede del Comité Capital del PC el 20 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.
- **Luis Justo Agustín Cervera Novo**. Militante del Partido Comunista. Secuestrado cuando salía de la sede del Comité Capital del PC el 20 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.
- **Ricardo Isidro Gómez**. Militante del PC. Secuestrado a los

35 años de edad cuando salía de la sede del Comité Capital del PC el 20 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.

- **Antonio Gerardo Lucente**. Profesor secundario, 36 años, secuestrado en su domicilio de Ramos Mejía, provincia de Buenos Aires, el 23 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.
- **Rodolfo Alberto Sánchez**. Militante del Partido Comunista, miembro del Consejo Argentino por la Paz. Secuestrado de su domicilio particular en la calle Campichuelo de la Capital Federal el 23 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.
- **Julio César Mercado**. Militante comunista en la ciudad de San Miguel de Tucumán. Fue secuestrado de su domicilio particular el 25 de mayo de 1977. Continúa desaparecido.
- **Roberto Lesta**. Militante del Partido Comunista, cumplía con tareas de mantenimiento en el local del Comité Central del PC. Fue secuestrado a los 32 años de edad al salir de su trabajo el 1 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Alejandro Antonio Blasco**. Militante del Partido Comunista, cumplía con tareas de mantenimiento en el local del Comité Central del PC. Fue secuestrado a los 29 años de edad al salir de su trabajo el 1 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Graciela Ester Nicolía**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de la Facultad de Ciencias Económicas (UBA). Secuestrada a los 23 años de su domicilio en la calle 33 Orientales, Capital Federal, el 3 de junio de 1977. Continúa desaparecida.
- **Héctor Müller**. Obrero químico. Militante sindical en la zona de San Lorenzo, provincia de Santa Fe, secuestrado y asesinado por la dictadura el 5 de junio de 1977.
- **Luis Dimattia**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de Medicina y Secretario del Centro de Estudiantes de su facultad. Fue secuestrado del departamento que alquilaba junto a otros compañeros en la ciudad de La Plata el 9 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Néstor Zaragoza**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de 2º año de la carrera de Medicina. Fue

secuestrado a los 21 años de edad del departamento que alquilaba junto a otros compañeros en la ciudad de La Plata el 9 de junio de 1977. Continúa desaparecido.

- **Juan José Riqueza**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de 4º año de la carrera de Geología en la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata. Fue secuestrado a los 24 años de edad del departamento que alquilaba junto a otros compañeros en la ciudad de La Plata el 9 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **José Luis Suárez**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de 4º año de Educación Física. Fue secuestrado del departamento que alquilaba junto a otros compañeros en la ciudad de La Plata el 9 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Ana Patricia Steimberg**: 21 años, estudiante de 3er año de las carreras de Profesorado de Educación Física y Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades de La Plata. Fue secuestrada ante sus familiares el 16 de junio de 1977 a las 3 de la madrugada de su domicilio de la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires. Continúa desaparecida.
- **Gabriel Marcelo Rubio**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de Geología de la UNLP. Secuestrado a los 20 años de edad en su domicilio familiar de la ciudad de La Plata el 16 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Miguel Ángel Horton**. Militante del Partido Comunista, trabajador ferroviario, ayudante de conducción en el Ferrocarril Gral. San Martín. Fue secuestrado a los 24 años de edad de su domicilio particular de la localidad bonaerense de Caseros el 30 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Mario Rinaldi**. Militante del Partido Comunista, trabajador ferroviario, empleado del Ferrocarril Gral. Urquiza. Secuestrado a los 28 años de edad de su domicilio de la localidad bonaerense de Caseros el 30 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Oscar Buchellini**. Obrero metalúrgico. Militante del Partido Comunista en la localidad bonaerense de Caseros, fue secuestrado el 30 de junio de 1977, junto a sus hermanos

Héctor y Miguel Ángel, peronistas. Continúa desaparecido.

- **Alberto Fontela**. Militante del PC en la Capital Federal, secuestrado el 30 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Walter Héctor Carrizo**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, obrero de una fábrica de productos plásticos y estudiante secundario. Fue secuestrado a los 18 años de edad de su domicilio particular de la localidad bonaerense de Caseros el 1 de julio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Roberto Claudio Valetti**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, músico y miembro de la Orquesta Sinfónica Juvenil de *Radio Nacional* y de la Orquesta Juvenil de *Canal 9*. Fue secuestrado a los 18 años de edad junto a su esposa, cuando se dirigían a su domicilio, el 1 de julio de 1977. Continúa desaparecido.
- **María Elena San Martín de Valetti**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, empleada de *Citroen* y estudiante de Traductorado Público de francés en la UBA. Integraba el taller literario «Horacio Quiroga». Fue secuestrada junto a su esposo cuando se dirigían a su domicilio el 1 de julio de 1977. Continúa desaparecida.
- **Claudio Alejandro Ostrej**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, empleado de la Cía. Carlés S. A. e integrante del taller literario «Horacio Quiroga». Fue secuestrado a los 20 años de edad de su domicilio particular de la Av. Libertador en la Capital Federal el 15 de julio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Osvaldo Domingo Bringas**. Militante del Partido Comunista, obrero mecánico en la firma Massuh. Fue secuestrado en su domicilio particular en la localidad bonaerense de San Francisco Solano el 22 de julio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Carlos Charino**. Secuestrado en la provincia de Buenos Aires el 4 de agosto de 1977. Continúa desaparecido.
- **Julio Duarte**. Secuestrado en la provincia de Buenos Aires el 4 de agosto de 1977. Continúa desaparecido.
- **Ernesto Otahal**. Secuestrado en la provincia de Buenos Aires el 4 de agosto de 1977. Continúa desaparecido.

- **Pedro Fortunato Gómez**. Fallecido durante una sesión de torturas el 15 de agosto de 1977 en el Regimiento 9 de Corrientes. A pesar de su enfermedad cardíaca, resistió hasta el fin sin suministrar ninguna información. Miembro de la Comisión de Prensa, a pesar de varias detenciones, nunca dejó de distribuirse el periódico comunista bajo la dictadura.
- **María Elena Ianotti de Gambero**. Militante del Partido Comunista. Fue secuestrada a los 41 años de edad en un comercio donde trabajaba, sito en la localidad bonaerense de Merlo, el 14 de septiembre de 1977. Continúa desaparecida.
- **Juan Gualberto Arellano**. Militante del PC, obrero marmolero, secuestrado a los 62 años en Almte. Brown al 900, Capital Federal, el 11 de octubre de 1977. Continúa desaparecido.
- **Luis Raúl Bonano**. Militante del Partido Comunista, trabajador marítimo. Secuestrado en Almte. Brown al 900, Capital Federal, el 11 de octubre de 1977. Continúa desaparecido.
- **Pablo Horacio Galarcep**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, trabajador de la Caja de Ahorro y Seguro y estudiante de quinto año de la carrera de Arquitectura en la UBA, miembro del Centro de Estudiantes de esa casa de estudios. Fue secuestrado a los 23 años de edad de su domicilio familiar en la calle O'Higgins de la Capital Federal el 26 de octubre de 1977. Continúa desaparecido.
- **Pedro Juárez**, secuestrado en Santiago del Estero. Continúa desaparecido.
- **Patricio Zalarriaga**. Militante del PC en Grand Bourg, provincia de Buenos Aires. Asesinado por la dictadura militar en 1977.
- **Hernán Rojas Fajardo**, secuestrado en la Capital Federal el 7 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Rodolfo Emilio Pettina**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de Medicina en la Universidad Nacional de La Plata. Estaba becado por la municipalidad de

Treque Lauquen. Fue secuestrado a los 19 años de edad de la Casa Universitaria de Trenque Lauquen sita en la ciudad de la Plata el 15 de junio de 1977. Continúa desaparecido.

- **Ricardo Antonio Sangla**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de Medicina en la Universidad Nacional de La Plata. Estaba becado por la municipalidad de Treque Lauquen. Fue secuestrado a los 23 años de edad de la Casa Universitaria de Trenque Lauquen, sita en la ciudad de la Plata el 15 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Héctor Oscar Manazzi**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de Medicina en la Universidad Nacional de La Plata. Estaba becado por la municipalidad de Treque Lauquen. Fue secuestrado a los 19 años de edad de la Casa Universitaria de Trenque Lauquen, sita en la ciudad de la Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, el 15 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Raquel Elena Burdisso**. Militante del PC, empleada del Servicio provincial de Agua Potable y saneamiento de la provincia de Tucumán. Secuestrada al salir de su lugar de trabajo en la capital provincial el 21 de junio de 1977. Continúa desaparecida.
- **Luis Saúl Kiper**. Secuestrado en Capital el 30 de junio de 1977. Continúa desaparecido.
- **Inés Ollero**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de Biología en la Facultad de Cs. Exactas y responsable de prensa de la FJC. Fue secuestrada a los 22 años de edad en un operativo realizado en un colectivo de la línea 187 en la Capital Federal el 19 de julio de 1977. Continúa desaparecida.
- **Alberto Carvajal**. Secretario de organización del Partido Comunista de San Juan. Fue asesinado el 18 de agosto de 1977, en el penal de Chimbas, después de intensas sesiones de tortura. La patota encabezada por el exteniente Olivera pretendió encubrir el crimen fingiendo un suicidio.
- **Rubén Fernando Oscar Messiez(Tito)**. Militante del PC, corredor de publicidad, exobrero metalúrgico, miembro del Comité provincial de Santa Fe. Secuestrado en las inmediaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la

Universidad Nacional de Rosario el 22 de agosto de 1977. Continúa desaparecido.

- **Aldo Cantero**. Militante del PC en la ciudad de Córdoba. Fue secuestrado el 17 de octubre de 1977. Continúa desaparecido.
- **Oscar Omar Reyes**. Militante del Partido Comunista, obrero metalúrgico, apoderado del PC ante la justicia electoral cordobesa. Secuestrado el 18 de octubre de 1977. Continúa desaparecido.
- **Ramiro Sergio Bustillo**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, empleado y estudiante de Ingeniería. Fue secuestrado a los 27 años cuando se dirigía a su lugar de trabajo en la ciudad de Córdoba el 18 de octubre de 1977. Continúa desaparecido.
- **Juan Carlos Navarro**. Militante del Partido Comunista, obrero de la construcción. Fue secuestrado a los 25 años de edad en la vía pública en la ciudad de Córdoba el 18 de octubre de 1977. Continúa desaparecido.
- **José Brizuela**. Militante del Partido Comunista, trabajador de la Empresa provincial de Energía de Córdoba, miembro de la dirección del gremio. Fue secuestrado de su domicilio particular en la capital cordobesa el 24 de octubre de 1977. Continúa desaparecido.
- **Hernán Gerardo Nuguer**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, estudiante de Arquitectura pronto a recibirse en la UBA, miembro del Centro de Estudiantes de esa casa de estudios. Secuestrado en la vía pública el 27 de octubre de 1977. Continúa desaparecido.
- **Pantaleón Barrientos**. Militante del Partido Comunista de la provincia de Buenos Aires. Asesinado por la dictadura militar el 1 de noviembre de 1977.
- **Jorge Rosalino Infantino**. Secuestrado el 27 de noviembre de 1977. Continúa desaparecido.
- **María Eugenia Ponce de Bianco**. Militante comunista y cofundadora de Madres de Plaza de Mayo. El 18 de diciembre de 1977 fue secuestrada, torturada y asesinada en la ESMA, junto a otras fundadoras de las Madres (Azucena Villaflor de

Vicenti, Esther Ballestrino de Careaga) y las monjas francesas Alice Domon y Léonie Duquet. La infiltración y el operativo contra el grupo, que se reunía en la iglesia porteña de la Santa Cruz, fue realizado por Alfredo Astiz.

- **Roberto Toranzo**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, técnico mecánico y estudiante de la carrera de Ingeniería. Fue secuestrado a los 28 años de edad junto a su esposa embarazada del domicilio familiar de la calle Bolivia en la Capital Federal el 5 de abril de 1978. Continúa desaparecido.
- **Patricia Dina Palacin de Toranzo**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, profesora de Ciencias de la Educación. Fue secuestrada a los 25 años de edad y con un embarazo de 3 meses, de su domicilio familiar en la Capital Federal el 5 de abril de 1978. Continúa desaparecida.
- **Hugo Julián Luna**. Secuestrado en La Plata, provincia de Buenos Aires, el 17 de junio de 1978. Continúa desaparecido.
- **Elba Fresno de Hidalgo**. Secuestrada en la provincia de Mendoza el 19 de abril de 1979. Continúa desaparecida.
- **Mario Marrero**. Militante del Partido Comunista, obrero metalúrgico, exmiembro del cuerpo de delegados de la planta de Barracas de la General Motors. Secuestrado en la Capital Federal el 20 de abril de 1979. Continúa desaparecido.
- **Antonio Silva**. Militante del Partido Comunista, dirigente partidario del barrio de Parque Patricios y obrero metalúrgico. Fue secuestrado el 16 de junio de 1979. Continúa desaparecido.
- **Román Javier Mentaberry**. Militante de la Federación Juvenil Comunista, periodista, fue asesinado por asfixia en la redacción del periódico semiclandestino del Partido Comunista el 28 de noviembre de 1979.
- **Danilo Nadalutti**. Asesinado en Catamarca en cumplimiento del servicio militar el 4 de febrero de 1980.

Asesinados desde diciembre de 1983

Desde el fin de la dictadura fueron asesinados once militantes (dos mujeres) y hubo, al menos, una sentencia contra los asesinos de Graciela Acosta.

- **Antonio Coco Villar**. Secretario del comité de Villa Corina del Partido Comunista, asesinado el 21 de julio de 1985, en Capital Federal, mientras realizaba una «pintada».
- **Alejandro Lezcano**. Jubilado ferroviario de Glew, Buenos Aires, asesinado en agosto de 1987.
- **Nestor Ridela**. Asesinado en Capital Federal.
- **Osvaldo Villanueva(Chingolito)**. Asesinado el 28 de junio de 1987.
- **Rogelio, Rodríguez**. Asesinado el 4 de diciembre de 1988 en Villa Martelli, provincia de Buenos Aires, mientras participaba en las movilizaciones contra la intentona golpista *carapintada* en las puertas del cuartel militar del Regimiento 3 de La Tablada.
- **Alfredo Rojas(Freddy)**. Militante juvenil de *la Fede* y de la LADH, encabezó una marcha contra la «legitimización» del genocida Bussi en Monteros, donde sus guardaespaldas lo hirieron de muerte el 27 de agosto de 1989, falleciendo el 20 de noviembre de ese año en San Miguel de Tucumán. Su crimen sigue impune.
- **Ramón Rodríguez**. Militante del MTL, asesinado en diciembre del 2001 en la Villa 21, Capital. Su crimen sigue impune.
- **Graciela Acosta**. Asesinada el 20 de diciembre de 2001 en Villa Gobernador Gálvez, provincia de Santa Fe. Madre de seis hijos, se había incorporado recientemente al MTL y al PC. En las movilizaciones del 19 de diciembre, se interpuso entre el policía y su amiga Mónica, recibiendo la bala que le costó la vida. Sus asesinos han sido condenados.
- **Néstor Guerrero**. Militante del MTL, fue asesinado por

matones en diciembre del 2001 en la Matanza. Su crimen sigue impune.

- **Florencia Gómez**. Militante de *la Fede* de la ciudad de San Jorge, Santa Fe. Fue víctima de femicidio en castigo a su militancia feminista el 12 de octubre de 2020.
- **Facundo «Camilo». Molares Schoenfeld**: 47 años, militante comunista, internacionalista y fotoperiodista, muerto el 10 de agosto de 2023 a consecuencia de la represión a una protesta pacífica, por parte de la Policía de la Ciudad de Buenos Aires.

[Anexo 4]

Comentarios y reflexiones acerca de la primera y segunda edición

La recepción de la primera edición y la segunda de *Secretos en Rojos*, en 2012, superó todas las expectativas que deposité en ella. Tanto desde el punto de vista del aporte académico (varios historiadores y periodistas han iniciado investigaciones acerca de la guerrilla en el Chaco, de la política militar del PC, y hasta del proceso del «Viraje»), como en las experiencias, recuerdos y reflexiones de un plural arco político y cultural, cruzado en muchos casos por la militancia de los años 60 y 70.

En reconocimiento a este enriquecedor proceso, comparto algunos de los comentarios y reflexiones que me hicieron llegar, con la esperanza de que sea una especie de respuesta en un diálogo continuo, que está lejos de cerrarse.

Un libro que enseña y transmite pasión

Los conocí bien, a los de mi generación porque compartí con ellos ideales, asambleas, marchas, y el hacha que nos partió a todos en los tiempos salvajes; y conocí a los anteriores, los contemporáneos de Mika, la capitana del POUM, en los libros y artículos de revistas ajadas por el tiempo, en los documentos, y sobre todo —aunque esto parezca raro— escribiéndolos en una novela. Nunca entendí a esta suerte de primos hermanos, ¡son un misterio los de *la Fede*, los del PC! A veces me dieron pena por las limitaciones que el Partido imponía a sus alas revolucionarias, por la traición de sus dirigentes a las bases, y otras veces, bronca, mucha bronca por esa ceguera obstinada. Sin embargo, leo siempre sobre el Partido, mi curiosidad nunca se sacia. El libro de Nadra me acerca a ellos para quererlos y detestarlos una vez más, como un baúl de secretos rojos enredados, voy sacando de él las anécdotas del Che; el fraude del «viraje en unidad», lo que no me asombra aunque no lo conocía así, con todos sus jugos, como Alberto lo escribe; los recuerdos, dolorosos algunos, en el seno de una familia que le dio todo al partido.

Pero más importante aún, este libro me trae un militante, un hermano, alguien que comparte la ilusión por un mundo mejor, un luchador, un hijo de su viejo, Fernando Nadra. Su libro transmite con eficacia esa desesperación que los personajes de mi novela —y yo misma escribiéndolos— vivieron en Berlín en el 33, y más tarde en la guerra civil española. *Secretos en Rojo*: Un libro que enseña y que transmite pasión. Investigación y memoria viva.

Gracias, Alberto Nadra.

Elsa Osorio

Escritora. Autora de *A veinte años Luz* y *Mika*, entre otras obras.

• • •

Un aporte invalorable a la hora de construir el futuro

Querido amigo:

Lamento no poder acompañarte en la nueva presentación de tu libro *Secretos en Rojo* como hubiera sido mi deseo.

Aprovecho estas líneas entonces para manifestarte que tu obra merece ocupar un espacio relevante en la biblioteca de quienes militamos en el campo popular. Ello es así no sólo porque ilustra acerca de hechos y personajes, muchas veces poco conocidos en la memoria histórica sino, fundamentalmente, por tu aporte a una lectura de los hechos donde las a lecciones del pasado, con sus contradicciones, si son dialécticamente analizadas, constituyen siempre un aporte invalorable a la hora de construir el futuro.

En esa tarea, como ayer y ahora, estaremos hombro a hombro contigo.

Sólo me resta felicitarte por tu valioso esfuerzo militante y desearte éxito en esta nueva edición de tu obra. Te mando un fuerte abrazo,

Mercedes Marco del Pont

Economista y docente. Directora de *FIDE*.

Expresidenta del Banco Nación, del BCRA y de la AFIP.

• • •

Cala hondo en la sensibilidad de una generación

Desacralizador, humanizante, revelador desde ese «otro mundo» que era posible. Secretos en Rojo abruma por lo que no esconde, sorprende por lo que se dice y cómo se dice y conmueve por su relato tan fluido como abismal. Alberto Nadra no sólo analiza la estructura del Partido Comunista, sino que además cala hondo en la sensibilidad de una generación que creyó posible la utopía de un mundo menos injusto. Lo pagó con sangre, para convertirse en leyenda.

Fernando Ferreira

Periodista, poeta y traductor, en el suplemento cultural de *Télam*.

Sumar a la historia social

La historia social de la liberación de los pueblos no son senderos lineales. Se van construyendo, muchas veces, con las mismas piedras que lanzaron los enemigos de la liberación; los monopolizadores de los poderes fácticos.

Alberto Nadra nos convoca al entrecruzamiento de la trayectoria biográfica y la Historia Social. Tanto él como nosotros —sus lectores— hemos sido testigos y partícipes de grandes o diminutas porciones de esa biografía emancipadora, asentada en el cono sur del continente americano.

Sin embargo, todo el aliento del libro nos traslada al debate, aún necesario, de qué hacer, con quién y cuándo. Frente a estas preguntas se puede caer en la tentación «liberal» de competir por quien estuvo más cerca de liderar epopeyas revolucionarias. Se puede caer, también, en la puja de legitimidades revolucionarias o en los debates sinsentido acerca de quién fue más valiente o quién tenía la «línea» más acertada.

Sin embargo, Nadra nos convoca —en base a sus experiencias previas— a entender los procesos históricos en clave de «oleadas convergentes», en donde cada actor colectivo permite sumar para el horizonte común emancipatorio. *Secretos en rojo* transita por los mismos caminos que Agustín Tosco. Supone a cada organización como parte de un flujo confluyente de horizonte común revolucionario: no compite por la legitimidad única, no se rasga las vestiduras ni se arroga la sapiencia trascendental. Sólo muestra los aportes de una biografía que todo proyecto futuro debe recuperar.

No se trata de hacer «tabla rasa» de lo que sucedió. Y menos aun cuando apenas se conocen los aportes de seres casi anónimos que contribuyeron a las oleadas setentistas. No se trata de borrar de un plumazo las heroicidades por más pequeñas que sean. Se trata, sobre todo, de sumar a la Historia Social, las biografías que intentaron ser barridas del mapa, pero que todavía laten, con presencia iluminadora, al costado izquierdo de nuestra memoria. Juntas, confluyentes y —sobre todo— impulsoras de todo lo que falta.

Jorge Elbaum

Sociólogo, investigador y profesor universitario argentino.
Fue el primer presidente del Llamamiento Argentino Judío, embajador de

la Cancillería argentina ante la *International Holocaust Remembrance Alliance* y dirigió la Escuela de Defensa Nacional.

• • •

Hay gente, años y vida aquí…

> En este libro volví a encontrar una literatura vivencial —política, en el mejor sentido— que hace tiempo que no se produce en el mundo (o al menos, de la que no dan cuenta las revistas y suplementos dominicales que hoy se editan). Si tuviera que ubicar el volumen de *Secretos en Rojo* en una biblioteca, sin duda estaría junto a Gente, Años, Vida, del recordado Ilya Ehrenbug. Se trata de libros abiertos, escritos desde una experiencia que nunca fue individual ni solitaria; libros en los que aparecen muchas voces; memorias que resultan inagotables porque cada momento de la Historia que reflejan puede volver a ser leído, iluminado, enriquecido por la mirada de otro lector, de otro compañero, de otro camarada. Alberto nos propone desde estas páginas que nos sentemos a hablar de ciertos temas que todavía tienen que ser hablados. Porque hay gente, años y vida aquí.

Y porque el último lector —o lectora— para quien se ha escrito este libro, todavía no ha nacido.

Oscar Federico Taffetani

Periodista y escritor. Editor de DDHH en la Agencia *Télam* **[108]**.

La memoria de los derrotados

> Tener memoria no es tener recuerdos. Mientras los recuerdos son legajos muertos de una historia pasada, la memoria es la recopilación ordenada y selectiva de una experiencia histórica que nos constituye como sujetos históricos y como clase social. *Tenemos* recuerdos. Pero *somos* memoria.

El raro ejercicio de volcar en papel la memoria de los derrotados implica el doble esfuerzo de evitar le tentación de «matar» esa memoria para convertirla en recuerdo y el aun más peligroso

intento de suplantar el contexto por el texto que nos entrega un relato, pero sepulta todo sentido y significado.

El trabajo de Alberto Nadra no es un libro, es un testimonio de aquello que fue, con el objetivo de que siga siendo, en una línea de ruptura, no de continuidad.

No es una resucitación del pasado para fines culturales, sino una convocatoria urgente para encontrar en el pasado respuestas a las necesidades del presente. Porque las respuestas de lo que seremos se encuentran en los interrogantes de lo que fuimos ya que la memoria de que pudimos ser libres amenaza de muerte toda estrategia de dominación.

Si carecemos de esa urgencia no habrá memoria sino cultura, ese horrible instrumento mediante el cual las clases dominantes de todo el mundo y de todos los tiempos nos enseñan que la verdad es resultado de la inteligencia y no de la acción, de la contemplación y no del deseo.

Norberto Emmerich
Doctor en Ciencia Política. Consultor en Seguridad y Geopolítica.
Presidente del Centro de Estudios en Estrategia
y Políticas Públicas - CEEYPP.

• • •

También brilla el otro lado de la luna

Hay ciertos libros que se escriben sólo con oficio, y hasta pueden ser entretenidos. Hay otros libros que se escriben, además, con arte: pueden rozar la excelencia y hasta pueden despertar admiración y placer.

Pero hay otra clase de libros en los que el oficio y el arte se subordinan a los latidos de las venas del autor, porque las manos de ese mismo autor son las que escarban en la maraña apasionada de sus recuerdos militantes, descubriendo continentes hasta ahora no develados, luces que permanecían ocultas y que ahora alumbran lo mantenido en silencio, el camino recorrido pero jamás revelado.

Decir que esta última clase de libros divierten o admiran o dan placer, es una suerte de tilinguería que no estoy dispuesto a

cometer. *Secretos en Rojo* pertenece a esa estirpe de libros que abren cráteres en volcanes que no los tenían, generando energías centrífugas de las que el autor es un fenomenal cable de cobre, un conductor de electricidad en estado de gracia.

Y entonces se da la magia de los homenajes a los compañeros, las anécdotas impensadas, los dolores de las heridas, la dignidad y la terquedad de las banderas que no se arrían.

Pero nunca en un plano único: son varias las dimensiones del relato, tantas que uno se ve tentado a meterse en los recovecos de las historias y hasta respirar el mismo aire que los personajes o estrechar sus manos que uno siente vivas.

Yo no vengo de la misma tradición política que Alberto Nadra: soy peronista desde que tengo uso de pasión. Es más, durante décadas nuestra tradiciones se miraron de reojo, se maltrataron, se incomprendieron, se insultaron y hasta alguna que otra barbaridad más que no es de caballeros recordar ahora.

Pero un día conocí a los Nadra.

Primero a Rodolfo, después a Alberto (tratándose de ellos, bien podría haber sido al revés, lo mismo hubiera dado).

Una potente conexión no sólo me unió a ellos, sino que me urgió a hacer algo juntos, algo lo suficientemente significativo que lavara los años de las distancias y de las disidencias.

Y vaya si lo hicimos: no sólo militamos la democratización de la palabra en la Argentina, sino que vencimos le perversa tontera de estar en bandos separados.

Doy gracias a Dios por haberlos conocido.

Como doy gracias a Dios tener en mis manos y haber leído *Secretos en Rojo. Un militante entre dos siglos*.

Ya dije antes que mi voluntad se ejercita desde hace años en eludir la zoncera de la tilinguería, por lo cual no voy a definir a la obra de Alberto Nadra con las lisonjas del medio pelo.

Diré, sí, y a viva voz, y a riesgo de ser reiterativo, que *Secretos en Rojo* es una montaña de energía.

Si usted, amigo lector, no tiene bien en claro qué cosa significa el concepto «imprescindible», esa niebla se le disipará si abre la magia de este libro donde varias décadas de nuestra historia son relatadas con el entrañable matiz de lo vivido.

Esta obra me ha confirmado lo que ya sabía desde que conocí a

los Nadra: también brilla el otro lado de la Luna.

Hugo Barcia

Periodista y escritor. Autor de *La Carpa de Alí Babá, El Dragón del Sur* y *Las sombras cardinales de Porfirio*, entre otros. Ex Subgerente de Relaciones Institucionales y Prensa de la *TV Pública*.

• • •

Una mirada valiosa

La lectura de este material me movilizó mucho desde el costado afectivo. Me remitió a mi inicio en las lides militantes; a los vínculos personales y hasta a mi comienzo en el teatro.

Claro, sin dejar de lado el análisis del devenir del Partido Comunista en ese período histórico que, en lo personal y como sugiere este libro, merece un debate amplio y riguroso.

Sin duda, se trata de una mirada valiosa, que permite también reflexionar sobre nosotros mismos.

Raúl Rizzo

Actor. Martín Fierro al mejor actor, 2000.

• • •

La refundación de las Juventudes Políticas en la dictadura

Me impactaron las revelaciones de *Secretos en Rojo*. No dudo que quedaron «en el tintero» algunas, por las que espero. Compartí con Alberto la lucha clandestina para la refundación y consolidación de las Juventudes Políticas Argentinas durante la dictadura de Videla y quisiera aportar un pequeño relato sobre una faceta de su personalidad. Las actividades

políticas estaban «suspendidas» y las reuniones había que hacerlas en los bares. Era común en ese clima represivo, bajo el estado de sitio, que la policía detectara cualquier reunión de jóvenes y se acercara para someterlos a interrogatorio. Para sortear la situación había que coordinar previamente las respuestas. Estábamos con Alberto debatiendo amablemente cuestiones organizativas de las Juventudes Políticas cuando fuimos interrumpidos por dos uniformados que nos pidieron documentos y nos preguntaron de donde nos conocíamos. Nuestros DNI estaban en regla y Alberto, fría y rápidamente, contestó «del colegio, con Adrián fuimos compañeros de colegio», obviamente no era cierto, los policías se fueron y continuamos nuestra reunión. A veces en la militancia caminábamos por el filo de la navaja y Alberto demostró todo su temple ese día.

Adrián Camps
Socialista, exdiputado de la Ciudad
en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires

• • •

Libro de consulta obligada

Alberto Nadra ya no milita en el PC pero el ideario comunista está en su ADN y en este espacio y tiempo, lanza el guante revelando historias que nos ponen frente a un entramado político-partidario que sigue despertando interrogantes y polémicas no resueltas dentro y fuera de la más grande organización política que tuvo la izquierda argentina. Lo leí «de un tirón» y no dudo que, *Secretos en Rojo*, será un libro de consulta obligada cuando se escriba la historia del comunismo y los comunistas argentinos, historia indispensable para entender la política en la Argentina del siglo XX, y para lo cual será fundamental, si realmente queremos conocerla a fondo, desterrar simplismos y prejuicios. Concretamente, el pensamiento único.

Enrique Llopis
Cantautor. Invierno, 2014

• • •

Cinco ejes para interpretar una obra clave

> *Secretos en Rojo* nos lleva, inmediatamente y como primer reflexión, a recordar aquella frase de Antonio Gramsci respecto de que «… Del modo de escribir la historia de un partido deriva el concepto que se tiene de lo que un partido es y debe ser. El sectario se exaltará frente a los pequeños actos internos que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo. El historiador, aun dando a cada cosa la importancia que tiene en el cuadro general, pondrá el acento sobre todo en la eficiencia real del partido, en su fuerza determinante, positiva y negativa, en haber contribuido a crear un acontecimiento y también en haber impedido que otros se produjesen».

En tal sentido, entendemos que *Secretos en Rojo* nos permite interpretarlo en, por lo menos, 5 aspectos clave:

Primero, como un *aporte para la reconstrucción de la historia del movimiento popular* desde la perspectiva de uno de sus protagonistas (que representa, a la vez, la voz de muchos otros). En ese punto, la historia no se refiere a datos meramente anecdóticos del pasado sino a una herramienta para conocer el presente que pretendemos transformar desde un determinado posicionamiento político.

Segundo, como un *trabajo que viene a cubrir las ausencias historiográficas sobre el Partido Comunista,* una de las culturas fundamentales de la política argentina contemporánea. En este punto, asume y explicita ausencias temáticas abordadas por la historiografía militante y la historiografía académica.

Tercero, como un *aporte para superar de lado la reconstrucción artesanal de la historia* que tantos militantes y exmilitantes tuvimos que protagonizar para tratar de encontrar respuestas sobre el pasado que pervivía en el presente de la cultura comunista y del movimiento popular.

Cuarto, como una *obra en construcción* que, por consiguiente, supone proyectos de trabajo futuro sobre variados ejes de investigación, entre otros: el PC como Organización Político Militar; la guerrilla chaqueña en los años 30; la relación entre el PC y la guerrilla del Che; las tareas de inteligencia contra el Plan Cóndor (Córdoba 652 11E); la solidaridad internacionalista de los militantes comunistas.

Quinto, como *lugar de memoria*, en el que se reconstruye los verdaderos sujetos de la política: los hombres y mujeres que dan carnadura a la militancia, como un espacio de transmisión de la memoria de los que pelearon para que los oprimidos se liberen. Y esto nos parece fundamental ya que, el legado del pasado es un espacio de disputa que «está en peligro» de ser olvidado o desconocido, porque, como bien nos aclaraba Walter Benjamin «Sólo aquel historiador que esté firmemente convencido de que hasta los muertos no estarán a salvo si el enemigo gana, tendrán el don de alimentar la chispa de esperanza en el pueblo».

Pablo Leoncini
Docente e historiador.

Lo sé porque estuve

> Yo fui de *la Fede* durante los años duros de la dictadura. Yo estudiaba en la facultad más politizada en la era más despolitizada de nuestra historia: la facultad de Filosofía y Letras a finales de los 70.

Yo me crucé, antes de afiliarme, con escasos militantes que se atrevían a hablar: el primero que me encaró tuvo mi fidelidad y mi militancia.

Fue un chico alto, rubio y de rulos. En ese entonces, antes de entrar a *la Fede*, seguía atenta lo que sucedía en el país a través de la lectura del *Buenos Aires Herald*. No tenía una familia que hubiese militado, ni amigos ni amigas ni vecinos. Mi entorno más bien se inclinaba por el «algo habrán hecho». La resistencia universitaria estuvo compuesta por un sólido tronco comunista, sí nosotros los de *la Fede*, los *troskos*, algunos tapados de la *jotapé* y nada más.

No había radicales, el PI llegó sobre el fin de la guerra de Malvinas junto a todos los demás, cuando ya no había peligro. Yo los consideré cobardes y oportunistas. En las trincheras del miedo estábamos nosotros, el secreto mejor guardado de los años K, nosotros hicimos nuestra propia década ganada en la lucha oscura mientras los compañeros de todos los partidos que habían resistido

eran chupados en centros clandestinos. *Secretos en rojo* viene a contar ese agujero negro por el que injustamente se ocultan mis años más intensos de militancia. Yo le gané a la dictadura, lo puedo decir. Le gané desde la Federación Juvenil Comunista que se hizo presente en cada acto de resistencia concreta. Me recuerdo atacando ingenuamente con bombas de mal olor a Kissinger, asistiendo en primera fila con una remera a rayas a la primera marcha estudiantil contra la dictadura que salió de la Facultad de Ciencias Económicas y llegó al Palacio Pizurno y fue reventada a palos por la cana. No había nadie más.

Ninguna otra alma que no fuese roja. Desde dentro me opuse a la alianza cívico militar, al apoyo a la guerra de Malvinas, a legalizar el partido dando mi nombre para que pudiera ir a elecciones en 1983. A mí me echaron de *la Fede* apenas empezó la democracia porque sospechaban que era una infiltrada y por todo lo demás. Los rojos se volvieron rosados. Les perdí el respeto y empecé a predicar que la patria es mi cuerpo. Sin embargo y con todo, considero que es tiempo de revelar que allí estuvimos los rojos, los comunistas defensores absurdos de la URSS y de Cuba, nosotros solos con unos pocos otros. Yo lo sé porque estuve y me echaron a patadas en el culo. Alberto Nadra jamás dejó de saludarme y apreciarme aún en nuestras diferencias. Destaco su libro porque pone en valor mis años de juventud y resistencia, los míos y los de una generación que sobrevivió y luchó cantando la internacional y pintando martillos y hoces cuando era un delito.

Secretos en rojo *sangre*, no secretos en rojo *vergüenza*. La vergüenza es el silencio sin adjetivos, un sustantivo oprobioso que no quiero permitir.

Cristina Civale

Escritora. Autora de *Chica fácil, Perra virtual, Adiós América* y *Las mil y una noches, una historia de la noche porteña*, entre otros.

• • •

La política en los genes

> Conocer a don Fernando Nadra, aun en escenarios de duros reclamos por parte de mi jefe, Raúl Alfonsín, fue una clase de excelencia, con todos los *masters* posibles, sobre la amistad verdadera. Desde luego, desde mi lado, el catedrático era Raúl Alfonsín y su amigo a pesar de todos los vientos, don Fernando. Esa amistad resistió todos los embates, soportó las discusiones, donde aun gritando, se escuchaban discusiones que sumaban, aunque circunstancialmente alejaran. Porque nunca faltó lealtad, hablar de frente (el diálogo, no la violencia). Luego, los dos en el llano, Fernando partió, tras muchas amarguras y seguramente renuncias de gente muy cercana a él, casi imperdonables. Pero es algo que les pasa a todos los que participan y lideran.

Allí estaba su amigo Raúl que tomó la posta del otro Nadra,el que siguió: su hijo Alberto, también con su militancia, su familia y su amistad imperecedera con el expresidente radical. Hubo tiempos duros, cuándo no, de idas y venidas, pero las normales de la lección largamente aprendida, seguro que por parte de los dos, pese a la diferencia generacional, ya que la humildad de Alfonsín no le impedían confesar que seguía aprendiendo, hasta el final. Las tenidas eran enriquecedoras, de gran respeto. Finalmente se fueron espaciando, porque Raúl preparaba su «campaña» final, larga, sin retorno físico. Seguimos recordando a los hacedores de nuestra política, que sufrieron el facto, que reclamaron a viva voz, con todos los riesgos, que escucharon sin dudas el reproche de ausencias de sus familias, con todo y errores, nos seguimos sintiendo cada día más ajenos, como decía mi madre cuando se sentía incómoda: «no sabemos dónde ponernos» frente a una realidad que muchas veces nos sorprende mal, la mayoría de las veces, en la política mundial, ni hablar de la próxima. Seguramente Alberto la debe entender, casi diría, por genética. Su libro es la prueba fehaciente. Yo no, porque sólo conocí la del expresidente. Y no hubo ninguna más que usara ese tipo de palabra: «de códigos» como se dice ahora, como si se hablara de los números de ingreso a una caja fuerte donde están las reglas mínimas de solidaridad, algún secreto que subraye que la política es para servir, no para servirse… en fin…, con excepciones… que son las que nos salvan.

Margarita Ronco
Licenciada en Ciencias de la Comunicación.
Exasistente del presidente Raúl Alfonsín.

• • •

Un libro atrapante

Excelente y atrapante libro ha escrito Alberto Nadra. Excelente porque desmenuza con fluidez y profundidad 50 años de historia de la izquierda argentina y en particular del Partido Comunista. Atrapante porque, con sus relatos y sabrosas anécdotas, es imposible no leerlo de un tirón.

Como antiguo militante de izquierda que soy, he conocido en vivo y en directo una parte no menor de esa historia que *Secretos en Rojo* describe. Me ha tocado ser parte incluso de situaciones que allí se relatan. Aun así todavía estoy sorprendido de tantas cosas —algunas geniales— que por Alberto me he enterado. También le agradezco que me haya ayudado con sus análisis e interpretaciones a entender mucho más mi propia experiencia política.

Dejo para el final de estas líneas mi reconocimiento a los Nadra. En esas páginas está condensado el compromiso de esta familia con su país y con su pueblo: esfuerzo, sacrificios, sufrimientos, persecuciones, derrotas, desencantos, nada les impidió pelear por sus ideales. Vaya mi homenaje a todos ellos.

Humberto Tumini
Exmiembro del ERP, fundó *Patria Libre* y hoy
es presidente de *Libres del Sur*.

• • •

¿Qué nos depara *Secretos en Rojo*?

El relato de vida de una familia comprometida y militantes del PCA y que desde las vivencias de Alberto y a través suyo la de su familia toda una

vida comprometida por la causa de los trabajadores.

Nos hace recorrer muchos años de lucha, en diferentes frentes, de generaciones entregados a la justa lucha por la liberación de nuestros pueblos y enfrentados a momentos difíciles por la represión de las dictaduras militares en los años 70.

No sólo de aquellos que son nombrados si no de los miles que abnegadamente aportaron al proceso de lucha a nivel nacional sino además de aquellos que como Alberto tomaron las banderas del internacionalismo en diferentes partes de nuestro continente e inclusive más allá del atlántico.

Nos devela aspectos, desconocidos para muchos, del trabajo Político Militar y el financiero del PCA, pero que transciende a otras organizaciones revolucionarias, acerca de cómo abordar y desarrollar las políticas en estas áreas. Las situaciones políticas actuales, en diferentes países, nos dan señales de la necesidad de contar, por parte de las organizaciones populares de definiciones en estas cuestiones, además conocidas y asumidas por el conjunto de la militancia.

Y nos da la posibilidad de repensar el quehacer político en estos tiempos, el carácter de la militancia, la política de alianzas y cómo trazar el camino para la construcción de una sociedad más justa, por la conquista del socialismo.

Y por último, Alberto nos demuestra que a pesar de todo lo vivido, los ideales siguen inclaudicables, el compromiso por las justas causas de nuestros pueblos están intactas, que a pesar de los años cronológicos sigue con ese impulso juvenil de esos años en que tuve el honor de conocerlo. Cuando queríamos alcanzar el mundo con nuestras manos tal como aún queremos hacerlo hoy.

Darío Croutchet González(*Luba*)
Integrante en 2013 del Comando de Independientes por la diputación de Camila Vallejo, del movimiento ciudadano *Todas Las Manos*, La Florida, Chile.

• • •

Aporte a la recuperación de la Memoria popular

> *Secretos en Rojo* ofrece la posibilidad de conocer aspectos de la lucha interna del Partido Comunista que no trascendieron a pesar de las numerosas fracturas sufridas por el PC. Especialmente porque se trata del relato de una persona que por razones políticas y personales tuvo acceso a los primeros niveles de la organización.

Ya no existen las razones que impedían la divulgación de los *secretos*. Quienes los ignoran son aquéllos para quienes el conocimiento de los hechos puede contribuir a la comprensión y valoración de un proceso de extraordinaria movilización y combatividad obrera y popular y para contribuir a la elaboración de una autocrítica de los errores cometidos.

La tarea de develar los secretos es un importante aporte al proceso de recuperación de la memoria popular.

La tarea de reconstrucción histórica de las luchas populares es parte de las disputas por la imposición de una interpretación de los hechos que conmovieron nuestro pasado reciente. A esa empresa se suma *Secretos en Rojo*.

Marcelo Langieri
Sociólogo, docente, exmiembro de Montoneros.

• • •

Un libro valiente

> Estamos en presencia de un libro dolorosamente autobiográfico. En alguna medida lo es de una familia: la familia Nadra, todos militantes de ese Partido. La cabeza visible fue el doctor Fernando Nadra, abogado, escritor y poeta, padre de Alberto, también destacado dirigente del Partido, al más alto nivel. Todos ellos han sido (Fernando, ya fallecido), y son, mis amigos y en buena medida compañeros de lucha por un mundo sin explotadores y explotados —por mi parte desde el Socialismo Argentino— en una etapa muy difícil de la vida Argentina. Con Fernando Nadra fuimos, además, compañeros de lucha en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos durante la dictadura, en épocas dificilísimas en que cualquier

error podía significar la desaparición y la pérdida de la vida.

Los Nadra, como tantos otros abnegados militantes, entraron en conflicto con la dirigencia partidaria, al punto de haber sufrido una verdadera persecución, de lo que da cuenta con detalle el libro de Alberto Nadra, que saca a la luz cuestiones absolutamente desconocidas hasta por quienes podrían jactarse de un amplio conocimiento sobre la vida interna de los Partidos.

Ya algunos dirigentes destacados habían recorrido ese duro camino de enfrentamientos internos en distintas coyunturas políticas; Juan José Real, Rodolfo Puiggros, Ernesto Giudice y otros que marcharon por una suerte de cornisa, como el destacado intelectual Héctor P. Agosti a quien sorprendió la muerte antes que se agravara el conflicto con él. En su ceguera, frente a la discrepancia interna, la dirección partidaria llegó a destrozar y vender por papel gran parte de la importante obra escrita de los dirigentes desplazados, entre ella la de Rubens Iscaro y de Fernando Nadra, parte de la cual, aunque rota, pude recuperar en la papelera en que había sido vendida. Una verdadera salvajada.

El libro de Nadra sirve, también para conocer el proceso político argentino de los últimos 40 años, lo que incluye la dictadura que asoló Argentina desde 1976 hasta 1983. Es un libro valiente con el que, al escribirlo, debe haber sufrido el profundo dolor de un verdadero desgarramiento, tanto mayor cuanto mayor ha sido la entrega.

Víctor García Costa

Periodista y escritor. Dirigente histórico del socialismo argentino.

• • •

Historia, Verdad y Militancia

Es cierto que la política es economía concentrada; en este libro Alberto Nadra nos ofrece pruebas irrefutables de la certeza de aquella máxima leninista. Los oscuros vínculos político-económicos del PC Argentino con Moscú, en tiempos de la dictadura; los seguidismos a que obligaban, y que se sintetizaron para la historia en aquella frase según la cual Pinochet era

un dictador sanguinario y Videla, en cambio, sólo un militar autoritario.

Estas y otras historias (la paternidad «boliviana» del Che; la estructura militar del PCA, entre otras) son descritas con el desapego que dan una íntima familiaridad con esos temas, a la que se sumó —creemos— el infinito hartazgo que debió provocar en los militantes más honestos el viejo vicio cupular de barrer la tierra política debajo de la alfombra partidaria.

No es éste un libro de añoranzas, aunque la pasión agita sus páginas. No es éste un libro de denuncias, pero sí de revelaciones. Es un libro para leer y para pensar, en el que pueden calmar su sed de verdad los militantes desengañados de cualquier ideología, porque los militantes, más allá de los desaguisados de las dirigencias, expresan el punto más alto que puede alcanzar el compromiso del hombre con sus semejantes. Este libro es también un homenaje a los mejores entre ellos.

Norberto Colominas
Ex Jefe de Redacción de *El Periodista* y *Télam*.
Columnista de *Radio Nacional*.

• • •

Aquel partido, ya no existe

A la historia de las luchas revolucionarias le cuesta hacer oír esa mezcla de empírico e imaginario que constituye la base del relato histórico. No sólo se la oculta y se la niega, sino que se la tergiversa. El libro de Alberto es una invocación de momentos sublimes del partido más importante de la izquierda argentina del siglo XX: el Partido Comunista.

Me interesa resaltar aquí la clara traición al viraje propuesto por el *XVI Congreso* celebrado en 1986. Efectivamente, entre 1983 y 1994 se jugó la posibilidad de transformar al partido en el más eficaz instrumento para unir a la militancia popular frente al capitalismo neoliberal. Pero el viraje fue derrotado y el partido no existe más. Alberto, un integrante del núcleo impulsor del viraje, es testigo directo del pacto que el máximo referente del mismo concretó con el aparato y con quienes se oponían a las

transformaciones. Se llamó entonces «viraje en unidad». Para 1991 la mayoría absoluta de los impulsores de los cambios había abandonado el partido. Seguimos algunos, en su mayoría secretarios del interior y los nuevos dirigentes de *la Fede*. Nos dejaron escribir la Tesis del *XVII Congreso* desarrollando la importancia de los movimientos de base como metodología de participación y unidad popular. La elaboramos en conjunto con el MNL Tupamaros, quienes crearon el MPP. Por eso cuando *Chacho* Álvarez planteó la creación del partido Frente Grande, a nosotros nos pareció una formalidad ingenua que no ponía en riesgo la existencia del partido. Como Movimiento de Participación Entrerriana no sólo derrotamos al macartismo sino que encabezamos las listas de diputados provinciales y nacionales obteniendo esas bancas. A la vez seguíamos funcionado como PC. El fraude en el CC que, para rechazar esta política alteró el resultado de la votación, impidió que la izquierda jugara un papel orgánico y protagónico en la historia y la crisis frentista. Fue el final.

Federico Soñez
Exmiembro del
PRT-ERP,
preso durante el gobierno de Isabel
y la dictadura, y del CC y de la Comisión Política del PC.
Ex Diputado provincial y nacional del Frepaso **[109]**.

• • •

Apasionante

El jueves fui a la presentación de un libro, *Secretos en Rojo*, de Alberto Nadra. Fue un gran placer escuchar a los panelistas y encontrarme con queridos compañeros que ya no son tan juveniles como en los viejos tiempos. Pero la reunión tuvo su costo, porque volví a casa, me puse a leerlo y no pude parar hasta las dos de la mañana. Al día siguiente continué hasta que me tuve que poner a trabajar. Ayer sábado lo terminé. Se trata de la historia de un militante y dirigente del PC argentino que describe los sacrificios, las penurias, los aciertos y desaciertos, la bronca

por las traiciones y la renuncia definitiva. Muchas cosas las conocía de lejos, porque siempre trabajé en otra fuerza y cuando nos juntábamos era en las juventudes políticas o en su versión universitaria. Otros hechos ni los imaginaba. Todo me resultó apasionante, una reivindicación de la militancia, una apuesta a que los fracasos son para aprender y seguir adelante, no importa cuál sea el partido o el movimiento.

Rubén Levemberg
Periodista. Profesor de grado y postgrado en Ciencias de la Comunicación de la UBA. Exrepresentante por el Socialismo Auténtico en la mesa de Juventudes Políticas durante la dictadura.

• • •

Una ventana al PC

Los Nadra, comenzando por Fernando, el padre, son parte de la historia del PC argentino, que merece ser conocida desde adentro, contada por Alberto, el menor. Vidas de dolores y de sueños frustrados.

Lo que dejó consignado en su libro Secretos en rojo el periodista Alberto Nadra, uno de los hijos de Fernando Nadra, recordado y respetado dirigente del PC hasta finales de los ochenta, es como una confesión interior al pueblo —a esa idea profunda de lo que la palabra implica— de los padecimientos que demanda comprometerse en pelear por un mundo mejor.

Como nudo de esa historia están las peleas dentro del partido entre un apellido emblemático contra un manojo de burócratas y trepadores de ocasión. Y demasiados indiferentes. El editor leyó este trabajo entre sorprendido y dolorido por el enorme peso que significó para quien lo escribió hacerlo en varios tramos con los ojos puestos en el chico que fue, siempre preparado para eludir la persecución policial, por lo tanto privado así de compañeros y amigos de la escuela y del barrio.

Más pleno y cómodo fue el papel del joven militante y confrontativo, en tiempos en que era dirigente de la Federación Juvenil Comunista, como el del hombre, miembro del Comité Central del PC, que a la postre rompería con el partido y cortaría

sus lazos de amistad con viejos camaradas, varios de los cuales, dicho sea de paso, cambiaron de bando. Peleas en un frente natural, el sistema y sus agentes, y también en el frente interno, el peor.

Alberto Nadra es el compañero de Leonor de toda la vida y el padre de Yamilé y Giselle; a las tres está dedicado el libro «porque juntas impidieron que perdiera ese don de soñar». Leonor es la hija de Jorge Canelles, uno de los hacedores del Cordobazo —29 de mayo de 1969—, entonces secretario general de la UOCRA y reconocido comunista, afín al lucifuercista Agustín Tosco. (…) Yamilé, abogada y Giselle, licenciada en ciencia política, son las autoras de *Montoneros: ideología y política en El Descamisado*.

¿Destino? Destino de amor y compromiso.

Imperdible.

Armando Vidal
Exdecano de los periodistas parlamentarios,
en el portal *Congreso Abierto*.

• • •

Los rojos tenemos secretos

> Pocas cosas leo con más voracidad que lo que se escribe acerca del Partido Comunista Argentino. ¿O debería precisar, de lo que fue el PCA? Matriz de identidad familiar amoroso/política/simbólica, el Partido es eso que me parió como la Niña Soviética que fui, pero también es la foto de un paisaje en ruinas que no es sólo político sino también afectivo.

Acabo de terminar *Secretos en Rojo*, de Alberto Nadra y esto que escribo, más que una lectura crítica, es una confesión. Lloré durante gran parte de la lectura, y no precisamente en el recuento de heroísmos militantes, ni en la semblanza de viejos y desconocidos cuadros del partido (y va con minúscula a propósito, la minúscula de lo que fue cercano y querido), ni cuando Alberto recorre —con mucha inteligencia— los desafíos políticos de los últimos años.

Aquello donde quedó fijada, perturbada por lo que parece ser un duelo que nunca terminó y a lo que vuelvo obsesivamente, es al

relato de lo que fue una esperanza y terminó en fracaso. Nadra, hijo de Nadra —pura cepa de tradición bolche y de Comité Central— sabe y cuenta. Y yo, Niña Soviética de entonces, hija de Miguelito el mecánico de Villa Urquiza, que nunca militó en otra parte que en su círculo del barrio, dejo que me cuenten lo que no sabía pero que la mirada sobre la derrota y los años me hicieron intuir. (…)

Yo, como cuenta Jorge Sigal en *El día que maté a mi padre*, también tuve que matar al mío para poder escaparme. A veces vuelve, el viejo vuelve, y yo le cuento todo lo que aprendí en esos años de vagar huérfana por el mundo de los gulags, de los poetas rusos, de los anarquistas en la Guerra Civil, de los peronchos asesinados en los basurales y en los campos. Alberto, en su libro, logra caminar el camino opuesto: devolverle la vida a su padre y a tantos compañeros que no merecían el destino que tuvieron.

Liria Evangelista

Escritora, autora de *Una perra, La Buena Educación*, entre otros.

Un retazo del alma

> … Páginas reveladoras no sólo de eventos y realidades políticas que sorprenderán a más de uno. También, de una persona extraordinaria. Un individuo profundamente sensible y conmovido por el prójimo, cuyos ideales lo condujeron a protagonizar una vida intensa y comprometida. Luego, la lealtad a esas banderas del alma que había sostenido hasta entonces lo condujo nuevamente a ser protagonista. Sólo que, en esta ocasión, del derrumbe de una de las bases fundamentales de la primera parte de su vida; del principal espacio en torno al cual esa existencia se había desarrollado. ¿Qué sucedió con ese individuo, con esa existencia?

Ayer, en la presentación del libro —cada uno con su estilo, pero los dos en frases claras, sucintas y excelentemente combinadas— Héctor Valle y Osvaldo Nemirovsci expresaron su admiración y su contento por el logro que, desde lo emocional, implica este libro para mi padre: una evidencia, entre tantas otras, de su particular manera de repensar sus bases teóricas, de reconstruirse como militante y —desde ese nuevo lugar, como siempre— seguir luchando por la realización de sus ideales.

Como señaló Héctor, Alberto decidió reconstruirse. Nuevamente por esos sueños que siempre lo habían guiado, que siguieron haciéndolo; por sus pasiones; por su denodada lucha por el prójimo; por su padre, su madre, sus hermanos. Y, como él repite, por nosotros: por Leonor, compañera y madre; por Yamilé y Giselle, sus hijas.

Les recomiendo esta lectura, amigos y conocidos. No sólo desde mi lugar de hija orgullosa de un papá y un maestro maravilloso; de una hija feliz de ver, por fin con formato de libro, esa evidencia de reconstrucción personal y política. Les recomiendo esta lectura porque está llena de verdades que vale la pena conocer. Porque leyéndolo encontrarán esas verdades transmitidas con una perspectiva única, y con el objetivo de ser advertidas y entendidas por todos. Porque leyéndolo tendrán una oportunidad única de conocer fragmentos de la vida interior de un político al que muchos creen conocer, pero del que sólo alcanzan a vislumbrar la superficie.

Yamilé Nadra

Abogada y ensayista. Autora, junto Giselle Nadra (politóloga), de *Montoneros. Ideología y Política en El Descamisado*.

• • •

Por fin alguien reconoce nuestra contribución de aquellos tiempos

Estimado Fernando, acabo de comprar y leer el libro de tu hermano Alberto y ver en *YouTube* sus explicaciones sobre la vida del Partido. Es la primera explicación equilibrada sobre las posiciones, acciones y sueños de los miembros de la organización.

Su contenido me ayuda a salir de la sensación de derrota espiritual que me acompañó en estos años. La izquierda fue materialmente derrotada, pero además, nosotros quedamos desprestigiados y a la derrota material se sumó la anímica y espiritual.

Por fin alguien reconoce nuestra contribución de aquellos tiempos. (…)

Te agradecería hicieras llegar mis más cálidas felicitaciones a tu hermano, quien honestamente ha testificado sobre nuestro accionar pasado, y decirle que le estoy sinceramente agradecido por este aporte.

Exalto oficial de las FF. AA. o las de Seguridad…

• • •

Emociona hasta el hueso

Alberto, estoy releyendo tu libro. Emociona hasta el hueso. Nos reencuentra, nos explica, atenúa este inmenso vacío que nos dejó esa implosión, del PC y de la URSS. (…) Me ha impresionado la vida y experiencias fantásticas que han tenido los hijos de don Fernando, no les dejó un mango, pero sí una sustancia muy densa, muy especial, no fácilmente encontrable.
Un abrazo grande.

Carlos Scrimini
Médico. Presidente de la Federación Universitaria (FUC) durante el Cordobazo. Autor del libro *El Cordobazo y el Santiagueñazo*.

• • •

Un libro revelador y apasionante

Fernando: escribo esto, a escasos minutos de haber concluido la lectura del libro de Alberto (sólo dejé para leer más adelante las notas sobre el Che). Lo empecé en la tarde del lunes y literalmente lo tragué.

No voy a profundizar en los valores literarios o poéticos de *Secretos…*, solamente expresar que es muy comprensible para todo aquel que militó y que tal vez, por el denso drama que lo recorre,

hubiese necesitado alternar éste con algunas situaciones más intimistas a fin de permitirle al lector recuperar la respiración y retornar a la liza. Me pareció muy buena la prosa de Rodolfo en sus reflexiones finales.

Respecto a sus contenidos, es obvio por mi primera frase que me resultaron apasionantes: los considero de gran valor político, y también de gran valor personal para los militantes. Enfatizo lo de militante porque me parece que ése es en primer término el sujeto al que el libro interpela. Uno de los valores más sustanciales del trabajo de Alberto, es el haber revelado la increíble construcción colectiva del PC y su dimensión heroica. (…) Copiando una de las imágenes primeras del libro, la pertenencia al PC nos permitió asumirnos como uno de esos héroes soñados de nuestra infancia pero con el ropaje propio de un siglo nuevo. El partido nos confería esa condición. La heroicidad no era una ficción y no era la propia del individuo solitario, estaba presente en un sinnúmero de acciones grupales y cotidianas. Sin embargo, por el secretismo de la organización muchos de nosotros apenas intuíamos la complejidad de esa construcción y el papel que jugaron en la misma algunos individuos y familias como la tuya. El libro en ese sentido es revelador de los distintos rostros de la organización y reivindicador de héroes caídos. Agradecéle por lo tanto el libro. Y también mi reconocimiento a su fuerza y coherencia política.

Daniel Málaga

Arquitecto. Exmilitante comunista en la FADU (UBA).

• • •

Canto a la militancia visceral

Casi todos los relatos que llegarán ahora a Uds. han sido ignorados por la historia oficial, o son inéditos, nunca comentados. La memoria histórica es un valor esencial de la vida social, para ello es esencial en primer lugar conocerla. Por ello también este libro es un canto a la militancia visceral. Prolifera el amor incondicional a un partido al que toda su familia le dio todo, incluida su fortuna personal, y que en realidad detrás de ese gran

velo, el partido, se esconden individuos y personalidades concretas que con sus pequeñas o grandes miserias que todo lo destruye. Por eso escribe desde el dolor, en una etapa de un gran duelo personal y que aún no está superada.

Pero también hay atisbos que muestra el desamparo, la soledad intelectual y la sensación de fracaso de más de una generación a un proyecto por la caída de lo que llamaron «socialismo real». Sin embargo, su trayectoria marxista lo impulsa hacia adelante a la búsqueda de un nuevo aporte desde la izquierda.

Este libro, como valor histórico tiene una suma importancia, pues como relato historiográfico se encuentra en un marco apropiado, justo y oportuno, para sopesar algunas verdades no dichas, que jamás hubieran quedado plasmadas y establecidas, sino fuera por la pluma de Alberto Nadra. Se hubieran perdido en el espacio vacío del tiempo.

Por cierto, la escritura es muy simple y directa, se nota la profesión de periodista al plasmar en exactas pinceladas los párrafos más complejos.

Carlos Ponce de León

Filósofo. Docente de la Universidad Nacional del Comahue.

Fragmentos de sus reflexiones en *Neuquén, kürüf puken* **[110]**.

• • •

El Reparador de Sueños

Leí ayer en el día *Secretos en rojo*, no pude parar hasta terminarlo. No puedo evaluarlo políticamente, porque lo sentí profundamente afectivo, lo que creo que aumenta su valor; no puedo tampoco dejar de pensar, como buena feminista que «lo personal es político», así que ahí queda incluido el valor político del libro. Está demás decirte que conozco a tod@s y cada un@ de las personas que nombrás en tu libro, hemos recorrido caminos paralelos y comunes en nuestras vidas que fueron, son y serán siempre vidas militantes.

Milité con la madre de Marcelo Feito (la camarada Mery), con Iris Avellaneda (madre del Negrito) y fui compañera y amiga íntima

de Hernán Nuguer (estudiábamos juntos en Exactas, antes de su pase a Arquitectura y del mío a Psico).

Me emocionó el valor y el afecto intrínseco de la familia Nadra («los Nadra»), eso implica lo difícil que debe haber sido poner blanco sobre negro, los sentimientos y los hechos que relatás. Críticas tengo, tal vez por la parte donde nuestras militancias eran paralelas, pero creo que no es pertinente mencionarlas ahora.

> (…) …dado que ese mundo mejor no llegó voy ahora a vivir hasta los 100 para poder incidir en ese cambio, pero sé que si bien no le dejo un mundo mejor a mis hijas (por ahora), le dejo al mundo hijas que van a continuar la tarea de cambiarlo. En lugar del feliz cumpleaños, los que allí estaban cantaron *La Internacional*. Por eso pienso que este libro está escrito por quien, como much@s nunca abandonaremos el sueño de la Revolución que como marxistas tenemos impreso a fuego en nuestra piel y en el alma.

Silvio Rodríguez escribió *El reparador de sueños*, vos sos uno de ellos, por eso, por los sueños que recupera el libro, para vos «Chapeau». Alberto.

Adriana Litwin

Psicóloga. Referente del movimiento feminista y de derechos humanos.

• • •

Declaración de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Declárase de interés cultural de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y para la promoción y defensa de los derechos humanos el libro *Secretos en Rojo*, del periodista y escritor Alberto Nadra.

Fundamentos

Seguramente todo el que haya tenido militancia política en los años 60 y 70 escuchó la versión sobre la posible existencia de una importante organización militar, encubierta por la estructura organizativa del Partido Comunista Argentino. También, sobre su aparato financiero, incluyendo empresas que funcionaban en la legalidad de la economía capitalista. Alberto Nadra, con su libro *Secretos en Rojo*, nos aporta su

conocimiento acerca de una etapa importante de la historia de la izquierda argentina.

¿Existieron realmente los cuadros de oficiales de un pequeño ejército formados en la teoría y en la práctica en academias militares? ¿Es real la versión acerca de la presencia de miembros del Partido Comunista en niveles superiores en la estructura de las fuerzas armadas argentinas?

Alberto no se detiene en el análisis de la organización, también desarrolla correctamente la necesaria existencia de condiciones objetivas y subjetivas para el desarrollo de un proceso revolucionario, incluyendo un balance de fuerzas en el campo militar, algo que las concepciones «foquistas» desestimaron por completo. Al mismo tiempo —a partir de su conocimiento como un actor principal de las últimas décadas— aporta revelaciones políticas y personales hasta ahora ignoradas acerca de Ernesto «Che». Guevara.

El autor es crítico respecto del «aparato» económico–político y su papel de freno ante el debate y los cambios de ideas y de personas.

En su libro destaca la lucha librada por las Juventudes Políticas Argentinas, cuya dirigencia integró, bajo la consigna «Liberación o Dependencia», en una acción política desigual contra las sucesivas dictaduras de Onganía y Videla. Al mismo tiempo, revela una historia de entrega y heroísmo de jóvenes de todo el arco político democrático argentino, hasta ahora desconocida, y extrañamente ausente en la amplia bibliografía testimonial, documental y aún académica sobre la época.

Alberto nos revela cómo, desde una pequeña oficina de una agencia de noticias extranjera, se fue descubriendo «Las garras del Cóndor», el siniestro plan de secuestros y asesinatos de militantes populares, orquestado por las dictaduras latinoamericanas; también lo denunciaron y contribuyeron para salvar a cientos de ciudadanos de los países del cono sur.

No debe dejar de mencionarse en estos fundamentos cuestiones humanas consideradas en el libro. Alberto lamenta la pérdida de la niñez, suya y de los hijos de los comunistas, la imposibilidad de tener amigos, las escuelas en barrios lejanos, las mudanzas, la militancia aún antes de llegar a la adolescencia. Del mismo modo, manifiesta su dolor por sus camaradas víctimas de la represión en

las sucesivas dictaduras. Un párrafo aparte merece la consideración hacia los miembros de la organización militar, caídos en combate luchando en los movimientos revolucionarios americanos. La necesidad de mantener la clandestinidad de esa estructura en nuestro país impidió que se les brinde a ellos y sus familiares el homenaje y reconocimiento por haber entregado sus vidas para lograr un mundo mejor.

Surge de estas breves líneas un resumen del aporte sustancial al conocimiento de la ciudadanía que brinda *Secretos en Rojo* sobre aspectos ignorados, pero decisivos, de la acción de defensa de la democracia por parte de las organizaciones políticas, sociales, sindicales y culturales en las últimas décadas del siglo pasado, con la ineludible proyección a este tramo del siglo XXI. Un aporte, a la vez, al conocimiento y el debate de temas que todavía afectan al tejido social, de un período del que aún queda mucho por aprender de cara al futuro.

Buenos Aires, 26 de noviembre de 2015.

Referencias bibliográficas

Adamovsky, E. (2012). *Historia de las clases populares en la Argentina: desde 1880 hasta 2003*. Buenos Aires, Sudamericana.

Barreto, E. A. (2009). *El sindicalismo del Chaco en el período territorial, Las persecuciones de los obreros y la Renovación de los dirigentes (1939/1943)*
1887-1951.
. Subsecretaría de Cultura del Chaco, Resistencia.

Calloni, S. (1999). *Operación Cóndor: los años del Lobo*. Peña Lillio/Ediciones Continente.

Campione, D. (2022). *El Partido Comunista de la Argentina y la Revolución Cubana. Entusiasmos y reticencias (I)*. Disponible en: https://www.lahaine.org/mundo.php/el-partido-comunista-de-la

Cardoso, O. R., Kirschbaum, R., Van Der Kooy, E., (2012). *Malvinas, La Trama Secreta. Edición Definitiva*. Sudamericana.

Casola, N. (2014). «Una valija y un carnet. El lugar del Partido Comunista en el exilio argentino». En Jensen, S. y Lastra, S. (Ed). *Exilio: militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierro s de la Argentina de los años setenta*. Buenos Aires, Edulp.

Cesaroni, C. (2019). *Brigadistas*. Tren en Movimiento.

Chumbita, H. (1991). «Alias Mate Cosido». *Todo es Historia*, N.º 293, Buenos Aires, Noviembre 1991.

Duschatzky, E. (1982). *Bolivia. De la Resistencia al Gobierno Popular*. Editorial Anteo.

Ferrer, C. (2006). *De Ernesto al Che*. Editorial Marea.

Fraga, R. (1993). *El General Justo* . Emecé Editores.

Franco, M. (2006). *Los emigrados políticos en Francia (1973 - 1983). Algunas experiencias y trayectorias.* Tesis doctoral,

UBA-Université de Paris 7.

Gallego, M. (2019). *Azúcar y política. Los Nadra: el cierre de ingenios en Tucumán*, Maipué.

Gilbert. I. (2007). *El Oro de Moscú*. Editorial Sudamericana.

Gilbert, I. (2009). *La Fede*. Editorial Sudamerica.

Granado, A. (2008). *Con el Che por Sudamérica*. Editorial Marea.

Ginzberg, V. (2012). «En un barril de metal lleno de cemento». En *Página 12,* 2 de agosto de 2012.

Grupo Cine de Liberación (1971). *Perón: Actualización política y doctrinal para la toma del poder*. Documento del Movimiento Nacional Justicialista. Disponible en: https://eltopoblindado.com/publicaciones-afines/cine-de-liberacion/actualizacion-politica-para-la-toma-del-poder/

Guevara, E. *Diario de Bolivia*. Centro de Estudios Che Guevara, 2007.

Guevara, E. *Pasajes de la Guerra Revolucionaria,* Editorial Sudamericana, Prólogo de Aleida Guevara March, 1999.

Hobsbawm, E. (1972). «Social bandits: reply» en *Comparative studies in Society and History*. Vol. 14 Nro 4,
503-505.

Igal, D. (2017). *Todos los misterios de la carta de Walsh*. Revista Anfibia, de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), marzo de 2017. En: https://www.revistaanfibia.com/todos-los-misterios-la-carta-walsh/

Iñigo Carrera, N. (1988). *La violencia como potencia económica: Chaco*
1870-1940
. Centro Editor de América Latina.

Kabat, M. (2016). «El peronismo, los orígenes de la Side, y de la maldita policía». *Razón y revolución* N.º 29,.

Kleiner, B. (1964). *Veinte años de movimiento estudiantil reformista,*
1943-1963
. Editorial Platina.

Kohan, N. (2002). *Ni calco ni copia. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires: Eudeba.

Lapolla, A. J. (2004). *Kronos. La esperanza rota. 1972-74*. De La Campana.

Lara, J. (1972). *Guerrillero Inti Peredo*. Editorial Diógenes.

Larraquy, M. (2009). Marcados a fuego. La violencia en la historia argentina. De Yrigoyen en a Perón (1890-1945). Editorial Aguilar.

López Leira, L. (2011). *Antonio Soto, desde el Ferrol hasta el fin del mundo*. Grupo de comunicación Galicia en el Mundo.

López Silveira, J. J. (1944). *Guerra de Guerrillas*. Ediciones Pueblos Unidos.

Loustau, S. (2010). *Mariposas Rojas, Mariposas Negras. Memorias de una Militante. Argentina-Chile 1970-1973*. Ediciones Escaparate, Chile.

Marziotta, G. (2018). *Amores bajo fuego. Romances apasionados en tiempos violentos*. Planeta.

Mashkin, V. (1985). *Operación Cóndor, su rastro sangriento*. Editorial Cartago, (traducción de la edición en ruso de 1983).

Mero, R. (1985). *El cafetal rojo*. Ediciones de Máquina.

Miná, G. (1987). *Un Encuentro con Fidel*. P. 33/334. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado de Cuba.

Mochkofsky, G. (2006). *Tío Boris: un héroe olvidado de la guerra civil española*. Sudamericana.

Moniz Bandeira, L. A. (2011). *Formula para el caos. El terror en Chile y la caída de Salvador Allende (1970-1973)*. Corregidor, Buenos Aires.

Nadra, A. (2016). *De Kirchner a Macri. Crónicas de una derrota*. Corregidor.

Nadra, A. (2021). *Banderas en mi corazón. Conversaciones en la*

Biblioteca Nacional. Leviatán.

Nadra, F. (1989). *La Religión de los Ateos. Reflexiones sobre el estalinismo en el PC Argentino*. Editorial Puntosur.

Olmedo, J. A. (2017). «Secuestro en Buenos Aires: A 40 años del operativo contra los diplomáticos cubanos», *Pacarina del Sur* [En línea]. Año 8, núm. 30, enero-marzo, 2017. ISSN: 2007-2309.

Partido Comunista (1945). «Se inculpa a Gendarmería del Chaco de tres asesinatos. No una, sino Muchas Semanas Trágicas». *Nuestra Palabra*. Buenos Aires, marzo de 1945.

Peredo, I. (1970). *Mi Campaña junto al «Che»*. Editorial Universitaria.

Piñera, A. (1990). *Utopía Inconclusa del Che Guevara*. Cangrejal Editores.

Pucci, R. (1996). *Historia de la destrucción de una provincia*. Tucumán.

Ramb, A. M. (2021). *Operación Mate Amargo. Dax y sus agentes secretos en B. A*. Bitácora Ediciones.

Rojas, M. y Rodríguez Calderón, M. (1993). *Tania, La Guerrillera Heroica*. R. Cedefio Editor.

Rot, G. (2005). «El Partido Comunista y la lucha armada». En *Lucha Armada*, N.º 7.

Secretaría Nacional de Cultura de Paraguay (2017). *Archivo del Terror digitalizado pasa a formar parte del acervo del Archivo Nacional para su divulgación*. [29-06-2017]. Disponible en línea en: https://cultura.gov.py

Soria Galvarro, C. (2005). *El Che en Bolivia. Documentos y Testimonios. Tomo 4. ¿Traición del PCB?* 4ª edición. P. 90/95. *La Razón*.

Torres Obleas, J. J. (2010). *Confirmado: la CIA planificó y derrocó al Presidente Torres*. Disponible en el sitio Presidente Juan José Torres, sección Bitácora: http://www.jjtorres.com/nucleo/index.php.

Tse Tung, M. (1959). *Obras Escogidas*. Editorial Platina. Tomo ii.

Ulanovsky, C. (1997). *Paren las Rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Espasa, Buenos Aires.

Valverde, E. (2022). *Corro 105: RODEADOS. El ataque a la Secretaría Política Nacional de Montoneros*. Editorial de la Campana.

Vidal, M. (2006). *Napalpí. La herida abierta*. Librería de la Paz.

Acerca del autor

Alberto Nadra es periodista y escritor. Nació en 1952, en la ciudad de Buenos Aires. Fue dirigente de la Federación Juvenil Comunista (*la Fede*) y, más tarde, miembro del Comité Central del Partido Comunista (PC) hasta 1989, cuando renunció a esa organización.

Durante su militancia activa, dirigió los periódicos partidarios *Imagen, Aquí y Ahora* (en el marco de *la Fede*) y *Qué Pasa* (en el marco del PC); este último tenía una distribución de 150 000 ejemplares. También estuvo entre los fundadores de las Juventudes Políticas Argentinas (JPA) y colaboró con su reconstrucción durante la última dictadura militar.

Entre 1976 y 1982 se desempeñó como Jefe de Redacción de la agencia de noticias cubana *Prensa Latina*, desde donde regularmente denunciaba las violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura. En ese período, difundió internacionalmente la *Carta de Rodolfo Walsh a la Junta Militar*. En 1973, había hecho lo mismo con el último poema que escribió Víctor Jara antes de ser asesinado por la dictadura de Augusto Pinochet.

En esos mismos años, integró un equipo de contrainteligencia y coordinación de acciones ante la *Operación Cóndor*, ejecutada por las dictaduras del Cono Sur con el apoyo de la Central de Inteligencia estadounidense (CIA).

En 1979, la Organización Internacional de Periodistas distinguió su trabajo con el Premio al Mérito Periodístico. En 2003 recibió el Premio Oesterheld por su labor periodística.

En 2012, Ediciones Corregidor publicó la primera edición de este libro, que se reeditó en 2015 y, un año más tarde, fue declarado «de Interés cultural y para la promoción y defensa de los derechos humanos» por votación unánime de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Posteriormente, se editó *De Kirchner a Macri. Crónicas de una derrota* (Corregidor, 2016) y *Banderas en mi corazón* (Leviatán,

2021).

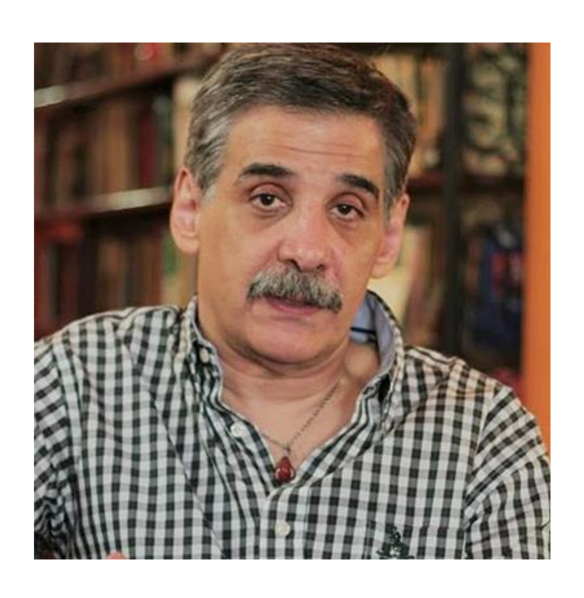
Hoy en día, Alberto Nadra se dedica al periodismo y es docente universitario. Reside en la Ciudad de Buenos Aires con su esposa y sus dos hijas.

Este libro está abierto a todos los trabajos de investigación, propuestas, opiniones y aportes en general que contribuyan a profundizar en el conocimiento de los hechos que aquí se narran y develar nuevas páginas ocultas de esta historia sobre hombres y mujeres que entregaron su vida por un mundo mejor.

Para todos, los espero en esta dirección de *mail*:

secretosenrojo@gmail.com

Alberto Nadra



ALBERTO EMILIO NADRA nació en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, el 12 de abril de 1952. Fue dirigente de la Federación Juvenil Comunista (FEDE) y, luego, miembro del Comité Central del Partido Comunista (PC) hasta 1989, año en que presentó su renuncia a esa organización.

Fue uno de los ideólogos de la formación de las Juventudes Políticas Argentinas (JPA), y uno de los principales impulsores de su reconstrucción después del golpe de 1976. Durante todo el tiempo de su militancia activa, dirigió los órganos periodísticos centrales de la organización: *Imagen* y *Aquí y Ahora* (en el marco de la FEDE) y *Qué Pasa*; éste último, con una distribución de 150 000 ejemplares (en el marco del PC).

Como periodista se inició en el mítico semanario *Propósitos*, de Leonidas Barletta, y fue corresponsal de varios periódicos latinoamericanos y europeos. Entre 1976 y 1982, se desempeñó como Jefe de Redacción de la agencia de noticias cubana Prensa Latina.

Entre sus acciones más notables en ese rol figuran su denuncia constante de las violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura y el haber sido el primero en enviar al exterior la *Carta*

de Rodolfo Walsh a la Junta Militar. Años antes había participado en el rescate y difusión del último poema de Víctor Jara, escrito antes de su asesinato en El Estadio de Santiago de Chile.

Por estas acciones fue reiteradamente condenado a muerte por grupos de tareas, pero a la vez premiado por la Organización Internacional de Periodistas (OIP), en 1979.

En democracia, recibió el Premio Héctor Oesterheld 2003, de la mano de la esposa del escritor, secuestrado y desaparecido al igual que sus cuatro hijas. En 2004 fue uno de los fundadores de «Los 100» —agrupación de periodistas y trabajadores de la comunicación— de la que actualmente es Secretario de Organización.

Hoy en día, se dedica al periodismo y es docente universitario. Reside en la Ciudad de Buenos Aires con su esposa y sus dos hijas.

Notas

[1] Así fue bautizado el PC francés en relación con los miles de camaradas efectivamente fusilados, o muertos en combate, durante la Resistencia a la ocupación nazi, con una participación para muchos decisiva en el curso de la guerra. < <

[2] La autora rescató la vida del «Comandante Ortiz», el comunista Boris Mochkofsky, de las Brigadas Internacionales en España, quien tuvo a su cargo la insurrección que el Partido, a último momento, decidió levantar. < <

[3] Teórica marxista. Militó activamente en el Partido Socialdemócrata de Alemania, hasta que en 1914 se opuso radicalmente a su participación en la Primera Guerra Mundial, a la que caracterizó como un «enfrentamiento interimperialista». Integró entonces el grupo internacional que en 1916 se convirtió en Liga Espartaquista, grupo marxista que sería el origen del Partido Comunista de Alemania (KPD). Tomó parte en la frustrada Revolución de 1919 en Berlín, aun cuando este levantamiento tuvo lugar en contra de sus consejos. A su término, cientos de personas, entre ellas Rosa Luxemburgo, fueron encarceladas, torturadas y asesinadas. < <

[4] Desde 2001 renombrado como Instituto de Cooperación para la Seguridad Hemisférica, es una organización para la instrucción militar del Ejército de los Estados Unidos, situada actualmente en Fort Benning (Columbus, Georgia). Entre 1946 y 1984 estuvo situada en Panamá, donde se graduaron más de 60 000 militares y policías de hasta 23 países de América Latina, en base a la doctrina de la Seguridad Nacional y la lucha contra el marxismo, algunos de ellos de especial relevancia en golpes de Estado y por sus crímenes contra la humanidad. < <

[5] El 6 de septiembre de 1973, la sede del Comando de Sanidad el Ejército, situada entonces en el barrio porteño de Parque Patricios, entre las calles Combate de los Pozos, 15 de Noviembre, Paseo y Caseros, fue copado por un grupo de 14 integrantes de la organización guerrillera Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). En el hecho resultó muerto el teniente coronel Raúl Juan Duarte Ardoy, luego de la rendición de los ocupantes, pero durante la recuperación del edificio. Raúl Lastiri, presidente interino desde julio a raíz de la renuncia de Héctor José Cámpora, firmó el decreto N.º 1453/73 que ilegalizaba al ERP, el mismo día en que Juan Domingo Perón ganaba las elecciones. < <

[6] La PAM es una Pistola Ametralladora producida a partir de 1945 en la Fábrica Militar de Armas Portátiles (FMAP). Domingo Matheu (DM) cercana a la ciudad de Rosario, Provincia de Santa Fe. La PAM 1 deriva de la pistola ametralladora estadounidense M3A1. < <

[7] La *III Internacional* —conocida también como Internacional Comunista o KOMINTERN— fue una organización fundada por Lenin, en marzo de 1919, en Moscú. En ella estaban representados los partidos obreros del mundo afines al comunismo. La antecedían la I Internacional, en cuya fundación participaron Marx y Engels, y la II Internacional. Hasta su ruptura, provocada por el apoyo a la guerra interimperialista por parte de los luego socialdemócratas, se trataba de una sola organización. Su existencia se correspondía con una vieja tradición, a la vez, principio fundacional del movimiento obrero: el internacionalismo. Puesto que la burguesía y el Capital tenían un carácter internacional, era indispensable que la clase obrera también lo tuviese para su lucha. Esto suponía, en la práctica, la existencia de una organización que coordinara la acción por sobre las fronteras nacionales.
Un giro decisivo de este desarrollo lo constituyó el VI Congreso mundial de la Internacional Comunista, en 1928, en la que se inauguró su llamado *Tercer Período*, de carácter ultraizquierdista. Se planteó la necesidad de la *bolcheviquización* y la lucha contra el «peligro de derecha» dentro del movimiento obrero (hay que tener en cuenta que, en este período el PC estaba en su pico de enfrentamiento con la social-democracia) y la definitiva entronización de la fracción estalinista en los más altos niveles de dirección.
Para Stalin este Tercer Período de la Internacional Comunista se caracterizaba por una situación mundial en la que se estaba produciendo la crisis final del Capitalismo. Esquemáticamente: el sistema capitalista había superado el nivel económico de preguerra y la Unión Soviética se encontraba en condiciones de ser una competencia formidable. Este desarrollo productivo acelerado agudizaría las contradicciones interimperialistas y desencadenaría nuevas luchas revolucionarias en los países capitalistas que conducirían al final de ese sistema económico.
En esta situación, se consideraba que la posición social-demócrata y de los reformistas (que pretendía, a diferentes niveles, cambios progresivos dentro del mismo sistema) era parte de la de burguesía. La directiva, entonces, fue recrudecer el combate de «clase contra

clase», con un énfasis especial en el combate a la social-democracia.
< <

[8] En rigor, el GOU fue dirigido por una mezcla de militares y civiles de origen político e ideológico muy heterogéneo, a los que sólo unía su anticomunismo: partidarios de los aliados y a entrar en la Segunda Guerra Mundial; admiradores directos del nazismo; o indirectos que levantaban la «neutralidad», como forma de apoyarlo. En lo nacional, en cuanto a salida política desde los que exigían una «larga dictadura disciplinadora» o los partidarios del inmediato llamado a elecciones, entre otros «matices». Fue presidido en un primer momento por el Gral. Arturo Rawson (aliadófilo), al que sustituyó el 7 de junio el general Pedro Ramírez (neutralista), y linalmente Edelmiro Farrel (quien declaró la guerra al Eje Alemania-Japón, poco antes de su capitulación; y llamó a elecciones libres). < <

[9] A meses de cumplirse 100 años de la masacre, en mayo de 2022, la Justicia Federal de Chaco admitió que se trató de crímenes de lesa humanidad cometidos en el marco de un genocidio de los pueblos originarios. < <

[10] Diario *El Territorio*. Archivo Histórico de la Provincia del Chaco. < <

[11] El fragmento corresponde a la denuncia presentada al Ministro de Gobierno del Chaco el 11/10/1955, publicada por Kabat (2016) en *Razón y Revolución*. Disponible en: https://razonyrevolucion.org/Revista/RyR29/MKabat.pdf.

[N. de E.]. La autora conserva los errores de tipeo presentes en la denuncia original, tales como: Leonor *Cuareta* en vez de Leonor *Quaretta; Sdev* en lugar de *Zdeb* y *Pastuzok* en vez de *Pastozuk*. < <

[12] Diario *Chaco*. «A los 91 años falleció Genoveva Romano, la esposa del mítico bandolero *Mate Cosido*». Resistencia, 11 de febrero de 2011. < <

[13] En 2021, años después de la primera edición de este libro, este dato fue confirmado en una versión novelada de Ana María Ramb, basada en la desclasificación de un documento secreto de la Inteligencia soviética, elaborado por el coronel retirado L. Vorobiov. < <

[14] Agencia Telegráfica de la Unión Soviética (*Telegrafnoye Agentstvo Sovetskovo Soyuza*). < <

[15] Secretaría Nacional de Cultura de Paraguay [29-06-2017]. < <

[16] Tan sólo un mes después de la primera edición de este libro, recibí la autorización —que había requerido meses antes, durante el proceso de escritura— para revelar que la persona que brindó esa información a Almada fue un militar paraguayo, afiliado al PC de ese país. En ese momento aporté el dato a la agencia ANSA, para un cable que se convirtió en nota de tapa —«Militar paraguayo reveló Plan Cóndor»— del matutino *ABC Color*, de Asunción. < <

[17] Quizá mi participación en esta red de contraespionaje fue el elemento que motivó que apareciera —erróneamente, debo aclarar— mi nombre bajo la nómina de «Directorio de Oficiales de la República de Cuba», con la especificación de «agente de inteligencia» en documentos que desclasificó la Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA). < <

[18] Nota enviada al autor en agosto de 2012. < <

[19] Fue uno de los primeros Centros Clandestinos de Detención (CCD) que funcionó bajo la órbita del Primer Cuerpo del Ejército durante la última Dictadura Militar. Los testimonios y datos brindados por los sobrevivientes indican que operó desde mayo de 1976 hasta noviembre del mismo año. Ubicado en Venancio Flores 3519/21, casi esquina Emilio Lamarca, en el barrio porteño de Floresta, este antiguo taller de automotores fue la base principal de las fuerzas de inteligencia extranjeras que operaban en la Argentina en el marco de la *Operación Cóndor*, coordinación represiva ilegal entre las dictaduras de países del Cono Sur. < <

[20] Recién el 25 de junio de 2013, cuando se encontró en similares condiciones —y en el mismo predio de Virreyes— el cuerpo de César Arias, *Télam* informó que también habían sido hallados los cadáveres de María Rosa y Ricardo Manuel González, aunque omitió consignar que ambos eran militantes del PC. < <

[21] Expresión en Moscú del estallido obrero campesino acaecido luego del «Domingo Sangriento», cuando 200 000 personas, desarmadas —obreros, campesinos, mujeres y niños— dirigida por el pope (sacerdote). «Gapón», posible confidente de la policía y colaborador del régimen, se encaminó hacia el Palacio de Invierno, residencia del Zar en San Petersburgo. Fueron asesinados más de mil personas, pero se la consideró un «ensayo general» de la «Revolución de Octubre» de 1917. Surgieron los primeros *soviets* de obreros y campesinos y se produjo la célebre rebelión de la marinería del «Acorazado Potemkin». < <

[22] Encabezó la llamada «Columna Prestes», rebelión político militar brasileña que se produjo entre los años 1925 y 1927. El movimiento contó con líderes de las más diversas corrientes políticas, pero la mayor parte del movimiento era compuesta por capitanes y tenientes de clase media, donde se originó el ideal de *soldado cidadão* (soldado ciudadano). Su máximo exponente —y de ahí el nombre— fue el capitán Luiz Carlos Prestes, de tremenda popularidad, conocido como «El Caballero de la Esperanza» (*cavaleiro da esperança*), inmortalizado por una novela de Jorge Amado, que lleva ese nombre. < <

[23] Periodista chileno. Director de documentales premiados internacionalmente. Nota enviada al autor en julio de 2012, desde París. < <

[24] Periodista y escritor argentino. Nota enviada al autor en agosto de 2012. < <

[25] Se refiere a su padre, Raúl Lozza
(1911-2008),
artista plástico, teórico y propulsor de la pintura concreta. < <

[26] Se refiere al libro de su autoría, *Los Laberintos de la Memoria* (El folleto, 2008). < <

[27] Entrevista realizada por Natalia Casola al dirigente del PCA de Rosario José Ernesto Schulman el 28/10/2010 la Ciudad de Buenos Aires. < <

[28] Lautaro Murúa fue un importante actor y director de cine y teatro. Llegó exiliado a España en 1976 y permaneció allí hasta 1983. Falleció en 1995. < <

[29] Se refiere a la actriz María Vaner. En 1974 habiendo sido amenazada por la Triple A decide volverse a España, país del que era oriunda. En 1983 retorna a la Argentina. Falleció el 21 de julio de 2008. < <

[30] Entrevista al dirigente ferroviario del PCA, Enrique Gigena (7/2/2011). < <

[31] Entrevista a Graciela Rosemblum (2011). < <

[32] Entrevista realizada por Natalia Casola a Silvia Naishtat, hija de David Naishtat, en febrero de 2012 en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. <<

[33] Entrevista a Silvia Naishtat (2012). < <

[34] Entrevista a Silvia Naishtat (2012). <<

[35] Entrevista realizada por Roberto Pittaluga a Jorge Alberto Canelles el 26/11/2001 en Buenos Aires, Argentina. Archivo Oral Memoria Abierta. < <

[36] Entrevista a Jorge Alberto Canelles (2001). < <

[37] «Los argentinos residentes en Cataluña regresarían si hay libertad real». *La Vanguardia*. 31/10/83. Disponible en: http://hemeroteca.lavanguardia.com <<

[38] Entrevista a Rubén Arroyo (2012). <<

[39] Se trataba de un afiliado al PC encubierto. Con el tiempo, adquirió muchísimo poder económico, y se convirtió en uno de los principales empresarios del país: presidió la Confederación General Económica (CGE) y fue ministro de Economía durante las presidencias de Héctor Cámpora y de Juan Domingo Perón. < <

[40] Isidoro Gilbert (2007: p. 291) brinda la única y más completa investigación acerca del tema de las finanzas del PC. Valioso, sin duda. El relato es parcial, la lista de empresas incompleta, y la visión predominante —seguramente por desconocimiento de fuentes alternativas— es la de quienes dirigieron o fueron beneficiarios de ese aparato, no la de sus víctimas. < <

[41] El 5 de octubre de 2019, a los 98 años, fallece Emile en la miseria. Para ampliar el tema, véase Gallego, M. (2019). < <

[42] El llamado, y jamás concretado, «viraje» del Partido Comunista se explica extensamente en *El Largo Adiós al PC*, en este capítulo. <<

[43] Se refiere a Floreal Gorini. <<

[44] Mi antiguo amigo, Patricio Echegaray, falleció el 9 de agosto de 2017, a los 70 años. < <

[45] La historia de Leonor y Alberto es una de cinco, en otros tantos capítulos de *Amores bajo fuego. Romances apasionados en tiempos violentos* Marziotta (2018). < <

[46] Nadra, Fernando. «Deodoro Roca», en *Gaceta Universitaria*. UNC 15/VI/45. < <

[47] A fines de 1960, mi madre, Zulma Beltramone de Nadra, estuvo entre las fundadoras de la COFADE (Comisión de Familiares de Detenidos Políticos y Gremiales), que fue la primera organización de familiares de presos políticos, surgida con el fin de asistir solidaria y legalmente a aquellas personas detenidas por aplicación del Plan CONINTES, del entonces presidente Arturo Frondizi. < <

[48] Suerte de *autoironía* a los que constituimos la «tercera generación» que siguió a los fundadores del PC. «Padres Fundadores», así como citan en EE. UU. a los líderes políticos que firmaron la Declaración de la Independencia de ese país, participaron en la Revolución o en la redacción de la Constitución. < <

[49] Surge de documentos desclasificados del Departamento de Defensa de Estados Unidos que el golpe fue planificado y operativizado por la CIA. Una conversación de 59 minutos entre los entonces Secretario de Estado Henry Kissinger y el presidente estadounidense Richard Nixon evidencia que el primero dio las instrucciones directas, a partir de la decisión y el continuo aval del segundo: http://jjtorres.com/nucleo/documentos/USA-Document-101.pdf < <

[50] Diario *El País*. España, 8 de septiembre de 1986. <<

[51] Sobrenombre del Comité de Unión y Progreso (CUP), partido nacionalista turko que —a principios del Siglo XX— derrocó al Sultanato del Imperio Otomano, pero sin cambiar la forma de gobierno. Durante su administración se ejecutó el brutal genocidio de más de un millón y medio de armenios. < <

[52] Mercenarios nepaleses reconocidos por su ferocidad en el combate, y por haber integrado unidades especiales de las fuerzas armadas británicas en conflictos que van desde las conquistas del imperialismo decimonónico (especialmente en la India) hasta la Guerra de Malvinas. < <

[53] Archivo del autor. <<

[54] Archivo del autor. < <

[55] Archivo del autor. < <

[56] Archivo del autor. < <

[57] No es menor el hecho que hasta nos hayan «colonizado» su muerte. El historiador —y hermano de uno de los combatientes comunistas asesinados en Bolivia, Humberto Vásquez Viafia— reclama, con razón, que no debe ser el 8, sino el 9 de octubre la fecha en que se debe conmemorar la muerte de Ernesto *Che* Guevara en Bolivia. «La recordación oficial impuesta por los vencedores de Ñancahuazú apoyados por la CIA, toma la fecha de la derrota guerrillera en un combate desigual, y no así la del asesinato del Che al día siguiente». *Rebelión,* 12/10/2005. < <

[58] El 20 de julio de 1960, en el Aula Magna de la facultad de Derecho (UBA), el grupo de choque derechista Sindicato Universitario de Derecho atacó una mesa redonda de la que participaban Celia de la Serna, Nadra, Miguel Ángel Asturias, Silvio Frondizi, Alexis Latendorf y Lisandro Viale. «La madre del Che llegó acompañada por Fernando, lo que mostraba el apoyo del partido. Cuando el Sindicato nos atacó, las autoridades de la Facultad llamaron a la policía. Se llevaron presos tanto a Nadra como a Celia», relata la entonces estudiante de abogacía Beatriz Rajland. (Campione, 2022). < <

[59] Campo Cero —o «El Campito», como lo llamábamos entonces— era un amplio espacio para la instrucción donde entrenaron varios contingentes latinoamericanos. < <

[60] *Revista Internacional. Problemas de la Paz y el Socialismo*, la cual se presentaba como Publicación Teórica e Informativa de los Partidos Comunistas y Obreros, se publicó durante décadas en varios idiomas. La primera edición en español circuló a partir del mes de septiembre de 1958. Pese a ser redactada en Checoslovaquia, la revista circulaba en España y en algunos países de América Latina, gracias a la colaboración de algunos Partidos Comunistas. En Latinoamérica era reimpresa en las editoriales de los PC uruguayo, mexicano y argentino. < <

[61] Soria Galvarro (2005: p. 90-95) confirma documentalmente esta información de Piñera, aunque ubica la cifra en «cuatro o cinco hombres». < <

[62] Archivo del autor. <<

[63] A partir de la primera edición de esta obra, el periodista y productor televisivo argentino Marcos Gorban amplía y profundiza la historia de Fernando Escobar Llanos en *Los ojos del Che*, publicado por Sudamericana en 2016. < <

[64] El golpe de Estado orquestado por la CIA de los Estados Unidos, que lo sustituyó por una junta de gobierno militar. Durante el levantamiento contrarrevolucionario, el Che Guevara estaba en Guatemala y luchó en apoyo a Arbenz. Una vez derrocado el militar patriota, el Che fue expulsado de Guatemala acusado de ser un «peligroso comunista argentino». El único país que se solidariza con los revolucionarios guatemaltecos, además de México, es Argentina, donde 200 exiliados fueron recibidos por el gobierno de Juan Perón, que apoyó la causa de Arbenz. Sin embargo, en un episodio confuso de aquellos años, 34 de ellos fueron presos, y allí conocieron al hermano de Escobar Llanos, en el Pabellón V de la cárcel de Villa Devoto. Uno de ellos, quien fue hombre de confianza del Che, le recomendó especialmente que lo entrevistara en ocasión de su viaje a la Argentina. < <

[65] Referencia a Jorge Massetti, que como cronista de Radio *El Mundo* había entrevistado a Fidel Castro y al Che en Sierra Maestra, en 1958. Luego fue cofundador de la agencia de noticias de Cuba, *Prensa Latina*; y finalmente el «Comandante Segundo», en Oran, Salta. < <

[66] La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (en inglés United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization), abreviado internacionalmente como Unesco, es un organismo especializado de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). <<

[67] *Sidi* significa «gran hombre» en *swahili,* una lengua africana que pertenece al grupo de las lenguas bantúes. < <

[68] «El Poder sobre el dinero. Discusión en el PC sobre los fondos partidarios». Daniel Santoro, *Clarín*, 2/10/1990. < <

[69] «Manotazos contra disidentes. La interna del PC». (2/10/1990).
< <

[70] «Crisis no ideológica en el PC: se robaron la caja». Edgard Mainhard (2/10/1990). < <

[71] «Amenazas y escándalo en el PC por un puñado de dólares». Andrés Sikirko (2/10/1990). < <

[72] Eduardo Galeano, en la segunda edición de *Las Venas Abiertas de América Latina* revisada y corregida en Madrid en 2003 (Siglo XXI Editores), ratifica que «La Carta fue enviada el 29 de marzo de 1977 a los tres jefes de la junta de gobierno. Ese mismo día Walsh fue secuestrado y desapareció». < <

[73] En octubre de 2009, gracias a la militancia de distintos sectores, se sancionó la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, más conocida como «Ley de medios». La iniciativa —avanzada para la época— promovió la diversidad y el pluralismo, pero nunca se aplicó plenamente. Técnicamente sigue vigente, pero durante el macrismo sufrió modificaciones que limitaron la participación y dejaron vía libre a la concentración. La gestión de Javier Milei terminó de vaciarla de contenido. Ver *A 15 años de la sanción de la «Ley de Medios»* (Haimovich, *Página 12*, 10/10/2024). <<

[74] Se refiere a la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner, quien gobernaba la Argentina cuando fue redactada esta nota. < <

[75] *La Nación*, 19 de julio de 1979. <<

[76] Disponible en: http://www.cidh.org/countryrep/argentina80sp/introduccion.htm < <

[77] Publicado en Duschatzky, E. (1982). *Bolivia. De la Resistencia al Gobierno Popular. Editorial Anteo*. < <

[78] Las FAR, Fuerzas Armadas Revolucionarias (1970-1973), fueron una organización armada de la nueva izquierda argentina que se formó en el marxismo, se identificó con el peronismo y apostó a un proceso revolucionario por el socialismo. Pasó de una perspectiva foquista centrada a la lucha armada, a una práctica más amplia que incluía la organización y movilización popular, y la disputa política en ámbitos institucionales. Para fines de 1973 se fusionó con Montoneros. < <

[79] La nota completa, con foto incluída, está disponible en: https://albertonadra.com.ar/la-militancia-juvenil-de-lanusse-a-campora-de-videla-a-alfonsin/ < <

[80] La CGT es primero intervenida y luego disuelta por la dictadura. El sindicalismo se reorganizó en dos sectores, uno que se opuso en los hechos a la dictadura, llamado primero «los 25» y luego CUTA y CGT-Brasil; y un sector colaboracionista llamado primero CNT y luego CGT-Azopardo. El 27 de abril de 1979 «Los 25» declaran la primera de una serie de huelgas generales; en noviembre de 1980 «Los 25» reconstituyen la CGT pese a su ilegalización explícita, siendo conocida como CGT-Brasil. El 22 de julio de 1981 se realizó la segunda huelga general contra el gobierno militar declarada ahora por la CGT-Brasil. El 7 de agosto la CGT-Brasil convoca a la primera manifestación abierta contra la dictadura aprovechando la tradición anual de marchar hacia la iglesia de San Cayetano (Santo del Trabajo). El 30 de marzo de 1982 decenas de miles de personas respondieron a la convocatoria de la CGT-Brasil para exigir democracia en la Plaza de Mayo y varias otras ciudades del país. La represión fue brutal, con miles de detenidos y un grave deterioro del régimen militar que, dos días después, daba la orden de tomar las Islas Malvinas. < <

[81] Las dictaduras de Chile y Argentina pusieron a sus tropas en pie de guerra, y en medio de pronunciamientos por la paz, pero ante el agravamiento de la situación, por anuncio de difusión mundial, Juan Pablo II acepta mediar como árbitro en el conflicto entre Chile y Argentina. Para la Junta era imposible rechazar al Papa, por lo que ordenan el repliegue de sus tropas. La mediación se extendió hasta el arribo de la democracia, y el 29 de noviembre de 1984 se llegó al Tratado de Paz y Amistad, con un resultado: las islas seguirían siendo chilenas, pero a cambio Chile cedía a Argentina gran parte de los derechos marinos que el derecho internacional otorga a las islas. Previamente, el 26 de julio de 1984 y antes de una versión definitiva del acuerdo, el Presidente Raúl Alfonsín convocó a una consulta popular no vinculante. El resultado fue contundente: un 82% de la población voto por la aceptación de la propuesta papal. < <

[82] Una amplia investigación acerca de esos días puede leerse en Igal (2017). < <

[83] Convertido en 2015 en el Centro Cultural Kirchner (CCK). <<

[84] Esta nota integra el libro *Malvinas: una memoria abierta*, editado por GES, con la dirección de Conrado Yasenza, director de La Tecl@ Eñe, y aportes de Raúl Zaffaroni, Ricardo Aronskind, Vicente Zito Lema, Noé Jitrik, Rodolfo Yanzón, Eduardo Rinesi, Alicia Castro, Ruben Dri, Carlos Raimundi, Luis Bruschtein, entre otros. < <

[85] También en este sentido escriben Cardoso, Kirschbaum y Van der Kooy en *Malvinas. La trama secreta*, Sudamericana-Planeta, 1983, p. 27. < <

[86] Morales Solá, «La dura respuesta de Washington», *La Nación*, 6/2/2022. < <

[87] Se denomina de este modo a las publicaciones que una empresa hace para su propio personal; desde gerentes a empleados. < <

[88] Una selección de mis editoriales, entrevistas y mesas de análisis está disponible en https://albertonadra.com.ar/videos/ < <

[89] En octubre de 2001, un grupo de profesionales del área de las Ciencias Económicas integrado por Daniel Azpiazu, Eduardo Basualdo, Víctor Beker, Aldo Ferrer, Jorge Katz, Marcelo Lascano, Arturo O'Connell, Oscar Oszlak, Mario Rapoport, Alejandro Rofman, Jorge Schvarzer, Héctor Valle y Salvador Treber, entre otros, se reunió a iniciativa de Abraham Gak y elaboró una serie de propuestas para «a través de un amplio consenso social, encauzar a la Argentina en la senda del desarrollo sostenido, de manera que ese avance asegure la creación de empleos de calidad y cantidad suficientes para garantizar la inserción social y la mejora de los ingresos de las grandes mayorías nacionales». Las medidas, que se denominaron Plan Fénix, estaban escalonadas a corto, mediano y largo plazo y el grupo siguió realizando reuniones en el ámbito de la Facultad de Ciencias Económicas y emitiendo documentos sobre la materia. < <

[90] «Política en Acción», emitido en vivo el 30/9/98. VHS en el archivo del autor. < <

[91] «Política en Acción», emitido en vivo el 2/12/98. VHS en el archivo del autor. < <

[92] Allí, bajo la protección del padre Bernardo Hughes, párroco de la Iglesia de la Santa Cruz, de la orden de los Pasionarios, se reunían los familiares de desaparecidos durante la última dictadura. Allí nació el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos. Allí también fueron secuestradas las Madres fundadoras de Plaza de Mayo, un 8 de diciembre de 1977, «marcadas» por el infiltrado teniente de navío Alfredo Astiz, quien se presentaba como familiar de un desaparecido. Los doce secuestrados fueron trasladados a la ESMA —nombrados allí como «el grupo de la Iglesia Santa Cruz»— torturados y arrojados vivos al mar. < <

[93] Lucía Alberti, Eduardo Arroyo, Carlos Borro, Juan José Canals, Leonor Canelles, Aníbal Cedrón, Juan Carlos Cena, Juan José Cesio, Livio Fort, Julio Godio, Teodoro González, Pedro Kesselman, Alberto Kohen, Jorge Langer, Norberto Lorenzo, Diego May Zuviría, Miguel Monserrat, Luis Felipe Noé, Osvaldo Oriolo, Roberto Papadopulos, Arnaldo Piñeira, Liana Petri, Guadalupe Roverano, Didier Rodríguez, Norma Russo, Antonio Salviolo, Marta Tavonaska, Facundo Urteaga y Héctor Valle, entre los más de 300 participantes del plenario fundacional. < <

[94] *Crónica*, diciembre de 1999. Archivo del autor. < <

[95] [N. del E.]. En virtud de lo sucedido entonces y posteriormente, esta edición mantiene la redacción del texto publicado en 2012, durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. < <

[96] *Télam*, cable del 5 de febrero de 2003. < <

[97] [N. de E.]. Se conserva la redacción de la desgrabación de 2009. < <

[98] En 2009, año de esta intervención, Venezuela aún no formaba parte del Mercosur (Mercado Común del Sur). Luego, en 2012, se la incorporó, pero fue suspendida en agosto de 2016. < <

[99] [N. de E.]. Texto escrito durante la presidencia de Alberto Fernández. < <

[100] Entrevista publicada en *Mutamag*. Redacción: Mariano Pereyra. < <

[101] NdP: *Prensa Latina*, gracias a Alberto Nadra, fue uno de los primeros medios en publicar la famosa *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*, en 1977. < <

[102] NdP: Nadra se refiere al comunicado emitido por el Partido Comunista Argentino a pocas horas del golpe militar de 1976. <<

[103] Referencia a los tiempos del *XVI Congreso del PC*, realizado en 1986. < <

[104] *Pravda* (en ruso *La Verdad*) fue la publicación oficial del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), entre 1918 y 1991. < <

[105] El GAZ Chaika (-Milita), que significa gaviota, fue un automóvil de lujo fabricado entre 1959 y 1981, en la ex Unión Soviética, por el fabricante GAZ, que sólo usaban los funcionarios de alto rango de la nomenclatura, o invitados especiales. < <

[106] Fiambre ruso, en casos parecido al jamón embutido, al salame, o al salchichón. < <

[107] Una suerte de mercado en la ex Unión Soviética, o almacén, donde la calidad, o novedad, del producto lo daba la longitud de la fila en espera, a veces sin saber bien para comprar qué… < <

[108] En diciembre de 20 015 publicó en *Rebelión* «Las Memorias de Alberto Nadra echan luz sobre historias desconocidas del comunismo argentino». Disponible en: https://rebelion.org/las-memorias-de-alberto-nadra-echan-luz-sobre-historias-desconocidas-del-comunismo-argentino/ < <

[109] Soñez falleció el 14 de diciembre de 2014. Su último *post*, ya muy grave, fue publicado en *Facebook*, y es el siguiente: [18 de noviembre a la(s) 19:52]. «Queridos amigas y amigos, saben que mi estado de salud es muy crítico. Quiero decirles a todos que desde que tengo uso de razón fui comunista y guevarista, que un ejemplo para mí fue un insultado y difamado dirigente del PC como Fernando Nadra. NO DEJEN DE LUCHAR JAMÁS. Habiendo sido diputado nacional, les quiero decir que no tengo casa ni auto. Jamás pensé que la política era para hacer guita. Como no lo pensaron mis amigos muertos y desaparecidos. ¡Vamos Argentina!».
<<

[110] Viento de invierno. < <